

AXAEL VELASQUEZ



BILOGÍA SINERGIA I

VENDIDA



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Axael Velasquez**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego

Corrección

Naiara Philpotts

Diseño portada

Sara Anahí Vera Vizueté

Maquetación

Manuel Baraja

Fotografía de la autora

Alfredo Márquez

Primera edición en formato electrónico: Septiembre de 2021

ISBN: 978-84-18013-86-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

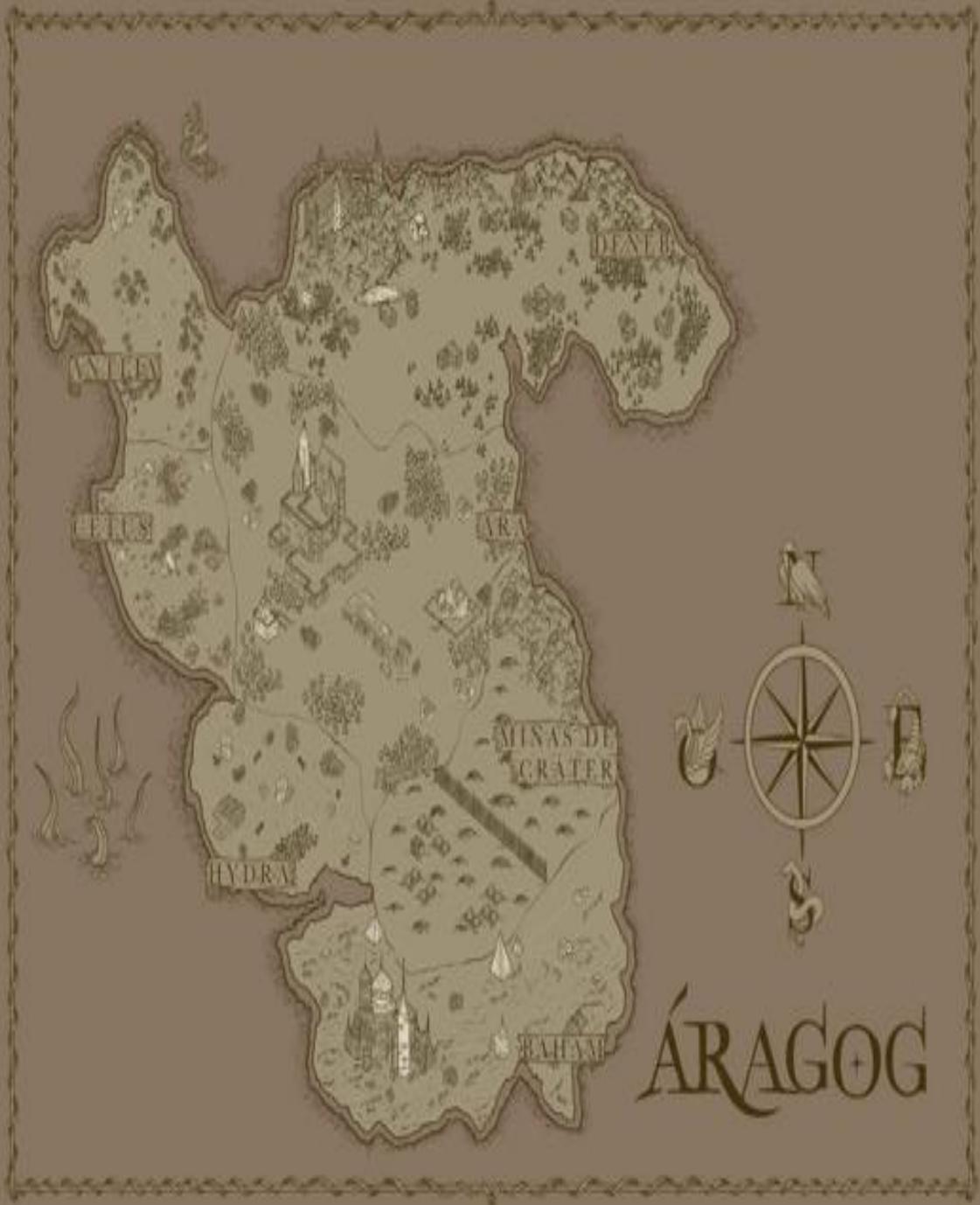
AXAEL VELASQUEZ

BILOGÍA SINERGIA I

VENDIDA



Nova Casa Editorial



PRÓLOGO

CAPÍTULO 0

CAPÍTULO 1

El precio no determina tu valor

CAPÍTULO 2

Tú decides cuánto vales

CAPÍTULO 3

La verdad de las mentiras de Áragog

CAPÍTULO 4

No puedes cambiar el mundo, pero a ti sí

CAPÍTULO 5

Este será tu destino

CAPÍTULO 6

Puedes ser lo que quieras, escoge lo que nadie espera de ti

CAPÍTULO 7

Nunca llores

CAPÍTULO 8

Nunca confíes

CAPÍTULO 9

No ruegues

CAPÍTULO 10

Nunca duermas

CAPÍTULO 11

Nunca calles

CAPÍTULO 12

Nunca tiembles

CAPÍTULO 13

Mantén tus recuerdos lejos

CAPÍTULO 14

Mantén el mentón en alto

CAPÍTULO 15

Mantente en la cima

CAPÍTULO 16

Mantén a tus amigas cerca

CAPÍTULO 17

Mantén tu esencia

CAPÍTULO 18

Mantente en control

CAPÍTULO 19

No te alejes

CAPÍTULO 20

No te detengas

CAPÍTULO 21

No te reprimas

CAPÍTULO 22

No seas de nadie

CAPÍTULO 23

No esperes milagros

CAPÍTULO 24

Monstruo

CAPÍTULO 25

Sargas

CAPÍTULO 26

Madre

CAPÍTULO 27

Esposa

CAPÍTULO 28

El beso final

CAPÍTULO 29

Lady viuda negra

CAPÍTULO 30

Princesas

CAPÍTULO 31

Un buen hombre

CAPÍTULO 32

No puedo hacerte daño

CAPÍTULO 33

Presa y cazador

CAPÍTULO 34

Sah

CAPÍTULO 35

Madame

CAPÍTULO 36

Infame

CAPÍTULO 37

Gloria

CAPÍTULO 38

Salvaje

CAPÍTULO 39

Nefasto

CAPÍTULO 40

Perverso

CAPÍTULO 41

Lujuria

CAPÍTULO 42

La serpiente que sobrevivió a los grandes soles de fuego

CAPÍTULO 43

Na'ts yah

CAPÍTULO 44

El cisne tomó su canal

CAPÍTULO 45

Darangelus sha'ha me

EPÍLOGO

Para toda mujer que alguna vez sintió que su voz no era escuchada, que al
nacer ya estaba condenada.

Ninguna de nosotras podemos cambiar la realidad
absoluta, pero tú puedes empezar por hacer
una mejora en la tuya.

Vendida es para que recuerden que nadie puede
encadenar nuestras alas,

Athara vità salveh kha

PRÓLOGO

Vendida es una lectura que te marcará. No podrás ser indiferente.

Axael te enseñará que hay un mundo más allá de las protagonistas femeninas que luchan por el mismo pretendiente y que solo se ven entre sí como competencia; ella no te explicará qué es la sororidad, sino que la sentirás con sus palabras.

Cuando me llegó su petición para corregir esta obra, como siempre, empecé sin expectativas. No me gusta comenzar un trabajo con la vara demasiado alta, es como decir que algo es delicioso sin antes haberlo probado. Por ello, prefiero juzgar por mí misma al libro que corregiré como un todo: con su trama, con sus personajes y con su narrativa.

Sin embargo, de a poquito, Axael logró conquistarme.

La historia de *Vendida* es como un capullo que mantiene sus pequeños pétalos muy cerrados y que, poco a poco, los abre para enseñarte una maravillosa flor que te dejará sin aliento.

Verás el crecimiento de las mujeres que caminan por los pasillos y las callejuelas de Áragog: dormidas a causa de la opresión, pero con la necesidad de que alguien avive la chispa que necesitan para despertar y desatar un incendio que no deje nada a su paso.

Excepto cenizas.

Porque a veces el fuego es la única manera de ser escuchados, aunque tengamos que arder con él.

Capítulo a capítulo, la autora nos habla sobre el crecimiento mutuo como factor indispensable para cualquier clase de relación y sobre la necesidad de actuar ante las injusticias. Con errores y aciertos, los personajes de esta historia evolucionan y se vuelven cada vez más humanos y tangibles.

Lo que Axael logra con *Vendida* es sorprendente: es capaz de manejar la crítica social con habilidad y con ello marcar fuertes enseñanzas en los lectores a través de una historia colmada de ficción, de magia y de giros inesperados. Ojalá más novelas pudieran tratar temas como la desigualdad de género y la opresión femenina de una manera que logre que los lectores jóvenes disfruten de la lectura y que se concienticen, al mismo tiempo, de la

importancia que estas cuestiones poseen.

Vendida bosqueja mensajes que buscan cultivar en las personas sus propios pensamientos críticos, así como también intenta disipar los cánones tóxicos que están demasiado naturalizados y arraigados en la sociedad actual y en la ficción.

Esta no es una simple historia de amor. Tampoco es una saga de fantasía más entre el montón. Es una caja de Pandora que, una vez que sea abierta, no se cerrará jamás.

Si estás leyendo este prólogo es porque has decidido sumergirte en el universo de *Vendida*, así que permíteme darte una serie de consejos antes de comenzar:

✧ No mires a la princesa escorpión a los ojos, pues podría envenenarte antes de que te des cuenta.

✧ La delicadeza de los cisnes puede ser letal y peligrosa.

✧ Deja que las águilas vuelen, limitarlas solo traerá problemas.

Y, por último...

✧ Ten cuidado con las leyendas que circulan por Áragog, no las subestimes. Al fin y al cabo, se crearon en la realidad.

Athara vità salveh kha.

NAIARA PHILPOTTS

CAPÍTULO 0

Dieciocho años antes

La sangre seca todavía manchaba la carne entre sus piernas hasta las rodillas; una criatura a la que solo vería una vez acababa de desgarrarla por dentro para vivir, y ese no iba a ser el único daño que le haría.

Escuchó el llanto alejarse como si lo oyera desde la profundidad del océano y, de igual forma, se sintió asfixiada. Miró a su alrededor sin ver nada; su entorno estaba tan difuminado como sus adormecidos pensamientos. Las próximas palabras que distinguió tuvieron que gritárselas tres veces.

—¿Qué? —preguntó, presa de la negación.

La ayudante de partera, que además era la vendida de su marido y su mejor amiga, le apretó la mano como si quisiera traspasarle sus fuerzas.

—Que sí. Lo lamento.

La mujer quiso llorar, pero un chillido se atascó en su garganta y el llanto no llegó a su boca. Necesitaba escucharlo de verdad, sin eufemismos, que le anunciaran la realidad tal cual era.

—Dímelo bien —rogó.

—Es una niña. Lo lamento muchísimo.

Entonces fue incapaz de contenerse. En la boca se le impregnó un sabor a sangre gracias a que sus dientes estaban clavados con fuerza sobre sus labios mientras las lágrimas salían con violencia de sus ojos.

—No es verdad, tiene que ser mentira. Ve y asegúrate, tal vez viste...

—Lo siento, Cass. Es cierto.

—¿Dónde está? ¿Ni siquiera podré verla? Anneliese, haz algo. No dejes que se la lleven, yo... no quería esto. Lo habría evitado si la ley no me obligara a cumplir con mi marido. Y... y... ahora que pasó, no puedo creer que vayan a quitármela. —Los labios le temblaban y sus ojos impregnados por el dolor simulaban la apariencia de un cachorro herido—. Sabes lo que sufrí, Anne. Sabes lo que fue llevar este maldito parto hasta el final. Y, ahora, ¿no sirvió para nada?

—No, no, no digas eso. —Anneliese le apretó ambas manos, ahora con más fuerza, y la miró con determinación a sus ojos incoloros—. No te atrevas a insinuar que fue para nada. No conozco otro nombre para ti que el de «guerrera»; lo que has atravesado lo valida. Tu sangre y tus lágrimas tienen que valer lo que te han costado.

—¿Cómo, Anne? Acaso... ¿Acaso... podré verla? ¿Hablarle? ¿La podré cargar alguna...?

Continuar se le hizo imposible. De nuevo, se deshizo en un llanto lastimero que hacía sentir impotente a la pobre vendida que no sabía cómo ayudar y que jamás comprendería su dolor porque nunca le permitirían aquel proceso que, por derecho y por ley, le pertenecía únicamente a la esposa.

—Te conseguiremos un buen trato —juró con convicción Anneliese—. Haré lo que sea, moveré lo que haya que mover para que te den lo equivalente a lo que has atravesado, o al menos parte de ello. Y, además —añadió antes de que la otra replicara—, haré que se la lleven a Ara. En la capital estará mejor. Cuando llegue el día de su compra, aunque paguen por ella el menor precio, será mejor que cualquier destino aquí en Cetus, tierra de pordioseros sin aspiraciones.

—Es tu tierra, Anne.

—Que me haya mudado a ella no la hace mía. Tu esposo me compró en Hydra, cerca de la capital. Sé lo que te digo, ningún destino será mejor para ella que Ara; las preparadoras hablaban maravillas de ese lugar. Y sin mencionar que la nobleza allí es alta y la hambruna casi nula.

Eso pareció animar a aquella mujer que acababa de perder el alma llorando entre sus piernas.

—¿Y crees... crees que podrás conseguir eso?

—Sí, pero tendrás que guardarme un secreto a mí.

Cass comprendió enseguida a qué se refería.

—¿Cuántas noches te va a costar?

—No lo sé, pero nadie me haría un favor así por solo una noche, por muy buena que sea, lo sabes. —La esposa asintió, comprensiva—. No te preocupes, todo estará bien mientras mi dueño no se entere.

—No diré nada, Anneliese.

—No lo dudo.

Le besó la frente con cariño justo cuando regresaba la partera.

—¿Es bonita? —Fue lo primero que preguntó Anne al verla llegar, casi en

una súplica.

La partera, con su camisón de trabajo holgado y gris lleno de sangre a pesar de la limpieza de sus manos robustas, meneó la cabeza en un gesto dubitativo.

—No lo sabremos todavía. Está morada, los ojos parecen a punto de saltarle, apenas tiene cabello y está muy flacucha. Justo ahora lo único que parece es una rata lampiña.

En ese momento la madre se echó a llorar.

—Espera... —la tranquilizó Anne—. Siempre somos horrendas los primeros días, solo espera. Será hermosa, tú lo eres.

—Voy a ir a avisar a las vendedoras para que vengan a verla en unas horas —anunció la partera—. Si llega a ser bella algún día, no lo sabremos nosotras.

—No —interrumpió Anne y trató de sonar natural—. Una vendedora viene desde Ara para verla, hay que esperarla, la suma que puede pagar alguien de la capital a la madre es siempre superior, así que estimo que hay que darle prioridad a esa vendedora.

—¿Cómo conseguiste llamar la atención de una vendedora de Ara? Allá debe haber bebés que te enamoran con solo olerlas.

—Yo no hice nada —interrumpió Anne—. Dicha vendedora ya lleva tiempo pendiente del parto de Cass, y pidió que se le enviara una carta de inmediato en cuanto diera a luz.

—¿Y qué esperas?! —exclamó la partera animada por la noticia—. ¡Hemos de avisarle de inmediato! Evitaremos anunciar este parto hasta que la susodicha llegue, pero nadie sale de esta sala hasta que eso pase —advirtió y señaló a cada una con un dedo acusador.

Así, las mujeres esperaron por las visitantes de Ara después de que Anneliese, al pagar con su cuerpo e infelicidad, consiguiera el trato que le había prometido a la esposa del hombre que la compró cuando apenas tenía dieciocho años.

Durante los tres días de espera, Cass pudo prolongar su utopía de maternidad y fingió que, después de enamorarse de la pequeña criatura que tenía en sus brazos, no despertaría un día ya sin poder tocarla y que, más tarde, en contra de su alma y voluntad, ni siquiera recordaría su rostro o cómo se sentían sus diminutas manos.

El carruaje de la capital no se hizo esperar, llegó junto con la desesperanza, y de él bajaron dos preparadoras, un grupo de escoltas con

espadas envainadas, y la vendedora con la que ya habían intercambiado correspondencia. Ella, quien dirigía un comercio de vendidas y se especializaba en comprar lejos de la capital para conseguir precios más bajos, se encaminó a la recién nacida. Sus altos tacones resonaron debajo de un vestido esmeralda con muchas capas de tela barata y decorados de pedrería falsa. Para cualquiera en Cetus ella era una novedad extravagante, pero para un ojo bien entrenado o para un noble de Ara, solo se trataba de una baratija engañosa más.

Extendió la mano a la madre para presentarse, pero la mujer no le devolvió el gesto, la miraba como a una alimaña ponzoñosa, un parásito que iba a terminar por comerse lo que le quedaba de vida. Ante esto, Anneliese corrió a interponerse y a recibir ella el saludo.

—Anneliese, para servirle. Soy yo la que está a cargo de esta negociación, la señora ahora no se encuentra en facultades para... bueno, para nada.

—Pasa más de lo que cree —explicó la vendedora con una sonrisa tranquila para dejar ver que aceptaba la disculpa—. Soy Agartha, vendedora en jefe de Mujercitas, de Ara. ¿Es esta la niña?

—Sí, puede verla.

Con cuidado y lástima, la partera tomó a la niña de los brazos de su madre mientras Cass la miraba con crudo resentimiento, como si le estuviera arrancando el corazón desde una herida abierta en su pecho. La vendedora, acostumbrada a su trabajo y sin exteriorizar ningún remordimiento, procedió a acercarse y examinó a la bebé.

—No veo mucho, en Ara se está implementando otro método, ahora compran a las niñas cuando ya tienen algunos meses para hacer una apuesta segura. De esta forma... es mucho más arriesgado.

»Sin embargo, después de todo, no creo que esta me traiga desgracia al negocio. Sus ojos no tienen color, eso ahora es desagradable; pero cuando sea más grande jugará a su favor: nadie podrá apartar la mirada una vez que ella haya decidido clavársela. —Se giró a mirar a la madre—. Lo veo en usted, no podría siquiera dudar que ella será igual.

Anneliese sonrió esperanzada, mas aquel gesto fue barrido de su rostro en un chasquido cuando vino una noticia menos esperanzadora:

—No es rubia ni de cabello claro. Rubias valen más. Y va a ser muy pálida. Ara es la ciudad del sol blanco: el día es como una noche con luz más brillante, el calor es casi un mito. No hay esperanza de que se broncee, su piel nunca se tostará ni cobrará un matiz dorado, pero por lo demás, no

veo anomalías que repugnen en su rostro más de lo que ya repugna ver a un recién nacido.

—¿Va a quererla? —preguntó Anneliese y pronto sintió que los nervios la apuñalaban.

—Sí. —No hubo rodeos ni consultas con las preparadoras—. Pero es un riesgo, así que no daré más de doscientas coronas¹ por ella.

Nadie replicó. La única que todavía parecía recordar cómo se respiraba era Anneliese, cuyo cerebro trabajaba a toda marcha haciendo cálculos, tal cual la entrenaron desde su preparación. En Cetus, el pueblo en el que estaban, rara vez se pagaban más de ciento veinte coronas por una recién nacida. Ciento cincuenta, lo cual ya eran tres meses de trabajo honrado. Pero Anneliese sabía que en Ara se pagaban hasta quinientas coronas por una recién nacida de buenos genes que, con toda seguridad, sería una venta exitosa en el futuro.

La cuestión era: ¿valía la bebé de Cass más de lo que ofrecía la vendedora de la capital o no era una exageración asumir que pagar tanto era un riesgo para la vendedora, y cualquier intento de regatear por parte de Anneliese la espantaría?

Como si le leyera la mente, Agatha aclaró:

—No estoy dispuesta a darles un anillo más, y lo digo muy en serio.

Cass abrió la boca por primera vez:

—Al menos, ¿puedo escoger el nombre?

—Lo lamento —negó la vendedora—, en Áragog el nombre lo dictan las estrellas, usted lo debe saber.

Cass bajó la cara y se sintió derrotada por completo.

—Bien, algo sí que les puedo ofrecer —las tranquilizó la vendedora en un arranque de empatía inusual—: ánimos. Por doscientas coronas me llevaré a esta niña a la cuna de la nobleza. Puede que la compre un humilde carnicero para que la ayude a lavar carne y nada más, pero, aun así, será instruida como cualquier recién nacida de la capital sin malformaciones ni graves problemas, y... ¿quién sabe? Al final, puede que alguien del mismísimo castillo esté dispuesto a pagar su precio.

El trato se cerró. Esa sería la primera vez que se pagara por la vida de aquella pequeña a la que las estrellas todavía no le escogían un nombre. La próxima vez que fuese comprada, la definitiva, quedaría atrapada dentro de un vertiginoso destino, de esos que aceptas con sumisión o rompes a costa de tu propia alma.

1 **Corona** es la moneda oficial del reino de Aragón. Los anillos, en cambio, son monedas más pequeñas. Diez anillos equivalen a una corona.

CAPÍTULO 1

El precio no determina tu valor

Cuando empezó esta historia solo había tenido un arma en mis manos: el lápiz labial.

Mujercitas, la casa de vendidas donde crecí, podría confundirse con un orfanato exclusivo para candidatas de concursos de bellezas, de donde solo se sale si consigues patrocinador. Sin embargo, se trataba de una mansión llena de preparadoras sin nombres, con manos poderosas para trenzarte el cabello hasta que el cuero cabelludo te amenazara con sangrar y las lágrimas se te escaparan de los ojos. Sus tirones eran tan bruscos que una vez llegué a preguntar si la utilidad de las trenzas era dislocarnos el cuello, a lo que una preparadora respondió:

«La utilidad de la trenza es que te acostumbras a que te halen del cabello. Solo por si acaso».

Desde entonces, no hice más preguntas.

Una semana antes de mi cumpleaños número dieciocho, me permitieron ir al mercado para presenciar la compra de mis hermanas mayores. Ese día dejé que la preparadora me peinara con maldad, soporté cada tirón, como si mi cuello fuese de una cerámica que mantenía firme mi cabeza. No me resistí, no me quejé, casi podría decirse que contuve la respiración hasta que la última hebra de mi cabello se sometió a la elegancia del moño lleno de flores que ahora adornaba mi cabeza.

—Ya estás —dijo la preparadora con una palmada en mi hombro para levantarme y abrir espacio a Lyra, la siguiente aprendiz de vendida en la fila.

La miré mientras tejían los rizos dorados de su cabello en una gruesa, larga y majestuosa trenza. Si yo había aceptado el dolor del proceso como una guerrera, ella lo hacía como una dama. Su mentón en alto, sus manos de piel sonrosada cruzadas con elegancia sobre su regazo, sus ojos ambarinos enfocados en un punto fijo, demostrando orgullo y reverencia.

Lyra era la apuesta segura de Agartha, la vendedora. Cuando una de nosotras no le inspiraba la suficiente confianza, terminaba por desechar la idea de que seríamos adquiridas por nuestros encantos y comenzaba a trabajarnos en otras áreas. A algunas les enseñaba de cocina, cuidado del hogar, agricultura, trabajos pesados; a otras las instruía en artes como el baile, el canto o el manejo de distintos instrumentos. Aquello lo hacía con la intención de pescar algún músico o al dueño de una taberna. Y luego estaba Lyra, el tesoro que embellecían hasta las uñas de los pies a diario, que no dejaban ensuciarse ni ponían en situaciones que pudiesen estropear su físico; porque con seguridad sería una de las vendidas que pondría a los hombres a pujar en una subasta.

En mi caso, yo no era ni muy agraciada ni un espanto. Las preparadoras pocas veces usaban un adjetivo agradable para describirme debido a que no estaba dentro del estereotipo de belleza de la capital: cabellos claros, ojos verdosos o de color miel, y la piel de las hojas del otoño. Yo no tenía ni gracia ni color: era pálida, sin pigmento en los iris, como si mis ojos fueran del color del hierro fundido o de la niebla espesa de una mañana monótona, y mi cabello era tan negro que ni la luz del sol lograba sacarle un matiz distinto. Por ello decidieron no esforzarse mucho conmigo y prefirieron darme una oportunidad que a pocas le permitían: el conocimiento.

Durante mi vida, se pretendió que yo aprendiera de todo. Para ello, me sumergieron en clases intensivas y en más libros que a cualquier otra vendida: arte, historia, política y astrología, lo que sea que se pudiese aprender sin prohibición de la ley. Porque de mí se esperaba que fuese apenas una acompañante: una mujer que se compra no por su atractivo físico, sino por el intelectual: las típicas vendidas compradas por pensadores, filósofos y esos raritos que buscan plática y no sexo. Y, si eso fallaba, siempre podría convertirme en una efectiva preparadora.

—Ya estás —le dijo la preparadora a Lyra—. ¿Qué miras, Aquía? ¡Ve saliendo!

Sin protestar, hice lo que me ordenaba.

Las vendidas de Mujercitas nos reunimos en el mercado esa tarde. Nuestro puesto no era el más prestigioso, pero la aglomeración era un factor común. Los hombres se amontonaban alrededor de las mujeres ofertadas como si fuesen un costal de comida con el que alimentar a sus familias por un mes. De alguna forma, se suponía que nosotras teníamos que entenderlos y sentir empatía por ellos. Estaban necesitados, escasos de placer. Se

casaban con mujeres nobles y tenían derecho a intimar solo con el propósito de procrear. Si el marido era de ascendencia humilde —sin condecoraciones, sin rangos, sin pertenecer a la nobleza—, bajaba de inmediato el estatus de la noble con la que se casara y, por ello, si de su unión surgía el nacimiento de una niña, el propósito de esta sería el mismo que el de nosotras.

Eso era lo que nos contaban para hacernos sentir lástima por la situación de los hombres que, a menos que quisieran una familia llena de veinte varones correteando por todas partes, —suponiendo que su mujer soportara tantos embarazos—, no podrían acostarse con sus mujeres salvo en limitadas ocasiones. Para ello veníamos nosotras al mundo, para salvarlos de la miseria de una vida con el yugo de la abstinencia, para suplir sus necesidades básicas, para ser «suyas».

Algunos ni siquiera podían comprarse un par de botas, pero primero descalzos que sin tener con quién jugar.

Me quedé de pie junto a Lyra y contemplé a las chicas que sí estaban en venta, sentadas en tronos de mimbre tejidos con hojas, ramas y pétalos de los campos de Hydra. Cada jovencita estaba en su mejor estado, aunque algunas se veían más arregladas que otras. Las más agraciadas iban en el medio, y el resto se perdía hacia los lados y en las filas traseras. Lo único que tenían en común era el distintivo pegado al pecho con su nombre y su cotización.

Los precios iban desde las ochocientas a las tres mil coronas, aunque las más baratas solían ser regateadas y se las llevaban a cuidar niños y lavar baños por menos de trescientos cincuenta.

—Alasia está hermosa hoy —señaló Lyra con una sonrisa serena.

—Alasia siempre está hermosa —comenté yo, más por cortesía que por sinceridad.

La chica sobre la que hablábamos no era fea; me desagradaba porque me veía reflejada en ella, en lo «insulso» de su cabello castaño y sus ojos café. En lo único que destacaba era en esa piel canela que envidiaba hasta la misma Lyra.

—Me preocupa —expresó Casi, la tercera de nosotras que cumpliría la mayoría de edad esa misma semana—. Ya tiene veinticinco. ¿Y si se queda aquí para siempre y nadie la quiere comprar?

—Es utópico pensar que seremos compradas el mismo día de nuestro cumpleaños —argumenté—. Hay que hacernos a la idea, Casi. Muchas

pasaremos años a la espera de un comprador.

—Es verdad —concedió ella—, pero las rubias, albinas y pelirrojas se las llevan como al pan caliente. Es injusto y triste. ¿Te imaginas pasar tantos años ahí sentada esperando que te compren?

—Mejor así —interrumpió Lyra. Volteé a verla, anonadada; no me esperaba tales palabras de ella—. Si Alasia cumple los treinta y aún no es comprada, pasará a ser preparadora y podrá aspirar a ser vendedora algún día.

—¿Qué estás diciendo? —bufó Casi—. ¿Quién puede preferir eso a ser comprada por un caballero apuesto y rico?

Un gesto de lástima se dibujó en el rostro de Lyra y una sonrisa triste se asentó al final de sus labios.

Yo estaba fascinada, no le quitaba los ojos de encima: jamás la había visto así.

—Yo —confesó Lyra como respuesta—. Preferiría ser jefa, comerciante y viajar por el reino mientras hago negocios que cualquier otro plan que tenga para mí un comprador, por más agraciado que este sea.

Fue la primera vez que escuché un comentario semejante. Entonces comprendí que, cuando eres hermosa y no tienes que preocuparte por si te van a comprar o no, tienes tiempo de sobra para pensar en qué es lo que realmente quieres con tu vida.

Hasta entonces no imaginaba ni por asomo que pudiera haber otra alternativa, no conocía una vida distinta a la que tenía. Era presa de la crueldad que imponía un reino poderoso que me obligaba a llamar «suerte» a mi propia infelicidad, uno demasiado astuto que me hizo creer que lo mejor que me podría pasar era conseguir un buen trato por mi cuerpo.

—Chicas, ¿dónde está Agatha? —preguntó Casi para cambiar de tema.

—Es verdad, no la he visto en todo el día y ella debería estar aquí encargándose de las negociaciones.

Apenas dijimos esto nos llegó el timbre chillón de animosidad artificial de una preparadora que sustituía a Agatha en sus labores y le daba un recorrido a un hombre robusto y panzón que había llegado en busca de una vendita.

—También tenemos a esta florecita —dijo la preparadora y señaló a una de las pelirrojas. A pesar de su privilegiado color de cabello, era una chica desagradable a la vista, su frente era demasiado larga y sus ojos saltones daban miedo—. Sería muy buena cuentacuentos para sus niños, lee muy

bien y es buena con los pequeños. Todavía no cumple diecinueve, así que sería un alma joven en su hogar.

—Señora —interrumpió el hombre perdiendo la paciencia—. Lo que yo quiero es una mujer grande, de manos fuertes, que pueda arrancar árboles, sembrar y cargar leña. Yo los cuentos los enrolló y me los meto por el...

—Sí, entiendo, quiere una chica fuerte.

Entonces lo llevó con una morena alta, de hombros anchos y manos de roble. El hombre ni siquiera preguntó el precio antes de aceptar el trato. Sacó una bolsa de anillos, unas monedas pequeñas, y contó de diez en diez hasta sumar las seiscientas coronas.

—Suertuda —murmuró Casi en una entonación que derrochaba envidia.

Volteé a escrutarla con los ojos entornados y me di cuenta de que Lyra también lo hacía. Hoy, espero nunca haber hecho nada para que las otras chicas me vieran como Lyra miraba a Casi en ese momento: con vergüenza.

Una aparición interrumpió nuestro intercambio de miradas imprudentes. En ese preciso momento, vimos aparecer a una mujer con aires de dama distinguida. Lucía un vestido negro ceñido al cuerpo hasta las caderas donde se ensanchaba en varias capas de tela color burdeos y encaje oscuro. Además, ostentaba la postura adecuada con unas botas de tacón alto y pesado que se entreveía en su andar.

Caminaba con imponencia, miraba a su alrededor como si todo fuese barro que moldear bajo sus manos. Se podía oler su determinación y, por su rostro, era fácil adivinar que no había metal, por muy oxidado que estuviese, que ella no pudiera convertir en oro. Era una vendedora, una vendedora que trajo una chispa a mi vida porque la primera vez que me miró, lo hizo como nadie lo había hecho nunca.

Un encuentro fugaz en nuestras miradas fue suficiente para traducir lo que ella veía en mí.

Un par de preparadoras corrieron al encuentro con la vendedora y nos dieron órdenes de volver a Mujercitas.

—¿Por qué? —preguntó Casi a la preparadora más cercana cuando ya comenzábamos a andar. Se le veía tan nerviosa como a Lyra. En mí solo cabía curiosidad.

—La administración ha cambiado —nos explicaron—. Agatha dejó Mujercitas y ahora esa mujer será la nueva vendedora.

—¿Y eso por qué ocurrió?

—Calla, niña, y espera a llegar para que te expliquen.

Ya en la mansión, nos reunieron en el salón principal sin excluir a ninguna. Una vez juntas, nos hicieron posicionar de pie, una al lado de la otra, en filas de diez. La recién llegada se detuvo delante con un par de preparadoras a cada lado. Desplegó el abanico que tenía sujeto con sus guantes de satén dorado y lo utilizó para refrescarse, apenas un leve movimiento mientras escrutaba su entorno en silencio. Me tenía hipnotizada, pendiente de cómo pasaba sus dedos por la onda intrincada de su flequillo cobrizo, o cómo sus labios rojos entreabiertos parecían en pausa a mitad de una oración que nos paralizaría a todas. No podía apartar mi mirada de su elegante chal y de cómo este contribuía a la elegancia de su presencia.

Cuando parecía que no quedaba nadie en la sala inmune a su presencia, solo entonces ella habló.

—Agartha ya no será su vendedora. Mi nombre es Delphini, *madame* Delphini, y soy la nueva encargada de la administración de Mujercitas.

Hubo un murmullo de sorpresa. Por medio de susurros, suspiros y exclamaciones, de pronto, la sala se transformó en un huracán ininteligible que *madame* Delphini hizo callar con el choque de su tacón contra el suelo y una mano enguantada en alto.

—Es imperativo que aclare que el propósito de mi llegada no es un juego. Mujercitas está en la quiebra, su vendedora fue destituida por no haber sabido arrear este gallinero. Es mayor el consumo a los ingresos, y apenas nos queda capital para sustentar lo básico. Ni hablar de los vestidos, las joyas y los productos de higiene personal. Esas cosas hace mucho entraron en la categoría de lujos. Si no están en la calle la mitad de ustedes se debe únicamente a la generosidad del palacio.

Contuvimos la respiración. Jamás había oído de un destino así. ¿Qué sería de nosotras sin Mujercitas? Si ni siquiera teníamos familia, ¿qué le deparaba en la calle a una vendida sin dueño?

—Por suerte, he venido yo con el apoyo del palacio y un préstamo generoso de parte de la Corona que pienso devolver con creces. No sé cuál haya sido el enfoque de la anterior administración, pero las cosas serán distintas a partir de aquí. Voy a triplicar la cotización de todas.

—¡Pero *madame*! —exclamó horrorizada una preparadora—. Nadie... ¡Apenas pagan el precio que pedimos, y lo hacen llorando! La mayoría pide rebajas estafalarias. Nadie va a comprar a una de estas chicas si subimos...

—Nadie las va a comprar si las siguen vendiendo como hasta ahora, eso

es seguro.

—¿Pero de qué está hablando, *madame*?

Aquella pregunta era fiel representante de las dudas en mi cabeza. Yo también estaba ansiosa por conocer los planes de aquella mujer, e imagino que lo mismo les pasaba a mis hermanas, quienes retorcían sus manos y pasaban el peso de su cuerpo de un pie a otro como unas niñas inquietas.

Madame Delphini se acercó a Lyra, que era una de las aprendices de la fila de adelante, posicionada justo en el centro, y le arrancó las flores del cabello para arrojarlas al suelo como si estuvieran hechas de hiedra venenosa. A pesar de que yo estaba bastante lejos, no pude evitar contener la respiración por la sorpresa.

Lo siguiente que hizo *madame* fue arrancarle las mangas holgadas del vestido y las tiró a sus pies, cerca de sus zapatillas marrones.

—Flores, mangas victorianas, zapatos de abuela, vestidos insípidos... ¿Qué se supone que son? ¿Las santas madres de virginidad perpetua de una deidad mitológica?

Procedió a tomar unas tijeras y con ellas cortó la tela del vestido desde el cuello hasta el estómago. Lyra ni siquiera se inmutó, las otras eran las que gritaban, pero ella seguía con su mentón en alto, aunque acababa de quedar al descubierto la pieza de tela *beige* que nos obligaban a usar debajo de la ropa para cubrirnos el pecho.

—¿Y esto?

Le arrancó también esa tela y dejó sus senos en libertad.

Al ser expuestos ante el frío de la desnudez de forma tan imprevista, los tiernos pezones rosados de Lyra, de pronto, quedaron erectos. *Madame* Delphini procedió a examinarlos con sus dedos al igual que el resto del seno para comprobar su firmeza y circunferencia.

—¿Alguien me puede explicar por qué escondían estos senos detrás de esa ropa de niña de campo?

—*Madame*, esa es una de nuestras mejores inversiones. Es hermosa tal cual es sin importar qué vestido se ponga, así que...

—Veo que han estado haciendo las cosas muy mal. Terriblemente mal. Siempre he vivido bajo la filosofía de que no existe mujer fea, sino preparadoras que no saben aprovechar los verdaderos atributos. Cada día que pasa y, cuantas más de ustedes conozco, más creo en esto. —Caminó hacia la pelirroja que antes describí como desagradable—. Miren esta. Con ese peinado le alargan la frente, podría estacionar mi carruaje ahí. Además,

con el pelo recogido llevan la atención a sus ojos. Quiero que le suelten el cabello de inmediato, le vamos a hacer tantas ondas que, cuando la vea un comprador, no pueda apartar los ojos de su melena.

Estaba maravillada con esa mujer y, más aún, con la manera en que daba las órdenes, y los demás obedecían. Me hizo desear ferviente su posición, su porte, su autoridad.

—Desnúdense ya. No quiero un solo trapo sobre la piel de alguna.

Obedecemos. Algunas temblando de miedo, otras más cohibidas, pero ninguna se resistió.

Era la primera vez que mi cuerpo quedaba por completo al descubierto delante de mis hermanas; hasta entonces, solo Agatha y las preparadoras habían sido testigos de mi desnudez. No me sentí incómoda, solo molesta de cómo resaltaba mi palidez entre tantos bronceados: me hacía sentir cruda.

Y había algo que me acomplexada todavía más, algo que una de mis hermanas no tardó en señalar y las demás secundaron en un coro de risas.

—¡Sus tetas no tienen picos!

Y era verdad. Hubo un tiempo en el que ni siquiera sabía que mi cuerpo era anormal. De no ser por las preparadoras, no me habría enterado de que las mujeres suelen tener un pico sobre el pezón que crece por el frío o la excitación. En mi caso no había más que una mancha oscura en medio de mi seno con un agujero en el medio.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó Delphini con interés.

—Aquí.

—Bien, Aquí. ¿Me dices tú cotización?

—Ochocientas coronas, *madame*.

La mujer asintió y se volteó a las preparadoras.

—¿Alguien me explica por qué iban a venderla a ese precio?

—Bueno... —se adelantó la mayor de las preparadoras—, solo era una estimación inicial meramente tentativa. Ellos iban regatear, por supuesto, y la dejaríamos, tal vez, en seiscientas.

—¿Y es que se volvieron locas? ¿A quién se le ocurre vender a esta mujer por menos de mil?

—Pero *madame*, solo mírela. Es... rara.

Los labios de *madame* Delphini se curvaron hacia arriba con un derroche de satisfacción notable, como si la preparadora acabara de darle la razón. Luego se volvió hacia mí.

—Niña, ¿sabes cuántas rubias habrá el día de tu compra?

—Yo...

—¿Sabes cuántas tendrán la piel tostada?

—Muchas.

—Demasiadas. Tú serás una anomalía, y las anomalías se venden al triple. Eso hizo a mi corazón cabalgar desbocado.

—Pero *madame*, mire sus ojos.

—El problema no son sus ojos, el problema es que sus pestañas son tan cortas y claras que parecen transparentes, pero eso no es un problema, es una oportunidad. A esta niña hay que hacerle un ahumado de ojos con urgencia, y esa boca pálida sin definición necesita un delineado y el labial más rojo que haya en el reino.

Se acercó a mí. Me tomó los huesos de las caderas como si fuesen tuyas y me enderezó, pasó las manos a lo largo de mi vientre, subió por mi abdomen y de ahí a mis senos para estudiarlos hasta el último rincón de piel que les pertenecía. Se tomó su tiempo y recorrió mis clavículas con sus uñas y subió a mi cuello como si con la yema de sus dedos pudiera medir la sensibilidad de esa área. Recorrió mis piernas, comprobó la firmeza de mis glúteos, contó mis lunares con detenimiento y luego se apartó para contemplarme con una sonrisa satisfecha.

—Aquí —dijo—, no te pienso vender por menos de tres mil.

No habría podido contestar ni aunque recordara cómo trasladar las palabras a mis labios, pues en ese instante entró una nueva preparadora con la respiración agitada y una mano en el pecho.

—¿Qué? ¡¿Qué?! ¡Hable de una vez! —exigió *madame* Delphini.

—*Ma-madame*... llegó un carruaje. Muchos carruajes del palacio. Quieren ver a cada vendida disponible.

CAPÍTULO 2

Tú decides cuánto vales

Aquí. Las estrellas no ponen nombres con indiferencia, siempre hay un motivo, un propósito y un destino detrás. El mío estaba inspirado en Aquila, la constelación del águila en vuelo, situada debajo del cisne. Águilas, majestuosas criaturas capaces de prolongar su libertina existencia hasta setenta años, seres que en algún punto de su vida tienen que pasar por una decisión crucial: renovarse o morir.

El proceso que a ellas les toma ciento cincuenta días en la cima de una montaña, a mí me tomó la eternidad de un par de horas.

—Dile a quien sea que esté a cargo de esos carruajes —ordenó *madame Delphini* a la preparadora informante— que verá a cada una de mis chicas, pero cuando yo diga que están preparadas.

—Pero *madame*, no puedo hacer...

—Hazlo. Soy una profesional, no me tomará más de dos horas transformar estas niñas en mujeres.

Madame Delphini, aquella imponente dama que no quería el título de *lady*, que tuvo la fiera determinación de sobreponer sus órdenes a las del castillo, fue la segunda mujer que destrozó las piezas de un rompecabezas de mentiras que yo creía armado a la perfección en mi estructura mental. Fue de esas figuras que te hacen pensar: «*Vaya, ojalá yo fuera como ella*».

Hizo de mí lo que hace un águila a la hora de su dolorosa transformación, recluida en lo alto de una montaña: me arrancó las plumas, destrozó mis garras, me despojó del pico y, minutos más tarde, me dio alas nuevas.

Las tinas de agua caliente no eran una novedad en mi rutina, pero esa sería la primera vez que me sumergí junto a un enjambre de pétalos de rosa que impregnaron mi piel con su perfume y flotaron a mi alrededor como nenúfares de un manantial humeante.

La preparadora a mi cargo me restregó la piel como si quisiera verla sangrar, como si quisiera eliminar los residuos de los años en ella. Me

peinaron y perfumaron el cabello con esencias florales; *madame* Delphini permitió que me hicieran una trenza debido al largo de mi cabello, mas especificó que debía quedar holgada, con mechones que escaparan de mi frente para surcar mi rostro, interferir con mi mirada y rozarme los labios. Luego me masajearon entera con un aceite de aroma sutil y perenne.

La atención era activa y exigente; en minutos, necesitaban hacer de mí lo que no habían querido en una vida: una oferta tentadora.

—*Madame* —me atreví a hablar mientras ella en persona maquillaba mis ojos con sombras y delineados que jamás me habían aplicado—. Yo no puedo ser ofertada hoy, no cumplo dieciocho hasta dentro de una semana.

—Parece que con esto no harán falta extensiones en tus pobres pestañas —dijo, más para sí misma y a la vez que cambiaba su armamento para pasar a mis labios—. A nadie le importará la edad que tengas cuando te vean. Ni tú ni yo podemos perder una oportunidad así.

—¿Cree que me compren hoy?

Ella me inmovilizó el mentón con sus largos dedos y procedió a delinear mis labios que, al natural y gracias a su monótona palidez, estaban poco definidos.

—Lo que creo es que deberías dejar de hablar y dejarme hacer mi magia.

Reprimí las ganas de sonreír. En cada rincón de Áragog había distintas leyendas, mitos y teorías sobre la magia. Personas con habilidades más allá de las conocidas, descendientes de deidades caídas, parientes de criaturas extintas, adoradores de antiguas potestades que habían sido recompensados; pero nunca me había detenido a pensar que la magia, comprendida como habilidades extraordinarias imposibles de igualar, podría ser algo simple y efectivo: el poder de hacer creer a una mujer, en una hora, que vale más de lo que le han dicho en toda su vida.

Madame terminó de embadurnar mis labios con una melaza del color del vino y me repitió al menos tres veces que evitara tocarme la boca hasta con la lengua y que, de preferencia, la dejara entreabierta para maximizar su llamativo.

Luego procedió a vestirme.

El vestido sería mi armadura: arriba tenía un escote en V tan pronunciado que casi me llegaba al ombligo, el resto era una tela de micromalla elástica semitransparente que se adhería a mi cuerpo como otra piel, haciéndome lucir desnuda, excepto en las partes rebordeadas con un diseño floral cuyos pétalos se posicionaban de manera estratégica para cubrir nada más que mis

pezones. El vestido se adhería a mis caderas y se deslizaba sin despegarse hasta la altura de mis rodillas, ahí se desprendía en una falda acampanada que me hizo lucir como la sirena de un jardín dorado.

Por último, *madame* Delphini redujo el ancho de mi cintura con un pequeño ajuste en el vestido y luego se alejó unos pasos para contemplarme.

—¿Lista? —pregunté.

—Depende. —Esa respuesta me intimidó—. ¿Cuánto vales?

—Ahh... me dijo que no me vendería por menos de tres mil.

—Eso te dije, pero por tu actitud se nota que tú no pagarías ni diez anillos por ti misma.

—*Madame*, lo único que sé es hablar de cosas que a nadie le interesa, nadie me enseñó a ser bonita.

—Ay, niña. —Ella usó el abanico para golpearse la frente con gesto dramático—. No tienes que «saber» ser bonita, solo debes creértelo. Si te lo crees tú, no habrá persona en el reino que se atreva a plantarte cara diciendo lo contrario.

—¿Qué debo hacer para parecer más segura?

—No me imagino cuántas veces, a lo largo de tu vida, te habrán instruido para que cierres la boca ante todo y mantengas la cabeza gacha; permíteme que sea la primera que te incline a la irreverencia: a menos que estés ante el mismísimo Lesath Scorp, rey de Áragog, descendiente del Escorpión, no te calles. Si te dicen fea a la cara, y tú estás segura de que mienten, ni siquiera hará falta que abras la boca, con una sonrisa de orgullo bastará. Y no me quedo solo con esto, que sea así para todo. Aprende a hablar sin palabras o a buscar las palabras adecuadas para que nadie pueda argumentar contra ti. Si consigues dejarlos en silencio, habrás ganado.

—El reino no permitiría que...

—¿Quieres que te diga algo del reino? El sistema funciona porque nosotras aceptamos nuestro destino calladitas. Pocas queremos esto en realidad, y todavía menos nos atrevemos a expresarlo en voz alta, pero ninguna tenemos posibilidades de lograr un gran cambio, no solas. Entonces nos toca sobrevivir y tratar de labrarnos un hueco a nosotras mismas. Al reino esto le da igual, porque nos subestima y nos teme a la vez, sabe que una mujer determinada puede ser peligrosa cuando se convierten en dos, en tres, en diez, en cientos. ¿Y qué hacen para evitarlo? No fastidiar a personas como yo, no darnos muchas razones para quejarnos y crear revuelo.

Castigarnos sería una señal de que algo hemos hecho que ha puesto al reino a temblar, dejarnos tranquilas es una estrategia, una manera silenciosa de decirle a las demás que podemos chillar todo lo que sea, pero que a ellos le damos igual.

Me tenía fascinada con su discurso, abría las puertas de cientos de posibilidades alternas a mi realidad. Quería quedarme escuchando sus palabras el día entero, pasar la noche en vela analizándolas, y despertar temprano para oír más.

—Ahora sal ahí y véndete con la mirada. Y una vez tengas dueño, recuerda una cosa: ni tú ni ninguna de nosotras podremos cambiar la realidad absoluta, pero puedes empezar por hacer una mejora en la tuya.

Después de esa charla desconcertante, salí al mercado con una nueva actitud, o al menos tenía la disposición de adquirirla con la práctica. Me deslicé al ritmo de una sonata romántica y saboreé cada paso, cobrando seguridad con cada centímetro que avanzaba. Mis hermanas estaban preciosas, ninguna parecía ya una niña; no reconocí los rasgos que antes me disgustaban de cada una, pues ahora todo de ellas me parecía único y cautivante.

El sol blanco de Ara resplandecía sobre nosotras y se reflejaba en los cristales que adornaban nuestros cuerpos. Pese a estar en pleno mediodía, el astro alumbraba como si estuviese recubierto por una burbuja de diamante, era más un foco que un rey de fuego.

El mercado estaba más lleno que nunca, conté al menos seis carruajes reales y se me hizo imposible sacar un aproximado de la cantidad de hombres que comían y bebían mientras hacían de la calle su taberna personal. Cuando llegamos, casi se abalanzaron sobre nosotras como si fuésemos un costal de harina. De no ser por *madame* Delphini, quien los mantuvo a raya y nos organizó en nuestros asientos sin perder la compostura, aquello habría sido un desastre.

Poco a poco, cada uno de ellos, en grupo o por separado, se fue desplazando en medio de nuestras hileras de sillas. Más de uno se dispuso a tocarnos el cabello y olisquearnos un poco, pero *madame* Delphini les recalcó que no se tocaba a las vendidas en exhibición, que si querían estudiarnos sería por separado y tras la tienda de cortinas de organza que había detrás, las que usábamos para cambios de ropa de emergencia o para las negociaciones más gordas que no podían permitirse delante de tantos espectadores.

Entonces hubo uno; un hombre de aspecto severo, de barba rojiza y cabello oscuro, vestido de negro, con una capa de igual color que llevaba prendida al pecho con un broche de oro que pregonaba su rango en el palacio. Se me encogió el estómago al reconocer que aquella insignia tenía forma de puño, eso solo tenía una interpretación: era la mano del rey.

—¿Y esta qué hace? —preguntó a una preparadora refiriéndose a mí, no vi a Delphini cerca.

—Habla, nada más.

—¿Ni piano ni canto ni postres?

—No, mi lord, solo habla. Mucho. Sabe muchas cosas.

Cuando sus ojos se posaron en los míos supe que había atravesado mis capas de transparencia grisácea y que había llegado al núcleo de mí misma, ese punto que temblaba de miedo ante sus ojos de depredador, su sonrisa lasciva y el modo nauseabundo en que se relamía los labios y dejaba flotando en el aire la evidencia de su embriaguez. No, no fue eso lo que vio. De haberme visto asustada, habría seguido de largo en busca de una gacela más atractiva: lo que recibió de mis ojos fue una puñalada fría de desprecio, y eso lo excitó.

Ninguna de las otras se habría atrevido a verlo con el asco que yo sentí por él, y eso fue lo que lo llevó a escogerme como su presa.

—Entonces habla, ¿no?

—Sí, mi lord, es una dama de compañía.

—Pues que me acompañe. —Y me tomó del brazo. En ese momento sentí que mis músculos se llenaban de un líquido espeso que representaba mi terror, paralizándome—. Si lo que hace es hablar nos vamos a ir a la tienda a ver qué tal me impresionan sus palabras. Tengo que probar el producto antes de comprarlo, ¿no?

—Ehh... sí, claro, mi lord.

Si ahí hubiese estado Delphini ella habría sabido manejar la situación, pero estaba sola, sola bajo la supervisión de una preparadora a la que le importaba muy poco lo que pudiera pasar a una de las tantas vendidas que había pasado por sus manos.

El hombre, la mano del rey, me arrastró hasta la tienda y me empujó a través de la fina tela de organza. Luego se tiró en el único sillón que había dentro y me hizo señas para que me adelantara hasta quedar frente a él.

Lo recuerdo sin tener que esforzar mi memoria, sentado con una pierna cruzada sobre la otra, dejando su bota de cuero lustrado reposar encima de

su rodilla. Se reclinaba en el respaldo del asiento y luego volvía a inclinarse hacia adelante para poner su codo sobre su pierna, la mano en su mentón, los dedos rozando sus labios y su lengua, y sus ojos inyectados en mí. Me sentí como Eva, la primera mujer de una religión muerta hacía siglos sobre la que había leído en mi entrenamiento, que tras haber pasado su vida sin vestirse en el hermoso jardín del Edén, solo se sintió desnuda al presentarse ante Dios llena de pecado. Ese día experimenté lo que Eva: ante los ojos de esa bestia me sentí desnuda por primera vez.

—Hablemos, mujer.

No había tratado con ningún hombre en lo que llevaba de vida, solo los veía de lejos y jamás me encontré en una situación que requiriera una palabra de su parte hacia mí; por esa razón quedé estupefacta por el modo en que la mano del rey pronunciaba la palabra «mujer», como si se refiriera a una persona enferma de lepra y le llamara por el nombre de su enfermedad. Me pregunté si todos serían así, y decidí que si la respuesta era sí, prefería no ser comprada nunca.

—¿Eres muda?

Podía callar, debí hacerlo, pero al calor del momento solté el primer comentario que me picó en la boca. Porque sí, me habían preparado para ser vendida, pero a hombres letrados; nadie me advirtió que podría ser vendida a él.

—Lo siento, hasta ahora no me habían comunicado que mi trabajo sería el de bufón, así que entenderá que necesito un minuto para pensar qué chiste contarle.

Eso lo hizo reír, pero estaba claro que mis palabras envenenadas de insolencia no le parecían una gracia en lo absoluto.

—¿A qué estás jugando, mujer? ¿Quieres verme perder la paciencia?

Lo menos que quería era seguir viéndolo bajo ningún concepto.

—No he tenido intenciones de molestarlo —respondí pese a mis pensamientos—; sin embargo, usted ha de comprender que cuando me pide que hable sin darme mayores indicaciones, la primera idea que me cruzará por la cabeza es que me quiere para distraerlo. Y si no he estado equivocada todo este tiempo en mi interpretación del mundo, ese es el trabajo de un bufón.

Se levantó. Sentí satisfacción ante ese gesto porque me dio la impresión de que él necesitaba ponerse a mi altura para intimidar, como si no tuviera la capacidad verbal para cerrarme la boca desde su asiento, como si

amedrentarme fuese su única alternativa.

Se acercó tanto a mi rostro que nuestras narices se rozaron. Me puse tensa ante su cercanía, y su aliento fétido me hizo contener la respiración. Pude contemplar cada vello curvo de su barba, los reflejos anaranjados, los espacios menos poblados que dejaban traslucir su piel trigueña. Advertí la humedad de sus labios, mismos que no paraba de relamer, y temí con todas las fuerzas de mi ser que aquel hombre fuera mi destino, que su dinero me obligara a besarlo de por vida, a gemir como me habían enseñado, aunque su cuerpo fuese incompatible con el mío, a sonreír en su presencia, a bajar la cabeza cuando me hablara.

—Tu nombre —exigió saber.

—Aquía.

—«Aquía, mi lord» —corrigió.

—No soy un lord, solo Aquía.

Me tomó por los hombros e hizo que un grito de sorpresa se escapara de mi garganta.

—Pierdo la paciencia contigo. Me vas a llamar «mi lord» y basta de chistes, ¿queda claro? —Asentí—. ¿Cuánto cuesta una noche contigo, Aquía?

En Áragog había mujeres que conseguían escapar de su destino y huían de su casa de vendidas o del hogar de su padre en el caso de las nobles, y a partir de ahí vivían en las calles a costa de su cuerpo. Se suponía que eso era denigrante, a diferencia del trabajo de una vendida ya que nuestro fin consta de satisfacer a un solo hombre desde el momento de nuestra compra hasta el fin de nuestra existencia. Ese fue el motivo de que sus palabras me ofendieran, así que con toda la firmeza que me quedaba por dentro le respondí:

—Me parece que sigue confundiendo mi utilidad, mi lord. Soy una vendida, no prostituta.

Levantó la mano tan deprisa que en serio creí que iba a abofetearme. El simple gesto bastó para hacerme llorar de terror. Las preparadoras nos castigaban cuando era necesario, pero nunca con maltrato físico, ninguna se atrevería a enfrentar la pérdida que resultaría si en medio de una paliza llegaban a dañar nuestro aspecto.

Me sentí diminuta con las manos en la cara, el cuerpo encogido para protegerme y las piernas temblando tanto como mi corazón. Él tenía en su rostro una sonrisa perversa, como si por primera vez me tuviera justo donde

deseaba tenerme.

—Hey, hey... —dijo con ternura mientras tomaba mi rostro con delicadeza y se manchaba con mis lágrimas—. No pienso tocarte el rostro, ¿crees que le haría daño a esta carita tan hermosa?

Sorbí por la nariz y traté de tranquilizarme, pero en cuanto vi sus ojos supe que no, que no había motivos para estar tranquila.

—Ponte de espaldas.

—Mi lord, yo...

—De espaldas, te lo ordena la mano del rey.

—Por favor... —supliqué y las lágrimas comenzaron a salir de nuevo—. Por favor, voy a...

—De espaldas.

Obedecí y di pasos lentos y dubitativos, como criminal que camina a cumplir su pena de muerte sin siquiera saber qué tipo de ejecución le espera.

Apenas quedé volteada, la mano del hombre se posó sobre el escote de mi espalda e hizo contacto con mi piel solo cubierta por la fina micromalla, provocando que me sobresaltara.

De inmediato, me comenzó a empujar hasta la mesa donde tantas coronas se habían contado, donde tantos tratos se cerraron a lo largo de los años, para pegar mi pecho a la superficie y presionar mi cabeza contra la madera para mantenerme sometida mientras su otra mano rasgaba la fina malla de mi vestido y luego la tela bordeada.

Lo destrozó hasta que ya no quedó ni un tirón de tela que cubriese mis glúteos y solo quedaron despojos de la parte trasera del vestido. Me soltó la cabeza y, sin girarme, pude percibir cómo se movía a mis espaldas, el ruido de la hebilla de su cinturón contra los anillos de sus dedos y el deslizamiento veloz de este al ser arrancado de su sitio.

—No voy a tocarte la cara —explicó—, pero no hay mujer a la que le haga daño un poco de hinchazón en el culo.

A sus palabras las siguió el primer azote.

Si pretendía que después de aquello mi rostro quedara intacto había calculado mal las cosas. Pues, al sentir el cuero quemar sobre mi piel expuesta a su castigo, mi sorpresa fue tal por la magnitud de aquel dolor que por primera vez sentía, que me mordí los labios hasta que chorrearon sangre y saliva contra mi mejilla pegada a la mesa.

Al segundo azote grité. Fue la única vez que lo haría porque al momento

comprendí que lo estaba excitando, así que a partir de ese descubrimiento me tragué cada lamento que intentó trepar por mi garganta y me limité a llorar hasta que los ojos se me llenaron de los productos con los que habían intentado embellecerlos; y me ardieron tanto que no pude volverlos a abrir. Balbuceaba, pero no tenía a nadie a quien implorar.

En ese momento comprendí lo útil que hubiese sido a lo largo de mi vida hacer una pausa a la preocupación por ser comprada y conseguirme una fe. Porque ahí, mientras el monstruo me golpeaba a placer, en medio de todo el ardor y la impotencia, cuando mis piernas fallaban al no ser capaces de soportar el dolor y mi cuerpo contra la mesa temblaba en espasmos causados por el llanto, no creía en nada ni en nadie, mucho menos en mí misma.

Terminó de azotarme y me despegó de la mesa, pero los muslos me escocían y mis piernas estaban tan fatigadas que mi peso terminó por vencerme y caí al suelo.

—¡Levántate!

—No puedo —chillé a media voz.

Hizo ademán de tomarme por la trenza del cabello pero se contuvo con el rostro contrariado, de seguro pensó en que, por muy exaltado que estuviera, arrancarme el cabello a mechones no era una opción. No obstante, me tomó del brazo, apretó con fuerza y me arrastró fuera de la tienda donde la mayoría que, desde luego habían escuchado algo de aquel calvario, esperaba expectante por nuestro regreso.

La mano del rey ignoró a los hombres del palacio que se le acercaron y se fue directo hacia la preparadora con la que había hablado antes. Solo estando frente a ella me soltó y permitió que mi cuerpo se desplomara en el suelo. Dejó que me echara a llorar semidesnuda a la vista de los presentes con el maquillaje corrido, el labio roto e hinchado y la piel que aún me quemaba.

—La quiero —expresó la mano a la preparadora.

—Mi lord, no me compete a mí negociar...

—Es conmigo con quien tiene que hablar.

La voz de Delphini frenó mi llanto en seco. Por un instante, casi me permití sentir esperanza, lo cual era una tortura más. La realidad era que no había nada que ninguna mujer pudiera hacer, aun siendo vendedora, para impedir que un hombre con dinero comprara a otra.

Delphini le extendió la mano al comprador en potencia. Su rostro era frío

y severo, y evitaba mirarme sin dificultad, como si yo no estuviese ahí.

—*Madame* Delphini, mi lord. A sus servicios. ¿Qué deseaba?

—Quiero esta vendida.

—Lo siento mucho, mi lord, pero esa mujer no está en venta.

Ara contuvo la respiración y, si hasta entonces quedaba una persona que no estuviese encima de nosotros, pendiente del desenlace de la situación, eso acababa de cambiar.

—¿Cómo que no está en venta? ¿Usted quién cree que soy yo?

—Al parecer es usted el que no sabe quién soy yo. Yo dirijo este negocio por elección de la Corona. ¿Se atreve usted a desafiar la competencia de su majestad al ponerme a dirigir Mujercitas?

—Mujer, tú podrás elegir el color de las uñas de tus vendidas, pero no puedes saltarte la ley. Y la ley estipula que toda mujer nacida fuera de la nobleza...

—Tiene un precio. Ella lo tiene, pero no es un precio de venta, es un precio de exhibición.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que es un precio inicial. Esta chica será subastada, y no ahora, cuando cumpla su mayoría de edad como...

—Yo soy la mano del rey, no habrá nadie que se atreva a pujar contra mí. Si yo digo que la compro, la compro. —Se giró hacia los hombres del castillo y abrió los brazos con dramatismo, luego volvió a mirar a Delphini—. ¿Lo ve? Dígame ya mismo ese precio inicial y la compro ahora.

Madame Delphini tragó en seco y se vio derrotada. Le estaría agradecida por la eternidad por lo que acababa de hacer por mí, por desafiar públicamente al segundo hombre más poderoso del reino, por no dejar que aquel monstruo fuera mi destino sin pelear.

—No escucho el precio, *madame* —apuró el hombre en tono de burla.

—Cinco mil coronas —respondió a regañadientes.

—¿Tanto por esta pordiosera?

—La ley estipula que usted puede regatear todo lo que quiera, pero el precio lo fijo yo. Cinco mil coronas, ni un anillo menos.

—No te molestes en abrir el saco de monedas —interrumpió una voz a espaldas de la mano.

Su voz tenía un timbre grueso y profundo dentro de una entonación altanera y autoritaria. Al voltear para ver de quién se trataba, aun sabiendo que no le reconocería, no pude ver nada más que la sombra de un rostro

cubierto por la capucha de una larga túnica que apenas dejaba entrever la vaina de una espada en el cinturón del desconocido.

—¿Y por qué no lo haría? —preguntó la mano con un deje divertido en su voz.

—Tengo órdenes de pagar por esta chica lo que me pidan.

Esa noticia me dejó el corazón en un puño Nada dentro de esa escena tenía un punto de sentido, algo de coherencia a la que aferrarme para llegar a una conclusión. Ni para mí ni para nadie.

—Qué lástima que lo que piden ya lo voy a pagar yo, ¿no?

Desde el suelo, y si bien los ojos del recién llegado seguían a la sombra, pude observar su sonrisa altiva y traviesa besada por los pálidos rayos del sol blanco. Era como si aquel hombre disfrutara del momento como de una cacería.

—De acuerdo, mi lord, en ese caso es una lástima para usted que esto sea una subasta.

La mano del rey abrió la boca como si tuviera intención de expulsar fuego de ella, pero el encapuchado pasó por frente a su cuerpo sin reparo alguno y se encaminó hacia *madame* Delphini para besar su mano.

—*Madame* —saludó con una reverencia.

—*Sir* —respondió Delphini.

—*Madame*, quiero ahorrarme la molestia de tener que regatear con mi lord aquí presente, así que directamente ofrezco el doble y trato hecho. Diez mil coronas por la chica.

Si existiera una forma de volver a contener la respiración luego de haber estado un rato sin aire, entonces eso era lo que yo acababa de hacer. Esperé con mi pecho ardiendo por la falta de oxígeno hasta que oí las palabras mágicas salir de la boca de Delphini:

—Vendida.

CAPÍTULO 3

La verdad de las mentiras de Áragog

Partiríamos al anochecer. Pasé horas en la intimidad de un carruaje conmigo misma como única compañía mientras el resto de los hombres compraba y bebía a su gusto.

Me acobijé con la manta que me entregó el hombre que pagó por mí y esperé en silencio con el rostro pegado a la ventana. Pensé en el ardor de mis piernas, en el de mi trasero, y en cómo eso me recordaba a la mano del rey. Pensé en sus golpes, en su aliento alcoholizado que parecía haberse quedado a vivir dentro de mis fosas nasales, en cómo se relamía los labios y cómo esa acción era tan efectiva para revolverme el estómago. Pensé, con fiera convicción, en el odio que decidí tenerle a ese sujeto sin importar su rango, y pensé en mí, en quién era, y en quién me convertiría. Pero sobre todas las cosas pensé en mi compra y en cuál sería el propósito por el que se había pagado por mí una fortuna por la que un lord corriente sería capaz de matar.

«Aquía», escuché de nuevo las palabras de Delphini al despedirse de mí: «Recuerda. Recuerda todo lo que te dije. No puedes cambiar el mundo, pero sí tu vida».

Llegó la hora de partir y solo entonces lo vi entrar de nuevo. No se había quitado la túnica, pero una vez dentro se deshizo de la capucha. Dejó al descubierto un rostro enmarcado con una barba castaña con reflejos color caramelo, afeitada en puntas con pequeños espirales que daban la ilusión de que la parte inferior de su cara estaba en llamas. Sus ojos eran la contraparte de los míos, totalmente negros, y sus cejas, demasiado gruesas y velludas, le daban a su mirar un toque de profundidad extra. Su cabello largo hasta los hombros, del mismo color que su barba, se encontraba recogido en una cola media.

Se sentó a mi lado y me entregó una manta distinta, el doble de gruesa de la que ya arropaba mi cuerpo. Cuando me dispuse a ponérmela encima sentí que me detenía con una mano. Acto seguido, me hizo esperar mientras

deshacía el broche de su túnica —dos espadas cruzadas— y se la quitaba quedando solo con un uniforme de cuero negro con decorados en oro. Así me di cuenta de que aquel hombre no solo iba armado con una espada en la cintura, sino que llevaba una el doble de grande colgada entre los omóplatos, y una daga amarrada con una cinta azul oscuro a su brazo derecho.

En el reino de Áragog no había rebeldes, no había monstruos, no había enemigos, y en Ara, su capital, no existía ningún ladrón lo suficientemente loco para arriesgarse a robar cerca del castillo. Entonces, ¿qué inspiraba a ese hombre ir tan bien armado a un sencillo viaje al mercado y de regreso?

—El frío de Ara por la noche te podría matar —explicó él al extenderme su túnica—. Es mejor que primero te pongas esto y luego te montes ambas cobijas encima.

Lo miré expectante por unos segundos antes de tomar la prenda de sus manos, luego vacilé ante la idea de quitarme la manta y volver a quedar semidesnuda y destrozada bajo la vista de alguien más.

Él pareció comprenderlo porque al momento se giró para darme privacidad y dio tres golpecitos a la puerta del carruaje. La reacción fue inmediata, el vehículo se puso en marcha y detrás nos siguieron los demás, llenando el silencio de la noche de Ara con la sinfonía violenta de docenas de caballos al galope.

Cuando terminé de enfundarme con aquellas telas todavía tardé un segundo para decirle que se volteara. En realidad, ni siquiera lo hice, simplemente le hablé:

—Las espadas cruzadas son el símbolo de la Guardia Real. Y *madame* Delphini te llamó *sir*, así que... —Él giró para mirarme con una ceja arqueada que delataba su intriga—eres un caballero.

La única respuesta que recibí fue un simple movimiento afirmativo de su cabeza.

—Pero estás dentro del carruaje, y la guardia va parada al frente del carruaje junto a los jinetes.

Por algún motivo eso hizo salir otra vez esa sonrisa altanera suya, misma con la que se había enfrentado a la mano del rey.

—Digamos que tu comprador me dio órdenes directas de quedarme contigo y llevarte a salvo al castillo.

Quise preguntar a salvo de qué o en qué carruaje iba mi comprador, pero en cambio solo dije:

—«Digamos» no suena muy convincente.

Volvió a mirarme con esa odiosa sonrisa suya que contagiaba su rostro y luego se quedó mirando al frente sin responder mi pregunta.

—¿Me dirás quién es mi comprador?

—Ya lo conocerás.

—Me gustaría estar preparada —insistí.

—Nadie está preparado nunca para conocerlo.

No supe cómo sentirme respecto a esa respuesta, y menos al notar la solemnidad con la que él pronunció esas palabras. Sin que nadie me lo explicara, supe que aquel hombre no solo respetaba a mi nuevo dueño, lo admiraba y compadecía a la vez, y eso solo podía significar que eran amigos.

—¿Y tú? ¿Tú quién eres?

Volteó a mirarme con una ceja arqueada.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Nos esperan unas horas de viaje, ¿no? Si tienes un mejor tema de conversación, estoy receptiva, de lo contrario..., ¿cuál es tu nombre?

—No te molestes en conocerme si nunca más nos vamos a ver.

—Tampoco es que te esté preguntando sobre cómo se concretó el acuerdo matrimonial de tus padres, es un simple nombre.

Me ignoró de nuevo con su espalda pegada al asiento y procedió a mirar con suma concentración hacia adelante, como si usara el equivalente de toda su fuerza mental para no volver a fijarse en mí.

Yo seguí observándolo, más por el placer de incomodar que como medida de presión. Al cabo de un rato, me volví hacia la ventana, aburrída.

Entonces escuché su voz al fin ceder ante mi pregunta.

—Orión.

Volteé hacia él.

—¿Ese es tu nombre o el de mi comprador?

Giró su cuerpo hacia mí, resignado, y tras dejar salir el aire de sus pulmones con dramatismo, dijo:

—Sabes las costumbres de la guardia y su insignia, ¿sabes algo de la familia real?

—Todo lo que pueda aprenderse en los libros.

—Bien. —Suspiró—. ¿Conoces a los hijos del rey Lesath?

—Shaula, Antares y Sargas Scorp, este último heredero de la Corona.

Todos sus nombres pertenecen a estrellas de la constelación Scorpius, el

escorpión, el nombre del rey era el mismo que el de la estrella que estaba al final de la cola cuyo significado es «aguijón». Los demás los recité en orden de la estrella más brillante a la menor, que curiosamente era la estrella que representaba el nombre del heredero.

Orión asintió a mi repuesta, y luego abrió la boca para hablar, pero una sacudida violenta al carruaje le robó las palabras.

El vehículo comenzó a dar vueltas cuesta abajo y nosotros rebotamos dentro. El primer golpe me arrojó a la pared del frente y como reacción impacté con fuerza con lo que era el piso en ese punto de la rotación. Orión se abalanzó sobre mí, me abrazó por completo, usando su cuerpo como escudo para amortiguar los choques, y cubrió mi cabeza con sus manos para evitar que nada la tocara. Por más vueltas que dábamos sus brazos nunca aflojaron su presión, y entre su cuerpo y las mantas no recibí más daño que el del miedo y la sorpresa.

Cuando el carruaje se detuvo, él se tomó un momento, estando aún encima de mí con la respiración agitada, para quitarme el cabello del rostro. Comprobó con su mirada demasiado cercana si no me había lastimado.

—Estoy bien —creí susurrar, si es que me quedaba voz por dentro. Mi pecho nunca había estado tan agitado en mi vida, y él lo estaba aplastando con el suyo.

Eso le bastó para levantarse y ponerse en guardia. Su actitud cambió por completo al igual que la oscuridad de sus ojos, la cual se volvió más profunda. Estaba determinado y, curiosamente, hacía gala de una sonrisa de deleite travieso, como si llevara mucho tiempo esperando una oportunidad así.

—¿A dónde vas? —pregunté, nerviosa, al verlo saltar a la profundidad de la noche de Ara.

—No salgas —fue todo lo que dijo antes de cerrar la puerta.

Esperé, tal vez dos minutos, pero prefería morir a manos de lo que sea que hubiese fuera que por la incertidumbre que me entumecía dentro de aquella soledad expuesta.

Áragog tenía mitos y leyendas como cualquier otro reino. Al igual que los demás, estaban hechos como un medio para enriquecer la cultura y nadie se los tomaba en serio salvo los niños.

Yo había leído de criaturas que se alimentaban con la luz de las estrellas e iban por la vida robando almas para sobrevivir, hombres cuyo espíritu estaba ligado al dios Canis, la constelación, que les recompensaba su

devoción con fuerza y poderes sobrehumanos; pero jamás lo creí. No hasta que vi a aquellas criaturas con la piel grisácea brillando con un aura plateada alrededor. Supe que estaban robando la luz de las estrellas porque las vi titilar como bajo amenaza de un apagón en el firmamento. De aquellas bestias distinguí que sus ojos ardían en fuego blanco. Sus torsos estaban desnudos a excepción de los retazos de tela que de seguro pertenecían a la ropa que usaban antes de su transformación; también pude notar que las vértebras sobresalían como pirámides de sus columnas arqueadas de manera monstruosa. Sus garras eran tan enormes que las usaban para barrer a los hombres de la Guardia Real que se atrevían a enfrentarlos.

Cuando salí, solo con la túnica cubriendo mi cuerpo, no pensé en las palabras de Orión al principio. El frío de la noche de Ara me apuñaló la piel y ocasionó que me doblara con un grito de agonía. No pensé en el daño que eso podría causar, pues delante de mis ojos Orión, que peleaba con soltura arrogante y un entretenimiento desmedido, recibió un zarpazo en el rostro por voltear a comprobar qué me había pasado.

Otro caballero de la Guardia Real corrió al rescate y ejecutó al monstruo con su espada, pero Orión ya se había puesto de pie y corría hacia mí, dejando que los demás se encargaran de los dos monstruos que quedaban.

Quise gritarle que se fuera, que ayudara a los otros, que yo estaba bien, pero entonces me quedé paralizada al ver que su mano izquierda arrancaba la daga de su brazo y la arrojaba directo hacia mí.

Me pegué todavía más al suelo y me llevé las manos a la cabeza con mucho, muchísimo, miedo. ¿Iba a ejecutarme por la lesión que ocasioné a su cara?

El tiempo pasaba y yo tiritaba a punto de congelarme, casi sin poder mover los dedos, como si todo mi cuerpo de repente se hubiese echado a dormir sin mi permiso. Mas seguía con vida, y él sin acercarse a mí. Así que me atreví a levantar la mirada con mucha lentitud y mis ojos descubrieron a los hombres de la Guardia Real clavando sus espadas sobre los cadáveres de los últimos monstruos mientras los cargaban a todos en un mismo carruaje.

No fue hasta que miré hacia atrás que entendí el porqué de aquella daga que voló en mi dirección. Detrás de mi cuerpo había una de aquellas criaturas, pero ya no estaba en su forma humana, sino que tenía un tono violáceo de muerte en la piel; sus pupilas estaban vacías de color. Mejor dicho «su» pupila, pues, era la única que se le veía, ya que en la cuenca de

su otro ojo estaba clavada la daga de Orión hasta el mango.

Me sobresalté al sentir una mano sobre mí.

—Calma —pidió Orión con expresión severa.

Asentí mientras temblaba de frío y él procedió a cargarme para llevarme de vuelta al carruaje.

Me dejó recostarme y el caballero se quedó agachado frente a mí, solo observando, mientras el carruaje emprendía su camino de vuelta al castillo. La mitad del rostro le sangraba a chorros, tenía un ojo cerrado por completo y el cabello pegado al cráneo por esa melaza de un tono rojo oscuro, pero no sentí ninguna repulsión al verlo así como él no parecía sentir molestia con la gravedad de su herida.

—¿Qué eran...?

Él silenció mi pregunta tras adivinarla y usó para ella una respuesta cortante.

—Que te explique tu comprador, a mí no me pagan por soportarte.

Era fácil predecir que estaba molesto y alterado por mi interrupción en aquella peligrosa batalla, sin embargo, no iba a bajar la cabeza ante un comentario como ese, menos si tenía en cuenta que yo no poseía forma de saber que un peligro como ese acechaba en la misma realidad en la que existíamos. Me senté y le dije:

—No sé por qué te pagarán a ti, pero por mí pagó un hombre del que todavía no conozco ni el nombre, ¿tendrías la bondad de decirme quién es o es que a los caballeros también hay que pedirle las cosas de rodillas?

—Yo quería ahorrarte el disgusto, pero ya que insistes en saber... —Me miró a los ojos con fijeza, como si no quisiera perderse ni un solo detalle de mi reacción—. Antares, el príncipe dorado. Shaula, la hermosa princesa escorpión. ¿Has oído esas historias?

—Sí.

—Entonces habrás oído la tercera.

Asentí y tragué en seco.

—Pues, felicidades, preciosa, te acaba de comprar el príncipe maldito.

CAPÍTULO 4

No puedes cambiar el mundo, pero a ti sí

Sargas, el escorpión maldito, Scorp; príncipe heredero de Áragog.

Cuando naces para ser vendida son pocos los rumores que consigues oír de la gente porque son reducidas las ocasiones en las que tienes permitido salir, y en ninguna la finalidad es que puedas relacionarte porque para eso están tus hermanas. En nuestro caso, algunas noticias nos llegaban por la boca de las preparadoras: al fin y al cabo, eran personas; personas que escuchaban y sentían la necesidad de transmitir sus descubrimientos, sobre todo, a chicas como nosotras que estábamos ávidas de información.

Mientras estudiaba sobre la familia real se despertó mi curiosidad sobre varios puntos. Había mucha mitología detrás, demasiados ensayos y análisis de grandes astrólogos que le buscaban un significado y un destino a cada miembro vivo y por nacer; pero lo que más logró desconcertarme y encender mi curiosidad fue leer el título de «*escorpión maldito*» para referirse al príncipe heredero.

Fue una de las pocas preguntas que hice que no quedó sin respuesta.

Se dice que Áragog tiene el peor heredero de todos, un hombre que no respeta ni sus propias tradiciones, que carece de empatía, un hombre con el corazón maldito por el veneno de las estrellas de su constelación, condenado a padecer una gran discapacidad: la falta de amor. Para el príncipe, amar es una imposibilidad de la que no se salva ni su padre ni a su reino ni a él mismo.

Hasta donde yo sabía, Sargas nunca había dado la cara al reino, ni siquiera a su capital. No se presentó al funeral de su madre y lo único que se especula con un poco de fundamentos sobre él, es que muere por tener la oportunidad de asesinar a su hermano Antares, quien con seguridad sería mejor rey, acapara el afecto del pueblo y el visto bueno de la opinión pública.

Antares cumple con su deber con la nación como un soberano ejemplar: se integra, escucha, es el rostro de las más prestigiosas reuniones reales

abiertas al público, da discursos, concede entrevistas para los periódicos informativos, encabeza proyectos y eventos deportivos. Sargas ni siquiera sigue sus propias leyes.

«El escorpión» es el significado de su nombre, maldita es su condición, y sus pensamientos por completo un enigma.

¿Qué hacía un príncipe como él comprando una vendida como yo?

Orión no me dirigió ni una palabra y ni una mirada más en lo que restó de camino al palacio.

De un momento a otro, el carruaje frenó y él se bajó sin darme más explicaciones. Esa vez no cometí la imprudencia de perseguirlo y me quedé inmóvil hasta que un hombre distinto, sin duda otro guardia real, abrió la puerta y me buscó con la mirada hasta dar con el bulto de mantas en el que me resguardaba.

—Abajo —ordenó y me tomó del brazo con brusquedad para llevarme con él.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Calla, mujer, y ven conmigo.

Me arrastró fuera del vehículo sin siquiera ayudarme a saltar el espacio que separaba la carrocería del suelo, lo que ocasionó que me desplomara y me doblara los tobillos tras rasguñar sus brazos al intentar aferrarme a ellos.

Hubo un momento de parálisis en el tiempo en donde solo estaba yo, consciente de que había hecho algo grave, y él, quien observaba con ira palpable los largos canales rojizos que abrieron mis uñas en su carne. Volteé a verme como si fuera una abominación y se atrevió a ser la primera persona en el mundo que me tatuara su mano de un golpe en el rostro.

Juro por mi alma que quise echarme a llorar como las otras veces en mi vida que alguien me había pisoteado, quise encogerme como un bebé y pedir perdón, aunque no había hecho nada más que esperar que se me tratara como a un ser humano. Sin embargo, me tragué mis lágrimas sintiéndolas como una dosis de cianuro que asesinaba de a poco mi vulnerabilidad, y sentí arder en mí la chispa que sembró Delphini junto con la marca de la mano hinchada en mi cara.

No me levanté, solo subí mi rostro lo suficiente para clavar en el guardia la daga que escapaba de mis ojos. Dejé a mis pupilas la libertad de confesar lo mucho que le aborrecían, y siguiendo el ejemplo de Lyra subí mi mentón a la hora de preguntar:

—¿Tú sabes quién soy yo?

—Me haces perder el tiempo.

Volvió a tomarme del brazo y a arrastrarme con él, pero no lo dejé avanzar mucho y tiré con fuerza hasta zafarme de su agarre. Me detuve detrás y no varié ni un poco el rencor con el que lo miraba mientras repetí, con voz todavía más firme:

—Te hice una pregunta, ¿sabes quién soy yo?

No intentó volver a atraparme, pero se notaba que seguía sin tomarme en serio.

—No sé, pero vas a ser un cadáver si cuento hasta...

—¿Vas por la vida golpeando personas sin medir las consecuencias?

—¡No hay consecuencias por pegar a una vendida, sucia mujer!

Dejé salir una risa amarga.

—¿Y por pegarle a la vendida del príncipe? —Di un paso hacia el hombre e hice gala de una sonrisa deleitada en el miedo que de pronto brotó de sus ojos—. Me imagino que Antares sería tolerante, por supuesto, pero... ¿has probado la ira de un escorpión maldito?

—Yo...

—Me dañaste la cara, maldito —solté como última puñalada.

Ese día también conocí el placer de tener un hombre de rodillas.

—Mi *lady*, por favor... piedad, no le diga al príncipe...

Imploraba con sus manos juntas a modo de rezo, con el rostro contorsionado, patético, llamando lágrimas que no acudían con el fin de apelar a una parte de mí que ya estaba muerta.

—No soy una *lady*, soy una sucia mujer, tú lo has dicho. Y con mi corazón lleno de suciedad me encargaré de que te corten la cabeza.

—Tengo hijos, mi *lady*, tres pequeños que me necesitan.

—Créeme, el mundo no va a sufrir al perder una escoria como tú. —Sonreí—. ¿A dónde querías llevarme?

—Tengo órdenes de llevarla a salvo al castillo sin ser vista. —Señaló una taberna no muy lejana—. Entraremos por ahí, hay un pasadizo.

—¿Por qué no pueden verme?

—No lo sé, mi *lady*, el príncipe tiene muchas excentricidades, yo no sé por qué hace las cosas, solo sigo órdenes.

—Desobedeciste la orden de llevarme «a salvo» en el preciso momento que me arrojaste del carruaje y tu mano tocó mi cara.

—Perdón, mi *lady*, perdón... pero si no la llevo, matarán a mi familia. Por favor...

Hacía ruidos de llanto, pero ni una lágrima se veía rodar por su rostro. Me descubrí a mí misma mirándolo con asco, por completo incapaz de sentir lástima por alguien como él. Si le permití completar su misión fue porque yo lo necesitaba; cualquier alternativa a llegar al castillo era aterradora y degradante. Solo me quedaba avanzar e improvisar sobre la marcha.

—Llévame entonces.

—Pero no vaya a decir na...

—Solo llévame.

—Sí, mi *lady*.

Me condujo a la taberna, pero yo no permití que me tocara. Caminé junto a él hasta atravesar la puerta; detrás solo conseguimos mesas de madera vacías, una barra desolada con el recuerdo de velas ya consumidas. Estaba oscuro, pese a que el pálido sol de Ara ya había salido, porque el lugar no tenía ni una ventana y solo el polvo era una visita recurrente. Sin duda, aquel era un tapadero sin más utilidad que aparentar ser cualquier cosa menos el escondite de una de las entradas secretas al castillo.

Caminamos hacia una puerta al fondo que conducía a un reducido cuarto de escobas. El guardia la cerró al entrar y se agachó para remover los tablones sueltos que revelaron la entrada a un hoyo tragado por una oscuridad absoluta.

—Debo meterla ahí —me preparó.

Por supuesto que quise decirle que me condujese él, sentía la necesidad de protección con la que me habían criado, pero mayor era mi asco y todavía más honesta era mi emoción creciente al darme cuenta de que, aunque fuese por medio de mentiras y actuaciones, yo podía saborear un poco de la autoridad y el dominio que ostentaba Delphini. Por primera vez, experimenté la posibilidad de que un hombre fuera mi marioneta y no al revés.

—No, me meteré yo sola. Ve adelante.

El hombre asintió, acto seguido se sentó en el suelo al borde del hoyo e introdujo sus pies en él. Tanteó hasta que sintió lo que supuse era un escalón, y bajó varios pasos hasta que su cabeza estuvo al nivel del suelo.

—Tienes que venir a oscuras —me explicó—. Conozco este lugar y es solo una escalera hacia abajo. No conseguiremos antorcha hasta llegar al pasillo.

Asentí, aunque él no podía verme, y repetí su acción paso por paso hasta sentir la solidez del primer escalón. Afirmé mis pies y probé mi peso sin

levantarme por completo del suelo de madera hasta que estuve segura de que no iba a desplomarse la superficie bajo mis pies, y me levanté para poner un pie debajo, y luego otro, y así hasta que la oscuridad arropó mi cabeza y me encontré por completo en el agujero.

—Aquí estoy —oí que decía la voz del guardia muy cerca de mí aunque mis ojos no veían ni la palma de mis manos frente a mis ojos—. Hay que seguir bajando, pero debemos ir lento o me puedes empujar.

—Primero baja tú un escalón y luego yo bajaré otro. Así iremos.

—De acuerdo, ahora tú.

Y así nos movimos por varios minutos. Nunca había estado en una escalera tan larga, y mucho menos bajo tierra, sentí que descendía una eternidad que nunca iba a acabarse. La sensación de que aquello era infinito se prolongaba cuanto más consciente era de la absoluta oscuridad, tan implacable que no significaba diferencia alguna que avanzara con los ojos cerrados o abiertos. Quería salir corriendo para llegar al final, pero debía ser muy meticulosa y pensar cada uno de mis pasos para no caer quién sabe cuántos escalones, lo que podía significar en el mejor de los casos una herida grave o, en el peor, la mismísima muerte.

Así seguimos hasta que, de pronto, mi pie no consiguió nada debajo sino una piedra lisa y larga. Mi primer impulso fue correr, pero temí que solo fuera un escalón más largo, así que seguí avanzando con cuidado hasta que una llama iluminó todo el lugar.

El guardia estaba unos pasos adelante y sostenía una antorcha. Gracias a eso, pude ver que nos esperaba un corto túnel que desembocaba en otras escaleras ascendentes.

—¿Ahora hacia arriba? —pregunté.

—Será la última.

Ya me dolían los pies, pero no iba a emitir ninguna queja al respecto. Solo quería llegar, mirar a mi comprador a los ojos y preguntarle al fin qué quería hacer conmigo, qué lo llevó a pagar por mí el precio de cuatro vendidas.

Terminamos el ascenso y quedamos de frente a una pared.

—No toques nada.

—¿Qué voy a tocar?

Pero entonces entendí a qué se refería. Con un par de golpes a puntos estratégicos con sus nudillos consiguió que la pared y parte de la superficie sobre la que estábamos de pie, giraran hasta escupirnos al interior de un

cuarto de limpieza mucho más grande que el de la taberna.

El lugar estaba lleno de escobas, de trapeadores, de cubetas y de distintos químicos embotellados, pero a la vez había un sinfín de cajas y de cofres sellados, apilados o desperdigados, cubiertos por polvo, ropa y papeles. En medio de aquel revoltijo se apretujaban un par de literas que no entendí para qué se guardaban en ese lugar.

Cuando me giré a ver al guardia me di cuenta de que ya había devuelto a su sitio la pared secreta y que se encontraba de pie fuera de aquel cuarto con la puerta abierta.

—Tendrás que esperar aquí.

—¿Qué?!

Para cuando quise correr detrás de él ya había cerrado la puerta con seguro.

—No puede ser —susurré con las lágrimas rodando por mi rostro. Veloces e ingratas, ellas me recordaban que mi valentía solo había sido una máscara con la que intenté sobrevivir y, como todo disfraz, tarde o temprano hay que hacerlo a un lado para enfrentar la realidad por cruda que sea. Como la mía, que era el miedo. El miedo y la impotencia de verme en una situación donde no tenía control de mí o de mi destino, y que no había nada que pudiera hacer para cambiarlo salvo esperar que el monstruo que pagó por mí no fuese tan malo como las historias que de él se contaban.

Todavía llorando me acerqué a la pared movediza por la que había entrado y comencé a golpearla de un rincón a otro, primero lento y con método, luego dejando que la desesperación se apoderara de mis miembros. Me puse a golpear como loca, en ocasiones más de tres veces en el mismo lugar, y al seguir sin resultado terminé chocando mi cuerpo contra la pared como si esperara derribarla.

Mi intento fue tan pobre que terminé por deslizarme hasta tocar el suelo. Me senté y lloré, rodeando mis rodillas con los brazos y llevé el rostro entre las piernas.

—Es inútil.

No fui yo. Una voz extraña provino de algún lugar entre el desastre de cajas y llegó hasta mis oídos. Femenina y destrozada, alguien similar a mí, alguien que se había despedazado la garganta a punta de llanto.

Me levanté y vi que ella hacía lo mismo. Estaba tirada en el suelo, pero al verme se sentó en la parte baja de una de las literas e indicó con su mano un espacio para mí.

No podía tener más de veinte años. En mejores circunstancias, de seguro habría sido la chica más hermosa de muchos lugares, porque si bien su cabello no había dejado de ser del color del sol radiante de otras partes del reino, en ese entonces se encontraba hecho una maraña húmeda y maloliente, como si lo hubiese usado como paño de lágrimas y, aunque era posible adivinar que tenía un hermoso bronceado en la piel, se dificultaba verlo entre tanta mugre.

—¿Qué hacemos aquí? —me atreví a preguntar con un nudo en la garganta.

—No sé tú, pero aquí es donde traen lo que no quieren que el rey vea.

—¿Tú por qué crees que te trajeron aquí?

—Ah, no, yo no creo, yo sé muy bien la razón.

Sus palabras salieron con agonía, cargadas de un dolor tan genuino que por más que yo muriera por esclarecer un poco mi situación no conseguí la suficiente maldad dentro de mí como para hacerla revivir su tormento al ponerlo en palabras.

Fue ella quien decidió hablar.

—Soy una de las vendidas del príncipe Antares.

—¿Qué? ¿Y por qué sufres? El reino lo ama, es un príncipe ejemplar.

Aquella mujer bufó como si mis palabras fuesen un cuento infantil.

—El reino lo ama, por supuesto que lo va a amar. ¿De qué está formada la voz del reino? —No comprendí la pregunta, por suerte ella prosiguió—: De hombres. No hay ninguna estadística que incluya la opinión de alguna mujer. Por supuesto que van a amarlo.

Esa declaración me dio mucho más miedo del que venía acumulando desde que me compraron.

—¿Te trata mal?

Ella negó con la cabeza. Su mirada estaba ida, llena de dolor, pero sin punto focal en el mundo que compartía conmigo. En sus labios tenía tatuada una sonrisa triste; me dio la impresión de que ella ya había llorado todas las lágrimas disponibles en su ser.

—No me trata mal, no trata mal a ninguna de las otras siete. No hay un trato, ninguno, solo somos un cuerpo que utilizar y desechar a otras tareas cuando ya no le producimos deseo.

—¿Eso fue...?

—No. Y tú lo vivirás en carne propia, va a llegar un día en que vas a rogar que ya no sienta ganas de ti y te destierre a las cocinas. Es un chico, por

suerte se cansa rápido.

—Yo no vine aquí por Antares.

—Ah. —Asintió con pesar—. He oído que la mano del rey es todavía peor. Mucho... mucho peor.

Quise aclarar que estaba ahí como vendida de Sargas, pero me ahorré el comentario y la dejé desahogarse.

—El problema son las hierbas que no siempre funcionan.

Sabía exactamente a qué se refería. Como vendidas siempre existía el riesgo de contraer por equivocación una bendición que por derecho y por ley le corresponde a la esposa, para eso usábamos las hierbas y sus distintos preparados, mismos que debíamos tomar a diario, y de por vida, pese a los efectos colaterales que pudieran tener en nuestro sistema hormonal.

Con la mención de las hierbas se me hizo más clara la situación y comprendí de inmediato qué hacía esa mujer ahí incluso antes de detallar con más atención su barriga. La escondían del rey porque en su vientre llevaba un delito a la espera de juicio y condena. Y ese momento llegó segundos más tarde cuando la puerta se abrió de pronto y cuatro hombres armados la arrastraron hacia fuera pese a sus gritos, súplicas e improperios que fueron dirigidos desde el rey hasta las estrellas.

—¡Púdranse todos, malditos!

Fue lo último que escuché de ella, luego de eso solo me quedó el eco de su voz, la compañía de la soledad y una puerta cerrada.

Pasaron un par de minutos así, minutos durante los que no sentí nada. Y solo una pregunta rondaba mi cabeza: ¿sería ese mi destino? Siguieron horas en las que no me visitaba ni el sueño. En un punto me desmayé de cansancio o de aburrimiento, pero volví a despertar en medio de una pesadilla en la que yo era aquella mujer de destino incierto a la que acaban de llevarse a la fuerza.

Al final me quedé profundamente dormida y solo me levanté con el ruido de la puerta que volvía a abrirse.

Me enderecé en donde estaba y vi que entró una sola persona.

—Preciosa.

—Tú.

Como no podía ser de otra forma, me regaló otra sonrisa de las suyas, esas cargadas de diabólica diversión y evidente arrogancia. Cuando sonreía de esa manera, su rostro parecía desdibujarse detrás de sus labios y de su dentadura.

—A mí tampoco me alegra verte, preciosa —dijo y señaló los largos surcos temblorosos que quedaron grabados en el lado izquierdo de su rostro desde la frente, esos que cortaban parte de su ceja, bajaban por su mejilla e interrumpían su barba hasta llegar al mentón. Por primera vez en el día me sentí arrepentida por algo—. Pero como esta vida no es justa me ha tocado hacer de niñera. Ven conmigo, el príncipe tiene algo preparado para ti.

CAPÍTULO 5

Este será tu destino

No se puede decir de mí que supiera mucho de los príncipes y de sus costumbres para con sus vendidas; he de confesar que mucho menos conocía a Sargas y sus tendencias, pero si algo no esperaba era que él fuese de los que hacen obsequios.

—Bienvenida a tu nuevo hábitat, preciosa —dijo Orión luego de introducirme a mi alcoba, si es que a tal paraíso de extensión infinita se le podía poner un nombre así de mundano.

Todo ante mis ojos era más de lo que había tenido para mí, era más de lo que había visto, e iba en contienda con lo poco que me había permitido soñar.

Cuando vives con decenas de otras chicas en preparación para ser vendida, aunque sea en una mansión, una cama individual es un privilegio. Yo dormía en la parte de debajo de una litera e, incluso, debía compartir mi colchón con otras chicas cuando nos encontrábamos sobrepobladas. Aquel fue el motivo que me hizo contener un grito de alegría en cuanto mis ojos se toparon con una cama donde sin esfuerzo cabrían tres personas. Tenía cuatro varillas de madera en cada esquina que se elevaban para crear un techo del que se desprendían cortinas de seda color salmón, a juego con las sábanas y fundas color durazno.

La cama era apenas un bocado de fruta en medio de una ensalada tropical en el centro de un banquete real.

En el recibidor de la alcoba había un par de sillones junto a una chimenea de plata, misma que encima tenía un mapa de Áragog enmarcado en medio de un reloj de arena de Baham, el desierto del reino, y una bola de cristal llena de nieve de Deneb, las tierras nevadas del norte. A ambos lados se extendían pequeños recuerdos de distintos territorios y, pegado a la pared, justo encima de aquellas reliquias se exhibía un cuadro enorme de una constelación.

—Te quedaste sin habla —comentó Orión, divertido, al ver mi expresión.

—Es... —No podía creerlo—. Es Aquila. La constelación que me da nombre.

—Y vale una fortuna —añadió—. Fue hecho a mano con cristales *shwarosky*: cada una de las estrellas están perfectamente alineadas, es un trabajo de arte y de astrología muy minucioso.

Volteé a verlo con el ceño fruncido.

—¿Hecho a mano por quién?

Él se limitó a encogerse de hombros y contener una evidente sonrisa entre sus labios.

—¿No me digas que esto lo hicieron por mi llegada?

—La alcoba entera está personalizada, preciosa. Eso significa que todo fue hecho para ti.

—No, es imposible. He oído de hombres que ni siquiera se preocupan en preguntar el nombre de sus vendidas, ¿y me vas a decir que el escorpión maldito me mandó a hacer un cuadro alusivo a mi nombre en una noche?

—Eso, y... ¿me acompañas por el pasillo?

Todavía sin poder creer lo que veía y con la habilidad del habla entorpecida, lo seguí más allá del recibidor por un pasillo que más parecía un gabinete por la cantidad de compuertas en la parte de arriba de las paredes.

—Como comprenderás —comenzó a explicar Orión—, tuvimos que reciclar uno de los espacios vacíos del palacio, no nos daba tiempo de construirle una habitación nueva a mi *lady*. —Esto último lo pronunció con un sarcasmo sutil, pero evidente que me hizo rodar los ojos. Luego, comenzó a señalar las pequeñas puertecitas del pasillo—. Así que para darle utilidad a esos espacios los hemos rellenado con libros. Están clasificados por género literario, luego te pasaré las coordenadas, y dentro están ordenados por orden alfabético empezando por el autor, y se subdividen igual por orden alfabético por el título.

Me eché a reír.

—Espera que yo abra el primer compartimento, lo dejaré hecho un caos y, adiós, orden.

Eso hizo que él se frenara en seco con la cara más seria que le había visto hasta entonces:

—¿Qué? —Se lo veía muy disgustado por mi declaración y posterior pregunta—. Cuando necesites un libro será mejor que se lo pidas a tu doncella, yo la entrenaré para que mantenga el orden.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Quiero poder tomar un libro por mi cuenta.

—Y yo quiero venir todos los días a verlos y encontrarlos en su lugar.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Volví a torcer los ojos, un gesto nuevo en mí, pero que me brotaba con excesiva naturalidad al estar cerca de él —tanto que me hacía preguntarme cómo había estado sin hacerlo todo este tiempo—, aunque la respuesta era evidente: hasta entonces no me había tocado convivir con hombres.

Luego, casi a regañadientes, continuó hablando mientras me encaminaba al final del pasillo sin perder el deje irritado en su voz.

—Te gusta leer, ¿no?

—¿Cómo lo saben?

—Tu vendedora me dijo lo que debía saber de ti. —Luego pareció arrepentirse de sus palabras y añadió a toda prisa—: Sargas me pidió explícitamente que averiguara cuanto pudiera.

—Lo llamas por su nombre...

Eso solo me confirmaba que eran amigos, pero él no parecía dispuesto a seguir la conversación.

—Entonces... Libros. Nunca he leído uno, solo novelas gráficas. ¿Qué te empuja a ellos?

Lo miré con la sonrisa más sincera que le había dedicado a un hombre jamás:

—Que en las historias que encierran, si bien las mujeres no lo tienen fácil, al menos tienen derecho a enamorarse.

Eso lo hizo detenerse de nuevo a tan solo unos pasos de la puerta doble del final. Lo vi en su mirada, lejana e inaccesible; vi que hasta entonces él, como cualquiera en su posición, no se había detenido a pensar en que nosotras, destinadas a satisfacer los deseos sexuales de quien esté en la posición de pagarnos hasta que nuestro cuerpo ya no le genere placer, jamás tendríamos oportunidad de amar más que platónicamente, ya que ser correspondidas iba en contra de la ley.

Se giró a mirarme con los ojos entornados como si con ellos quisiera atravesar las barreras de los míos, y me preguntó:

—¿Te gustaría enamorarte, Aquía? —Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

—No puedo —reconocí con la frente en alto y caminé hasta la puerta sin esperar por él.

Lo sentí detenerse un paso detrás de mí.

—Pero... ¿querrías?

Volteé para que entendiera la seriedad de mis palabras.

—No. No albergo deseos imposibles, a la larga se convierten en veneno.

—No tiene que ser imposible.

Dejé salir una risa amarga.

—Le pertenezco al príncipe y él tiene el deber de casarse con otra, pronto. Si conoces algo más imposible que eso, por favor, dímelo.

Se quedó por completo en silencio unos segundos. Luego asintió, un gesto que me pareció que era más para sí mismo, y se adelantó para empujar las puertas que se abrieron hacia dentro y dejaron relucir un cuarto de brillo y belleza.

El armario frente a mis ojos me hizo comprender que mi imaginación era vulgar e insípida; ni en mis mejores sueños habría podido fabricar una maravilla similar.

Había una pared exclusiva para ropa con una pequeña escalera blanca que llegaba al primer nivel. Este contenía prendas dobladas y acomodadas por tela y por color, el nivel de abajo repetía la fórmula con ropa íntima, y debajo, el nivel pegado al suelo y el más alto, exhibía una sublime colección de vestidos ordenados por color que iba desde los tonos más intensos y oscuros hasta los más suaves y claros, formando un arcoíris de tela impresionante.

Pasé la mano entre ellos de un extremo al otro y sentí la tela acariciarme la piel como pétalos de flores que me besaban.

—¡Hey!

Orión corrió hacia mí y me detuvo.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Te lavaste las manos?

Eso también me hizo reír. Estaba fascinada con las excentricidades de ese sujeto.

—¿Lavarme las manos?

—Estás tocando seda, organza, cachemir, tul, chifón, *charmeuse*, tafetán, terciopelo... ¡Ahhh! Lo dañas con las partículas y los residuos adheridos a tus manos, sin mencionar las glándulas sudoríparas, que son unas expertas en arruinar vestidos, y tú pegas las tuyas a estas telas como si rociaran

perfume.

No pude contener una carcajada después de eso, pero no quise seguirlo torturando con mis ataques inocentes a esos objetos inanimados que tanto le preocupaban, así que continué con mi exploración.

En medio de ese clóset había un aparador cilíndrico giratorio lleno de calzados: desde sencillos, como pantuflas con distintos modelos, hasta zapatillas y tacones de noche con tanta pedrería que las estrellas se opacarían en comparación con ellos. En la pared del otro lado había una repisa de piedra blanca lustrada con un espejo que abarcaba el espacio restante. Encima de la repisa había una variedad de objetos distribuidos en un orden demasiado meticuloso que me abrumaba con solo mirarlo.

Una torre de esmaltes de uñas que seguía el degradado de color de los vestidos, pero esta vez de arriba hacia abajo, estaba resguardada por una barrera hecha de labiales. Extendí la mano para tomar uno de un extremo y en mi emoción agarré otros dos para admirarlos, y entonces Orión me los quitó como si acabara de tensar la cuerda de un arco con flecha incluida.

—¡No! —Se agachó sobre el mesón y con sumo cuidado colocó en su lugar el primero de los labiales, estaba tan concentrado que cualquiera pensaría que tenía lupas en los ojos—. ¿Estás loca? Este va con los de color crema, este con los de color hueso y este con los de color piel.

—Es un chiste.

Me miró con el ceño fruncido y los labios contraídos como si se aguantara un torrente de groserías.

—No es un chiste, es un sistema, y lo estás dañando.

—Pero si son del mismo color...

Fue su turno de torcer los ojos, y no se quedó con eso, lo acompañó con un resoplido de cansancio. Decidí ignorar los labiales, aunque había otros grupos limitados a distintas gamas de colores, ordenados en secciones por tonos mate, escarchados, con brillo y otras utilidades que ni me habían pasado por la mente.

Preferí concentrarme en los cofres de accesorios. Me dio la impresión de que habían robado una joyería por mí. Me llené los brazos de pulseras, los dedos de anillos, y abrí el cofre de los collares para repetir el procedimiento, pero como Orión había terminado de alinear los labiales casi con regla y microscopio, no tardó en gruñir. Me giré casi al mismo tiempo que fingía una sonrisa para enfrentarme a la contorsión herida de su rostro.

—¿Qué? —dije con la dulzura más falsa que fui capaz de evocar.

—Estás mezclando cuarzo con ópalo, amatista y jade. ¿Te enseñaron a combinar en un circo? Además, usas un brazalete simple con un anillo recargado, una obra de cinco hileras de diamantes que debería ser la única atención en tu brazo con un montón de bisutería barata y, por si fuera poco, lo piensas terminar de arruinar con collares. ¿Quieres parecer una dama o el aparador de un vendedor de playa?

—¿Y tú eres caballero o sastre? ¿O es que a los caballeros le dan clases de estas para que sepan adornar sus armaduras?

Él levantó las manos como si quisiera tocarse la cabeza, más bien arrancársela, y frustrado, casi como si le doliera verme, me dijo:

—Si piensas que me has ofendido, te equivocas. Prefiero ser un sastre que un *desastre*. Quítate eso, no puedo hablar contigo así.

—¿Por qué?

—¡Quítatelo!

Se acercó hacia mí para desnudar mis extremidades mientras yo me reía por la urgencia con la que lo hacía, como si estuviese programado para eso.

—Te va a vestir una doncella de ahora en adelante.

—¿Por qué?

—¡Ahh! ¡AHHH! —Se llevó las manos a la cabeza, sostuvo su cabello, como si se lo quisiera arrancar, y luego comenzó a hablar mientras hacía muchos gestos automáticos, consecutivos y nerviosos con las manos—. Tú preguntas mucho. Tú siempre preguntas por qué. Tú nunca obedeces y ya. Y tú... ¡AHHH! No eres ordenada, a mí me gusta el orden, no puedo verte y, por órdenes del maldito Sargas, no me puedo alejar de ti. Es que lo mataré apenas salga de aquí.

—Pero... ¿cuál es tu problema con el orden?

—Ven acá.

Tomó mi brazo y con él me arrastró al fondo de la habitación tipo armario donde una cortina de un rosa pálido ocultaba lo que había en la última pared.

—Párate aquí. Pero justo aquí, no te muevas ni un paso.

Procedió a correr la cortina y revelar una especie de escalera con escalones que abarcaban el ancho de la pared y se detenían poco antes de llegar al techo, una construcción peculiar, a modo de repisa, que contenía una cantidad insólita de coronas y tiaras, organizadas con un método meticuloso que hacía que, al admirarlas a todas en conjunto, parecieran piezas de una única y majestuosa diadema.

—No puede... —Pero el resto se perdió junto a mi mirada que con frenesí recorría aquella exhibición de un extremo a otro, casi con miedo a que desapareciera si se me ocurría parpadear.

—Están alineadas y separadas de manera exacta —explicó Orión—. Si una se mueve una milésima hacia cualquier lado arruinaría la visión general. También los cristales son importantes, no pueden estar dispersos, sin orden, de lo contrario el resultado sería un asco. ¿Has visto una corona con cristales puestos al azar? No, eso no existe, así que el color de los cristales, el tamaño de las coronas y distintos factores más influyen mucho en el resultado final.

Una idea acababa de cruzar mi mente inspirada por sus palabras, me volteé para confirmarla y, en medio de un intento por obviar la cicatriz de su rostro que no dejaba de enviarme punzadas de culpabilidad, me fijé en sus ojos con más atención que antes. Esta vez ignoré la profunda oscuridad de sus iris a juego con sus pupilas, me interesaba más lo que me contaban sus córneas.

—Tienes los ojos rojos.

—¿Disculpa?

—No dormiste durante la noche, ¿verdad?

Bufó para quitarle importancia, lo que solo consiguió alentarme más.

—¡Es cierto! ¿Tú hiciste esto?

—Estás loca. —Acompañó sus palabras con un gesto despectivo de su mano y volvió a la seriedad con la que lo conocí.

—Requiero una respuesta concreta, no tu opinión sobre mi estado mental. ¿Lo hiciste o no?

—Deberías bañarte, hay un...

—¿Sí o no?

De pronto, se tornó determinado y acertó la distancia que quedaba entre los dos, lo que ocasionó en mí un deseo irracional por dar un paso hacia atrás. Me miró a los ojos con una firmeza que me dejó fuera de lugar, se apoderó de mí un nerviosismo tan extraño que quise desviar la mirada o ponerme a soltar muchas palabras consecutivas sin respirar entre una y otra hasta ser capaz de ignorar su presencia.

Pero no hice ninguna de esas cosas y con fingida firmeza soporté mis propios sentimientos mientras él se aproximaba a mi oído para decirme casi entre susurros:

—¿Cambiaría tu manera de ver la habitación si supieras que la he

decorado yo?

Tragué saliva, esperando que eso le pasara desapercibido, y sin vacilar respondí:

—Tal vez sí, tal vez eso haga de mi estadía aquí todo lo desagradable que esperé que fuera.

Apartó sus labios de mi oído, pero no dio ni un paso lejos de mi cuerpo y, sin dejar de mirarme, continuó hablando ahora con esa sonrisa tan suya.

—O puede que eso influya en tus sueños.

—Sí, convirtiéndolos en pesadillas.

Eso lo hizo reír con sutileza. Verlo así, incluyendo el carácter que añadía la cicatriz que atravesaba su rostro, me ocasionó unas fuertes ganas de sonreír. Para evitarlo tuve que morderme el labio.

Orión no me apartó los ojos en ningún momento y cada vez me sentía más nerviosa, como expuesta a un fuego cuyo calor ya empezaba a sofocarme, así que me apresuré a tomar las riendas de la conversación.

—En serio, ¿tú hiciste esto?

—No todo. Solo supervisé y di órdenes, como el director de una buena obra de teatro.

—¿No todo? ¿Qué cosas sí hiciste?

—¿Tienes siempre que sobreanalizar mis palabras?

Me encogí de hombros:

—La manera en que formulas lo que dices y las palabras que escoges me revela más de lo que crees. Es automático, así soy.

—Pues no te soporto.

Eso me hizo sonreír con malicia, lo que a la vez ocasionó que él elevara la ceja de la cicatriz.

—¿Y eso a qué vino? —preguntó.

—A que no te creo.

—Argumente su respuesta, mi *lady* —alentó todavía con su ceja arqueada.

—Pudiste haberme mostrado el cuarto sin dedicarme ni una palabra más, pero aquí estás, hablando con quien no soportas...

—Para empezar, me obligaste a dirigirte la palabra con... con tu desastre.

—¿Y no será esa la excusa que necesitabas para hablarme?

—¿Desde siempre eres así de creída o es un efecto colateral de ser comprada por un príncipe?

Abrí la boca por lo sorprendente que me resultó su comentario, pero me repuse al instante para soltar el mío, la flecha que pondría fin a aquella

guerra entre dos.

—Y tú, ¿sueles coquetear con las vendidas de tu amigo o soy la primera?

Lo vi ensanchar los ojos a la vez que la sombra de una sonrisa se le asomaba en los labios. Optó por repetir su acción pasada y se acercó un paso más hasta que ambos compartimos el mismo aliento. Esta vez me susurró las palabras sobre los labios al punto en que me acariciaron:

—Si estuviera coqueteando contigo, lo sabrías. Nadie puede aguantar la respiración por tanto tiempo, sin darse cuenta. —Se alejó de mi rostro y sonrió—. Ya puede respirar, mi *lady*.

Para mi desgracia, sí, había estado conteniendo la respiración, y él lo sabía.

No iba a dejarlo así, sea cual sea la nueva naturaleza que florecía en mí después de que la vieja Aquía muriera, no me permitía perder con tanta evidencia.

—No respondiste mi pregunta.

—¿Perdón?

—¿Qué hiciste tú de todo esto?

—¿Por qué importa?

—Porque te cuesta decirlo.

Frunció el ceño.

—No es verdad.

—Dilo entonces.

Desvió la mirada en medio de un suspiro. Saboreaba la situación con una sonrisa de victoria hasta que escuché su respuesta. Tal vez le habría dado menos importancia si sus palabras las hubiera pronunciado con menos vergüenza, sin tanta solemnidad.

—El cuadro.

—¿La constelación?

—Sí, Aquía, la constelación. ¿Alguna otra duda?

Abrí la boca para responder, pero en ese momento una mujer irrumpió en el gran armario. Llevaba el cabello recogido en un moño que no dejaba ni un solo mechón suelto y la cabeza gacha con signo de timidez. Sus manos temblaban, entrelazadas, y todavía sin hacer contacto visual dirigió a Orión las siguientes palabras:

—Sir, ya... ¿ya acabó? Necesito asear a la vendida.

Él asintió, se le notaba fuera de lugar, como si lo hubiesen sacado del agua y se viera por primera vez expuesto al oxígeno luego de siempre haberse

abastecido de vida por medio de sus branquias.

—Eh... —Me miró, aunque por un segundo, y luego volvió a ver a la recién llegada—. Toda tuya. Volveré cuando... cuando el príncipe la solicite.

Y solo así, sin mirarme una última vez, se marchó.

CAPÍTULO 6

Puedes ser lo que quieras, escoge lo que nadie espera de ti

—¿Terminaste? —preguntó mi doncella a la entrada del cuarto de baño. Tenía una toalla en sus manos, a la espera de mi cuerpo húmedo.

Ella había entrado en mi alcoba temprano para entregarme el desayuno; constaba de pan, yogur y ensalada de frutas, acompañados por un vaso frío de jugo de mango de las cosechas de Hydra. La bandeja llegó junto a una nota que tenía el sello real del escorpión; en ella se plasmaban unas palabras genéricas que me deseaban un alegre despertar y una única instrucción: que estuviese arreglada antes del mediodía. No hubo aclaratorias.

Luego de comer, mi doncella me preparó un baño humeante, inundado de espuma como un cielo alegre por la compañía de las nubes, y aromatizado con girasoles de los campos de Hydra, que eran conocidos por su particular composición cítrica y potente. Estas gigantes flores amarillas —solo en su variación nativa de Hydra— eran muy codiciadas por los fabricantes de perfumes más célebres ya que sus fórmulas solían contener de esos pétalos en mayor o menor medida.

Restregaba mi piel con esmero y pasión porque en el fondo de mí mantenía, aunque encadenada para que luego no diera paso a la decepción, la idea de que ese día conocería al príncipe maldito.

Llegó el momento en que las burbujas se extinguieron, la espuma se fusionó con la suciedad de mi cuerpo y mi piel se acostumbró al calor que la abrasaba: señal inequívoca de que el baño había llegado a su fin.

—Sí, ya salgo —respondí a mi doncella.

Ya en el recibidor de mi habitación dejé que ella me secara y me envolviera en la toalla para conducirme, todavía sin vestir, por medio del pasillo al gran armario. Una vez ahí, me senté junto al espejo y la dejé arreglar mi cabello.

—Han pasado días —comenté mientras el cepillo barría mi cuero

cabelludo—. ¿Suelen tardar tanto los compradores en hacer acto de presencia?

—No lo sé, mi *lady*. —Seguía sin acostumbrarme a dicho título, pero a ella nunca le dije nada al respecto—. Los hombres son todos raros, y el suyo más.

Sus palabras me hicieron gracia, indicaban posesividad, un derecho exclusivo de los hombres. No había, y no podría haber nunca, nada parecido a alguien «mío».

—Pero algo debes saber de los compradores menos... «excéntricos», ¿no?

—Usted lo ha dicho, mi *lady*, el príncipe Sargas es excentricidad pura, hace las cosas a su modo. Ni su padre lo consigue... predecir. En general, los compradores están ansiosos por usar su nueva adquisición, no había oído de ninguno que esperara para usarla, pero tampoco he oído de ninguno que le ponga doncellas a sus vendidas; lo normal es que ellas terminen siendo una.

—¿Qué sabes de él? De mi dueño, digo —pregunté cada vez más intrigada por el tema.

—Pocas cosas sé de su hermano, y es al hombre que pertenezco. Hace diez años el rey pagó por mí. Pero al Antares cumplir la mayoría de edad, el rey me obsequió a su hijo sin siquiera haberme usado.

—¿Eres la vendida de Antares?

Observé en el espejo cómo sus cejas amarillentas se elevaron sin comprender, luego sus dedos continuaron maniobrando sobre mi cabellera oscura y, con la paciencia que la caracterizaba, se dispuso a explicarse.

—Una de ellas, mi *lady*.

—Cierto. Son ocho sus vendidas, ¿no?

—Éramos. Quedan siete, y sospecho que no son más de tres las que todavía... usa. A mí me pasó al personal de limpieza cuando... bueno, cuando quiso. Imagino que ya no sentía nada conmigo.

—¿Cómo es que me sirves ahora a mí?

—No hago preguntas, mi *lady*, y dudo que a él le importe lo que hagan sus vendidas luego que se aburre de ellas. Una noche vino a mí un caballero y me dijo que de ahora en adelante le serviría a la vendida del hermano de mi dueño, y nada más. Creo que Antares se alegró de darme una utilidad mejor, es muy buena persona.

Cuanto más conocía de Antares, menos me parecía una «buena persona». Se suponía que él era el héroe, el decente, el aclamado, ¿qué quedaría para

su infame hermano maldito?

—Ya está. Ahora a escoger la ropa.

Mientras ella buscaba en la colección de vestidos, yo subí la pequeña escalera de la pared izquierda para llegar al nivel de la ropa interior. Había una variedad abrumadora de ropa íntima. Dejé que mis dedos se deslizaran entre ese campo de encaje, seda, algodón y ligas. Levanté una pieza que atrajo mi atención y comencé a ponérmela justo ahí, sin bajar la escalera. Empecé por colocarme un panti de encaje crema y luego deslicé las medias de malla elástica, color rosa pálido, sobre mis piernas. Llegaron a la mitad de mis muslos y de ahí, unida por medio de un anillo cromado, se desprendía una liga blanca hasta la altura de mi cintura, donde me tocó abrochar la cinta blanca que rodeaba esa zona en un anillo en el centro, sobre mi ombligo.

Busqué mi reflejo en la pared del frente. La complicada trenza del cabello me atravesaba el pecho y su negrura contrastaba con mi palidez. Mis senos desnudos la enmarcaban y, si bien no podía sentirme a gusto con la anomalía en mis pezones, deseaba que alguien pudiera verlos así, con su caída natural, pero firmes, deseosos de un buen tacto que los despertara. Las medias y el panti escaso me daban una inocencia fingida por la timidez de su color; me pasó por la mente el nombre de una constelación a la que me habría gustado darle la oportunidad de tenerme como solo el espejo podía, pero era tan imposible que deseché la idea. Me dispuse a deshacerme de aquel disfraz y empecé por el anillo sobre mi ombligo.

—No se lo quite, mi *lady*.

Bajé mi vista hacia mi doncella, quien sostenía el vestido selecto en sus manos.

—Podemos probar cómo se ve con esto, la parte más insinuante estará oculta, lo demás será un bonito decorado.

Mi respuesta fue una sonrisa amplia.

Era el primer vestido con corsé que usaba; eso, sumado a su diseño *strapless* tipo sirena, que me elevaba los senos y los redondeaba, haciéndolos un foco de atención solo compartido por una pequeña gargantilla de una sola hilera de cristales *shwarosky* que me apresaba el cuello. La caída de la falda empezaba justo donde terminaban mis costillas con un adorno hecho de pedrería a modo de cinturón. La falda se elevaba un poco gracias al tul que había debajo, pero se detenía justo por encima de mis rodillas para dejar que las medias hicieran su trabajo. El vestido era

color durazno, y las zapatillas de tacón iban a juego con la pedrería de la cintura y con el brillo de los cristales en mi cuello.

—Me encanta —confesé—. ¿Por qué el príncipe me daría todas estas cosas?

—Mi *lady*, usted es su primera vendida, tal vez necesita mostrarla por todo lo alto. No sé si sabrá, pero su futuro reinado dependía de que él pudiese cumplir con su deber con las tradiciones de Áragog como su hermano, y adquirir una vendida es parte de ello. El siguiente paso es casarse.

Asentí. Eso respondía una de mis preguntas: Sargas me compró porque me necesitaba para poder ser rey. Sin embargo, la cuestión era otra: ¿por qué a mí? ¿Por qué arriesgarse en una subasta con la mano del rey por una vendida entre tantas?

Luego de maquillarme fuimos a los sillones del recibidor de mi alcoba y esperamos junto a la chimenea por una señal del príncipe.

—¿Le busco un libro, mi *lady*?

—No, estoy demasiado nerviosa para leer. —Mi doncella asintió—. ¿Cuál es tu nombre? Llevo muchos días llamándote solo doncella en mi cabeza y no me parece justo.

La mirada que me dedicó ella a continuación fue la perfecta fusión entre gratitud y estupefacción.

—Yo... lo olvidé, lo siento.

—¿Cómo vas a olvidar tu nombre? Es imposible.

—Hace diez años que todos lo olvidaron, era cuestión de tiempo para que eso me ocurriera a mí.

—No, no es cierto, no puede ser cierto...

Pero la tristeza en su mirada me decía que, en efecto, olvidarse de su propia identidad había sido su defensa para mantener la cordura en un mundo en el que a nadie le interesaba.

Se oyeron golpes en la puerta y mi doncella se levantó para abrir. Yo no quise levantar la mirada y no dejé de retorcerme las manos hasta que ella volvió a decirme que me esperaban en la puerta.

Al llegar ahí, no me encontré con Sargas, sino con el rostro serio y la postura firme del único caballero que se definía a sí mismo como «niñera».

Para ser un hombre muy ordenado, desconcertaba ver cómo varios mechones de su cabello escapaban de su coleta con despreocupación. Estaba ataviado con su uniforme negro con coraza y cota de malla, con una

capa color azul rey unida por el broche de la guardia en dorado. Al verme, su compostura flaqueó un poco, sus ojos se escaparon por unos segundos a mis piernas y su boca vaciló entre una palabra y otra, pero al final volvió a cerrarse sin ningún comentario.

No tardó en volver a su actitud de servicio; pese a ello, la manera en que rehuía de mis ojos incoloros, profundizados con sombras, me dio a entender la falsedad de su compostura.

—Señorita...

—¿Será así como me llames ahora? —interrumpí mientras alzaba una ceja.

—¿Cómo quieres que te llame, Aquíá?

«*Me estaba acostumbrando a que me llamas preciosa*», pensé, aunque por supuesto, no iba a decirlo.

—Con que me llames por mi nombre está bien.

Asintió con la misma seriedad con la que había llegado.

—¿Ya voy a conocer a mi comprador?

—No. El príncipe tiene cosas más importantes que resolver que sacar a pasear a su vendida.

—No es que me muera por pasear con su majestad, sir, pero comprenderá que llevo varios días encerrada sin saber la finalidad para la que se me compró, así que la curiosidad es lo más lógico en mi caso, ¿no cree?

—Estoy de acuerdo, y para eso está tu niñera.

—¿Tú?

Dejó salir una sonrisa forzada, irritado porque verse reducido a tal labor.

—¿Y para ti me vestí?

Eso lo hizo sonreír de verdad y esbozó esa sonrisa traviesa que solo él podía conjurar.

—¿Lo hiciste, preciosa? —Lanzó una mirada significativa a mis medias.

—Por supuesto que no. Creí que hoy vería al príncipe.

Rodó los ojos y, de inmediato, optó por cambiar de tema.

—Sargas me envió a que te haga elegir tu nuevo pasatiempo.

—¿Disculpa?

—Que su majestad comprende lo aburrida que ha de estar su vendida durante el día, encerrada entre tantos libros, así que le da la oportunidad de unirse a... a lo que quiera. Clases de canto, de piano, un club de lectura, si quisiera. Baile, cocina, ajedrez... lo que quieras, preciosa, incluso si lo que quieres es pasarte el día en el teatro, bañando vacas, o lo que sea que tengan

por pasatiempo las mujeres...

—Espera, ¿me estás diciendo que es una orden del príncipe y que puedo escoger lo que quiera?

—Eres demasiado lenta —rezongó—. Sí, eso dije.

No, el lento era él, que no comprendía. Sus palabras fueron la semilla a un jardín de ideas que germinó en segundos. Los engranajes de mi cerebro comenzaron a accionar a toda marcha; me sentí emocionada y nerviosa por la oportunidad que se me planteaba.

Yo no quería coser ni cocinar, ni ir al teatro el resto de los días de mi vida. Tampoco quería hablar de libros con otras personas porque leer era un ritual íntimo para mí, un escape a la realidad en la que vivía, un mundo donde podía amar, correr, llorar al aire libre e incluso matar. Necesitaba algo en el palacio que me proporcionara un poco de lo que los libros hacían por mí. Y, a pesar de ser formada como una mujer de letras, y de que se esperaba de mí que siguiera el camino que se me había pautado, yo tenía hambre de más. Era un hambre que apenas nacía, pero existente al fin. Quería ser como las protagonistas de las historias que devoraba y al tener, por primera vez, la oportunidad de escoger, no podía desaprovecharla en pedir más de lo que siempre me habían permitido. Para mi suerte, y para desgracia del resto, por la formación que recibí en Mujercitas, yo conocía más que cualquier vendida promedio de lo que ofrecía el castillo.

—Quiero entrenar con los asesinos.

La carcajada que salió de las entrañas de Orión fue genuina, sonora y ruda. Era diversión en su máximo exponente lo que brotaba de aquel exasperante sonido porque, para él, mis palabras fueron las menos esperadas; no cabía posibilidad alguna de que hayan sido dichas en serio.

—Excelente la broma —dijo todavía contorsionándose por la risa—. Pero no tengo el día para chistes. Dime qué quieres y te escolto para poder tener el resto del día para mí.

—Eso es lo que quiero —reafirmé con irritación.

—Aquí, no es posible que eso quieras.

—Oh, disculpa, casi he olvidado que a los caballeros los especializan en adivinar las preferencias de los demás.

—Pero... Tú has de estar loca. No hay una sola mujer en la historia de Áragog que haya hecho nada ni remotamente similar.

—¿Y existe un hombre cuya voz tenga más peso que la del príncipe heredero? Obviando al rey, claro está.

—¿Eso a qué viene? Por supuesto que no, pero...

—¿Y no me acabas de decir que tienes órdenes directas del príncipe de ponerme a hacer lo que me dé la gana?

—Eso he dicho, sin embargo...

—¿Y no te estoy diciendo que lo que quiero es entrenar con los asesinos?

—Eso lo sé, pero es muy complicado que...

—¿No basta con una orden del príncipe heredero para que admitan a quien sea a entrenar ahí?

—En teoría sí, pero...

—¿Sí o no?

Orión suspiró, resignado.

—Sí.

—Entonces no veo el problema.

—El problema es que esto puede ser polémico, y que no tienes ni idea... Vamos, ni siquiera yo tengo idea, esto es algo sin precedente. No hay una sola idea de referencia sobre lo que pueda pasar ahí, de cómo puedan actuar los demás. El entrenamiento es algo serio, no estás capacitada para eso.

—Nadie lo está cuando empieza, ¿o sí? Para eso se entrena.

—Tienes razón en ese aspecto, sin embargo, hay que considerar otras cosas. Me preocupas, Aquíá.

—¿A ti? —pregunté. Orión se mordió los labios y desvió la mirada—. Mi dueño es el príncipe, no tú.

—Lo sé —respondió con seriedad. Volteó su rostro para mirar mis ojos, tal vez, para afianzar el mensaje de sus palabras—. Pero soy yo el que ha tenido la oportunidad de hablar contigo, y no quiero que el día de mañana te pase algo y tenga que extrañar nuestras conversaciones.

Fue mi turno de morderme el labio. Si él lograba adivinar la sonrisa que trepaba por ellos, habría perdido. Nadie me había dicho algo así, y nadie debería decírmelo, menos un caballero y el amigo de mi comprador, quien era además el hombre más peligroso de Aragón.

—Por eso necesito aprender a defenderme yo, ¿no? Para que el próximo monstruo que se atreva a marcarte la cara por mi culpa termine sin cabeza gracias a mí.

Negó con la cabeza, sonriente. Hizo que algo dentro de mi pecho brincara.

—¿Segura de que eso es lo que quieres?

—Muy segura.

No lo estaba. Improvisaba sobre la marcha, pero ya había tomado una

decisión. Debía aprender a cuidarme, a defenderme. Debía conseguirle una posibilidad a mi cuerpo más allá de la que me confería ser propiedad de otro. Tal vez nunca necesitaría ejercer lo que aprendiera en aquellas prácticas, menos bajo la protección del heredero, pero quería probar el sabor de la adrenalina, ya decidiría luego si me gustaba o no.

—De acuerdo —accedió Orión—. Aquí, felicidades, eres la primera mujer en ser aceptada para el entrenamiento de asesinos del reino.

CAPÍTULO 7

Nunca llores

Al pie de las escaleras, en uno de los puntos más bajos del castillo, vi a Orión regresar de la sala restringida y confinada al entrenamiento de los asesinos. Había ido para anunciar mi ingreso, pero se tardó más de lo que imaginaba necesario. La espera me dejó tambaleando de un tacón a otro, tan envenenada de ansiedad que casi ignoré mi adoctrinamiento para hacerle daño a la manicura con mis dientes. Todo mejoró cuando lo vi aparecer tras la ancha puerta. Se le notaba una especie de inquietud en la mirada, apenas una chispa que pude identificar al contrastarla con su serenidad juguetona de momentos anteriores. Su porte seguía firme, mas no relajado.

—Tú... —carraspeó—, ¿estás segura de que no quieres que me quede ahí contigo?

—Por supuesto. Si me ven entrar con una niñera, me transformaría en el bocadillo que todos quieren entre sus muelas.

Él alzó una de sus cejas pobladas.

—Si te ven entrar con esas medias, esos tacones, y en vestido, vas a ser el bocadillo de igual modo.

—Culpa a tu príncipe por no dejar en el armario ropa más adecuada para una futura asesina —rezongué a modo de broma.

—Olvídate de la ropa. No es un misterio que basta con que seas mujer para convertirte en el bocadillo más codiciado de esos bárbaros.

—Exacto, no empeoremos las cosas al llevar una niñera.

Me sonrió. Él tenía claro que nuestra discusión era una batalla con un final ya escrito.

—Que agradezcan esos hombres que las palabras no matan, porque no me imagino a ninguno capaz de ganarte en una conversación.

—¿Me está halagando, joven caballero?

Esta vez fue mi turno de alzar una ceja.

—Le estoy deseando suerte, preciosa joven.

—¿Llamas «preciosa» a todas las vendidas del príncipe?

—No tengo contacto con las vendidas de Antares, y de Sargas eres la primera. Como verás, esto es nuevo para ambos.

Di un paso hacia él.

—¿Y qué es esto... caballero?

El rostro de Orión se contorsionó en la sonrisa más hipnótica que había visto hasta entonces.

—Está a punto de convertirse en un delito, mi *lady*. Yo que usted no daría un paso más.

Sonreí.

—Cierto. —Retrocedí un poco—. Dejemos ese paso en continuará para cuando me acostumbre a cometer delitos.

Mi osadía lo dejó con los ojos abiertos, inmóvil y estupefacto. Ni siquiera me siguió mientras caminaba hacia la puerta, tampoco se volteó cuando lo hice yo para darle una última mirada antes de cruzar hacia la decisión más significativa de mi vida.



La sala tenía el espaciado de un campo próspero, casi podría albergar en su interior la mansión de Mujercitas, jamás me habría esperado algo demasiado especioso y bien equipado solo para sacarle filo a las futuras armas mortales del reino.

Me fijé en que había un área de entrenamiento físico con artefactos exclusivos para esa utilidad, también en que, a la izquierda, había una galería con artilugios que tenían cuchillas con tamaños, formas y utilidades múltiples. La pared del otro lado estaba dispuesta para practicar escaladas con piedras que sobresalían, y sogas que colgaban del techo. Al fondo se encontraba una escalera en espiral que, a simple vista, podría jurar que superaba los trescientos escalones y que llegaba al cielo a hacerle compañía al sol blanco de Ara.

La verdad es que no entré con la frente en alto como lo habrían hecho Lyra o Delphini, las miradas de los más de veinte hombres presentes se transformaron en pequeños agujones que, clavados en mi piel, me impregnaron de su ponzoña cuyo efecto me fue encogiéndome a cada paso que daba, hasta reducirme a la lastimera personificación de la fragilidad.

Ellos eran lobos rapaces, una masa unánime de lascivia, sudor y

testosterona que me olfateaba con hambre y repugnancia a la vez. Me devoraban con sus fosas nasales, me descuartizaban con sus ojos y me deseaban con cada músculo de sus cuerpos.

Avancé cada vez más expuesta a sus miradas, cada vez más arrepentida de mi decisión, sintiendo que aquel lugar no era para mí.

Si he de ser sincera, me toca confesarles que había lágrimas en mis ojos. Así como no fui capaz de beber mi miedo, tampoco fui capaz de represarlas. Tal vez, por ello, puse un esfuerzo mayor en evitar el contacto visual con aquellas fieras. Si me veían llorar, más vale me pusiera la soga al cuello yo misma.

Mi objetivo era el anciano que meditaba con los ojos cerrados en medio del salón, supuse que era el maestro y, si alguien podía guiarme, ese era él.

Sin embargo, en medio de mi desfile, una pierna maciza se interpuso en el trayecto de mis tacones y provocó mi caída de boca al suelo. Fue con tal brusquedad que mis labios no tardaron en manchar la piedra lisa con el brillo de mi sangre.

Al menos diez hombres de la sala se aglomeraron a mi alrededor, unos para reírse más cerca del espectáculo, otros para hacer gala de una creatividad más morbosa. Como un rubio con cuerpo de árbol que me dio puntapiés mientras hacía chistes sobre su pene en mi boca, o el flacucho arrodillado frente a mí que me palmeaba el culo y lo masajeaba como si le perteneciera.

Pero el peor fue el isleño bronceado hasta las axilas. No tenía camisa y, pese a ello, no le hacía falta gracias al bosque de pelos que le tapizaba el pecho y la espalda. Ese me tomó la barbilla para poder maniobrar mi cara con sus manos manchadas y que le olían a humo de tabaco; mas no era mi rostro el que importaba, sino el suyo, intolerante a mi presencia. De sus ojos emanaba el desprecio por mi existir, a mi derecho por respirar el mismo aire que él.

—¿Quién le dijo a esta puta que podía jugar en mi patio de juegos?

Y me escupió en el ojo. Yo valía tan poco que no se molestaba en dirigir sus palabras a mí. Mi humanidad era tan inexistente que para alguien como yo no valía la empatía y lo más misericordioso que recibí fueron más risas, porque por otro lado el tipo que me manoseaba las nalgas ya me había metido la mano dentro del vestido y escarbaba entre mis bragas.

Pensé en rendirme justo ahí, en abandonar mis pensamientos y dejar mi cuerpo para que hicieran con él lo que les provocara, al día siguiente tendría

una nueva oportunidad para ser lo que Áragog esperaba de mí: nada.

Pero también pensé en las palabras de Delphini, y en que habría muchas mujeres que la pasaban peor que yo en ese momento en que yo sentía que me asfixiaba la injusticia y la barbaridad de mi realidad. Y pensé en que yo no podría hacer nada para ayudarlas a ellas, pero sí podría dar un paso para mejorar mi situación.

Comencé por clavarle el tacón en la cara al desgraciado que se creyó con el derecho a tocar donde nadie nunca lo había hecho, luego arranqué mi rostro de las manos del isleño y me levanté ante la mirada incrédula de los que estaban más cerca de mí.

Las risas no habían cesado del todo, pero no me iba a quedar sentada mientras esperaba a que eso ocurriera.

—Es curioso... —Todas las miradas se fijaron en mí puesto que había proyectado mi voz de forma que la sala se llenara de ella sin hacer uso de amplificadores de sonido—. Yo estoy aquí porque me aburro. Soy una caprichosa aburrída, y mi príncipe no quiere verme aburrída.

Esperé un segundo para dejar que mi voz hiciera su efecto, luego continué:

—Tanto es así que está dispuesto a complacer mi deseo impuesto por el aburrimiento de aprender a matar gente. Curioso, ¿no? Estoy aquí porque necesito aprender para poder matar hoy, y vivir para volver a hacerlo al día siguiente.

»Es evidente que no soy capaz, no ahora, porque no he recibido entrenamiento. Es comprensible que ustedes se aprovechen de mi desventaja. Cualquiera creería que una manada de asesinos buscaría presas más difíciles, pero cada quién con sus preferencias. Les gustan fáciles, comprendo. Pero... ¿saben quién sí es capaz de matar? Sargas.

Me deleité al ver cómo los ojos de todos se ensanchaban al ver que me atrevía a llamar al príncipe por su nombre. Era la reacción que buscaba.

—Y si mi príncipe es capaz de dejarme jugar a la asesina porque me aburro, ¿se imaginan lo que sería capaz de hacer si yo llegara hoy a sus aposentos mientras digo que no puedo jugar tranquila porque algunos de ustedes me estropean el entrenamiento?

El impacto fue inmediato, lo vi en sus ojos, en los de todos. Nunca habían visto a una mujer hablar más de lo necesario, y ninguno creería a una de nosotras capaz de hablar de esa forma, de amenazar a todo un salón de asesinos potenciales.

Entre las miradas de temor y de odio hubo un par de chicos que me observaban admirados. Gemelos, sin duda, de piel trigueña y de textura delgada a pesar de la musculatura trabajada. Uno de ellos tenía rizos color caramelo, y los brazos y el torso tatuados con cuervos, con dagas, con constelaciones, con un árbol de múltiples ramas raquílicas que se extendían hasta su cuello, y con un león en el antebrazo. El otro tenía un corte a ras de la cabeza e iba tatuado hasta la espalda. Ambos pares de ojos verdes me contemplaron como a una deidad resucitada, como a una criatura mitológica en la que recién comenzaban a creer.

A costa de mentir, o de tejer la verdad hasta convertirla en mi telaraña protectora, me gané una oportunidad en un ambiente que no estaba hecho para alguien como yo.

Solo entonces el anciano decidió manifestarse, nos ordenó prestar atención y habló sin moverse de su lugar en medio de la sala.

—Tuvimos otro ataque de los sirios esta semana, los malditos adoradores de Canis están avanzando. Chupan la fuerza vital de su dios por medio de su constelación, ya no es un mito. Interceptaron a los carruajes reales aquí mismo en la capital, mientras se dirigían al castillo desde el mercado. El rey tiene hombres más que suficientes para defender a su reino y a él, es el trabajo de los caballeros, por lo que espero que ninguno albergue fantasías de batallar al frente contra esas criaturas. El rey necesita cuchillos capacitados para algo más que defensa: para degollar en silencio entre las sombras. Para eso son ustedes.

El anciano se levantó como si una cuerda invisible tirara de su cuerpo hacia arriba. Su agilidad, pese a lo oxidadas que se veían sus articulaciones, era innegable.

—El rey Lesath tiene planes, planes que no va a confiar a ineptos que tengan más músculo que cerebro o más ganas que destreza. Aquí solo se consagra a quienes aprueban, y yo solo apruebo a los mejores.

Por primera vez, fijó en mí sus ojos enmarcados con profundas arrugas.

—¿A qué vienes a jugar tú?

—Al juego que usted me ponga —respondí al instante antes de que el miedo me devorara las entrañas.

—Yo dudo mucho que comprendas este juego.

—Bueno, estoy aquí para que usted me enseñe las reglas.

Transcurrió un instante donde la ausencia de cualquier ruido fue el vencedor.

—No se juega con las piernas que tú tienes —dijo al fin—. Y no me refiero al volumen. No podrías ni correr a este lado de la sala con tu resistencia muscular.

—¿Qué debo hacer?

—Subir y bajar esa escalera. Tres veces. Luego bajarás aquí y practicarás tu puntería disparándole a las dianas con arco y flecha por diez minutos. Luego volverás a la escalera. Luego bajarás de nuevo a practicar tu puntería, pero esta vez con dagas y contra los objetivos que yo te indique. Luego volverás a la escalera. Y así lo harás hasta que te sangren las piernas, te claves una flecha en el pecho o se acabe la práctica de hoy. ¿Te gusta el juego?

—No, pero voy a terminar por amarlo.

—Que así sea, porque empiezas ya.

Lo primero que hice fue quitarme los tacones y desgarrar la parte de las medias bajo la planta de mis pies para no resbalarme en los escalones.

Descubrí que no hay modo de saber lo mucho que pueden llorar tus piernas hasta que te toca subir y bajar cientos de escalones, a la velocidad que sea, sin descanso. Mi respiración dejó de pertenecerme a mitad de la primera subida, la tercera vez estaba segura de que me iba a desmayar.

Cuando me tocó darles a las dianas fue un desastre. Cualquiera esperaba que tuviera pegado detrás de mí al anciano, que me explicaría la manera correcta de agarrar el arco, cómo tensar la cuerda y la posición ideal para la flecha, mas eso nunca ocurrió. Mi instructor se limitaba a meditar en su espacio exclusivo del salón mientras cada uno estaba en lo suyo.

Después de mi fiasco con el arco y flecha, de volver a la escalera y regresar, me puse a lanzar dagas a los maniquíes inmóviles exclusivos para esa práctica.

—No puede ser —susurré a mi tercer intento de clavar la punta y no el mango en el cuerpo del maniquí.

—Tu problema no es de puntería —dijo una voz a mi espalda; era el gemelo de los rizos color caramelo. Su hermano estaba detrás, con los brazos cruzados, y me observaba como una preparadora en medio de un examen. Noté que la musculatura de este era mucho más voluminosa y atemorizante—. Le estás pegando al objetivo y con buen impulso; se te desvía solo porque no estás agarrando bien el puñal.

Me quitó el arma de la mano.

—Antes de empezar a lanzar, date un tiempo para conocerlo. Y no solo

este, a todas las cuchillas del tamaño justo que te consigas. Mide su peso en tu mano, identifica su centro de gravedad, hazlos girar un poco.

Comenzó a hacer malabares con el arma, de un lado a otro, como si de una pluma se tratara. El arma se desplazaba con soltura y él siempre conseguía atraparla con una agilidad natural, sin importar cuántas veces girara, siempre volvía a sus dedos por el mango. La hoja apenas lo rozaba. Me hizo pensar en un bumerán miniatura.

Ante mi embelesada mirada, él atentó contra su hermano, quien no movió ni una pestaña hasta que tuvo la punta del proyectil a un suspiro del espacio entre sus cejas y, para entonces, en lo que tardé yo en ahogar un grito aterrado, su brazo tatuado y con las venas en tensión ya se había encargado de detener el ataque. La dureza de su rostro jamás flaqueó, al igual que sus pies no se movieron ni un paso.

—Es mudo —explicó su gemelo—. Pero oye como nadie. Escuchó la hoja apenas se apartó de mis dedos y ya había calculado su trayectoria antes de que esta la decidiera.

—Es... —tragué en seco, me intimidaba la presencia del segundo hermano — sorprendente.

—Lo que intento decirte es que practicar la puntería es algo que puedes, y debes, hacer en tu habitación, mientras comes, mientras te bañas, mientras cagas... ¿ustedes cagan, no?

La lancé una mirada mordaz.

—Perdón, es que no he conocido a muchas de las tuyas.

—¿Vendidas?

—Mujeres. A saber cuándo murió nuestra madre, que no recuerdo ni su rostro, y mi único hermano es ese al que ves como si temieras que te saltara encima.

—Es que me está viendo como si quisiera saltar a mi cuello.

—Te está viendo con su cara de socializar.

Eso me hizo reír, definitivamente no quería conocer el resto de sus caras.

—Se llama Leo. Yo soy Ares. ¿Te tengo que extender la mano o ustedes tienen otro ritual cuando se presentan?

—Te costará creerlo, pero restando ciertas cuestiones biológicas, resulta que somos exactamente igual a ustedes.

—Sirios... —suspiró—. Yo quiero una así.

—¿Una vendida?

—Una amiga.

Eso me retorció el corazón en un abrazo acogedor. No me había planteado la posibilidad de tener amigos hombres jamás, y menos de que podría conocerlos en un área confinada para pulir asesinos.

Ante mi silencio, Ares prosiguió.

—Te decía que tu puntería la puedes afilar en cualquier momento, pero es fundamental que antes aprendas a familiarizarte con las armas. Eres mala... pésima, en realidad. Ni siquiera sostienes como es debido ni posicionas bien al arco y la flecha. Así a lo único que le vas a dar es a tu pie. Date un tiempo para entender cada arma.

—Pero el anciano me dijo que practicara mi puntería, no puedo...

—¿Y eso qué? Él es una guía, no un astro. Tú decides cómo pules tu filo y a este paso no vas a tener nada que pulir en años.

—¿Qué propones que haga?

—Sigue con las escaleras, pero cuando bajes, en vez de venir aquí a lanzar cosas, ve a darle al saco.

—¿Quieres que me ponga a golpear a un saco?

—Por supuesto, nuestras manos se fortalecen a fuerza de microfracturas. Es mejor que te las hagas al pegarle a un saco, que en medio de una pelea real que probablemente perderás.

—De acuerdo. Entonces escalera, saco y...

—Y te quedas un tiempo extra para que te enseñe a maniobrar las dagas.

Aunque eso lo dijo con total naturalidad, no pude evitar que me diera un poco de miedo.

—¿Solos?

—Con Leo, claro.

Vi a su hermano que seguía con sus brazos cruzados y la mirada imperturbable, fija en mí.

—Eso no me alienta mucho.

Ares rio.

—Estará el maestro Aer, si tienes miedo.

Me mordí el labio, el anciano no era precisamente un apoyo moral ni un alivio en lo absoluto, pero no quería parecer más asustada de lo evidente, ni tampoco perder una oportunidad como esa de aprender con dos personas claramente capacitadas.

Los pasos del anciano Aer detrás de nosotros me salvaron de tener que contestar al momento.

—Hermanos Circinus, pueden retirarse. El entrenamiento acabó por hoy.

—Sí, maestro.

—Avisen a los demás.

Ambos hermanos asintieron, aunque Leo con una apenas perceptible inclinación de la cabeza, y se marcharon sin decir más.

El anciano Aer se quedó observándome sin decir nada.

—Comprendo que solo hay dos motivos por los que pudo no haberme incluido a mí en sus anteriores palabras —dije con tranquilidad—. Uno de ellos podría ser tan simple como que no le parezco digna de dirigirme una palabra personalizada, y simplemente espera que capte la indirecta y haga como ha ordenado a los demás; la segunda opción es que esas palabras simplemente no me incluían y espera que me quede.

El maestro se mantuvo en silencio, todavía observándome, hasta que el último de los hombres abandonó la sala y la puerta se cerró tras ellos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al fin.

—Por lo mismo que tod...

—No. Todos tienen motivos muy distintos para estar aquí. Y tú, que no solo eres mujer, sino menos que eso, una vendida, debes tener un motivo todavía más grande.

Apreté los labios para mantener mi estado iracundo sometido. Odiaba el modo en que se refería a mí, pero él no sería el primero ni el último en usar mi género como un insulto, en restregarme mi condición en la cara. Si no aprendía a tolerar aquellos comentarios pronto, sucumbiría a impulsos que podrían terminar por separarme la cabeza del cuello.

—Te lo repetiré una vez más. ¿Por qué estás aquí?

—No tenía ganas de quedarme tejiendo, maestro.

Pese al tono altanero de mi respuesta, él no cuestionó ni una sola vez, como si fuese válido como cualquier otro motivo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—No, maestro. Si alguien antes de mí hubiese estado en este lugar quizá podría tener una idea de lo que me espera, y si esto es lo que quiero. Pero me ha tocado ser la primera, y ojalá no la última; que la que venga detrás de mí ya tenga mi ejemplo como referencia y pueda responderle al maestro que le toque si esto es lo que quiere. Por ahora, yo no tengo una respuesta para usted.

El rostro frente a mí, lleno de los surcos de los años y la experiencia, no sufrió el más mínimo cambio ante mi respuesta; sin embargo, en sus ojos, ventanas a un alma que había visto a la muerte a la cara y le había sacado el

dedo corazón tantas veces, vi transitar con tranquilidad el espectro de una sonrisa.

—¿Tu príncipe le ha dicho al rey que estás aquí?

«Técnicamente ni “mi príncipe” lo sabe todavía», pensé.

—No lo sé, señor.

—Que no lo sepa de ti ni de nadie que te rodee. Mantén el perfil más bajo que puedas, conviértete en una sombra. El rey ignora a las vendidas, sé una vendida más. Porque si llega a saber de esto de alguien que no sea su hijo...

—Calló—. Me recuerdas a mi nieta.

—¿Disculpe?

—Ella tampoco quería quedarse a tejer. Era una mujer de fuego, con la mente metida en las aventuras de sus libros, soñaba con algún día poder vivir alguna. Yo sabía que el mundo la aplastaría como a un gusanito, pero esperé que fuese más tarde que temprano. Lástima, su padre vio lo mismo que yo y no iba a dejar que esas pequeñas estrellas que brillaban en su hija hicieran una constelación. La casó a los dieciséis años con un panadero de una costa pesquera, y la hizo perder su puesto en la nobleza. Lleva tres partos, todas niñas. De ninguna llegó a conocer ni el nombre.

No me sorprendía en lo absoluto, me estaba relatando la vida de cualquiera. A diario, la mayoría de las mujeres en Áragog tenía un destino similar.

—No te cuento esto para que empaticemos, ni para que esperes ningún favoritismo de mi parte. Lo hago para que sepas lo que les hace este sistema a las estrellas que, de pronto, empiezan a brillar de más. Para que estés alerta y afilada. Esto ni siquiera es un tal vez, es una profecía y yo acabo de advertirte. Tú decides si sigues brillando y te enfrentas a la oscuridad, o si vas a tejer a salvo.

Le sostuve la mirada. Él lo sabía, y lo sabía yo, que la llama de Delphini ya había empezado a arder en mí, y que las consecuencias se difuminaban una vez comparadas con la seductora fragancia de la autonomía, del miedo de otros, del respeto que nunca recibí.

—¿De verdad espera que le responda?

—Que Ara me ampare por esto. Regresa mañana temprano.

CAPÍTULO 8

Nunca confíes

Orión ya no me dirigía ni una palabra, nada más allá de lo estricto y necesario. No estaba de acuerdo en que dedicara tiempo extra a entrenar con Leo y Ares, incluso, aunque desconocía que con el pasar del tiempo habíamos llegado a entrenar sin la supervisión del maestro Aer. No confiaba en ellos, no confiaba en ningún asesino, pero tampoco podía detenerme y, por algún motivo que desconozco, tampoco quería implicar a Sargas en el asunto, al punto en que ni me mencionó su reacción con respecto a mi ingreso en la preparación para asesinos del reino.

Las primeras semanas entrenando sentí que me quedaría inválida. La escalera se convirtió en el demonio de mis pesadillas, y el saco que golpeaba era el rezo que elevaba al cielo para desquitarme. Correr un día después de haber hecho ejercicio de piernas es igual a terminar en el piso entre jadeos y rogar que el ardor pare. Mis músculos chillaban con cada movimiento que daba luego de ejercitarlos y, cada vez que pedía un descanso, el maestro me salía con una explicación sobre el ácido láctico en mi cuerpo y añadía que solo podría combatirlo con más ejercicio. Al comienzo, sentí que era solo un invento para asesinarme con la agonía de mi dolor, mas al pasar de los días dejó de ser absoluto y persistente.

El problema pasó a ser mi respiración y acostumbrarme a la nueva tensión en mis músculos que, poco a poco, cobraban presencia en mis piernas que antes habían sido tan menudas.

Cada día en el salón implicaba una hora de ejercicio físico, luego Aer me acorralaba con alguna clase teórica intensiva: anatomía y venenos, que podría esperarse que fueran las que más fácil se me dieran, resultaron ser un verdadero dolor de cabeza. Cada parte del cuerpo que aprendía se subdividía en otras; tenía huesos y vasos con nombres, y así, hasta nunca acabar. La de venenos era peor, me tomaría años aprender a identificarlos y a preparar un antídoto decente, se puede decir que avanzaba a paso de tortuga con sueño, y no es que el maestro Aer tuviera la paciencia como

virtud.

Sin embargo, compensaba mis cadencias aplicando más en otras actividades. Mi puntería mejoraba progresivamente gracias a Ares, y mis sentidos se afilaban con los trucos de Leo.

El gemelo mudo sugirió —por medio de señas a su hermano, quien me tradujo a mí— que empezara a entrenar con los ojos vendados. Al comienzo, me pareció una locura, pero puesto en una balanza de pros y contras, y dado que el único contra era una muerte accidental, terminé por aceptar.

A partir de entonces, cada día, después de cruzar la puerta de la sala de entrenamiento, me vendaba los ojos.

Subí la escalera sin la ayuda y la seguridad que confiere la visión. Las primeras veces ascendía muy lento, y bajaba casi a gatas; pero a la tercera semana ya me permití subir saltando escalones y bajar con mayor seguridad. Aprendí a escuchar hasta las sombras, a sentir hasta la presencia más sigilosa detrás de mí. A veces me hacían sentarme en un punto recluso por largos minutos sin saber cuándo ni qué atacaría, solo para obligarme a estar alerta y que mis sentidos se activaran cuando el golpe llegara al fin; si lo esquivaba era un punto a mi favor, de lo contrario implicaba media hora de castigo en una lucha a mano limpia con el más fornido de los aprendices.

Otra de las cosas que hacía a ciegas era escalar, ya sea con cuerda o por medio de las rocas dispuestas para esta actividad. En poco más de treinta días ya me movía como una araña por las paredes; ciega, pero eficaz.

No obstante, lo mejor eran los duelos. Aprender a usar los distintos tipos de hojas en combate era mi anhelo, pero el maestro Aer se había negado a empezar con esas clases hasta que mejorara en venenos. Por ello, Ares y Leo se convirtieron en mis mentores, todos los días, una hora después de finalizar el entrenamiento oficial.

—No, princesa —dijo Ares al parar uno de mis ataques con su escudo. Con una sonrisa de niño en un patio de juegos, él dio una estocada y redujo mi espacio de ataque, obligándome a jugar a la defensiva.

Ares usaba un florete letal, parecido a los de la esgrima, junto con un escudo no más grande que el puño de Leo. Yo sostenía dos cuchillas delgadas y semicurvas de las que me había enamorado, extasiada con el poder y la agilidad que me conferían. Aquellas armas vestían más que cualquier diamante y me daban más imponencia que ningún tacón.

Tanto tiempo hastiada de la monotonía de los juegos de belleza relegados

a las mujeres, sin saber que había otros juguetes disponibles, sin haber probado la adrenalina.

Me gustaba bailar con Ares, porque eso era lo que hacíamos, jugar con los movimientos de nuestros pies, girar con la gracia de una mariposa y con la eficacia de una serpiente. Si él lo hubiera querido, me habría cercenado en más de una ocasión, pero era paciente y se divertía al enseñar. Además, yo me volvía más capaz y menos dependiente de su compasión.

Me defendí de un nuevo ataque suyo, hoja contra hoja, filo con filo. Su presión me ganaría, acabaría por desarmarme o pegarme a la pared y no quería usar mis dos hojas contra su florete, así que di un último empujón con todo mi peso para desequilibrarlo lo suficiente, agacharme y girar por debajo de su codo hasta posicionarme a su espalda. Él no tardó en ponerse en guardia de un giro limpio.

—¿Qué tal es tu príncipe, princesa?

—Lo sabría si lo conociera.

Esquivé una estocada suya y reí satisfecha por la sensación.

—Por como amenazaste el primer día, se diría que son muy íntimos.

Bufé y procedí a lanzar una sarta de ataques distintos que él esquivó por la gracia de sus ágiles pies y la velocidad de sus manos.

—A Sargas no le conozco ni la sombra.

—Oh, ya nos estamos sincerando. ¿Significa que ya somos amigos? ¿Me toca contarte mi color favorito?

Me reí y probé un truco de pies que me había enseñado él. Paso, paso; tajo, estocada; giro, agachada, tajo bajo y arriba de nuevo con paso, estocada, paso, tajo. Me las esquivó todas, por supuesto, se sabía esa coreografía mejor de lo que deletreaba las cuatro letras de su nombre.

—¿Y no te da curiosidad conocer al hombre que pagó por ti hace meses?

—Sí. ¿Serías tan amable de presentármelo? Por favor. —Paso, tajo—. Y gracias.

—No quieres conocerlo.

—Eso me han dicho. —Rodé los ojos y esquivé otro ataque—. Pero para la cantidad que pagó por mí, esperaba que al menos me diera la bienvenida antes de desaparecer.

—Seguro salió a cazar a su prometida. Se rumorea que ya le tiene echado el ojo.

Él no esperaba que yo me detuviera en seco, yo no contaba con el tajo que lanzó y él supuso que yo lo podría esquivar.

No era el primer corte que se abría en mi brazo ni el más profundo, pero aproveché la herida para llevar la atención a algo que no fuese las emociones que se transparentaban en mi rostro.

Sargas, la única posibilidad, aunque remota, que me quedaba de conocer los idilios que se relataban en mis historias favoritas, iba a casarse. Pronto. Sin haberme visto a los ojos. Sin poder plantearse la posibilidad de pasar más tiempo solo conmigo del que era recomendado.

—Ya, llorona, que no te pasó nada —bromeó Ares al empujarme.

—La sangre que me chorrea del hombro no opina igual.

Le devolví el empujón y reí, luego él me imitó.

—Esta es la razón por la que no pasas anatomía, ese ni siquiera es el hombro.

Pasamos un rato así, tonteando con chistes y agresiones físicas inocentes, hasta que escuchamos que la puerta se abría. Nos giramos a mirar qué sucedía.

Orión, por primera vez, había entrado a la sala de entrenamientos sin esperar que yo saliera. Por primera vez, y sin duda impulsado por los ruidos que llenaban los rincones vacíos, un escándalo demasiado jovial para tratarse de una matanza entre potenciales asesinos. Me escuchó reírme como nunca, e irrumpió en un espacio confinado y restringido sin importar que le volara una cuchilla a la cabeza solo por eso.

Estaba de pie a unos pasos de la puerta, más serio que nunca, estudiando la situación casi sin mover los ojos.

—¿Terminaste? —preguntó, directo. Si bien tenía una de sus cejas alzadas, no era uno de sus gestos juguetones; se lo notaba más inquisitivo e impaciente.

—No —contesté con una falsa sonrisa—. Sigo entrenando.

Orión avanzó a paso decidido con el rostro pétreo, imposible de franquear ni por la sonrisa más poderosa. Cuando estuvo cerca de Ares lo señaló con un simple gesto de la cabeza.

—Te vas.

Ares sonrió con todos sus dientes y se cruzó de brazos. Se veía encantador cuando sus mejillas se elevaban y se achicaban sus ojos verdosos; parecía un cachorro juguetón.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Esta es una sala de entrenamiento. Si no estás aquí para entrenar, sal. Aquí tiene que avanzar y con cosquillas no será capaz de matar ni un

caballo con sueño.

—¿Y sería tan amable de explicarme quién va a ayudarla a avanzar si yo procedo a retirarme?

—Yo.

Tras esa respuesta, Orión se arrancó el broche de las espadas cruzadas que lo identificaba como caballero y lo pegó con fuerza en la piedra del mesón a su lado. Se arrancó la capa azul rey, la dobló en un cuadrado perfecto y la colocó junto al broche. Los gemelos tomaron aquello como un punto final a la discusión y procedieron a marcharse.

Mas no acabó ahí. Yo no dije ni una palabra mientras lo vi despojarse de la espada a su espalda y de la daga en su brazo derecho. Luego, se volvió hacia mí y clavó sus ojos negros y determinados en los míos sin color.

Sin romper la conexión de nuestras miradas, sin dejar de asfixiarme con la suya, desabrochó una a una cada correa, cada gancho y cada botón que formaba parte de la zona superior de su intrincado uniforme. Pronto, la tela cayó a la altura de sus zapatos y solo quedó piel disponible a la vista: un torso marcado por años de combate y ejercicio físico, músculos en descanso que anhelaban acción, brazos relucientes con el color del otoño, y venas que resaltaban sobre la piel de sus antebrazos.

Orión se giró hacia el mesón para recuperar su daga y, en el proceso, me dejó su espalda como plano de atracción para mis ojos. El movimiento de sus omóplatos mientras sus brazos recorrían el mesón en busca de su arma era cautivador, al igual que lo era aquella visión privilegiada de cada músculo marcado, de cada recoveco de piel. Si mis clases de anatomía hubiesen sido con su espalda, habría amado perderme en ellas.

Lo más intrigante, lo que me hizo contener la respiración, no fue nada de lo ya mencionado, fueron un par de largas cicatrices gemelas a cada lado de la parte alta de su espalda.

No se me ocurría qué pudo haberle hecho ese par de marcas largas, idénticas. Se notaba que no habían sido heridas superficiales.

Cuando Orión volvió a darme la cara, yo seguía estudiando su cuerpo. Que me descubriera me avergonzó tanto que sentí la cara ardiendo por el rubor.

En los entrenamientos había visto más torsos, pechos, brazos y espaldas de hombres que en toda mi vida: grandes, tatuados, enclenques, velludos, de cualquier tipo; pero ninguno me había generado tanta curiosidad, ninguno me había hecho querer poner a recorrer mis dedos sobre esa piel. Tal vez se

debiera a que nadie antes se había desnudado, aunque sea de forma parcial, al verme a los ojos.

Él soltó la cola en su cabello y, por un segundo, lo vi caer en cascada sobre sus hombros; al siguiente, él ya había empezado a recogerlo de nuevo, dejando un par de mechones al aire. Sacó la espada de la vaina en su cinto y la hizo girar con soltura entre sus manos hasta, al fin, asirla por el mango con su mano izquierda.

—¿No piensas buscar tus armas? ¿O ahora enseñan los duelos con las manos?

—Ehh... voy.

Agarré las dos espadas pequeñas semicurvas con las que entrené con Ares, y volví al área de duelo. Orión alzó su ceja cortada apenas supo mi elección.

—¿Qué estás haciendo?

—Esta es mi elección.

—Te estoy atacando con una espada y una daga, y tú contratacas con un par de sables. Partiría sus hojas con un golpe bien dado.

—Pero no puedo con el peso de una espada todavía, perdería contra ti.

Orión fue hasta la pared del armamento y me entregó un par de gladios idénticos, tenían poco más de la mitad del tamaño de su espada pero pesaban mucho más que mis cuchillas curvas.

—Cuchillos de carniceros —siseé.

—Sí, y aguantan mil veces más castigo que tus hojillas de afeitarse.

—Como ordene, sir. —Hice una reverencia teatral y le arranqué los gladios. Ya había practicado con el peso de los gladios así que los elevé en el aire e hice que se cruzaran con un pequeño giro: los atrapé con sus puestos intercambiados, solo por alardear. Le guiñé un ojo a Orión y me puse en guardia.

Él no jugaba. No tenía la destreza de pies que el delgado Ares, no bailaba como yo había aprendido a hacerlo. Él atacaba, firme, con golpes fuertes que hacían temblar las hojas en mis manos con miedo. No escatimaba en pasos, no parpadeaba, no daba un tiro que no me hiciera tambalear, no daba un golpe que no amenazara con romperme. Yo había aprendido demasiado, tanto que pude frenar sus primeros ataques con la misma velocidad con la que me lanzaba varios golpes consecutivos. Le seguía el ritmo, pero los brazos se me cansaban, me quedaba sin espacio para echarme hacia atrás y no veía oportunidad de hacer nada más que defenderme.

—Estás tirando a matar —dije con mi respiración que comenzaba a acelerar su ritmo. Al instante, tuve que frenar otro golpe de Orión que me hizo temblar hasta los dientes.

—¿Esperas que tus enemigos bailen contigo, preciosa?

—No, pero yo sí esperaba que tú quisieras bailar conmigo.

El tiempo que tardaron sus ojos en deslumbrarse, el instante que se tomaron sus labios para saborear una sonrisa que no querían dejar salir, me llevó agacharme para esquivar un golpe al lado de mi cabeza, girar mi cuerpo sobre un talón, y acercar la punta de mi gladio solo lo justo para rasgar la tela de su pernera y hacerle un rasguño en la piel. La sangre empezó a correr por su talón en el acto.

Mientras él bajaba la vista a su herida, aproveché para embestir, por primera vez, con una danza de cuchillos cruzados. Mis pies ganaron terreno con sus movimientos musicales que apenas rozaban el piso con la punta de mis dedos, y me permitieron lanzar un golpe al cuello, una estocada al estómago y una embestida contra el costado.

Orión paró mis ataques con una sonrisa extasiada, de esas que le vi cuando se enfrentó a los sirios. Era un gesto que me demostraba que estaba enamorado de los retos, de los combates, del esfuerzo físico. Al cabo de un rato, acostumbrado a mi ritmo eufórico por al fin pasar a la ofensiva, paró un ataque de mi gladio derecho haciendo presión con su espada, y empujó. Me obligó a juntar ambas cuchillas para contrarrestar su fuerza con mis dos manos. Y, cuando me tuvo así, con mi concentración enfocada en no dejarlo ganar la puja, hizo el primer giro; apenas ladeó su cuerpo lo suficiente para que mis hojas rozaran su costado y, con un golpe de su codo sin desperdicio, obligó a que mi agarre cansado se aflojara, y yo soltara una de mis armas. Por si me quedaban dudas de la utilidad de la daga en su otra mano, me apuñaló el brazo antes de que volviera a mi posición defensiva.

—Maldito —chillé al darle la cara y arriesgarme a atacar. No me tomé ni un segundo para comprobar el daño.

—Pudiste haberme degollado en mi maniobra, pero perdiste el equilibrio —explicó al dejarme lanzar los golpes que me provocaran. La sangre escandalosa de mi brazo desarmado goteaba en el piso, y yo solo quería hacerlo sangrar a él.

—Podías solo rasguñar, o si vas a atacar así tendríamos que entrenar con espadas sin filo.

Orión levantó una ceja.

—Si quieres jugar con palos, vuelve a tu cuarto y juega con tu doncella, yo les daré las escobas. —Entonces volvió a embestir. El pecho ya le brillaba por el sudor, varias gotas resbalaban por su abdomen y se escurrían en su ingle marcada—. Si quieres ser una asesina, entonces ven, que yo te enseñaré, pero lo haré con sangre.

Tengo que admitir que la seriedad con la que pronunciaba sus palabras, la manera en que sus músculos se comprimían con cada nuevo tajo que daba al aire, la visión de los mechones de cabello que escapaban de la cola y le surcaban el rostro, interceptando su mirada al acariciar sus labios, me hicieron desear que aquel encuentro fuese eterno.

—Toma una decisión, Aquíá.

—Ya está tomada.

—Entonces pelea.

Avanzó, avanzó como una fiera hambrienta, cansada de jugar con su presa. Paso tras paso me desorientaba, apenas podía parar sus ataques mientras retrocedía intentando no caerme. Entonces le dio un golpe tan fuerte al gladio que me quedaba que lo echó a volar por los aires. Se deshizo también de su espada, me rodeó la cintura con un solo brazo y, con una fuerza y velocidad increíble, me levantó para que mis pies no rozaran el suelo mientras corría el espacio que nos separaba de la pared y me pegaba de ella.

Estaba acorralada. Su brazo desnudo me apresaba, y mi pecho enfurecido por la adrenalina del extasiante ejercicio chocaba con el suyo, que parecía hecho de piedra, y mojaba con su sudor la piel que escapaba por el escote de mi vestido. Él era más alto, su respiración agitada besaba mi frente, pero sus ojos de depredador no se apartaban de mi rostro que mantenía elevado para no perderme ni un instante de la función de placer en el suyo. Llevó su daga a mi cuello y sentenció:

—Perdiste, preciosa.

Pero no había filo en el mundo que me borrara la sonrisa del rostro.

—¿Por qué sonríes así? ¿Me vas a decir que te esperabas esto? —preguntó con arrogancia.

—No, *sir*. Puede que antes me haya imaginado pegada a la pared por sus brazos, pero no en estas circunstancias.

Se apartó de mí como si mi cuerpo le quemara. Su rostro se debatía entre el honor y el deseo de seguirme el juego.

—No quieres jugar así, Aquíá.

—Hasta ahora ha sido pésimo para adivinar lo que quiero, sir.

Con su ceja alzada me preguntó si estaba segura de lo que estaba diciendo y, al no encontrar más respuesta de mi parte que un tímido encogimiento de hombros, avanzó hacia mí como un león, y maniobró mi cuerpo con una llave que desconocía. Me tiró al suelo, se hincó sobre mí con sus rodillas a los lados, me colocó ambos brazos por encima de la cabeza y los apresó con una sola de sus manos.

Su rostro examinaba el mío como a un enigma que lo tenía sin sueño por las noches, mi corazón golpeaba mi pecho con ganas de atravesar mi escote, aterrado, sin comprender aquellas sensaciones que hasta entonces le habían sido desconocidas; mi boca estaba abierta y buscaba aire de forma desesperada, pero a la vez sonreía como nunca lo había hecho.

—Estás demasiado agitada, Aquíá... —Su mano libre recorría mi rostro, su pulgar sobre mis húmedos labios entreabiertos, su índice en mi mejilla, sus otros dedos en mi barbilla—. No quiero adivinar, quiero saber qué quieres.

Le besé el pulgar en un movimiento lento, sutil, sin apartar mis ojos de los suyos que suplicaban una salida a mi acertijo.

—Lo siento, *sir*, no hay más pistas —respondí casi sin aire—. Te toca arriesgarte.

—¿Y si me equivoco?

Me mordí el labio. Estar así era una equivocación, una que podría costarnos la cabeza. Lo demás no importaba si ya nos habíamos arriesgado a llegar a ese punto.

Abrí la boca para responder, pero el único sonido que nos llegó fue el de la puerta.

Ambos movimos la cabeza en esa dirección, y lo que consiguieron mis ojos fue como un balde de agua fría para cada una de las sensaciones que antes recorrían mi cuerpo.

La mano derecha del rey no observaba con la misma sorpresa que nosotros a él.

CAPÍTULO 9

No ruegues

—Qué circunstancias más interesantes bajo las cuales nos volvemos a ver, *sir* Orión.

Traté de levantarme al instante y poner una excusa como si hubiese sido descubierta en medio de una fechoría, mas el caballero sobre mí me retuvo con un gesto disimulado de su mano y, con toda la compostura de Ara sobre él, me miró desde arriba con la expresión del entrenador más consagrado.

—Hemos terminado —anunció al levantarse al fin.

—¿La compraste para ti, *sir*? —insistió la Mano del rey.

Orión volteó a verlo con el rostro pétreo. Ninguna mirada habría sido capaz de hacerlo flaquear, ningún comentario quebraría su seriedad.

—Lord Zeta, ¿sería tan amable de no meterse en los asuntos que no le incumben? ¿O debo entregarle mi petición por escrito para que la firme el consejo antes? —Me miró y con su voz como un rayo de autoridad volvió a hablarme—. Dije que terminamos, levántate y vámonos.

La mano sonrió deleitado por su oportunidad, tanto que sus dedos jugueteaban con su barba rojiza y sus labios permanecían húmedos de tantas veces que los relamió.

—Lord Zeta Circinus para usted, *sir*, y todo lo que suceda en el reino, y más en el palacio, es de mi incumbencia. Soy la mano del rey, cualquier cosa que esté bajo el sol blanco de Ara me rinde cuentas a mí, lo que esté dentro del mar que rodea Aragón es de mi incumbencia.

Orión no tenía paciencia para ese hombre, lo vi en la manera en que sus venas se tensaron cuando apretó los puños y en cómo se expandían sus fosas nasales con el cambio de su respiración. Veía a la mano del rey con un desprecio que iba más allá de lo que yo podía comprender, lo que no significó que no optara por volver a atacar con la ironía que lo caracterizaba:

—Mi lord, la puta mano del rey le limpia el culo a la familia real, yo actúo bajo órdenes del heredero. Si esta conversación se alarga, mi paciencia al

agotarse será el menor de sus problemas.

El aludido asintió con una sonrisa maravillada, había extendido los brazos con júbilo. Casi pude jurar que estaba a punto de aletear por la sala o, como mínimo, de salir mientras daba saltitos.

—¿El heredero? —Orión ya me había tomado por la muñeca y me llevaba a paso firme hacia la salida—. ¡¿Te refieres a ese hombre infame al que nadie le ha visto la cara?!

Mi guardia se detuvo ante esas palabras dichas a toda voz, solo un instante de vacilación, luego siguió avanzando. Lord Zeta Circinus nos seguía de cerca.

—Qué conveniente, sir. Tendré que consultarlo con el rey, por supuesto, ya que no se me ha notificado de una nueva vendida para el príncipe Sargas...

El caballero lo encaró.

—No será necesario, lord Circinus, antes de que acabe la noche el príncipe en persona le hará una visita para aclararle... ciertas cosas.

La mano mantuvo un momento de silencio, breve, pero me permitió saborear la crudeza de su inseguridad.

—Descuide, sir, tengo otros planes para esta noche.

Y se marchó sin perder la lasciva sonrisa. Creí que me había librado de él. Qué equivocada estuve.



Había pasado el resto día con un libro de mitología áraba entre las manos. Su contenido era un laberinto de historias por descubrir sobre criaturas que jamás había oído mencionar. Debí haber podido concentrarme más en aquellas fábulas que envolvían la existencia de seres que podían robar poder a las estrellas para así entender a los sirios que nos atacaron camino al palacio; pese a ello, yo solo tenía mi mente en una cosa:

—¿Y debo responder ante la mano por obligación? —pregunté a mi doncella. Después de que Orión me dejara en mi alcoba, un mensajero de lord Zeta informó que se requería mi presencia en los aposentos de su amo con carácter de urgencia. El hombre vendría a buscarme en cualquier momento.

—Mi *lady*, yo no soy nadie para interponerme a las órdenes de la mano.

Si estuviese el caballero o su príncipe, tal vez, ellos podrían hacer algo, pero yo...

—Comprendo, descuida. —Me metí una de mis uñas a la boca por instinto nervioso, pero al instante me corregí y evité volver a hacerlo—. ¿Qué crees que quiera?

—Él es un hombre... duro, mi *lady*. Le agradezco a Ara, el altar del cielo, que no me dejó caer en su poder y que en cambio me compró un hombre honrado.

Si mi doncella, que consideraba al príncipe Antares una buena persona, se refería con temblor en la voz a la mano del rey, ¿qué podría esperarse de ese hombre?

—¿Eres devota a Ara? —pregunté para cambiar de tema.

Ara, el altar, era la constelación que daba nombre no solo a la capital sino al reino mismo. Se decía que por ella existían el resto de las constelaciones, que en su núcleo se formó la esencia vital de cada estrella del primer firmamento; les dio forma, les dio poder, y las mandó a reinar como deidades hechas para guiar la existencia de aquellos condenados a transitar la tierra como almas errantes que terminarían por convertirse en polvo del universo en una ofrenda más a Ara.

Ara era el origen, Ara sería nuestro final.

—¿A qué sería devota sino a ella, mi *lady*?

—Al alma. A ti. A tu constelación. Yo le rindo mi agradecimiento a Ara por la creación, pero es Aquila, el águila, quien me vio cuando nadie más, ella me dio nombre, ella me marcó. Si hay un destino para mí en esta tierra, lo conoce ella y está esperando a que lo escriba.

—No hay un destino para alguien sin nombre. No tengo a nadie a quien adorar más que a la deidad que nos impone el reino.

—Sigo sin poder creer que no recuerdes tu nombre.

—No necesito que me crea. Mi *lady* —añadió con rapidez como si temiera mi reacción ante su descuido deliberado—. Y puede llamarlo como quiera. Puede decir que lo bloqueé, suprimí, que no quiero recordarlo o que en efecto se borró de mi mente. Pero esa es mi verdad. No tengo nombre, no tengo destino escrito más que la piedad de una muerte que se está tardando demasiado en venir por mí.

—Me duele. No tendría que ser así.

—¿Se lo va a decir usted al rey? Porque yo sin duda no. He aceptado la realidad, esto es lo que somos: mujeres. Y nadie va a cambiar eso.

—Una vez conocí una mujer que sí pudo cambiarlo. Las cosas siguen siendo igual, pero ella tenía poder en un mundo donde no hay nada de eso para nosotras. ¿Y sabes qué? Sí, salvó a alguien. A mí. Me dijo que no podía cambiar la realidad absoluta, pero que podía empezar por hacer un cambio en la mía.

Miré a mi doncella, a sus ojos apagados por la brutal opresión en la que vivía. Su aspecto pulcro y monótono, desde su cabello castaño claro recogido en un moño compacto, sus ojos color miel, opacos por la tonalidad de la sumisión, y su uniforme que escondía las curvas de su cuerpo. Todo en ella indicaba que alguna vez sirvió para ser deseada, pero que ahora solo era útil para hacer de otra mujer lo que ella fue con anterioridad.

—Empieza por escoger un nombre para ti —insté con la fuerza del sentimiento que me carcomía.

—No, mi *lady*. Usted puede jugar a ser igual que ellos todo lo que quiera, pero no durará. Suponiendo que sobreviva hoy a la mano del rey, ¿cómo sobrevivirá a su majestad, el rey Lesath, el aguijón de Áragog? Yo no quería ser quien se lo dijera, porque me parece usted una niña pequeña a la que solo dan ganas de proteger, pero su esperanza ha llegado demasiado lejos y terminará siendo el cuchillo que la degollará. No es como ellos, no puede ser como ellos y, mientras siga llamando la atención, su final será trágico para usted y para los que hayamos tenido la desgracia de conocerla. Yo me quedo así, sin nombre, sin molestar. Es lo que el reino quiere.

—¿Y no me acabas de decir que estás existiendo solo mientras la muerte te viene a buscar? Pues yo también. Solo que yo avanzo mientras viene a buscarme, porque prefiero vivir al máximo el tiempo que me toque y limpiar el camino a la que venga detrás de mí, que agachar la cabeza con la espada en la nuca hasta que la vida decida darme el golpe de misericordia.

—La odio.

—Tutéame si me vas a odiar, al menos yo no te voy a abofetear por sentir lo que sientes.

Los ojos le refulgían en una ira que nada tenía que ver conmigo, porque su enemigo no era yo, pero era mejor darle una cara cercana a su odio, y no iba a ser yo la que condenara su manera de drenar la injusticia que había vivido. Así que me marché a esperar al enviado de la mano afuera, y la dejé creer que mi existencia era la razón de todos sus males.



La torre de la mano me esperaba como una sentencia a un criminal. Era muy espaciosa y no como la había imaginado, de una sola y reducida habitación. Al entrar, me encontré con un recibidor que tenía una puerta a cada lado, las cuales supuse eran habitaciones extras. Era un salón forrado por piedra y las paredes rebosaban de retratos de tamaños diversos de lord Zeta Circinus, con largos sofás frente a mesas atiborradas de golosinas y sillones que igualaban la apariencia de un trono. Además, me topé con al menos seis mujeres desnudas y arrodilladas, una a cada lado de una alfombra de terciopelo púrpura que conducía a una escalera de caracol ascendente a la última habitación. Ninguna levantó la mirada o deshizo el agarre de sus manos cruzadas a la espalda. Estaban metidas de lleno en su papel, el de ser menos que una persona.

Me dirigí hacia arriba por la escalera, no era muy alta, apenas un par de docenas de escalones, y desembocaba en una puerta de madera pesada con un pomo que tenía grabado el ángulo del compás que representaba la constelación Circinus. Sin llamar, el hombre que me dirigía la abrió y me condujo al interior, donde la mano del rey aguardaba con un par de guardias a su lado.

—Bienvenida, mujer. Déjanos, Atlas.

El aludido desapareció a mi espalda y cerró la puerta detrás de él.

Me desconcertó sentirme desnuda ante la húmeda sonrisa de la mano. No debía suceder así, había hecho todo lo que estaba en mis manos para evitarlo. Iba cubierta con un vestido negro escarchado, de diseño largo, que estiraba mi figura; la falda sin relleno se arrastraba y dejaba en incógnita mi calzado. Las mangas eran muy largas y caían como una cascada que cubrían incluso mis manos, y el escote recatado apenas dejaba visible mis clavículas. Llevaba mi cabello recogido en una trenza de lado, cuya punta me rozaba las caderas, y en la cima de mi cabeza portaba una corona tejida de flores púrpuras, lilas y violetas.

Él, en cambio, apenas vestía una túnica de dormir hecha de organza, tela cuya transparencia me dejó contar cada asqueroso vello rojizo y ensortijado de su pecho. Evitaba ver hacia la parte media de su cuerpo, pero tenía la sensación de que no había nada más cubriendo su entrepierna.

—¿Te he dicho que me encanta cómo les queda a tus labios el rojo?

—Lo siento, mi lord, ¿le ha dado la impresión de que necesitaba que lo aprobara?

Su sonrisa no se borró, si acaso sufrió una leve mutación por un aumento repentino de necesidad en los ojos de su portador. Abajo se escuchó una puerta y seguida por un grupo de pasos, esto hizo que la mano se volteara al guardia a su derecha y le dijera:

—Dile a mis hijos que no molesten, ¿sí? La vendita y yo nos vamos a divertir un rato.

—¿Desea que vuelva, señor?

—No. ¿Cuántos hombres pueden hacer falta para mantener a una mujer sometida?

Por sus palabras, entendí con claridad cuáles eran los «otros planes» que lord Zeta le dijo a Orión que ya tenía para la noche: el plan era yo, sea lo que sea que eso significase.

—¿Por qué estoy aquí sin mi guardia? —pregunté apenas el hombre salió de la habitación.

—*Sir Orión* no es «tu» nada, mujer. Y yo no tenía nada que hablar con él, sino contigo.

—¿Entonces eso es lo que quiere? ¿Hablar?

—Dependerá de tus respuestas. ¿Sí recuerdas cómo acabó nuestra última conversación, no? —preguntó con una sonrisa triunfal.

—Por supuesto, mi lord, con usted humillado frente a sus hombres por perder a una simple vendita a manos de un caballero petulante.

Hasta ahí llegó su sonrisa. He de admitir que fue mayor el disfrute a mi miedo, porque asustada estuve desde antes de salir de mi alcoba, aterrada, más bien, sintiendo la incertidumbre crecer como un parásito que devoraba mi determinación, mi fe, mi compostura. Mas solo entonces recibí un poco de placer para mí, porque era evidente que algo malo, tal vez terrible, estaba a punto de sucederme, pero ¿quién sería yo, sino una hipócrita, si no demostraba que creía en las palabras con las que abofeteé a mi doncella?

Una vez asumido lo peor, cada punto de mi lado era una pequeña victoria a la que podría aferrarme cuando mi llanto se transformara en mi único sustento.

—¿Quieres que empiece de una vez? Puedo hacerte matar, si quiero. Cuida tu lengua.

—Lamento diferir, comprendo sus aires de grandeza al ser prácticamente el que dicta las normas del reino, pero solo el príncipe heredero de Áragog

puede decidir sobre mi destino.

Se levantó de su sillón con la cara enrojecida.

—Las vendidas se compran en el mercado, tu muerte sería como la de una mosca.

—Sin embargo, soy la única mosca del príncipe Sargas, la única en años. Un poco más difícil de remplazar, ¿no?

—Yo dicto las leyes.

—Se asegura de que sean cumplidas, que no es lo mismo. Y las leyes son tan intolerantes con las traiciones de un lord como con las traiciones de un panadero.

—¿Qué sabes tú de mis putas leyes?

—Más de lo que sabrá usted jamás de lo que es la empatía.

El guardia que quedaba junto a lord Zeta lo vio tomar un puñal de la cómoda al lado de su cama, y se preparó con su puño alrededor del mango de su espada, como si hubiera una forma en la que yo me defendiera de un hombre medio metro más alto y mucho más robusto que se dirigía hacia mí con un objeto cortopunzante en las manos.

En cuanto lord Zeta vio a su guardia, se dio cuenta de lo irracional de su actitud y se quedó sentado al borde de su cama con mucha más tranquilidad y una falsa sonrisa de suficiencia.

—Bien, estás aquí para explicarme qué hacías esta tarde cuando los sorprendí a ti y a *sir* Orión en una sala confinada para aprendices de asesinos.

—¿Es esto un juicio?

—Casi.

—Entonces no obtendrá de mí ni una sola palabra. Solo hablaré en mi defensa ante aquel con la potestad de dictar sentencia.

—Cada vez que abres la boca, te hundes más y más. No vas a durar mucho con esa lengua, a ningún hombre le gusta una mujer así, menos si es solo una vendida.

—Oh, sí, ya tuve la oportunidad de ver en su sala cuál es su tipo de mujer. Calladitas.

—Así se ven mejor, más bonitas.

—¿Sí? Dado que parece mostrar una especie de obsesión hacia mí, cualquiera diría que no le parezco muy fea.

—Ay, ya quítate la ropa, puta.

—¿Qué?

Mi voz salió estrangulada por un horror espontáneo. Lord Circinus ya empezaba a quitarse la túnica y yo me sentí paralizada justo donde estaba.

—Tú —dijo al guardia—. No interfieras a menos que te lo ordene o veas que la vendida intenta algo.

—¿Qué? ¡No puede!

—¿Tú me vas a decir lo que no puedo, mujer?

Ya se encontraba su piel al alcance de mi vista.

—Es un delito.

—Si me atrapan.

—¡Se lo diré al príncipe!

—¿Y te creerá a ti, una mujer, en vez de a la mano derecha de su padre?

—Dejó salir una carcajada que me apuñaló el pecho—. Es tu palabra contra la del lord más poderoso de Áragog. —Se volteó a ver a su guardia—. Tráemela, ponla de rodillas frente a la cama, con el cuerpo pegado al colchón.

Cuando el guardia vino hacia mí, traté de resistir, pero me neutralizó con la fuerza de sus brazos y me arrastró hacia donde había ordenado la mano, a pesar de que pataleé y chillé tanto como pude. Cuando estuve de nuevo como en nuestro primer encuentro, con las piernas inútiles, arrastradas por el suelo, los senos aplastados contra mi cuerpo y otra superficie, y mi culo a su disposición, se acabó mi resistencia.

Con el cuchillo en la garganta, el miedo era absoluto. Las palabras de Delphini se perdieron en algún lugar remoto alejado de mí; mis propios ideales, los que poco a poco había ido adquiriendo, me abandonaron también. Solo me quedó la realidad como opción y la súplica como destino.

—¡Soy virgen, soy virgen! —grité con las palabras acuchillando mis cuerdas vocales.

—Suéltala —ordenó lord Zeta. El guardia obedeció, pero con la voz de la mano detrás de mí no me atreví a moverme ni un ápice—. ¿Qué has dicho?

—Que soy virgen, señor, lo juro.

—¿Me estás diciendo que el príncipe Sargas, hombre que ha pasado toda su vida sin meterlo por una rabieta de rebeldía, cuando al fin consigue con quien desahogar sus años de abstinencia... deja pasar medio año sin tocarle ni un pelo?

Sonaba a que no me creía, solo me quedaba rogar más fuerte.

—¡Se lo juro, señor! ¡Se lo juro por Ara, el altar del cielo, por Aquila el águila y por su majestad, el aguijón de Áragog, que nos libra a todos! ¡Se lo

juro!

La mano dejó salir una carcajada estruendosa que llenó los espacios de la habitación que mi miedo no alcanzaba de un deleite morboso.

—Además de maldito, ahora resulta que es homosexual.

Ese era el peor insulto que se le podía hacer a cualquier persona. Un hombre podía perder la mano, la lengua o la cabeza dependiendo de a quién le dedicara esas palabras. Deseaba vivir lo suficiente para ver la reacción de Sargas ante las acusaciones de la mano, mas dudaba en mi interior que aquel cobarde se atreviera a decir lo que sea a la cara de nadie que no fuese una indefensa mujer.

—Bien, a todas estas... —se posicionó justo detrás de mí con las manos en mi cadera y su miembro duro ardiendo contra la tela de mi vestido—. Si el príncipe no ha querido estrenarte, yo te haré el favor.

—¡No, no! —Me empecé a retorcer, pero él mantenía mi cabeza pegada al colchón con una mano y con la otra buscaba el final de mi falda para apartarla de su camino—. ¡Por favor, no! —grité en súplica—. Sargas se dará cuenta...

—Sargas no lo ha metido en su vida, no sabría ver la diferencia entre una virgen y una prostituta ni porque tuviese ambas vaginas pegadas a la cara.

—Piedad, señor... —imploré con lágrimas en mis ojos.

—Oh, descuida, piedad es lo que voy a tener. No permitiré que te vayas de este mundo sin haber probado a un hombre de verdad.

Se cansó de hurgar entre tanta tela solo con una mano, así que se ayudó de la otra para levantarme la falda hasta la cintura. Sentí que sus muslos desnudos rozaron sus vellos contra mi piel erizada por el asco y por el miedo; también fui consciente de un trozo de piel hirviendo que presionó contra mi panti antes de que mi agresor se apartara apenas lo suficiente para intentar quitármela.

Mi resistencia lo hacía reírse con más ganas, lo excitaba más. Sopesé la idea de quedarme quieta para que todo pasara mucho más rápido y hacerlo menos placentero para él; mas el olor a alcohol que emanaba su cuerpo estaba impregnado en las sábanas de su cama y me causaba arcadas. La impotencia, la certeza de que estaba a un instante de sufrir la ejecución de mi alma, de saber que él sería un rostro que me vería obligada a recordar en mis pesadillas y, peor aún, que aparecería en mis sueños más hermosos para profanarlos, para no dejarme conocer a plenitud el sabor de la felicidad. Cada una de esas cosas no me permitían quedarme quieta mientras él me

destruía lo poco a lo que podía llamar vida.

—Mi lord, por favor... —pedí con una voz menos agitada, más sumisa y con un matiz infantil. Esperaba que eso lo pusiera más dócil.

—¿Qué, mujer?!

—Quiero pedirle una cosa.

—¿Qué?

—Mis labios... Nunca he besado a nadie, señor. Nunca. Solo... —Fingí que el llanto amenazaba con más fuerza y sorbí por la nariz para volver a mi voz de sumisión y ruego de niña pequeña—. Solo si... mi lord cree que tiene que hacer lo que está a punto de hacer, que lo haga, pero, por favor, permítame al menos que la misma persona que se lleve mi virtud, me arranque la inocencia de los labios.

Lord Circinus me asió por el cabello e hizo volar la corona de flores. Sin ninguna ceremonia, me atrajo hacia él de forma que mi cara quedó cerca de la suya con mi cuerpo todavía arrodillado, pero ahora de frente.

Chillé, pero él no me soltaba. Tenía su mano entre el tejido de mi peinado y su aliento a borrachera de días soplando en mi nariz.

—¿Me estás pidiendo que te bese?

—Se lo estoy rogando, mi lord.

—Solo porque me das lástima —dijo antes de pegar sus cochinos labios a mi boca. Contuve la respiración. Traté que su saliva y los vellos de su barba y de su bigote, los cuales me raspaban la cara, no me hiciesen vomitar, y procedí a dejar que mi cuerpo expresara el «púdrete, maldito» que mi voz no podía.

Con mi rodilla le pegué en su entrepierna con toda la fuerza y velocidad que pude. Cuando se apartó de mí entre gemidos no dejé que se fuera sin que mis dientes rasgaran la piel de sus labios y los hiciesen sangrar. Con una mano en su boca y la otra protegiendo su hombría, ahora menor al tamaño de su cerebro, lo tuve tal cual deseaba tenerlo, con la guardia baja, sin escudo.

Me paré frente a él y lo hice voltear con un solo movimiento estratégico de mis manos. Su espalda protegía mi cuerpo, y mi larga trenza estaba alrededor de su cuello mientras mi rodilla, apoyada contra su columna vertebral, aumentaba la presión en su tráquea sin dejar pasar ni un suspiro de oxígeno. Ahora la presa era él.

El guardia desenvainó su espada para defender a su amo, pero yo lo detuve con una amplia sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Una espada? ¿En un espacio tan reducido? ¿Qué duelo pretendes ganar así?

—No habrá duelo, esto será una ejecución.

—¿Conmigo al atentar contra la vida de tu amo? —Ensanché mi sonrisa y ladeé la cabeza—. No lo creo.

—Suéltalo.

Fue mi turno de soltar una carcajada. La resistencia y los espasmos de la mano eran cada vez más violentos, pero mi agarre no se iba a aflojar, la adrenalina que me dominaba no iba a permitirlo. Poco a poco, sus movimientos se harían más lentos, más débiles, y acabaría tirado a mis pies con los ojos abiertos y la boca esperando la llegada de las moscas.

—Te queda poco tiempo, y tu trabajo es protegerlo, ¿no? Bien, porque no lo quiero matar, solo necesito que me dejes salir de aquí y te lo devolveré sano y salvo.

—No saldrás de aquí.

Proyecté mi voz con más potencia para que no sonara a que estaba jugando y llené mis ojos del odio que sentía.

—Tengo el puñal de lord Circinus en el tacón, me basta con un movimiento para clavárselo en el culo y de ahí lanzarlo a tu carótida. No lo verás venir. —Levanté el pie para que el hombre le echara un vistazo rápido al arma y se diera cuenta de que no jugaba—. Sal y dile a tu amigo que no intente nada mientras yo me voy. Cuando esté en la puerta de salida soltaré a mi lord favorito.

La mano del rey comenzaba a adormecerse y le escurría saliva en forma de espuma por los labios. Al guardia no le quedaba opción.

—Como ordene.

Aflojé un poco la presión de mi cabello, lo suficiente para permitir que un poco de vida se le escurriera a los pulmones de lord Zeta Circinus mientras el guardia se marchaba.

—Deja la puerta abierta.

Obedeció y procedí a pisar el puñal bajo mi calzado, lo dejé cobrar vuelo hasta que descendió a una altura accesible para mi mano. Lo tomé con la izquierda y lo presioné en la espalda del lord mientras mi derecha seguía manteniendo la presión de mi trenza de cabello contra su cuello.

Así nos movilizamos hasta la puerta, bajamos uno a uno los escalones hasta llegar al pie de la alfombra púrpura en el recibidor donde me esperaba una emboscada de cuatro hombres armados. Dos de ellos eran los guardias

que ya había visto, el otro par supuse que eran los hijos de la mano del rey. Lo curioso es que ellos estaban tan sorprendidos de verme a mí como yo a ellos.

—Mierda, princesa —exclamó la voz de Ares, el único de los gemelos con la capacidad de poner en palabras sus pensamientos.

CAPÍTULO 10

Nunca duermas

—Papá, ¿pero qué sirios está pasando aquí?

—¿Él es tu padre? —pregunté a Ares sin aflojar mi agarre sobre el cuello de lord Zeta Circinus ni apartar la punta de mi arma de su espina dorsal.

—Por supuesto, eso lo sabe todo el reino. Somos Leo y Ares Circinus.

—Creo que se te olvidó mencionar ese detalle justo después de tu color favorito.

—Suéltalo, princesa. No quieres hacer esto —dijo Ares al sacar una daga de su funda.

—Primero me rajo el cuello.

—Si intentas hacerle daño no va a hacer falta. Leo no te dejará ni que levantes la mano, tendrás una cuchilla en la frente antes de que puedas parpadear.

—Qué asco me dan, ¿es que no ven lo que sucede?

Ares volteó a ver a su padre como si lo hiciera por primera vez. El hombre luchaba por una bocanada de aire con los ojos a punto de salirse de sus cuencas, y sus nudillos estaban blancos por el esfuerzo que hacían sus manos al intentar aflojar la soga de cabello alrededor de su cuello. Ares lo vio desnudo, con la virilidad flácida y encogida junto a su orgullo, amenazado por una mujer que, si se bajaba de los tacones, no le llegaba ni al pecho. Y ahí, en ese instante, en esa situación, vi que los ojos de Ares profesaban más admiración por mí de la que habían sentido por nadie en toda su vida.

—Papá, ¿qué hiciste? Sabes que es traición acostarte con la vendida de otro.

—¿Acostarse?! No sé si es que confundes términos o es que eres imbécil, Ares, pero esto fue un intento de violación.

—Suéltalo y vete, luego hablaremos.

Me mordí el labio, no parecía tener una opción mejor, pero tampoco iba a ceder al instante y perder cualquier atisbo de ventaja que me quedara.

—¿Y los guardias?

—No harán nada. —Volteó a ver a cada uno y reiteró lo dicho—. No harán nada.

—¿Cómo puedo confiar en que prefieras ayudar a una vendida que a tu padre?

—Solo sal y espérame afuera, yo mismo te acompañaré a tu alcoba una vez me asegure que mi padre no irá detrás de ti.

—No sé qué creer...

—¿Qué opción tienes?

Lo pensé apenas un segundo, consciente de que en realidad no tenía elección. Matar a la mano era igual a clavarme una espada en el pecho, porque si no me ejecutaban en ese preciso instante, lo harían más tarde en una ceremonia pública.

Solté a lord Zeta y me dirigí con prisa hacia la puerta. Las vendidas seguían sin moverse, el trayecto a la salida se me hacía eterno con las paredes danzando a mi alrededor y la sensación de tener el aliento de un lobo en la nuca. Escuché el estallido del cristal al romperse y me volví enseguida para ver a mi presa recién liberada correr detrás de mí con los ojos endemoniados y el pico de una botella recién rota en la mano.

Me paralicé por un momento, el tiempo exacto que le llevó a Leo interponerse en el camino de su padre con su espalda bloqueando mi visión. Desde donde estaba, yo no podía verle el rostro, pero podía imaginar que no tenía nada parecido a su cara de socializar ya que su padre lo observaba entre furioso y precavido.

—¡Quítate, adefesio mal formado! ¡Quítate, o me arrepentiré de no haber obligado a tu madre a abortarte!

Leo no movió ni los hombros por su respiración. No era como las estrellas de Ara que vacilaban en su luminosidad, siempre desplazándose, siempre dejando vibrar su brillo. Tampoco como el firmamento que podría parecer constante y eterno, pero que siempre es afectado por las luces que colisionan a su alrededor. Leo no era nada de eso, él era algo mucho más terrenal. Era un muro.

—¡Quítate!

Su padre dio una palmada violenta a la mesa a su lado. Tal fue su fuerza que en las paredes de piedra rebotó el eco de su furia. Pero Leo, con esos sentidos infernales que le concedieron las estrellas, captó el momento justo en que la mano de su padre golpeó la madera y, en un fugaz movimiento

que casi no pude percibir, sacó una daga de su cinto y clavó a su padre a la mesa.

El alarido fue más rápido que mi reacción de sorpresa. Leo se hizo a un lado y así pude percibir cómo movía sus manos para formar unas palabras que no pude descifrar pese a que ya había aprendido un poco de su lenguaje de señas. Lo que sea que haya querido decir dejó boquiabiertos a todos en la sala, menos al cobarde que lloraba por su mano anclada a la mesa en un charco de sangre.

Luego de eso Leo dio por concluida la función y desapareció tras una de las puertas a los lados.

Yo vi prudente desaparecer también.

Ares me siguió una vez estuve fuera y me detuvo apenas llegó a mi altura.

—Para. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

Lo observé un momento para deducir si era sincero en su interés. Los rizos color caramelos no los llevaba pegado al rostro por el sudor del entrenamiento, sino revoloteando libres como sortijas flotantes. Respiraba nervioso, tal vez preocupado, se le notaba al mirar las palpitaciones en su cuello donde se entreveía también parte del tatuaje del árbol. Sus ojos verdes brillaban con un sentimiento desconocido para ellos, podía estar equivocada, pero quise apostar a que se trataba de empatía, así que me permití confiar.

—No, pero yo sí se lo haré a él.

—Es mi padre, Aquíá.

—¿Y?

—Que puede ser una mierda, pero es la única mierda que tengo y estás hablando de dañarlo.

—Tu hermano le clavó la mano a la mesa como si fuera un trozo de jamón y no te veo muy dolido por ello.

—Pero yo sé a qué daño te refieres tú.

—¿Pretendes que no haga nada? ¿En serio?

—Escucha, lo acabas de agarrar con la guardia baja, pero volver a acercarte a él y siquiera intentar tocarle un pelo de la barba es un suicidio. Entrenas con nosotros, sé lo que un asesino entrenado con determinación y con sed de venganza es capaz de hacer, y no quiero que lo hagas.

Me estaba hablando tan en serio que dolía, dolía más que nada porque yo quería ponerlo en mi lugar, aunque eso significara que le diera la espalda a su padre. Dolía porque yo jamás iba a reponerme del olor del lord, de la

sensación de su tacto sobre mi piel, del sonido nauseabundo de su voz en mis entrañas. Ni mil baños ni diez mil oraciones me sacarían ese hombre de la memoria.

—Tú viste lo que pasó y aun así lo...

—Vas a tener que degollar al reino completo, empezando por el rey y terminando con quien sea el hombre que te haya tenido en las bolas, porque todos son así, todos iguales. Para los hombres tú no eres una persona, eres una mujer, lo que equivale a una especie distinta e inferior que ellos. ¿No lo entiendes? No saben que lo que hacen está mal, nadie condena a un hombre por matar una vaca y comérsela, nadie sufre por la rata de la alcantarilla y ni la cucaracha aplastada. ¡Ellos no saben! ¡Nadie les ha dicho!

—¿Y qué esperas que haga? ¿Qué los aplauda?

—¡No, no! ¿Por qué yo no me incluyo en lo que digo si soy hombre?

—¿Hay un motivo? Creí que solo eras imbécil y no dominabas las voces narrativas.

Ares torció los ojos con una sonrisa:

—No, princesa. Es porque te conozco. Te conozco y, por primera vez, me he puesto a pensar que las cosas tal vez no deberían ser del modo que son, que tal vez hemos sido engañados todo este tiempo y que ustedes son exactamente iguales a nosotros. Porque te conozco es que sé que si tuvieras las mismas oportunidades y beneficios que los hombres, tú serías invencible y que, a pesar de ello, cuesta conseguir quien te pare las patas.

—¿Entonces quieres que me tome un café con tu padre? ¡No, mejor! Que nos maquillemos el uno al otro e intercambiamos nuestro color favorito.

—¡Hey, hey! Solo conmigo puedes compartir tu color favorito, es un privilegio de amistad. —Luego de su comentario y de que yo adoptara una expresión de cansancio dramático, él prosiguió con la charla seria—: No, princesa. Lo que tienes que hacer ni siquiera tienes que limitarlo a mi padre, sino a todos. Yo incluido. Mata a un hombre y se llevará a la tumba lo que eres capaz de hacer, déjalo vivir sabiendo quién eres y te ganarás su temor más el respeto de muchos. Haz que después de haberte conocido no quede una persona en el reino que se atreva a pensar que «mujer» es sinónimo de inferioridad.



Al llegar a mi habitación encontré a mi doncella sentada frente a la chimenea. Por primera vez la veía con un libro en las manos; lo reconocí como una de las últimas novelas que había leído. Me gustó la perspectiva de verla imaginarse en el lugar de la protagonista que, si bien no era una heroína de mitología, ni una belleza de fábula, era una mujer corriente que tenía suficiente brío como montar una librería en un mundo donde la literatura estaba prohibida.

Al advertir mi presencia, ella se puso de pie de un brinco, cerró el libro y lo dejó sobre la chimenea. Acto seguido me miró con los labios temblando y los ojos abnegados.

—Andrómeda —pronunció con voz entrecortada.

—¿Disculpa?

—Desde que te marchaste, estuve pensando. Le prometí a Ara que si volvías con vida escogería un nuevo nombre para mí. Tal como me aconsejaste. Andrómeda. Ese me gusta.

Sonreí con los ojos llenos de lágrimas. ¿Quién fue la persona que dijo que no podría cambiar el mundo?



En mi sueño, él era mi dueño. Orión nunca llegó a duplicar su oferta y la mano conseguía con sus quejas y persistente insistencia que Delphini bajara mi precio a tres mil coronas.

Tres mil coronas de las cuales no recibiría ni un anillo, por una infelicidad perpetua.

Yo me encontraba arrodillada, desnuda a un lado de la alfombra púrpura con una vendida a mi izquierda y otra a la derecha. Estar de rodillas era un suplicio de dolor y de ardor, trataba de moverme lo más mínimo, pues cada roce de mi piel era como sal en una llaga recién nacida; me quemaban los glúteos de la última sesión de azotes. Lord Circinus me había descubierto intentando entablar una conversación con las demás, algo que iba contra las primeras reglas de mi papel, y si algo tenía la mano era intolerancia extrema.

Me castigó con su cinturón hasta que me sangraron las piernas. Lo hizo en su balcón para que a las habitaciones contiguas les llegaran mis súplicas pese a las ventanas selladas. Me estuve aferrando a la balaustrada como a

un ángel de la guardia y no porque temiera caer al vacío, sino porque no había otra mano que me sostuviese y compartiera mi dolor.

Miraba al cielo y Aquila brillaba para mí, palpitante, deseosa de que la poseyera. Pero era inútil, ni ella ni todo su poder podían salvarme del destino que Ara dictó a mi existencia.

Así me di cuenta de que yo solo era un águila que en medio de su transformación también se había quedado sin alas.

Me desperté entre jadeos, con la frente empapada de sudor y el cuello de lágrimas. Mi doncella, quien velaba por mí en un sillón frente a la chimenea, saltó a la cama tras apartar las cortinas de organza para posarse a mi lado, tomar mi rostro entre sus manos, y tratar de ayudarme a superar mi histeria con ejercicios de respiración que me parecían mudos ante el escándalo de mi pesadilla.

—Mi *lady*, respire, se está ahogando.

Se le notaba alarmada mientras me palmeaba la espalda y me apartaba el cabello del rostro. Yo hiperventilaba, la oscuridad se fusionaba con el espectro de lord Circinus y lo sentía detrás de mí, con sus labios húmedos rozando mis hombros y su aliento alcohólico navegando hasta mi nariz.

Había arrastrado el ardor de mis piernas del sueño a la realidad y no conseguía deshacerme de él. Era una agonía, una que estaba ahí mientras el miedo a volver a dormirme arremetía.

Al cabo de un rato, me calmé. Permanecí sentada con la vista puesta en todos lados y en ninguno mientras me convencía a mí misma de que todas las imágenes recién vividas nunca fueron más que un producto de mi imaginación. Sin embargo, lo que más me aterraba era saber que esa pesadilla la podrían estar viviendo otras en ese momento.

—¿Has estado despierta toda la noche? —pregunté a Andrómeda.

Señaló el asiento del que se acababa de levantar, donde un libro descansaba entreabierto con un pañuelo dentro como marcapáginas improvisado.

—¿Estabas leyendo?

Asintió.

—¿Y no podía esperar hasta mañana?

—Es que... —Se mordió las uñas, apenada—. Dije que solo leería un capítulo pero al final sucedió algo sorprendente y no podía dejarlo ahí sin saber qué pasaba. Y luego leí otro y acababa peor. Hasta ahora no he podido soltarlo y siempre que acaba un capítulo decía “*uno más y luego a dormir*”.

Pero nunca soy capaz de dejarlo.

Me reí, pues comprendía el sentimiento.

—A ver, ¿qué libro estás leyendo que te tiene tan mal?

—Se llama *La masacre de Nunca Jamás*². Narra unos sucesos en un pueblo fuera del reino donde siempre llueve y nunca hay luz. Larem se llama el sitio.

—Tiene un nombre demasiado... macabro. El libro, digo. ¿Qué haces leyendo eso? Quiero decir —rectifiqué a toda prisa—, si te gustan ese tipo de historias está bien, no es como si debiésemos tener los mismos gustos.

Se la veía muy tímida, como si hubiese algo muy personal en la historia que le diese pena admitir.

—Vamos, cuéntame de qué trata.

—Es complicado, mi *lady*. Hay un misterio turbulento, sí. El protagonista, un niño llamado Iván Garfio, está tratando de descubrir qué pasa más allá del bosque, un sitio donde nadie ha estado y lo llaman Nunca Jamás. Cuando los niños cruzan el bosque vuelven con la memoria modificada, no reconocen ni a su madre, y hablan de una vida con cuentos, hadas y un tal Peter Pan. Lo curioso es que Peter Pan sí existe, es un hombre enfermo que no puede crecer, encerrado por años en un caserón recluso, oscuro y misterioso. Además, la historia del presente parece tener relación con los sucesos del pasado, con la niñez de Peter y con los padres de Iván. Es muy misterioso y adictivo, pero nada de eso es... es lo que hace que este libro se sienta como un amigo mío.

—¿Entonces qué es?

—No sabría explicarle. Está contado de una forma que es casi... mágica. Como si me hablara a mí, ¿sabe? Es un libro que habla de libros, me siento muy cercana al niño protagonista porque él no había leído nada en su vida y su nueva mejor amiga le salvó la vida de alguna forma al enseñarle... ¿Quiere que te lea una frase para que entienda?

—Me encantaría.

Ella fue en busca del libro, volvió con él en las manos y una sonrisa de niña pequeña. Me llevaba al menos diez años, mas se veía como una recién nacida. Se sentó a mi lado con timidez, rebuscó entre unas páginas hacia atrás, seleccionó un párrafo con su dedo y prosiguió a leer.

—«Los libros son una cápsula de vidas y de emociones. Cada vez que abres uno, dejas tu alrededor para fusionarte con las almas de sus personajes y, cuando es bueno, no lo sueltas hasta que el viaje termina. Entonces

sientes que algo te arrancan del pecho. Nunca más vuelves a estar vivo de la misma forma porque una parte de ti quedó dentro de aquella historia, y una parte de ella quedó dentro de ti».

Guardé silencio. Fue una lectura tan solemne, tan íntima, tan emotiva, que me pareció que no podía hacer otra cosa, como si mi voz pudiera estropearlo todo.

—Eso se lo dice la niña a Iván. Una niña en un libro me ha hablado más que nadie, y ha conectado con algo dentro de mí que ni sabía que existía. Preferiría perderme dentro de estas páginas con estos amigos que seguir...

—De repente se cortó. Negó con la cabeza y se sacudió el uniforme—. Lo siento, no debí tocar sus libros, ni pasar la noche en vela y descuidando mis labores. Perdóneme.

—¿Qué? No, por favor, no...

—Organizaré su ropa para mañana, el tiempo se me escapa de las manos cuando dejo la cabeza volar. De nuevo lo siento, mi *lady*. Que descanse.

Se fue en dirección al gran armario, dejándome el libro a un lado de la cama y una sensación de vacío que superaba mi confusión. Al cabo de un rato, encogida con los brazos alrededor de mis rodillas con miedo al sueño que me acechaba, alguien tocó la puerta.

Al abrir, me encontré con el rostro atribulado de Orión. Llevaba puesta otra variación de su uniforme negro de cuero, la chaqueta llena de correas cruzadas y botones de oro, la capa con el broche de las dos espadas, y el cinto armado como para una guerra.

—Orión... ¿qué haces aquí a esta hora?

Se lo veía muy contrariado, como si no terminara de decidir si lo que estaba haciendo era lo correcto. Era, o al menos me pareció así, una batalla interna entre lo correcto y lo deseado.

—¿Estás bien...?

Empezó a hablar con una voz dócil que transparentaba una preocupación arrulladora, sin embargo, al momento, cambió de idea. Carraspeó y comenzó a hablarme como lo que era: un caballero de la Guardia Real.

—Quiero disculparme por la situación en la que nos he puesto a los dos y, además, prometerte que no volverá a ocurrir.

—¿A qué te refieres? ¿Disculparte? ¿Tú? ¡Pero si no has hecho nada!

—Esta vez salimos ilesos, pero pudieron habernos cortado la cabeza. Y dudo mucho que lord Zeta haya olvidado el asunto a pesar de lo que dijo, así que no me queda otra opción que...

—¿Qué?

—Voy a hacer lo que debí haber hecho desde el primer día. Y justo ahora. Esto no puede esperar, siento que lord Circinus está tramando algo.

Ni siquiera consideré la idea de contarle lo que ya había ocurrido. ¿Cómo podría? En gran parte yo temía su reacción, la posibilidad de desatar una confrontación que pudiera acabar en desgracia. Lord Circinus era un hombre poderoso con un orgullo tan frágil como de volátil su temperamento, y lo que sea que pudiera hacer o decir Orión no lo recibiría con mansedumbre. Era como arrojar una chispa a un lago de querosén y esperar que no se encendiera hasta el cielo.

Por otro no me sentía ni cómoda ni capaz de hablar de una agresión tan reciente que no dejaba de doler, un trauma tan vivo que me había despertado en la madrugada sudando a mitad de una tempestad de lágrimas. ¿Volver a vivir lo sufrido y ponerlo en palabras? Una cosa eran los *flashes* de la memoria, que bastante costaba ahuyentarlos ya como para, además, sentarse a relatar detalles por los que habría entregado mi alma a cambio del olvido.

Y, por último, la única idea que conseguía reconfortarme era fantasear con una venganza lenta y placentera, tan grande como el nivel de la brecha que abrió ese hombre dentro de mí. Si Orión me quitaba eso, si de pronto cualquiera, incluso el destino, se adelantara a dictar sentencia, entonces no me quedaría nada por qué vivir.

—Bien, pues estás tardando mucho —dije al fin—. ¿Qué es eso que vas a hacer?

—El primer paso es dejar de involucrarme. Es peligroso. Para ambos.

Tragué en seco cada uno de los sentimientos que se desbordaban de mí con esas palabras.

—¿Eso es una imposición? ¿No hay nada que yo pueda decir al respecto?

—Si quieres hablarlo, lo hacemos. Dudo que tengamos otra oportunidad de tener una conversación tan... abierta, así que eres libre de dejar salir tus objeciones.

Lo pensé, o tal vez no quise. El punto fue que dejé una brecha de silencio entre su proposición y mi respuesta cuando la realidad era que tenía mucho que sentir y muy poco para poner en palabras. Así que no dije nada.

—¿Cuál es el siguiente paso en tu lista?

Esta vez fue su turno de asimilar el golpe. Lo vi en su rostro, habría preferido un largo silencio, la oportunidad de la incertidumbre, a mi fría

indiferencia.

—Correcto —dijo al fin—, a él no le ha hecho gracia este paso, pero ya es hora. Te presentaré ante Sargas.

² “**La masacre de Nunca Jamás**” es una historia de Axael Valasquez. Pertenece a la saga de *retellings*, *Érase una vez un crimen*, publicada por Mangata Ediciones, 2021.

CAPÍTULO 11

Nunca calles

Descendimos durante tanto tiempo en la oscuridad que comencé a pensar que íbamos camino a una cripta. Orión ni siquiera me dejó cambiarme la ligera ropa de dormir de seda antes de salir; así de urgido estaba por sacarme de mi habitación y dejarme a salvo bajo la protección de Sargas.

Tratábamos de hacer el menor ruido posible, incógnitos en medio de la penumbra de un castillo somnoliento. Pasillos y escaleras descendentes se mezclaban en nuestro camino al punto en que ya me había desorientado. Sola habría sido incapaz de repetir el recorrido a la inversa.

Avanzamos por una especie de pasillo oscuro y cavernoso, con paredes de piedra apenas iluminadas por una penumbra azulada, que se colaba por debajo de la puerta por la que habíamos entrado, y una antorcha de fuego blanco cada metro y medio que acariciaba las sombras sin apartarlas en su totalidad. Se dice que en Ara el fuego blanco es un regalo del sol; en ninguna otra parte del reino se ha oído de una materia parecida.

—Estamos... —comencé a decir—. Avanzamos mucho, y bajamos mucho. Empiezo a pensar que me conduces a las mazmorras.

Él se detuvo y me miró con un cariz áspero y alarmado en sus ojos. Con la perniciosa oscuridad que nos envolvía, la cicatriz de su rostro se veía todavía más severa y le daba un toque de bestia peligrosa, además, hacía cobrar a su figura un aura de misterio imposible.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Qué cosa? —pregunté, de pronto nerviosa por el tono de su voz.

—Lo de las mazmorras, ¿quién te lo dijo?

—No puede... —Me llevé las manos a la cara con sorpresa genuina, lo cual pareció relajarlo—. ¿Es cierto? —Se mantuvo en silencio—. ¡¿Qué hace el príncipe heredero de Áragog viviendo en las mazmorras de su castillo?!

Él siguió caminando y no fue hasta unos pasos más adelante cuando se dignó a contestar:

—Digamos que no le gusta el sol.

—¡El sol de Ara ni siquiera calienta!

—Digamos que tampoco le gusta la gente.

—¿Y qué sigue? ¿Digamos que le gusta la carne humana?

Se le dibujó una pequeña curva a un lado de los labios que me llenó de un nerviosismo inusual e infundado.

—La carne no sé, pero he oído que la sangre le fascina.

Me detuve en seco, gesto suficiente para que Orión dejara salir la carcajada que reprimía. Me sentí tan aliviada como estúpida de saber que solo había sido una broma.

Le lancé un puñetazo por haberse burlado de mí, pero me atrapó el brazo; intenté probar a pegarle con el otro, mas solo conseguí darle todo el dominio de mí. Maniobró mi cuerpo hasta pegarlo a la fría pared del pasadizo y apresó mis muñecas sobre mi cabeza bajo el agarre de una sola de sus manos. Se reía, gozaba de la situación y de su victoria, con la cara muy cerca de la mía, mas al notar el cambio drástico que sufrió mi respiración al verse expuesta a su presencia, de pronto, se borró la diversión de su rostro. Un sentimiento distinto e indescifrable se mudó a su mirada y algo en sus labios los hizo temblar tanto como a mí me temblaban las piernas.

—¿Tú no quieres alejarte de mí, verdad? —pregunté con mi voz en forma de un susurro afligido.

—Ay, Aquí... —Fue su turno de suspirar—. Tú no quieres que te diga lo que quiero.

Arrastré mi pie hasta tocar su tobillo y tiré de él para obligarlo a dar un paso más hacia mí, el paso que faltaba para tener la tela de su pantalón contra la fina seda de mi ropa de dormir.

Él seguía sin soltar mis brazos, firme y autoritario, como la roca a mi espalda que jamás se movería, pero eso no me impidió acercar mi rostro al suyo, solo lo justo para que mis palabras rozaran su boca tal cual él había hecho aquella vez en el armario frente al decorado de coronas.

—Sir... se sigue equivocando con su interpretación de mí.

Me regaló una de las sonrisas hipnóticas que iluminaban su rostro tanto como hacían temblar hasta mis más firmes pensamientos. ¿Sabría él del efecto que causaba con una ligera maniobra de sus labios?

—Lo dudo, mi *lady*. En nuestro último encuentro me dejó claro que le fascina jugar a las adivinanzas. —Se acercó a mi oído—. Adivina entonces,

preciosa.

Y me soltó.

Seguimos caminando, en silencio, pero sin dejar de sonreír, hasta que llegamos a la entrada de los calabozos donde una hilera de guardias armados acampaba. Al vernos, cruzaron sus lanzas como equis y levantaron el rostro con honor.

—¿En serio Sargas vive en los calabozos?

—Ven acá.

Me arrastró por el brazo y bajó la voz para que solo yo pudiera oírlo pese a que el resto nos seguía viendo de frente.

—Los calabozos de esta parte del castillo son una farsa.

—¿Qué?

—No hay celdas, solo cubículos equipados con todo lo que Sargas quiere y necesita, y habitaciones para sus sirvientes más cercanos, los que necesita a la mano para cualquier recado.

—¿Tú incluido?

—No, yo soy clase aparte.

—¿Qué clase?

—No preguntes. Además, no soportaría vivir así, es muy... aleatorio. No hay un orden satisfactorio para mí.

Rodé los ojos, casi había podido olvidar su fastidiosa manía por el orden.

—Los calabozos fueron hechos para que Sargas viva y reine sin necesidad de dar la cara.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no dar la cara a su reino? Ni siquiera lord Zeta, que es la mano del rey, lo ha visto. ¿Por qué?

—No preguntes.

—¿Algo que sí pueda preguntar?

—Es preferible que no preguntes nada. Si no te lo he contado, por alguna razón será.

Y dicho esto se aproximó a la fila de guardianes de la entrada.

—Orión Enif —se presentó—, caballero ungido de la Guardia Real. Traigo a la vendida por petición del príncipe.

—Identifícate.

Orión se arremangó la chaqueta de su uniforme apenas lo suficiente para dejar ver a un fornido guardia frente a él la piel de la cara interna de su muñeca. El hombre la sostuvo y tanteó con sus dedos, la estudió como a una pieza de joyería frente a una lupa, y procedió a soltarla sin perder la mirada

inquisitiva.

—¿Y el pegaso?

Orión dobló su otra manga y le mostró esa muñeca al guardia, quien repitió el proceso que hizo con la otra.

Se volvió a sus subordinados y con un gesto comprendieron que debían acatar la orden. Procedieron a retirar los candados, descruzar las cadenas y abrieron los cerrojos que custodiaban la entrada al calabozo.

—Pueden pasar.

No perdimos más tiempo y atravesamos esa fortaleza en la que solo un muy reducido grupo, selecto con minuciosidad, tenía permitido el paso.

Me hice muchas preguntas apenas franqueamos la entrada y, pese a que todas me parecían urgentes y quemaban mi curiosidad a falta de respuestas, conocer los detalles de tan extraño ritual de reconocimiento al que fue sometido Orión me pareció lo más inmediato.

—¿Qué era eso que les mostraste?

En la penumbra, lo vi girarse hacia mí con una de sus cejas alzadas, como si meditara cuánto era prudente decir. Varios mechones de su cabello habían desertado de su coleta y se movían con propia voluntad en medio de su cara. Un detalle insignificante que solo sumaba puntos a la lista de razones por las que se me hacía tan complicado apartar mis ojos de él.

Al final, volvió su vista al camino y decidió que no hacía ningún mal responderme esa cuestión en concreto.

—Las marcas de la constelación de mi nombre y apellido. Sargas exige que sus sirvientes más cercanos se las hagan para identificarlos. Los guardias no dejarían pasar a nadie sin ellas.

—No te vi ningún tatuaje en el entrenamiento.

—No son marcas de tinta, Aquíá. Es una cicatriz. Es más fácil de ver con el tacto que con los ojos.

Tragué en seco. De pronto se me quitaron las ganas de continuar con el interrogatorio.

Adentro, todo era mucho más amplio en largo y ancho de lo que habría imaginado. Se notaba la distribución de las celdas, sin embargo, estas tenían puertas en vez de rejas y supuse que se trataba de los cubículos que había mencionado Orión. Había intrincados pasillos como un laberinto y en cada uno no había más que una antorcha de fuego blanco que iluminaba una galería de reliquias de las que solo había oído hablar en leyendas; libros de aspectos siniestros, armas arcaicas y extranjeras que solo podían ser de

colección.

Los decorados de las paredes eran de lo más perturbadores y enigmáticos. Algunos diseños eran inscripciones y había runas en árabo antiguo, en otros había diseños tan complicados como un escorpión enorme hecho de fósiles de quién sabe qué criatura.

—Este hombre es un demonio —murmuré.

Orión rio por lo bajo.

—Te advertí de sus excentricidades.

—Excentricidad es agregarle azúcar a un plato salado, o tal vez organizar coronas milimétricamente para que en conjunto formen otra corona más grande. Esto... esto tiene que ser una enfermedad.

—«Enfermedad» es la obsesión de Sinaí por Axer³.

—¿Ah?

—Olvídalo. Lo leí en una novela gráfica.

—¿Tú lees?

—No hay mucho que leer en una novela gráfica, ¿o sí?

—Eres el caballero más extraño que conozco.

—Dudo que conozcas muchos, pero gracias.

Me guiñó un ojo sin perder su sonrisa y abrió la siguiente puerta.

—Aquí es, preciosa. Ha sido un placer que desgraciasas mi vida, pero, gracias a la misericordia de Ara, todo tormento tiene su final. Mi paz ha llegado. Ah, y un consejo, no le pidas que se acerque a la luz. No lo hará. Tampoco... hagas muchas preguntas.

Dio un paso hacia adentro de la habitación oscura, mas lo detuve al tomarlo del codo.

—¿Pasa algo, preciosa? —susurró con picardía.

—Mírame a los ojos.

—Ahora sí que no entiendo nada, Aquía.

—Quiero que lo hagas, por favor, y que me digas qué ves. Qué piensas.

Se alejó más de la puerta, bajando la voz para que solo los latidos de nuestras ansiosas almas pudieran oírlo.

—¿Para qué quieres que haga eso?

—Porque sé que cuando conozca a Sargas no quedarán posibilidades de que me digas la verdad. Entonces quiero oírlo hoy, aunque sea la última vez, aunque solo sea para... para soñar con lo que pudo ser.

—¿Eso quieres?

—Sí. Mírame a los ojos, Orión Enif, y dime qué piensas.

Me tomó con ambas manos el rostro, me gustaría decir que me había quedado sin respiración porque él, en su peligrosa cercanía, se había robado mi aliento para sí mismo.

—Pienso que quiero romper todas las malditas reglas del reino, Aquí. — Suspiró—. Y por eso me tengo que alejar. Me encanta tu efecto, pero eres tú o mi cabeza.

Ya no había más qué decir, él dio el paso que faltaba hacia adelante y yo lo seguí.

El lugar estaba sumido en una casi absoluta oscuridad, solo una lámpara de fuego azulado brillaba en el centro de la habitación sobre una vacía mesa de plata y, con su débil luz, no lograba ni arañar las sombras a más de metro y medio. Apenas se vislumbraba la silueta de un alto sillón con una figura antropomórfica encima. Tenía las piernas cruzadas y vestía una tela muy negra adherida como si fuera una segunda piel, además, se distinguían un par de botas lustradas que reflejaban la mirada de la lámpara en su superficie. Del resto no se podía adivinar mucho, solo que el hombre era más alto que el respaldo en el que se recostaba, pues el resto de su identidad se la tragaban las sombras.

—Orión —dijo la figura sin rostro. No se molestó en salir de aquel velo negro que nos impedía mirarlo.

Su voz sonaba como si formara parte de las sombras. Si era verdad lo que había oído y su dueño había pasado tanto tiempo entre ellas, no me sorprendería que su alma y la oscuridad acabaran por fusionarse.

—Aquí estoy, su alteza.

—Lo sé, te veo. Ese es el problema. Retírate.

—Antes me gustaría hablar con usted, a solas.

—Ya has dicho suficiente, no tengo nada más que escuchar.

Aunque nos hablaba desde el otro extremo de la habitación, su voz se expandía y retorció alrededor de nosotros como un espectro de la noche con personalidad propia.

—Le he comunicado suficiente, alteza, es verdad, pero ahora lo que quiero es hacerle una petición.

La voz a Orión se tensaba al igual que las venas en su cuello, podía sentir que su frustración crecía y temí por lo que pudiera proceder. De pronto, comenzó a invadirme una incomodidad inusual y mi piel se erizó gracias a un nerviosismo inoportuno. Desconocía la dinámica entre Sargas y la Guardia Real, pero no quería estar presente en una confrontación. Solo con

la presencia del príncipe heredero, su misterioso anonimato y su voz, ya prefería estar en cualquier lugar menos en ese.

—Ya te lo dije, Orión, retírate.

—Solo quiero saber que se encargará de la mano, alteza. —Noté que hablaba con la mandíbula apretada.

—Ese es mi problema, ¿no es así? Tú has hecho suficiente. Mucho más que suficiente. No estás en condiciones de pedir nada más que mi clemencia, deberías estar agradecido de conservar la cabeza en su sitio.

De pronto, las palabras de Orión salieron con tanta convicción como brusquedad, lo que me hizo dar un respingo:

—No he mancillado mi honor ni he faltado al tuyo, menos he faltado a mi deber con Áragog. No tengo nada que agradecer ni suplicar más que te encargues de lo que te estoy pidiendo.

—No me tutees, Orión Enif, recuerda quién eres y recuerda tu puesto.

—Porque recuerdo quién soy es que no me pienso mover de aquí hasta obtener una respuesta.

—¡Largo, Orión! —Su voz fue como el latigazo de la cola de un escorpión a la cara del caballero—. Y huelga decir que no te quiero cerca de la vendida, tu lugar lo tomará alguien más.

—Se llama Aquíá.

—Su nombre es irrelevante para mí y para ti mucho menos debería ser importante, caballero. Espero que sea yo la última persona que te escuche pronunciarlo.

—Sargas... —De pronto, la voz de Orión pasó de la cólera a la súplica—. Dale el puesto a otro, no lo quiero, sabes que yo no quería ser niñera, pero dame tu palabra de que...

—Si te vuelvo a ordenar que salgas, lo lamentaré ella.

A Orión no le quedó otra opción que marcharse en silencio. Abrí la boca para decirle al menos una última palabra, no obstante, tras comprender que nuestra historia había terminado, preferí al menos pagarle con el respeto que su decisión exigía, no ser la raya en el escudo de su honor ni el bache en su deber para con el reino. La verdad era que yo no quería ese final, pero ¿qué mujer, vendida o no, obtenía alguna vez lo que en realidad deseaba? Solo en libros, lo cual era la razón principal por la que me rodeaba de ellos.

—¿Entiendes la situación en la que me has puesto?

La voz de Sargas, o de su enigmática figura, me llegó inquisitiva desde la oscuridad. La verdad era que no tenía mucho ánimo de participar en aquella

conversación con una sombra.

—No si no me lo explica —contesté al fin al volverme hacia él.

—Un simple «no» basta como respuesta.

—No basta si carece de contexto, a veces hay que argumentarlo.

—No te pido respuestas justificadas, y me llamarás «alteza» cada vez que te dirijas a mí. ¿Entendido?

—Sí, alteza.

Tragué en seco el orgullo que me ardía en la garganta.

—Tu pequeña travesura —continuó— de querer entrenar con los asesinos al usar mi nombre... fue una total falta de respeto. No tienes idea de lo que puede acarrear.

—Entonces, ¿qué hará al respecto, alteza?

—Haz silencio.

Sus órdenes me calaban en los huesos como un frío paranormal, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de desobedecer.

—Decirle a mi padre lo que ha estado haciendo mi vendida a mis espaldas sería una humillación, un escándalo y una tragedia para muchos además de ti. No puedo permitirlo. Me estás obligando... —Su voz se mantenía en una entonación natural, pero tan cargada de odio que me hacía sentir el veneno del escorpión a pesar de la distancia que nos separaba y su anonimato—. Me obligas a hacer algo que no quiero hacer. Por el bien de Orión, quien desgraciadamente sería el primer damnificado por tu impertinencia.

—Se equivoca, yo sería la primera.

—Si no te cuento es porque no me importas.

El aguijón se clavó en mi pecho, falló el golpe a mi corazón; mas eso no garantizaba mi vida. Le había dado a mis pulmones y esparcía su ponzoña al researlos como pasas y dejar un cruel y mortífero negro mientras se extendía. Seguía de pie, y lo seguiría estando, pero de pronto se me dificultaba hasta el mundano acto de respirar, ya sea porque la puñalada del aguijón no hubiese sido imaginada, o porque había olvidado cómo hacerlo en cuanto descubrí que en Sargas no conseguiría un aliado, solo un hombre más.

—Pero su alteza... —comencé a decir todavía con la opresión en el pecho—. Si yo le soy tan indiferente... ¿por qué pagó por mí tres veces mi precio? ¿Por qué comprarme específicamente a mí entre tantas vendidas más baratas? ¿Por qué a mí entre todas? ¿Por qué luchar con la mano?

Una risa maliciosa, tan sutil como un suspiro, viajó de sus labios hacia

donde yo estaba y me hizo sentir todavía más pequeña.

—¿Elegir? No te había visto en mi vida y, de haberlo hecho, no habría dado un anillo por ti.

Debía ser un hecho, tenía los pulmones envenenados y cada vez me pesaban más.

—No entiendo nada —solté sin aire.

—Orión te compró, no yo, porque le diste lástima. Cuando me lo contó, tuve ganas de matarlo. ¿Diez mil coronas por una vendida que no voy a usar? Mi ira no cabía en estas mazmorras. Le dije que se hiciera cargo de ti y mira cómo resultó. En desastre. Es tan débil que no pudo mantener sometida a una simple vendida.

—Oh, créame, Orión puede ser muchas cosas, menos débil de voluntad.

Ahora su risa se tornó sardónica.

—¿Pretendes enseñarme algo a mí sobre quién es Orión Enif? —Siguió riendo—. Pensé que eso de que todas las mujeres eran unas ingenuas no era más que un mito porque solo había hablado con Shaula, ya veo que ella es la excepción y no la regla. Orión es débil porque no ha tenido tiempo de fortalecer su carne, por ende, ella lo domina. Comprendo que haya estado tentado y que sucumbiera a esa tentación, no es de extrañar cuando le he puesto una misión para la que no estaba preparado. Darle poder sobre una mujer es un peligro si ni siquiera puede darse cuenta de que es ella quien lo domina.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Está usted preparado para esta misión?

—No tengo por qué, no pienso encargarme de ti. Compartirás habitación con mi hermana, tu anterior alcoba la daré a mi prometida, no pienso dejarle a Orión de nuevo la tarea de decorador, después de esto, no me sorprendería que luego me dejara sin esposa.

—¿Mi... alcoba, alteza?

La voz me temblaba.

—¿No puedes mantener el silencio? Las decisiones las tomo yo y ya están tomadas.

—Pero... los libros, majestad, solo quiero...

—Que te calles.

El impacto de su voz, fría, sin la más mínima elevación, consiguió hacerme cumplir su orden.

—Eso es el comienzo. El asunto de Orión lo resolveré después, será lo más fácil. Bastará con una prostituta para resolver su problema de voluntad. Esta vez me reí yo, no pude evitarlo.

—¿De qué te ríes?

—Nada, su alteza. —Estuve a punto de acompañar mis palabras con una reverencia fingida—. Tal vez si me dejara decir más de dos palabras seguidas se daría cuenta, majestad, de que a mí no se me reemplaza con una prostituta.

No dijo nada. No podía verlo, sin embargo, sí era capaz de interpretar su silencio. Escuchaba a Delphini felicitándome detrás de mí. Recordaba con abrumadora claridad la ocasión en que me dijo que una vez consiguiera cerrarle la boca a un hombre ya podía declarar la victoria como mía.

—Como te decía —prosiguió por donde se había quedado—, me has obligado a hacer algo que no quiero. La única manera en que podría conseguir que mi padre olvide esta afrenta, o finja olvidarla, es disfrazarla de una oportunidad. Una oportunidad que él desee tanto que no pueda rechazar. Y así haré. Mañana en la noche habrá un baile, aprovecharé el momento para presentarme a la nación y decir, de una vez por todas, que he aceptado mis tradiciones y escogido una vendida. Es momento de que empiece a actuar como el futuro rey de Áragog.

—No entiendo...

—Que estés preparada, es lo que trato de decir. Mañana conocerás a mi padre.

CAPÍTULO 12

Nunca tiembles

El mundo no dejó de girar mientras los cambios se debatían a mi alrededor. Chocaban y me hacían sufrir el impacto de sus explosiones, le quitaban lugar a las estrellas que solían guiarme. Me habían dejado un firmamento desierto sin nada seguro a lo que me pudiera aferrar.

Mi mundo pasó a ser una nube de gas que rotaba con lentitud y, en medio de ese nuevo *big bang* que daba forma a mi universo, el externo nunca dejó de moverse.

No hay piedad ni paz para una identidad en reconstrucción. Para aquellos que no pueden adaptarse sobre la marcha solo espera la frialdad de la nada, de un cielo sin estrellas.

Y, en medio de esa ausencia de pausas, me tocó asimilarlo de camino a la habitación de la princesa. Hice lo posible por ignorar las paredes y los tapices que se mezclaban a mi alrededor, además del guardia de aspecto asustadizo que me escoltaba. Era tal su nerviosismo, delatado en su postura encorvada, sus movimientos temblorosos y repentinos, y el hecho de que se asustaba hasta con el murmullo del viento, que me daba la impresión de que a la hora del peligro sería él quien necesitara ser protegido por mí y no al contrario.

Me di cuenta de que de todas las cosas que habían cambiado desde el momento en que *madame* Delphini quedó a cargo de Mujercitas, lo que abarcaba un puesto prioritario de mi preocupación, mientras me encaminaba a mi nuevo destino a sabiendas de que ese sería tan incierto como todos los anteriores, era Orión. En concreto, me descubrí incapaz de asignar un sentimiento, de formar una opinión sobre el hecho de que fuese él, y no ningún príncipe, el que decidiera comprarme.

Lo imaginé como un espectador silencioso, camuflado entre los coros de borrachos que habían bajado de los carruajes del castillo, como un oyente del castigo que me impartía lord Zeta dentro de la tienda, observando impotente cómo me arrastraba dolorida, destrozada y casi desnuda a un

destino peor. Lo imaginé mientras se debatía entre dar la vuelta y buscar una taberna con un licor digno que le arrancara mis gritos de la cabeza y borrara de la retina de sus ojos la imagen de mi lamentable rostro lleno de lágrimas, pavor y maquillaje corrido; o enfrentarse a la ira del Escorpión de Áragog al emplear su dinero en rescatar una de las tantas vendidas que plagaban la capital.

Lo imaginé cobrando el valor de Orión, el cazador del cielo, su constelación, armándose con una sonrisa diabólica para transformar su misión suicida en una travesura, ignorando el hecho de que con cada paso que daba se añadía un leño más a su hoguera. Lo vi aguardar, atento como un depredador mientras lord Circinus, su presa, se sentía seguro en medio de su discusión con *madame* Delphini. Luego, lo imaginé echándose la capucha de la túnica, sacando la arrogancia de donde la guardaba para ese tipo de emergencias, y hacer lo que yo hice en un salón de asesinos sin ningún arma más que mi valor y una mentira: usar el nombre de Sargas.

Tal vez sentía demasiadas cosas al respecto que, abrumada con tanto, se me hacía imposible identificar más que una gran y aplastante nada. Solo era consciente de que una duda me llevaba a otra, y que no tenía más respuestas que antes, solo distintas cosas que preguntar.

Sargas, aunque no había sido el más hospitalario anfitrión, era un absoluto misterio indescifrable. No me quería, no me conseguía una utilidad, sin embargo, él me conservaba al igual que Orión había conservado su cabeza luego de que se tomara tantas libertades para ser un simple guardia real.

¿Perdonaría el príncipe heredero a cualquier otro si le gastara diez mil coronas, en lo que sea, aunque él no lo hubiera solicitado? Además, ¿qué hacía un caballero de la guardia con esa suma en su poder? ¿Sería también, en secreto, el tesorero de Sargas? ¿La llevaba consigo para un encargo específico con el que no cumplió? ¿O, tal como había sospechado desde el comienzo, ambos compartían una íntima amistad tanto como para que el príncipe le dejara a Orión esa cantidad en caso de emergencia?

La única persona de la que podía aspirar una respuesta, ya fuera decente o evasiva, tenía prohibido volver a acercarse a mí.

—¿Conoce a Sargas? —pregunté al hombre que me guiaba sin poder contenerme. Él me miró, apenas un gesto de soslayo asustadizo y siguió avanzando por delante de mí—. ¿Por qué es así? Algo habrá oído.

—Cállese —ordenó.

—Esa orden te queda demasiado grande en la boca —opiné al detenerme.

Él me imitó, como si no pudiera comprender qué estaba sucediendo. Sin duda, no esperaba que yo le contestara—. La próxima vez que se te ocurra mandar a una mujer a callar ten al menos la decencia de creerte tú que tienes el poder para ello, de lo contrario, esa palabra podría volver a atascarse en tu garganta.

El hombre abrió y cerró la boca varias veces en una especie de tartamudeo silencioso. Definitivamente no había un guardia decente en todo el castillo, a excepción de Orión.

—Te dije que te calles, mujer.

—Sí, como se le pide a un perro rabioso que se vaya cuando por dentro solo se ruega porque no te muerda.

El hombre comprendió al fin que no conseguiría doblegarme, siguió andando, y yo lo seguí.

—Llegamos —dijo mi escolta de súbito al cabo de un rato más de camino.

De inmediato, el hombre salió corriendo, no se quedó a anunciarme ni a esperar que hubiera alguien dentro de la habitación. Este hecho me puso muy nerviosa, visualicé la situación de tener que esperar por horas sentada en el solitario pasillo con todas las inciertas posibilidades que eso acarrearía. Que alguien me encontrara ahí y, al nunca haberse anunciado que Sargas tenía una vendida, no creyeran mi historia y me arrastraran a un destino tan cruel que no era capaz de imaginar. O que la princesa abriera la puerta y decidiera que no iba a compartir habitación conmigo. O, peor, que al verme sola me viera como una amenaza y volviera a sus hombres contra mí.

Maldije al guardia miedoso por la situación en que me había puesto.

Puse una mano sobre la puerta de madera blanca con intención de golpear, sin embargo, escuché que las bisagras cedían ante el leve roce de mi mano y apartaban la puerta del marco solo lo suficiente para que una ligera brisa del interior me saludara. O era una princesa muy descuidada al dejar su puerta abierta, o alguien no hacía mucho acababa de entrar.

Me asomé por la estrecha abertura, al principio sin querer espiar, sino de descubrir si era prudente llamar. Pese a ello, no pude despegar mis ojos de la imagen que había ante mí, era como si me hubieran hipnotizado.

La única fuente de luz en la habitación provenía de la claridad plateada que se escurría con el viento que movía las sedosas cortinas del balcón, las puertas de este recibían abiertas a la omnipresente luna y cada brillo individual de las preciosas joyas del cielo. Desde el ángulo en que miraba tenía una visión directa a un aparador lleno de accesorios coloridos,

cosméticos varios, cofres y demás, con un gran espejo donde se reflejaba la mirada venenosa del único escorpión mujer.

Cepillaba su cabello castaño como si llevara a cabo un hechizo, concentrada y apasionada. La peineta dorada se perdía en la espesura de la coronilla y descendía eternos centímetros de un camino lacio hasta más abajo de las anchas caderas de la princesa donde al fin el largo terminaba. Luego de quedar satisfecha con el peinado, ella tomó una suerte de diadema muy delgada, de oro, con una única joya turquesa que colgaba en el centro. Tenía el ancho exacto para que, al pasarla por su cabeza, quedara justo a mitad de la frente con el pendiente posicionado entre las cejas de cabellos gruesos peinados hacia arriba.

La joya, por muy llamativa que fuera, no les quitaba atención a los enormes ojos cafés de la princesa, ojos que penetraban como un aguijón y cuyo veneno encantaba como la saliva de un vampiro en la mitología. Sus labios gruesos, con un arco envidiable, también eran difíciles de ignorar; por suerte, ella me ayudó a apartar la vista de ellos.

Cubrió primero su cabello con un enorme retazo de seda que parecía una cortina poco ancha, la tela tenía el color de los pétalos de los girasoles de Hydra y parecía estar hecha para combinar con su piel morena. Se envolvió la cabellera desde la mitad de la espalda hacia arriba, y luego dejó caer un velo que terminó de ocultar las puntas que quedaron al descubierto. Al ver su reflejo, me di cuenta de que también había cubierto parte de su rostro como si llevara un tapabocas, dejando que su hipnótica mirada, el arco de sus cejas y la joya en su frente se llevaran el protagonismo.

Nunca había visto a una mujer que fuera tan arrolladoramente hermosa solo con el uso de la mitad de su cara.

No fue hasta ver aquel ritual que recordé que ella y su madre eran mujeres de Baham, el desierto de Áragog, hijas del sol naranja. En Baham, la vida de las mujeres es distinta. Los hombres son apreciados por su belleza sobrehumana y se les cuida y venera por ello; pero para conseguirlo, compran tantas vendidas como les sea posible; ellas trabajan por ellos. Baham está demasiado lleno de mujeres que, aunque para efectos legales son esclavas, casi se puede creer que el lugar les pertenece a ellas. Se forman en carácter desde su nacimiento a sabiendas de que en algún momento serán parte del sistema que sustenta su hogar. Fueron mujeres quienes levantaron las pirámides donde los mercaderes cuentan sus montones de oro, eran mujeres las que mantenían el río, las que crearon los

mecanismos que hacen correr el agua a los hogares sin necesidad de buscarla y cargar con ella, son ellas quienes sustentan a los animales y quienes alimentan a Baham. Según se rumora incluso imponen una especie de respeto que nadie puede negarles. Algo muy cercano al poder y el sabor de la libertad.

La reina había sido hija del mercader más poderoso, Jalast'ar Nashira, con más de quince hijas que, al no poder ser vendidas, fueron ostentadas para negociar una dote exuberante por sus bellezas codiciadas. El rey Lesath en persona viajó al desierto para escoger, de entre las quince, a su futura esposa, la que sería la reina de Áragog. Escogió a Sawla Nashira, la mayor, solo porque su nombre era una abreviación de *as-sawla*, que significa «el agujón» en lengua áraga.

Shaula fue la única de los tres hijos de los reyes que acompañó a la reina a Baham. Nació allá y creció ahí para aprender sus tradiciones hasta que, a los dieciséis, el rey dictaminó que su hija ya era una muchacha casadera y debía volver a la capital. Nadie se explicaba la razón por la que la princesa todavía no había sido prometida a pesar de los años transcurridos desde que estaba en Ara. Luego de haberla visto, me quedó claro que su aspecto físico no podría ser la razón.

También me pregunté: ¿cuánta de la fuerza de las bahamitas tendría la reina al haber crecido protegida para ostentar un buen trato matrimonial? Y, más importante aún, ¿cuánto de esa personalidad se habría impregnado en la princesa Shaula?

Al estar tan embelesada con su belleza, no me percaté del hombre que se acercaba a su espalda hasta que vi sus ojos dorados reflejados junto a los de Shaula. Sus manos se acercaban por encima de su ropa de dormir hasta alcanzar sus hombros.

Vi su espalda desnuda apenas cubierta por una larga y delgada cortina de cabello blanco platino, y supe enseguida que no podría ser otro que Antares Scorp, el hombre más amado de Áragog. Solo los hombres de la familia real ostentaban ojos y cabellos como esos. Así relataban las historias.

—¿Cómo entraste? —oí preguntar a la princesa. Su acento era bahamita en toda su gloriosa entonación, calmado y profundo, amortiguado por la seda sobre su boca, como un río que podría de pronto desatarse en una peligrosa corriente.

—Entré porque... tal vez... —hablaba divertido y, a la vez, parecía que la retaba a intentar detenerlo mientras jugueteaba con sus hombros. Ella, sin

embargo, no apartó los ojos del reflejo de los de él sin añadir ningún otro gesto—... tal vez cierta señorita me dejó la puerta abierta porque esperaba mi visita.

—¿Y la de los asesinos del reino? No tiene mucho sentido, ¿o sí?

—¿Qué sugiriere entonces la lista princesa?

—Que la última vez que estuviste aquí te cansaste de entrar por el balcón y robaste la llave que, misteriosamente, desapareció esa misma noche.

Antares la soltó como un niño que fue descubierto en una travesura y se sentó en el aparador. Impedía mi visión del reflejo de la princesa, todo lo que veía de ella era su espalda recta cubierta por el velo amarillo, los músculos de su hermano rozados por el brillo de plata de la luna, y sus piernas que se mecían hacia adelante y atrás y hacían ondear la tela satinada de su bombacho. Así me di cuenta de que el príncipe estaba descalzo. Para que nadie oyera sus pasos, deduje.

—Siempre descubres todo, nunca puedo darte una sorpresa.

—Al contrario, casi me matas del susto —pese a sus palabras, no había ni un ligero temblor en su voz—. No te vi entrar y mucho menos te creí capaz de esconderte en mi alcoba por... ¿cuánto llevas escondido?

—Acabo de entrar, hermanita, sé que te gustaría creer que estuve en algún lado escondido mientras observaba cómo te vestías, peinabas, o lo que sea que hicieras en mi ausencia, pero lamento no poder cumplir tu fantasía ya que la verdad es un mal al que suelo sucumbir.

—La verdad es una señorita a la que sueles evitar, querrás decir.

Escuché al príncipe bufar y quitar importancia a las palabras de su hermana con un ademán de la mano.

—Tenemos distintos puntos de vista.

—Sí, como que tú creas que me encanta recibirte en mi alcoba de madrugada cuando yo estoy totalmente convencida de que no es así.

Antares se levantó, se colocó detrás de su hermana, y empezó a deshacer el entresijo de tela que ella había colocado en su cabeza. Al fin, pude volver a ver los ojos de Shaula en el espejo. Yo no era la mejor e interpretar a las personas y sus emociones, no había tenido práctica; pero si algo no vi en aquella mirada era lo que sí descubría en Orión cuando lo sentía más tentado a romper las reglas conmigo. Eso me dio la única respuesta que necesitaba: ella no lo deseaba.

—Llevas demasiado tiempo poniendo obstáculos a mis avances, Shaula. Todos los hombres se cansan de perseguir incluso la más exótica de las

bellezas... y... ¿cuánto durará la tuya? No quiero pensar en que mañana podrías casarte y habré perdido mi oportunidad.

—¿No tienes suficientes vendidas, hermano?

—Demasiadas, pero pocas me desean. Soy un hombre honrado, hermanita, las uso solo lo estrictamente necesario, no cuando sé que no me desean.

—Yo no consideraría honrado a nadie que tenga la osadía de admitir con tanta naturalidad que usa seres humanos para satisfacerse, aun sabiendo que va en contra de sus deseos.

Antares reaccionó con violencia, tomó a su hermana del mentón, al cual ya había despojado de su cubierta de seda, y la obligó a mirarlo a pesar de que el ángulo en que torcía su cuello debía ser doloroso. Le habló con voz iracunda sin perder la entonación risueña, como si aquello apenas fuese una advertencia, pero dejando claro que el juego todavía no acababa.

—Cuidado, hermana, si te oyera alguien más, podría pensar que tienes reservas sobre las leyes del reino que debes honrar.

Shaula, quien dejó de disimular el desprecio en sus ojos, habló con resignación y total sometimiento.

—Qué estúpidos serían, pues es evidente que esa no era mi intención.

Solo entonces él soltó y procedió a masajearle los hombros.

—Estás tensa. ¿Qué tal si dejas de fingir y me pides de una vez que te haga eso con lo que tanto sueñas?

—Si no puedes hacerme una corona, entonces no sé qué más te podría pedir.

—Ay, vamos. Ya hemos hablado de esto. Se supone que es indebido, que por nuestras venas corre la sangre del escorpión, pero tú y yo sabemos que no hay afecto consanguíneo entre nosotros. No te conocí hasta que ya tenías dieciséis, ¿cómo esperaban que pudiera verte como mi hermana? Deja de ponerlo más difícil para ambos, por favor.

—Siempre me ha sorprendido que, pese a que los hombres aseguran ser el sexo fuerte, no he conocido a ninguno con el valor de admitir que existe la posibilidad de que una mujer no se esté haciendo la difícil ante sus encantos y que, simplemente, no sienta el más mínimo interés en él.

—No me importan los demás, solo mi caso, y sé que entre tú y yo no pasa eso. Y a veces... —Sonaba tan airado que me preocupaba que la habitación empezara a temblar gracias al aura que emanaba—. A veces... me canso tanto que me provoca acabar con este juego.

Antares levantó a su hermana y la tomó por los hombros. Entonces la vi de frente, no solo a su reflejo, y descubrí en su mirada que ella ya se había cansado de tolerar a su hermano por esa noche.

—Para ser un hombre que recurre a mí en busca de una experiencia de placer recíproco, te veo muy cómodo con la idea de violar a tu hermana. Me dan tanto asco todos los...

No lo vi, fue demasiado rápido, tal vez en ese instante parpadeé, pero sí escuché el chasquido de la mano de Antares contra la mejilla de Shaula, y vi el rostro de ella volteado por el golpe con los ojos cerrados mientras su pecho subía y bajaba intentando acompasarse de nuevo luego de una súbita alteración. Sus manos ni siquiera hicieron el intento de tocarse el área herida.

—No puedes olvidar las normas del reino al que sirves, Shaula. Puedes dejar tu cabeza soñar todo lo que quieras, pero no hacerme partícipe de tus afrentas. Todo lo que he hecho por la Corona se iría a tierra si descubrieran que apoyo tus malcriadeces. Que no se repita.

La princesa no dijo nada por un momento, luego asintió.

—Lo sé, fue algo repentino, tenía miedo de lo que pudieras hacer.

—A veces, no sé qué clase de princesa eres si ni siquiera respetas tus leyes. Te pareces demasiado a Sargas... Desde luego, él es peor. ¿Entiendes lo bondadoso que soy al no hablar con mi padre? Deberías estar más agradecida conmigo y demostrármelo, para variar.

—Si pudieras ya habrías hablado con «nuestro» padre, lástima que el incesto sea más escandaloso que olvidar algunos tecnicismos, ¿verdad?

Los músculos de Antares se tensaron, pero contrario a lo que pensé no reaccionó contra su hermana sino que se volteó y fue directo hacia mí. En un repentino ataque de pánico mientras intentaba coger el pomo de la puerta para cerrarla y fingir que acababa de llegar, la golpeé e hice que se abriera por completo, dejando a las dos personas dentro de la habitación paralizadas de la sorpresa.

Fue Shaula la primera en despertar del estupor y abrir la boca.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Me tragué el miedo que trepaba por mis entrañas y traté de no sonar aterrorizada, aunque estaba segura de que mi cara me delataba:

—Me envía Sargas... E-el príncipe Sargas. Soy su vendida y... me dijo que a partir de ahora dormiría con usted, princesa.

—Y, como siempre, se olvidó de consultarme ese pequeño detalle.

—Yo... no sé nada, solo...

—Tú no tienes culpa, ya me las arreglaré yo con él. Tú pasa.

Antares bufó.

—Por favor, si solo es su vendida.

—¿Y? —dijo ella. Él se volvió hacia su hermana—. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es que vengas aquí? Solo hay que verle la cara para saber que escuchó y miró todo. No deberías venir más.

Antares se carcajeó como si las palabras de su hermana no hubiesen sido un excelente uso de la lógica y sentido común, sino un chiste fenomenal.

—Es una mujer, Shaula, ¿quién va a creerle?

CAPÍTULO 13

Mantén tus recuerdos lejos

Los pétalos de una flor rozaron la punta de mi nariz y me hicieron cosquillas tras despegarme de los brazos de la somnolencia. Mientras intentaba apartarlos como a un insecto, terminé por abrir los ojos en contra de mis deseos, y así descubrí que no había flor alguna; aquel delicado material que acariciaba mi piel no era más que la punta de la tela con la que la princesa cubría su rostro que, al estar inclinada sobre mí, me colgaba sobre la cara.

—¿Qué...?

Con lentitud, fui recobrando la consciencia y con ella el dolor de cabeza de una resaca descomunal. La noche anterior, después de que Antares se marchara triunfal, Shaula fue a enfrentar a Sargas por confinarme a su alcoba sin consultarlo antes con ella. Yo me había dispuse a esperarla despierta, sin embargo, en algún punto entre el desvelo y la preocupación tuve que haberme rendido en los arrulladores brazos de la luna, alcanzando un sueño tan profundo que me sumió en un olvido momentáneo.

Por el dolor de mi cuerpo y la incómoda posición en la que estaba, supe que al menos había tenido la decencia de acostarme en el sofá y no en la cama.

Sobre mí se encontraban los inmensos ojos de la princesa, tenerlos tan cerca era abrumador, no era como ver su reflejo tras el escudo del cristal que aminoraba el efecto de aquellas grandes perlas cafés que parecían penetrarme con más intensidad que cualquier hoja en el salón de entrenamiento.

—Te dejaría dormir más —dijo su voz calmada y profunda detrás de la seda turquesa que le cubría la boca. Su acento se acabaría por convertir en mi melodía favorita, y bastaba con escucharla pronunciar tres palabras para deducirlo—, pero imagino que para cuando despertaras todos estaríamos extintos.

—¿Tanto...? —Intenté incorporarme, pero el mundo se mezcló en un

remolino alrededor de mí—. ¿Tanto dormí? —pregunté al fin con una mano sobre el hemisferio de mi cabeza que más palpitaba.

—La verdadera pregunta es: ¿cuánto llevabas sin dormir?

—No... no lo sé. He tenido noches difíciles, y días aún peores.

Shaula asintió y se levantó. Yo hice lo mismo, pero con una lentitud excesiva para no caer en el vórtice que imaginé que se abría a mis pies.

—No se molestará si le pregunto... ¿qué decidió Sargas por fin para mí? ¿Me voy a quedar o...?

—Lo que deberías es comer algo y arreglarte, mi hermano es el Scorp que menos te debe preocupar ahora. Mi padre, por otro lado..., no tolerará una vendida mal vestida, borracha de sueño, famélica, ojerosa e impuntual.

—Y... ¿su otro hermano...? —tanteé el terreno para descubrir qué tanto era prudente acercarme sin hundirme—. ¿De él también me tengo que preocupar?

—De él solo tengo que preocuparme yo —dijo al darme la espalda. Su voz me sonó sincera, lo que lo hacía todavía peor—. Por favor, come algo de la mesa y cámbiate. Es tarde.

Obedecí lo que decía en silencio, terminé de comer y me apresuré a ducharme, aunque no tuviera idea de lo que me podría después.

En el cuarto de baño de la princesa no había una tina de piedra incorporada al suelo como la que tuve en la alcoba que Orión dispuso para mí, solo una de cerámica detrás de una pantalla doblada como un acordeón, casi de mi misma altura. Me desvestí por completo y sumergí toda mi palidez llena de nervios y sudor. Primero, restregué cada parte de mi cuerpo con la esponja más rústica que conseguí hasta casi borrarle la identidad de la piel, luego me perdí aguantando la respiración, sumergida hasta los párpados, en el calor y la espuma de aquel baño.

Al salir, envuelta en una de las toallas perfumadas que conseguí en el cuarto de baño, descubrí que había pasado tanto tiempo dentro que la princesa ya estaba casi lista.

Me acerqué a Shaula por la espalda mientras se observaba de pie en el espejo; intenté no alertarla ni interrumpir su ritual. Iba vestida con el ropaje de las nobles de Baham, aquel vestido atípico formado de un entresijo de telas vaporosas cruzadas, que en esa ocasión combinaban el color salmón con el naranja e incluía un cinturón de oro que marcaba su figura y dejaba que sus gloriosas caderas se lucieran. En sus muñecas, con el mismo material, portaba dos brazaletes gemelos de serpientes del desierto que se

enroscaban hasta más arriba de la mitad de sus antebrazos. Me dejó anonadada, no solo por lo detallado de aquellos adornos del que se podían contar las escamas y las grietas de la piel grabada en oro, sino por su significado.

El nombre de la estrella Baham significa «buena suerte» y, si bien es una estrella perteneciente a otra constelación, en la mitología áraba aquella estrella se revelaba contra las suyas y formaba su propio espacio en el cielo. Se dice que dotó de su suerte otras estrellas menores y desdichadas al hacerlas brillar con fuerza bajo su nombre, convirtiéndose al fin en su propia constelación con forma de serpiente alada. Ese hecho no se había comprobado por ningún astrólogo vivo, por lo que no se dejaba de considerar un cuento para niños, pero para los creyentes existía una profecía, la profecía de una guerrera que haría en la tierra lo que Baham hizo en los cielos. Una guerrera que sería reconocida por el símbolo de la serpiente alada.

Era para mí una maravilla, y un horror a la vez, presenciar con mis ojos tal desafío, que la princesa escorpión portara el símbolo de una rebelión, aunque mitológica, en la casa de su padre.

Al girarse, advertí un collar de piedras de jade encerradas en anillos dorados que le bordeaba el cuello y la hacía parecer una joya en sí misma, además de los pendientes a juego en sus orejas y el colgante del adorno a mitad de su frente. Al final, la tela color durazno que cubría su hermosa cabellera y parte de su rostro, dejando sus ojos sombreados con una mezcla de colores tierra que le daba más intensidad a su mirada, si es que eso era posible.

—Ven —me dijo—. Es hora de peinarte.

Me senté frente a su espejo sin protestar.

—¿Cómo era tu madre? Además de preciosa —pregunté mientras el cepillo rastrillaba mi cráneo y sus dedos las hebras de mi cabello. Su perfume me drogaba, no olía a ninguna fragancia de Ara y no tenía que preguntar para saber que provenía de su tierra.

—Solo con que preguntaras eso, quitando protagonismo al atributo físico, ya me agradas.

Sin embargo, no respondió mi pregunta.

—¿No te molesta ser tú la princesa y tener que peinarme a mí?

—Me molestan muchas cosas de la vida, y esta no es una de ellas. He de suponer que si al ser mujer no sabes peinarte tú misma, has estado ocupada

aprendiendo otras cosas.

Sonreí, sonrojada de oreja a oreja, por una observación tan inteligente que además me sabía cumplido.

—La verdad es que estos días me ha pasado de todo.

—Algo como eso me comentó Sargas.

—¿Son muy cercanos?

—Sargas no es cercano a nadie desde que nuestra madre murió; ella era la única que podía acceder a él.

—Excepto por Orión —acoté. El cepillo de la princesa se congeló en mi cabello por un segundo, al instante, reanudó su camino, pero ya el mal estaba hecho. Algo ocurrió en ella con la mención de ese nombre, algo que sin todas las piezas faltantes yo sería incapaz de descifrar. Solo me quedaba indagar cuanto fuera posible—: ¿Qué debo saber sobre ese hombre?

—Según tengo entendido, nada. Mi hermano le prohibió...

—Lo sé, y lo entiendo, pero... es el hombre que decidió comprarme, al fin y al cabo, aunque no fuera para usarme él. ¿No es mi curiosidad algo justificado en este caso?

—Depende de a quién se la manifiestes.

—No haría estas preguntas a nadie que no fuera usted, princesa.

—Y eso demuestra tu mal juicio de las oportunidades. No te confundas conmigo, no importa lo que hayas visto u oído, soy un escorpión más; y el hecho de que no despilfarre mi veneno como mis hermanos no significa que no lo tenga.

Tragué en seco. Las puertas del balcón estaban abiertas en su totalidad, pero yo comenzaba a sentir un calor sofocante. Era una verdad dolorosa, pero verdad al fin y al cabo, que me había estado confiando mucho, como si no supiera yo lo engañosas que pueden ser las caras amigables, o como si no recordara que un paso en falso me haría rodar la cabeza.

—Orión Enif —respondió al acabar de trenzarme como indiqué—. Su nombre pertenece a la constelación del cazador y su apellido a una de las estrellas de Pegaso. Su padre es el único Enif del que se tiene registro, y no por buenas razones. Los demás se habrán perdido en el olvido, no eran una casa importante.

—¿Y qué eran?

—El padre de Orión era un joyero, y no el dueño de la joyería, sino el que atendía el negocio. Creo que a la larga, y por el cariño que les tenía el dueño, llegaron a heredar el local que quedó aquí en la capital o algo así. El

señor Enif se llevaba a su hijo al trabajo por no poder pagar una vendida que lo cuidara. Su madre murió al darlo a luz.

—¿Qué? —No tenía sentido para mí. Si bien explicaba lo mucho que sabía Orión de joyas, me dejaba muchas más dudas que antes—. ¿Cómo llegó el hijo de un joyero a ser caballero de la Guardia Real y amigo del príncipe heredero de Áragog?

—¿Quién te ha dicho que son amigos?

—Yo...

—Orión entrenó desde pequeño por su cuenta, fue cazador antes de saber escribir su nombre y, cuando se presentó el reclutamiento para los aprendices de la nueva guardia, estuvo primero que ninguno. Luchó contra los de su edad, algunos incluso le doblaban en tamaño. Pero venció. Fue uno de los cien vencedores y, con el tiempo, destacó tanto que el puesto de caballero en la Guardia Real no se le pudo negar, sin importar cuantos nobles quisieran a sus hijos en el puesto antes que a un don nadie con un apellido sin peso.

—Dices que... ¿solo de su padre se tiene registro? ¿Por qué? ¿Qué hizo?

—Se lo ejecutó públicamente por supuesto fraude a la Corona.

—¿Fraude? ¿De qué tipo? ¿Vendió unas joyas defectuosas?

—No lo sé. —Pero sí lo sabía, lo vi en la inmensidad de sus ojos—. Lo único cierto es que para entonces Orión ya no estaba ligado a nada ni a nadie más que a su juramento con la Guardia Real, así que aquel escándalo no lo alcanzó. Él podría convertirse en el primer Enif digno de recordar, si no fuera porque será el último.

—Porque como caballero no debe tener hijos.

—Exacto.

—Los verdaderos héroes mueren sin nombre —pronuncié con tristeza.

Shaula sonrió, no lo supe por su boca, sino por el brillo malicioso y complacido de sus ojos.

—Eso ya se verá.



En un castillo, sobre todo en uno de tal magnificencia y esplendor como aquel que en sus entrañas resguarda la realeza de Áragog, un salón de fiesta es como una galaxia vacía donde, uno a uno, empiezan a desfilar cometas,

todos con un atractivo distinto que llenan de energía y color el espacio hasta hacerlo un espectáculo que ni una lluvia de fuegos artificiales puede igualar.

El suelo no era de cristal, pero su material relucía de tal forma que creaba ese efecto. Era como caminar sobre alas de hadas, además, el reflejo de las lámparas llenas de lágrimas de fuego blanco que colgaban del techo era un decorado precioso en sí mismo.

Las mujeres eran un montón de maniqués bien vestidos, ataviados de joyas y peinados complicados, posesiones que presumían sus esposos u ofrecían sus padres; hermosas, sí, pero un accesorio después de todo. Pocas hablaban entre ellas, ninguna se desplazaba sin pedir autorización y, aunque muchas sonreían, me di cuenta de que aquella vitrina de rostros hermosos no era más que una máscara para la infelicidad.

Shaula no me acompañó al baile, tampoco me dio una excusa para no hacerlo, simplemente me asignó uno de sus guardias para que me escoltara después de que este mismo buscara en mi anterior habitación el traje que entonces usé.

Después de Delphini, pocas veces volví a sentirme poco agraciada, y la verdad es que aun tuve menos oportunidades para permitir que mi aspecto me importara, excepto por aquellas en las que me rodeaba de hombres musculosos con torsos desnudos usando nada más que vestidos cortos — que se me hacían más sencillos de maniobrar— y con escotes, en medio de entrenamientos peligrosos; por lo demás, poco me importaba cómo me vieran los otros. Sin embargo, aquella noche fui muy consciente de mi aspecto y de lo mucho que me encantaba.

Llevaba un vestido negro que exhibía en su parte superior un diseño de tallos espinosos en espirales que me cautivaron por lo artístico que se veía. Apenas tenía mangas, eran solo dos franjas delgadas de encaje en cada hombro, y dejaba mi espalda por completo al descubierto. La tela esculpía mi silueta hasta la cadera donde, poco a poco, la falda se soltaba con una larga abertura en el lado izquierdo que dejaba que mi pierna desnuda se asomara con una apariencia de mármol al contrastar su palidez con la oscuridad del vestido. Finalizaba la función con una corta cola.

Acompañaba ese espectáculo con unos guantes de encaje a juego y una corona de rosas, color vino, que adornaba lo alto de mi trenza. Me rehusé a llevar un peinado distinto, por si acaso se atravesaba lord Ahorcado y debía recordarle nuestro último encuentro.

No me quise mover ni muy cerca del centro, donde ya había parejas que

bailaban, ni muy hacia la puerta de entrada para evitar tropiezos. Me mantuve a una distancia prudencial de los anchos escalones que conducían a los tronos de la familia real, así vería a Sargas cuando llegara y él me vería a mí. Mi único temor era que el rey llegara primero, sin embargo, contaba con que no me reconociera.

—Señorita.

Un muchacho de unos catorce años, vestido de gala, pero de aspecto sencillo, se acercó a mí con los aires de quien está haciendo la hazaña más emocionante de su vida. Esto ocasionó que el guardia a mi lado se interpusiera y hablara en mi representación.

—¿Qué quiere?

—Tengo un mensaje para la señorita. —Sin prestar atención al guardia, me extendió el papel. Los ojos le brillaban del éxtasis—. Me quedaré por si quiere responder. No tengo lápiz, pero puedo llevar el mensaje de boca.

Tomé lo que me ofrecía con el ceño fruncido por el recelo, y leí su contenido mientras me aseguraba de que mi acompañante no lo viera.

Te dije que adivinaras, pero toda adivinanza merece una pista. Aquí te va la primera, preciosa: qué ganas de terminar de romperte ese vestido.

PD: Imagino que en los libros que lees el protagonista usa la correspondencia como un medio romántico, pero te veo y solo puedo pensar que ese collar de cristales shwarosky no combina con los pendientes de perlas.

Levanté con rapidez la mirada al joven mensajero. Temí que al hablar se escapara el corazón que me palpitaba en la boca.

—¿Está cerca?

—Ya no. —Negó con la cabeza, mas eso ni siquiera aminoró la insistencia de mis latidos—. Pero me dará cincuenta coronas si le llevo un mensaje suyo de vuelta.

Se lo veía muy esperanzado, casi me suplicaba que lo hiciera, y yo casi me convencí de que iba a hacerlo solo por no decepcionar al muchacho y no porque de pronto sentí que el aire del salón se había evaporado. O por la inyección de adrenalina en mis venas, causada por una especie de mordisco venenoso, o porque de repente fui más consciente del frío que se deslizaba por mi pierna y erizaba su piel, llevando hilos de electricidad a mi espalda

como el efecto de garras invisibles que la recorrían.

—¿De quién hablan? —preguntó mi escolta con severidad.

—De una amiga, y no pregunte; es una falta de respeto inmiscuirse en los asuntos de la vendida de otro.

—Pues no estaba enterado de que las vendidas tuvieran asuntos, mucho menos amigas.

—Es porque eres guardia, no estás familiarizado con nuestras costumbres.

El hombre frunció el entrecejo en respuesta, pero no dijo nada más, momento que aproveché para guardarme el papel doblado dentro de mi escote, y mirar al mensajero para decirle:

—Dile de mi parte a *lady* Andrómeda que me empiezo a aburrir de tener la cabeza sobre los hombros.

—Enseguida, señorita.

El chico se fue corriendo, con una sonrisa de oreja a oreja, y se llevó por el medio a cualquier atravesado. Si al guardia le pareció sospechosa mi encomienda, no dijo nada al respecto. Yo solo esperaba que mi mensaje hiciera en la espalda cicatrizada de Orión lo que su texto hizo en la mía. ¿Cómo reaccionaría? ¿Sería capaz de arriesgarse a volver a ponerse en contacto conmigo? O, lo que era todavía más preocupante, ¿podría mi respuesta hacer que sus ganas de reencontrarnos superaran toda razón y sensatez?

Una parte de mí pensaba que ojalá no se volviera loco e intentara nada, pero la parte que no mentía me susurraba mi deseo de enloquecernos los dos y de dejar que nuestras vidas se consumieran junto a nuestro deseo.

Nadie podría culparme. Había visto demasiado veces esa sonrisa que me hacía perder el equilibrio, por lo que tener curiosidad sobre los demás trucos de su boca era lo más lógico. Además, estaba el hecho de que ya había visto lo que había debajo de la parte superior de su uniforme, ¿era mucha locura fantasear con ver qué había más allá del resto de su ropa?

Fantaseé un momento con la idea de la libertad de desear, y con poder cumplir mis deseos, hasta que una orquesta de trompetas, de saxofones y de otros instrumentos de aire comenzó a desplegarse en una sinfonía apremiante mientras la audiencia se movía. Estaban haciendo espacio a una fila de cuatro personas escoltadas por un guardia a cada lado. Cada uno tomó asiento en uno de los tronos más allá de los escalones. A la derecha del rey, se sentó una figura con túnica y capucha, muy parecido a como vi vestir a Orión el día que me compró. A su lado, todavía quedaba un asiento

vacío. A la izquierda del rey reconocí a Antares, vestido de gala con un traje plateado que acentuaba el dorado de sus ojos y camuflaba su largo cabello; más allá estaba Shaula, vestida tal cual la había visto en su habitación, con la mirada fija en sus manos, las cuales tenía cruzadas sobre su regazo en un gesto recatado.

El rey se levantó y habló desde el centro a la multitud. Era un hombre que compartía el color de cabello de su hijo Antares, el color de los Scorps hombres. Delgadas hebras plateadas en un cabello corto que le dejaba el protagonismo a la corona de oro con grabados en plata y decorados de amatista. Esa gran joya de autoridad y poder acentuaba el color ambarino de los ojos de su majestad. Era un hombre robusto, pero firme, con unas ligeras líneas de expresión entre sus ojos y la frente que delataban su edad, pero con una sonrisa tan cálida y radiante que lo hacía parecer contemporáneo con los más jóvenes.

Pasó un buen rato escuchando peticiones, bromeando con su público, prometiendo soluciones que parecían demasiado altruistas para ser sinceras.

Siempre con una sonrisa, siempre con un guiño. No hubo una mujer que no suspirara en su presencia, no hubo un hombre que no riera de sus chistes, no hubo un niño que no lo quisiera saludar. Me di cuenta de una cosa: un hombre como la mano del rey sería un tirano insufrible que acabaría por ser derrocado, ya sea por un levantamiento o por una traición; pero uno como Lesath Scorp, atento, comprensivo, un excelente oyente y un aún mejor orador, no podría odiarlo ni Ara, el altar del cielo.

Lesath, en ese primer encuentro que tuvimos, me demostró que no solo era uno de los hombres más encantadores que conocería jamás, sino también el más astuto. Eso no tenía otra traducción que «peligro».

—Basta, basta —dijo el rey todavía riendo del chiste de un hombre que le hablaba de no sé qué cosecha—. Bueno, hermosas damas y honorables caballeros, el tiempo del banquete apremia y nos quedan muchos platos por degustar. —Adoptó un tono más solemne sin perder el aire de familiaridad para con el público—. Sé que yo no soy el atractivo principal de esta noche.

Los presentes comenzaron a vitorearlo y a negar sus palabras, mas el rey les restó peso con un gesto de su mano y una sonrisa tranquila.

—No hace falta que le mientan a este pobre viejo. En este trabajo de proteger mi amada Áragog he tenido que afrontar misiones mucho más crueles que una evidente verdad. Ustedes no están aquí para escuchar a un rey aburrido en etapa senil que actúa como si estuviese en sus veinte...

Aunque, miren... —Señaló su cuerpo, carente de una trabajada formación muscular, pero esbelto después de todo—. Todavía me mantengo, ¿eh?

Silbidos y aplausos se elevaron de entre los espectadores, incluidos hombres. Sin embargo, eran las mujeres quienes más se entregaban en su adoración. No era difícil imaginarlas soñar con la posibilidad de entregarse en los brazos de un hombre al que sí deseaban, y no al que sus padres escogieron alguna vez ya sea por beneficio, castigo o desesperación —y solo con el fin de quedar embarazadas en cada encuentro sexual que tuviesen—. Me puse en el lugar de ellas, y entendí a la perfección el hecho de que Lesath fuese para ellas un dios, el único hombre que las había tratado con coquetería.

—Les decía —alzó su voz por sobre el clamor de admiradores—, que sé que no están aquí por mí. Sé que están aquí porque han oído rumores... rumores que me complazco en informar que son muy ciertos. Las lenguas son un veneno en la mayoría de los casos, pero esta vez no ha hecho más que derramar buenas noticias. Sí, pueblo de Áragog, mi hijo, su heredero, el siguiente escorpión en la línea de sucesión, ha decidido acabar con su tiempo de meditación y afrontar su responsabilidad con el reino. Como prueba de ello, no solo nos honra con su presencia —la audiencia contuvo el aliento—, sino que se complace en presentarnos la prueba de que no está, y nunca estuvo, en desacuerdo con las tradiciones que hemos mantenido por siglos los escorpiones de Áragog. Damas preciosas y honorables caballeros, admiren a la vendida de su futuro rey.

La mano enguantada de Lesath Scorp apuntó hacia mí. Quienes me ocultaban no tardaron en abrir espacio y mirar en mi dirección hasta que no quedó una sola persona entre todos los presentes que se rehusara a mirarme. De pronto, fui más consciente de mi aspecto, de lo evidente que debía resultar el rubor en mis mejillas pálidas, de cómo me temblaban las manos y de que no tenía ni idea de qué hacer con ellas mientras cada una de las estrellas del reino me devoraba con su brillo inquisitivo, tratando de decidir si me merecía el puesto que se me daba, si era lo suficientemente deseable o qué tenía yo, que no tuvieran ellas, que hubiera sido capaz de sacar al príncipe maldito de su escondite.

Los murmullos se elevaron como el bullicio de un enjambre de abejas excitadas. No distinguía ni una palabra, pero los sentía a criticarme, menospreciarme. Quise escapar llorando de aquel lugar, a salvo de sus miradas de lupa, de sus lenguas afiladas, de sus comentarios venenosos. No

era la primera vez que se me juzgaba por mi aspecto y, sobre todo, sin tener consideración en nada más.

En Mujercitas vivíamos bajo el microscopio, siempre expuestas a exámenes de preparadoras de cualquier parte del reino. Recordé cada vez que me formé en una fila con mis hermanas solo para que en la mejor de las situaciones, aquellas en las que no me ignoraban, las preparadoras comentaran entre sí distintas comparaciones burlescas sobre mi palidez, o chistes con respecto al miedo que daban mis ojos grandes sin pestañas ni color. Volví a sentir sus reglas de madera golpear mis caderas huesudas al obligarme a comer más de la cuenta como si yo quisiera estar así de delgada. Sentí sus manos desenredar mi cabello a la fuerza y compararlo con los rizos rubios de alguna de mis hermanas o con las ondas rojas como la sangre de otra.

De pronto, me sentí tan abrumada que los ojos me ardían, una cruel anticipación de un llanto que tocaba frenético la puerta de mi garganta para que la abriera.

Por suerte, todos perdieron el interés en mí en cuanto la figura encapuchada, sentada a la derecha del rey, se levantó de su trono y caminó por aquel suelo elevado hasta quedar al borde del escalón más alto. Cada respiración en la sala era un poema de desesperación incontenible. Demasiados años de silencio, de oscuridad y de anonimato, y entonces aparecía al fin la estrella que le faltaba al Scorpius de Áragog, dispuesta a salir de su velo protector y brillar.

De la nada, olvidé también la asfixia que sentía y mis ganas de llorar, solo ansiaba lo mismo que el resto: que la capucha cayera.

Y cayó, como cualquier teoría que haya podido formarse en mi cabeza hasta el momento. No había cabello plateado por ningún lado, ni gris ni blanco. Ni ojos dorados ni ambarinos ni ningún derivado. Sargas no cumplía con el estereotipo de Scorp hombre que había prevalecido por generaciones. Podría argumentarse que en ese extraordinario caso el príncipe maldito había sacado el físico de su madre; pero sus ojos no eran del café que adornaba los de Shaula, sino profundos agujeros negros que combinaban con sus ojeras; tampoco compartía su color de piel, se notaba que debajo de aquella amarillenta palidez, adquirida por el encierro, esta era igual a la de cualquier hombre de piel clara. Tampoco tenía el castaño oscuro del cabello de su hermana, sino hebras de un color chocolate claro que sometidas a la luz podían pasar por color miel.

Mejillas hundidas, pómulos sobresalientes, el mismo corte de cabello que su padre. Barba recién afeitada, cejas gruesas. No había ninguna cicatriz, pero no hacía falta. Pese a aquellas diferencias demasiado calculadas, había estudiado suficiente el rostro de Orión como para reconocer a un pariente suyo en donde fuera.

CAPÍTULO 14

Mantén el mentón en alto

El príncipe solicitó mi presencia luego de sus breves palabras de saludo al que sería su pueblo por largos años hasta que él y su esposa nos honraran con un nuevo heredero y este, a su vez, se casara y tuviese al menos una vendida.

Después de haberlo visto y escuchado, no solo dirigirse a mí, sino a su pueblo, me quedaba muy claro una cosa: aquel hombre no podía ser rey. Ni de Aragón ni de nada. No tenía el espíritu. Carecía del oído atento de su padre, de su habilidad para hacerse escuchar como si sus palabras fuesen la mejor y más costosa función de teatro; su único atractivo era el misterio, la única razón por la que lo veían con la boca abierta y ojos rapaces en espera de encontrar cualquier pista para devorarla. Pero acabaría, tarde o temprano, justo cuando la premisa terminara y quedara al descubierto la verdad de aquel hombre, nuestro heredero. La verdad era que no tenía carisma, mucho menos visión, solo un puesto privilegiado por nacimiento, lo cual, si mis sospechas eran ciertas y aquel hombre no era un Scorp, entonces él no tenía nada a su favor.

Incluso Antares sería mejor rey por el simple hecho de que él sí quería serlo. ¿Permitiría Lesath que aquel bastardo sin gracia ocupara el trono que le pertenecía a su hijo legítimo? Como siempre, había más preguntas que respuestas.

Llegué ante la presencia del príncipe escoltada por el guardia. Me había mandado a llamar a la que sería su nueva habitación oficial. Sin embargo, lo vi demasiado incómodo con aquella luz que se me hizo imposible no imaginar que se escabulliría a las mazmorras cuando nadie lo viera, refugiado en su guarida tenebrosa llena de cráneos, polvo y oscuridad.

Había muchos sitios donde sentarse, pero él decidió para sí la esquina más alejada de la única claridad que entraba al lugar desde el balcón.

—Majestad, ¿quiere que le encienda las luces? —preguntó uno de los dos guardias que me escoltaban.

—Márchate, ¿te parece que quiero que enciendas alguna luz?

—Pe-pero, majestad, yo solo...

—Tengo mis propios sirvientes, diez mil a mi disposición, al menos una docena de hombres acampa fuera de mi puerta y cuatro más en el balcón. ¿Crees que si quisiera que alguien encendiera las luces no me bastaría con silbar?

Definitivamente aquella no era la actitud de alguien que quería ganarse a su pueblo. Solo había dos opciones: él no era consciente del daño que se hacía a sí mismo y a su posibilidad de reinar, o lo era, mas no le importaba.

—Entiendo, majestad.

—Entonces márchate, que lo único que te pedí fue a la vendida. ¡¿Qué le pasa a esta gente que cree que le pago por hablar?! ¿Es que no pueden hacer su trabajo en silencio?

El hombre tembló a mi lado, vi que abriría la boca para responder y sentí tanta lástima por él que no contuve mi deseo de ayudarlo. Le pasé una mano consoladora por el brazo y negué con la cabeza para evitar que dijera cualquier nueva palabra. Con una sonrisa le agradecí y le dije que ya podía marcharse, a lo que el guardia a mi otro lado obedeció como un reflejo, silencioso y sin mirarme. Porque yo no era nada para la mayoría de ellos.

Me aproximé a mi dueño sin que se me llamara. Estaba recostado de su trono improvisado con el codo hincado sobre el reposabrazos y el rostro sobre aquella mano, como si intentara pensar, como si le doliera la cabeza. Tenía el zapato de una pierna puesto sobre la rodilla de la otra, vestido de azul y dorado como en el baile, pero con su corto cabello despeinado, como si apenas hubiese quedado lejos del escrutinio de la nobleza no hubiese soportado tanta elegancia.

—El baile no ha acabado, ni para ti ni para mí —dijo él sin levantar el rostro de su mano. Incluso con solo mirar su perfil podía adivinar el rostro de Orión si me esforzaba en dibujarle la barba—. Y no puedo decir que ya haya pasado lo peor. Mi padre sugirió que te incluya a la corte, aunque sea de forma platónica, y que te pasee entre las grandes damas y los grandes lores para que se distraigan al admirar mi juguete nuevo, el juguete de la nación.

Sonreí y comprimí una risa. Qué título más hermoso el que me había ganado. No podía hacer nada al respecto más que reírme del chiste.

Me atemorizaba mucho más la idea de introducirme en una corte de tiburones, maquillados y sonrientes, que en un salón de asesinos. Aquellas

personas intimidaban con solo mirar su postura, con la manera en que escrutaban a los demás, con los comentarios que intercambiaban entre ellos.

—Y, por si no lo has comprendido, cuando digo «mi padre sugirió» me refiero a que hay que hacer exactamente lo que él ha dicho. Después de todo, estamos aquí para tenerlo contento.

—O sea, ¿vamos a volver y me va a presentar a...?

El príncipe volteó de forma tan brusca que me quedé helada de horror. Sus ojeras eran bastante profundas, sus ojos entornados contenían la crueldad de una noche tenebrosa sin estrellas. Aquel escorpión, de alguna forma, aterraba más lejos de las sombras que dentro de ellas.

—¿Crees que iré al baile tomado de tu brazo y te pasearé por el salón para que luzcas tu hermoso vestido como un accesorio de mi traje?

—Solo respondo a lo que usted mismo ha dicho.

—Yo no seré quien te lleve, mujer. Tengo mis propios asuntos. Además, de lo que en realidad debemos preocuparnos es de la inevitable conversación que tendrás con mi padre dentro de poco, luego de que... luego...

—¿Qué debo decir?

—Nada. No hables a menos que te haga preguntas directas y, si te toca responder, ni se te ocurra ser insolente.

—No se me habría pasado tal cosa por la cabeza.

—Cállate, mujer.

Apreté los labios, tenía muchas ganas de escupirlo justo en ese instante, sobre todo, de escupir las verdades que me quemaban la boca; a ver si así aquel príncipe inútil despertaba de una vez. Inútil para comprender, inútil para querer hacerlo.

—Sobre lo que haremos tú y yo de aquí en adelante... todavía no me decido. Me parece que es hora de acordar...

—Usted no es inteligente, su alteza.

Sargas se inclinó hacia adelante en su asiento con sus ojos por completo enfocados en mí como la punta de una flecha que pronto sería disparada.

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

Su voz, pese a mantenerse en un tono apaciguado, era ira transformada en calma, vibraciones de odio y amenazas que navegaban hacia mis oídos. Lo cierto es que primero las sentí recorrer mi espalda desnuda y me hicieron sentir escalofríos de vértigo por lo que estaba haciendo, pero no había frío en ese mundo que detuviera mis palabras.

—No debería ofenderse por decirle a la cara lo que otros murmuran a sus espaldas. Y lo que es peor, usted no puede evitar que yo piense lo que digo, debería agradecer que se lo comunique.

—A mí no me importa lo que pienses, ¿no lo has entendido?

Casi sonrío con la ironía de la situación.

—¿Y lo que piense su reino?

—He pasado suficiente tiempo ignorándolo, creo que puedo hacerlo un poco más.

—Me parece que eso ya no aplica, no ahora que ha decidido hacerse cargo de él.

—¡Cállate, mujer!

—¿Y qué ganará con mi silencio?

—Paz.

—Pero sus problemas no desaparecerán, ¿sabe por qué? Porque sus problemas no son mujeres que pueda mandar a callar. Resulta evidente que pretende descargar conmigo esa frustración, pero...

—Que te calles, no lo voy a repetir. —Sus dedos se clavaron como garras en el material del sofá—. ¿Crees que conmigo vas a poder usar tus amenazas? Yo soy lo único que te ha mantenido a salvo, contra mí no eres nada. Solo una vendida.

—Si no puedo amenazarlo, ¿por qué impide que hable, majestad? ¿Qué es lo que teme que diga?

—No le temo a nada.

—Lo puede repetir muchas veces, pero a mí no me va a convencer.

Sargas se levantó y se plantó frente a mí. No me encogí ni un poco. Al contrario, levanté el mentón hasta que mi mirada estuvo a la altura de la suya. Él despreciaba todo de mí; yo me mantuve sin miedo de lo que un hombre más pensara que podía definirme.

—¿A qué es lo que le temo? —me retó.

—A lo mismo a lo que le ha temido por tantos años, tanto como para vivir escondido en las mazmorras de su propio castillo sin poder ver ni a su sombra: a que es el bastardo del reino. Puede que sea el mayor, pero su hermano es el legítimo heredero al trono.

Me abofeteó. Tantos ya lo habían hecho antes que esa vez no lloraría por algo tan simple como el ardor en mi piel que había dejado una mano que me abarcaba casi el rostro entero. No entonces cuando había aprendido tantas cosas sobre mí misma, no cuando mi tolerancia al dolor había aumentado,

no cuando había sufrido maltratos peores.

Entonces, lo aplaudí. Y lo hice mientras lo miraba a los ojos con una sonrisa enorme.

—¿Qué haces? —preguntó sin dar crédito a lo que veía.

—Aplaudo su valentía, alteza. —Añadí una reverencia—. Ahora, dígame, ¿dejó de ser un bastardo por golpear a la única mujer que le ha dicho la verdad a la cara?

Ni una palabra salió de sus labios. Solo había odio puro y tangible. Estaba en su mirada ardiente en la semioscuridad, en el aire que escapaba de sus fosas nasales para agredir mi rostro, en sus manos apretadas, en su entrecejo arrugado. Nadie nunca me había odiado con tanta sinceridad y con tanta razón.

—Puede que en sus leyes sea completamente lícito el trato que me da —añadí—, pero déjeme que sea la primera que le diga que sus leyes dan asco. Me puede golpear hasta que la cara me sangre, puede incluso ordenar que me arranquen el rostro, pero usted seguirá siendo un bastardo y yo me moriré pensando las mismas cosas que usted no me ha dejado decir.

—¿De qué infierno te sacaron a ti?

—Del mismo que a usted. Lo único que nos diferencia, además del estatus, es lo que le cuelga entre las piernas. Y, dígame, ¿para qué le ha servido eso contra lo que hay delante de usted?

—No soy un bastardo. Saqué los rasgos morenos de mi madre.

—Llega un poco tarde para negarlo, su alteza, y es por ello por lo que le digo que no es inteligente. Si lo fuera, me habría preparado antes para esta sorpresa, en nuestro primer encuentro, y no se hubiera quedado en la oscuridad. Porque puede que el resto del mundo finja crear su historia, que ha heredado tales rasgos de su madre, pero yo he tenido la suficiente cercanía con cierto caballero como para oler a kilómetros el parecido. Si no son hermanos, entonces supondré que él es su padre.

Ahora era él quien apretaba los labios.

—¿Por qué su padre permite que reine a sabiendas de que no tiene derecho? Es evidente que si pudiera le regalaría el trono envuelto en papel de oro a Antares. ¿Es porque es incapaz de admitir que su esposa, una simple mujer, se atrevió a romper cada una de las leyes escritas y embarazarse de un inocente joyero?

—Si dices otra palabra, haré que te corten la lengua.

Dos hombres irrumpieron en los aposentos del príncipe sin ser llamados y

se posicionaron firmes a ambos lados de la entrada; usaban el mismo uniforme de los guardias que acampaban fuera de la puerta. Solo uno habló:

—Alteza, lord Circinus solicita que se le permita el paso.

—Yo lo mandé a llamar, permítele que pase.

Miré a Sargas con la boca abierta; estaba a punto de llorar, casi le suplicaba con la mirada. No me cabían dudas de que Orión le había advertido sobre lord Zeta y, aunque Orión no supiera lo sucedido en la torre de la mano, y por lo tanto no se lo hubiese podido comunicar a Sargas, tenía que haberle contado lo de la subasta y que nos había visto en el entrenamiento. Por lo tanto, sabía que era un peligro para mí. Además, le había implorado que se encargara de él, ¿y sin ningún remordimiento ese príncipe maldito lo mandaba a llamar en el mismo momento que a mí?

La mano del rey entró, galante y sonriente con la tripa casi sobresalida por lo mucho que sin duda había disfrutado de los postres del baile. Se acercó a Sargas, se detuvo para reverenciarlo, y luego se fijó en mí como si fuera la primera vez que nuestras miradas se encontraban.

—Mi *lady* —dijo y se inclinó con su mano estirada para tomar la mía.

Me vi en la obligación de entregársela, dejar que sus labios húmedos de saliva y el alcohol de la fiesta se pasaran sobre mis nudillos, y luego soportar su mirada deleitada y victoriosa. Solo esperaba que mis ojos le comunicaran la imagen dentro de mi cabeza, ese delicioso momento ficticio en que lo apuñalaba una y otra vez.

—Es un placer conocerla al fin.

—No se entretenga conmigo, mi lord, de seguro que ha esperado mucho más tiempo por conocer a su futuro rey, no quiero quitarle su oportunidad de admirarlo al fin.

—Al contrario —intervino Sargas—. Lord Zeta Circinus y yo ya hemos tenido la oportunidad de presentarnos, y pronto tendremos tiempo para ponernos al día. Hoy he solicitado su presencia porque me gustaría que fuese él quien te escolte en el baile hasta que mi padre...

—¿Qué? —Ya casi no me quedaba voz. Miré a Sargas, él no tuvo la valentía de devolverme la mirada. Ese fue el instante cuando el odio se tornó mutuo. De haber podido, lo habría matado en ese instante.

—Oh, no se asuste, mi *lady* —intervino lord Zeta—, sé que la nobleza puede ser intimidante, pero sepa que mientras vaya de mi brazo no habrá nada de lo que tenga que temer.

—¿Ahora soy *lady* y no una sucia mujer? —pregunté mientras sentía que

la rabia reptar por mis venas.

—¿Así la llamaban en el centro de vendidas del que viene? —preguntó tras hacerse el inocente—. Qué pena. Por supuesto, hay mujeres para todos los usos, pero usted ha tenido la suerte de tener un comprador honrado que le permite con gran generosidad aprender de las mejores costumbres del reino. Integrarse como... casi como una persona normal. —Luego se volvió hacia su futuro rey—. Ya hablaremos, entonces. Le agradezco por confiarme a mí esta tarea.

—Eres la mano de mi padre, en nadie más podría confiar.

—Hablando de eso... ¿ya ha pensado en quién será el hombre afortunado y de confianza absoluta al que confiará el puesto de la mano una vez se haya transformado en rey, alteza?

—Como usted dijo, ya hablaremos. Después del baile.

—¡Esplendido! Cuidaré bien de su vendida.



El jefe de los soldados vigías miró a sus hombres, vacilante, mientras volvíamos a introducirnos en el baile. Se les leía el deseo de preguntar por el heredero, pero al final ninguno podía negarle el paso al segundo hombre más poderoso de Áragog —y el cerdo más grande que había conocido en mi vida—. Se mantuvo en silencio durante el trayecto, sonreía como un campeón, y se lamía los labios como si todavía conservaran el sabor de los dulces que decoraban el gran salón en las altas torres.

No fue hasta que entramos que se atrevió a ofrecerme el brazo. Lo miré con una sonrisa y me incliné un poco más a su lado para susurrarle:

—Quizá sería mejor si yo lo llevo a usted, con mi trenza, claro está.

Desistió de su intento de hacer que lo tocara, mas no tuvo la bondad de bendecirme con su silencio.

—Me alegro mucho de que al fin estés con Sargas —dijo en voz baja para que solo yo lo escuchara; cuidó sus labios para que nadie pudiera leerlos—. Ese hombre te domará. Te veré doblegada como lo que eres, y me reiré mucho...

Bufé; sus palabras me parecían, como mínimo, ridículas.

—No cante victoria, mi lord. Sargas no puede domarse ni a él mismo.

La mano sonrió.

—En eso te concedo la razón, mujer, pero eres tú la que se equivoca. Quiero ver qué quedará de ti en cuanto conozcas al rey.

Temí tanto por sus palabras que avancé sin decir nada más. Pronto me vi envuelta por su círculo de personas de la alta sociedad, todos ansiosos por conocerme. Nombres, títulos y apellidos se mezclaron en mi cabeza hasta dejarla vacía, no podía recordar ninguno y mucho menos asociarlos con sus caras. Me encontraba tan perdida como nerviosa, además de asqueada por tener a Circinus pegado a mi costado con una mano sobre mi hombro. Ante tantos espectadores, no me podía defender, ni siquiera podía permitirme una palabra mordaz, solo tragar y tragar, mientras más y más personas me hacían preguntas para las que no tenía respuesta. Comentaban sobre mi apariencia, sin duda, tratando de disimular el escándalo que suponía yo en los estándares de belleza. Ni rubia ni bronceada ni de ojos ni de ojos que cumplieran sus estándares.

Al final, se aburrieron de mis balbuceos torpes y de mis respuestas vagas, y pasaron a cuchichear entre ellos, sin dejar de estudiarme de soslayo: escándalos de personas desconocidas para mí.

No tuve necesidad de volver a hablar hasta que llegó un hombre calvo de rostro redondo y agradable. Vestía una túnica blanca con el emblema de la familia real —el escorpión coronado—, bordeado en el centro con hilos de oro. Iba acompañado por un muchacho rubio de ojos achinados, quien llevaba unas hojas del mejor papel y un frasquito de tinta para que el hombre humedeciera su pluma.

Se presentó sin necesidad de tocarme, lo cual agradecí, y ocasionó con su llegada que todos cesaran de hablar y concentraran su atención en él. Incluso llegaron más lores y damas distinguidas a empaparse de lo que sea que aquel hombre, quien se identificó a sí mismo como «el escriba», tuviera que decir. Algunos disimulaban y mantenían fingidas conversaciones o una distancia prudencial, pero a todos se les notaba muy atentos e intrigados.

—Un placer conocerlo, señor —dije al fin. No supe si debía hacer alguna reverencia, y noté que él se percató de ese hecho.

—Imagino que no sabrás quién soy, de mí no se habla mucho fuera de estas muchas e inmensas paredes. Pero como comprenderás, alguien debe hacer cumplir el orden en este palacio y ese no puede ser su majestad, no si se preocupa por el orden de todo un reino.

—Entonces... ese alguien es usted.

—Exacto. Me encargo de que cada uno cumpla sus deberes, y me encargo

de la puntualidad y eficacia de esos deberes. Ahora tú eres parte de este palacio.

—¿Y cuál es mi misión?

—La que desee el príncipe, por supuesto. Pero eso no lo sé todavía, por ahora me bastará con conocerte. Quería ver el «milagro» con mis propios ojos.

Lady. El juguete del reino. Sucia mujer. Milagro. Sí que había nombres para mí luego de que Sargas me comprara.

—Señor —se inmiscuyó una mujer rubia de peinado despampanante a la que el vestido le apretaba demasiado en el busto—, ¿son ciertos los rumores?

—Me temo que tendrá que ser más específica, *lady* Auri, puesto que en Ara hay rumores como piojos en las cárceles.

—Me refiero... —la mujer se abanicó con más fuerza y miró a los lados como si temiera que los escucharan, cuando era evidente que al menos un tercio del baile estaba congregado para escuchar exactamente esa conversación—... a los sirios. ¿Es cierto lo de los niños? Dicen que los pequeños estaban jugando en la noche y que esas bestias se comieron sus almas.

—Me temo que no puedo negar algo que pasó aquí mismo en la ciudad. Las tres familias afectadas son las principales testigos de esa atrocidad.

—¿Entonces es cierto? ¿Es cierto que los niños quedaron vivos? ¿Grisés con los ojos blancos... desalmados? ¿Son reales? ¿Tienen poderes?

—*Lady* Auri, no propague ese tipo de rumores tan... crueles. Los desalmados son parte enterrada de nuestra mitología, y nada más. Cuentos que se dispersaron para evitar que los niños salieran de noche y que se descontinuaron y prohibieron precisamente por la crueldad de la naturaleza de dichas historias.

—¿Entonces dónde están los niños? ¿Dónde están los cuerpos?

Esta vez no fue el escriba quien contestó, sino un muchacho de la nobleza con la mirada perdida.

—Los quemaron.

Un hombre, imagino que su padre, le golpeó la cabeza para que se callara, pero la mujer agarrada al brazo de ese hombre replicó:

—No le pegues por decir la verdad.

A lo que *lady* Auri contestó:

—¿Por qué quemaron los niños si estaban muertos?

El escriba hizo como que no escuchó ninguna de las últimas palabras. De pronto, sentí ganas de arrancarle el abanico a *lady* Auri por el calor repentino que me mareó. Había demasiadas cosas que desconocía; de pronto, las historias que había leído de Áragog no me parecían tan fantasiosas.

Un hombre se sumó a la conversación, un lord del que no recordaba el nombre pero que veía a *lady* Auri como una escoria de la sociedad.

—La viudez te ha vuelto descaradamente bruta, *lady* Auri. Preguntas por cuentos de medianoche cuando hay algo mucho más importante de por medio.

—¿Qué? —exigió la mujer con dignidad.

—La nueva reina.

Eso, para mi sorpresa, hizo sonreír al escriba e incluso al muchacho que lo acompañaba.

—Me complace ser yo quien les anuncie que, en efecto, lo que han escuchado es verdad.

—¿Se casa el príncipe? —preguntó el lord que planteó el tema.

—Sí, pronto lo hará. Y, como habrán escuchado por ahí, los rumores son ciertos. La casa Cygnus, los altos lores de las tierras nevadas al norte, Deneb, han recuperado a su hija.

—¿La pequeña que secuestraron al nacer?! —intervino *lady* Auri—. ¿Pero cómo?! ¿Y por qué el rey permite que se case con el príncipe heredero si no ha vivido dieciocho años alejada de sus padres? No sabe nada de lo que es ser noble.

—Es la princesa prometida, lo fue desde el día de su nacimiento. Por eso, nuestros enemigos la robaron de su cuna el día en que nació y la vendieron como una bebé cualquiera. Pero su destino estaba escrito en las estrellas. Lord y *lady* Cygnus, los cisnes de Áragog, prometieron a su hija desde antes de su nacimiento, su destino es casarse con el príncipe Sargas o, en dado caso de que este decidiera no cumplir con su deber, con el buen Antares. Y apareció.

—¿Cómo?

—Una mujer, la nueva vendedora de la casa de vendidas a la que pertenecía, denunció la marca del cisne en la espalda baja de la muchacha: tenía todos los lunares en la posición exacta de su constelación. Sus padres fueron a reconocerla; no hubo duda. Delicados rizos rubios como su madre, la piel sonrosada de las tierras del norte, los ojos ambarinos de su padre. Era

sin duda *lady* Cygnus, la princesa prometida por las estrellas. Nuestra futura reina.

—Disculpe, señor —pronuncié. Tenía un horrible nudo en la garganta, me sentí más inquieta y sobrecogida que nunca, incapaz de frenar las vueltas que me daba la cabeza en ese momento—. ¿Podría...? —Tragué en seco—. ¿Podría decirme el nombre que le dieron a *lady* Cygnus cuando llegó a la mansión de vendidas?

—Oh, claro. Da la curiosa casualidad que la princesa ha decidido conservarlo. Es comprensible, ahora puede parecer lo único real en su vida. Se llama Lyra. *Lady* Lyra Cygnus.

CAPÍTULO 15

Mantente en la cima

De inestabilidades estaba hecha mi nueva vida. Lyra era mi hermana y, pronto, sería mi reina.

Crecimos juntas en Mujercitas, nuestros cumpleaños tenían días de diferencia, la había visto cada día de mi existencia, sin falta, antes de mi compra. Admiraba su belleza, su porte, su elegancia y la manera digna con la que afrontaba todo lo que se le plantaba adelante. Jamás se me ocurrió pensar que ella podría ser algo más que una vendida, mucho menos una *lady* prometida en matrimonio al heredero de Áragog.

El baile de pronto se me tornó eterno, como si hubiese transcurrido una vida entre el momento en que desperté en el sofá de Shaula y ese. Tanto había pasado en tan poco tiempo, muchas revelaciones fuertes se interpusieron en mis planes de que aquella fuese una noche tranquila, seguía sin acabar.

—Los Cygnus son bastante poderosos —apuntó uno de los nobles a la conversación sobre el descubrimiento de Lyra—, las tierras nevadas son hostiles, pero muy importantes. Un levantamiento en Deneb no nos vendría nada bien; su majestad Scorp ha hecho bien en contentar a lord Cygnus y mantener una promesa de hace más de veintidós años, misma que pudo haberse roto en cuanto desapareció la pequeña.

—De todos modos —opinó un hombre que ya iba por su cuarta copa—, no es ningún sacrificio. Dicen que la niña es lo más precioso que se ha visto en Ara desde hace siglos.

—¿Qué esperabas? Las mujeres de Deneb son diamantes, no se puede esperar menos de la hija de sus lores.

—Disculpen —interrumpió lord Circinus a los nobles que discutían mientras me tomaba del brazo—, me ausentaré un segundo, enseguida vuelvo.

Una vez disculpado por los presentes, me arrastró solo lo suficiente para quedar alejados del tumulto de chismosos. Se veía la ansiedad en su mirada,

en el modo que relamía sus labios más de lo usual. No tenía idea del motivo por el que decidió apartarme de los demás, pero no se puede decir que estuviera emocionada por descubrirlo, al contrario, mi cuerpo reaccionó de forma inesperada y las axilas me comenzaron a sudar por los nervios. Mirarle la cara, con su barba recién rebajada de la que todavía sobresalían vellos rojizos que brillaban con la luz de las lámparas del techo, era recordar que lo besé. Y recordar ese beso implicaba revivir los motivos que me llevaron a esa desesperada decisión. Me dieron ganas de arrancarle la copa de licor de las manos y vomitar en ella.

—Ya, mujer, hablemos claro. Vas a bailar conmigo.

—¿No le duele la mano, lord Zeta? Dudo que así pueda tolerar mi agarre durante toda la pieza.

—No te hagas la graciosa, esto es un baile, y no veo que nadie se abalance para bailar contigo; eso solo nos deja una opción: tienes que bailar conmigo.

—¿No puede una mujer decidir no bailar? ¿O bailar sola, en su defecto?

—¿Bailar sola? ¿Pero tú dónde crees que estás? Vas a bailar conmigo quieras o no, la alternativa es levantar sospechas y eso no dará una buena atención ni ante la corte ni ante el rey.

—¿Levantar sospechas de qué? ¿De lo repulsivo que es usted? ¿De lo mucho que me asquea su presencia? No tengo nada de qué avergonzarme, usted sí.

Me agarró por el brazo con brusquedad.

—Vamos a bailar o podrías llamar la atención, ¿entiendes? Y solo bastará con que yo le siembre una idea al rey para que él crea de ti lo que a mí me plazca. ¿Sí entiendes? Puedo hacer que te ejecuten.

—Al parecer el que no entiende es usted, lord Cerdinus. Prefiero que me cuelguen de los ovarios y me golpeen como a una piñata a tener que bailar con usted.

—Por suerte —dijo una voz familiar a mis espaldas—, estoy yo aquí y no hace falta que se llegue a ese extremo.

Me giré con brusquedad y confirmé con mis ojos lo que mis oídos ya habían adivinado. Ares Circinus, vestido de negro con bronce, como un caballero distinguido de la alta sociedad, aunque a medias, pues, la tinta negra de sus tatuajes se asomaba por su cuello y su corte de cabello seguía viéndose demasiado rebelde para el traje que usaba. Al menos, ocultaba la mayor cantidad de sus cicatrices de batalla detrás de la ropa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su padre al dar un paso al frente. Hablaba con el volumen al mínimo y con una falsa sonrisa. Quería mantener las apariencias, desde luego.

—Vine a bailar, papá.

—¿Y pretendes hacerlo con la vendida del futuro rey?

—¿No es eso lo que pretendías hacer tú?

La mano lo miró como a un montículo de basura que acababa de pisar con sus zapatos favoritos. En sus ojos podía leerse un claro «no te reconozco».

—Tienes que pensar mucho en las decisiones que tomas, Ares Circinus. Tu hermano ha tomado la suya y ve cómo terminó. Caminas por una línea muy, muy delgada.

—Solo vine a bailar, papá, no a declarar una guerra. Además, mi decisión la tomé hace tiempo. Serviré al reino como un cuchillo y no como un lord, prefiero matar los enemigos del rey con veneno y navajas, que a mis supuestos amigos por la espalda y con una sonrisa.

Lord Zeta Circinus apretó los labios.

—Habla pronto.

—No lo dudo.

Pronunciadas estas últimas palabras por parte del hijo, la mano dio media vuelta y desapareció entre la multitud mientras batía su capa con un gesto digno en el rostro. Se me hizo bastante inmaduro su berrinche, por lo que no pude evitar sonreír con diversión al ver cómo se alejaba. Casi podía escucharlo refunfuñar.

Estaba tan inmersa en su espectáculo que me olvidé por completo de Ares hasta que lo sentí demasiado cerca de mí.

—¿Quieres bailar, princesa? —invitó con una media sonrisa burlona.

—¿Sin cuchillos ni espadas? Me parece una falta de respeto a las tradiciones.

Él reaccionó como era propio de sí en los entrenamientos y rio. Dio un paso hacia mí para tomar mi mano y posicionarla en alto tal cual hacían las demás parejas. Con su otro brazo, rodeó mi cintura, que parecía todavía más pequeña con el vestido, y con un ligero asentimiento de cabeza me indicó que era momento de comenzar a deslizarnos al ritmo de una pieza lenta que ya estaba por terminarse.

—Tu perfume... —dije al aspirar con mi rostro sobre su hombro, extrayendo todo el aroma que emanaba su cuello—. Huele a costoso.

—Huele mejor que el sudor, ¿no?

Fue mi turno de reír. Con él era muy fácil hacerlo.

—Sí, mucho mejor. Por cierto, se me hace demasiado extraño ver tu torso cubierto. Estoy acostumbrada a verte sin camisa, al igual que a tu hermano.

—¿Y a Enif? ¿Ya te acostumbraste a verlo sin camisa o todavía se te sale la baba?

Me cayó tan de sorpresa su comentario que trastabillé, me enredé en los pasos y terminé por pisotearlo con mi tacón. Había olvidado por completo que los gemelos estuvieron ahí cuando Orión, dispuesto a entrenarme él, se quitó la parte de arriba de su uniforme. Posteriormente salieron, por supuesto, no fueron testigos de nuestro combate, pero seguro se deleitaron con la función de mi rostro mientras veía al guardia desvestirse.

Ares sonrió con todos sus dientes.

—¡Pero si hasta te pone nerviosa! —Silbó—. Quién diría que basta con la espalda del cazador para hacer temblar a la asesina del reino.

—Todavía no soy asesina, y a mí no me hace temblar ni el escorpión maldito de Áragog.

—Ajá.

En ese momento, la música cambió, el rasgar de los violines aumentó su vigor, el piano pasó de su sonata nocturna a una interpretación furiosa de júbilo que solo los dedos más ágiles habrían podido representar. Los músicos que manipulaban los instrumentos de aire perdieron el sueño y se unieron al nuevo compás acelerado. Eran una orquesta de alegría con la que saltaba hasta el abatido.

Miré mi entorno. Qué utópico resultaba todo en el castillo de Ara. La orquesta nos envolvía con una melodía alegre y vigorizante. Los colores se mezclaban bajo la luz con ese movimiento como el efecto de un prisma. Algunas mujeres llevaban vestidos de falda amplia que volaba con cada giro y salto que daban. Tenían tal destreza en sus movimientos, sin perder ni una pizca de su elegancia, que no fue difícil comprender que llevaban haciendo eso todas sus vidas. Se las veía felices, bailando en círculos agarradas de brazo, o en largas filas que rodeaban la sala al ritmo de la música. Cambiaban de pareja con libertad y solo pertenecían al compás de los instrumentos y el vigor de sus pasos.

En comparación, Ares y yo éramos una vergüenza. Pero disfrutábamos nuestro desastre con una sonrisa genuina. Él era muy bueno, lo noté en un par de pasos, al final de cuentas era el hijo de la mano del rey y debía saber de esas cosas, pero no alardeó ni me dejó en ridículo, podría decirse que me

dejó ganar y se unió a mis pasos descoordinados. En medio de los giros y de las risas de gozo, mi entorno se desdibujó y me transporté al salón de entrenamiento, donde ocurría el verdadero baile.

Volví a concentrarme en mi alrededor y vi que algunas mujeres llevaban tocados florales de arreglos intrincados y llamativos. Ya había oído mencionar a algunas damas que aquellas flores provenían de los campos de Hydra, lo que me hizo pensar que no quería morirme sin haber visitado ese lugar. A decir verdad, no quería morir sin poder salir de Ara. Había muchas partes del reino que deseaba ver con mis propios ojos, pero también sabía que la vida de una vendida iniciaba y acababa junto a la cama de su comprador.

De pronto, mi sonrisa se borró al pensar que estaba condenada a perder mi luminosidad tras el veneno de Sargas. Decidí que sería mejor entablar una conversación que distrajera mis pensamientos.

—¿Qué le pasó a tu hermano? —pregunté a Ares a sabiendas de que no podría retener mucho más la curiosidad.

—Digamos que mi padre no se tomó muy bien lo que le dijo en señas luego de clavarle la mano a la mesa, así que..., ya no es un Circinus. Mi padre llevó el caso al consejo y los trámites para repudiarlo han comenzado.

—¿Y lo dices tan tranquilo?!

—Leo tomó su decisión, Aquíá. Es lo suficientemente grande y maduro como para hacerlo. Él supo a qué se atenía cuando le dijo a mi padre... —Hizo una pausa—. Ya nunca volverá a ser un Circinus, pero no dejará de ser mi hermano. Jamás. Siempre hemos sido él y yo, y aunque estemos lejos siempre lo seremos. No es metafórico cuando digo que somos almas gemelas, pero hasta las almas gemelas tienen derecho a escoger caminos distintos. Se irá de la torre de la mano, pero no dejará el entrenamiento. Tampoco vivirá en la calle, alquilará una posada cerca de aquí. Tal vez lo que hizo fue para mejor, yo desearía haber tenido el valor de hacer lo mismo que él, o un secreto tan grande como para conseguir el exilio.

—¿Qué fue lo que le dijo a tu padre para qué él actuara así, tan radical?

—Este no es lugar para hablar de eso, princesa. ¿Por qué no me cuentas tú de tu príncipe?

Bufé.

—Creí que sería insoportable, pero fui demasiado optimista. No es insoportable. Es despreciable. No sé cómo aguantaré pertenecerle.

—Al no hacerlo, supongo.

—Es un poco difícil de lograr cuando legalmente soy suya.

—Sí, pero por dentro no eres de nadie. Lo sé cuándo te escucho, cuando te miro desenvolverte. Tú no tienes dueño, Aquí. Pero es bueno que el reino piense que sí.

Se me hizo increíble que en ese momento, con Ares al hablarme de frente, escuchara la voz de Delphini. De personas como esas es que me provocaba rodearme la vida entera.

—Hey, tú, la vendida —dijo un hombre uniformado al inmiscuirse en mi baile. Al ver que no nos deteníamos, optó por tomarme del brazo y despegarme de mi pareja. Cuando lo tuve de frente, vi el broche con las espadas cruzadas que sostenía su capa negra con interior azul: un miembro de la Guardia Real.

—¿Qué quiere? —pregunté al arreglarme los mechones de cabello que se habían movido de su lugar. El hombre seguía sin soltarme.

—Yo nada, pero quién sabe qué quiere el rey.

—¿Disculpe? —pregunté, agitada, y no precisamente por la danza vigorosa.

Miré a Ares, parecía igual de confundido y nervioso que yo.

—El rey solicita tu presencia. Exige, mejor dicho. Así que movilízate.

Le lancé una última mirada al gemelo Circinus, justo a tiempo para recibir su reverencia y un guiño amistoso. En ese instante fui arrastrada por el guardia, quien me llevó entre medio de los bailarines. Por muy extraño que parezca, nadie nos pisó. Ni siquiera hubo empujones. Las parejas e individuos se apartaban con gracia al vernos aproximar; no éramos un par que pasara desapercibido. Un caballero de la guardia arrastraba a la vendida del reino, por la pista de baile, y la obligaba a subir los escalones entre un empujón y otro, hasta postrarla de rodillas ante su majestad, Lesath Scorp.

El rey se levantó de inmediato, en su rostro se veía el desapruebo por el trato que recibí y, si bien la música seguía sonando, me imaginé a cada presente en el baile estaba atento a cómo el hombre más poderoso bajo el cielo hincaba su rodilla en el suelo de su castillo, solo para extender una mano hacia mí, misma con la que me ayudaría a ponerme en pie y, acto seguido, apartaría los mechones de mi rostro que habían vuelto a desobedecerme.

—No debes tratar así a ninguna mujer —exhortó el rey al guardia—. Ahora retírate y déjame hablar con la vendida de mi hijo a solas.

El hombre obedeció sin queja y, de inmediato, su majestad volvió a su

trono. No me ofreció asiento en los tronos contiguos, pero tampoco me exigió estar de rodillas ante su presencia sino que me indicó con una mano que me acercara más a él. Quedé de pie a su costado.

—Majestad —saludé con una leve reverencia.

—Aquía —respondió con el paciente tono de quien sabe y comprende todas las cosas que ocurren bajo las estrellas de su reino—. Aquía, sin apellido, comprada en el mercado de Ara. Una de las jóvenes de Mujercitas. ¿Me equivoco?

—Nunca, majestad.

Sus ojos, ámbar como el fondo de un vaso de *whisky* visto a través del cristal, daban la sensación de que eran ellos quienes veían más allá de mí. Casi podía viajar a la celebración de mis quince años junto a mis hermanas en Mujercitas, el único momento en que habíamos sido libres de probar el licor. Sí, su mirar era cálido, como el primer efecto de un trago, pero no exentos de esa posterior sensación de embriaguez. Mirar a los ojos al rey, si bien me hacía sentir en confianza, terminaba por hacer que me preguntara si estaba en realidad desnuda o solo eran mis pensamientos.

—Imagino... —retomó la conversación con una sonrisa. La luz del techo se reflejaba en sus hebras platinadas como las estrellas en el filo de una espada. Tenía que fijar mi atención en otra cosa para concentrarme, pero cualquier otro lugar en su rostro era intimidante en sobremanera—. Imagino que te has de sentir muy satisfecha con todo lo que has logrado, ¿no?

Abrí la boca, confundida. A mi primer intento de hablar noté que tenía la garganta seca.

—¿Disculpe? —pronuncié al fin e intenté que los ojos cálidos del escorpión no me envenenaran más con ese roce familiar. Parecía que el rey era un amigo con el que podía hablar libre y tranquila, con sinceridad.

—Eres la primera mujer en hacerlo, la primera en Ara, la primera vendida, la primera en la historia. Es... un logro precioso, precioso en realidad.

—¿Hacer qué, majestad?

—Entrenar junto a los asesinos, aspirar a ser parte oficial de ellos en el reino.

Tragué en seco. Así que ya lo sabía.

—Yo...

—No vaciles, pequeña. Si lo has logrado, disfrútalo con honor y con orgullo. Pudiste sobrevivir ante toda una sala llena de hombres letales sin que sufriera daño ni un mechón de tu hermosa cabellera, ¿y no puedes ver a

los ojos a tu rey cuando te alaba por lo que has conseguido?

Sus palabras eran melodía de orgullo paternal. Decía con sinceridad aquellas palabras. Así que hice lo que me pidió, lo miré a los ojos y compartí mi sonrisa con la suya.

—Así es, sonrío. Qué hermosa sonrisa. ¿Cómo te sientes con lo que has logrado?

—Yo... supongo que me siento útil.

—¿Útil? Oh, qué sorprendente respuesta. ¿Útil para quién?

Era casi hipnótico hablar con él porque su tono tenía el aroma de un mejor amigo y la consistencia de un hermano.

—Pues... pues para quien me vea.

—¿Y te ha visto alguien, mi niña?

—Por ahora no, pero...

—Comprendo. Disfrutas de una utilidad simbólica, ¿no es así?

Asentí. Mi sonrisa se ensanchó más. Hasta entonces no me había detenido a pensar en la falta que podría estar oculta dentro de mí. Falta de un padre y de una madre.

—Qué preciosa eres, de verdad. Tienes un corazón muy noble.

—Gra-gracias, señor.

—Por desgracia, los idealistas no prosperan en un mundo como este. La practicidad es el primer recurso para la supervivencia.

—¿Disculpe, majestad? Creo que no lo comprendo.

—No eres una persona egoísta, pocas como tú quedan en el mundo.

—Oh, gracias...

—¿Sabes por qué quedan pocas?

Me tomó tan de sorpresa que fue como si me agarrara con el puño el estómago.

—N-no.

—Porque no duran. Conociste a *madame* Delphini, ¿no es así? —inquirió. Mis ojos respondieron por mí de lo anonadada que estaba—. ¿Admirable, no? —siguió. Se me hacía surrealista que él pudiera ver lo mucho que era de especial Delphini.

—Mucho, majestad.

—Lo es, sin duda. ¿Y sabes por qué puede serlo?

—Me encantaría saberlo, majestad.

—Porque es una persona egoísta. —Sonrió, las líneas de expresión de su rostro estaban muy marcadas—. Se labró un camino a fuerza de pensar en

ella y solamente en ella. Cualquiera pensaría que una mujer así sería capaz de liderar un ejército, una revolución, ¿no te parece?

—Tal... vez.

—Sin embargo, ahí está, hace sumas estratosféricas de dinero al vender muchachitas incapaces hasta de escribir sus propios nombres.

Tragué en seco.

—Es una mujer astuta, pero la astucia necesita del egoísmo para sobrevivir. Ella lo sabe, sabe que puede no ser la última en la torre de la injusticia, sabe que puede conseguir un lugar mucho más alto, pero también entiende que no podrá compartirlo. ¿Y le importa? No. Porque es astuta. Sabe que soñar la llevará de vuelta al fondo de la torre, incluso... tal vez más, mucho más, abajo. ¿Vale la pena un sacrificio así? ¿Sin resultado? ¿Perder todo por nada? Ella, que como tú misma has reconocido, es inteligente y perspicaz, escogió el egoísmo sobre la opresión, la angustia de una vida miserable y... tal vez, la muerte. ¿Entiendes?

Asentí con la garganta encogida. Ya no me gustaba nada el curso de aquella conversación.

—Pero yo te entiendo a ti. Puedes creer que contigo será diferente, ¿no? —continuó. No respondí—. Vamos, pequeña, admítelo con una sonrisa. Has logrado más que ninguna, ¿no? Delphini nunca estuvo en un salón lleno de asesinos ni los amenazó con hacerles rodar la cabeza, y salió con la frente en alto. ¿O sí?

—Usted... ¿lo sabe?

—Por supuesto, mi niña. Soy el rey. Lo sé todo.

—No sé qué decir.

—Di que estás orgullosa.

—Lo... lo estoy, claro.

—Y haces bien. Debes estar feliz de la suerte que has tenido, siempre y cuando no olvides su nombre: suerte.

—¿Cómo?

—Si otra mujer siguiera tu ejemplo, ¿crees que tendría el mismo resultado?

—Bueno... yo no puedo saberlo.

—No hace falta, te lo diré yo: no, no lo tendría. No todas pueden ser compradas por el príncipe heredero de Áragog, ¿no?

Volví a callar.

—¿Eres tú quien te mantiene a salvo —continuó—, o el miedo de otros

hacia mi hijo? Piensa eso y responde con sinceridad. No soy un hombre que castigue las verdades ni los pensamientos, si crees fervientemente en cualquiera de las posibles respuestas, dilo, yo solo opinaré al respecto.

—Bueno, yo imagino que es... en parte por mí y en otra parte por... miedo. Miedo a él.

—¿Y qué parte te corresponde a ti de ese mérito? ¿La de haberte dado cuenta de la situación y usarla como ventaja para mantener la cabeza sobre tus hombros? Imagina que las cosas son distintas, imagina que vuelves a ese salón y repites todo exactamente igual, desde tu primer movimiento hasta la última palabra, pero que esta vez no hay príncipe al que invocar, sino tu propio nombre y nada más que eso. ¿Qué prosigue?

No dije nada. ¿Por qué de pronto me sentía más pequeña? Había enfrentado a lord Circinus, a Ares, a varios guardias, a los asesinos del reino, al príncipe maldito. Entonces comprendí que no estaba, y puede que nunca estuviera, preparada para el aguijón de Áragog.

—Es lo que le pasará a cualquier mujer que no haya tenido tu suerte —concluyó por mi silencio—. No quieres ser un ejemplo, Aquíá. ¿Te gusta tu nombre?

—Sí.

—Úsalo con orgullo, mi niña, es hermoso. Te lo has ganado al igual que Delphini se impuso el «*madame*», quien no deja de ser una vendida que nadie quiso. Tu situación es similar, eres una vendida con suerte y yo amo la suerte, siempre que no se confunda. ¿Comprendes?

—Eso creo.

—Necesito una respuesta certera, necesito ver la convicción en tus ojos. ¿Quieres jugar con cuchillos? ¡Adelante! Pero no instes a ninguna a seguir tu ejemplo. Es un privilegio que te puedo permitir siempre que entiendas que su precio es el egoísmo. Serás tú, y solo tú, la que tenga acceso a esto. Tú nombre se borraré de la historia. Como un fantasma que vive eternamente sin ser visto. La decisión es tuya. Si vives en la cima de la torre y sabes que una vez que desaparezcas nadie sabrá que estuviste ahí, o te vas al fondo donde de todas formas nadie podrá mirarte. Dijiste que admirabas a *madame* Delphini, hoy te ofrezco la oportunidad de ser como ella. ¿Qué me dices?

Y así fue como Lesath Scorp me destruyó.

—Me quedaré en la cima.

—Sabía que tantos libros no podrían menos que formar una mujer sabia.

No hay nada más que decir. Bienvenida a la familia, pequeña.

CAPÍTULO 16

Mantén a tus amigas cerca

Se dice que la fe mueve montañas, pero nadie habla de que la desesperanza las puede congelar.

Antes de hablar con el rey, yo creía en mí misma. No me imaginaba en la cima de nada, pero cada vez estaba más confiada en el respeto que podía llegar a inspirar, en que merecía un trato mejor y que tenía los medios para conseguirlo. Me imaginé como una igual a los hombres, pero ambicioné demasiado alto. Áragog no estaba listo para darme un lugar, y como consuelo me permitían jugar con cuchillos con la condición de que no instara a otras a seguir mi ejemplo, de que ni siquiera se me pasara por la cabeza creer que había algo en mí que valiera la pena imitar.

Solo éramos el entrenamiento y yo.

Leo intensificó mis prácticas a ciegas, no me quejé, no podía hacerlo, él era el hombre con los sentidos más hábiles que conocía, así que si quería al menos un poco de su don, necesitaba trabajar a su ritmo y con sus reglas.

Los combates a ciegas eran lo peor. No usábamos armas, sino las manos. Yo estaba vendada y aquel fuerte y hábil hombre con años de entrenamiento sin nada que le impidiera dejarme como un muñeco de trapo inservible. Cuerpo a cuerpo: solo mi mente, el dolor, y yo. Recibía palizas tremendas que me dejaban adolorida y que me arrancaban chillidos retumbantes y lágrimas furtivas, mas yo seguía recibiendo los golpes que no anticipaba ni sabía de dónde provenían. Lanzaba ataques que se perdían en el aire, pero poco a poco avanzaba. Al menos conocía las mejores técnicas de defensa, los puntos que debía cubrirme, y cómo atacar sin quedar demasiado expuesta. Aprendí a conocer el tamaño de mi adversario, hacia dónde apuntar mis golpes para que de acertarlos no fueran tan inofensivos.

Llegó un punto en que todo fue delator para mí, descubrí que había mucho que podía interpretar a través de la negrura de la nada. El olor a sudor que me anticipaba la presencia de mi enemigo, su respiración que me daba pistas de su proximidad. En varias oportunidades llegué a pegarle y a

esquivar su contraataque al instante: me agachaba, me hacía a un lado y luego saltaba hacia atrás con destreza para ponerme a salvo de su respuesta, y en guardia para su siguiente embestida.

Sí, se puede decir que sus clases me daban fruto.

El arco y flecha eran otro tema. Los odiaba, no conseguía ser lo bastante buena para tener la seguridad de que, en un momento de peligro o en alguna misión —suponiendo que el rey me permitiera ejercer—, me serían útiles. Odiaba el ardor de mis brazos al tener la rígida cuerda del arco tensada por largo rato mientras decidía si estaba apuntando bien, si no estaba demasiado desviada del blanco, si no terminaría por lanzar la flecha al lado contrario. Era muy insegura con esa arma, en especial, por la segunda cosa que más odiaba de usarla: mi pulso. Me temblaba desde la mano hasta los brazos, ni siquiera podía sostener una pluma sobre papel y mantener mi pulso sometido y ligero, ¿cómo lo iba a conseguir con los brazos en alto mientras sostenía el pesado arco, al tensarlo, midiendo, concentrada en el objetivo, con miedo a fallar y causar una desgracia?

Yo habría dejado de intentarlo hacía mucho, pero el maestro Aer insistía en que tenía que aprender de todo o si no, me expulsaría de su clase. Por otro lado, en lo que respecta a venenos, no había avanzado casi nada porque ni Ares ni Leo eran expertos en el tema como para ayudarme. No obstante, ya no daba vergüenza ajena en anatomía, y ni hablar de los duelos. Cada vez era más diestra sin importar la hoja que pusieran sobre mis manos.

Una mañana me enfrenté a Ares en un baile continuo y vigoroso de su espada contra mis gladios gemelos. Danzamos durante horas, igualamos nuestras habilidades, llevamos nuestra resistencia al límite y esperábamos que fuese el otro el primero en caer, sangrar o rendirse.

Yo transpiraba con mi vestido empapado, mi respiración golpeaba mi pecho con furia y los mechones sueltos de mi trenza chorreaban. Ares tenía el torso brillante, cada vez que movía los brazos se veían volar gotas de sudor en cualquier dirección. Supe que también se estaba cansando porque cada vez que blandía su espada, soltaba un grito forzoso, era de esperarse ya que su arma pesaba cuatro veces lo que pensaban las mías.

En medio de aquel enfrentamiento vi entrar a Lesath Scorp a la sala. Su interrupción me dejó helada. Él avanzó, relajado y sonriente hacia el maestro Aer, como si aquella fuera una visita casual, pero yo no lo sentí así. Aquel era el rey de Áragog, el hombre con más peso y autoridad sobre sus hombros. ¿Qué hacía al visitar un salón de sudorosos hombres que no

necesitaban ni de su ayuda ni su atención?

Comprendí que había ido a vigilarme. Sin duda, sabía que estaba en entrenamiento, pero lo que no sabía era qué tan buena o desastrosa era. Yo no sabía muchas cosas del rey, pero tenía claro que si me quería sometida, sin llamar la atención, lo peor que podría hacer en su presencia sería demostrar que en realidad era capaz de algo.

Así que hice lo necesario para sobrevivir y lo dejé creer lo que seguro ya pensaba de mí por ser una mujer entre tantos hombres: que era inferior, que jamás podría ser más que eso.

Fallé a propósito mi siguiente estocada y de forma deliberada interpuse mi costado entre el tajo de la espada de Ares. No reprimí el dolor, dejé que me invadiera y grité con agonía mientras me arrojaba al suelo a fingir mi llanto y sangrar.

La verdad es que me abrió un buen pedazo de carne desde la parte alta del brazo hasta casi la mitad. Él no esperaba que yo fallara, por lo que recibí su golpe con toda su fuerza. En algún punto entre su cara preocupada sobre mí que gritaba palabras que no comprendía, me desmayé por la pérdida de sangre.



Al despertar, me habían suturado. Mi carne había sido rebanada como un jamón, pero no fue despegada por completo, sino que quedó colgando en la base, por lo que luego de las puntadas me quedarían dos cicatrices verticales paralelas de quince centímetros de largo. Mi primer gaje real del oficio de las hojas. No podía quejarme, Orión tendría toda la vida en su cara un recuerdo de nuestro primer encuentro.

Lo que sí pudo perturbarme al despertar fue descubrir que tenía visita en la enfermería. Y no eran ni Ares ni Leo, mucho menos mi comprador. Se trataba de su padre. Lesath Scorp, descendiente del escorpión, el agujón de Áragog, sentado frente a mi camilla en la que me recuperaba de un simple rasguño. Aquello no podía ser casual.

—Despertaste. Hay un vaso de agua a tu lado por si quieres algo para beber.

—No... estoy bien.

Tenía la garganta seca, pero la idea de que el agua podía estar envenenada

no me salía de la cabeza. Era una idea irracional, por supuesto. Él era el rey, tenía formas mejores de matarme. Muchísimas, de hecho.

El rey se reclinó en su silla con sus manos entrelazadas sobre mis rodillas y gesto pensativo. Esos ojos clavados en mí, inyectando un analgésico ardiente que me debilitaba y adormecía mi capacidad de mentir.

—Es una lástima lo que te ocurrió —dijo con pesar, un pesar o muy genuino o demasiado ensayado. No pude notar la diferencia—. El maestro Aer está muy preocupado por ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí, le sorprendió mucho tu desliz. Dice que resististe por horas al joven Circinus, uno de sus mejores alumnos. Qué verdadera lástima que justo cuando llegué yo hayas perdido la destreza que te mantenía en pie, pero qué suerte que el golpe no fue a tu brazo izquierdo, donde pudo haber sido fatal, ¿no?

Hice acopio de todas mis fuerzas para no tragar en seco. Aquel hombre era más inteligente que yo. Si creía que mi jugada habría podido engañarlo, había sido demasiado ingenua. Sin embargo, tampoco era estúpida, admitir que había intentado manipularlo sería letal, no solo por tratarse de una afrenta, sino porque revelaría que yo misma me creía lo suficiente hábil como para dejarme vencer, y que temía que el rey supiera ese dato en específico.

Así que usé las mismas cartas que él puso sobre la mesa en nuestra primera conversación.

—Tiene razón, majestad, tal como usted ha dicho parece que soy una mujer con mucha suerte.

—Sí, desde luego. —Sonrió muy interesado. Aquel gesto me asustó, pero intenté no demostrarlo—. Por otro lado, tu vulnerabilidad en aquellos combates me preocupa. Ahora tienes una cicatriz en el brazo, pero... ¿qué tal si te dañan la cara? ¿Podría mi hijo disfrutar de ti de igual forma? Me hace replantearme la decisión que he tomado. Te he concedido un pasatiempo, pero me preocupa que por este se perjudique el cumplimiento de tus responsabilidades, ¿sí lo entiendes, mi niña?

No podía creerlo, él no se conformaba con haberme quitado la esperanza sino que ahora quería quitarme aquello por lo que la entregué.

—Descuide, majestad. —Para pronunciar aquellas palabras usé toda la compostura que podía generar mi cuerpo—. Ya había comunicado esto antes, pero mis oponentes tienen claro que no pueden atacar a la cara o al

pecho, además, suelen dejarme ganar. Por ello llevaba horas contra Circinus, él está obligado a bajar sus habilidades de manera exponencial contra mí. El fallo de hoy se debió a su sorpresiva presencia, majestad, donde usted entra, no hay quien pueda apartar la mirada.

Lo vi complacido, tal vez no había convicción del todo en él, pero qué era la fe sin un poco de duda. Me tocaría aprender a llevar al rey, o como mínimo a evitar que él me llevara a mí.

—Una cosita más, es sobre tu brazo. ¿No le molestará a mi hijo esa cicatriz? Tú debes saber. ¿No has detectado si tiene algún fetiche con los brazos o te lo ha comentado?

—Ehh... no hablamos mucho, majestad.

—¿Y eso por qué, mi niña?

—Él ha estado estas últimas semanas muy ocupado; está conociéndose con su prometida, o eso he escuchado de su hermana. Yo no lo he visto.

—Eso... —El rey pareció pensativo—. Eso está mal. Mi hijo tiene la responsabilidad de casarse con *lady* Cygnus, no necesita conocerla. Tendrá toda una vida en el futuro para eso. Por otro lado, te evita a ti, que tienes un deber inmediato como vendida. ¿Estás cumpliendo, no?

—Po-por supuesto.

—¿Recuerdas que te dije «bienvenida a la familia»?

—Sí, majestad.

—No lo dije a la ligera, pequeña, pocas veces digo cosas que no tengan significado. Un rey no debe malgastar palabras, ¿verdad?

Asentí.

—Bien, ¿sabes lo que significa para ti estar en la familia? Te lo diré. Las familias se apoyan, no se pisan entre sí. Yo te he dado algo, un puesto con el que ninguna otra mujer se atrevería ni a soñar y, por ahora, no te exijo nada, pero tampoco esperaré que te rehúses a cumplir con tu única tarea.

—No me...

—Pequeña, mi hijo es un rebelde de nacimiento. Hará lo que sea para desafiarme y, si cree que al no usarte está consiguiendo perpetuar su rebeldía, se abstendrá hasta la muerte. Por eso necesito tu apoyo, como familia. Un rey no puede consentir que se le falte el respeto en su casa, pero tampoco quisiera tener que castigar a mi heredero, ¿entiendes? Quiero convertirlo, que acate las normas, que no falte a sus tradiciones. Es el futuro rey, eso conlleva una responsabilidad todavía más grande. Y tal vez... tal vez evita usarte porque tiene la impresión de que tú no lo deseas... ¿es eso

posible?

Abrí los ojos con horror. ¿En serio habíamos llegado a eso?

—¡Jamás, majestad!

—No te culpo a ti, Ara me libre. Que me libre de dudar de la inocencia y bondad en tus ojos, mi niña. Pero Sargas no es mi hijo más inteligente, ni ha tenido mucha práctica al interpretar a las personas, por lo que es muy posible que se haya llevado la idea equivocada. Tú, como mi familia, recibes privilegios cuando cumples con tus deberes. Yo te he premiado, ahora cumple. Que a mi hijo no le quede ninguna duda de tu disposición para él, ¿de acuerdo?

Abrí la boca, pero no dije nada.

—¿Entendí mal o estás durmiendo con Shaula?

—Sí, su hijo me confinó a esa habitación.

—De acuerdo. —Se levantó con una sonrisa—. Recupérate pronto. Yo ya debo marcharme, tengo cosas aburridas que hacer, como todo rey.



Debido a la abrupta interrupción del entrenamiento, tuve un momento de sobra que decidí usar para visitar el jardín. En los últimos días, me quedaba a entrenar hasta muy entrada la noche, horas extras de las horas extras. No solo porque sentía la creciente necesidad de mejorar, de saber defenderme, sino porque prefería leer de venenos y antídotos en un lugar confinado para ello, que hacerlo en la habitación de la princesa. Y algo me decía que era imperativo que mejorara cuanto antes en la materia, no fuera que al maestro Aer se le ocurriera ponerme a prueba en los próximos días como castigo por ir tan atrasada.

Cada vez que llegaba a la habitación, la encontraba vacía o con la princesa ya dormida en su cama, por lo que no había tenido oportunidad de entablar conversaciones decentes con ella. Yo siempre optaba por descansar en el sofá, y ella nunca intentó persuadirme de lo contrario. A veces, iba directo hacia allí por el agotamiento, otras noches pasaba un rato en el balcón mientras saludaba a Ara y a Aquila. También buscaba a Orión con la esperanza de que, si conseguía su constelación en el cielo, él aparecería ante mí en la tierra.

No había tenido más señales tuyas lo que lo hacía acaparar mis

pensamientos cuando no me ocupaba en alguna actividad que requiriera mi concentración o esfuerzo físico. Él era el protagonista en mi cabeza mientras me duchaba para desprenderme del olor a hombre sudado, él y su cuerpo apresándome contra las paredes del castillo, contra el suelo del salón de entrenamiento; él y su voz en su octava más baja y profunda que me seducía, que me hacía querer saltar a sus labios; él y aquella primera vez que nos vimos, cuando me rodeó con sus brazos y su pecho se pegó al mío para protegerme mientras el carruaje giraba y saltaba de forma violenta.

Mientras escogía mi ropa, lo imaginé con las manos en la cabeza, exasperado por mi decisión, hablando con velocidad sobre por qué mi vestido no iba con los zapatos que llevaba. Me reí con esa fantasía muy presente mientras daba vida a mis labios frente al espejo de Shaula con el rojo más húmedo y oscuro entre todos los labiales; lo sentí deseando ser quien volviera a dejar mi boca sin color.

En circunstancias normales, ni me habría molestado en arreglarme, no con el desasosiego que me invadió luego de conocer al rey. Pero lo hice por la misma razón por la que iría a dar un paseo casual al jardín: por la fe en que él me viera.

El negro, pese a resaltar mi palidez, empezaba a gustarme mucho para vestir. Me puse un vestido con escote fantasía: un simple escote corazón con una sobrecubierta de tul negro que transparentaba mi piel, pero que daba el efecto de tener un escote cerrado y mangas largas. La pieza era recortada por un delgado cinturón amarillo opaco y de ahí se desprendía una falda amplia y corta de tul bordado con girasoles.

Los jardines del palacio eran una inmensa combinación de estatuas representativas de los apellidos y constelaciones más poderosas. La de los Cygnus, los lores que reclamaron a Lyra como su hija, era un cisne esculpido en hielo que se mantenía intacto por el sol blanco y falto de calor de Ara. El escorpión coronado de la familia Scorp estaba en medio de todo, construido con rocas apiladas de forma casi increíble, y de sus espaciados y aberturas descendía agua cristalina que formaba cascadas sobre un estanque de piedra redondo: el centro del jardín.

Al contemplar la inmensa belleza que alfombraba el palacio, me percaté de que había una inusual cantidad de guardias firmes y atentos, como si estuvieran ahí para proteger no algo, sino a alguien importante. Al buscar un poco más con la mirada, mi atención fue atraída por una joven inclinada sobre el pasto, la cual admiraba un arbusto de margaritas. Sus rizos tenían el

mismo rubio del oro delicado de la gargantilla que usaba sobre su piel sonrosada, no era un tono ni chillón ni agresivo, y con su peinado coronado por la tiara de un cisne ella lucía como una princesa.

Llevaba un vestido que combinaba tonos lilas y violetas, adornado desde el torso con un diseño que imitaba las vetas y bifurcaciones de las hojas de jardín, en un material dorado que reflejaba la luz con el movimiento. Tenía los hombros descubiertos y una falda amplia; ella lo portaba como nadie. Incluso ahí, reclinada sobre la naturaleza, donde yo estaría encorvada y con las piernas en una posición incorrecta, ella se veía digna y preciosa.

Avancé hasta colocarme a su lado, aunque no dudaba de que ella, con algún movimiento sereno y disimulado, ya se hubiese percatado de mi presencia.

—¿Está jugando con flores, *lady Cygnus*?

Alzó su vista primero, luego se levantó con gracia y me sonrió. No muy amplio como para que trasluciera demasiado sus emociones, sino en un leve gesto apenas cortés que se potenciaba con la amabilidad de sus ojos. Me dio la espalda y comenzó a avanzar camino a la fuente del centro, dando por hecho que yo la seguiría, lo cual hice. Nos quedamos una junto a la otra, contemplando el caer del agua mientras la luz blanca del sol de Ara se deslizaba por ella.

Lyra no me miró al decir:

—Fue a él a quien te vendieron.

—Desgraciadamente.

—No deberías decir esas cosas de manera tan abierta, esto está plagado de guardias.

Suspiré.

—Tengo... cierto problema para el decoro. ¿Conoces algún club de irreverentes anónimos? —respondí. De reojo, noté que se aguantaba para no reír—. ¿Cómo es él contigo?

—Frío, hostil. No habla, y yo pretendo no perturbar su silencio. Parece que es lo único que le agrada en el mundo, la soledad y el silencio.

—Debe ser por eso que me odia —comenté en voz baja. Lyra me miró, interesada—. Yo podría callarme, lo haría si me importara ser lo que él busca o quiere, pero la verdad es que no. No es agradarle el propósito de mi vida.

—Por el contrario..., es parte del propósito de la mía. —Se quedó mirando como enajenada la fuente. Yo no me atreví a decir nada y dejé que ella

vijara por su cabeza hasta que estuviera lista y al fin hablara—. ¿Sabes por qué me gustan las flores?

—Imagino que es porque son bonitas.

—Es la razón por la que gustan, sí, pero no a mí. Ahora que te tengo aquí no puedo seguir siendo cobarde, tengo que decirte a la cara... —Me miró a los ojos, seria, con el mentón en alto, pero sin una pizca de agresividad—. Aquí, mi hermana de Mujercitas, cuánto te he envidiado siempre... No, espera, no digas nada.

Cerré la boca.

—Me enseñaron a envidiar la belleza, a querer de otras todo de lo que mi físico carecía. A ser cada día más pulcra, más bonita y recatada. Y solo me hicieron odiarme. Mi supuesta bendición me condenaba a ser la primera a la que comprarían. Ustedes tenían posibilidades, posibilidades de una vida sin dueño, y yo no. Nadie estuvo nunca encima de ti para que fueras perfecta, te hacían leer. Todo el tiempo. Y a mí me prohibían los libros porque entorpecerían los atributos que me hacían deseable. Porque Áragog no está preparado para admitir que una mujer bonita también tiene necesidad de conocimiento. Vieron mi cerebro como un adorno más.

—No tenía idea de que te prohibían leer, pensé que no lo hacías por... pues, porque no querías.

Ella negó con la cabeza y volvió a mirar las cascadas que brotaban del escorpión.

—Aprendí a querer las flores al tiempo que aprendí a perdonarme a mí misma por haber nacido como soy. Soy cada una de ellas, el adorno que nadie quiere sino para admirar, cortar y mover de sitio. Siempre anclada a la tierra y ver a los demás desfilando hacia las posibilidades.

Asentí tras comprender.

—Pero ahora es distinto. Aspirabas ser vendedora y serás reina. Un giro inesperado.

Pese a mis palabras, no la vi sonreír.

—Y la vida no se detiene. Ya giró una vez y puede seguir girando. Somos mujeres, no podemos acostarnos a soñar luego de la primera cosa buena que nos sucede, ¿o sí?

—Nunca he estado más de acuerdo con nadie.

Si Lyra tenía una respuesta para aquellas palabras, nunca las conoceré, pues entonces se acercó una mujer capaz de robarle los pensamientos a cualquiera. La princesa Shaula Scorp, ataviada de sus ropajes de Baham,

con colores violeta, naranja suave y rosa, con su boca oculta como siempre, sin embargo, su mirada parecía más al acecho que nunca.

—Qué inusual encontrarlas a las dos por aquí. Parece que ni mi padre obtiene siempre lo que quiere.

—¿Qué quieres decir? —inquirí con el ceño fruncido.

—Ha tenido a *lady* Lyra Cygnus ocupada en reuniones de la corte para que aprenda todo lo posible antes de que le toque reinar, tú andas jugando con cuchillos en un salón lleno de machos hasta casi la madrugada y yo... tengo cosas que hacer. Hasta hoy creo que ignoraba el pequeño detalle de que dormías en mi habitación, pero eso acabó. Vengo de... «conversar» con él.

El pecho empezó a arderme.

—¿Qué te dijo?

—Que esta será tu última noche en mi habitación. A partir de ahora dormirás junto a mi hermano para cumplir con tu deber como su vendida.

Cada vez que parpadeaba, parecía que me buscaban un destino nuevo. Sentí que paseaba por el palacio, sin rumbo fijo, y tal parecía que mi nueva estabilidad, por decreto del rey, sería la guarida del bastardo maldito. No quería estar junto a él, no después de que me soltara en brazos de lord Circinus con tanta facilidad, sin remordimientos. Eso sin duda me dolió más que la bofetada.

—Por otro lado... —Shaula fijó su mirada de escorpión, profunda y penetrante como un puñal, en Lyra. Esta permanecía firme, pero silenciosa sin mirarnos a ninguna—. ¿Qué tal las reuniones de la asamblea?

—Vengo de allá —confesó la futura reina.

—¿Y qué oíste? —me inmiscuí invadida por la curiosidad.

—Somos muy pequeñas en este mundo... —susurró con pesar—. Hace días que asisto, pero con una hora me habría bastado para comprender nuestro lugar en sus cabezas.

—¿Practicaste lo que te aconsejé? —preguntó Shaula. No tenía idea de que ya habían tenido oportunidad de hablarse, pero tampoco había modo alguno en que fuese posible que lo supiera.

—¿Quedarme callada? He tenido práctica, me sale natural. Pero me siento bien. Antes tuve la oportunidad de hablar con un lord del consejo con respecto a su vendida y de si alguna vez había entablado una conversación con ella. Me dijo que no, que para eso tenía a su esposa, que las vendidas no necesitan hablar. Le pregunté sobre su vendida, a lo que el lord me

respondió entre risas, como si fuese el mejor de los chistes: «Hermosa, por algo la compré».

»Le dije que me imaginaba que su esposa era igual de hermosa, y me contestó que incluso se parecían. A lo que contesté que comprendía el porqué, ya que si teníamos en cuenta que, de no ser por el estatus de la familia de su esposa, ella también pudo haber sido una vendida. Eso lo hizo dudar. No habría importado más nada, no luego de que lograra ese pequeño avance. Pero me arriesgué a finalizar y decir: «Yo seré su reina, mi lord, pero pude haber sido una vendida. Y sigo siendo exactamente la misma». Lo único que me respondió fue «pobrecilla».

—¿Qué le respondiste? —interrumpió la princesa escorpión con los ojos entornados en una concentración absoluta.

—Le dije: «¿Yo, mi lord? Yo soy afortunada. Pobre de las que no han tenido mi suerte y no se las cree dignas ni de una conversación con su dueño». Habíamos empezado hablando del clima, de la decoración del palacio, y llegamos ahí. Fue tan discreto que hasta él podría pensar que mis ideas eran suyas, que siempre lo habían sido, que la conversación giró por orden natural, y no por mi manipulación. Eso hago con todos en la corte cuando puedo, y cuando sé que es seguro. Espero algún día conseguir que se encienda una discusión. Con la duda por ahora basta.

—¿Cómo puedes hacerlo? —pregunté—. ¿Cómo puedes no querer gritar mientras... mientras los escuchas?

Lyra me miró.

—Tú sabes qué hacer con una espada en la mano, hay un poco de empoderamiento al saber que otros te temen o te respetan, y que si no lo hacen, tú les enseñarás a hacerlo. Pero yo, ¿qué tengo más que un rostro agradable? Mis armas son el oído y la paciencia, por ese motivo tú encajas perfecto como asesina, y por ese motivo yo me siento muy bien de haber entrado a la política. Me encanta que me subestimen porque no puedo hacer nada grande, me encanta porque sé que esos hombres acostumbrados a tenerlo todo o nada desconocen el poder de los pequeños pasos. Tengo una vida por delante para mover las fichas de forma imperceptible a sus ojos hasta que el tablero esté ordenado a mi antojo. No me importa si al final no comprenden lo que pasó: no quiero gloria, quiero resultados.

—Por Ara... —suspiró Shaula a través de la tela sobre su boca.

—¿Qué? —preguntó Lyra al mirarla a los ojos.

—¿Cómo pueden decir que mi hermano es el Scorp maldito, si yo soy la

primogénita a la que han robado la sucesión por ser mujer, y él el heredero destinado a pasar su vida contigo?

Lyra bajó los ojos a sus manos. Se la veía de pronto muy interesada en su manicura rosa. Aunque voltear a verla se me hacía muy invasor, no pude evitar captar con mi vista periférica una ligera curva hacia arriba en sus labios que revelaba su perfil.

—¿Y tú? —se atrevió a contestarle Lyra después de un rato—. ¿Quién quieres ser tú?

—No me decido todavía, pero ¿quieres que te diga qué no quiero ser? —continuó Shaula. Mi hermana solo se limitó a asentir como la dama que era—. Tu cuñada.

Lyra era demasiado recatada, siempre instruida en etiqueta y elegancia, no era propio en ella sonreír con libertad, pero los ojos le brillaban como nunca y las mejillas se le encendieron con un rosa intenso que no llegaba a cruzar la línea del rojo.

Tuve que intervenir.

—Princesa —dije a Shaula en voz baja—, hay demasiados hombres detrás de nosotras, cualquiera podría malinterpretar sus palabras y creer que está cortejando a la prometida de su hermano.

—Ninguno sería tan estúpido para acusarme de tal injuria, sobre todo, cuando es algo falso. No estoy cortejando a *lady* Cygnus.

—¿Ah, no? Qué pena.

Casi se me atasca el aire en los pulmones al escuchar esas palabras salir de la boca de mi hermana de Mujercitas. En medio de mi ataque de tos, mientras acaparaba la atención de ambas chicas, quienes me ayudaron con golpes en la espalda a recobrar la respiración, incluso llegué a preguntarme si no lo había imaginado.

—Yo... estoy bien, estoy bien.

—¿Saben una cosa? —habló Shaula con determinación—. Las tres iremos a tomar, hoy. Justo ahora.

—¿A to... qué?

—¿Podemos hacer eso? —cuestioné.

—Si preguntas, nada está permitido para nosotras, mientras no preguntemos siempre podemos decir que las leyes no estimulan prohibición semejante.

La miré con cara de adoración por su lógica.

—¿Y los guardias? —preguntó Lyra con nervios evidentes en la voz.

—¿Se opondrán a la voz de su princesa y, además, la de su futura reina?
No lo creo. Así que... ¿nos vamos ya?



FANART

@LinMaddie

CAPÍTULO 17

Mantén tu esencia

No hubo cambios de ropa ni paradas innecesarias, los guardias nos condujeron de inmediato a nuestro destino. Tampoco escogimos cualquier taberna, fuimos a un club de la alta sociedad que entretenía a lores y a caballeros con alcohol, música y bailarinas exóticas. La mayoría de ellos tenía un espacio confinado y exclusivo, con asientos personalizados y mesas únicas a las que con frecuencia iba algún muchacho a ofrecer bebidas y postres. Esos lores muy bien tratados solían estar rodeados de al menos tres de sus vendidas, quienes les bailaban mientras las muchachas del club lo hacían en el escenario.

Cuando llegamos, estaba tocando una banda emergente de la que no había oído ni una palabra hasta entonces. Eran tres hombres: uno tocaba un piano blanco sobre el que se contoneaba una bailarina vestida con plumas al ritmo de la sensual melodía: el segundo era un flautista ciego con un sombrero de plata escarchada que combinaba con el diseño de constelaciones que tenía el techo del club, estaba sentado al borde del escenario con una venda negra en los ojos y, aunque no veía nada, dominaba su instrumento como si fuese parte de sí mismo. El tercer integrante vestía de traje, llevaba una chaqueta color crema que combinaba con una capa dorada que ondeaba con los movimientos firmes que hacía el hombre al rasgar el violín. Ninguna voz los acompañaba.

Escogimos una de las mesas libres, una redonda con un mantel de terciopelo rojo en cuyo centro había una vasija de barro con una lámpara de fuego blanco en su interior, la vasija giraba gracias a algún mecanismo de relojería y proyectaba luces en forma de constelaciones sobre nuestra piel.

Los guardias nos rodearon al sentarnos, a lo que Shaula reaccionó y dijo:

—Busquen una mesa y beban. Ya les avisaremos cuando sean necesarios.

—Nuestro deber es velar por su seguridad, alteza —contestó uno de ellos.

—Y les agradecería que lo hicieran por allá, sentados, y no encima de nosotras. Repito: los llamaré si hace falta.

Los guardias de Lyra la miraron en busca de aprobación, ella contestó con un seco asentimiento de cabeza y todos se apartaron en busca de su propio entretenimiento.

Un mesero se acercó con un trío de copas y una botella verde que supuse que contenía vino en su interior.

—¿Qué es eso? —inquirió Shaula con la voz de una monarca ofendida.

—Vino para las señoritas, alteza.

Había otras mujeres en el club, esposas que esperaban a sus maridos, viudas, damas distinguidas y prometidas a lores de la más alta sociedad, incluso señoritas más jóvenes que algún día serían las esposas de los hijos de esos lores. Disfrutaban de copas con diminutas cantidades de un líquido color sangre, de vez en cuando bebían sorbos que era imposible que hicieran más que mojarles la lengua.

—¿Y quién te ha dicho a ti que nosotras somos señoritas?

—Pero... si son...

—¿Vas a decirle a tu princesa y a la futura reina a su lado qué se supone que son?

—No, majestad. Lo lamento. ¿Qué van a tomar?

—Cualquier botella con al menos treinta grados de alcohol.

—¿Los quieren en coctel?

—Perdone, no sé si es que mi acento de Baham lo confunde... ¿Qué parte de que «traiga la botella» no ha entendido? Además, traiga tres vasitos de trago.

—Enseguida, majestad.

—¿Por qué lo has tratado así? Ese hombre solo hacía su trabajo con amabilidad —replicó Lyra cuando este se marchó y, pese al cariz de sus palabras, su voz sonaba más intrigada que cualquier otra cosa.

—La amabilidad es una cualidad que solo los hombres pueden permitirse. Una princesa, no. Menos cuando no es heredera de nada. Si eres amable, te pisan. Y hoy no me apetece ser alfombra.

—No es buen consejo para una futura reina —comentó Lyra.

—Oh, claro, la amabilidad y la sumisión son armas poderosas, pero inútiles si no tienes nada más bajo la manga. Créeme, ¿quién puede saber más de una reina que la hija de una? Ah, gracias —dijo la princesa al aceptar la botella y los vasos del mesero—. Empezamos a jugar.

Shaula desenrolló la tela de su cabeza hasta liberar sus labios venenosos y, si bien mantuvo parte de esta en su cabeza, ahora estaba más a la vista su

larga cabellera castaña. La observé con los ojos abiertos por el impacto que me causó su acto inusual.

—¿Qué? No puedo tomar con la boca cubierta.

—¿Y tu padre? —cuestioné.

La princesa levantó una de sus cejas y clavó su mirada de escorpión en mí. Hizo que no se me escapara ni una sola de las palabras que fueron pronunciadas con su hipnótico acento característico.

—Parte importante de ser princesa es saber aprovechar tus privilegios. La mitad de los lores más influyentes me deben mucho más que silencio. Nadie dirá nada. Puede que sea mujer, pero he enseñado a respetarme tanto como a temerme. Ahora...

Tomó la botella sobre cuyo vidrio se reflejaban las constelaciones de la lámpara de la mesa, la abrió y sirvió su líquido ambarino oscuro en cada uno de los vasos que no medían más de cuatro dedos. Volvió a dejar la botella en su lugar y nos miró a cada una de nosotras, decidiendo a quién atacar primero.

—*Lady Cygnus*, ¿verdad o trago?

—Verdad —contestó la aludida sin titubear.

—¿Qué sientes ante la idea de casarte con mi hermano?

La princesa miraba a Lyra con fijeza, con su cuerpo casi inclinado sobre la mesa al punto en que, desde mi puesto, tenía una privilegiada visión de sus caderas. Sinceramente envidiaba la atención de tal perfección hecha carne y hueso, pero, por otro lado, me divertía ver a Lyra en esa faceta conflictiva entre lo correcto y lo deseado. Porque a mí nadie me engañaba, por muy erguida que se sentara mi hermana o por muy pétreo que mantuviera su semblante, la verdad exhumaba por sus poros.

—¿Qué grado de sinceridad hace falta en este juego? —cuestionó la aludida.

—El máximo.

—Pues me siento extasiada por la idea de ser monarca de una nación, pero no muy contenta por el hombre que estará a mi lado en el proceso.

—¿Ese es tu máximo grado de sinceridad? —me inmiscuí al contener la risa—. Yo opino que debe tomar por eso.

—Lo secundo —convino Shaula.

—¡Es injusto, yo respondí!

—Perdone, mi *lady*, es decisión unánime.

Dicho esto, Shaula le extendió un trago. *Lady Cygnus* miró a ambos lados

con fingida indignación antes de decir:

—Que Ara que me proteja de ustedes. —Y se bebió todo el líquido sin siquiera arrugar la cara.

Su actitud fue recibida con aplausos de la princesa, quien luego se volvió hacia mí:

—Tu turno. ¿Verdad o trago, Aquíá?

—Que sea un trago, por favor. Para calentar.

Ella no se esperaba mi respuesta, ni siquiera se movió de lo sorprendida que estaba. Yo misma agarré el vaso de la mesa y vacié su contenido por mi garganta. Lo más probable es que haya hecho algún gesto raro por mi falta de costumbre al alcohol, pero eso no importaba.

—Y, ahora, es mi turno.

Shaula levantó una ceja con admiración y comprendió la estrategia en mi jugada.

—Pregunte entonces.

—Hace varios años que pasaste la mayoría de edad, y no estás casada ni prometida, ¿por qué?

—Porque no he conocido el primer hombre a la altura de mis expectativas.

—¿Y tu padre te permite escoger?

—¿Me has visto en público? Soy un sol, más brillante que el de Baham. Pura y obediente. ¿Crees que me conoces más tú en diez minutos que mi padre? Él sabe quién soy, y no quiere escándalos. Es todo.

Lo comprendí de inmediato. Era como aquella propuesta que Lesath me hizo a mí. La cima por el anonimato. Igual que Delphini; el éxito a costa del egoísmo. Una simple fachada para mantener las brasas más volátiles apagadas y contentas. Shaula no se casaría nunca a menos que ella quisiera.

—¿Qué es lo que más te asusta de ser reina? —pregunté al volverme hacia Lyra.

—Nunca dije que escogería verdad.

Esa respuesta en definitiva no la esperaba.

—¿Trago?

—Trago.

Extasiada por lo ilógico del momento, le pasé su vaso el cual recibió con dignidad. Vertió su contenido entre sus rosados labios sin modificar la expresión imperturbable de su cara. No sé cómo hacía para controlarse, pero estaba a punto de pedirle su secreto.

—Aquía —llamó ella luego de devolver el vaso a su sitio—, ¿has probado ya el «aguijón» del reino?

Shaula tuvo que taparse la boca con la mano para no soltar una carcajada que opacara la música. Yo, a su lado, estaba roja de la sorpresa y de la vergüenza. De Lyra me esperaba cualquier pregunta, excepto esa. Menos que la pronunciara con tranquilidad, como si hablara del clima y no de intimidad.

—No, todavía no pruebo su «aguijón», Lyra. Ni tengo ganas de probarlo.

—¿Alguna «espada» en particular que te interese de los entrenamientos?

—¡Ya pasó tu turno de preguntar!

Lyra vio a la princesa.

—Se está rehusando, yo opino que tome por eso.

—Lo secundo.

—Ay, por todos los sirios del reino, no me jodan ustedes dos.

Pero ellas permanecían serias aguardando a que yo lo hiciera. Así que bebí, jurando que me vengaría. Tuve que cerrar los ojos por el ardor del líquido en mi garganta y el impacto del potente olor en mi nariz, pero no estaba nada mal.

—Ahora contesta —insistió la rubia.

—¿Qué? Pero si ya bebí.

—Si se resiste, yo opino que trago doble —interrumpió Shaula.

—¿Pero qué clase de reglas son esas?

—Soy tu princesa, Aquía, yo hago las reglas.

Rodé los ojos sin poder evitar sonreír. Si alguien tenía que oprimirme, pues, que fueran esas dos diosas, yo no me iba a quejar.

—No, no hay ninguna «espada» en el salón de entrenamientos que capte particularmente mi atención. Ninguno está a la altura de la empuñadura y de la hoja que busco. —Sonreí abiertamente, deleitada con la expresión de sorpresa en el rostro de mi hermana—. Ahora, toma tú por curiosa.

—No me parece que...

—¿Shaula? —pregunté.

—Yo te apoyo.

—Está decidido, *lady* Cygnus. Beba.

Lyra obedeció y luego miró a la princesa ahora que era su turno de preguntarle. Me sentía bastante interesada por lo que venía a continuación luego de las preguntas que me hizo a mí.

—Princesa Shaula Scorp Nashira...

—Hiciste tu tarea —comentó el escorpión.

—Siempre —contestó el cisne—. Dijiste que no habías conocido ningún hombre a la altura de tus expectativas. ¿Y una mujer?

Me quedé helada. Me ponía muy nerviosa que aquella conversación ocurriera en un lugar público y, sobre todo, muy incómoda la sensación de estar invadiendo un momento íntimo que no me correspondía y mucho menos me incluía.

—Si lo que quiere saber es si usted, mi futura reina y prometida de mi hermano, posee las cualidades necesarias para hacerme perder la cabeza, le sugiero entonces que reformule su pregunta, porque la respuesta a la primera dudo que la vaya a complacer, mi *lady*.

—Me parece que ya no hace falta preguntar más, tengo la respuesta que buscaba.

—Bien. —La princesa se puso de pie, llenó los tres vasos y los bebió seguidos como si fuesen agua. Cobró valor y se terminó de quitar la tela que cubría su cabeza—. Yo todavía tengo muchas cosas por decir.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya verán. Lo verán todos.

Me quedé anonadada, incapaz de mover ni un músculo mientras ella se alejaba rumbo al escenario. Y yo no era la única. De súbito, las damas, los lores y los caballeros se fijaron por completo en aquella princesa sumisa que, de pronto, había desnudado su cabellera y actuaba en supuesta discrepancia con lo que había sido hasta entonces. Lyra me miró como si yo pudiera aclarar lo que sucedía. ¿Es que no se daba cuenta de que la que menos enterada estaba era yo?

Pero Shaula se veía muy cómoda, libre, controversial y segura. El cabello le rozaba las caderas mientras caminaba. Se acercó a uno de los músicos para susurrarle cosas que nadie más pudo escuchar, le entregó un papel doblado y, luego, se confinó en un rincón a esperar que la pieza del momento culminara.

Cuando la banda terminó, el pianista se reunió con su equipo y entre ellos hablaron con vigorosa emoción por lo que sea que les había planteado la princesa. El de sombrero que tocaba el violín tomó el papel que entregó Shaula y lo leyó al oído del invidente, quien marcaba un compás con sus botas y palmas. Una vez se pusieron de acuerdo, volvieron a su lugar.

En lo que el primer hombre estuvo de vuelta en el piano blanco, desplegó el misterioso papel y, al guiarse por su contenido, emitió las primeras notas

de la sinfonía.

Fue entonces cuando ella subió al escenario.

No hubo nadie que la presentara, solo la inusual introducción de la banda con un tempo que no era ni pacífico como un vals, ni alegre como los bailes del castillo, solo era electrizante y cargado de poder, un tipo de música que jamás había oído por aquellos tiempos, algo que daba ganas de bailar y no precisamente en pareja ni con primorosos vestidos. Con un compás improvisado en el suelo del escenario y unos solos de teclado inquietantes, sin mencionar el arte del violinista, el cual manipulaba su instrumento como poseído por una fuerza liberal desconocida.

Pero nada, nada se comparaba a la voz que se unió para que aquello pudiera al fin llamarse música.

Cantó en su lengua natal mientras hacía movimientos de brazos y de cabeza que iban acorde con la trayectoria de su voz. Quizá fuera la princesa escorpión, pero el hechizo que salía de su boca solo podía surgir de una serpiente.

No hubo nadie con tanta fuerza de voluntad como para apartar los ojos de aquella correcta mujer que hizo lo que no debía, de una forma que nadie podría imitar.

Más tarde ella me traduciría la canción.

Tal vez si aquellos hombres que disfrutaban de ver a su princesa soltarse el cabello y cantar a voz en grito con melismas y falsetes que no tenían nada que envidiarle a las mejores cantantes de teatro, aquellos que le silbaban y la aplaudían al verla ir de una mesa a otra e incluso subirse a ellas, instar a otras mujeres a ponerse de pie y tararear mientras disfrutaban del ritmo, los mismos que enloquecieron cuando Shaula tomó el mentón de su futura reina para cantarle el final de la canción como un secreto compartido, no habrían reaccionado de la misma forma si conocieran la traducción en lengua áraga de aquella canción de Baham.

Porque su letra no era para entretener como lo era su ritmo. Su letra era un grito de inconformidad y una promesa de renuncia.

*Úsame hasta que me canse,
te dejaré creer que me tienes.
Sí, cariño, soy tuya,
haz conmigo lo que quieras
porque pronto no podrás hacerlo.*

*Úsame, písame, llévame al suelo,
cree que me tienes
porque cuando sea mi turno
no lo sabrás.
Me amarás como nunca,
me supondrás comiendo de tu mano
y tendrás mi puñal en tu espalda.
Así que úsame, cariño.
Hazlo mientras no me pueda resistir.
Soy tuya, sí, lo soy,
pero ¿hasta cuándo?
Te equivocaste de serpiente.
Probaste mis colmillos,
saliste ileso,
y ahora dudas de mi veneno.
No, cariño,
no soy inofensiva.
Solo me gusta lento.
Así que úsame,
te invito a hacerlo.*



—Fue una noche bastante...

—¿Controversial? —terminó la princesa mientras abría la puerta de su habitación después de una tarde de euforia y locura.

Sentía la valentía del alcohol y un ligero mareo cada vez que volteaba con brusquedad, pero por lo general cada una estaba consciente y de pie, sin ningún problema.

—Qué lástima que esta sea tu última noche aquí —suspiró la princesa al lanzarse en la cama.

—Me parece que no es precisamente a mí a quien vas a extrañar, ¿o sí?

—Te equivocas. Una amiga vale tanto como cualquier enamoramiento, por muy feroz que este sea.

—¿Soy tu amiga?

La princesa se sentó en la cama y me miró. Volvía a tener la tela sobre su

rostro, pero yo no dejaba de verla como aquella mujer libre de larga cabellera que se movía con personalidad entre un público extasiado.

—Hay una palabra en Baham que borraron de la lengua áraga por un motivo evidente. Es «sororidad». Representa la unión que hay entre todas las mujeres, la «fraternidad» de nosotras. No significa que debemos llevarnos bien, pero sí que somos empáticas unas con otras, que comprendemos lo que es ser quienes somos en el mundo que nacimos. En Baham, todas somos sororas y, desde que te vi, supe que tú eras así. Nos une la sororidad, Aquía. Y si fuese algo que habitara en todas, no haría falta un levantamiento.

—Necesito anotar esa palabra y tatuármela: sororidad.

—El mundo no necesita guerra, necesita sororidad. Yo me tatuaría eso. — Se señaló las costillas de arriba hacia abajo—. Justo aquí.

—¿Te dejarían hacerte un tatuaje?

—Ay, no, por favor. Hoy ha sido un día demasiado perfecto como para arruinarlo al recordar prohibiciones. Yo mejor me duermo ya antes de que algo me borre la sonrisa. ¿Vienes? Puedes usar la cama.

—Créame, alteza, es una propuesta irresistible, pero me temo que no podré aceptar de inmediato. Volveré, por supuesto, y me encontrará a su lado cuando amanezca.

—Ah, vas al balcón.

Sonreí. Así que ella lo sabía.

—No me puedo ir a dormir sin saludar a Aquila.

—Saluda a Scorpius de mi parte.

—Como guste, princesa.

—Ay, amo cuando chicas como tú me dicen princesa. No te desveles mucho, ¿sí?

Asentí y me marché al balcón.

El cielo de Áragog era distinto en cada ciudad del reino, en Deneb no había sol, solo un cielo frío de perpetuo blanco al que se llamaba «el cielo congelado». En Baham estaba el fulminante sol naranja bajo el que trabajaban las mujeres más fuertes del reino y descansaban los hombres más bellos y delicados mientras sus vendidas los abanicaban. En Ara, la capital, estaba el sol blanco de día, y un cielo nocturno que oscilaba como corrientes de agua, mezclando auras azules, púrpuras, destellos amarillos y plateados. No era como el cielo negro con puntos blancos de los pueblos más pobres como Cetus. Mirar el cielo de Ara era como atravesar el

universo con tus ojos y mirar directo a la cara a la galaxia.

Aquila brillaba con un aura blanca esa noche, palpitaba, me llamaba. La onda expansiva de su aura se volvía violácea una vez se alejaba de las estrellas de la constelación. Era como si el águila aleteara de una manera metafórica y sus alas crearan una ventisca mágica. Amaba estar ligada a ella, y solo ante su presencia me permitía tener fe.

Me quedé tan embelesada al ver el espectáculo de la noche que no me percaté de la sombra que se escabullía en el balcón contiguo, escalaba por la pared hasta agarrarse de la balaustrada de la princesa e introducirse en su balcón hasta quedar a mi espalda.

Ni siquiera lo oí. Solo supe de su presencia cuando tuve su mano contra mi boca.

Abrí los ojos con horror, esa persona no podía ser Shaula, su mano era la de un hombre.

Y se reía.

—Preciosa —susurró a mi oído. Casi me derrito de alivio entre sus brazos al reconocer su voz—, traje algo que debes tomar si no quieres que el frío de Ara te mate esta vez. Si no malinterpreté tu mensaje, estás «aburrida» de tener la cabeza en su lugar, ¿no?

Asentí mientras sonreía debajo de la mano que me cubría los labios.

—Pues es tu día de suerte. Esta noche robaremos.



FANART

@saranyca

CAPÍTULO 18

Mantente en control

El no dudó de mí, conocía mis habilidades, supo que podría escalar las paredes del castillo, moverme de un balcón a otro sin resbalar y sin que el vértigo me paralizara. Desde la habitación contigua a la de Shaula, accedimos al interior del castillo y nos escabullimos hasta un pasadizo que nos condujo al exterior sin llamar la atención. Orión se aseguró de que bebiera unos cristales que me ayudarían a soportar el frío de la noche de Ara, y me suministró una bolsa donde había más de ellos por si los necesitaba luego. Por último, me tendió una túnica marrón con capucha para que no llamara la atención con mi vestido corto de girasoles.

Nos internamos en los barrios más humildes de Ara, donde los mercados móviles ya habían sido recogidos y las tiendas guardaban sus letreros, apagaban las luces y cerraban sus puertas. A la hora en que andábamos solo nos topamos con mendigos en las aceras y callejones, pandillas en las esquinas, hombres misteriosos en medio de intercambios, niños que huían a la carrera de grandulones que los habían descubierto robando, y borrachos que iban o regresaban de bares.

—¿Por qué me traes a esta parte de Ara? —pregunté al cubrirme más con la túnica.

Orión, al caminar junto a mí, se veía tal cual como el día que decidió comprarme. Incógnito tras su capa sostenida por el broche de la guardia, intrigante y cautivador solo con su sonrisa iluminada por la luna mientras el resto de su rostro permanecía tras el velo de sombras que creaba la capucha. La visión de su cinto le daba un aura de imponencia amenazante, pues iba bien ataviado con su espada además de las dagas en sus brazos y la segunda espada que ocultaba en su espalda. El cazador nunca salía a pasear desnudo.

—¿A qué parte de Ara esperabas que te trajera?

—No sé, pero esto da miedo. Ni siquiera hay nada que robar.

—Tú solo espera.

—¿Qué clase de caballero eres si sales a robar para distraerte y te llevas a

la vendida de tu señor?

—No sé de qué clase soy, preciosa, pero apuesto que acabaré por convertirme en tu favorita.

Torcí los ojos para que mi sonrisa no fuera muy obvia. No me había dado cuenta de cuánto extrañaba no soportar su presencia.

—Cuando eres el Orión misterioso...

—¿Qué?

«*Me fascinas*», manifestó mi traicionero inconsciente.

—Me repeles —pronunció mi boca con dignidad.

Sonrió, un gesto seductor y desquiciante en la misma medida. Lo peor es que yo sabía que detrás de aquella sonrisa había una cicatriz que yo misma había causado, y todavía más increíble era que eso no menguaba el efecto de aquel hombre en mí.

—Y a mí me repele que hayas combinado girasoles con las rosas de tus zarcillos pero aquí estoy, hago un esfuerzo por ti.

—¡Pero si los dos son flores!

—¡Están prácticamente en extremos distintos en la escala de lo que es floralmente compatible!

—Eso ni siquiera existe.

—Lo único que no existe aquí es tu buen gusto, preciosa.

—De hecho, tal parece que se acaba de insultar a usted mismo, caballero.

Orión se detuvo solo un segundo, como si tratara de decidir si había entendido bien mis palabras. Dejó salir aire en una especie de risa diminuta y luego avanzó sin caer en mi juego. Señaló un edificio bajo, de dos plantas, con techo plano y ancho. Indicó que ese era nuestro destino y nos dirigimos hacia ahí. Rodeamos el lugar por un callejón hasta quedar en la parte trasera del edificio.

Orión, de un pequeño brinco, se agarró al marco de la puerta trasera apenas con sus dedos y flexionó sus brazos para levantar su cuerpo como si estuviera en una barra de ejercicios. Luego se soltó de un brazo, el cual estiró para agarrarse a la ventana de arriba, y con un aferre certero de su mano, se subió por completo. Con los pies apoyados en el alféizar y sosteniéndose del marco con las manos, se quitó el broche de las dos espadas y dejó volar su capa hasta mí. Con la parte del prendedor, manipuló la cerradura de la ventana hasta que chasqueó y consiguió abrirla.

—Vuelve a tirarme la capa —ordenó.

Estaba tan embelesada en su maniobra, en la destreza de su cuerpo, en

cada mínima flexión de sus músculos bajo el cuero de su uniforme, que casi tuve que pedirle que me repitiera la orden. Por suerte, logré contactar con mi cerebro antes de quedar como estúpida y le arrojé su capa de vuelta.

Desapareció tras la ventana por un segundo, pero enseguida volvió a asomar la parte superior de su cuerpo. Se inclinó hacia mí para arrojarme el extremo de una soga, la cual usé como soporte para anclar mis pies a la pared y caminar sobre ella hasta llegar a la altura de la ventana e introducirme por ella.

—No hay gente aquí —anticipó en un susurro—, pero eso no implica que sea prudente armar un escándalo mientras bajamos a la primera planta.

—Orión. —Lo detuve al sostenerlo del brazo cuando se disponía a seguir. Ya no tenía la capucha y solo la tenue oscuridad me protegía de sentir el impacto de su rostro—. Tengo... tengo que preguntar esto. ¿Por qué lo haces? No lo que sea que estemos haciendo, sino... incluirme. Si esto pudiera ser peligroso, cualquiera diría que no es propio que me traigas a algo así. Y... ni siquiera es eso, va más allá. Tú estás conmigo y no debería ser así. Podrían matarnos. En los libros, los románticos sacrifican sus grandes amores por el bien de su chica. Y tú actúas... No sé cómo actúas, pero quiero comprenderlo.

Sentí que me había excedido con el final por el dramatismo. Orión y yo ni siquiera nos habíamos tomado la mano, y salía yo a hablar de grandes amores y sacrificios. Esperaba que la penumbra disimulara el rubor de mis mejillas, y esperaba también que Orión olvidara lo que acababa de decir, puesto que si bien me intrigaba la respuesta, no quería que de pronto él reflexionara y me llevara de vuelta al castillo a mi miserable vida solo por «mi bien».

Sin embargo, Orión estaba más serio que nunca, la cicatriz de su rostro me pareció más severa y la intensidad de su mirar insoportable.

—Espero que escuches lo que te voy a decir y lo comprendas. —Respiré y asentí—. Tú no necesitas que nadie te proteja, Aquíá. Ni siquiera yo, ni siquiera de mí. Me has demostrado ser una persona que sabe lo que quiere y, si lo que quieres es jugarte la cabeza por matar tus ansias conmigo, pues jugamos juntos y vemos qué pasa.

Me tenía agarrada de un brazo, di un paso hacia él, luego otro, y lo vi directo a la cara cuando hablé con mi voz estrangulada de deseo.

—Sí, quiero.

Me agarró con sus dos manos el rostro y metió sus dedos entre mi cabello;

me miró sin hacer nada más que eso.

—¿Qué quieres?

—Todo.

Sorbió aire hasta inflar su pecho y luego lo dejó salir en un suspiro atribulado.

—No puedo creer que quieras todo, no tienes idea de lo que significa.

Con cuidado de no parecer hostil, quité sus manos de mi rostro, luego, con una sonrisa incitante me deshice de la túnica que me había prestado hasta quedar solo con el corto vestido negro de los girasoles. Le di la espalda y caminé lento, un paso a la vez, cuidando de que mi cuerpo se moviera como yo quería que lo hiciera, hasta llegar a la ventana. Entonces me volteé y mientras lo miraba a los ojos me senté en el alféizar y rectifiqué:

—Sí, quiero. Todo.

Orión era un cazador, el cazador del cielo, estaba acostumbrado a tratar con presas y no a ser una. No iba a saltar encima de mí, pero cómo me deleité al verlo temblar para contenerse. Él caminó hacia mí, separó mis piernas para hacerle espacio a su cuerpo y puso una mano a cada lado con su rostro casi pegado al mío.

—¿Cómo sabe que lo quiere todo, si no ha probado nada aún, mi *lady*?

—Pues muéstreme.

Sonreí.

Él se acercó primero a mi mejilla, respiró sobre ella, e hizo que mis labios temblaran de ansias, extrañando algo que nunca habían tenido. Pero el cazador no avanzó hacia ellos. Me rozó con la punta de su nariz y con ella marcó una trayectoria por mi cuello, desperdigando su respiración, ocasionando que mi espalda se arqueara. Él lo notó, de otra forma, ¿por qué de pronto uno de sus brazos había abandonado su posición para rodear mi cintura? El afecto sobre mí fue de necesidad pura. Tanta, y más de la que había sentido nunca, que rodeé con mis piernas su cuerpo, atrapándolo, suplicando.

Sus labios se detuvieron entre mi cuello y mi clavícula, y ahí habló con su voz en un susurro que se convertía en dedos de estática que recorrían mi cuerpo.

—¿Dónde quedaron sus elocuentes palabras, mi *lady*?

—Cre...

Tuve que morderme los labios para no gemir cuando los suyos acariciaron la tierna piel de mis clavículas.

—¿Sí, mi *lady*? ¿Iba a decir algo?

—No... —Otro beso, esta vez en mi cuello—. No recuerdo.

—Perfecto. No es que me guste su silencio, mi *lady*, pero me encanta el lenguaje de su cuerpo.

Entonces sentí su mano a un lado de mi rostro, aferrándome, y la punta de su lengua ascendió por mi cuello hasta mi oreja. Me arrancó un grito interno que no pude callar del todo y que salió de mis labios como un llanto de necesidad. Aferré más mis piernas a su cuerpo, como si así pudiera callar lo que gritaba entre ellas. Me enganché con las manos a su cuello y lo obligué a mirarme.

—Por favor. —Mi voz salió entrecortada, y ni sus ojos hambrientos ni su sonrisa juguetona me ayudaban a calmarme—. Por favor, ya.

No era una petición para que parara, sino para que no prolongara mi agonía y continuara de una vez.

Entonces llevó sus manos a su espalda, se consiguió con mis pies y deshizo mi trampa. Se echó hacia atrás todavía con una de mis piernas en sus manos hasta que esta quedó totalmente extendida.

Con mi pie en su poder me quitó el calzado y comenzó con un pequeño masaje que me hizo llevar el cuello hacia atrás del gusto. Si me seguía mordiendo los labios, me los iba a arrancar.

Sentí el primer roce de su boca en mi tobillo cuando sus manos ya acariciaban mi pantorrilla.

—¿Aquí?

—¿Mmm?

—¿Has...?

Posó con cuidado mi pierna junto a la otra. No comprendí lo que pasaba mientras lo veía hincarse en el suelo y entre mis piernas que colgaban de la ventana, con su rostro un poco por encima de mis rodillas.

—¿Qué pasa? —pregunté, nerviosa por alguna razón.

—¿Has tenido un hombre de rodillas, Aquí?

—Yo...

Pero cualquier respuesta que haya ideado en mi cabeza me abandonó cuando sentí que sus manos separaban mis piernas. Sus dedos jugueteaban con mis rodillas, sus labios depositaron pequeños besos en la cara interna de mi pierna de manera ascendente, lento, agónico, incitante. Me sentí a punto de gritar o de lanzar una patada.

—Preciosa...

—¿Mmm?

Su voz contra mi piel tenía que ser considerada un delito.

—Me encantas.

Su rostro ya había llegado al límite de mi falda, comenzaba a retirarla hacia arriba entro un beso y otro.

—Aquí.

—Por Ara... ¿qué?

—Nada. —Detuvo sus labios y dejó sus manos jugar sobre mi muslo, yendo más allá de lo que la falda dejaba ver—. Solo me encanta decir tu nombre.

Sus dedos ya habían dado con el borde de mi ropa interior y habían comenzado a removerla, haciéndola a un lado para acceder a la piel más tierna de mi cuerpo: el punto de más calor. Su roce me arrancó un respingo.

Orión elevó la vista, sonriendo, sin dejar de manipular sus dedos en busca de mi placer mientras la otra mano mantenía a un lado la tela de mi ropa interior.

Aquella zona para mí nunca había estado viva, siempre en pausa, en espera de que un comprador se adueñara de ella. Y Orión la hizo arder en segundos. Con sus dedos curiosos y sus ojos de depredador atentos a los cambios de mi respiración, a cómo mordía mis labios, a los sonidos que escapaban de mí, consiguió un punto con el que yo ni siquiera había soñado. No hubo necesidad de introducir nada, mientras su pulgar disfrutaba de esa humedad viscosa que brotaba de mí, sus otros dedos jugueteaban, presionaban y se movían en círculos en ese punto mágico que me hacía aferrarme al alféizar como si una fuerza externa me arrastrara, que me hacía jadear y suplicar, temblar bajo el dominio del placer más grande que jamás había sentido.

Y así siguió, sonriendo con deleite, sin perderse ni uno de los gestos de mi rostro, dándome más a medida que se lo exigía, hasta que alcancé un éxtasis inhumano que me hizo sentir la necesidad de mover las caderas mientras él me ayudaba con el compás de sus dedos. Entonces vino esa sensación, fue como estar de nuevo sobre las paredes del castillo y saltar de un balcón a otro, pero esta vez me dejé caer y cedí al vértigo para aterrizar de pie con toda mi piel erizada. Entonces exhalé un último aliento y sentí que su lengua se despedía de aquel lugar donde antes estaban sus manos, consiguiendo arrancarme un último respingo.

Con la respiración entrecortada, temí ponerme de pie y de no ser capaz de

sostenerme. Él sonreía victorioso. Se levantó para mirarme a la cara, con devoción y con ternura a la vez, y al apartar unos mechones de mi rostro me dijo:

—No puedo darte todo en un día.

Entonces me acerqué a él, apenas podía respirar, pero me arriesgué a besarlo, apenas un pequeño encuentro de nuestros labios que finalicé con una ligera mordida.

—No importa —respondí sin apartarme de su boca—, no tengo prisa.

CAPÍTULO 19

No te alejes

Era una joyería. Lo descubrí al descender los breves escalones que conducían a la planta inferior. Estaba desierta y vacía de cualquier valor, pero no cabía duda de que había sido una joyería. Por las vitrinas, por los maniqués de mano, de cuello y rostros, por los mostradores. Ahora todo estaba cubierto con telas acaparadoras de polvo, con plásticos, y en cada esquina había un tumulto de cajas vacías o llenas de basura.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté a Orión mientras lo veía revolver papeles, cristales rotos, prendas sin valor y juguetes viejos de las cajas—. Orión, ¿qué se le puede robar a un lugar como este?

Él se levantó para darme la cara, parte de su cabello había escapado de su coleta y ahora le cubría el rostro. En otras circunstancias, él habría vuelto a recogerlo, pero en aquel momento de frustración solo se limitó a apartarlo de un soplo.

—Este lugar era donde trabajaba mi padre. Donde trabajamos los dos.

—¿Era aquí...?

Orión se dejó caer en el suelo, sentado con la espalda apoyada a una de las vitrinas. Pasó un rato con las manos en la cara intentando calmarse a sí mismo, luego arrastró una de las cajas hasta sí para seguir buscando en su interior.

Me arrodillé a su lado.

—¿Qué buscamos? Te ayudo.

—Déjalo, preciosa. —Puso una de sus manos sobre las mías en un gesto delicado que detuvo mi acción—. Yo lo sabré cuando lo encuentre. Contigo solo quiero... hablar.

—Bien. —Me senté y le sonreí para infundirle aliento—. Cuéntame lo que quieras.

—El dueño cerró este lugar cuando ejecutaron a mi padre. Se fue a otra parte de Áragog, a un sitio donde nadie lo relacionara con el escándalo del que fue su único empleado por más de veinte años. Y no me dejó venir a

recoger nada, a pesar de que se rumora que yo heredaré este lugar. Falso, por supuesto. En el pasado, yo solía jugar arriba cuando no había clientes, dejé muchos recuerdos de mi infancia aquí. No sé cuánto se llevó el dueño, cuánto botó y cuánto aún queda por aquí. Siempre me quedaba mirando desde afuera este lugar, y me prometí que algún día entraría y recuperaría algo, lo que sea.

—¿Y por qué hoy?

—No hay un motivo especial, a veces simplemente dices «basta de esperar», y te lanzas.

Me ruboricé por la intensidad con la que me miraba, él no estaba hablando solo del allanamiento. No olvidé esos días que pasé sin noticias tuyas, días en los que tal vez él me había estado observando como lo hacía con aquella tienda, jurando que en algún momento daría el paso que faltaba, el que habíamos dado hacía un momento. Entonces se me hizo una tortura mirar sus labios sin saltar a ellos, se me encogía el estómago de pensar que pronto tendríamos que volver a estar separados y que yo no estaba aprovechando el momento al hacer lo que quería.

Pero no podía. Le dije que no tenía prisa y esa era la verdad; con él, mientras fuera eterno, podría degustar el placer de a bocados.

—¿Qué hacías aquí cuando había clientes?

Orión soltó una risa breve.

—Yo era de esos fastidios ambulantes, siempre pegado a las personas, vigilando que nadie se llevara nada. Algunos incluso me decían «niño, anda a joder a otro lado». —Rio—. Me preocupaba hasta de que no llevaran los zapatos sucios, de que siempre escribieran su nombre en el registro, de que no usaran una pluma con tinta de otro color. Y cuando no andaba en esas, ayudaba a mi papá a limpiar, a organizar, a clasificar.

—Ahora todo tiene sentido.

Orión estiró su mano hacia mí y me golpeó con ella en mi hombro mientras yo me reía de mi propio chiste, luego prosiguió a buscar en las demás cajas.

—¿Puedo preguntar...?

—Tú ya sabes por qué lo ejecutaron.

—Solo tengo una idea, y me puedo equivocar.

—Ya has visto a Sargas, ¿no?

—Sí.

—Lo sabes entonces.

—Es tu hermano.

—Medio hermano. Su madre mantenía una relación secreta con mi padre, al parecer. Él nunca la mencionó. Pero al nacer el segundo hijo de la reina mientras la princesa Shaula, quien apenas era un bebé y estaba en Baham aprendiendo la cultura de su madre, el rey supo que ese niño no era suyo. Es un poco obvio, ¿no?

—Bastante. Pero... ¿entonces cómo lo sabes tú? ¿Y Sargas?

—Su madre se lo dijo. De pequeño, lo traía a la tienda para que mi padre lo viera. Cuando Sargas era apenas un preadolescente, mientras la enfermedad se llevaba a su madre, ella le confesó que era el hijo de aquel joyero, y que yo era su medio hermano. No nos habíamos visto antes, y Sargas se presentó conmigo poco más de un año después. Él seguía siendo un adolescente, pero tenía esa aura que lo hacía parecer mayor, frío, resentido. Como si hubiese vivido mil años. En cambio yo, que sí era mayor de edad, era un entusiasta con mil sueños y mil guerras fantaseadas en mi cabeza.

El semblante de Orión se fue iluminando con el color de la nostalgia mientras revivía su pasado.

—La primera vez que Sargas fue a verme, lo hizo de incógnito, nadie conocía su rostro porque siempre había estado tras las sombras. A pesar de lo apático que solía ser con..., bueno, con todo, quería conocerme, estar cerca de mí. Habló con el rey al respecto, le pidió que me diera un lugar en el palacio para que él pudiera estar con su otro hermano. Le habló de mi habilidad para cazar, de lo bueno que era para combatir contra él, y le dijo que me diera una oportunidad en la guardia general del reino. Y el rey accedió, a medias.

»Así es Lesath, te hace creer que da, mientras te quita; nunca apuesta sin estar seguro de ganar.

—¿Qué...?

Orión sonrió con ternura plena y plausible, llevó una mano hasta mi barbilla y acarició con su pulgar mis labios, y con sus otros dedos sostuvo mi rostro.

—Eres muy curiosa... —Mientras me recomponía del rubor, él retomó su relato—. El rey abrió convocatorias para todo el reino al entrenamiento de la guardia, los mejores cien serían escogidos como oficiales, y los mejores doce serían caballeros honoríficos de la Guardia Real de la Corona. Yo solo tenía que quedar dentro de los primeros cien. Solo eso, y podría ver a mi

hermano con regularidad, estar a su servicio.

»Fueron tres años de entrenamiento recluido en un campamento fuera de la ciudad. No veíamos otras caras que las de los caballeros que nos entrenaban y las de los aspirantes. Solo al seleccionarnos nos dejaron volver a Ara, y cuando lo hice... —Pateó una torre de cajas y dejó que se desplomaran a nuestro alrededor junto con su contenido—. Yo solo tenía que llegar a los mejores cien para estar cerca de Sargas como un guardia más... Cuando volví a la capital después de haberlo logrado, descubrí que habían ejecutado a mi padre. No hubo ninguna explicación al respecto, Sargas seguía en las sombras y jamás salió a darme la cara. Estaba solo, sin familia, sin hogar, y a punto de hacer un juramento a los mismos que me habían apuñalado por la espalda. Así que decidí que ya estaba hundido y que mejor me hundiría por completo, pero arrastraría a los demás. Esperé el momento y me inscribí en el torneo del que saldrían los doce caballeros; vencí, uno a uno, a cada oponente que me plantaba cara. Y gané. Gané el derecho de conocer a mi rey, me juramenté ante él, y esperé el momento de conocer a «mi príncipe».

Orión hizo una pausa para respirar con los labios apretados y su mirada lejos, muy lejos de ambos, tal vez, junto al vencedor que al fin se encontraba con el único familiar que le quedaba y que, con tanta crueldad, lo había traicionado.

—Cuando ese día llegó, cuando volví a ver a Sargas, lo recibí con el golpe que no podría darle a su padre. Le partí la mejilla.

—¿Qué hizo él luego de eso?

—Fue la única vez que lo vi llorar. Dijo que no tenía idea de que su padre haría eso. No... no quiero seguir por ahí. No es algo de lo que esté orgulloso.

—Descuida. —Tomé su mano para tranquilizarlo—. Pero hay... hay una pregunta que quiero hacerte. Él... ¿Sí está maldito?

—¿Sargas? Por su padre, supongo. Desde que el rey vio la cara de «su hijo», lo mantuvo encerrado y lejos de los demás. No quería ver al bastardo de la mujer que le pertenecía, y tampoco quería que el reino lo viera. Eventualmente, estar encerrado en las mazmorras, solo, sin nada que distrajera sus pensamientos más que la realidad de lo que él era: el repudiado, la escoria, el que no encaja ni aquí ni allá, el que no pertenece, al que no ama ni su familia, el de la madre muerta y que aun cuando estaba viva no pudo hacer nada por él, más que enseñarle a camuflarse entre los

campesinos para que conociera a su amante; todo eso afectó algo en su interior. Lo volvió frío, rencoroso, cruel. Y terminó por pensar que las sombras, quienes lo habían visto crecer, eran sus únicas amigas. Conmigo casi era otra persona, eso sí. Conmigo tenía algo donde pertenecer. Le gustaba la libertad de cazar juntos y de no ser el príncipe maldito, ni el medio hermano de nadie, solo ser mi amigo y ya.

—Eran muy unidos.

—Sí... —Orión suspiró y se puso de pie—, éramos. Las cosas cambiaron esos tres años que estuve internado con los caballeros. Cuando volví... ya sabes.

Se agachó a recoger algo entre el desastre que se hizo por las cajas que antes había pateado.

—Oh, mira. Mi arco y flecha de cuanto tenía diez. Ya podemos decir que no perdimos el viaje.

Di unos pasos hasta quedar frente a su cuerpo y entonces me alcé de puntillas para rodear su cuello con mis brazos. Lo miré a los ojos con una sonrisa, y conecté con ese Orión que acababa de desnudarme su alma con demasiada sinceridad. Al verlo corresponder mi cercanía y rodear mi cintura con sus brazos, deposité mis labios apenas en la comisura de los suyos para tentar sin sumergirme por completo en el pecado que significaba él en cuerpo entero.

—Mi buen caballero —susurré mientras mis dedos jugaban con su labio inferior—, yo no iba a dar este viaje por perdido.

Orión me tomó la mano y la besó desde los nudillos a la muñeca, luego alzó la vista y me sonrió como era propio en él antes de terminar de pegarme a su cuerpo y abrazarme como tal vez no lo había hecho jamás con nadie. Cuando me soltó, me besó la frente y acarició mi barbilla mientras decía:

—Este lugar ha dejado de gustarme, ¿sería demasiado impropio de mi parte pedirle, mi *lady*, que me acompañe a tomar algo? Prometo escoltarla de vuelta antes de que el sol de Ara despierte.

—Si quiere no me regrese, caballero.



Estábamos sentados, uno al lado del otro, en una de las pocas mesas que

no estaban abarrotadas de borrachos. Orión tomaba una bebida añeja en un vaso ancho y hondo del que no quise probar, me limité a aceptar el ofrecimiento del dueño que reabrió su cocina para prepararme el plato que entonces me devoraba.

Mariscos de Antlia, uno de los puertos que tiene acceso a las maravillosas aguas que rodean Áragog y lo alejan de los otros reinos misteriosos que hay a miles de millas náuticas. Áragog es tan inmenso como un universo en sí mismo, tanto que importar de Antlia hasta Ara es en exceso costoso. No quería imaginar cuánto le saldría a Orión ese exquisito plato de cangrejo, arroz y pulpo que con tanta pasión me comía.

—¿Nos seguiremos viendo? —pregunté a Orión quien bebía con la vista al frente sin enfocar en nada.

—No tengo idea de lo que sucederá después de que te devuelva con la princesa, pero pienso en ello. Tú tranquila.

—No puedes dejarme de nuevo con Shaula, se supone que después de esta noche me mudaré junto a Sargas, así que...

—Peor todavía.

Moví mi mano por debajo de la mesa, primero con miedo, luego decidida. Caminé con mis dedos sobre el dorso de la mano que mantenía sobre su pierna, y sonreí al ver que se tensaba, al notar cómo contenía su respiración.

—Aquí.

Su voz era una advertencia, se mantenía viendo al frente con el vaso sobre sus labios, pero me hablaba a mí, me pedía que parara, me recordaba el peligro.

Pero yo avancé, habíamos ignorado suficientes reglas como para que me importara una más. Le di la vuelta a su mano y con mi índice jugueteé con el interior de su palma. Él se resistía, pero lo hacía tan mal que la sonrisa se le escapaba por las comisuras de sus labios. Acabé por entrelazar nuestros dedos, decidida a no poder estar cerca de mi constelación favorita sin tocar sus estrellas.

—Estás jugando con la espada en tu cuello —susurró antes de beberse lo que le quedaba en el vaso de un solo trago.

—El problema, caballero, es que usted no ha entendido que ese es mi juego favorito.

—¿Ah, sí? —Volteó para poder verme a la cara.

—Sí.

—Pues que me maten, entonces.

Tras haber pronunciado su sentencia, me agarró el rostro con su mano libre, me atrajo hacia él y encajó sus labios en los míos; me robó el aliento, alborotó mi corazón. Apenas duró un segundo, mas para mí significó una eternidad. Yo estaba cubierta con la túnica y la capucha, los demás estaban demasiado borrachos, ajenos a nosotros para notarnos, sin embargo, aquel había sido el acto más temerario del que había sido partícipe y en consecuencia mi adrenalina se disparó.

—Me vas a condenar, Aquía —declaró después de una pausa y miró al frente como si nada hubiese pasado.

No contesté, estaba demasiado ocupada recordando cómo respirar y, mientras veía al frente sin buscar nada en realidad, reparé en una figura que me dejó sin apetito, sin pensamientos y con las manos heladas.

Con su estatura elevada por los tacones que a la vez contribuían a su porte de imponencia, el cual influía en las personas con tal eficacia que los que estaban a su alrededor parecían encogidos, como si le temieran y la reverenciaran. Ella llevaba guantes de encaje negros; con una mano se abanicaba y con la otra sostenía su amplia falda que combinaba capas de tela negra y vinotinto.

Madame Delphini.

Mantén una conversación con un hombre que sin duda no había ido ahí a beber, se le veía sobrio, con una camisa blanca de botones de oro que destacaban entre los harapos de los pueblerinos. Por el movimiento de manos y la mirada rapaz del hombre, supuse que aquel era un encuentro de negocios.

Ni siquiera recuerdo qué le dije a Orión para avisar que me ausentaría un momento, mi mente viajó hasta que estuve en medio de Delphini y su interlocutor mientras ella le decía:

—Muy tentadora oferta, pero conozco a mis chicas y no cederé ni un anillo al precio acordado. Tú decides.

—¿*Madame*? —interrumpí. Al principio ella se mostró sorprendida, luego fingió esa clase de reconocimiento que se hace de cuando has estado esperando a alguien.

—Oh, lo siento. Llegó mi otra cita, ¿hablamos luego?

—¿Quedaste con alguien más el mismo día que conmigo?

—Te lo dije, no eres el único interesado en Mujercitas y el tiempo apremia.

—Bien. No tomes ninguna decisión, yo... —El hombre se me quedó

mirando a los ojos apenas un segundo—. Pensaré en tus términos.

—Me alegro.

Se despidió con la mano y entonces *madame* Delphini fue de nuevo toda para mí. Cuando me habló, lo hizo con el abanico sobre los labios para que nadie pudiera leérselos.

—Nunca vuelvas a interferir así, estos hombres son peligrosos. Y no solo conmigo. Sin importar quién sea, jamás interrumpas cuando se está en medio de una conversación que parece seria; no sabes con quién podría estar hablando.

—Lo entiendo, *madame*, es que...

Yo no necesitaba mirarme para saber que los ojos me brillaban. Mi sonrisa era absoluta, era como observar a la diosa de mi religión a los ojos. El deseo de hincar mis rodillas a sus pies y de llorar por agradecimiento era arrollador, tanto que me dolía más contenerme, que la posible humillación por lo ridículo que habría sido hacerlo.

En ese momento, Delphini hizo algo que ninguna otra mujer había hecho por mí: me arrastró hacia ella atrapándome entre sus brazos por apenas un segundo. Al instante, me soltó y acomodó los mechones de mi ya desastrosa trenza, pero la intensidad de ese gesto, que humedeció incluso sus ojos, me dejó vacía. Vacía de cualquier otro sentir o pensamiento, vacía de todo lo que había podido preocuparme hasta entonces. Entré en el más genuino estado de plenitud, como si en aquel breve contacto una porción de mi alma y una de la de ella se hubiesen intercambiado.

—A pocas de ustedes vuelvo a ver alguna vez —explicó tras aclararse la garganta—. Y te encuentro días antes de partir.

—¿A dónde iré?

—Dejaré Mujercitas, ya he hecho por ustedes todo lo que podía, hay otras casas de vendidas en otras partes del reino que me necesitan.

—¿La decisión fue suya o del rey Lesath?

—La decisión fue mía, de él solo fue la autorización. No soy de estar mucho tiempo en un mismo lugar. Necesito ser útil, no sentirme cómoda, y empiezo a sentirme demasiado a gusto en Mujercitas, lo cual es señal de que debo marcharme.

—¿Y a dónde iré ahora? ¿A algún lugar exótico?

—A Cetus, el pueblo con el peor mercado de todo el reino.

Sonreí. A pesar de que Cetus era la cuna de las vendidas peor pagadas, no me quedaba duda de lo que Delphini era capaz de hacer. Me alegraba la

perspectiva de ella cambiando vidas donde nadie se atrevía a pisar, un pueblo donde incluso sus habitantes fantaseaban con ver erradicado.

—Nunca se lo pude decir, *madame*, pero usted salvó mi vida y me cambió por completo. Todo lo que está bien en mi vida es gracias a usted.

—¿Cambiarlo? ¿De qué hablas?

—Usted... ¿no lo recuerda?

—¿Crees que una persona se cambia en dos días? Todo lo que eres ahora ya lo eras, solo que estaba reprimido. Yo fui la que dijo «déjalo salir», pero fuiste tú, al fin y al cabo, quien decidió hacerlo. Lo único que hice fue darte armas de supervivencia, armas que tú pudiste haber rechazado, pero que preferiste tomar y hacerlas tuyas.

—No, yo sola no soy nada. El rey me lo dejó claro. —Bufé—. ¿A quién engaño? Todo lo que he «logrado» ha sido a costa de usar el nombre del hombre al que le pertenezco, doy hasta vergüenza. Y, al final, pierdo más de lo que gano.

Madame Delphini me aferró la mano con fuerza, instándome a que la mirara a los ojos. En cuanto lo hice, noté la presión en ellos, como si necesitara que sus palabras se me grabaran en la piel.

—El rey nunca te mentará, esa es su gran cualidad. Y te preguntarás, ¿cómo puede un hombre así ser malo si es más honesto que yo misma? Lo sé, lo he sentido, pero siempre recuerda que la base de su poder está en contarte las verdades que lo favorecen, las que destruyen, y no las que te dan el panorama completo. Dime una cosa, Aquíá, una sola que un hombre como él o sus hijos hayan conseguido por mérito propio y no por su posición privilegiada y su puesto de poder. Cuando te quiera hacer sentir menos por aprovecharte de lo que tienes a mano para salir a flote, recuerda que él no sería nada sin sus leyes que lo acurrucan y la corona que lo enaltece.

»Lo que él te ha dicho es como decirle a un sobreviviente de un naufragio que no tiene mérito porque no se salvó por nadar, sino porque algo más lo mantuvo a flote. ¿Entiendes?

Abrí la boca, pero ella vio la incertidumbre en mí antes de que mi voz saliera, por lo que aumentó su agarre sobre mis dedos y volvió hablar con un tono todavía más apasionado.

—¿Tendrías tú que haber recurrido a lo que has hecho si las leyes fuesen igualitarias?

—No.

—Exacto. Desigualdad de condiciones implican distintos modos de surgir. Ellos nacieron en la cima, y si tú te tienes que colgar del dios Canis, de Ara, de Aquila o de las mismas bolas del rey para escalar, pues, lo haces, y con la cabeza en alto porque el mérito son las ganas y los resultados, no lo que hayas tenido que hacer en medio de tu desesperación. Ellos sobreviven al naufragio en sus barcos de lujos, tú te aferras al primer trozo de madera que se les desprenda porque que uno flota con lo que tiene a la mano. ¿Ahora lo entiendes?

—Sí, tal vez, pero... es que creí que podría ayudar a otras, y el rey me habló del...

—Egoísmo.

—Sí.

—Me juego la vida a que te dijo que yo soy una egoísta y no un ejemplo, ¿verdad?

—Pues... sí.

—¿Y no fuiste tú quien me dijo que te salvé la vida? Todas ayudamos como podemos, en mayor o menor medida, solo que la sombra de la corona de Lesath no le deja ver eso, y así es mejor. Te vendí a Sargas, ¿no?

—Sí.

—Te voy a explicar por qué tú logras cosas y otros no: porque tú quieres hacerlo. Antares tiene otras vendidas, vendidas en un supuesto puesto «privilegiado» porque le pertenecen al príncipe más amado del reino, y si ellas no han logrado lo que tú, es porque ellas no quieren, no se atreven o ni siquiera saben que es posible. Para eso son los ejemplos, y por eso el rey quiere que tú lo seas. Ay, cariño, si te detuvieras un momento a creerle solo a la voz que te dice que tú puedes, este reino temblaría. ¿O crees que el rey intimida a cualquiera por diversión? Sube la cabeza, que si se tomó la molestia de crear un discurso para ti, te está haciendo una reverencia independientemente de sus palabras.

¿Cómo hacía esa mujer para infundir tanta fuerza y seguridad con solo palabras? Cada oración escogida por ella tenía su propio impacto, y su discurso estuvo lleno de ellas que sentí como si me hubiesen bombardeado. No podía dar una respuesta individual a cada una de las frases que significó algo para mí, pero sí puedo garantizar que cuando acabó de hablar me sentí nueva, grande, invencible.

Cuando estuve a punto de responder, unos brazos rodearon mi cintura, acompañados de unos labios ásperos que se posaron en mi mejilla con un

beso. Primero percibí el aroma de un perfume fino que no podría pagar un ciudadano cualquiera, ni siquiera uno bien pagado, y luego escuché las palabras que susurró tan leve como el viento en mi oído.

—Sígueme la corriente y no te pasará nada. Vendrás conmigo.

Luego sentí el objeto punzante presionar en mis costillas. ¿Una daga? ¿Un cuchillo? ¿Una simple estilográfica para intimidar? Sea lo que fuera, contuve la respiración, tragué en seco, y me obligué a sonreírle a Delphini sin hablar por miedo a que me temblara la voz.

—Tenía rato esperándote —dijo el desconocido con un tono confianzudo de amigos cercanos—. ¿Nos vamos ya?

De nuevo, no quise hablar. Asentí yforcé una sonrisa a Delphini de despedida y me dispuse a voltearme junto al hombre.

—Espera. —Delphini me agarró del brazo. No veía al hombre, solo a mí, directo a la cara—. En respuesta a lo que hablábamos, cuando te falte inspiración para crear un vestido, ve al cielo y bébete las estrellas. Aquila brilla muchísimo, en especial esta noche, te ayudará.

—¿Qué?

—En serio, eso hago yo. Me bebo las estrellas y la inspiración fluye.

Era evidente que se había dado cuenta de que algo pasaba, de otra forma, ¿por qué mentía sobre nuestro tema de conversación? Sin embargo, si de verdad había notado que estaba en peligro, ¿por qué no hacía nada? ¿Por qué no me ayudaba? ¿Y qué significaba todo eso que me estaba diciendo?

Nada de eso importó, pues al final ella se dio la vuelta y me dejó en manos de mi secuestrador.

CAPÍTULO 20

No te detengas

Entre el tumulto de borrachos, y con Orión bastante confiado con la excusa que le puse para levantarme a saludar a Delphini, nada impidió que mi atacante y yo saliéramos por la parte trasera de la taberna. Mientras lo hacíamos, él saludó al dueño con ánimo, como un viejo colega, sin retirar el brazo amistoso que rodeaba mi cintura y me mantenía sometida con el filo de un arma incógnita, pero que no dejaba de ser amenazante.

No despertaba del letargo, me sentía adormecida por el impacto de la situación. Hacía tan poco me encontraba extasiada por las caricias de Orión, impactada y confundida por su beso; eufórica y revitalizada por las palabras de Delphini y, de pronto, me encontré cargada de miedo e incertidumbre, incapaz de formular una hipótesis sobre mi destino.

Detrás del lugar esperaban dos hombres más, vestidos con largos abrigos negros recostados de las paredes del callejón oscuro, uno de ellos creaba nubes de humo con un cigarro a medio consumir.

—¿Es ella? —preguntó uno al escupir en el suelo.

—Claro que lo es, mírale los ojos. —Mi atacante me apretó el brazo con más fuerza y me zarandó para que los demás me vieran—. Es la vendida del heredero.

—Perfecto. —El segundo hombre se terminó su cigarro de un jalón y lo arrojó al suelo para después pisarlo—. ¿Y su escolta?

—Lo tengo bien entretenido. Créeme, no nos dará problemas. Y si se atreve a dar un espectáculo por una simple vendida... créeme, nunca más será un problema para nadie.

El fumador sonrió de oreja a oreja. Sus dientes amarillentos y picados solo contribuyeron al retorcijón de estómago que me invadió al escuchar lo que insinuaban de Orión. No solo destruían mi esperanza de que el cazador pudiera hacer de héroe en esa atemorizante ocasión, sino que sugería que él estaba en peligro, o por lo menos a punto de estarlo.

—Perfecto entonces. Sacaremos miles de coronas a cualquiera que quiera

usar a la vendida. Nuestra gallina del hoyo de oro.

Mi captor se rio de su desagradable chiste.

—Creo que no era así el dicho —dijo el otro hombre que había esperado afuera. El fumador le propinó un golpe en la cabeza en cuanto lo escuchó hablar.

—Eres imbécil a veces. Dámela —le exigió al hombre que me sostenía.

—Ah, no. La tengo bien sujeta y quiero que el jefe me vea a mí con ella, yo la descubrí.

—Como quieras. —El fumador escupió—. Arrástrala al carruaje.

Hasta aquel día había creído que el tráfico de vendidas era un cuento que se inventaban para que no nos escapáramos de nuestras mansiones. Se hablaba de hombres que secuestraban mujeres para revenderlas a precios estafalarios cuando tenían un valor especial, o para prostituirlas y sacarles dinero por años cuando no valían mucho. Desde entonces, al ser arrastrada a aquel carruaje de ventanas negras y con un jinete misterioso, empecé a creer en historias de terror.

—Por favor —pedí con voz aterrorizada, una que casi no tuve que fingir, solo saber proyectar, al hombre que me llevaba.

—Calla.

Recibí un empujón.

—Solo quita al puñal, me aterra.

—Que te calles, dije.

—Por favor, por favor, no me puedo mover.

—¡Camina!

—No puedo, quite el puñal, no intentaré nada, ustedes son tres hombres y yo una mujer con la mitad de su contextura, solo quite...

—¡Que camines!

—¡Que no puedo! ¡NO PUEDO! —Me aferré con los tacones al suelo tanto como pude mientras negaba con la cabeza, histérica—. ¡¿Qué no entiende?! ¡No me puedo mover si no quita el maldito puñal! ¿Es que no sabe lo que es el miedo?

—No voy a...

Sabía que para conseguir la credibilidad que requería mi papel y para lograr mi cometido, debía recurrir a la única arma que tenía en mano, aunque esta fuera denigrante y bochornosa. Me oriné encima cuidando de hacer la túnica a un lado para que el líquido caliente se escurriera por mis piernas y le salpicara los pies al hombre que me agarraba.

—¡Puerca! —exclamó cuando las gotas tocaron sus zapatos lustrados y me empujó por la cabeza.

Trastabillé, habría podido caer de pie pese a ello, pero eso no me habría servido de nada. Dejé que mis manos impactaran contra la gravilla del suelo y alcanzaran una piedra. La escondí en la palma de mi mano antes de proceder con lo que tenía en mente.

Hice girar mi cuerpo en el suelo como las manecillas de un reloj, mi pierna estirada chocó con los tobillos del hombre del cigarro lo que lo hizo caer de culo. Me terminé de arrojar al suelo antes de que ellos comprendieran lo que sucedía, giré mi cuerpo debajo del carruaje y me levanté con agilidad del otro lado. Estaba acostumbrada a esas maniobras por los combates con Leo, el único valor añadido era el bestial miedo y la certeza de que si fallaba no habría segundas oportunidades.

Corrí, lo hice tanto como pude y me sacudí los tacones en el proceso, deshaciéndome de ellos sin tener que detenerme.

Escuché sus voces maldecirse entre sí mientras corrían detrás de mí, y lo que fue todavía peor: escuché más hombres salir del carruaje y seguir a los demás. Volteé solo para ver quién iba a la cabeza, y a ese le arrojé la roca que había recogido. La impacté contra su frente y el hombre se llevó las manos a la cara, de ella corrían largos dedos de sangre que le llenaban los párpados, la nariz y los labios; quedó atrás, pero los demás proseguían con la persecución, ajenos a su compañero. Eran al menos siete los que avanzaban a trote detrás de mí.

Doblé en un callejón donde no se veía ni una sombra, apenas el cielo estrellado de Ara. Reduje la velocidad con mis pies descalzos atentos al suelo y mis manos al frente como mis ojos, sentí un contenedor de basura y me subí a él; escuché que algunos de los hombres tropezaron por ir apurados.

Maldecían debajo de mí sin poder verme mientras yo me aferraba a una roca sobresaliente del muro que estaba a sus espaldas. Me impulsé hacia arriba para poner un pie en un hoyo y el otro en un pequeño saliente rocoso para así escalar como la araña ciega que era en los entrenamientos.

De manera casi inevitable, un pedazo del muro se desprendió y resonó contra el contenedor de basura, lo cual puso en alerta a los captores de mi posición. Dos de ellos se dispusieron a subir al contenedor para cazarme mientras los demás, desde abajo, al fin alzaron la mirada y enfocaron lo suficiente para verme. Comenzaron a lanzarme lo que tenían a la mano para

hacerme caer.

Ellos podían tener mucha práctica en negocios o raptando mujeres, pero la que escalaba todos los días con una venda en los ojos era yo. Llegué al techo antes de que el primero siquiera se posicionara en el muro. Retomé la carrera con una sonrisa de éxtasis en el rostro, de pronto, menos asustada, sentí que la situación cambiaba. Me olvidé del peligro como si aquello no fuese más que un examen del salón de asesinos.

Me sentí eufórica, grande por haberlos burlado, invencible al verlos desde arriba como pequeñas hormigas lloronas, y ocurrente porque me atreví a lanzarles un beso mientras tomaba impulso para saltar de un techo a otro.

Me creí tan a salvo entonces que bajé por la escalera de incendios de la siguiente casa, segura de que no me alcanzarían a esa altura, pero sin dejar de correr. Tomé un atajo para despistar, solo por si acaso, y entré por el espacio entre dos casas para salir por una calle distinta. Ahí me detuve, fue solo un segundo, para recobrar el aliento apenas, con las manos en mis rodillas, sin perder la sonrisa, respirando como una bestia agitada.

Entonces ellos cayeron del techo y aterrizaron sin problema sobre sus piernas: estaba rodeada.

No podía creer lo que veía ante mí. Seis de mis persecutores se habían convertido en sirios, monstruosas criaturas con la piel azulada, que exhumaban el brillo de las estrellas por su piel, algunos con el doble de su musculatura original, los ojos vaciados de color y los dedos alargados como garras de piel.

Uno de ellos cargaba al fumador, el único que mantenía su forma humana, como si fuera un muñeco sin peso. Una vez los pies del hombre estuvieron en el piso, comenzó a caminar hacia mí.

De una sola bofetada, me tumbó al suelo. Su saliva no tardó en acompañarme y caer justo en mi ojo izquierdo; su zapato destrozó mis dedos contra la gravilla.

—Agradece que no le dije a ellos que te castigaran. —Se hincó sobre mí y sacó una curiosa navaja curva del bolsillo de su abrigo, su hoja no era metálica, sino de un pulido color hueso, sin embargo, no dudé de su filo al tenerla contra mi cuello, encajada casi perfecto en su curva con punta, clavada a un lado—. Diente de dioses, de eso está hecha esta maravilla. ¿Sabes por qué? Porque está hecha con los dientes de todas las mujeres que se revelaron a mí y pensaron que sus dioses las salvarían. Sé lo que ustedes piensan. «Estos hombres no me harán nada, me necesitan hermosa». Todas

se equivocan.

Me clavó la navaja en el brazo, atravesando mi túnica, y la arrastró hasta la mitad. Sin saberlo, me reabrió la herida que me había hecho durante el entrenamiento. Un grito de dolor, una mordida letal a mis labios que me bañó de su sangre, y la aparición de mis lágrimas fue el efecto de aquel dolor.

—Solo las necesitamos vivas y con el hueco intacto. Lo demás no importa, a ningún hombre le importa en realidad.

Sus dedos rebuscaron en el corte que me acababa de hacer, despertaron su fuego, y consiguieron que se me escapara una maldición de los labios. El cielo parpadeaba mientras los sirios consumían su poder, pero Aquila se mantenía intacta, más brillante que nunca. La maldije, lo hice mientras la agonía del dolor era insoportable, lo hice en medio de ese estado de mareo que a la vez era lo más despierta que había estado en mi vida. La miraba a los ojos, no como los puntos que era, sino al águila. Estaba agonizando, sí, porque de verdad la veía palpar, llamarme, golpear mi pecho con la ráfaga que resultaba del batir de sus alas.

—¿Por qué me abandonaste? —baluceé entre sollozos.

Aquila parpadeó para mí y se tornó más brillante que nunca.

Era tan insólito lo que veía que por un momento me olvidé del dolor y me concentré en ella, en mi constelación. El compás con el que titilaba era idéntico al de mi corazón, casi como si tocara a su puerta.

Solo por curiosidad, la llamé, le dije que era bienvenida, y entonces sentí que se vertía dentro de mí. Su luz recorrió mis venas como esencia líquida y espesa, su brillo se fusionó con mi alma y la hizo brotar de mí como escarcha. Era casi como si me bebiera una a una las estrellas de mi constelación. Recibía de todas algo distinto que conformaba un extraordinario todo. El brillo de mi cuerpo quemó a mi atacante, el cual retrocedió como un perro asustado. El dolor me abandonó, mis sentidos se despertaron, y el aura escarchada se concentró más allá de mis dedos, solidificándose como garras curvas de un blanco resplandeciente; no tenían ni la mitad del tamaño que las de los sirios, pero sin duda no eran humanas.

—Maldita sea, ¡es un cosmo! —gritó el único humano entre los sirios, ocasionando que uno de ellos se abalanzara sobre mí.

Me defendí por instinto, sin saber si daría resultado, y moví mi mano derecha en un zarpazo hacia la bestia que se abalanzaba sobre mí. Mis garras quemaron la piel grisácea de su pierna, que fue lo que alcancé a

golpear, y dejaron tres surcos largos llenos de pústulas que burbujearon. El sonido que brotó de la criatura fue un gruñido inhumano, él siguió de pie, aunque cojeaba.

Intenté levantarme, dispuesta a estrenar mis nuevas armas, cuando un ardor incesante apareció cerca de mis omóplatos y me tumbó de espaldas.

Me golpeé la cabeza con la gravilla. Me habría roto de no ser por ese inusual refuerzo que le daba el aura de Aquila a mi cuerpo, pero esa victoria era insignificante en comparación con lo que sentía. La espalda me palpitaba con un dolor insoportable, como si algo dentro de mí quisiera salir por esa vía. El problema era que cada choque contra mi piel ardía y me hacía convulsionar en el suelo; se me hacía casi imposible ignorarlo o resistirme.

Un sirio corrió hacia mí al aprovecharse que yo gritaba anunciando la evidente debilidad. Tomé la navaja que el fumador había soltado al quemarse con mi aura y me levanté de un salto tras caer en cuclillas. El ardor no me dejaba concentrarme; era como un fogonazo, me dejaba ciega en un parpadeo y cuando recobraba mi visión, todo se me hacía borroso y lleno de manchas verdes. Me mareaba.

No pelearía en mi mejor condición, pero tampoco les dejaría comerme servida en el suelo.

Cuando la criatura se acercó, salté a un lado para evitar el impacto de sus garras, me mantuve acuclillada y, en cuanto levantó su brazo para tomar impulso y volver a atacar, aproveché ese descuido para enterrar la hoja de diente de dioses hasta el mango en su entrepierna sin llegar a sus joyas. La arrastré hacia abajo, hasta la rodilla, y diseccioné su arteria femoral.

La sangre ardiente me bañó la cara, el pecho y los brazos. Puede que aquellos monstruos no fueran del todo humanos, pero quedaba claro que sangraban como uno.

Punto para mí, el primero se desplomó sin vida.

Luego atacaron dos más. Me limpié la sangre de los ojos con las muñecas y maldije tras gritar por otra de las extrañas arcadas ardientes de mi espalda. Le rogué a Aquila que dejara de maltratarme, el dolor se robaba mi concentración y necesitaba tanta como fuera posible para salir viva de ese enfrentamiento.

Los sirios, pese a su apariencia de bestias, eran seres racionales. Mantenían la capacidad de analizar y de fabricar estrategias, por lo que ninguno de los dos que me atacó entonces dejó al descubierto sus piernas.

Si me levantaba, el mareo me volvería a tumbar, cuando no lo hacían los golpes de mi espalda. Me sentía incapaz de ganarles en un combate cuerpo a cuerpo debido a la notable diferencia de nuestras garras. Así que me tumbé en el suelo y rodé con todo mi peso contra uno de los sirios. Este cayó de boca y yo aproveché el momento para subirme a su espalda de un salto, levantarle la cabeza al agarrarlo por el cabello, y seccionar la carótida en su cuello con un único corte de mi navaja.

Su vida se escurrió roja y caliente entre mis dedos. No sé por qué razón eso me hizo sonreír. Por un momento como ese había entrenado meses. Para ser capaz de arrancarle el alma de las venas a cualquiera que se atreviera a amenazarme. No necesitaba que me lo explicaran para comprender que si Delphini no me había salvado, fue porque ella esperaba que lo hiciera yo misma. Además, eso me confirmaba que, sea lo que yo fuera, ella lo era también.

Luego fue como si lo que había en mi espalda se cansara de ser ignorado y empezara a gritar más fuerte. Caí al suelo y temblé de dolor, solo evité que el otro sirio me matara al mantenerlo a raya tras lanzar sin estrategia zarpazos de mis nuevas garras.

Eso podía mantener apartada a una de esas criaturas, pero ¿y las demás? Cuando todos me rodearan, estaría perdida.

No obstante, no tendría que descubrirlo puesto que algo inusual, si es que todavía existía esa palabra en mi vocabulario después de todo lo vivido esa noche, hizo que todos centraran su atención en eso y no en mí.

—Maldición, no puede ser otro —exclamó el hombre que se resguardaba apretujado contra una pared.

«Otro. ¿Otro qué?», pensé.

Estaba tan mareada y ciega por el dolor que no lo había visto llegar, mis ojos no se enfocaban en nada más que en sombras borrosas. Pero sí lo oía. Las criaturas gritaban primero al atacar y luego de agonía cuando caían. ¿Qué las estaba eliminando?

Supe que si seguía bebiendo de Aquila no me recuperaría, así que ignoré el terror de nunca más ser capaz de recurrir a ella y la solté. Solo entonces me abandonó todo: las garras, el aura, la nueva vitalidad en mis venas, la ausencia del dolor en mi brazo, mis sentidos más vivos. Quedé sola y vacía, pero al fin lo pude ver a él.



FANART

@LinMaddie

CAPÍTULO 21

No te reprimas

Orión Enif, el cazador del cielo.

Sus pies descalzos ni siquiera rozaban la gravilla, unas imperiosas alas de plumaje blanquecino, como perlas del cielo con vetas plateadas, lo mantenían sobrevolando. En cada majestuoso batir de sus nuevas extremidades, una ráfaga de viento barría las piedras del suelo, mis mechones de cabello suelto, la basura desperdigada.

Volaba, pero apenas, pues mantenía su cuerpo a la altura suficiente para abatir a los sirios que se le acercaban. Las garras de las criaturas, pese a parecer de carne, soportaban el impacto de la espada de Orión como cualquier hoja férrea. Orión no tenía la espada de su cinto, la que usó para entrenar conmigo, no jugaba a nada, pues había desenvainado el arma despiadada de hoja negra que siempre llevaba a la espalda.

Su rostro... ¡Por Ara! Su rostro eran distintos acordes de ira y de pasión que componían una sinfonía de guerra. No como en aquel primer encuentro, cuando lo vi luchar contra los sirios con una sonrisa de niño travieso. No, el Orión que descendió del cielo esa noche no tenía razones para sonreír, solo odio, furor y la más vehemente determinación que le vería nunca.

Su poder también venía del cielo. Él no refulgía como lo había hecho yo un momento antes. Sus alas dejaban una estela resplandeciente en cada movimiento, sin embargo, el mango de su espada, justo donde lo aferraban sus manos, estaba cargado de una luminosidad concentrada, como si le robara la luz al resto de su cuerpo para depositarla allí. El resto era el Orión que conocía.

No tenía camisa, al igual que sus rivales, las venas de sus antebrazos se tensaron al límite por el agarre absoluto de la espada mientras se debatía en múltiples duelos con los sirios. El metal rugía como truenos que hacen temblar las paredes por su impacto contra las garras de los monstruosos adoradores del dios Canis. Algunos estuvieron cerca de alcanzarlo con sus zarpazos, pero Orión elevaba su vuelo para luego descender detrás de las

criaturas y cercenar con la terrible fuerza de sus embestidas.

Sus músculos se contrajeron y palpitaron cuando blandió su espada contra la nuca de una nueva víctima que cayó decapitada hacia el frente y, sin descanso, tuvo que enfrentarse en duelo con otro más.

De su pecho corrían hilos de sudor que se deslizaban por su ingle en tensión y humedecían el revestimiento de su ropa interior, la cual se asomaba más arriba de la tela de sus pantalones. Lo percibí letal, pero cansado, tenso como un único músculo cuya finalidad era la de maniobrar la espada que lo mantenía en juego.

Y todavía le quedaba un sirio persistente que no se dejaba abatir ni caía en sus trucos de vuelo.

Como por un golpe de realidad, desperté de mi trance. Aquila me seguía llamando en el cielo, pero la ignoré; no quería volver a pasar por el calvario de mi espalda.

Tenía la navaja de diente de dioses pegada a mis dedos por la sangre de los sirios a los que había matado. Me aferré a ella, la testigo de mis primeros asesinatos, la tumba de mujeres desconocidas que creyeron en algo, y corrí hacia su dueño. El hombre se agazapaba contra una pared, muerto de miedo, tanto como para ni siquiera huir. Lo agarré por el cabello, quería que me viera a los ojos y no tenía tiempo para pedirselo por favor.

—Suéltame, puta.

—Mi nombre es Aquía.

—Juro que...

—Mi nombre, dilo.

El arma en mi mano no le dejó otra opción, tal vez esperaba mi piedad, el caso es que accedió con la garganta contraída.

—Aquía.

Sonreí.

—Ara salve al rey —fueron mis palabras antes de rajarle la garganta.

Su sangre empapó mi pecho, mi barbilla, incluso mis labios y mi frente, pero no aparté mis ojos de los suyos mientras la vida se le escapaba. Fui yo su última palabra, su último recuerdo, lo último que vería.

Luego corrí a la mitad de la calle, me arrodillé y apelé al lado racional que ya había comprobado que tenían esas criaturas. Orión seguía sin abatir al último, y se cansaba, lo sabía. Yo era la mejor moneda de cambio que el sirio tendría jamás. Así que lo llamé, un grito tras otro para atraer su atención. El monstruo no fue estúpido, no volteó mientras tenía la espada de

Orión tan cerca, sino que retrocedió varios metros con un salto de sus piernas reforzadas, y me miró.

Un segundo. Era todo lo que necesitaba para devolverle a Orión el rescate que le debía desde nuestro primer encuentro. En el instante en que el sirio volteó a mirarme, la navaja se clavó en su ojo. Bendije a Ares y a Leo por haberme entrenado tan bien.

El irreal Orión alado descendió hasta el suelo y corrió con sus pies descalzos; sus nuevas extremidades estaban desplegadas. Arrastró sus plumas por el suelo mientras levantaba piedras a su paso.

Yo lo recibí con los brazos abiertos, fue como el impacto de un emocionado cuando ve a su dueño.

—¿Cuánta de esta sangre es tuya? —preguntó alarmado al verse empapado de aquella viscosidad rojiza.

—Solo tengo una herida en el brazo, descuida.

—Vámonos.

—Orión... —Tiré de él hacia mí y lo besé con creciente necesidad. Estuve muerta, muy viva, convaleciente, y viva de nuevo en una noche. Me debía eso, me debía sus manos en mi cabeza, me debía sus labios al despertar el anhelo de mi cuerpo. Merecía su respiración contra la mía y la ferocidad con la que nuestras bocas desgastaban la adrenalina del momento.

Cuando él nos separó y me miró a la cara, fui capaz de ver cómo se decidía. No había nada más que pensar; él no me quería lejos y yo no haría nada para que se apartara. Si nos teníamos que hundir, pues, al fondo iríamos con los dedos entrelazados y nuestros labios juntos.

—Hay muchas cosas...

—Lo sé, necesitas respuestas. No es el momento.

—No, necesito saber... ¿Qué eres, Orión Enif?

—Tuyo.

Así, me tomó entre sus brazos y emprendió el primer vuelo que haríamos juntos. Él batió sus alas, desafiando el tiempo y la gravedad mientras nos aproximábamos al castillo. Yo tenía mis brazos alrededor de su cuello y gritaba, pegada a su pecho húmedo y caliente con tanto horror como placer. Me gustaría contarles cómo se veía Ara desde lo alto, pero lo cierto es que jamás aparté mis ojos del cielo que nos recibía tan lejos y tan cerca a la vez, brillando al compás del cazador alado.



Entramos por el balcón de la princesa, pero no nos quedamos. El cielo ya aclaraba, tenía que ir de inmediato a las mazmorras de Sargas o tendría problemas con el rey. Entré al cuarto de baño de la princesa; no esperaba que ella ya estuviera levantada.

—Alteza —saludó el Orión alado, cubierto por una segunda piel de sangre, a punto de rebosar de sudor con el pelo suelto, húmedo y despeinado.

—¿Eres un cosmo? —preguntó ella más sorprendida por nuestra interrupción que por las alas del caballero.

Me quité la ropa tras la pantalla plegable y me metí en la bañera; debía despojarme tanto como pudiera de la sangre seca, del sudor y de la suciedad de la noche.

—Sí, princesa —escuché la respuesta de Orión a través del baño.

—¿Mi hermano lo sabe?

—Por él es que lo sé yo.

—Comprendo. —Shaula asintió para sí misma—. Eres la única cosa buena que he visto hacer a Sargas. Su única... excepción.

La princesa hablaba casi con desdén de su hermano. No me sorprendía si tenía en cuenta que él le había quitado el trono al nacer y que, además, acabaría por casarse con Lyra.

—Recemos a Ara porque su espíritu fraternal sea grande cuando me reciba en un momento —comentó Orión.

El agua de la bañera se tiñó de rojo y yo no estaba ni cerca de estar limpia, pero me conformé. Con una toalla, busqué una bata de dormir para salir, sin importar nada, no tenía tiempo de arreglarme y mucho menos ganas.

—Por favor —instó Shaula a Orión—, aséate antes.

—Alteza, no creo que...

—Es una orden de tu princesa, y guarda esas alas. Tengo que hablar con Aquía.

—Como ordene, alteza.

En lo que Orión se retiró para asearse, la princesa se giró hacia mí y me vio con la intensidad de una preparadora desconcertada.

—¿Un caballero real? —inquirió Shaula cruzada de brazos.

—¿Tu cuñada?

—No estoy jugando, Aquíá. Puede que yo sea mujer, pero soy una princesa con influencia suficiente como para poder tomarme algunas libertades. Nadie se atrevería a acusarme de nada a la cara a menos que me descubran con mis labios en la boca de Lyra. Tú te estás jugando la cabeza.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

—Pasamos demasiado tiempo cuidando nuestras cabezas, ¿no? Y, al final, es posible que caigamos de todas formas. Por un medio u otro el reino nos aplastará, ya sea con una espada, con un pie en el pecho, al presionarnos contra el suelo, o con una mano en la boca para callarnos. Soy una ladrona que solo roba lo que le han quitado. —Suspiré mientras trataba de no airarme—. No me juzgues, el hecho de que para ti sea más fácil tocar la libertad, no significa que yo no luche por alcanzarla.

—No te juzgo, te advierto. Tú sabes la vida que quieres vivir y lo que estás dispuesta a apostar por ella, simplemente soy incapaz de decirte «hazlo, no te pasará nada». Pero que Ara me libre de persuadirte para que no lo hagas. —Me apretó la mano—. Odio que tengas que irte.

—Odio no poder quedarme.

—¿Qué harás con mi hermano?

—No lo sé.

Esa era una cuestión que quería evitar incluso en una conversación.

—Solo te voy a dar un consejo de supervivencia: mantén a mi padre contento. Eres inteligente, sabrás cómo hacerlo sin perjudicar tus propios deseos.

Asentí, aunque la verdad no tenía ni idea de cómo proceder.



De nuevo recorrimos el trayecto hasta las mazmorras, de no ser por la princesa que mandó a uno de sus hombres a buscarle una túnica a Orión, él habría tenido que caminar con el torso desnudo, lo cual no me hubiera molestado; pero despertaría la atención que debíamos evitar. Me escoltó como un guardia, no como el hombre que había sido conmigo durante esa noche.

No sé lo que ocurrió con sus alas después de que entrara al baño, pero el punto es que salió sin ellas. Llegué a preguntarme: ¿de verdad estuvieron

ahí? ¿No las habré imaginado? ¿Serían un efecto del miedo, del mareo, o del alcohol que bebí más temprano con las chicas?

Eran demasiadas dudas, demasiadas desquiciantes contradicciones, que me descubrí incapaz de dar un paso más al cargar con ellas. Detuve Orión en uno de los pasillos estrechos, cavernosos y descendentes camino a la morada del heredero.

—No puedo. Necesito saber...

—Aquí, ya habrá tiempo...

—¿Y si no?

Le planté cara. Su cabello seguía suelto por la humedad del reciente lavado y le caía por el rostro; parecía ser el menor de sus problemas. Deseaba poder estar más tiempo a su lado y no tener que devorar su imagen tanto como fuese posible en segundos para luego repetirla en mi soledad.

—Orión, yo necesito saber. Toda mi vida se ha basado en saber y aprender cosas. Me tenía que comprar un erudito, no un príncipe maldito con la capacidad de decir solo conjugaciones del verbo callar. Me asfixia el desconocimiento. Áragog es inmenso y todos parecen saber más de él que yo. Está lleno de misterios, de máscaras, de mitos que esconden verdades, y de verdades que no lo son, pero que parecen serlo. Sargas no va a decirme ni una palabra al respecto, y hoy sucedió algo conmigo y contigo a lo que no le encuentro explicación. Necesito respuestas.

—Trataré. —Orión se rascó la nuca—. A ver... Los sirios le venden su alma a Canis para conseguir poder de las estrellas, poder monstruoso, oscuro. Vender su alma es una agresión a sí mismos, a la voluntad de las estrellas que solo otorgan poder a quienes ellas creen que lo merecen y, por eso, el resultado son criaturas como las que viste. En cambio, los cosmos son escogidos por sus constelaciones desde el principio para poder recurrir a ellas en caso de necesitarlas. Nosotros somos cosmos.

—¿Eso qué significa? ¿Qué podemos hacer? ¿Todos somos así?

—No, un cosmo es en ser «escogido» por las estrellas... Ni siquiera es escogido, enviado. Una parte de Aquila, tu alma, se depositó en tu cuerpo en cuanto fuiste nombrada. Hay muchas historias al respecto que hablan de reencarnación. Las estrellas son almas que han tenido una vida en el cielo, ya sea trágica o heroica. En algún punto, luego de finalizado el propósito de su primera vida, se las envía a la tierra a vivir como humanos. Algunos cosmos tienen recuerdos de sus vidas pasadas, de quienes fueron allá arriba. Otros se mueren con el misterio de esa existencia. Pero se sabe que

estuviste allá y que ahora estás aquí.

»En cuanto a lo que puedes hacer... es bastante difícil de explicar; la mayoría es un misterio. No es algo que enseñen las institutrices. Hay teorías que hablan de que el rey mantiene en secreto la existencia de los cristales nocturnos de Ara, los que nos permiten salir en la noche, a las mujeres. Se dice que ustedes son más propensas a recibir una lasca del cielo. Él teme que si recurren a ese poder..., ya sabes, someter a una mujer de carne y hueso es una cosa, pero a una que con mirar al cielo obtiene poder de él, es otra.

»Parte del universo reside en muchas de ustedes, pero nunca lo sabrán porque jamás han estado en contacto real con el cielo nocturno, incluso desconocen que pueden hacerlo.

—¿Tú sabías que yo era esto?

—Imposible saberlo. Pero lo supe esta noche. Cuando te busqué, fue... Aquila palpitaba demasiado, me guio a ti. Supe que eso solo podía ocurrir por una razón. No sé mucho de reconocer otros cosmos a simple vista, he pasado años tratando de comprenderme a mí mismo, lo que soy, lo que fui, y lo que puedo hacer. Todo lo que se sabe de la cosmología se ha descubierto de forma individual y pocos comparten ese conocimiento, por eso es un arte tan inexacto y del que puede haber miles de cosas que ignoremos todavía.

—¿Arte? No jodas, esta mierda es magia.

La sonrisa que provoqué en los labios de Orión fue tan amplia como incontenible hasta el punto de que casi parecía una risa en sí misma.

—Puede ser. Vaya que estás consternada para usar ese lenguaje.

—Bueno, no es para menos. Esto es demasiado... y desconocido. Pero tú sabes algo, mucho más que yo. ¿Cómo funciona? ¿Qué debo y puedo hacer?

—Tú lo hiciste sola. Es que estás allá: Aquila eres tú, y tú eres ella, no hay más. Yo no puedo interferir en la forma en que ustedes se comunican, es algo muy personal. Sí puedo decirte que el «cosmo» es la esencia, el poder de una constelación repartido a cada una de sus estrellas. Recurrir a él implica que su vitalidad ahora es tuya, y tú decides cómo administrarla y dependerá de lo que quieras y de su alcance.

—No entiendo, ¿qué haces tú? ¿Cómo es el cosmo de Orión?

—Mi nombre es Orión Enif.

Rodé los ojos.

—Lo sé, ¿y eso a qué viene?

—Enif es una estrella de Pegaso. Orión no me escogió, fue Pegaso. Por eso las alas. Los cosmos suelen adquirir características, sentidos y habilidades de las que fueron sus constelaciones. Pegaso me da alas y un aura que puedo utilizar como escudo en todo el cuerpo. También puedo concentrarla en una parte específica, pero el resto de mí sería vulnerable, aunque en donde concentre el aura, seré letal. Ya sea porque refuerce mis pies para un salto o una caída, mis manos para quebrar o lo que sea.

—Eso era lo que les pasaba a tus manos ayer, por eso brillaban.

—Sí. Decapitar un sirio no es cualquier cosa, sus huesos tienen tres veces la resistencia de los humanos comunes aunque su carne sea igual de blanda. Por eso usé el poder de Enif en mis manos, para blandir a Cassio con la fuerza necesaria. En circunstancias normales, ni siquiera podría levantar su hoja. Esa espada me la regaló Sargas cuando descubrimos que soy un cosmo. La espada está ahí para cuando use la fuerza de Enif, de lo contrario, no podré blandirla. Yo podría concentrar el poder en Cassio, pero luego no podría levantarla.

—¿A qué te refieres? ¿Puedes transferir tu poder a otras cosas?

—Deberías, pero luego hablamos de eso.

—No, Orión. —Lo detuve con un brazo cuando preví sus intenciones de avanzar y lo estrellé contra la pared—. Dime.

—Es que no podría explicártelo en este trayecto. Se... se supone que solo puedes recurrir a la transformación de noche, al comunicarte con tu constelación. ¿Y qué pasa si estás en peligro durante el día? O de noche, pero encerrado, lejos de todo contacto con el cielo.

—Muy buena pregunta, ¿y la respuesta?

—Nunca devuelves el poder. Por supuesto, como no se puede andar por la vida brillando y con alas, sin llamar la atención, depositas «eso» en algo. El problema es que ese algo estará vivo y conectado a ti, responderá a tus órdenes dependiendo de lo que escojas, si puede moverse, si no lo hará. Suelen... hablar. Hablarte, reaccionar al entorno dentro de tu cabeza. Y debería ser algo que tengas a la mano por si necesitas recurrir al poder de su interior. Y, ya, Aquí, seguimos en otro momento.

—¿Tú llevas ese poder contigo? ¿Te habla? ¿Qué es?

—Dije que ya.

Y no se habló más del tema, pese a mi todavía creciente curiosidad.

Al llegar a la entrada de las mazmorras, él se identificó, mostró sus

muñecas y de nuevo nos sumergimos en aquel lugar laberíntico, frío y oscuro que me provocaba escalofríos a cada paso que daba.

—Orión... —dije antes de torcer el pasillo que nos faltaba para llegar ante la presencia de Sargas.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó al tomarme del rostro con sus manos, comprendía el temblor de mi voz.

—No quiero.

—¿Qué no quieres?

Pero él ya lo sabía. Lo vi en sus ojos, en el pesar y en la necesidad que había en ellos. Aquel hombre me vio a punto de ser comprada por un monstruo, mientras lloraba, semidesnuda y destrozada. Pagó por arrancarme de ese destino, aunque su hazaña conllevara grandes problemas para él; trató de desprenderse de mí, sin jamás decirme lo que hizo; evitó decirme su nombre; me salvó de los sirios; discutió conmigo por perturbar su orden; se alejó; me entrenó; se resistió con brío a cometer una locura las tantas veces que me tuvo contra un suelo o una pared; escapó conmigo; descendió con alas y una espada de héroe para rescatarme de la consecuencia de nuestros actos y, ahora, me tenía que entregar a su hermano sin saber cuándo me volvería a ver.

—La última vez te dije que me miraras a los ojos y me dijeras qué querías. Ahora te pido que lo hagas de nuevo, que me digas lo que no quieres.

Se mordió los labios, sus manos seguían en mi rostro y sus ojos conectados a los míos. Cuando habló, lo hizo con un susurro sobre mis labios.

—No quiero entregarte. Pero esto es más grande que nosotros. Al menos, por ahora lo es.

—Ven acá.

Agarré sus manos y las llevé hacia mis hombros, dejé que sus dedos hicieran una relajante presión sobre la zona mientras movía mi cuello de un lado a otro. Luego lo miré a los ojos y dije:

—Quítate la túnica.

—¿De qué hablas, Aquía? No juegues ahora.

—No juego, solo hazlo.

—¿Por qué...?

—Orión... —Llevé una de sus manos a mi rostro y respiré el perfume del baño de la princesa que se adhirió a él. Luego la llevé a mis labios y

desperdígué besos por cada uno de sus dedos—. Hazlo.

Obedeció, aunque no sin cierta resistencia, se deshizo de esa innecesaria cantidad de tela de colores sobrios y quedó solo con unos bombachos negros que resguardaban su desnudez.

—Date la vuelta.

—¿Qué estás...?

Como no quería repetir aquella puja que solo nos restaba valioso tiempo y que podría debilitar mi repentina osadía, yo misma lo hice girarse hasta darme la espalda. Orión rio casi en un susurro por lo insólita que se había tornado la situación en segundos, pegó sus manos a la fría pared de piedra que tenía en frente y volteó a mirarme con una mirada que abarcaba intriga como una traviesa diversión.

—¿Qué haces, preciosa?

Llevé las puntas de mis dedos a inspeccionar las cicatrices gemelas de su espalda, mismas que sin duda tenían que ver con aquella sobrenatural versión de sí mismo, el Orión con alas que descendía a decapitar sirios con la fuerza de Pegaso en sus manos. Recorrí sus músculos con lentitud, primero con mis dedos, y luego me atreví a posar mis manos completas sobre su piel helada por el reciente baño. Estaba tenso, aunque no como lo estaba en medio de un combate. Sus nervios se notaban por la tirantez de sus músculos bajo mi tacto, en como contenía la respiración a medida que me acercaba a conocer otra zona.

Lo rodeé con mis brazos, mi rostro contra su espalda, mis manos recorrieron su pecho, su abdomen, su ingle...

—Los dedos. —Me advirtió en cuanto me puse a jugar con el borde de la poca ropa que le quedaba. Accedí con timidez a una sección de piel que no estaba para nada fría.

—¿Qué tienen mis dedos? —susurré con mis labios en su espalda que se arqueó con ligereza al contacto con mi aliento.

—No deberían estar ahí —replicó casi sin voz.

—Hay muchas cosas que no debería haber hecho en la vida, caballero, ya debería estar acostumbrado a mi irreverencia.

—No. —Su mano se cerró firme sobre mi muñeca y evitó que bajara más —. Una pared. Una pared es todo lo que nos separa de tu dueño, Aquía.

—Veo que comprendes la razón por la que no deberías hacer ruido, ahora, si me permites...

Con mi otra mano aparté la suya. Volvió a apoyarse en la pared mientras

se mordía los labios, como si así yo no pudiera notar que sonreía como nunca.

Mis dedos reptaron por su piel hacia abajo, mis labios, dientes y lengua recorrieron su espalda hasta la base mientras él se tensaba, se retorció y se mordía para no proferir sonido alguno. Mis manos llegaron a sus muslos y se aferraron a ellos; se aprendieron su tamaño, la suavidad de su piel, los bellos que se erizaban al contacto. Me fui moviendo a la cara interior y de ahí, hacia arriba, poco a poco, nerviosa y necesitada al igual que él.

Entonces una de mis manos se detuvo, y la otra se cerró en la parte de él que más ardía. Él ahogó un suspiro de sorpresa y de placer contra uno de sus brazos; yo estaba demasiado ocupada reconociendo el terreno. Duro, hervía contra la tierna piel de mis manos, palpitaba de anhelo mientras yo subía y bajaba por su longitud, primero muy, muy lento, luego respondiendo a las señales de su deseo con una ligera aceleración *in crescendo*.

Cuando me introduje en el espacio que había entre él y la pared para quedar acucillada de frente, bajé sus bombachos solo lo necesario para liberar esa parte de él que rugía de hambre. Él introdujo sus dedos en mi cabello y con toda la firmeza que podía ejercer con su mano me obligó a mirarlo mientras negaba con la cabeza.

Eso, más que detenerme, me alentó por la perspectiva de ver a los ojos sus reacciones, y fue la razón de que sonriera mientras lamía mi mano para luego devolverla a su trabajo. Orión negó con la cabeza cada vez más indeciso entre sonreír, maldecir a Ara, empujarme o solo morderse los labios para mantener sometidos los bramidos que reptaban desde dentro con cada movimiento mío.

Todavía con su mano en mi cabello, me moví más cerca de su entrepierna y dirigí lo que manipulaba mi mano hacia mi boca; respiré cerca sin tocarlo. En cuanto mi lengua comenzó a trazar círculos, Orión comenzó a temblar y sonrió libre y extasiado. Cuando al fin lo introduje en mi boca, su cabeza cayó hacia atrás y su mano me dirigió más y más profundo, sin llegar a la base.

¿Y si Sargas salía y nos veía? ¿Y si cualquier guardia aparecía y nos veía? Orión pareció olvidar esos obstáculos mientras manipulaba mi cabeza al ritmo de sus caderas, de arriba abajo, con un ritmo que variaba su velocidad con pausas en las que yo me entretenía para jugar con mis labios y mi lengua. Eso parecía encantarle, y su placer a mí me deleitaba, me hacía añorar más de esas muestras de jadeos y de temblores.

Cuando al fin le arranqué un bramido pese a sus intentos de mantenerse mudo, su mano aferró mi cabeza para detenerme. Quise seguir a toda costa, pero él no me dejó. Negó con la cabeza, me apartó y volvió a subirse los bombachos.

Luego, se agachó para quedar a mi altura, con sus dedos acarició mi rostro y luego asió mi barbilla para acercarme a él y besarme con pasión, como si con ese gesto me comunicara mil palabras, miles de decisiones.

—¿Por qué me detuviste? —pregunté entre jadeos contra su boca.

—Ya tendremos tiempo para eso, te lo prometo.

Selló el pacto con un último contacto de nuestros labios. Ahora solo nos quedaba avanzar.

CAPÍTULO 22

No seas de nadie

E staba de nuevo en los aposentos de Sargas, no en el pulcro, accesible y más iluminado lugar que le habían asignado como fachada el día del baile, sino en el hoyo de oscuridad en el corazón de las mazmorras. Pero en esa inusual oportunidad tuvo la decencia de recibimos con un orbe de fuego blanco en medio de la habitación, el cual iluminaba la parte frontal del escorpión maldito de Áragog, quien estaba sentado con las piernas cruzadas en un recluso sillón, con un tumulto de sombras detrás a las que no alcanzaba la claridad.

Ver a los Enif juntos, poder detallar al fin sus facciones de cerca y compararlas, era una novedad para mí. Orión era más fornido, lo mirabas y sabías que era el mayor de los dos; pese a ello, Sargas parecía más alto incluso al estar sentado. El parecido físico pasaba desapercibido con los gestos diferenciados de cada uno, Orión había aprendido sus expresiones faciales de la emoción y del peligro, del trabajo y de la victoria; todo lo que expresaba la cara de Sargas lo había robado a la oscuridad en la que con perpetuidad había vivido. También había señales de las condiciones de vida que habían tenido; Orión con una cicatriz de combate en el rostro, Sargas tan pálido y con las mejillas hundidas por su encierro. Más allá de esto, el parecido no podía negarse.

Hubo muchos segundos de silencio que transcurrieron largos y pesados como horas, hasta que al fin el escorpión habló.

—Llevo un rato tratando de pensar una respuesta lógica a por qué estarías tú aquí, y con ella, luego de mi última orden. Pero no se me ocurre nada, Orión. ¿Qué sirios haces?

—Podemos jugar a que no sabías que volvería aquí, a que no esperabas que lo hiciera, o podemos proceder.

—Esperaba que fueras más listo, imbécil —escupió Sargas al ponerse de pie y caminar hacia su medio hermano para confrontarlo—. Esperaba que no dejaras que una vendida nublara tu buen juicio. De verdad que esperaba

muchas cosas de ti y solo me demuestras egoísmo, ceguera e inmadurez. No te quiero más cerca de mi vendida y se acabó, no me importa si necesita que alguien la lleve al baño con urgencia y tú eres el único cerca. No. Más. Juegos. No con mi paciencia.

Los hombros de Orión se elevaron mientras el caballero respiraba para calmarse, miró a Sargas mientras sopesaba opciones que eran un misterio para mí. Al final decidió dar un paso más cerca del hombre que estaba entre las sombras para soltar lo que venía guardando en silencio.

—No más juegos, escorpión. Ni uno más. Tu paciencia no sufrirá ningún daño mientras te acostumbres a verme con Aquía, porque no me pienso alejar de ella.

Sus palabras, dirigidas al príncipe heredero de Áragog, batallaban en contra de lo que era racional. Y me habían taladrado; tal vez habría podido abrir la boca si hubiese sabido cómo o qué decir. Miedo, vértigo y euforia se entremezclaron en mis entrañas mientras buscaba un significado. ¿En serio acababa de desafiar todo un sistema ante una de las manos que lo hacían funcionar por mí, por estar a mi lado?

Sargas se veía más demacrado que nunca, los pómulos le resaltaban de forma alarmante. Su aspecto solo empeoró al analizar las palabras de Orión, al comprender que no habían sido un juego de sombras.

—¿Qué acabas de decirle a tu rey?

—No he intercambiado ni una palabra con mi rey en meses, le hablo a mi hermano menor.

Sargas se rio, había tanta incredulidad en su gesto que comenzó a dar vueltas por el lugar mientras cubría su boca y limpiaba las lágrimas que le saltaban, hasta volver a plantarle cara al caballero de su guardia.

—¿Le contaste?

—Nada que ella no supiera.

—¡Es una vendida!

—Ese no es sinónimo de ser estúpida o ciega.

—Orión, dime que estás jugando.

—Tú lo dijiste, Sargas. No más juegos.

Sargas apretó los labios, sus ojos se contaminaron de odio, exhumaba ira por la nariz, vibraba de impotencia. Yo me sentía como una inútil espectadora, tenía la impresión de que algo terrible estaba por ocurrir y me sentía incapaz de hacer algo para impedirlo.

—Bien, a ver si lo entiendo. ¿Te estás cogiendo a mi vendida?

—Salgo con una excelente mujer que desgraciadamente adquirí con tu dinero.

—¡No me quieras joder, Orión! —Sargas apretó los puños y temblaba para contenerse—. ¿Te estás cogiendo a mi vendida sí o no?

—No me harás decir eso, mi respuesta ya la tienes, madura y asúmela.

—¿Que madu...?

El príncipe se llevó las manos a la cabeza mientras en su rostro reposaba un gesto a mitad de camino entre una sonrisa y una risa. Se lo veía estupefacto.

—Puede que algún día llegues a ser mi rey, pero no hoy. Jamás llegarás a serlo si no maduras. He buscado formas más delicadas de decírtelo, pero tu padre no pondrá una corona sobre tu cabeza al ser como eres, no puedo creer que tú mismo no lo hayas considerado.

—No sé quién eres, me niego a creer que esas palabras salen de tu boca. No hay nada por lo que yo tenga que madurar. Si no llego a ser rey, será por pura injusticia, y lo sabes, es una mierda que me ataques con eso para poder coger en paz, Orión, ¡una mierda!

—Injusticia es la que vive Shaula, a mí no me quieras dar lástima que de vidas jodidas yo también sé. ¿No tienes nada en qué madurar? No quieres a esta mujer, te hierve la sangre al pensar en lo que pagué por ella para salvarla de la maldita mano de tu padre y, pese a ello, cuando ni siquiera concibes la idea de tenerla cerca, tampoco la quieres a mi lado. Tu orgullo es más grande que tú, Sargas, más grande que el reino. Si sigues así será tu orgullo lo único que te quede porque yo ya me estoy cansando de ti.

—¿La amas?

Me petrifiqué al escuchar esa pregunta. Evité a mirar a Orión para que no se sintiera presionado por mí al responder. Quise, además, taparme los oídos, huir, cualquier cosa para no escuchar nada más de aquella discusión, pero las palabras de Orión no se hicieron esperar.

—No conozco la definición de amar —contestó—, y evito usar palabras que no comprendo, pero si el amor se puede traducir en el deseo de pasar tu vida junto a otra persona, entonces sí, la amo.

—¿Está cambiando a tu hermano por una vendida?

—Yo no tengo la culpa de lo que tú hayas pasado, Sargas, ella tampoco. Y he estado aquí, siempre, siendo lo más cercano a un amigo que me dejaste ser, pero si quiero ser tu amigo, no puedo verte escarbar la mierda y dejar que te hundas en ella. Sal de tu burbuja de odio y de orgullo, que jamás te

he dañado. Soy tu hermano, pero antes que eso soy yo mismo, y tengo principios que no sacrificaré por ti.

—Me intrigan tus principios, hermano, me entero de que así llaman a la traición a tu futuro rey.

—Mi único principio es no ser partícipe de lo incorrecto. No me verás reverenciarte mientras privas a Aquía de ser feliz, y a mí en consecuencia, solo porque has pasado toda tu vida encerrado y quieres que el resto viva la misma mierda que tú.

—Vete, Orión. Vete y llévate tus principios. Esta mujer es mía, «mía», y no te quiero cerca de ella. Ni de ella ni de mí.

—Sargas, todos sufrimos distintas representaciones del dolor. Pero quien digiere su sufrimiento como tú lo haces, al hacer infelices a otros, al perpetuar injusticias, no es digno de lástima, es un tirano. Y «esa mujer» te hará arrastrarte de rodillas si te atreves a ser uno más de los perpetradores de su infelicidad.

—Me acabas de amenazar. —Estas últimas palabras del príncipe sonaron como una sentencia—. Cualquiera otro perdería la vida en tu lugar. Esta será la única afrenta que te perdone, por los recuerdos que atesoro contigo. Pero esto no quedará sin castigo, no puedo darle ese ejemplo a mi vendida. De mí no recibirás amenazas, cuando llegue el momento, lo sabrás.

Orión se marchó y me dejó como aquella primera vez, de pie, ante mi dueño, sin planes, sin escudo. Erguida, vestida con escaso ropaje, con la herida del brazo abierta y apenas protegida por un vendaje improvisado por la princesa, agotada por una noche en vela, con los músculos doloridos, con el recuerdo en la espalda de uno de los pesares más atroces que había sentido, en las piernas el recuerdo de Orión, en mi boca su sabor y en mi pecho su ausencia. Con sinceridad, no tenía ni la más mínima disposición de soportar el desquiciante temperamento del príncipe heredero.

—¿Dónde dormiré? —Fue lo único que pregunté, ni siquiera lo vi a la cara mientras lo hacía, solo quería arrojarme en un lugar y no abrir los ojos hasta que Áragog y sus leyes hubieran cambiado.

—¿Dormir? —inquirió la lengua venenosa del escorpión.

—Sí, dormir.

—La hora de dormir la desperdiciaste, ahora te tocará atenerte a las consecuencias.

Eso me obligó a mirarlo con mi ceño fruncido para comunicarle mi desacuerdo.

—¿Y qué planes tiene para mí, mi comprador? ¿Quiere que cocine algo o que pula los esqueletos de su colección?

—No seas ridícula, sabes lo que tenemos que hacer. Es momento de que cumplas con tu deber.

Ese, en definitiva, era el mejor chiste que me habían contado hasta la fecha.

—¿Me está hablando en serio?

—Muy en serio. Vamos a la cama, ahora. Pero no a dormir.

—Y yo que pensaba que estaba guardando su virtud para el matrimonio.

—Déjate de chistes, mujer. ¿Por qué no te has movido?

—Usted pudo haberse desprendido de diez mil coronas por mí, majestad, pero ni una prenda me quitaré ante usted hasta que no sienta deseo de ello.

—Ahora los caballeros se creen ladrones y las vendidas, damas. Esto sí que es insólito. —El príncipe dejó salir un bufido que acompañó a sus palabras.

—Insólita es su actitud, alteza. Imagino que debe ser un sacrificio bastante tortuoso para usted desprenderse de su santidad para compartir lecho conmigo, permítame que sea yo quien lo salve de tal suplicio.

Sargas se alejó del lugar donde antes había estado su hermano y se plantó delante de mí. Ese hombre iba a descargar conmigo toda la rabia y la impotencia de su vida. Con disimulo, rocé mi vientre con mi muñeca para confirmar que aún conservaba la daga de hueso. Respiré aliviada al comprobar que seguía ahí.

—Mi placer es tu deber —espetó demasiado cerca de mi rostro—. Ahora cumple con él.

—Como pudo comprobar hace un segundo de la boca de su hermano, no suelo cumplir con mi deber.

No dejé que mi voz flaqueara ni titubeé al contacto visual. Aquel hombre podría haber comprado mi cuerpo, pero mi voluntad no era de nadie. No permitiría que se siguiera creyendo mi dueño, y empezaría demostrarle que no era inferior a él.

—Que te quites la ropa o te la quito yo.

Dio un paso más hacia mí, eso me hizo decidirme.

—¿Estamos solos?

—¿Qué?

—Pregunté si estamos solos, majestad.

—Sí, lo estamos.

—Entonces le sugiero que ni se le ocurra tocarme. Si quiere hacerlo, que sea con cuatro guardias de respaldo, porque de lo contrario no tendrá oportunidad de gritar. Y eso, majestad, se lo estoy jurando.

Sargas abrió mucho los ojos, él sabía de mi entrenamiento, desde luego, pero no tenía duda de que me subestimaba. Y ahí, al ser amenazado por su vendida, solo le quedaba la opción de comprobar su incredulidad o dejarlo correr. Esperaba que fuese más inteligente de lo que había demostrado hasta ahora.

—Orión y tú no tienen idea de lo que acaban de hacer. No te desvistas, es repulsivo siquiera pensar en tocarte.

Se acercó al centro del lugar, donde estaba la mesa con el orbe de luz blanca. De ahí tomó un vaso de cristal y lo llenó hasta el tope con el líquido verdoso de una botella que me era desconocida. Después de dos tragos, volvió hacia mí.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? Solo por curiosidad.

Mi respuesta impulsiva fue «cerebro», pero conseguí mantener domada esa parte de mí hasta formular una explicación más apta para la sensibilidad de su majestad.

—No me llama «vendida». Me ve como una igual.

—Tú no eres igual a mí.

—Gracias a Ara.

Levantó la mano para abofetearme, pero al parecer lo había hecho solo como una prueba. Al ver que no volteaba la cara ni me encogía de temor estrelló el vaso contra una de las paredes rocosas, dejando que el estallido llenara nuestro silencio, que el líquido y los fragmentos de su ira nos salpicaran. Él sufría al no poder dominarme, y eso solo conseguía que mi cabeza repitiera como un mantra «no te encojas».

—Te odio, ¿sabes? Y no porque seas mi vendida cuando yo no buscaba ninguna, te odio simplemente por ser... tú.

—Gracias, alteza. Es el mejor cumplido que me ha hecho hasta ahora.

—Nunca te callas.

—Eso me han dicho.

—Siempre estás indagando.

—Es una maldición. Imagino que usted sabe de eso.

—Siempre... —Levantó la mano que le temblaba hacia mi rostro, no como si quisiera golpearlo, sino como si quisiera tocarlo—. No eres lo que deberías ser.

—Usted no sabe nada de lo que es ser mujer, lo demuestra la pensar que es diferente por ser hombre, cuando lo cierto es que ustedes no son más que mujeres a las que nunca reprimieron.

—Sé mucho sobre ustedes, una vez amé a una.

—Vaya, su alteza, ahora sí ha logrado sorprenderme. —En mi voz no había nada de emoción, mi única muestra de vida era el furor de mi mirada, esa de la que él con sus ojos malditos no podía apartarse.

—Amé a mi madre, y me traicionó.

Alcé una ceja como única respuesta.

—Yo pude haber sido un heredero normal, ese era mi destino, pero no fue así —continuó—. Nací y, al instante, me aislaron. Tú no conoces el sufrimiento, no has tenido suficiente cercanía de las sombras para saber lo que es.

—Sepa, alteza, que sus cicatrices no son una excusa para ser un imbécil. Al menos, no lo son para mí.

—Tú no comprendes. Yo no comprendía mi encierro, se me dijo que era para protegerme de nuestros enemigos: si nadie conocía mi rostro, nadie me podría lastimar. Mi padre siempre ha sido bueno en hacerte feliz con mentiras que apuñalan mientras sonríes. Pero él tenía una excusa. No era mi padre, no tenía ninguna responsabilidad conmigo, ni siquiera de forma emocional. Todo lo que me ha dado ha sido la muestra de su bondad. El monstruo era ella, la única que me venía a visitar, la única que alguna vez me dijo que me amaba. No me dejó crecer feliz, vino un día y me dijo que era un bastardo. Un puto bastardo de su aventura. ¿Por qué tenía que hacer eso? ¿Por qué tuvo que maldecirme así? ¡Yo pude haber nacido rey por derecho! Y ahora soy el heredero por no causar escándalo. Fue ella, mi madre, todo es su culpa. Rompió su hogar, sus propias leyes, fue en contra de la voluntad de Ara, ofendió a la Sagrada Iglesia del altar del cielo por el lecho de un don nadie. Por su aventura, ya no sé cuál será mi destino. Solo ella era mi pase seguro a la corona, y luego se murió, así, sin más. Me dejó. Volvió a traicionarme.

—No sé si sabe cómo funciona la reproducción, alteza, pero si su madre hubiese sido fiel al rey usted ni siquiera habría nacido.

—No habría tenido que vivir esta humillación, por lo menos.

—Lamentarse no lo sacará del hoyo.

—No me lamento, solo quiero que entiendas por qué la odio. Las mujeres como ella rompen todo, destruyen el orden establecido desde el principio en

los tiempos de Lesath el Justo, Antares el Audaz y Scorpius el Primero, cuando en consenso con la iglesia de Ara fundaron nuestras leyes. Es la mujer la que debe sujetarse a la voluntad del hombre. Nuestras leyes tienen siglos, ella juró lealtad a ellas al aceptar la corona junto a mi padre, y nos falló a todos. A mí. Y me contó sus crímenes como si la hicieran feliz, como si yo debiera estar feliz por ella. Es por eso por lo que debes obedecer, Aquíá. Hay un orden, tú debes someterte a él, no tienes idea de las personas que puedes lastimar con tu egoísmo.

—No puedo creer que la primera vez que me llame por mi nombre sea para implorarme que me someta por lástima. Sepa que no le tengo lástima a usted, a su madre sí.

—No sabes lo que dices, esa mujer era una bruja egoísta. Destruyó más de un hogar.

—Esas son mis mujeres favoritas.

—Basta. —Me tomó las manos, di un respingo ante su contacto helado—. No quiero ser tu enemigo.

—Pero sí mi dueño.

—Así deben ser las cosas. Solo te pido que te sometas a mí, no volverás a sufrir si lo haces, te lo juro. No soy una mala persona.

Arranqué mis manos de su agarre.

—¿Qué es lo que quiere de mí? Yo no lo entiendo.

—Yo tampoco a ti, y ese es el problema. Solo quiero que te declares mía, única, enteramente de mi propiedad, y será todo.

Asentí, la situación cobraba sentido de pronto.

—¿Sabe qué? Ya empiezo a comprenderlo. Usted nunca ha deseado a nadie, no tenía necesidad porque todas las vendidas que pudiese querer debían hacer por usted lo que les ordenara. Eso no es deseo, es cuestión de sentarse a escoger. —Pensé que era algo como lo que le ocurría a Antares con Shaula—. Conmigo no es así. Usted necesita mi sumisión, la quiere porque es lo único que hasta ahora no ha tenido. Me desea porque soy lo único que no puede tener, no como usted quisiera. Y yo no estoy puesta en este mundo para complacer sus caprichos, lo siento mucho.

—No pienses más de la cuenta, es desquiciante. Solo acata lo que yo te digo. No me pises la herida y, tal vez..., tal vez no nos terminemos destruyendo el uno al otro. Necesito ser el rey de esta nación, necesito a mi padre contento. Ven, cumple tu deber, y te juro que perdonaré tu afrenta y la de Orión por igual. Un escorpión que implora no miente.

Me reí.

—Me alegro de que Áragog no vaya a tenerlo a usted como rey — contesté con los dientes apretados de ira, por el asco que me daba—, al menos su padre tiene la inteligencia suficiente para tratarme como un ser humano cuando quiere que haga su voluntad.

—Si te niegas, lo van a lamentar. Puede que no sea un Scorp en mis venas, pero crecí con escorpiones, no quieras invocar mi veneno.

—Máteme, alteza. Estoy cansada de vivir en su mundo.

Esas fueron mis últimas palabras antes de tirarme a dormir en su cama sin esperar autorización.

CAPÍTULO 23

No esperes milagros

Dormí más de la cuenta, incluso con aquella sigilosa, pero palpitante incomodidad de estar durmiendo en el lecho de mi dueño, quien me deseaba tanto que no era capaz de tenerme cerca, quien me cortaría la lengua sin pensarlo, pero era incapaz de hacerlo él mismo porque esperaba hacerme callar por obra de su autoridad. Pese a la situación, dormí largo y tendido. Desperté adolorida en extremo, como si me hubiesen atropellado, sofocada de calor por todas las colchas con las que me había envuelto para que Sargas no me tocara, para que mi cuerpo no fuese su atracción. Tenía la boca abierta y un hilo de saliva seca me recorría la mejilla. No había dormido tan mal en toda mi vida y, si las preparadoras me hubieran visto en ese estado, me habrían mandado a un reformatorio intensivo para vendidas incorregibles.

Por primera vez desde mi llegada al palacio, me di el lujo de llegar tarde a un entrenamiento y no porque quisiera, sino porque dormí durante la mañana y al mediodía traté de arreglar el desastre que quedaba de mí, y también de llenar el apetito voraz que despertó conmigo.

El maestro Aer no lo tomó con gracia, y no es algo que diga a la ligera, el anciano experto en las artes de arrebatarse vidas no me dejó incorporarme al grupo de los que marchaban rumbo al campo abierto para la práctica de tiro con arco en movimiento.

—¿Quieres desafiar mi autoridad? Entonces tendré que demostrarte tu sitio. Te quedarás a limpiar el salón.

—Pero maestro, no falté porque quise...

—Tus excusas me son indiferentes. ¿Quieres ser tratada como un hombre? Descubrirás que no hay un hombre aquí que se crea con la suficiente gracia como para faltar a la instrucción de la mañana y de venir cuando se le dé la gana. Limpio y reluciente espero que dejes el salón. Y nada de llamar tus doncellas para que te ayuden.

—No tengo doncellas —respondí con rabia.

—Qué lástima. A limpiar.

—Maestro, no puede dejarme aquí a limpiar como una mucama, soy una asesina tanto como los otros. Si hace esto me pisotearán.

—No, no lo eres. No has sido escogida ni consagrada, ni ha venido el rey en persona a darte su aprobación. Mientras estés en entrenamiento no estás exenta a la ley como todos los hombres. No tienes título, beneficios ni nada que te destaque. Solo eres un discípulo, menos que nada, que necesita que le recuerden su lugar. No volverás a llegar tarde a mis clases, mejor no vengas. A limpiar.



Medio centímetro de agua alfombraba el suelo, mis pies resbalaban con la espuma café que arrastraba la mugre de los zapatos, de las botas y de las sandalias que a diario marchaban de un extremo a otro y desperdigaban las porquerías de sus suelas. El jabón ni siquiera se distinguía entre el tufo rancio del sudor, como una mezcla entre vinagre y cebolla podrida, adherida al suelo como piojos a las cabezas de los mendigos.

La escoba cepillaba con fuerza y levantaba oleajes de aquel charco mugriento, salpicando gotas a mis brazos, a mis ojos y a mi boca. Perdí la cuenta de las veces que escupí y de aquellas en las que estuve a punto de ceder a mis arcadas. Si no lo hice fue por lo negada que estaba a tener que limpiar también mi vómito.

Las manchas de sangre eran otro dolor de cabeza, unas costras de un rojo opaco que formaban figuras abstractas, algunas eran siluetas o huellas de manos, pies o suelas arrastradas como en medio de una tortura. Las había por todos lados en el área confinada para los duelos y combates abiertos, me hacía empatizar con las desconocidas que limpiaban todas las tardes-noches después de vaciado el lugar y lo dejaban reluciente para la mañana. Sin embargo, sentí envidia de ellas, porque al menos no tenían que limpiar esa pocilga solas.

Tan dolorida como estaba, cada restriego hacía chillar mis músculos y mis articulaciones. Cuanto más esfuerzo imponía para terminar antes, más se agitaba mi respiración. Quería verlo como una oportunidad, un entrenamiento alternativo, pero dudaba de que existiera un enemigo al que pudiera abatir con un balde, con jabón o una escoba.

Cansada de tanto restregar, fui al desastre de las mesas y con un trapo lleno de lejía me puse a esterilizar las armas para luego colgarlas en sus respectivos lugares clasificados.

—¿Qué tuvo que hacer una princesa como tú para que la castigaran con severidad?

Ares Circinus desfilaba en mi dirección con el torso desnudo en exhibición de sus curiosos tatuajes, tenía la camisa sobre sus hombros y sus manos sobre esta. Sudaba por el ejercicio de la mañana y sonreía por nuestro reencuentro. Lástima que en medio de mi estrés y frustración yo no pudiera devolverle el gesto.

—Dime, por favor, que esto se los hace a todos. O, como mínimo, dime que es cierto que nadie se ha atrevido nunca a faltar de ninguna forma a sus clases.

—Bueno, este no es el campamento de la guardia, ni siquiera el torneo para caballeros, donde honor, valor y gloria se entremezclan, y donde todavía hay lugar para los principios y la moral. En esta forja se saca brillo a los puñales que se te clavan mientras duermes. Cualquier persona racional comprendería que un lugar así de... torcido tendría castigos que es mejor conocer solo por especulaciones. Créeme, te hace un favor. Los demás piensan que juegas aquí, y Aer no puede permitir que duden de su juicio y de su autoridad. Esta no es una guardería ni él una niñera; necesitaba una forma de desmentir su favoritismo.

—¿Y por qué no me castiga como un hombre? ¿Por qué no me cuelga de los tobillos hasta que consiga desamarrarme o me pone en combate contra Trovar, el tipo grandote más feo que un espadazo en una teta?

—Ay, princesa, créeme que te está castigando como a un hombre. Para nosotros no hay nada más humillante que nos manden a hacer cosas de mujer. —Se encogió de hombros—. Así de ridículos somos. Pero como yo ando en proceso de cambiar mi estupidez por practicidad... ¿en qué te ayudo?

Al fin pudo arrancarme esa sonrisa. En su presencia lo difícil era dejar de sonreír.

—Toma una escoba, jabón y agua, y comienza a fregar ese piso como si fueran tus abdominales y no pares hasta que se funda o se vaya la peste a sudor, lo que pase primero.

Ares reaccionó con un puñetazo amistoso en mi brazo.

—Auch. —Me agarré el brazo adolorido justo en mi herida que recién

despertaba.

—¿Qué pasa? No creo que haya sido tan grave la herida que te hice.
Dramática.

—No me ha visto un médico y necesito sutura. Además, es posible que la empeorara un poco...

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Por Ara, princesa, ¿qué sueles hacer en tus desvelos? —Ares dejó salir aire en un gesto entre risa y bufido.

—Tengo un romance con un sirio al que le gusta morder, anoche no lo pude controlar —contesté sardónica.

—Si te hizo eso en el brazo, entonces por tu bien te recomiendo que te abstengas al sexo oral.

Le lancé un puñetazo a la cara que él esquivó al agacharse.

—Me duele, estúpido.

—Y te va a doler mucho más la sutura. Cuando pasan más de seis horas la piel queda como cuero de gigante, dura e impenetrable. Una vez me suturaron una pierna tarde y casi tuvieron que usar un estilete de hierro forjado como aguja.

Me reí a carcajadas.

—¿Qué debo hacer? —pregunté cuando se me pasó el ataque de risa a la vez que me limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Aguantar, y esperar. Si no terminas esto, entonces tu brazo será el menor de tus problemas... como el maestro te encuentre holgazaneando, vas a necesitar que te suturen la cabeza al cuello.

—De acuerdo. Por cierto... ¿me estoy perdiendo de mucho? Lo digo por la instrucción a campo abierto de hoy. Me estoy perdiendo de mucho, lo sé. Soy mala con el arco y a este paso nunca mejoraré.

—Bueno, tienes toda la vida para eso. No es como si quisieras ejercer mañana, ¿o sí?

Alcé una ceja, sus palabras me dieron una idea.

—¿Podría?

—Tendrías que manifestarle tu deseo al maestro Aer y él debería aprobarte, luego el rey. Si fallas, pierdes cualquier oportunidad. La mayoría esperamos a ser referidos, solo entonces es seguro que te unjan.

—¿Por qué tú no lo has hecho, Ares? Eres excelente, eres tan bueno que me has enseñado muy bien a mí. ¡Tú podrías ser ungido hoy si lo quisieras!

—No, Aquía. Aprobar va más allá de duelos y de puntería. Podrían encerrarme en un pozo oscuro sin agua ni comida, con poco oxígeno, y reprobar significaría mi muerte. ¿Qué si me hacen probar un veneno del que no conozco el antídoto? ¿O si me enfrentan con una criatura a la que todavía no he estudiado? Leo y yo nos hicimos una promesa. Jamás, jamás nos postularíamos. Será Aer quien nos unja. No podemos hacernos el daño de perdernos. Y puede que no confíes mucho en la palabra de un hombre, pero prefiero perder mis piernas a faltar a una promesa que he hecho consciente y de corazón. Lo juro por mi vida.

—Quiero creer que pronto habrá una legión de hombres como tú. No solo por cómo tratas a las mujeres, sino por lo que te permites a ti mismo. Sensibilidad, primero que nada; no temes ayudar al inferior o al marginado, como hiciste conmigo; te das la libertad de expresar tus sentimientos, tus valores, tu inconformidad... tal como le mostraste a tu padre al decirle que nunca serías un lord. No solo las mujeres sufrimos con este sistema, los hombres se niegan a sí mismos demasiadas cosas por miedo a parecerse a nosotras, y eso solo afianza la evidencia de que vivimos en una tangente desigualdad.

—«Débiles», así llaman a hombres como yo.

—Porque creen que «mujer» y «débil» son sinónimos. Cuando las cosas por las que los llaman débiles ni siquiera son cosas estrictamente de mujeres, sino que forman parte de un ser humano.

—Las reglas del reino ni siquiera son lo que están mal, sino las mentes míseras que las aplauden y aceptan. —Ares, por primera vez desde que lo conocía, me mostró la versión más airada de sí mismo. Tenía los nudillos blancos por la presión de sus puños, las mejillas y la frente se le enrojecieron mientras la nariz se le movía en una especie de tic causado por la ira. Sus ojos eran la puerta a los secretos que su boca estaba a punto de revelar—. ¿Sabes por qué repudiaron a Leo?

Cambié el peso de un pie al otro, ansiosa y con nervios a la vez.

—No, no lo sé. ¿Por qué lo repudió tu padre?

—¿Sabes qué le dijo a mi padre ese día?

Negué con la cabeza.

—«Por cierto, soy homosexual». Toda su puta vida estuvo practicado el día y la ocasión en que se desharía de una carga tan grande como lo es su propia identidad, y lo hizo así, al clavarle un cuchillo en la mano a mi padre cuando este estaba a punto de...

No pudo decir ni una palabra más; se veía el asco latente en su rostro. Mientras decía la oración, la saliva brotó de sus labios como la ira que lo consumía. Así salieron las primeras dos lágrimas mientras las demás seguían reprimidas, a punto de desbordarse, en sus ojos rojos y empequeñecidos.

—Y él fue el castigado. Censurado, por sentir y por expresar. Repudiado por su propio creador... —Sus palabras se detuvieron de súbito—. ¿Qué mierda está pasando?

Ares se puso en guardia, alarmado por el batallón de hombres que acababan de irrumpir en el salón. Ninguno de ellos era alguno de los aprendices, mucho menos se trataba del maestro Aer. Eran hombres de la guardia general del castillo que marchaban con determinación hacia nosotros. En medio iba un trío de hombres sin armamento. Un escriba, a juzgar por la levita que llevaba, el pergamino a medio desplegar y los dedos manchados de tinta. Un lord, por el blasón de su casa bordado en el cinto de sus calzas, tal vez era un miembro importante del consejo real —me basaba porque vi esa altivez que solo confiere la autoridad absoluta—. Y el tercero era un sacerdote ungido de la iglesia de Ara, esto era evidente por su túnica inmaculada con el bordado dorado de la constelación del altar del cielo y las hombreras del mismo color que sostenían su capa reluciente.

Solo había un motivo que yo conocía por el cual aquellos tres hombres podrían reunirse y emboscar a una persona, rodeados de guardias. Pero de ser así, faltaba algo.

Entonces estudié mejor a los uniformados, y me di cuenta de que uno de ellos no estaba armado más que por una porra, y que no se le veía por ningún lado la cota de malla. Esa era la pieza que faltaba. El carcelero.

Un miembro del consejo, un escriba, un sacerdote y un carcelero. El combo que la ley exige para anunciar denuncias y reclamar prisioneros. Y Ares, quien había llevado su mano a mi brazo y lo aferraba con fuerza, lo sabía mejor que yo.

—Si buscan al maestro o a sus alumnos, pierden su tiempo aquí, están fuera.

—Solo buscamos a uno de sus alumnos, Circinus. Y lo tenemos al frente.

Las palabras salieron de la boca del lord, quien reposaba con una pose expectante y serena, como si hubiese estado esperando eso desde mucho tiempo atrás.

—¿Y se puede saber a qué se debe esta emboscada? —replicó Ares.

El escriba desplegó el rollo de pergamino como si tuviera intención de dictar su contenido, mas entonces el lord puso una mano sobre su hombro y lo detuvo.

—Nadie tiene que aclarar ante ti las intenciones de nuestro rey.

Ares bufó, con toda seguridad estaba muerto de miedo, pero no perdía ninguna chance de reírse de las reglas.

—Si van a llevarme, al menos, me gustaría saber de qué se me acusa.

—¿Quién te ha dicho que hemos venido a llevarte a ti, joven Circinus? —preguntó el sacerdote con solemne confusión.

—No me digan que...

Volteó a mirarme. No hacían falta más palabras, tanto él como yo comprendimos la respuesta. Aquellos hombres estaban ahí por mí.

Sucedió tan rápido que no lo asimilé hasta que estuve en el suelo. Fui empujada por Ares y me deslicé por los charcos de agua enjabonada hasta quedar al otro extremo de la habitación, debajo de una de las mesas. Ares me había arrancado la escoba de las manos y la blandió como un látigo. La estampó contra la manzana de Adán del guardia más próximo a él. Mientras otros tres se aproximaban con sus espadas desenvainadas, Ares imitó mi maniobra accidental y se deslizó por el suelo hasta la pared donde colgaban las armas de duelo limpias. Un escudo de puño y una cimitarra, un curioso sable de hoja curva, fue lo que escogió para sí, e hizo deslizar en mi dirección los gladios gemelos con los que solía entrenar.

Salí de mi escondite como un animal en apuro, con las patas de la mesa ancladas al suelo tomé impulso y me proyecté hasta interceptar las armas que atravesaban el agua jabonosa como dos canoas de salvación.

Con ambos mangos en mis puños, me levanté de un salto. Dos hombres se lanzaron hacia mí, obligándome a parar sus estocadas con una mano a cada una. Ares ni siquiera había entrado en combate directo que lanzó por el aire dos dagas dirigidas a los pies unos oficiales. Cuando estos quedaron inmovilizados, gritó:

—No quiero dañar hombres que solo cumplen con su deber, pero no pretendan tampoco que falte al mío.

—Tu deber no es distinto al nuestro, tu deber es la voluntad del rey —rugió el lord—. ¡Ataquen a matar si hace falta!

Los guardias que aguardaban se pusieron en marcha hacia Ares, yo me mantuve con los dos que me bloqueaban, resistiendo pese a la desigualdad de condiciones y mi evidente desventaja. Pudo haber sido peor; supongo

que nadie más se acercó a mí porque supusieron que dos serían más que suficientes.

Bailé con ellos como lo habría hecho con Ares. Ellos no compartían el estilo desarmante de Orión, eran eficientes pero cuidadosos, temían de la velocidad de mis movimientos, como yo de la letalidad de los suyos. Jugué con mis pies, los mareé, preví sus ataques, me agaché y surgí por sorpresa detrás de ellos. Fingí un tajo derecho alto para aprovechar su cobertura y agacharme, girar y cortar en la pierna. El baile y mis pequeños cortes podrían haber durado una eternidad, mas era poco probable que pudiera tener una verdadera victoria pese a que tuve muchas oportunidades de dar un golpe mortal. El punto era que no podía acabar con ambos en un mismo movimiento y, de no ser así, si caían, vendrían al menos dos de refuerzo al descubrir mi competencia: contra todos no podría escapar.

Ares era embestido por al menos siete hombres, pero él tenía de ventaja la libertad del campo. Los mareaba, llevaba a dos por un camino, los hacía caer y se ensañaba con otros. Lo vi escalar por la pared dispuesta para esa tarea, y desde arriba desenfundó un par de dagas. Una de ellas la lanzó como un proyectil a la mano de un guardia que entre gritos y maldiciones perdió el agarre de su espada, y la otra fue bloqueada por la espada del hombre al que iba dirigida.

Dos nuevos uniformados trataron de escalar detrás de él, pero Ares respondió al soltar la cuerda anclada al techo para impulsarse al otro lado del salón. Estaba a salvo, lo estaría siempre y cuando no se dejara rodear.

Él no iba a ganar tampoco, y lo sabía; tenía que saberlo. Eso me hizo ver todo muy claro. Ares no esperaba vencerlos a todos, ni siquiera tiraba a matar, solo buscaba ganar tiempo para que yo escapara. La otra parte de la maniobra me correspondía a mí.

Bailé un poco más con los dos guardias de turno, dejé que se confiaran, no porque lo creyera necesario, sino porque necesitaría el aliento que me quedaba para correr, mucho, y muy lejos, una vez pudiera escapar. Si me cansaba en ese enfrentamiento, el pecho se me trancaría y no llegaría ni a la puerta antes que el viejo sacerdote.

Jugué a la defensiva, cuidé mis pasos sin alardear, hasta que conseguí el momento que me hacía falta. Me interpuse entre los dos hombres antes de su próximo ataque y esperé un segundo con las manos abajo, un segundo que me pudo haber costado la vida, pero que era más que suficiente para que los cerebros de ambos vieran una oportunidad. Blandieron sus espadas,

una a mi costado, buscando cercenar mi cintura; el otro apuntó a la cabeza.

Para cuando esto sucedió, ya yo me había tirado al suelo. Me deslicé unos pasos hacia la puerta, las espadas atravesaron los hilos metálicos de la cota de malla y la carne, pero solo uno de esos golpes tuvo la fuerza necesaria para romper huesos: el golpe dirigido a las costillas partió casi por la mitad al guardia. Ese mismo hombre, antes de sufrir el impacto, dejó su espada encajada en el cuello del otro y cortó todas las arterias a su paso para quedar atascada en el hueso. Un volcán de lava roja fue el resultado, su erupción los bañó antes de que los dos cuerpos, que consiguieron la muerte cada uno a manos del otro, se desplomaran al fin con un ruido de chapoteo.

Fue mi oportunidad de escapar mientras los demás me ignoraban, y los que no, se tomaban un segundo para procesar lo sucedido.

Atravesé las puertas como un cometa que necesita llegar a otra galaxia antes que la luz.

Me estrellé contra un muro de guardias que no me esperaba.

—¡Suéltense! —grité mientras me tomaban por los brazos. Pataleé como una bestia y supuse que mi vida dependía de ello. Varios hombres más me inmovilizaron las piernas. Quedé cautiva por completo, arrastrada por esa ola humana, sin saber siquiera cómo le iría a Ares dentro del salón.

Perdí, esa es la verdad.



Me encontraba en una camilla rígida, con las manos atadas, el cuello inmovilizado, las rodillas y los pies sobre una base de metal helada que me mantenía las piernas abiertas. Y lo peor, el frío, ese desgraciado que me susurraba mi desnudez debajo de la bata holgada y entreabierta por detrás.

Me desnudaron de la misma forma en que me ataron: contra mi voluntad. Estaba sola, mi respiración atrapada en mi pecho, mi espalda brincaba por espasmos de frío. Mis piernas temblaban por más que tratara de evitarlo, puede que por nervios o por terror, todavía no le ponía nombre a lo que me poseía.

Escuché llegar a los médicos. De algunos vi no mucho más que la parte superior, ya que solo podía mover mis ojos. Me percaté de que uno rodó la silla posicionada frente a mis piernas y se desplomó en ella; no pude ver, sin embargo, no tardé en sentir sus dedos enguantados que examinaban mi zona

íntima sin pedir mi autorización. No era un toqueo lascivo, pero para mí eso no era una justificación: debía poder elegir si quería o no atravesar ese proceso.

—Díganme qué quieren de mí —rogué sin poder mirar más que el techo blanco impoluto. No recibí contestación alguna, pese a ello, pude oír los murmullos del doctor hacia sus compañeros, el cual explicaba cosas que no llegué a descifrar a medida que me palpaba.

Al cabo de un rato, esa tortura acabó, mas ninguno me dirigió ni una explicación sencilla. En realidad, el silencio fue total hasta que pasados unos minutos irrumpieron en aquel espacio el lord, el sacerdote de la iglesia de Ara, el escriba y el carcelero.

—¿Y bien? —inquirió el lord a quien supuse era el médico que me examinó.

—Tal cual se temía, mi lord.

—¿Es virgen?

—Totalmente.

—Bien, Cástor, haz los honores.

—Guardias —llamó la voz del carcelero—, tráiganla ante la presencia de Pólux III, cabeza de la Iglesia de nuestro altar del cielo que vela y acampa por la seguridad, y el buen destino de cada uno de nosotros.

Varios hombres uniformados soltaron las correas que apresaban mis muñecas, liberaron mi cuello, mis rodillas y mis pies. Luego procedieron a levantarme. Me mantuvieron sometida no menos de cuatro hombres para que no repitiera mi última hazaña que les costó al menos dos de los suyos.

El sacerdote, quien supuse que era el Pólux aludido, indicó al escriba que tomara nota de cada palabra que saliera de su boca, a lo que este respondió al instante. Tomó asiento junto a una mesa pequeña, desplegó el pergamino, mojó su pluma en tinta azul y alzó la vista para asentir con reverencia al sacerdote.

Pólux avanzó en mi dirección con los brazos cruzados y las manos ocultas en sus mangas. Con voz cargada de solemne autoridad, se dirigió a mí mientras decía:

—En nombre de Ara, el altar del cielo, autoridad de la tierra, la única grandeza reconocida por la Iglesia Real que ha servido y protegido la Corona desde los tiempos de Scorpius el Primero, Antares el Audaz y Lesath el Justo, yo, Pólux III, alto sacerdote ungido de la congregación, hago constar hoy en presencia de lord Crux en representación de la ley del reino,

Cástor en representación de la justicia, y Pyxs en representación de la verdad que graba mis palabras en pergamino sagrado y tinta indeleble, que tú, Aquía de Mujercitas, vendida al sagrado heredero de Áragog, has faltado a tu responsabilidad para con el príncipe, el rey Lesath el Sabio, el reino y la sagrada Ara que todo lo ve. Como estipula la ley y la Iglesia en mutuo consenso, hoy se te sentencia a un juicio. En nombre de Ara y del rey.

—En nombre de Ara y del rey —repitieron los demás al unísono.

—Que así sea —sentenció el sacerdote. Ya no había magia que me salvara de mi destino.

CAPÍTULO 24

Monstruo

Mi juicio se consagró días más tarde con la finalidad de darme una pronta sentencia, y de que la noticia corriera la menos posible. Pese a ello, la corte y gran parte de la nobleza del castillo se reunió en el salón real. La mitad de los asientos estaban a rebosar y la audiencia muy junta para poder comentar cada detalle.

El estrado tenía dos niveles, uno bajo que contenía el atril del acusado en la esquina izquierda, el atril del testigo al otro extremo, y un círculo dibujado en el medio que marcaba el lugar exacto donde debía posicionarse el narrador. El nivel más alto estaba varios escalones arriba, donde se disponían los cinco tronos de la familia real.

Primero se me presentó de rodillas ante el rey vestida con harapos en señal de humillación, y se me obligó a pronunciar la siguiente plegaria: «Salve rey, salve Ara, altar que todo lo ve, y su mano aquí en la tierra. Permítame presentarme ante su presencia, aunque no soy digna» tal cual lo estipulaba la ley sobre el manejo de los juicios. Negarme habría significado sentencia inmediata, la peor de todas. En respuesta, su majestad hizo la seña sagrada con su mano derecha al marcar en el aire cada uno de los puntos que conformaban la constelación de Ara.

El rey se encontraba sentado en su trono y llevaba un traje blanco con hombreras azul rey, cinturón y capa satinada del mismo color; estaba rodeado de orbes de fuego blanco que estaban colocados en un círculo perfecto en el suelo. Antares se encontraba a su izquierda, y Sargas a su derecha vestían atuendos idénticos, pero el heredero tenía los detalles en oro e hijo el menor en plata. Shaula, a la izquierda de Antares, iba envuelta con sedas blancas y llevaba los brazaletes de oro de la serpiente alada de Baham; el adorno en la mitad de su frente era del mismo material y lo acompañaba con un colgante de zafiro; por otro parte, usaba un listón azul a modo de cinturón en combinación con su padre. Lyra, junto a su futuro esposo, hacía gala de un vestido con el color menos reluciente, un color

crema decorado con pedrería y grabados a juego con los detalles de su prometido, además, llevaba una diadema de cisne sobre su larga cabellera dorada.

Shaula tenía la vista fija en sus manos y Lyra estaba erguida con el mentón en alto, pero ninguna me miraba ni de soslayo. No quería ni imaginar lo que pensaban en ese momento. Era yo la que estaba en juicio, mas ellas estaban obligadas a ser parte de mi condena.

Jamás había tenido grilletes en las muñecas hasta entonces. Luego del espectáculo en el salón de entrenamiento, se dictaminó que yo era una prisionera de alto riesgo y, de acuerdo con ello, las restricciones se multiplicaron. Me condujeron al atril de los acusados con un guardia a cada lado, cada uno sostenía un extremo de las cadenas atadas a mis tobillos. Había escuchado rumores de que Ares Circinus había absuelto de cualquier cargo y que había sido perdonado por su insurrección gracias a la influencia de su padre como mano del rey, pero no lo creí hasta verlo sentarse en el público como un hombre libre.

Por otro lado, lord Zeta se posicionó en la primera fila confinada a las doce voces de la ley, entre ellos también reconocí a lord Crux, uno de los responsables de mi arresto. El alto sacerdote Pólux III tenía un espacio confinado para él y para los demás miembros importantes de la Sagrada Iglesia de Ara: arriba, en una especie de balcón a media pared, más cerca del techo, casi como si fueran una monarquía en sí misma.

Las leyes de Áragog fueron fundadas en consenso entre la Corona y la Iglesia hacía ya miles de años. El linaje Scorp jamás había sido derrocado ni la Iglesia mancillada. Áragog no conocía otra Corona, otras leyes, ni una religión distinta. Áragog era el reino más rígido y estable tal vez en el mundo, lo que nos aislaba por completo de las civilizaciones evolutivas y democráticas que se rumora hay más allá de los mares que rodeaban el reino.

En contra de todos los procedimientos de los juicios, el rey fue el primero en hablar. Lo hizo con una incredulidad que no lo creía capaz de fingir ni a él mismo, como si no terminara de entender en qué se había equivocado.

—No lo creo —confesó. Sus nudillos blancos por el agarre de sus manos en los reposabrazos—. Habíamos hablado.

—Majestad —espetó el alto sacerdote. Nunca un regaño había sonado tan reverente, como si quisiera hacer uso de su autoridad sin quitarle poder a la figura de mayor respeto en el reino. Eso me creó una pequeña interrogante:

¿quién nos gobernaba?—. Comprendo su conmoción, pero hemos de apegarnos a la estructura legítima de los juicios. Su excelencia ya tendrá oportunidad de emitir su juicio y conmoción, pero antes deben leerse los cargos.

El rey tragó, se reclinó en su silla como un muchacho, y no como la cabeza de la monarquía, y asintió. Un mero asentimiento del Escorpión de Áragog era suficiente para derribar murallas, separar cabezas e incendiar multitudes. Pero ahí estaba, le daba poder a los reunidos para deliberar sobre mi sentencia.

El escriba al que reconocí como Pyxs, mismo que grabó en pergamino el informe oficial de mi denuncia, avanzó a mitad del estrado entre los atriles, desplegó un rollo y, con la vista fija en él, dijo:

—Aquí de Mujercitas, vendida del heredero enviado por Ara para nuestra nación, se la acusa de haber violado su labor como vendida. No ha cumplido los deseos del heredero. Como prueba, se adjunta el examen médico consumado en presencia de cuatro testigos, sellado por los cuatro hombres que la ley estipula: la voz de la justicia, la voz de verdad, la de la ley y la de la divinidad. En dicho examen se prueba la virginidad intacta de una vendida que lleva ya meses en poder de su comprador. —Cambió al siguiente rollo de pergamino—. Como testigo, tenemos el sagrado testimonio firmado a modo de denuncia por el puño y letra de su alteza real Sargas Scorp, heredero de la Corona de Áragog. En nombre de Ara y su majestad Lesath el Sabio, confirme su declaración ahora en palabras. Avance hacia el atril de los testigos, jure ante la Iglesia del altar, ante la Corona, ante ley, y ante los presentes diga la verdad y nada más que la verdad, comprendiendo las consecuencias de la mentira bajo juramento sagrado.

Toda la sala miraba al heredero expectante, y yo era la primera. Si no estaba maldito por Ara, lo estaba por sí mismo. Su corazón era una laguna de aguas fétidas empozadas que nunca se molestó en limpiar, y sus venas compartían esa ponzoña. Me miró a los ojos; los suyos eran oscuros como su alma. Maldito. Cumplió su amenaza, y en venganza a la falta de Orión iba a hacer que me ejecutaran a mí. Tres veces maldito. Cumplió su amenaza.

—Quiero declarar desde aquí —anunció la voz de Sargas con un deje de fastidio.

—Sargas —espetó su padre en un rugido—. El procedimiento no es ese.

Los presentes contuvieron la respiración. En ese instante vi entrar a alguien nuevo a la sala. Como guardia real tenía derecho de asistir al juicio, y así hizo. Se posicionó junto a los otros cuatro caballeros que asistieron con sus armaduras doradas y capas azules, de pie, pegados a la pared izquierda según dictaba el protocolo. Orión no me veía a mí, sino a su hermano y futuro rey. Se podía decir que su mirada era una sentencia en sí misma.

—Los procedimientos pueden cambiar —respondió Sargas al cruzar sus piernas, sin intenciones de levantarse de su trono.

—No, no pueden —zanjó su padre. Estaba casi al borde de su trono, preparado para saltar encima de su hijo.

—Pueden, nosotros somos la ley, ¿o no?

—La ley —explicó el alto sacerdote Pólux de pie en el nivel más alto, por encima de todos nosotros, con las manos en la baranda. Sus largas mangas escurridas casi hasta el suelo y su rostro firme aunque inclinado hacia los de abajo—... es un conjunto de voces. La ley es siglos de discusiones, de errores. La ley es la voluntad de los primeros de tu linaje y la voz de Ara misma. La ley es sagrada e inamovible y en milenios jamás se ha hecho un cambio que no requiriera largas décadas de consideración. La ley, si bien es protegida por la Corona, requiere de muchos «acepto» para ejecutarse. Y el primero viene de Ara. ¿Cambiará un joven, por muy real que sea su sangre, en cinco minutos lo que por centenas de años se ha protegido, y ha funcionado? Altezas, su gran majestad, y miembros del consejo, ¿estamos conscientes de que Sargas Scorp, que ante los ojos de Ara es solo un discípulo más, al resistirse a seguir los lineamientos del juicio, está concediendo a su vez que este sea anulado?

—En nombre de Ara y el rey, lo reconozco —comenzaron a decir en orden, primero al unísono los doce miembros del consejo, incluida la mano, y luego Shaula, Antares y Lyra.

—Lo reconozco —Fue la respuesta del rey. Se le notaba que no cabía en sí de la rabia y de la vergüenza.

—Su alteza Sargas Scorp, ¿cómo responde? —prosiguió el sacerdote.

—Haré el juramento —aceptó con los dientes apretados y los ojos que exhumaban ira. Se levantó, avanzó hacia el atril de testigos y miró al escriba como si esperara que este le dijera qué hacer.

—Sargas de la casa real Scorp, ¿jura decir la verdad y nada más que la verdad, y comprende que si sus palabras fuesen halladas falsas, usted

responderá ante Ara como pecador y será expuesto a la máxima sentencia?

—Lo juro.

El rey carraspeó. Lo veía próximo a quitarse el cinturón y lanzárselo a la cara de su hijastro.

En respuesta a esta interrupción, Sargas rectificó.

—En nombre de Ara y el rey, lo juro.

—Puede declarar ahora.

—Siguiendo los lineamientos, cabe aclarar —añadió el rey Lesath.

—Yo, Sargas Scorp...

No entendía. Lo odiaba y, de no haber estado atada y custodiada, lo habría estrangulado con mi trenza justo ahí, pero también me frustraba que fuese como era. Incomprensible. Yo quería una explicación, aunque sabía que el mal es injustificable. Porque él odiaba su puesto, odiaba ser parte de la monarquía, de sus leyes, pero no quería perder su título; no renunciaba aunque la Corona ni siquiera era suya por derecho legítimo. Aborrecía a su padre, aprovechaba cada oportunidad para avergonzarlo, pero quería su bendición. Se mostraba como un rebelde, harto de las reglas y del tradicionalismo, pero era el principal creyente de que el puesto de la mujer, según la Corona y la Iglesia, era el correcto. Pronto, aunque no entonces, llegué a la conclusión de que Sargas simplemente era un hombre resentido. Su visión no alcanzaba para llevarlo a cuestionar el puesto de la mujer ni la humanidad de las vendidas porque nada en ese sistema lo afectaba, sino al contrario. Nosotras y nuestra liberación no le generábamos la más mínima importancia; su odio, ese que lo consumía, era para todo lo demás: por ser parte del sistema que lo mantuvo oculto, que lo envenenó, por no poder rebelarse ante quienes lo dañaban, sino al contrario, al verse condenado a seguir la cadena.

Si él no conociera su posición como heredero ilegítimo, habría sido una persona distinta. Habría, incluso, podido amar al sexo opuesto. No como lo hacían Ares y Orión, al aceptarnos como iguales, sino como un dueño que tiene cariño a su mascota. Pero ni eso era posible. Sargas repudiaba a todas las mujeres con más fuerza de la que podía emplear en el desprecio a su padre, con más asco del que sintió por su madre. La maldita era yo por haber sido su vendida.

—... declaro ante Ara y el rey —prosiguió Sargas con su voz envuelta en sombras—, que mi vendida, la cual adquirí hace casi un año, se ha rehusado cada noche, desde el día en que pagué por ella la suma de diez mil coronas,

a cumplir con las labores que le he exigido y a los que debe cumplir sin miramientos de acuerdo con la ley que Scorpius el Primero, Antares el Audaz y Lesath el Justo instauraron en consenso con la Sagrada Iglesia de Ara, el altar del cielo. Incluso ha faltado a mi lecho las noches que quiso. De-li-be-ra-da-men-te y en desobediencia a mis órdenes directas que no solo soy su dueño, sino su futuro rey.

La audiencia contuvo la respiración como una sola mente, pasada esta conmoción se elevó un murmullo de opiniones encontradas que el rey hizo callar con un firme golpe de su anillo contra el oro del reposabrazos de su trono.

—Que Ara juzgue la veracidad de tus palabras —habló con solemnidad el alto sacerdote.

—Que así sea —respondimos todos a la vez, yo incluida por respeto al Altar del cielo.

—Que así sea —dijeron entonces el sacerdote y el rey e hicieron a la vez la señal sagrada de la constelación de Ara.

Sargas volvió a su puesto y el escriba retomó la dirección del caso.

—Aquí de Mujercitas, ¿cómo responde a los cargos de los que se le acusan? Recuerde que solo se le permite contestar con una palabra, y se espera que esa palabra sea la verdad y nada más que la verdad. ¿Comprende que si sus palabras fuesen halladas falsas responderá ante Ara como pecadora y será expuesta a la máxima sentencia?

—Sí.

—Entonces, ya habla bajo juramento sagrado. ¿Cómo se declara de los cargos que se le acusan?

Una palabra no era suficiente para justificarme, y menos para apelar a la benevolencia de la ley. Solo existía una opción, puesto que acusar al heredero de mentir era un crimen todavía más peligroso. Ese juicio no era más que un teatro para mantener la fachada de justicia de la monarquía, la verdad era que ninguna mujer enjuiciada tenía esperanza.

—Culpable.

—¿Tiene algo que decir a los ejecutores de la ley antes de que se dicte sentencia?

—Tengo muchas cosas que decir, pero ninguna que ustedes estén dispuestos a escuchar, a escuchar de verdad

—¿Entonces acepta el veredicto, sea cual sea, sin objetar nada?

Hice un recorrido con mis ojos entre los presentes. Las damas

cuchicheaban escandalizadas con las bocas ocultas tras abanicos en un vano intento de disimular, los lores se veían ofendidos de estar en presencia de una mujer blasfema como yo, los miembros del consejo mantenían sus rostros pétreos, de los que no se podía anticipar nada. Yo era una abominación ante todos. Desobediente. Digna del peor castigo. Porque había reglas, reglas que especificaban que yo era nadie, menos que eso, un mero objeto con el propósito de dar placer a un hombre a su antojo, independiente de mi deseo y mi voluntad: ir en contra de eso, querer ser humana, me convertía en un monstruo.

—Ya estoy condenada. Lo estuve desde el día en que salí del vientre de mi madre como mujer, y le arranqué lágrimas en lugar de una sonrisa. Le temo más a una vida como mujer en este reino que una muerte digna por no haber sido la vendida de nadie. Solo espero no ser la última.

El rey Lesath se puso de pie, víctima de un impulso que no fue capaz de controlar. Recibió mi proyectil con el impacto que yo buscaba. Él me quiso silenciar: me hizo elegir entre ser feliz y demostrarles a otras que también podían serlo. Su hijo, sin pretenderlo, mientras trataba de castigarme a mí junto a su medio hermano, me dio la primera oportunidad real que tuve de ser un ejemplo. Para cuando el rey volvió a sentarse, sin siquiera haber abierto la boca, su pie comenzó a moverse como muestra de los nervios descontrolados; su rostro ya no demostraba la seguridad, la astucia y la benevolencia que caracterizaba a Lesath el Sabio.

—Al haber presentado todas las pruebas necesarias, y al haber declarado ya la acusada en su defensa, entendiéndose su silencio como una declaración en sí misma, se dejará que los doce miembros del consejo deliberen. Cuando tengan un veredicto, lo oiremos; este mismo será aprobado o rechazado por la cabeza de la Iglesia y de la familia real, en este caso sin incluir la voz del denunciante.

Hubo un momento de discusión silenciosa entre los hombres de la primera fila, casi parecía que en serio trataban de llegar a una decisión cuando ya esta estaba tomada desde el momento en que se me acusó. Al cabo de un rato, lord Zeta Circinus, en representación del consejo, se levantó. Orión llevó la mano, en un sutil movimiento casi instintivo, al mango de su espada envainada, gesto que habría pasado desapercibido para cualquiera, pero no para mí. Me miró a los ojos pese a la distancia. Era una promesa. Si ese día se dictaba mi muerte, moriríamos los dos, yo por haber querido la libertad, él por ayudarme a conseguirla.

No podría contra todos, intenté persuadirlo con mis ojos húmedos y mis labios errantes, pero se llevó la mano al peto de su armadura y con su dedo índice marcó uno a uno los puntos de mi constelación en su lado izquierdo, sobre su corazón.

Con miedo a todo, a que alguien en la audiencia comprendiera lo que sucedía, a perder la fuerza que había mantenido mis lágrimas a raya, a derrumbarme por completo, llevé mi dedo tembloroso a mi pecho cubierto de harapos andrajosos y tracé los puntos de la constelación de Orión.

«*Tú no necesitas que nadie te proteja*, Aquí. Ni siquiera yo, ni siquiera de mí». Era mi turno de dedicarle esas palabras, aunque con hechos. Si ese era su deseo, jugarse la vida a espada por una causa perdida, mostrarse en su forma de cosmo en medio de la sala y matar a tantos como fuese posible a sabiendas que al final moriríamos los dos, yo no lo detendría así como él no me impidió romper las reglas a su lado, aunque eso me costara la cabeza.

Dos lágrimas corrieron por mi rostro, una a cada lado, y se perdieron en la madera del atril. Mi mano, ahora cerrada sobre mi pecho, temblaba, aunque había cambiado la expresión de mi rostro a una más firme. Ellos no se merecían mis lágrimas, pero yo sí, y Orión también porque no la había causado él. Fue una para cada uno, y ya no más. Ni una más.

El final llegaría con mi frente en alto y mis ojos secos.

CAPÍTULO 25

Sargas

Lord Zeta Circinus estaba de pie, la sala se había llenado por sorpresa antes del veredicto, es posible que se corriera la voz.

«*La* vendida del heredero está en juicio por rehusarse a tener sexo con él». Un hecho sin precedente en la historia, un escándalo. De pronto, hubo tanta gente que los asientos no dieron abasto y se sentaron de dos en dos, los pasillos se llenaron, la multitud estaba apretujada, las puertas estaban abiertas para que los de afuera pudieran al menos escuchar. Ese juicio pasó a la historia como el más asistido en décadas según los registros, y de los juicios a mujeres era el número uno en asistencia en siglos.

No me iban a absolver, por supuesto, les restaría autoridad a las voces de la ley e iría en contra de todo lo sagrado en Áragog, humillaría a la Iglesia, a la Corona y a todo el linaje real en sí mismo, sin contar los altos e influyentes lores que emitían su influencia en los juicios. Por otro lado, condenarme no iba a ser una victoria para Lesath, como él podría haber deseado, y lo demostraba al evadir el contacto visual con su pueblo, con la mano en la barbilla, pensativo, y ese tic nervioso en su pie. Aquel hombre moría de miedo, incluso más que yo, porque no esperaba nada de mí, tal vez algunas súplicas; pero no que convirtiera mi derrota en una declaración de inconformidad, no que haría de mi juicio mi oportunidad de ser una mártir. Si moría ejecutada por ese juicio tal vez no llegara a provocar un levantamiento, pero la duda ya estaba sembrada. Era, lo quisieran o no, el ejemplo que habían temido.

—Pueblo de Áragog, familia real e Iglesia de Ara, en nombre de los doce miembros del consejo real vengo a comunicarles el veredicto para la acusada, Aquía de Mujercitas, quien voluntariamente se ha declarado culpable de blasfemar contra la Iglesia, el heredero y todo su linaje. Además, se presentan pruebas irrefutables en su contra, podemos decir, entonces, que no es su culpabilidad el misterio de esta reunión, sino más bien... ¿Qué hacer con alguien que con tal libertinaje ha pecado? ¿Es propio

mostrar piedad para quien no muestra arrepentimiento? No es lo ideal ni lo común, por eso, conforme a las leyes y lo que es correcto dentro de la voluntad de Ara, no hay un solo miembro en la corte que se niegue a la idea de la ejecución, más bien la alientan.

Disfrutaba aquel discurso como solía comerse mi cuerpo con los ojos, relamiendo sus labios de vez en cuando. El público era suyo como en la más exitosa función teatral, y eso me preocupaba. En los juicios, el consejo solo mencionaba su acuerdo una vez, sin explicarlo, y eran el rey y el alto sacerdote quienes dictaban sentencia. Aquellas eran demasiadas palabras para decir «culpable».

—Y, sí, yo estoy entre ellos. Creo firmemente en Ara y en que su voluntad ha de cumplirse, los pecadores deben ser reprendidos y castigados. Pero recordemos que la familia real proviene de un largo linaje, y una dinastía que se remonta a varios siglos en el pasado, ha tenido al menos un momento en la historia en que las cosas se han hecho un poco distintas, sin faltar jamás a lo que es sagrado e inamovible.

»Recordemos así que el rey Sargas, el tercero con el nombre, el que gobernó Aragón hace siglo y medio, perdonó a una horda de prostitutas hambrientas, comprendió su situación, y les permitió ser compradas y llevar una vida dentro de las leyes, y en gracia con la voluntad de Ara, como vendidas. Y entonces se le conoció como Sargas el Piadoso. El Sargas que hoy vive lleva su nombre por una razón; Ara no pone nombres al azar, y no puede ser coincidencia que pasaran tantas décadas sin que un nuevo Sargas naciera, el cuarto, el que pronto nos gobernará a todos.

»Si esto que hoy vivimos no fuera una oportunidad del altar, no para la hereje vendida que nos ha fallado, sino para el heredero, que fuere una oportunidad de demostrar que su nombre no es un adorno, que la piedad de los Sargas no tiene límite, que incluso el más vil de los pecadores cabe en la bondad de su corazón. Sabrían ustedes así que tendrán un rey que los ame, que cumpla y respete sus leyes, pero que no le cierra la puerta a la empatía.

»¿No es ese el monarca soñado? Esta mujer —me señaló—, no ha recibido una enseñanza sagrada como se merece. En las casas de vendidas debería garantizarse una educación que vaya más allá de vestidos, para que comprendan su iglesia, para que la amen, para que la adoren. No podemos condenar al que desconoce el poder de Ara, solo sentir lástima por ellos. Y este debería ser el punto de partida.

»La idea, aunque me encantaría que se me hubiese ocurrido a mí, surgió

de otra mente más brillante, la mente de un rey. Del futuro rey. Tuvimos una conversación antes del juicio, soy la mano de su padre y él necesitaba de mi sabiduría que ha acompañado al rey Lesath, incluso desde antes de su ascensión. El príncipe Sargas tenía claro que su vendida ya no podría seguir siendo la vendida de nadie, no después de sus herejías que podrían contaminar a cualquier hombre que la comprara, pero... ¿y si en cambio llegara a manos de un fiel adorador de Ara y un conocedor de las reglas del reino que pueda guiarla en su camino hasta convertirla? El príncipe heredero podría hacer esto, por supuesto, pero es intolerante a convivir con el pecado, en cambio, otro podría sacrificarse. Debería ser un hombre que además de las características ya mencionadas cumpliera con un requisito más: disponibilidad para contraer matrimonio.

El rey se inclinó hacia adelante con los ojos a punto de salir de sus cuencas, Sargas sonreía con los ojos crueles e inhumanos de un ser que ha vendido su alma, más insoportable que mirar a un sirio. Shaula se llevó las manos a la boca, y Ares se puso de pie entre la multitud privilegiada con un asiento. Lyra, en cambio, ni respiraba, siempre firme, pero con el cuello más tenso que nunca.

Y yo, yo solo quería estar entendiendo todo terriblemente mal.

—Cuando mi futuro rey me ofreció esto, casarme con su vendida para corregir su irreverencia en nombre del reino y de Ara, me vi tentado a rechazar por el horror que esto supuso, incluso tras haberme ofrecido él en juramento ante Ara el puesto como su mano una vez obtuviera la corona para honrar mi sacrificio. No le di una respuesta, y dejé que arrancara el juicio, pero a lo largo de este comprendí que si Ara me había arrancado a mi amada esposa fue por un propósito, un propósito que ahora he de cumplir. Yo, lord Zeta Circinus, cabeza de la casa Circinus, mano derecha del rey, y fiel adorador de Ara y de la Corona —dijo a la vez que hincó su rodilla en tierra con dramatismo—, acepto esta misión como fiel servidor, me casaré con Aquía de Mujercitas y la guiaré por el camino de la verdad y de la justicia hasta convertirla. Me entrego como siervo fiel.

El sacerdote parecía fuera de sí como todos los demás, y relegó el peso de aquel desastre a la Corona.

—¿Majestad? —preguntó.

Lesath miró a su presunto primogénito con los ojos entornados.

—¿Es esto cierto?

—Cada palabra. Lo juro en nombre de Ara... y del rey.

Lo último lo pronunció con una sonrisa desafiante. El rey se notaba inseguro, mas su molestia y terror habían pasado.

—Entonces yo, Lesath Scorp, monarca de Áragog y escogido de Ara, concedo a mi heredero la libertad de mostrar la piedad que ha heredado de su antepasado homónimo, al aceptar su misericordia para con la vendida, Aquía de Mujercitas, y la declaro ahora prometida en matrimonio con mi mano y fiel amigo. Así como también hago constar como sagrada, ante los altos miembros de la congregación de Ara, las doce voces de la ley y cada parte de la casa real de Scorp, la promesa de mi hijo de hacer a lord Zeta Circinus su mano en el momento de su coronación. En nombre de Ara.

—En nombre de Ara y del rey —respondieron todos. Incluso Lyra y Shaula. Ninguna me miró al hacerlo, yo había escogido mi destino y ellas el suyo: la supervivencia.

—Que así sea —dijo entonces el alto sacerdote.

—Que así sea —finalizó el rey. Por último, ambas cabezas hicieron la seña sagrada de la constelación de Ara, y mi sentencia se hizo oficial.

Busqué con desespero a Orión entre el público mientras me arrastraban con los grilletes y las cadenas pese a mi resistencia. Al conseguirlo, supe por sus ojos que compartíamos el mismo pensamiento: ambos cometimos el error de subestimar a Sargas.



Había esperado con todo mi ser no tener que volver nunca a la torre de la mano, y como ya era costumbre la vida me escupió en la cara.

No dejé de retorcerme. Cuatro hombres me inmovilizaban a la vez que arrancaban los harapos que cubrían mi cuerpo, retazos de tela volaban por todas partes mientras las navajas acertaban sus tajos. Me desnudaron por pieza, mi piel sufrió varios cortes en el proceso, no dejaron ni un hilo sobre mi piel.

Se suponía que había sido perdonada, pero no dejaban de tratarme como a una prisionera, me arrojaron como una gallina desplumada a una bañera de agua tan fría que casi consiguió que mis pezones invertidos salieran erectos. La bañera incorporada al suelo tenía espacio suficiente para que las doncellas se sumergieran y me restregaran en la profundidad mientras varios hombres desde afuera me inmovilizaban por los brazos y el cabello.

Como mis piernas estaban libres, nunca dejé de patear a las doncellas, hasta que uno de los guardias se cansó y con su mano sobre mi cabeza me sumergió en el agua helada, llena de la emulsión del jabón y de mi mugre.

Luchaba por salir a flote, pero la presión sobre mi cabeza no aflojaba. El pecho me ardía, gritaba por la falta de oxígeno. ¿Serían capaces de dejarme morir ahí y hacerlo pasar por un accidente? Porque nadie cuestionaría esa versión al tratarse de mí, una exvendida, condenada, mujer y hereje. Pero se reducía a esa cuestión: ¿serían capaces?

Mis manos al fin dieron con algo: piel. No supe a quién pertenecería, pero clavé mis uñas en ellas como cuchillas y, mientras más forcejeaban para arrancarme, más me aferraba al hundirlas para romper la carne con cada centímetro que me movían.

La mano me liberó; salí a la superficie e inspiré como nunca lo había hecho en mi vida. Es increíble cómo dependemos del aire, pero en nuestra costumbre, olvidamos la nada que seríamos sin su presencia. Ese razonamiento me convenció de que no quería volver a pasar por ese susto, y que ahogada era la peor opción que tenía para morir. Porque cuando pasa, solo eres tú y la ausencia de lo que te mantiene vivo, y lo sabes; sabes que el fin es inminente, pero estás obligada a vivir la desesperante agonía de la falta de oxígeno mientras lo esperas.

Fue la razón por la que dejé de forcejear, los dejé restregar mi piel hasta llamar al ardor, hasta que ya no la sentí mía. Y no moví ni un músculo, no hice ni un solo gesto, ni un sonido salió de mi boca. Estaba estática, resignada al peor destino que podrían haberme dado. Sargas, para ser un hombre que odiaba a las mujeres, nos comprendía muy bien. Supo que preferiría una ejecución a vivir como esposa del hombre que abusó de mí: me sentenció a lo segundo.

Ni Lesath, ni el mismo Zeta Circinus estaban tan alto en mi escala de odio. Sargas. Era el único nombre que recordaba mientras estaba así, en blanco, con los ojos vacíos, inerte como una marioneta. Sentí los dedos de una doncella en mi cuero cabelludo, raspaba con violencia la grasa, la mugre, todo aquello que pudiera restar brillo y belleza a mi larga cabellera. Me querían más pulcra que las joyas de la corona para complacer a la mano sobre la que caía la mayor responsabilidad del reino después del rey Lesath.

Un paño secaba mis mechones, las manos de una joven distinta exfoliaban mi rostro para desprender a la fuerza todo lo que le restara suavidad y gracia a mi piel. Pero yo seguía pensando «Sargas».

Mis manos quedaron presas en otras más pequeñas que me cortaban, limaban y decoraban con esmalte rosa, brillo y pedrería a mis uñas estropeadas por los entrenamientos. Yo solo repetía, ahora en un susurro y con un sutil movimiento de mis labios, «Sargas». Visualizaba forma, textura y color para su nombre conforme salía una y otra vez de mi boca, conforme deambulaba repetidas veces en mi inconsciente. Era como ser parte de un lavado de cerebro autoimpuesto.

Suturaron la herida de mi brazo. Fue una ardua batalla atravesar mi piel, tal cual lo había predicho Ares, y, a pesar de que el brebaje de hiervas anestésicas no me surtió efecto en la zona dañada y tuve que someterme a la sutura despierta y en carne viva, no chillé o imploré clemencia, ningún grito fue arrancado de mi boca. Si bien mis nervios estaban conscientes, y con efectividad emitían señales de dolor a mi cerebro con cada nueva trayectoria de la aguja, con el pasar del hilo que quemaba mi piel como si fuera nailon, con la presión que se generaba al amarrar las puntadas, mi mente estaba entumecida y solo procesaba en una cosa. Un nombre. Su nombre. El nombre de mi verdugo: Sargas.

«Sargas».

Si Ara no lo maldijo, yo estaba a punto de hacerlo.

CAPÍTULO 26

Madre

Pulcra, perfumada y sin rastros de mugre, grasa o piel muerta, me sentaron a esperar frente a un espejo inmenso, con solo una bata de seda que cubría mi cuerpo, pero que transparentaba mis pezones sin pico, mis caderas huesudas, y que mostraría mucho más si no hubiera mantenido mis piernas tan cruzadas como era posible. Debía aguardar a que llegaran con las opciones de vestidos entre las que tendría que escoger. Luego vendrían las doncellas que entre peinados y maquillaje me dejarían apta y reluciente para ser entregada a mi futuro marido en matrimonio. O algo así me habían dicho, si he de ser sincera, no presté atención a los detalles de nada, ni siquiera a los de mi propia boda, dejé de oír en cuanto me comunicaron que la ceremonia sería inmediata.

Inmediata. Ni un día me permitirían para el luto, para llorar, para maldecir y, tal vez, para matar. Me arrebataron las opciones, la libertad, y me encerraban en custodia de numerosos hombres y doncellas para evitar que escapara de mi condena.

Misericordia, lo llamaban. Misericordia habría sido la muerte y, en ese momento, la añoraba como a nada.

Solo la herida en mi brazo, al estar llena de nudos de hilo negro, se sentía real: era tan horrenda como yo lo era por dentro en ese momento, con ataduras que pretendían sanarla pero que no hacían que dejara de doler. Imaginaba que así tenía el corazón, lleno de costuras mal hechas, adormecido para que no pudiera gritar con fuerza lo mucho que dolía estar ahí, al existir en un momento como ese.

—Te ves espantosa.

No había sentido ni había escuchado cuando llegó. ¿Tan ensimismada estaba?

La princesa cisne avanzaba en mi dirección con las manos cruzadas sobre la amplia falda de su vestido color crema, bordado con flores y mariposas doradas como sus rizos que entonces estaban acomodados en un

complicado peinado. Ni siquiera por visitar a una moribunda ella dejaba de brillar.

Se posó con delicadeza sobre el asiento conjunto al mío frente al espejo y añadió:

—Limpia por fuera, pero con los ojos muertos.

—No han muerto todavía —declaré con mi voz seca. Hacía horas que no la usaba, mi garganta se sentía ajena, mis palabras distantes de los pensamientos de mi cerebro, y mi voz una completa desconocida a la que no extrañaba nada una vez había comenzado a apreciar el dolor del silencio —. No morirán hasta que se apague el odio en ellos, y todavía les queda mucho de ese.

—¿Hacia quién es tu odio?

—Hacia todo.

—Con eso hemos vivido por mucho tiempo, ¿qué ha cambiado ahora?

No había tenido una reacción tan expresiva en el rostro hasta que vi a Lyra en ese momento; en consecuencia a sus palabras, la vi con alarma e incredulidad. ¿Cómo podía preguntarme qué había cambiado si ella había estado ahí?

—Entiendo lo que debes estar pensando, Aquí, pero no me parece que tengas una verdadera razón para apagarte dentro de ese odio y dejar de ser lo que eras hace un día. ¿Te vence una boda? ¿Después de lo que tú has atravesado?

—¿Sabes con quien me voy a casar, no?

—¿Y yo? ¿Yo qué? Estoy aquí para ser tu golpe de realidad, con la esperanza de que escuchar a alguien que está en tu lugar te haga reaccionar y... te des cuenta de que rara vez se ha perdido todo, excepto cuando se está muerto. Solo entonces ya no hay nada que hacer. Tú tienes algo que hacer, Aquí.

—¿Alguien que está en mi lugar? ¿Te das cuenta de que vas a ser la reina? ¿En qué constelación dice algo parecido a que nuestras situaciones son similares?

Lyra siempre ha sido imperturbable; ese día, no. Me miró con la mandíbula tensa, los ojos chispeantes de ira y los labios fruncidos. Si bien su mentón no flaqueó, el resto de sus facciones abrieron paso a las emociones, y me permitieron ser capaz de identificarlas.

—Lo voy a tomar como algo que dices solo porque...

—Tómalo como honestidad —zanjé.

—No puedo creer que tú estés diciendo esto. Minimizas lo que yo atravieso al compararlo con tu dolor. Puede que tú veas esto como el fin de tu mundo, pero déjame decirte que no eres la única que ha estado en una situación similar. Y yo no tuve una amiga que fuera a darme ánimos cuando me enteré de quién era y quién debería ser. Solo me tuve a mí y una elección: echarme a morir y aceptar mi destino, o hacer de este una oportunidad. Sigo trabajando en lo segundo. Sola.

—No lo entiendo, ¿cuál es tu problema con ser Lyra Cygnus? Tienes un nombre, un título, un futuro y un apellido. Yo siempre he sido «vendida» y ahora voy a dejar de serlo para ser... de ese monstruo.

—Mi problema con ser Lyra Cygnus es «él». Debo casarme con él. Yo no quería ser vendida, pero menos quería ser esposa. ¿No entiendes que debo darle un hijo a una persona que aborrezco? En un supuesto caso de que deseara ser madre, ¿cómo podría amar a una abominación así? Sargas ni siquiera debería reproducirse y yo debo amar al monstruo que él forme en mi vientre, atravesar un embarazo que destruirá mi cuerpo y mi estabilidad emocional, dejar que me desgarran por dentro y que me cosan por fuera durante un parto que no deseo, solo para que su hijo pueda portar la corona de un reino en el que no deseo que viva ninguna mujer.

»Dices que seré reina, pero parece que olvidas que en la historia de Áragog no hay registros de ni una palabra, ni un cambio, ni una ley, ni una contribución hecha por las esposas de los reyes a las que algunos tienen la bondad de llamar reinas. Adornos de la Corona, puestas para traer al heredero. Eso es ser reina en Áragog, crear príncipes y el futuro rey con la matriz. Y solo eso, no gobernar. Ese es mi destino, ser la vasija donde el príncipe maldito deposite su descendencia.

»Desde hace tiempo que tengo hipersomnia. Trato de ser útil, de hacer algo para cambiar esto, pero es como si el parásito de la realidad me consumiera por dentro. Donde me siento, me quedo dormida. Me acuesto temprano y me levanto después del mediodía todavía con sueño. Siempre ando apática, lenta, decaída, finjo resistencia cuando lo que deseo es tirarme en el suelo a descansar de un cansancio eterno. El cansancio de estar viva. De ser mujer. De tener que ser madre.

—¿No quieres ser mamá?

—¿Eso es todo lo que escuchaste?

No me quedaba oxígeno en el pecho. Sus palabras me habían taladrado más profundo de lo que dejaba ver.

—No, pero sigo creyendo que esa parte la escuché mal.

—¿Por qué?

—Porque jamás he escuchado algo como eso. Yo soy una vendida, o lo fui, jamás tuve esa opción. Y creo que prefería no pensar en eso para que no me doliera, pero eso hacemos todas, ¿no? Soñamos en silencio con la oportunidad de ser las esposas, con ese poder de elegir formar una familia, un hogar lleno de...

—¿Elegir? —Lyra me puso sus dedos con cuidada manicura sobre el dorso de mi mano, con la sutileza de una madre que quiere hacer a su hijo entrar en razón sin recurrir a la violencia—. ¿Elegir qué? ¿De verdad crees que hay algo que podamos elegir? Los hombres nos escogen a nosotras, debemos ser madre, es una imposición a la que ninguna puede escapar. La alternativa es la desgracia social, ser vistas como inútiles, egoístas, blasfemas. ¿Y qué crees que le pasaría a una mujer en este reino si un hombre, figura suprema, quiere un hijo y ella se negara a dárselo?

Jamás había pensado en eso.

—Así que somos libres de elegir...

—Lo que ellos quieran queelijamos.

—No hay una verdadera opción. No para nosotras.

—Las opciones son cosas de hombres.

Las lágrimas que creí agotadas dentro de mí chorrearon por mis mejillas como una represa desbordada. Experimenté un ataque del que hasta entonces no había sido víctima. Mi pecho se trancó, como si un telón hubiese caído de pronto sobre él, y un cerrojo lo mantuviera así. En medio de mi búsqueda de oxígeno, comencé a transpirar, a absorber bocanadas de aire violentas que no me aliviaban. Acabé por golpearme el pecho, desesperada, con las lágrimas descontroladas y que salpicaban por aquí y por allá. Lyra intentó socorrerme al tomarme entre sus brazos y palmear mi espalda, pero el alivio seguía sin aparecer.

No había opciones. Siempre lo supe. Era como la certeza del fin del mundo, sabes que llegará, pero no te preocupa. Es lejano. Le tocará vivirlo a otro. Hasta que pasa. Y entonces la desesperación es lo único que queda.

—Aquí, respira, por favor.

—Yo... —Pero mis palabras sonaron como las plegarias de un moribundo, se trancaron en mis pulmones sin aliviarlos de su falta de oxígeno, y no pude continuar.

Lyra, quien parecía nunca perder la compostura, siempre centrada, tomó

impulso con su brazo y me abofeteó tan fuerte que caí al suelo. Las sedas de la bata se revolvieron en mi parte superior y revelaron toda mi desnudez de la cintura para abajo.

Avergonzada, pero viva, me senté con una mano sobre mi mejilla como si con ella pudiera aminorar el ardor. Respiraba con normalidad, sin ser siquiera consciente de que lo hacía, y miré a Lyra con mis ojos todavía llenos de lágrimas antes de decir:

—Tengo que darle un hijo. A él, Lyra. Tengo que darle un hijo.

Lyra había estado en el mercado el día de mi compra, estuvo entre los espectadores que me escucharon gritar mientras lord Circinus desgarraba mi vestido y castigaba mis glúteos y mis piernas con los latigazos de su cinturón. Me vio salir con los labios cubiertos de sangre de tanto que los había mordido; vio las sombras, el delineado y la máscara de pestañas que se estropearon por el charco de lágrimas que dejé sobre la mesa en el que restregué mi rostro; vio mi ropaje destruido; vio mi fuerza en pedazos; vio mi voluntad mancillada. Ella lo vio, al igual que Orión. Fueron testigos del inicio de mi odio. Pero ninguno de ellos sabía lo que ocurrió después.

—¿Crees en las violaciones? —Tenía que hacerle esa pregunta. Su respuesta era indispensable para lo que estaba a punto de relatar—. A veces siento que... que en este reino nadie cree en ellas, como si una mujer sin dueño solo pudiera agradecer que otro la use. ¿Y tú? ¿Crees que una mujer sin dueño puede ser violada?

—Las violaciones existen. Si buscas su definición, comprenderás que independientemente de quien lo quiera aceptar y quién no, toda mujer que es tomada en contra de su voluntad, sea cual sea su estado físico o civil, está siendo violada. ¿A qué viene esta pregunta?

—A que él intentó abusar de mí. La mano del rey. Pero no lo puedo denunciar porque, aunque tenía dueño y ese era un delito, mi dueño me odia tanto que me condenó a casarme con mi agresor.

—¿Aquella vez en el mercado?

—No, ese día solo... quería hablar conmigo, me hizo preguntas, preguntas cuyas respuestas no fueron de su agrado, y decidió castigarme de forma física. —Me reí, aunque no me hacía gracia—. No se lo tomó muy bien. Me dijo que no me iba a lastimar, me agarró la cara y me explicó que sería incapaz de dañar mi rostro, pero que «no hay mujer a la que le haga daño un poco de hinchazón en el culo».

»No, ese día no intentó nada más que comprarme. Fue luego. Cuando

descubrió que entrenaba con los asesinos. El muy cerdo sabía que no iba a hablar con Sargas y mucho menos con el rey, porque no podría contar una cosa sin revelar la otra. Me salvé gracias a mi entrenamiento, y a Leo, quien perdió su apellido ese día. Pero sí, casi lo hace, Lyra. No había nadie que me salvara en ese cuarto. Casi lo hace.

—¿Sargas sabe eso?

—No lo sé, es posible que Circinus le haya contado algo, como es posible que no. Pero lo que sí sabe es lo que pasó ese día cuando lord Zeta iba a comprarme. Lo sabe porque Orión se lo dijo, y le dijo que me protegiera de él, que me mantuviera alejada. Orión le contó todo, al menos lo que él sabía, y mira lo que ha hecho. Me tengo que casar con lord Zeta Circinus, mano del rey y agresor por excelencia, y además darle un hijo. Estaba algo tranquila en cuanto a la cuestión del sexo porque las esposas solo lo tienen al momento en que su esposo está dispuesto a procrear, pero no dudo que lord Cerdinus vaya a querer que lo intentemos todos los putos días de nuestro matrimonio hasta que me embarace o me suicide.

—¡No! Aquí, no. —Lyra me tomó las manos—. Ni se te ocurra. Pensaremos en algo. Tú solo resiste, sobrevive. Tanto como sea posi... Hablemos de otra cosa, ¿sí? No vale la pena hablar de lo que no se puede cambiar.

—No sé si seré capaz de hablar de nada más... —Me miré por unos instantes, consciente de que no comprendía su presencia ahí, de que no tenía sentido, solo que hasta ese momento no había tenido oportunidad de cuestionármelo—. ¿Qué haces tú aquí, por cierto?

Lyra rio y cubrió sus labios como la mujer decente que era, nada de carcajadas por muy absurda que fuera la situación o muy gracioso el chiste.

—Me permitieron ser quien te vista. Recuerda que todo el guardarropa que te había dado el príncipe me lo dejaron a mí, así que me ofrecí a conseguirte el vestido adecuado para tu boda en mi armario.

—No fue Sargas.

Mi voz volvió a tornarse venenosa.

—¿Qué cosa?

—El guardarropa. Fue Orión, su... caballero. Él decoró el cuarto para mí, o al menos supervisó mientras otros lo hacían bajo sus órdenes. Sargas no hizo más que odiarlo por eso.

—Bastantes son las libertades que se toma ese caballero, ¿no?

Lyra alzó una ceja y me miró con fijeza como si lo supiera todo. ¿Podría

Shaula haberle contado?

—¿Todavía tienes a mi doncella? Bueno, la que era mi doncella — pregunté en un intento de evadir el tema.

—¿Andrómeda?

—¡¿Sigue usando ese nombre?!

—¿Y cuál sino? —Lyra alzó de nuevo una de sus rubias cejas—. Lee muchísimo, es ella quien usa la biblioteca que dejaste. Esa mujer es mi admiración suprema.

—¿En serio? —No cabía en mí de la emoción—. ¿Y eso por qué?

Lyra logró captar mi atención con eso.

—Empezó a traficar libros a las cocinas, a los almacenes de limpieza. Sus compañeras empezaron a leer, primero tan temerosas que fueron pocas las que decidieron dar el primer paso. Pero con una que lo intentaba, había otra que se incentivaba y, cuando las demás empezaron a escuchar a las lectoras hablar de su experiencia, empezaron a morir por entrar a mundos como esos, a mundos en donde las mujeres tenían aventuras, oportunidades, vidas. Después, Andrómeda comenzó a pegar, de manera semanal, los comentarios de sus lecturas. Están escritos en una pared blanca tras un enorme tapiz. Ahí, las demás van a leer sus impresiones y su calificación sobre los libros; así deciden si lo quieren leer o no. Ella me cuenta que a veces tiene hasta cien comentarios al pie de su opinión. Las demás mujeres de verdad valoran su criterio y lo toman como una ley. Si ella dice que un libro es bueno, lo es; si lo quema, entonces quemado se queda. Ya son un club de lectura muy grande y supersecreto, pintan de blanco la pared cada vez que Andrómeda va a subir una nueva opinión y la esperan más que al pan de cada día. Se hacen llamar algo así como «putas literarias».

»Reivindicativo, ¿no? Antes no leían y ahora lo hacen tanto que se consideran orgullosamente putas. Y eso lo consiguió Andrómeda. Porque creyó en sí misma, en la magia de las palabras, y en que podría hacer una diferencia. Es increíble lo que se puede lograr cuando se está dispuesto a romper esquemas.

—Esa mujer me inspira.

Una curva modesta se apropió de mis labios. Recordé a mi doncella, aquella mujer sin nombre de la que Antares se había aburrido, relegada a las cocinas, y luego a servir a la vendida de otro. Recordé lo firme que parecía en su supervivencia, al transitar la vida como una espectadora de la gloria de los hombres, como la responsable del placer y de la comodidad de otros,

incapaz siquiera de soñar con hacer algo diferente a lo que se le ordenaba, con albergar deseos propios. Temía por mí, y envidiaba la facilidad con la que me negaba a aceptar el puesto que me habían dado. Y ahora tenía un nombre. Un deseo. Algo propio. Y una identidad que había dado fuerza y un escape a muchas mujeres que la seguían con respeto y admiración. Entonces, cuando era yo la que estaba a punto de perder la fe, porque en medio de mi búsqueda de la libertad acabé peor que al principio, era ella quien me inspiraba.

No podía rendirme.

—¿Te digo algo Lyra? —Mi hermana de Mujercitas me miró expectante—. Ya sé exactamente qué vestido de boda quiero.

—Excelen...

Para entonces, alguien más había irrumpido en la habitación. Un hombre, si es que podía considerarse humano a un cerdo como él. Su sonrisa húmeda, lasciva, casi abarcaba todo su rostro.

—*Lady Cygnus*, ¿me daría un momento a solas con mi futura esposa?

CAPÍTULO 27

Esposa

—Hola, mi amor.

Dio un paso hacia mí. Por el olor que impregnaba su aura deduje que había estado bebiendo, tal vez en celebración. Sus ojos estaban achinados, húmedos y enrojecidos por el alcohol. Y sonreía, sonreía como nunca.

—¿Cómo se siente la señora Circinus?

Escupí sus botas. No conseguí una respuesta más decente que entregarle.

—Ay, mi amor... —Acortó la distancia que nos separaba hasta que quedó casi encima de mí, que estaba sentada frente al gran espejo donde debían alistarme para ser suya—. A pesar de todo... —se metió los dedos a la boca—, a pesar de todo te ves tan...

Pasó sus dedos remojados en saliva por mi mejilla. Al notar mi resistencia, se aferró a mi melena suelta, torció mi cuello en un ángulo doloroso, lo que me obligó a mirarlo y me impidió cualquier movimiento. Así, extasiado por el placer que le generaba el odio de mis ojos impotentes, siguió con sus dedos. Recorrió mi frente, mis cejas, el puente de mi nariz. La fetidez de su saliva estaba demasiado cerca: un olor a excremento y a ron.

Penetró mis labios, se abrió paso con tanta brusquedad que me lastimó con sus uñas mugrientas mientras yo intentaba mantener mi boca cerrada. Cuando al fin estuvo adentro, lo mordí. Apreté con mis dientes como si fuese una trampa, me negué a dejarlo libre, aumenté la presión y retorcí mi rostro para hacerle más daño. Conseguí una bofetada que fue dada con tal brutalidad que hizo que los huesos de mi cuello tronaran. Mi mandíbula se abrió y el sonido del impacto recorrió la habitación.

—Te voy a enseñar a ser una verdadera mujer —dijo mientras agitaba su mano en el aire. Si a él le había dolido golpearme, solo basta imaginar lo que sentía yo en mi rostro. Y ahora, multiplíquelo por diez; incluso así no tendrán idea de lo que sentía por dentro—. Yo siempre gano. No te compré ese día, pero era solo cuestión de tiempo. Te quise ese día, y te tendría,

aunque fuese lo último que hiciera con mi vida.

»Y, ahora, te convertiré en una mujer del agrado de Ara y del rey. No abrirás la boca a menos que se te ordene, responderás solo a mi placer y no a los caprichos de tu carne, te someterás a mí, a tu dueño y señor, cabeza del hogar. Y entonces, solo cuando seas un ejemplo, estarás completa. Sentirás la paz que nunca has tenido por perseguir el pecado. Cuando consigas que yo te ame tanto como te deseo ahora, ese día estarás completa.

—Ese día estaré muerta.

De nuevo me abofeteó. Pese a que era de esperarse, chillé y me llevé ambas manos a la cara. Tenía el rostro empapado, solo esperaba que mi llanto no hiciera tanto ruido como lo hacía mi dolor.

—¿Dónde está tu fuerza, vendida? ¿Dónde está ese odio altivo con el que me mirabas cuando me atacaste en mi propio hogar, delante de mis hijos?

—Aquí... —Mi voz salió apenas como un suspiro—. Aquí está, matándome.

Nunca había deseado tanto morirme como en ese momento, cuando recordé con crudos ejemplos que él era mi futuro, y todo lo que él significaba.

—Me das lástima. —Me agarró el rostro por la barbilla y lo soltó enseguida con asco al sentir que mis lágrimas humedecían sus manos—. No falta mucho, pronto todo esto desaparecerá, y serás feliz.

Fingió benevolencia con su rostro. Daba náuseas.

—Ahora arréglate, mi amor. Quiero una esposa hermosa.



No me permitían cerrar las ventanas del carruaje blanco en el que me transportaban como a una prisionera en su jaula. Yo era la atracción de la muchedumbre, el tigre del circo que recibían con vítores y palmas, a sabiendas de que en breve disfrutarían verlo hacer acrobacias. Ellos eran el látigo que me obligaba a saltar los obstáculos que ellos mismos interponían en mi camino, solo para reír y disfrutar a mi costa. El juguete del reino.

Además del cochero, tenía dos guardias a mi izquierda, el otro lado lo dejaron libre para que nadie se interpusiera entre mi imagen y la ventana. Iba esposada en las manos, con los pies inmovilizados por grilletes. ¿Me mantendrían así el resto de mi vida? Sería lo más inteligente, porque a la

primera oportunidad que tuviera, mataría a lord Circinus. Lo haría con alevosía, me tomaría mi tiempo tal como él se tomó el suyo para destruirme la vida. A hierro querían mantenerme sometida, pero yo era Aquila, y Aquila era un águila.

Y a un alma como la que compartíamos, nadie podría encadenarle las alas.

Debía tener paciencia, vivir para verlo muerto. Ver muerta a la mano, y vengarme de Sargos: mis nuevos motivos para vivir.

Lyra me maquilló, hizo de mi rostro una atracción fatal. Sombras de un púrpura intenso, marrón y vino ahumaban mis ojos en un hábil difuminado tras unas extravagantes pestañas pobladas que daban a mi mirada la intensidad del odio que me quemaba las retinas de los ojos. Un punto negro bajo cada ojo, hecho con delineador como si fuesen lunares, y tres piedrecitas brillantes pegadas sobre la curva de cada una de mis cejas. Para finalizar, un labial húmedo, carmesí, ocultaba la palidez de mi boca.

Los maquillajes de las novias solían llevar tímidos colores tierra o inocentes pasteles, pero no el mío. Porque yo no era una novia, era una prisionera. No expresaría con mi vestuario una conformidad que no sentía, por ese le pedí a Lyra el vestido que llevé ese día. No el de una esposa, el de una viuda.

El velo negro se arrastró por las escaleras del carruaje mientras los guardias me bajaban de él. Camino a la capilla, todos me miraron con expectante horror, o eso fingían. Lo vi en más de uno, en sus bocas abiertas, en esos segundos de más que me miraban antes de voltearse a comentar mi blasfemia. Lo vi en sus pupilas dilatadas, en cómo se observaban a ellos mismos como si fueran nada luego de haberme visto a mí. Me admiraban, cambiarían sus miserables vidas por tener el valor de pararse en medio del reino al ser como yo. No por cómo me veía, sino por lo que mi imagen significaba.

Una amplia falda de tul negro cubría mis piernas y se arrastraba por la alfombra por la que me hacían caminar, parte de ese tul tenía bordadas mariposas negras que subían por mi torso y cubrían solo los laterales y mis senos, dejando un largo escote en el medio. Rozaban con sus alas el principio de mis clavículas, y el resto estaba desnudo. Eran tantas las mariposas que bordeaban mi piel que daban la impresión de que sus alas eran pétalos y mi vestido era la tumba de aquella flor marchita. En mi cabeza tenía una pequeña diadema que sostenía el velo de luto, luego de eso, solo quedaba mi piel pálida resaltada como un cadáver.

Cuando atravesé las puertas de la capilla, me envolvió la melancolía de una voz proyectada desde lo más profundo de un corazón herido. Shaula cantaba y, si bien su voz era melodiosa y arrancaba lágrimas a los presentes como si fuese una balada romántica, pocos de ellos comprendían lo que sus palabras significaban. Aquella era la canción que en Baham entonaban a sus muertos en los funerales. A un lado del atril, ver a la princesa escorpión entonando un himno de tragedia que marcaba el compás de mis pasos hacia el altar fue como si recibiera el abrazo de apoyo más prolongado.

Había tanta gente presente que, de tan solo cerrar las puertas, podríamos habernos asfixiado, sin contar el centenar de personas que me recibió mientras andaba en el carruaje, aglomerados alrededor como si lo que hubiese dentro de ese transporte fuese un monarca y no una prisionera. Me daba la sensación de que el aire se hacía más denso, con tantos seres vivos que lo consumían a mi alrededor; pero por más que lo deseé, no caí desmayada por falta de oxígeno.

El rey no hizo acto de presencia, era el único que parecía entender que mi desgracia no era de su incumbencia. Pero Sargas...

Era antinatural mirarlo con la luz del sol al colarse por las puertas de entrada, había demasiada claridad en sus mejillas hundidas, en su palidez enfermiza. Casi parecía otra persona, un príncipe de mirada consternada. ¿Sería arrepentimiento lo que lo llevaba a esquivar sus ojos oscuros de mi mirada amenazante?

Sea lo que sea que transitaba en los ojos del monstruo, no importaba. Él venía hacia mí, a paso apresurado, con un traje negro sin corbata y un vaso de una bebida verdosa entre las manos.

—Necesito hablar con la vendida —dijo el príncipe a los dos guardias que me escoltaban y me tomó por el brazo.

—Esta ya no es su vendida, alteza —le recordó un guardia mientras se interponía entre nosotros—, y tenemos órdenes de llevarla al altar y no dejar que se mueva de ahí.

—¿Le acabas de decir que no al heredero del aire que tú respiras, bazofia? —escupió el príncipe con cara de asco hacia el guardia—. ¿Te atreves a rehusarte ante el dueño del hueco donde cagan tú, tu mujer y tus hijos? ¿Le piensas hablar de órdenes al que con solo una palabra te dejaría sin trabajo de por vida?

—Hay leyes, alteza. La mano ha hablado y...

—El novio aún no llega y, en su ausencia, yo soy el hombre más poderoso

aquí, incluso en su presencia lo sigo siendo. ¿Cuál de ustedes me va a impedir que me lleve a esta... *mujer*, entonces?

El segundo guardia dio un paso al frente.

—Llévesela, alteza. Estamos a sus órdenes.

—Eso lo sé yo, son ustedes quienes lo olvidan.

El príncipe escorpión me alejó a cuestras de la multitud, tiró de mí hasta el único sitio que quedaba despejado y con un ápice de privacidad: el cuarto del obispo.

—Siéntate —ordenó tras cerrar la puerta.

—No.

Miro a mi alrededor. Una mesa con tazas de café servidas, dos pares de sillas de madera, una repisa llena de velas e incienso, y una única ventana que daba al exterior. Había pensado en escapar por ella, pero...

—¿Por qué tienes guardias apostados en las ventanas y afuera de esta puerta si solo estás conmigo? ¿Te parezco una amenaza?

Sargas dejó su trago, se recostó en la pared y metió sus manos en los bolsillos de su pantalón negro de tela fina que solo los sastres de la familia real podían conseguir. Me miró y luego contestó:

—Los guardias son para protegerte.

—¿A mí o a tu ego?

—Calla, mujer. ¿Cuándo aprenderás a hacerlo?

Me reí, aunque en definitiva no me hacía gracia.

—¿Para qué me trajiste? ¿Qué hago ante ti después de todo lo que ha pasado? ¿No era suficiente para ti deleitarte con el dolor de mis ojos desde el público y necesitabas verlo de cerca, en exclusiva?

—Eres demasiado estúpida. Lo peor es que imagino que lo sabes y no te importa.

—Y usted es un bastardo maldito, lo sabe, y aun así cree que merece respeto y..., ¡oh!, una corona.

Sargas dio un violento paso hacia mí, como una fiera a punto de devorar a su presa de un bocado, pero se contuvo con la mano entreabierta muy cerca de mi cuello.

—A veces me provoca ahorcarte, pero eres demasiado persistente a pesar del dolor que parece que solo te alienta a abrir la boca. —Recogió su mano y la devolvió al interior de su bolsillo—. Eres estúpida porque, una vez anunciada tu condena, no hiciste nada para cambiarla.

—¿Qué se supone que signi...?

—Creí que, cuando supieras tu destino, rogarías porque te trajeran ante mi presencia, los guardias tenían órdenes de cumplirte ese deseo en caso de que lo manifestaras. Pero no lo hiciste. No pediste hablar conmigo.

—¿Por qué haría semejante cosa?

—Creí que vendrías a suplicar mi perdón, como haría alguien inteligente. Por Orión. Por ti misma. Yo pensé, de verdad, pensé que vendrías a pedirme que haga algo para cambiar las cosas.

—¿Tú, de verdad, te crees todopoderoso? ¿No es así? —Lo miré con lástima y volví a reír—. Tú, de verdad, crees que tienes al reino, al mundo, en tus manos. ¿No escuchaste lo que dijeron el alto sacerdote y tu padre respecto a la ley? Has jugado suficiente con las leyes a tu antojo, manipulado al reino para que sea parte de tus rabietas, pero todo tiene un límite, incluso para los príncipes y, sobre todo, para los bastardos.

»Organizaste un teatro porque tu vendida no se sometía a ti y jugaste con todos: con los hombres del consejo, con el público, con los miembros de la iglesia y con los protectores de la Corona. Y lo hiciste en un juicio donde al final revelaste que mi destino siempre estuvo fuera de sus manos porque tu intención era casarme con la mano de tu padre sin importar lo que el jurado decidiera. Y eso porque esperabas que yo corriera a ti... ¿a qué? ¿A suplicar lo imposible?

—Si hubieses venido a mí, yo lo habría cambiado todo.

—¡No! ¡No, no, no, idiota! —Me paseé por la habitación con las manos en alto como gesto involuntario de mi exasperación—. La Iglesia no te dejará que te rías así de ella, tu padre no volverá a consentirte ningún capricho después de la humillación que le hiciste pasar en el juicio. ¿No lo entiendes? Eres el eslabón débil de la Corona, eres lo único en su sistema que impide que todo fluya como lo ha hecho por siglos. Y no para bien. Tú ni siquiera significas un cambio que nos beneficie, solo eres inestabilidad.

—No me subestimes, yo puedo. Sí puedo. Solo pídemelo y lo haré.

—Ya ganaste, Sargas. ¿Qué más quieres?

—A ti.

Mis labios, mis puños y mi pecho se contrajeron a la vez, mis venas palpitaron con fuerza por la presión de mi sangre y mi rostro se llenó de tanto calor que mis ojos se humedecieron. Era mi odio que flotaba otra vez, ese que ensombreció mi alma cuando Sargas consumó su venganza.

—A mí nunca me tendrás —escupí mientras apretaba la mandíbula—, no como tú quieres tenerme.

—Y eso es lo que me vuelve loco. Todo es mío, todo lo tengo con solo desearlo. Tú lo has dicho, jugué con el reino, con sus leyes, manipulé a mi padre y al alto sacerdote de la Sagrada Iglesia de Ara para que fuesen parte de mi venganza, y conseguí lo que buscaba. Soy un bastardo, sí, y ni siquiera el primogénito de los Scorps, pero seré rey. Todo es mío, y creí que sería feliz cuando viera a Orión llorar por su traición y a ti pagar por lo que me hiciste, pero la verdad es que lo único que deseo en este mundo, lo único que me hará feliz, es lo que nunca he tenido: tú.

Abrí la boca para hablar, pero Sargas se aproximó e hizo un ademán de querer cubrir mis labios con su mano, la cual aparté de un golpe.

—Sé mía, Aquía —prosiguió tras ignorar el manotón—. No mi vendida... He pensado mucho en lo que me has dicho, no pienso en nada más, ya no duermo, la comida no me sabe a nada. No dejo de pensar, y de pensar, y de pensar... Después de una vida en las sombras, algo en la luz empieza a importarme. Yo sé que puedo cambiar, con el tiempo. Pero te necesito a ti, eres la única que puede salvarme, Aquía. Sé mía... —Me tomó de la mano. Su agarre era como el de un niño que recién aprendía ese gesto—. Sé mi esposa.

Lo solté y, junto a ese acto, me deshice en una carcajada.

—Para ser demasiado oscuro y siniestro, alteza. Sabe unos chistes muy buenos.

—No estoy jugando.

Volvió a tomar mi mano y esta vez... Sus piernas se flexionaron, sus rodillas tocaron el suelo, sus zapatos quedaron semidoblados contra el piso. Mi boca se abrió sin pedirme permiso. Sin importar lo que sucedía afuera de esas paredes, justo ahí, dentro de un cuarto de la iglesia de una religión que no compartía, el príncipe maldito y sin corazón, heredero del reino de Áragog, estaba de rodillas ante mí. No se me ocurría una situación más insólita.

—Acabo de entender por qué consigues más de lo que mereces. —Arranqué mis dedos de su mano, pero no le pedí que se levantara, disfruté de verlo desde arriba, arrodillado como el animal miserable que era, el hombre que más daño me había hecho por ser capaz de lanzarme a los brazos del que más ganas de dañarme tenía—. Ahora lo entiendo. Eres un excelente manipulador. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero eres buenísimo para dar lástima. Y la lástima es mejor que el miedo para conseguir cosas. No me casaré contigo, Sargas. No sueñes con eso.

—¡Te haré feliz!

—Lo dudo. Hace un momento estabas a punto de ahorcarme, me llamaste estúpida, confesaste que esperabas conseguir paz en mi dolor y satisfacción en tu venganza contra mí, dijiste que debo aprender a callar, que esperabas que corriera a suplicar tu perdón. ¿Todavía no entiendes por qué es imposible que exista una relación sana entre nosotros? Eres de los que se creen con derecho a castigar, y de los que luego de eso esperan súplicas de perdón. Eres de los que manipula al apelar a la lástima cuando se quedan sin opciones, de los que insultan cada vez que pueden porque se creen irremediablemente superior. Eres frío, cruel, estás lleno de odio y, si bien has demostrado que te es posible sentir deseo, eres incapaz de amar. No quiero eso en mi vida.

—¡Pero puedo cambiar! Tú puedes hacerme cambiar, yo solo no podría.

—No dudo que puedas cambiar, en realidad, espero que lo hagas; quienes no pueden cambiar son las heridas que ya abriste en mí. Y yo, que ya he recibido suficiente mierda de la vida, no estoy dispuesta a ser tu centro de rehabilitación. Ve, perdónate a ti mismo, cura tu alma, plantéate una vida en la que las mujeres son seres humanos y no tus juguetes, y luego, y solo entonces, busca a alguien a quien amar, amar y no poseer, y hazlo con fuerza. Pero, hasta entonces, no le hagas el daño a ninguna mujer al ser el hombre de su vida.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Créame, alteza, sé lo que hago. Me libro de una relación que podría matarme, en alma y cuerpo. Eso hago.

—Si persistes en tu decisión, serás la culpable del monstruo en el que podría convertirme.

Me reí, un acto de apenas un segundo que profesaba incredulidad e ironía:

—El monstruo ya está en usted; lo único que estoy haciendo es alejarlo de mi vida.

CAPÍTULO 28

El beso final

Sargas salió disparado de la habitación sin mirarme y cerró la puerta de un portazo detrás de él. En otras circunstancias, tal vez me habría alegrado de que me dejara sola, era una oportunidad para escapar de aquel destino, pero no entonces, no al estar rodeada por guardias.

Me quedé sentada un momento, en parte para retrasar lo que se venía y, por otro lado, porque sentía la urgente necesidad de analizar lo que acababa de ocurrir, de darle un significado, de evaluar con cabeza fría mis opciones.

Lo que le dije al tenerlo de rodillas fue justo lo que sentía, las palabras salieron de mi boca tal cual atravesaban mi cabeza, sin maquillaje, sin suavizarlas. No me arrepentía de lo que había dicho, solo quería la oportunidad de evaluar el «qué habría pasado si...».

Ser la esposa de Sargas. Debería ser una situación de poder convertirse en la acompañante del heredero, pero ¿no lo era también ser la mujer de la mano? Ambas situaciones suponían una supuesta mejora para mi estatus de vendida, pero luego de la conversación con Lyra me quedaba claro que ninguna esposa tenía voz, sin importar si esa era la esposa del rey. ¿No era ella su prometida y, aun así, prefería volver a ser una vendida a tener que casarse con él? Las reinas en Áragog eran adornos de la Corona, no líderes. Pensar que casarme con el heredero haría una diferencia en el reino era absurdo, así que ese era un tema zanjado.

Luego estaba el otro: Lesath, las leyes y el alto sacerdote de la Iglesia de Ara. Sargas era un necio, un ciego y un estúpido si de verdad creía que él cambiaría lo que es sagrado y legal en Áragog, para así conseguir la aprobación de los grandes, solo porque se encaprichó en casarse con una vendida que él mismo llevó a juicio porque no quiso acostarse con él. Primero se armaría una guerra antes de que esa fuera siquiera una posibilidad.

Y, por último, estaba lo más importante: él. Doblegarme a sus deseos era algo a lo que me rehusaba en rotundo. Él no cambiaría por mí, viviríamos

una relación en donde mis deseos, al andar en discordancia con su voluntad, serían reprimidos o castigados a su antojo; una relación en donde incluso me haría pensar que sus castigos eran merecidos y se efectuaban por mi propio bien. Cuando me tuviera, su sed bajaría, su ego sufriría un severo incremento y yo pasaría a ser el objeto que no ama, que no le importa lastimar, pero que a toda costa no quiere perder. Una relación así solo puede terminar en una cosa: mi muerte.

Lo único que me hacía considerarlo era que la otra opción que me quedaba era mucho peor: ser la esposa de la mano. Era algo que me aterraba, mi alma permanecía escondida para no tener que afrontar esa realidad, pero debía hacerlo. Ser más que fuerte: reconocer que era devastadoramente débil y, aun así, avanzar. Vivir para verlo muerto. Eso haría.

Cuando al fin salí de la habitación, lo hice más por evitar un revuelo y que entraran a arrastrarme entre diez. Fuera, descubrí al mismo grupo de guardias de antes, con una pequeña variación: un caballero.

No iba con armadura ni traje para la ocasión, portaba un pantalón de cuero negro lleno de bolsillos, un cinto ataviado con su espada, un chaleco de cuero marrón y una camisa negra con mangas largas ceñidas a sus brazos y a su pecho, la cual estaba llena de pequeñas correas que deduje debían ser bolsillos secretos para sus dagas.

Quería disimular, mirar a otro lado, no demostrar con mis ojos lo mucho que me desgarraba verlo frente a mí con los mechones de su cabello sobre la cicatriz que yo provoqué, con su barba con diseño de llamas y sus ojos anhelantes detrás de aquellas ojeras que podrían también ser mi culpa. Quería dejar de admirar la forma en que la tela negra se adhería a sus hombros, o cómo sus fuertes manos, que una vez hicieron más que solo sostenerme, se cerraban sobre el mango de su espada.

Pero no pude, no aunque me doliera. Iban a matarme de todas formas cuando matara a lord Zeta Circinus, mano derecha del rey; pues que me mataran entonces por mirar con anhelo y tristeza a mi caballero alado.

Orión se posicionó a mi lado sin mirarme, sus ojos estaban puestos en la multitud y su espalda casi pegada a la puerta de la que yo acababa de salir. A mi izquierda se acercó un guardia, y al otro lado de Orión se posicionó otro. Por supuesto que no nos darían privacidad.

—Si me sigues mirando así, te juro que no me va a importar nada, y te besaré delante de esta gente.

No podía creer que hubiese dicho eso y, mucho menos, que lo dijera delante de ambos guardias. Me costó muchísimo domar mis labios para que no se apoderaran de mi rostro con una sonrisa.

—Nos están escuchando —dije en un susurro más bajo que el que él usó para desestabilizarme.

—¿Y? Si alguno habla, lo mato.

—Orión... —Al sentir el roce de sus nudillos contra el dorso de mi mano contuve la respiración, me dieron ganas de saltarle encima ahí mismo.

Pero no iba a hacerlo: «Vivir para verlo muerto». Debía mantener la cabeza sobre mis hombros mientras eso ocurría.

—Perdóname —me dijo. Su voz me destrozó, nunca lo había escuchado así de vulnerable.

—No te voy a perdonar por hacerme la mujer más feliz de Áragog. Si de algo debes disculparte es de dejarme con ganas en la joyería.

Escuché el comienzo de su risa, me aventuré a voltear y lo vi mordiendo su labio para evitar que su sonrisa se extendiera. Tal vez era solo mi posición, pero creí ver sus ojos cristalizados.

«No, Orión. Si tú lloras, me derrumbo».

—¿Sería horrible si te digo, justo ahora, que te...? —Pero se cayó. Lo que sea que iba a decirme lo guardó para él y para su constelación—. Te sacaré de esto. Lo sabes, ¿no?

—Ni se te ocurra. —Lo dije con tanta firmeza que me sentí con la fuerza de tomar su mano. Fue solo un segundo, pero sentí como si miles de microrrayos atravesaban mis dedos hasta mi corazón, como si llevara consigo el poder de su cosmo y, en ese breve contacto, mi piel lo hubiera saboreado—. No lo hagas.

—Lo haré.

—Dije que no. —Lo miré—. Yo soy Aquila, las águilas no les tienen miedo a los hombres.

—No puedo permitir que pases esta noche con él, creo que sería más noble matarte.

—Yo misma lo haré. Si las cosas se escapan de mis manos... lo haré. Y no quiero que te sientes mal por mí.

Entonces, él también me miró. En definitiva, no lo había imaginado, sus ojos parecían dos represas a punto de desbordarse.

No dijo ni una palabra, solo asintió y volvió a mirar a la multitud.

—Si tienes que hacerlo... —Se tomó una pausa para respirar y luego

retomó—. Si tienes que hacerlo, hazlo. Pero cuando eso pase, no dejaré a uno de estos hombres vivos. Y empezaré por el maldito de mi hermano.

En ese momento, un murmullo se levantó en la ausencia. La mano acaba de aparecer en una entrada tan triunfal como escandalosa. Entró casi tambaleándose de lo alcoholizado que iba, con la corbata deshecha, el cabello hecho un desastre, pero el saco colocado a la perfección, liso, con sus botones plateados lustrados y el broche de la mano prendido en el lado izquierdo sobre el pozo de cloaca donde debería haber un corazón.

Avanzó hacia el altar mientras hacía un baile juvenil en el cual arrastraba los zapatos por el suelo y solo levantaba los talones, flexionando las rodillas como si pedaleara. Movía las manos a ambos lados de la audiencia para lanzar húmedos besos a los presentes. Ojalá se le acabaran ahí y no le quedara ni uno que darme.

Al llegar al altar le dio un codazo al obispo que esperaba para casarnos, alzó las manos al cielo como en un espectáculo y preguntó eufórico con una sonrisa:

—¿Dónde sirios está mi prometida?

Algunos me buscaron con la mirada, aunque la mayoría ya me había fichado de antes, y se giraron para verme a la vez. Por instinto, volteé al sitio donde estaba Orión, aterrada por él. Sin embargo, en algún punto de la llegada de lord Circinus, él ya había desaparecido y a mi derecha solo quedaba el otro guardia que nos había estado vigilando.

—Ay, ahí estás, cariño. Demasiado... —emitió un exagerado suspiro de satisfacción—... preciosaaaaa.

Luego se giró al público. Aquella gente era suya; estaban admirados del héroe abnegado que se ofreció en sacrificio para salvar el alma de la vendida más irreverente de la que Áragog había tenido constancia. Me di cuenta de que eso lo excitaba, no solo lo hacía por mí. Era un juego de poder para él, y había avanzado más que nadie al asegurarse un puesto como la mano de Sargas. Se ganaba la atención y la admiración del pueblo al copiar los trucos de Lesath para ser carismático y convertir hasta el más aburrido de los eventos sociales, como un juicio, en una función exclusiva e irrepetible.

Verlo ahí me hizo darme cuenta de que aquel era un sucio y despreciable alcohólico, pero astuto después de todo. No se llega a ser la mano del rey en un sorteo, de alguna forma. él había escalado hasta ahí y, a mi costa, se aseguró perpetuar su puesto por una generación más.

—Todos se ven hermosos hoy, no tanto como mi prometida, por supuesto. A partir de hoy, no veré a nadie con los ojos con los que la veré a ella... por el resto de nuestras vidas. —Al decir eso me buscó con la mirada y me apuñaló con una cínica sonrisa de medio lado—. Quiero que sepan, pueblo de Áragog, que agradezco la fe que han puesto en mí, y que no los voy a defraudar. Nunca. Esa mujer no dejará esta vida sin reconocer la voluntad de Ara, se doblará ante ella.

»Guardias, por favor, traer a mi futura esposa ante mí, quiero decir mis votos de una vez.

Al estar ante él, me acarició la mejilla y me miró a los ojos con una fingida dulzura que parecía decir «ahora sí, serás mía».

—Desde el primer momento en que te vi, supe que te quería a mi lado.

«No vomites, Aquí. No lo escupas. No llores. Y definitivamente no te quiebres»

—Y yo que prefería la muerte a que eso pasara.

El público rio como en esas funciones humorísticas a las que a veces nos llevaba la vendedora Agatha cuando una de nosotras estaba de cumpleaños. El comediante contaba un chiste, hacía una pausa dramática y una risa contagiosa se extendía por las mesas hasta llenar el lugar. Así mismo ocurrió ahí.

—Calla, mujer, estoy diciendo mis votos.

—Y yo los míos.

Entonces rio hasta el joven que sostenía los anillos a un lado de nosotros, quien al verse enfrentado a la dura mirada de Circinus, se mordió el interior de la mejilla a pesar de que la diversión no abandonaba sus ojos.

Circinus me tomó las manos. Me estaba apretando tanto que me hacía daño en los dedos.

«No te quiebres», me dije. «Vivir para verlo muerto».

—Aquel día, en el mercado de Ara, te vi entre aquellas vendidas tiernas y rubias de Mujercitas. Pude haber escogido a cualquiera, todas eran más agraciadas que tú y definitivamente más refinadas, pero al ver tu mirada de necesidad...

—Perdone, mi lord, pero me parece que «asco» es el adjetivo que busca.

Más carcajadas. Esa vez hasta yo sonreí. Al parecer, yo también podía hacer de los funerales mi propio espectáculo y, en aquella función, yo era la atracción principal, no Zeta ni Sargas. Yo. La vendida que no quiso pertenecerle a nadie y venció, al menos en eso.

—Estás interrumpiendo mis votos sagrados, mujer.

—Y usted está aburriendo a nuestros invitados con mentiras, además de salpicarme su asquerosa saliva a la cara.

—¿Los estoy aburriendo? —Hizo señas a la orquesta de un lado—. Pues pongan la música.

Dicho esto y mientras los instrumentos de aire, cuerda y percusión estallaban en una sonata de vals para bodas, Circinus se aferró a mi cintura y me obligó a moverme junto a él hacia el área de baile. Clavó su barbilla entre mi cuello y mi hombro, sus labios contra el lóbulo de mi oreja, su aliento golpeaba mi oído.

Me obligó a moverme por la pista y dar vueltas con él. Pegada contra su cadera, me pisoteó como consecuencia de mi negativa a cooperar con el baile. Pronto, los ojos se me llenaron de recuerdos que se manifestaron en forma de lágrimas. Volví a estar sola con él en la carpa del mercado, reviví cómo sus manos rasgaban el vestido más hermoso que había usado, cómo me pegaba la cara a la mesa y me mantenía ahí, mientras castigaba mis nalgas y mis piernas con su cinturón. Cada vez que en medio del baile me pegaba más a él, me parecía recibir otro latigazo en mi piel desnuda.

Gracias a las muchas capas de tul del vestido casi no podía sentirlo, pero por su insistencia a pegarme a su entrepierna, supe que debía estar erecto. Lloré más, entonces con sollozos, porque lo recordé en su habitación mientras me subía el vestido, con la cara contra su lecho, desnudo. Volví a sentir el calor de su miembro recostado contra mis glúteos. Esa noche me libré de lo peor, pero ahora él tendría todas las noches del resto de mi vida para conseguirlo.

Escuchar mis sollozos lo emocionó tanto que empezó a acariciarme el cabello y a fingir que deseaba calmarme mientras decía:

—Shhh... ya, tranquila, shhh...

Incrementé el sonido de mi llanto, no podía contenerme. Me ardía el alma, me desgarraba por dentro la fuerza de las arcadas que me provocaba su olor, y tener que reprimirlo. Sus caricias lo empeoraban todo, cada roce de su piel era un latigazo del pasado que volvía al presente para torturarme. Cada soplo de su aliento me hacía sentir inmunda y miserable. Mis pechos contra el suyo y sus manos que me aferraban eran la peor de las cadenas que podría llevar.

—Me estoy muriendo por besarte... —Su lengua se pasó por el lóbulo de mi oreja hasta introducirse por el agujero. Me retorcí, pero me aferró al

tomarme por el cabello y su otra mano intentó con frenesí conseguir un acceso a mi trasero entre toda la tela de mi vestido—. Sí... justo ahora. Quiero hacerlo ya, y aquí. ¡Qué la luna de miel sea de inmediato! Oh, mujer, quiero besarte.

Las personas del público... nadie me sostenía la mirada, todos guardaron un silencio sepulcral más allá de la música. El primer gesto de empatía que recibí de Áragog.

Cortaron la música y el obispo nos llamó. Circinus me arrastró hasta el altar y una vez ahí, dijo:

—Que sea rápido, mi esposa y yo tenemos urgencias. Quiero que se resuelvan ya, y no quiero hacerlo sin la bendición de Ara sobre nuestro matrimonio.

—¿Qué...? —Empezó a decir el obispo.

—¡Que nos case ya, sin tanta cháchara! ¡Y tú, ponte el maldito anillo!

Di un respingo de miedo, me saqué los mocos con el dorso de la mano y las lágrimas con mis palmas. Tomé el anillo de la almohada que sostenía el muchacho y, con mis manos húmedas y temblorosas, sin dejar de sollozar, a duras penas me puse el anillo. Aquía Circinus grabado en un simple aro de plata.

El obispo confirmó que ambos tuviéramos puestas nuestras alianzas, asintió, y culminó mientras hablaba sin mucho protocolo.

—Se han cumplido los reglamentos que estipula la ley sagrada de la unión del eterno matrimonio en Áragog, así que, en nombre de Ara y del rey, y en presencia de los testigos presentes, apenas sus labios se toquen, quedarán unidos como marido y mujer.

—Eso no será problema —dijo lord Zeta antes de aferrar su mano a mi cuello y tirar de mí para pegar su boca a la mía.

Traté de respirar, pero su lengua obstruía el paso del oxígeno y golpeaba fuerte contra mi úvula como si quisiera atravesar mi garganta. Mi nariz estaba tapada por los mocos y, además, estaba aplastada contra su rostro.

Con todas las fuerzas de mis brazos intenté empujarlo pero él me aferraba con creciente deseo, incluso temblaba de necesidad.

De pronto, sentí que me escupió en la boca. Una arcada escaló mi cuerpo, pero su boca no se despegaba de la mía y el vómito no podía salir.

Su saliva tenía un sabor extraño: salado y... metálico.

Él fue el que se separó de mí, y entonces me di cuenta de que no temblaba de necesidad, sino por otro motivo. Estaba llorando, pero sus lágrimas eran

gruesas gotas carmesí. Escupí en mi mano lo que él depositó en mi boca y quedé anonadada al ver los coágulos casi negros que escupí.

¿Era mi sangre?

No, era la suya. Le caía a chorros por la nariz, salpicaba fuera de su boca. Lord Zeta Circinus se convirtió en una fuente de su propia esencia vital y manchó mi piel pálida de gotas carmesí mientras convulsionaba.

Cuando cayó de rodillas y comenzó a vomitar sus propios órganos fue como si el reino entero reaccionara. La gente salió de la conmoción y al menos cuarenta personas corrieron en su ayuda o se acercaron para ver mejor lo que sucedía.

Mi mente no procesaba. Los bordes de mi vestido estaban manchados con su sangre que se extendía en un charco hasta mis tacones. Me bajé de mi calzado para sentirla con mis pies, un deleite que podía permitirme sin que los demás lo notaran.

Al cabo de un momento, luego de gritos de horror y de clamores, el obispo puso su mano sobre el pecho de Circinus, elevó una plegaria a Ara y lo declaró muerto.

No podía creerlo. Me acerqué a rastras hasta quedar sobre su rostro. No me importaba que se manchara el vestido, en realidad, contaba con que quedara tan lleno de su sangre como fuese posible.

Ojos abiertos, como si se salieran de sus órbitas. Horror, la certeza de un doloroso fin, la crueldad de un juego que terminó en pérdida. Eso había en su mirada. Y lo último que vi, además del charco de sus intestinos, fue a mí.

Le acaricié la coronilla de la cabeza con las uñas, ni siquiera a su cadáver me atrevía a tocarlo.

«Espero que te haya dolido muchísimo, cerdo».

Me puse de pie. No me quejaba por lo que acababa de suceder, pero en definitiva no lo comprendía.

Yo no lo maté, ¿entonces...?

Mis ojos recorrieron los rostros amontonados alrededor del cadáver del novio, una búsqueda vana, pues la mirada que buscaba me consiguió primero a mí. Unos dedos suaves se cerraron alrededor de mi mano y se mancharon con la sangre que pintaba mi piel. No quería ver, pero tenía que hacerlo, tenía que buscar respuestas en sus ojos.

Miré su cara, un rostro pétreo e impenetrable. No podía deducir nada de él más que el silencio de respeto que ameritaba la reciente pérdida. Pero entonces algo varió. Pude haberlo imaginado, pero decidí confiar y

aferrarme a ese gesto. Durante un breve instante, una de las comisuras de sus labios se curvó. No era una sonrisa de consuelo, era una de complicidad.
Lyra.

FANART

@weirdwithluv

CAPÍTULO 29

Lady viuda negra

Su sangre se secó en mi piel y creó constelaciones en mis brazos, en mi cuello y en mis mejillas. La mano donde escupí su sangre estaba cubierta de rojo, parecía un guante; la otra, aquella con la que acaricié su cadáver, estaba limpia y blanca como el mármol y resaltaba entre tanto negro y vino.

No pude dejar de sonreír en horas.

Un guardia metió sus manos debajo de mis axilas para alzarme, otro tomó mis pies descalzos, empapados y pegoteados. Juntos me levantaron del suelo mientras un tercero recogía mi falda y la cola para que no arrastrara mientras me alejaban del tumulto.

Desde entonces, me tenían en custodia en una habitación vacía. Atada por las muñecas y los tobillos a una silla «por mi propia seguridad».

No lo dijeron, pero las sospechas estaban en mí. Era de esperarse que luego de atreverme a asesinar a la sagrada mano derecha del rey delante de cientos de testigos, mi siguiente jugada sería el suicidio. Estaban equivocados, pero no los culpaba. Al fin y al cabo, ese había sido mi plan hasta que Lyra se me adelantó.

Pensé por un largo rato en cómo podría haberlo hecho. Las posibilidades eran infinitas, mas las probabilidades eran limitadas. La única respuesta lógica estaba en mi maquillaje. Lyra me vistió y me maquilló; Circinus no dio muestras de envenenamiento hasta besarme. Tenía que ser el labial.

Pero si era el labial... ¿pude haber matado a Sargas si le hubiese permitido que me tapara la boca? Y, lo más inquietante de todo..., pude matar a Orión de habernos arriesgado a besarnos.

Por supuesto, Lyra no tenía forma de predecir aquello. Lo único que de verdad importaba eran sus intenciones y lo que había logrado.

«*Vivir para verlo morir*». Tal vez no lo había matado yo, pero muerto estaba y, a pesar de mis ataduras, nunca me había sentido así de libre.

Después de horas, un hombre entró a la sala. Parecía un mensajero corriente, no había signos de pertenecer a la nobleza, a las fuerzas de

seguridad ni de ostentar ningún cargo superior. Se detuvo a una distancia prudencial de mí, como si temiera que de pronto me le lanzara encima y le mordiera la yugular.

—¿Aquí? —preguntó.

—¿Tienen otra viuda en custodia, atada y cubierta de sangre?

—Sí, eres tú —asintió el hombre. Rodé los ojos—. Le tengo un mensaje de parte de su majestad, Lesath Scorp.

—Mataría por escucharlo —contesté con una sonrisa cínica que hizo al mensajero tragar en seco.

—El rey ha solicitado su inmediata presencia y con extrema urgencia, tengo instrucciones de llevarla ante su majestad, pero requiero de su compromiso para cooperar. Tenga presente que cualquier estrago que cause a sus escoltas será considerado agravante de los cargos por los que se le acusan y minimizará la tolerancia del jurado. Además, será motivo para aplicar de una vez la máxima sentencia. ¿Entiende y acepta lo que le he explicado?

En cuanto abrí mi boca, el sonido de unos pasos apresurados me silenció. Alguien, al menos tres personas, se aproximaban en una marcha rápida y descoordinada.

De pronto, la puerta se volvió a abrir. Seis guardias condecorados entraron a la habitación, tres se formaron a un lado y tres al otro, mientras en medio hacía su entrada la inesperada figura del rey de Aragón.

Lesath Scorp en persona. Las cosas eran muy serias si se había presentado, incluso luego de haberme mandado a buscar. Él no solo quería tener esa conversación cara a cara conmigo, quería que fuese de inmediato.

—¿Qué tal las sogas? ¿Muy ajustadas?

Alcé un poco las manos hasta donde podía e hice un gesto indiferente con mi cabeza para dar a entender un «no me quejo».

Él chasqueó los dedos a sus guardias y luego dijo:

—Deshagan los nudos y aprieten más, hasta que las cuerdas le corten la piel y no pueda pasar ni la sangre a través de ellas.

Uno de los hombres me haló del pelo para echar mi cabeza hacia atrás y me puso una mano firme en el cuello para inmovilizarme, mientras, los otros cuatro rehacían cada uno de los amarres sobre alguna de mis extremidades. No escatimaron en su obediencia, no dejaron de apretar hasta que grité por el dolor que la presión me confería. Cuando terminaron de atarme, no pude ni levantar un dedo, no quedó ni un milímetro de soltura en

aquellas ataduras.

—¿A qué viene tanta precaución con una mujer, majestad?

El rey sonrió. Las arrugas de sus ojos se pronunciaron con lo teatral de su gesto. Su postura era severa, su mandíbula apretada estaba lejos de su máscara de benevolencia. Estaba harto de mí, pero todavía le quedaban piezas para jugar y muchísimas ganas de irse encima del tablero.

—Te voy a contar un secreto que tal vez te haga caer de la silla, así que agárrate fuerte. —Fruncí el ceño por el cinismo de su humor—. Aquí va: no soy estúpido.

—¿Cree que una mujer podría hacerle daño?

—Ay, mi niña... ¿quieres que responda si creo que un hombre y una mujer son iguales? No lo son. Ambos son seres humanos dotados con capacidades y limitaciones distintas, insinuar que somos iguales implica que somos capaces de hacer las mismas cosas, y no es así. Sin embargo, y como ya aclaré, no soy estúpido. El hecho de que no seamos iguales no implica que niegue que ustedes también son seres racionales y capaces, aunque de cosas distintas y por motivaciones diferentes.

—Va a tener que explicarse muchísimo mejor, majestad. No estoy segura de entender... pues... nada.

El rey tomó aliento para la explicación que estaba a punto de darme:

—El hombre es un ser fuerte y centrado; la mujer, un alma pasional. Esas emociones son las que las dominan, es la razón por la que este sistema las favorece sin comprometer la seguridad de nadie.

—Qué interesante... —Contuve a duras penas una risa—. Cuénteme más. ¿En qué parte nos favorece este sistema? Porque creo que me la perdí.

Él no caía en mis provocaciones, respondía con fluidez y sin que mi humor lo afectara. Tenía demasiado interiorizadas sus respuestas y creía en ellas con convicción, que las derramaba a través de su boca con la naturalidad de quien contesta su nombre al presentarse.

—Las esposas no tienen necesidad de trabajar, de hacer esfuerzos, de levantar peso, de hacer negocios ni de salir de casa más que para favorecer sus frivolidades. Pasan el día rodeadas de caprichos y tienen la potestad de decidir el orden de su propio templo. Están protegidas de la crueldad del mundo real y, a la vez, tienen la bendición de formar un hogar y ser sus propias diosas dentro de él. Cada esposa es la reina de su casa y de los suyos.

—Fascinante. —El tono hilarante en mi voz no estaba disimulado ni un

ápice—. ¿Y las vendidas, majestad?

—Es horrible hablar de estos temas con una no creyente, porque lo peor es que el blasfemo no cree estar haciendo las cosas mal, simplemente desconoce la verdad.

—No pierda esta oportunidad de convertirme, majestad.

Lesath se deshizo en una sonora carcajada. ¿Por qué el rey reía con tal cinismo ante mí? ¿De qué me estaba perdiendo?

—¿Tú crees que quiero convertirme?

—Bueno, la misión de lord Zeta era...

El rey me cortó con un ademán de su mano.

—Yo aprobé el compromiso porque era la forma más decente de ponerle fin al berrinche de Sargas sin comprometer la integridad del reino.

—Su solución fue darle lo que quería.

—¿No hice eso contigo una vez? Un rey no puede permitirse el orgullo. Si me toca ceder para evitar un desastre, siempre lo haré. Mi prioridad es el bien del reino y, por encima de este, está hacer prevalecer el sistema, el linaje y la Corona. Mis decisiones se toman en consecuencia de esos puntos, nunca haré una elección que no los beneficie.

»Pero como te decía, jamás he tenido intención de convertirme. Sé de primera mano que es inútil volver creyente a alguien que no ha crecido mientras escucha la verdad. —Se sentó en el suelo, a mi lado, con las piernas dobladas hacia dentro como un niño. Era increíble lo poco que le importó rebajarse con el fin de hacer llegar su mensaje—. De pequeño, mi padre se preocupó de que tuviera una buena educación teológica y mi madre, de llevarme al templo cada semana para que yo conociera a Ara por mí mismo. Mi cerebro está programado desde antes de ser capaz de resolver cálculos matemáticos para creer. Nadie va a moverme de mi fe.

»En cambio... Sargas creció oculto, conoce de teología, pero no siente amor por Ara porque jamás tuvo un trato directo con ella. Entiende y acata las reglas que le favorecen, incluso las usará como escudo en discusiones como si creyera en ellas, pero para lo demás es incapaz de creer. Lo ve todo con el ojo clínico de alguien que memoriza, pero que necesita una respuesta para todo más allá del «porque es su voluntad». Y nada lo va a cambiar, no ahora. Fue mi error, y responderé ante Ara por él, que al verme humillado por su nacimiento sentí tal ira que no medí las consecuencias de tenerlo apartado de mí y de todo.

Así que él lo sabía, sabía que yo estaba al tanto de que el heredero era un

bastardo.

—Sin embargo, aunque no quiero hacerte creyente, sí espero que comprendas el mundo en el que vives y que respetes sus reglas. Es como con todo, no tienes que entender al otro ni estar de acuerdo con él para respetarlo. ¿Bien, mi niña?

»Me preguntabas en qué favorece el sistema a las vendidas, para eso debes primero comprender que yo, Lesath Scorp, creo firmemente en Ara y sus propósitos. Ella nos conoce, sabe lo que somos incluso antes de traernos a la vida. Nuestros destinos son su voluntad, y es ella quien decide quién va a nacer esposa y quién vendida. Las vendidas son mujeres llenas de pasiones peligrosas que podrían consumirlo todo a su paso, por ende ellas son domadas por la voluntad de un amo, que tampoco será exclusivo para ellas para que no sientan que él les pertenece, sino al contrario. Por supuesto, hay que mantener domada su hambre. Estas mujeres son bendecidas con dosis de placer frecuentes, de las que no goza una esposa, desde que tienen la edad en que sus deseos comienzan a despertar.

—Eso es horrible.

—Así se hace aquí. Y sé que puede parecer espantoso, pero te confesaré algo... —Puso una de sus manos sobre mi brazo inmovilizado—. Fuera de Áragog hay leyes, costumbres e ideologías distintas de las que nos mantenemos alejados para no contaminarnos, y sé que tú imaginarás que estar fuera sería un sueño, pero la verdad es que todo gobierno es opresor para alguien. No muy lejos de aquí, las personas de piel oscura son esclavizadas. «Negro» es allá diez veces peor que aquí decir «mujer». Así son las cosas, y no hay que sufrir por ellas, solo reconocer que somos parte de un todo que no comprendemos, y que debemos someternos a la voluntad del creador. Al final, nosotros solo somos piezas de su inmenso tablero y no podemos ver más allá de nuestra casilla.

—En conclusión, somos iguales, pero su deidad nos quiere en posiciones diferentes y solo por eso está bien. Eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué me tiene atada, si soy solo una mujer y no estoy a la altura de las capacidades de un hombre fiel servidor de Ara?

—Repito: porque no soy estúpido. Mi esposa era como tú. Mi esposa era peor que tú. Conozco a las de tu clase. Son mujeres que se creen hombres y, aunque yo no comparto la teoría de la igualdad entre géneros, hay algo que no puedo negar: el poder de la fe. Ustedes creen en ustedes mismas más que en nadie. Mujeres..., personas como ustedes, pueden hacer arder un reino.

Mírame. —Obedecí. Sus ojos, ese día, refulgían como oro derretido—. Tú puedes hacer que este reino se caiga a pedazos. Tú lo sabes, yo lo sé, y no me siento menos al reconocerlo delante de mis hombres en esta sala. Tú puedes. Así como pudo haberlo hecho mi mujer. ¿Pero sabes por qué ella no lo hizo?

Tragué en seco.

—No.

—Porque ella era más inteligente que nadie. Existirán mujeres que crean que si este reino cae, ellas se levantarán, pero la verdad es que si esto arde... cada una de ustedes arderá con nosotros y, quienes lo levantaremos, seremos los hombres. Repetirían la historia y las suyas sufrirán el doble, castigadas por la necedad de una. Son ustedes quienes han demostrado ser volátiles, son ustedes quienes se pusieron en esta posición.

—¿Me está diciendo... que algo así ya pasó?

—Sí. Sucedió hace miles de años, cuando el linaje Scorp se erigió sobre Áragog, cuando Lesath el Justo, Antares el Audaz y Scorpius el Primero tomaron el control junto con la bendición de Ara, y formaron el sistema más estable que ha existido en siglos junto a la dinastía más duradera. Pero sí. Quien ocasionó el caos de entonces fue una mujer y, por ella, Ara cambió el destino de todas ustedes. Las maldijo por el pecado de sus hermanas, pero las favoreció para mantener su conformidad y sumisión.

—No lo puedo creer... ¿por qué no enseñan esto en los libros o...?

—Porque muchas de ustedes tomarían la historia como un aliento y no como una lección.

—¿Por qué me lo cuenta a mí?

—Porque eres igual a mi esposa y, después de que hablara con ella al respecto, comprendió que no valía la pena volver cenizas todo lo que amaba, menos, si quienes renacerían de ellas serían hombres. Y sé, mi niña, que piensas que estás sola en el mundo y que definitivamente nada te ata a él, pero... todos amamos a alguien. Por ejemplo, lord Ares y su hermano Leo. Tal vez *lady* Lyra o... *sir* Orión.

El oxígeno se atascó en mi garganta. Cuando quise abrir la boca, la voz del rey perdió el paciente cariz informativo y adoptó un tono frío, directo y amenazante.

—Asiente con la boca cerrada si entendiste lo que traté de decir. —Tragué en seco e hice tal cual lo que me pidió—. Ahora que los puntos están claros, te lo voy a preguntar una sola vez: ¿mataste a mi Mano?

—No.

Chasqueó los dedos ante uno de los guardias.

—Que me mire. —El hombre me tomó por la barbilla y volteó mi rostro hacia el rey, manteniéndolo firme en su posición a pesar de lo doloroso que era—. ¿Quieres ser mi igual? Que así sea. De una persona a otra, te juro que si consigo probar tu culpabilidad en la muerte de lord Zeta Circinus, pondré tu cabeza como trofeo en mi museo personal, pero eso será en al menos diez años. Antes, te dejaré vivir tanto como para que sufras por ver a los que amas pagar por la consecuencia de tus actos.

—Le juro por Ara, Aquila y mi propia alma que yo no lo maté. No tuve ninguna oportunidad para hacerlo.

—Y así lo espero. De lo contrario, conseguirás encender la hoguera que has estado buscando, pero también te quemarás en ella.

El guardia me soltó.

—Ahora, es mi deber informarte sobre ciertos cambios inevitables que tendremos que asumir ahora que eres la viuda de mi mano.

—¿Cambios? ¿Qué cambios?

—Como sabrás, Ara dice que si una mujer enviudase, ha caducado su tiempo bajo el cuidado del hombre. Esta misma mujer siempre le pertenecerá a su marido y, a la vez, ya no le pertenecerá a nadie ¿Comprendes eso?

—Es libre.

—A su modo. A partir de ahora, ya no serás Aquía de Mujercitas. Eres *lady* Aquía Circinus, viuda de lord Zeta Circinus, cabeza de su apellido.

No tenía idea de cómo sentirme al respecto. Era libre, tenía un apellido, pero a la vez era «su» apellido.

—De la misma forma, pasas a ser tutora legal de Ares Circinus. Lord Ares es un hombre adulto, por supuesto, pero tienes el irrevocable poder de decidir si es o no digno del apellido, en ausencia de tu marido.

—Yo...

—Por motivo del deceso de tu marido, también se te reconoce como la nueva dueña de la torre que antes ocupaba la mano. Se te concederá una pensión de viudez de acuerdo con el servicio de tu cónyuge, el cual fue excelso e intachable, por lo que podrás vivir cómoda. Se te concederán el resto de sus bienes y sus posesiones, entre ellas incluidas sus doce vendidas.

¿Dudas?

«Muchas».

—Solo una. Ahora que... mi «marido» —pronuncié con asco— ha fallecido...

—Fue asesinado.

—Pero ya no está, y a eso me refiero. En su ausencia, ¿puedo yo ejercer su puesto como mano del rey?

La risa de Lesath fue de lo más espontánea, descarada y ofensiva.

—Podría hacer una lista de todo lo que está mal ahí, pero vamos a intentar resumirlo en una mujer en un cargo de poder. Una mujer que no tolero. Una mujer que es reconocida como la mayor hereje del reino, sospechosa del asesinato de su marido, popular y velozmente llamada como «*lady* viuda negra», que ha humillado a mi primogénito, a mi mano, a mis leyes y a la mismísima Ara... ¿como mi principal delegada política? ¿En serio pensaste que siquiera era considerable una desfachatez como esa?

—¿La verdad? No. Solo sentí curiosidad sobre los motivos que me daría para negarse. No se preocupe, su majestad, no ostento cargos de poder. No soy una líder, no sé nada de política ni de cómo dirigir un reino. Sin embargo, nada perdía con preguntar, al fin y al cabo..., Sargas será rey, ¿no? Creo que hasta yo sería mejor opción que él.

El rey me sonrió, por primera vez, sin falsedades de ningún tipo, y me palmeó una mejilla.

—Te diré esto en pro de que entiendas el alcance del poder de la Corona, y lo que estoy dispuesto a hacer por preservarla a ella y a su historia. —Se quitó la corona de la cabeza y la besó, muestra sagrada entre la monarquía de que su palabra era por completo sincera y sin dobles interpretaciones—. Mientras mi hijo Antares viva, Sargas jamás será rey. Por lo pronto, que sea feliz. Él... y tú, a sabiendas de que el hombre al que odias vive una mentira que pronto lo sepultará bajo su propio ego.

—¿Qué...?

Estaba anonadada. El rey de Áragog acababa de hacerme tal vez la declaración más peligrosa bajo los muros del reino, y fue pronunciada bajo palabra sagrada. Mi cabeza comenzó a doler mientras me preguntaba cómo debía interpretar ese movimiento, cómo proceder y si debía creer sus palabras.

Siempre me había preguntado cómo Lesath iba a permitir que el bastardo de su difunta esposa reine cuando él era tan devoto a su religión y a sus leyes. Pensé que haría una excepción para evitar escándalos, pero... ¿y si había algo más? Las cortes eran una manada de víboras disfrazadas, no

sería extraño que detrás de sus aplausos y discursos de conformidad conspiraran para eliminar al bastardo, sin generar el escándalo de revelar las contrariedades detrás del lecho del rey y su esposa.

¿Por qué sentía esa punzada de horror? Sargas me había hecho daño, yo me había repetido demasiadas veces que lo odiaba: sentir lástima por él sería inverosímil. Pero por otro lado, comprendo la oleada de empatía que me asaltó entonces. Sargas y yo éramos, depende del enfoque con que se nos estudiara, paralelos. Pisoteados por el sistema, marginados por cuestiones de nacimiento que escapaban de nuestro control: él por nacer bastardo y yo, mujer; él arrancado de los brazos de su madre para ser encerrado en las mazmorras, y yo, robada de los brazos de quien me trajo al mundo e internada para ser vendida más adelante.

Nuestros instintos se despertaron en contra de quienes nos oprimían, cada uno hacía lo necesario para escalar, y el reino hacía el doble del esfuerzo por quitarnos del camino. Luchábamos contra una fuerza más grande que nosotros.

Pero a pesar de que comprendía su situación, en definitiva, no podía sentir respeto por él. Partíamos del mismo comienzo, pero cada uno había tomado decisiones distintas. Su odio era irracional y desmedido hasta el punto de que hacía más daño a quienes no tenían responsabilidad sobre su dolor que a quienes sí. Vengativo, rencoroso e incapaz de abrirle la puerta a la empatía. Era un ser que le daba al reino el placer de ver cumplida las historias que inventaban sobre él. «El príncipe maldito por las estrellas con la incapacidad de amar». No tenía por qué ser así, pero sus elecciones lo habían empujado a ese punto.

No éramos iguales. Nacimos de la misma injusticia, pero yo tomé el camino de la supervivencia y él, el de la destrucción absoluta.

—¿Por qué me cuenta...?

Pero lo entendí al momento. El rey estaba convencido de que yo había matado a su mano, el primero en mi escala de resentimiento. Es posible que sospechara de que tenía una lista, y que el siguiente en ella era Sargas. Lesath Scorp no amaba al bastardo de su esposa, pero no podía permitir que lo asesinara una mujer. Por eso me contaba eso, para mantenerme a la espera, para que dejara vivir a Sargas para verlo sufrir el momento en que le arrebataran lo único que le importaba en el mundo: la Corona.

Sargas me condenó a casarme con mi agresor. Me llevó a juicio. Esperé que acudiera a él, humillada, a rogarle clemencia. No podía sentirme mal

porque fuera a probar el fuego de su propio veneno.

—Una pregunta más antes de que se vaya, majestad. ¿Puedo seguir entrenando con los asesinos?

—¿Todavía quieres seguir jugando? ¿No crees que es demasiada suerte la que ya tienes? ¿Quieres todavía tentarla más?

—No juego, majestad.

Lesath asintió.

—Yo tampoco. Ya tendrás mi respuesta pronto. Públicamente. Espero mi mensaje. Mientras tanto... disfruta tu nueva libertad, mientras la tengas.

CAPÍTULO 30

Princesas

La torre de la mano ya no era «su» torre. Era mi hogar. Pero seguía oliendo a él. Seguía teniendo su color en las paredes, su elección de muebles en los que quién sabe qué cosas había hecho, sus despensas repletas de licor, sus cajones llenos con su ropa.

Pero yo había ganado. Y sin importar cuánto me tomara, acabaría de hacer ese lugar mi templo y sacaría de su interior el recuerdo de aquel cerdo.

Con respecto a tener el apellido Circinus, tenía sentimientos encontrados, tantos, que decidí que yo misma no lo usaría y que toleraría con semblante pétreo e inexpresivo, para que no llegara a calar dentro de mí, cada vez que alguien lo usara para llamarme. Sería como si no lo oyera. Porque, por una parte, era el apellido de dos de mis personas favoritas: Ares y Leo, y al otro extremo le había pertenecido al cerdo que más he aborrecido.

Luego de haber escuchado el discurso del rey Lesath, se me metió en la cabeza la historia de que hacía miles de años atrás una mujer había sido quien acabó con un reino de hombres. Pero me quedaban bastantes dudas. Además de atormentarme las obvias incógnitas del cómo y por qué, las verdaderas circunstancias por las cuales ese levantamiento fracasó y quién fue aquella insubordinada que causó tanto caos, mi principal interrogante era: ¿habría sido realmente «una» mujer?

Eso no tenía sentido para mí, no luego de haber conocido a Delphini. El rey me había dicho: «*tú puedes hacer que este reino arda*». Pero esa también era una de sus mentiras disfrazadas. Era muy bonito llenarme la cabeza de aquel mensaje. De creérmelo, sería una mujer individualista que trataría de salvar el mundo por sus medios y solo con la compañía de su ego: mi único fin posible sería el fracaso. Porque no olvidaba aquellas palabras de *madame* Delphini: «Tú sola no puedes cambiar el mundo, pero puedes empezar por cambiar el tuyo». De ahí había una sola palabra que destacaba: sola.

Desde mi perspectiva, esa era la clave. Una sola mujer no haría la

diferencia, pero muchas podrían hacer temblar al reino. Lo que sí creía es que debía existir una mujer que soltara la primera chispa y la dejara correr para encender una a una la inconformidad, y fuera voluntad de las oprimidas hasta que juntas crearan el fuego más inmenso y abrasador que Áragog hubiera visto.

Ese día se me ocurrió apenas el celaje de un plan que después, con las nuevas circunstancias que estaban por surgir en mi vida, moldearía y perfeccionaría. Pero hasta entonces solo era el germen de una idea, la semilla de un inmenso deseo.

Ese día me encerré en el cuarto de Ares, el cual me parecía mucho más cálido y seguro que cualquier otra parte de la casa, y ordené a todas mis vendidas una misión, una misión de búsqueda en las bibliotecas y un posterior trabajo de lectura.

Pasé los primeros días encerrada, buscaba en libros de todas partes información sobre aquella mujer y el levantamiento que devastó Áragog antes de que los Scorp tomaran el poder, pero no conseguí nada al respecto ni en los libros de mitología, ni en los textos educativos, ni en los cuentos para niños. Tenía la sospecha de que con un historiador podría informarme mejor, pero más fuerte era mi duda de que un hombre quisiera compartir detalles así de delicados conmigo. También se me había metido la idea de que los hombres del linaje Scorp debían saber muchísimo más sobre aquellos días de lo que contaban al reino, pero, por desgracia, no tenía muy buena relación con ninguno de ellos como para preguntar.

Mi última opción fue buscar en las Sagradas Escrituras de la iglesia de Ara.

Sus textos me perturbaban por la crudeza de los castigos que prometían a los herejes, por el puesto mísero de las mujeres en sus pasajes, y por las gloriosas alabanzas a hombres que podían parecer héroes prodigiosos y, pese a ello, jamás consideraría buenos seres humanos por el trato que daban a sus esposas, hijas y amantes.

Nunca había leído aquel libro sagrado ni había tenido ganas, mas en medio de aquel proceso me vi inmersa en sus letras proféticas que hablaban del principio y del final casi como si fueran un mismo espíritu que acabaría por emulsionarse. En aquellos pasajes escritos por hombres, había especial cuidado en no mencionar a ninguna mujer que fuese capaz más que de dar a luz, cargar agua para sus hijos y ser el trofeo de belleza prodigiosa que ostentara algún héroe de turno, sin embargo, hubo textos que me parecían

una alusión subliminal a mujeres que reencarnarían.

Por ejemplo, en uno de ellos decía:

Cuidado con la serpiente, pues, con sus ojos seductores llevará perdición a más de un hombre, y con sus alas filosas cortará la garganta de los débiles de fe.

Otro pasaje que la mencionaba:

Fue desterrada del cielo al no conseguir satisfacción en los hombres a los que fue entregada y, ahora, vaga maldita por la tierra, contoneando su figura para hacerlos caer, deleitando su carne con la de sus iguales en abominación a su creadora. Serpiente maldita. Cada vez que intentan cortar su cabeza, bate sus alas y huye. El demonio que sobrevivió a los grandes soles de fuego.

Más adelante, encontré otra mención a aquella serpiente alada:

Cuando el Águila caiga al fin sobre el río, Cisne y Serpiente descenderán con ella. Demonios, eso son. Cada uno enviado para tomar un canal para sí y destruirlo. Serán el veneno de los débiles, y la debilidad de los fuertes. La reencarnación de aquellas almas que trajeron el fuego que los primeros escorpiones apagaron.

El último pasaje que leí esa tarde fue:

Alas negras por su viudez eterna, así la reconocerán. Al no someterse al placer de su dueño, Ara maldijo sus labios para siempre. Todo hombre que toma, perecerá. Nunca más tendrá dueño y su corazón se pudrirá con el odio hacia quienes la apresaron. Pero ella no es solo un águila, tiene el alma de la que estuvo antes y será la puerta al león que vendrá después. No tendrá dueño, pero su corazón vivirá en oprobioso libertinaje.

Me senté, extasiada y con el corazón en la garganta, revolví la alcoba de Ares desde los cajones hasta su clóset para buscar un papel en el cual plasmar mis ideas, para darle un sentido, un rumbo, a lo que llevaba

leyendo aquellos días de confinamiento. Mas no conseguí nada, y una de mis vendidas abrió la puerta para anunciarme que me esperaban afuera.

Al salir, quedé extasiada de una euforia repentina que hizo brincar mis emociones. Me cegué al ver quiénes habían ido a visitarme, porque de manera inconsciente las esperaba con mi corazón.

Los ojos de Shaula Nashira me devoraban con su manera única y seductora de sonreír, con sus labios cubiertos por tela turquesa. Parte de su abdomen quedaba al descubierto gracias a la distribución del entresijo de telas que se cruzaban y retorcían para cubrir su pecho y sus hombros, dejando el resto de su piel canela a la vista. Debajo de sus anchas caderas, caía una falda de distintos tonos de verde y azul, con accesorios dorados que colgaban de su cintura hasta sus rodillas. Solo le faltaba la corona, porque el porte de diosa guerrera ya lo tenía.

Y Lyra, a su lado, se veía más tierna que nunca. Sus mejillas sonrojadas eran el único accesorio en su rostro tostado con el preciso tono de las bellezas de Áragog. Su cabello iba recogido en una gruesa trenza floreada, y lucía un sencillo vestido rosa pálido que resaltaba su belleza.

Lyra era el nuevo objetivo de mi admiración por lo que había hecho por mí y, por algún motivo, solo se me ocurrió una forma de agradecerle que no fue demasiado convencional.

Corrí hacia ella como en un reencuentro y dejé que sus brazos me rodearan para compartir mi felicidad. Acaricié su cabello y dejé que ella hiciera lo mismo con el mío, luego nos separamos lo suficiente para vernos a las caras, ambas sonriendo de oreja a oreja, hasta que me atreví y, en agradecimiento impulsivo, toqué sus labios con los míos.

Fue solo eso. Un beso pequeño de un instante, pero sentí que lo ameritaba después de que ella fuese la causante del beso que me liberó.

No tuve tiempo de estudiar la reacción de Lyra porque Shaula me tomó de la cintura con una mano y con la otra, dirigió mi rostro hacia el suyo. Sus labios golpearon los míos, su lengua se abrió paso dentro de mi boca y se movió con la agilidad de la serpiente de Baham. Se robó mi aliento mientras sus labios se movían con destreza, dejando inútiles a los míos, sin voluntad propia. Un segundo después rompió el hechizo al empujarme.

Quedé con la respiración agitada, me llevé los dedos a comprobar la humedad de mi boca como si lo necesitara para comprender lo que acaba de ocurrir, para creérmelo. Shaula me miraba con satisfacción, pero no sonreía, como si acabara de cumplir un objetivo del que yo no tenía ni idea.

No tuve más alternativa que preguntar:

—¿Qué sirios fue eso?

—Espero que no se te ocurra volver a besar a Lyra en tu vida. —Fue todo lo que dijo, como si esa fuese explicación suficiente.

—Yo... —Tragué en seco—. Solo quería agradecerle. La emoción me ganó, no conseguía palabras.

—¿Cómo sabes que fue ella? —preguntó Shaula al lazar una de sus cejas peinadas hacia arriba—. Tal vez yo también me merecía uno de esos agradecimientos tuyos.

Sonreí. No tenía que verme la cara, solo sentir el calor que trepaba por ella para saber que me estaba enrojeciendo.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté al voltear hacia la rubia que nos miraba con los labios apretados para no sonreír.

—Cuando pasas mucho tiempo rodeada de flores, terminas por descubrir que la belleza y el veneno a veces pueden coexistir en un mismo envase. —Se encogió de hombros—. Yo conocía la planta adecuada y Shaula el contacto en el castillo capaz de proporcionárnosla. El resto fue ponerla en tu labial. El que usa el veneno es inmune a él, solo moriría quien beses.

—Son... —No podía contener la sonrisa—. Son brillantes, las dos. Las adoro, en serio. De esto hablabas, ¿no, Shaula? Sororidad.

La aludida me tomó una mano con fuerza y me sonrió con cariño, puro y genuino.

—Sí, de esto hablaba. Estamos para ser el apoyo la una de la otra. En lo que una cojea, la otra la sostiene.

—De verdad, gracias. Por cierto... ¿saben algo del caso? ¿Tienen algún sospechoso?

—Todo el reino tiene la sospecha de que Circinus fue envenenado en alguna de las docenas de copas que se tomó ese día. —Señaló Shaula mientras con soltura y lentitud envolvía su rostro de nuevo con la tela que se quitó para besarme—. Tienen una investigación abierta, pero al hablar con los guardias, confirmaron que tú no pudiste haber tenido oportunidad de conseguir el veneno y, mucho menos, de dárselo a la mano. Al estar siempre custodiada, te eliminaron de la lista de sospechas.

Suspiré de alivio, aunque estaba segura de que no me desharía de Lesath con tanta facilidad. Sin embargo, en ese momento tenía problemas más inmediatos, y uno de ellos acababa de cruzar la puerta de la torre y me miraba con un matiz de rencor más allá de la superficie adolorida.

—Princesas, ¿me harían el favor de volver en otro momento? Aquí y yo tenemos mucho de qué hablar a solas.

CAPÍTULO 31

Un buen hombre

Su camisa enrollada rodeaba mi cuello con presión, me lastimaba. No perdía el conocimiento porque él tenía el control y, cada vez que estaba a punto de enloquecer por la falta de oxígeno, él aflojaba su agarre y dejaba el espacio suficiente para que el aire pasara por mi garganta hasta mis necesitados pulmones.

Su cuerpo contra mi espalda me mantenía pegada a la pared, firme, inmóvil. Sus puños estaban apoyados en mis hombros y se aferraban a los extremos de la camisa. Su rostro cerca de mi oreja, posicionado para que escuchara con claridad lo que tenía que decirme.

—Basta —le pedí una última vez con la voz estrangulada, la siguiente no sería tan amable.

—No puedo. —Su aliento apestaba a licor. No lo suficiente para llegar a ser nauseabundo, pero evidenciaba lo mucho que había bebido, lo nublada que debía estar su razón y su juicio—. No hasta que sepa que no vas a mentirme.

—Si te quisiera mentir... —Pero apretó más el nudo sobre mi tráquea y asesinó el resto de mi oración.

«Bien, así jugaremos entonces», pensé.

Eché mi cabeza hacia atrás con todo el impulso que pude para golpear con fuerza su rostro. Salté, afincando mis pies en la pared, y me impulsé hacia atrás, haciéndonos rodar por el suelo.

Me puse de pie de inmediato y me resguardé detrás de un sofá con las manos alrededor de mi cuello mientras tosía para recuperar el aliento.

—Para, hablemos como personas civilizadas.

Ebrio o no, sus reflejos y condición física seguían intactos. Con la destreza y soltura de un animal salvaje, saltó el mueble y cayó del otro lado con una mano en el suelo y las rodillas flexionadas. Me miraba con fijeza, con una intensidad desestabilizante.

—Pero no somos personas civilizadas, ¿o sí? Somos asesinos.

Su mano izquierda se cerró sobre mi cuello y mi pie se estrelló contra su pecho para alejarlo de mí. Rodó por el suelo, sacó algo de su bolsillo y lo arrojó. El proyectil pasó tan cerca de mi rostro que me rasguñó la mejilla y se llevó consigo unos mechones de mi cabello recogido, hasta clavarse en el sofá.

Arranqué la daga del cuerpo del mueble y me reí.

—¿Te diviertes? —preguntó con odio.

—¿Yo? Para nada. ¿Tú? Al parecer, sí. —Negué con la cabeza—. ¿A qué juegas, Ares? Puede que tu hermano sea el mejor con la puntería, pero en esta habitación no existe nadie con mejores reflejos que tú. Si hubieses querido darme con esa daga, la tendría clavada en el cuello.

Apretó los labios, tal vez, lo estaba presionando demasiado.

—Rétame, y la siguiente la clavaré en tu ojo.

—Yo no fui, Ares.

Mi voz perdió todo rostro de burla, toda insinuación, todo reto. Desnudé mis palabras para que llegaran a él como lo que eran: la verdad.

—No te creo.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo, ¿no? Si no vas a creer lo que te diga, entonces no estás aquí para preguntar. ¿Para qué viniste?

Las venas de su cuello se veían demasiado tensas, las creí capaces de reventar en cualquier momento.

—No lo sé —admitió, sin relajar la ira contenida en su garganta—. Supongo que necesito una razón para no matarte a pesar de lo que hiciste.

—Bien, entonces sigamos esa línea de razonamiento. —Nerviosa, me pasé la mano por la frente empapada, mi ritmo cardíaco no se normalizaba y Ares se veía muy inestable—. Supongamos que sí, que lo hice. ¿Qué piensas al respecto?

—Que eres una maldita. Ese hombre, te cayera bien o no, era mi padre.

—No era una buena persona, ni siquiera era un buen padre.

Un segundo proyectil voló hacia mí, esta vez pasando tan cerca de mi brazo que abrió un canal de profundidad considerable antes de caer al suelo.

Me llevé la mano a la herida ensangrentada y miré a Ares con mi paciencia a punto de agotarse.

—La próxima, te la entierro yo mismo —advirtió—. No eres nadie para decidir si él era o no un buen padre.

—Yo no, pero ¿y Leo?

—Las cosas que hizo, las hizo porque estaba ciego. Tendrías que matar a

cada maldito hombre creyente de Áragog, porque cualquiera habría hecho lo que él al descubrir que su hijo iba en contra de lo que es sagrado para él, para Ara.

—Tú no crees eso, Ares, tú me dijiste...

—¿Crees que me conoces más que yo a mí mismo? ¿Crees que lo conocías a él? ¿A Leo? No. No sabes nada. Mi padre cometió atrocidades por su fe, acciones que yo mismo repudié, pero no merecía la muerte y tú no tenías ningún derecho a decidir eso.

Una sonrisa cínica se dibujó en mis labios. Con la misma, y una ceja alzada, miré a Ares directo a los ojos.

—Qué doble moral la tuya, dices esas palabras a sabiendas que entrenas a diario para arrebatar la vida de otros sobre los que no te compete elegir.

Ares sonrió, sus ojos verdes brillaban como los de un reptil.

—Sí, princesa, así somos. Seres sin moral, pero debemos atenernos a que, las vidas que arrebatamos, tienen dolientes. Algunos se limitan a llorar su pérdida... pero cuando se levanta uno con sed de venganza, hay que ser lo suficientemente valiente para enfrentarlo como lo fuimos en un principio para matar.

—¿Vale la pena lo que estás haciendo? —inquirí—. ¿Qué pensaría Leo si me mataras?

—Leo tomó sus decisiones, yo tomaré las mías. Además, él mismo no puede negar que si las cosas hubiesen sido distintas, todavía podría atesorar los mejores momentos que tuvimos con nuestro padre. Porque hubo, y sobraron. Fue un buen padre, Aquía, y tú no eres nadie para decir lo contrario.

—Por supuesto que no. Pero los monstruos más viles pueden ser buenos padres, buenos amigos, buenos amantes, buenos con los animales, y eso no quita que deban pagar por sus crímenes. De verdad, lo siento, Ares, pero tu padre tomó decisiones que destruyeron la voluntad de muchas mujeres, y mi propia alma, y alguien decidió que esa parte de él no podía seguir existiendo, y destruyendo.

—¿Sigues con eso de que fue alguien más?

—Me mantengo en la verdad.

—Sigo sin creerte. Y sacrificaste todo por tu venganza. Tu libertad, tu vida, y tus únicos amigos. Leo y yo íbamos a ayudarte a escapar, ¿sabes? ¿Crees que te habríamos dejado pasar por esto? Nunca. Pero no pensaste en nada.

—Ares, basta. Puedes sufrir, pero no justificar los actos de tu padre. La pena de muerte existe por un motivo, y no existe ese tipo de justicia en crímenes contra mujeres. Nos toca ser juez y verdugo a nosotras mismas. Por favor, no cometas el error de ser como ellos y admite que tengo el mismo derecho de justicia como la tendrías tú si fuera a ti a quien hubiesen herido hasta los huesos.

—¿Qué tal si no estoy fingiendo ni cometiendo errores, princesa? ¿Qué tal si soy como ellos? Soy hijo de un monstruo, ¿no? De tu peor pesadilla.

—Ares... —Extendí mi mano por el suelo, sin tocarlo, un intento de exterminar las barreras, una invitación a la tregua cuando él estuviera listo para aceptarla—. No me quieras mentir al mirarme a los ojos. Puede que tengas razón y yo no te conozca tanto, pero no he visto ningún monstruo al que se le quiebre la voz y se le humedezcan los ojos al hablar con una mujer.

Ares cayó de rodillas entre temblores y sollozos, y yo corrí a abrazarlo. A pesar de las heridas de puñal por las palabras ya dichas, a pesar del frío de su pérdida y el fuego de mi victoria, a pesar de que su proceder fuese el rostro de mis pesadillas, y a pesar de que mi mayor logro sea el motivo de su dolor. A pesar de las marcas que su ira dejó en mi cuello, de la sangre en mi brazo, porque no fue capaz de herir mi pecho. A pesar de las dagas y las mentiras esparcidas por la habitación, dejé que Ares temblara en mis brazos y empapara mi cabello, porque él era el único hombre al que podía llamar amigo, y porque yo quería significar lo mismo para él.



Con el pasar de los días, las cosas siguieron un poco tensas. Ares accedió a quedarse conmigo en la torre y me permitió usar su habitación mientras él acondicionaba la de Leo para sí mismo. Ni siquiera había querido pensar en qué haría con la que le perteneció a su padre; no me parecía un buen momento para tocar el tema.

A pesar de vivir juntos, nuestras conversaciones se tornaron escasas y famélicas, como su ánimo. Incluso evitábamos cruzarnos en los momentos en que él no estaba en entrenamiento.

Quería poder ayudarlo a sanar, quería tener algún artefacto mágico que lo convenciera de mi inocencia, pero no era momento de dejar que esas

preocupaciones me invadieran. La vida me dio una única oportunidad de ser dueña de mi vida y no iba a desperdiciarla al lamentar lo mejor que me había pasado hasta entonces. Era el momento de ser una líder.

Una mañana me encontré con Ares en la mesa, cosa inusual. Él solía desayunar temprano e irse a los entrenamientos mucho antes de que yo siquiera abriera los ojos.

—Buenos días —saludé al sentarme al otro extremo de la mesa. Estaba vestida con el camisón de sedas negras que usaba para dormir. Mi trenza estaba hecha un desastre por las mil vueltas que di en la almohada durante la noche.

—Le di la mañana a las vendidas —explicó al deslizarme un plato hacia mí. El platillo me sonreía con el corte jugoso de algún animal no identificado acompañado de un guiso picante, papas y una ensalada de verduras—. No cocinaba desde el cumpleaños número quince que tuvimos Leíto y yo, así que con que no vomites estaré muy agradecido.

Lo miré con la boca abierta por la sorpresa, bajé los ojos al plato y engullí una cucharada tras otra. Ningún hombre me había recibido jamás con el desayuno hecho, y dudaba que fuese algo habitual para otras mujeres. Además, el platillo estaba riquísimo, no podía creer que Ares hubiera pasado tanto tiempo sin cocinar.

—No te creo. Si me baso en este platillo, sospecho que en las mañanas no te vas a clavar cuchillos a asesinos en potencia, sino a vegetales en un curso de cocina secretísimo.

Ares se carcajeó. El rostro se le iluminó como no lo había visto en días y sus ojos verdosos se achicaron hasta casi desaparecer detrás de sus pestañas oscuras. Llevaba sus rizos color miel húmedos, lo que me indicaba que se acababa de duchar. Su camisa negra de manga corta dejaba al descubierto sus brazos tatuados, y por su cuello se asomaban algunos que conocía bien por las veces que lo había visto con el torso al descubierto.

—Te dije que no cocino desde los quince, pero no te dije con cuanta frecuencia lo hacía entonces. Era mucha. A Leo se le metió en la cabeza que de grande quería ser dueño de una taberna y ser jefe de cocina con un ejército de cocineros a su merced, yo incluido entre ellos. Por supuesto, esta idea pronto fue aplastada por la presión... familiar, de que él fuese el lord que heredara el apellido, la futura mano del heredero. Yo estaba descartado porque desde pequeño me impuse a la idea de servir al reino desde una corte de víboras. Así que a los dieciocho, Leo y yo prometimos que

haríamos nuestro futuro juntos y lejos de la presión de lo que se nos imponía. Como nos gustaba jugar con cuchillos, decidimos entrar al entrenamiento para asesinos.

—Escucha... Estuve pensando... —Terminé de tragar—. Tal vez deberíamos hacer que Leo vuelva. Las decisiones de... Las decisiones anteriormente tomadas ya no aplican, al menos no a los deseos de la nueva cabeza del apellido. Me parece que Leo no ha hecho nada que yo considere merecedor de un repudio como el que recibió, y creo que sería bueno que vuelva a la torre, con nosotros. ¿No crees?

Ares sonrió divertido, como si ya esperara esas palabras de mi parte. Se metió unas cucharadas de comida a la boca, terminó de masticar y solo entonces me contestó.

—Leo no vendrá, princesa. Mi hermano no hay nada que odie más en este momento que el apellido que una vez tuvo. Tal vez vendría a vivir con nosotros en otras circunstancias, pero justo ahora, Leo está... enamorado de su libertad. Alquila una habitación en un barrio de la ciudad, trabaja de noche en la cocina de un bar decente, y entrena todo el día y toda la tarde conmigo: felicidad en su máxima expresión. Y, por lo que sé, su arrendador y él son muy... cercanos. Leo no lo abandonaría. Así que no te preocupes, princesa. Leo está mucho mejor que tú y que yo.

—Espero tengas razón.

—La tengo, en serio. No te preocupes por él.

—Bien, estoy muy feliz por él. —Miré hacia otro lado sin saber cómo conducir la conversación al otro punto que quería tocar—. Hay otra cosa de la que quería hablarte.

—¿No te gustó la comida?

Me reí.

—Nada de eso, tal vez me gustó demasiado que estoy considerando esclavizarte en las cocinas.

—Sería un honor ser su esclavo, *madame*.

Torcí los ojos con una sonrisa sonrosada en el rostro.

—Ares, eres todo un galán. Si no fuera tu madrastra, me casaría contigo.

—He escuchado que le gusta romper las reglas, princesa. No creo que lo que menciona sea impedimento para nuestro romance. Me parece que su problema es otro... He escuchado que no le gustan los cuchillos como le gustan las... espadas.

Ambos nos reímos hasta que casi me atraganto con la comida. No quería

pensar en Orión, era un tema delicado si tenía en cuenta que ni su sombra había aparecido por la torre desde mi boda funeraria, pero Ares convirtió ese mal trago en un buen chiste.

—Entonces, ¿qué querías decirme?

—Quiero liberar a las vendidas.

Ares se congeló con la mano a medio camino entre el plato y su boca.

—Ah, claro, casual. Simplemente te has vuelto loca.

—No estoy loca, sé lo que digo. Quiero que liberes a todas las vendidas y que las ayudes a conseguir trabajo.

—Aquía, lo que pides ni siquiera es opción.

—¿Planeas usarlas o qué? —inquirí con una ceja alzada.

—No me malinterpretes, es que... No es que quiera usarlas, no como tal, pero sí podríamos darles otro fin más... útil.

—Te estás contradiciendo.

—Aquía, mi padre seleccionó sus vendidas en los mercados de más prestigio, lo que tenemos aquí es una fortuna. Una fortuna, Aquía. Mi padre no invirtió en tierras como lo hizo en sus vendidas porque dio por hecho que nunca se iría de esta torre.

Dejé de comer. Apoyé los codos en la mesa y entrelacé mis manos tras posicionar mi mentón sobre ellas.

—Lo que tenemos aquí no es ninguna fortuna, Ares Circinus, son mujeres.

—Sí, sí. Pero no hay que buscarles un trabajo en otro lado cuando podemos buscarles qué hacer nosotros mismos, es lo que se hace con todas las vendidas que ya no se van a «usar».

Sí, eso me quedaba claro luego de ver lo que hizo Antares con Andrómeda. Me negaba a ser otro Antares en el reino y con mujeres de mi misma posición.

—Si no reciben un pago por lo que hacen, ellas no son trabajadoras, son esclavas. No consentiré la esclavitud de las mías y no concibo que tú puedas considerarlo.

Ares alzó las manos, exaltado.

—No me condenes, así siempre han sido las cosas.

—Pues ya no más. Libera a todas menos a cuatro, dos serán mis doncellas y dos se encargarán del mantenimiento de la torre. La pensión que me da el reino se repartirá entre cada una de ellas. Yo no necesito dinero más que para comer. Y como empleadas, y no sirvientas, se les concederá a cada una

un día libre a elección. Por semana. Y se las llamará a cada una por su nombre. ¿Alguna objeción?

—Tú mandas, princesa, se hará lo que tú digas.

CAPÍTULO 32

No puedo hacerte daño

—Perdone, estoy buscando al caballero Enif, ¿sabe dónde puedo ubicarlo? Me había cansado de esperar por Orión. Necesitaba verlo, aunque fuese para recibir una reacción que me lastimara. Necesitaba saber de él.

Un chal ligero, de color negro escarchado, colgaba de mis brazos con elegancia y añadía un porte distinguido a mi vestuario. Uno de los primeros vestidos que pagué con mi pensión; una pieza que combinaba el vino, el rojo y el carmesí, confeccionada a mi medida con un corsé de cinta negra y una larga falda con volados y bordados en oro.

El escote me elevaba los senos hasta darle un provocativo aspecto de corazón, y las mangas largas acababan con un botón dorado. A su vez, llevaba guantes de encaje negro que cubrían la palidez de mis manos. Era la dama que siempre había querido ser, la dueña de mi vida.

Me encontraba frente a los establos del reino. Uno de los hombres que quedaron a mi servicio luego de la «desafortunada» muerte de mi cerdo marido se encontraba ahí para delegar y supervisar el cuidado de los caballos que tenía en mi haber. Muchas veces, fantaseaba con la idea de darme una innecesaria vuelta por el mercado de Ara solo para poder viajar en mi carruaje personal. Sin embargo, no estaba ahí por eso.

Ferguson se encargaba de las finanzas y del mantenimiento de la torre mientras el reino le siguiera pagando, él conocía a los hombres que estaban en mi servicio, yo no. Por eso le pedí que me llevara con alguno de los guardias que tenía a mi disposición.

Y ahí me encontraba, frente al guardia en cuestión, preguntando por el único hombre que me interesaba ver en ese momento.

—Perdone, estoy buscando al caballero Enif, ¿sabe dónde puedo ubicarlo?

—¿El de la Guardia Real?

El hombre me miró con el ceño tan fruncido que sus cejas casi se tocaban.

—El mismo —contesté con firmeza.

—La Guardia Real hoy está en entrenamiento, *madame*. Tal vez podría

esperar hasta...

—No esperaré nada, señor. ¿En qué ala del castillo entrenan?

—No pensaré...

—Eso, señor, es exactamente lo que estoy pensando.



La Guardia Real entrenaba en un salón de piedra confinado para su uso exclusivo. A diferencia de los asesinos, los caballeros no tenían un arsenal de armas a su disposición, solo variaciones de espadas para cada estilo, según las diferentes técnicas enseñadas en cada región, además de escudos de múltiples formas, tamaños y usos.

A pesar de tener las armaduras doradas y de que lo ideal era practicar con ellas para acostumbrarse a su peso, la mayoría apenas andaba por el castillo con peto, cota de malla y protectores de codos y rodillas. De hecho, en ese entrenamiento en particular, estaban más desnudos que vestidos, y ni uno solo blandía una espada.

Orión estaba descalzo, con el pantalón bombacho arremangado hasta la mitad de los muslos. La ropa interior se le asomaba cerca de su ingle, tensa y sudorosa. Su cabello se movía con libertad al batir gotas de sudor a todos lados con cada patada alta que él daba con la agilidad y potencia suficiente para dislocar una mandíbula de un solo golpe.

Las cicatrices de su espalda parecían palpitar con cada embestida que sus brazos le daban al saco de entrenamiento. Sus manos estaban tan rojas que el resto de su piel tostada parecía pertenecer a un cuerpo distinto.

Transpiraba, cada golpe era más apasionado que el anterior, con cada respiración que él daba yo quedaba más segura de que un animal salvaje saldría de su pecho.

Sus compañeros parecieron advertir mi presencia antes que él, y se olvidaron de sus tareas para preguntarse qué hacía una mujer con vestido en aquella sala llena de torsos desnudos y sudor. Cuando él al fin me vio, erró el siguiente golpe a su objetivo y su ceja atravesada por la cicatriz que yo ocasioné se elevó con sorpresa.

Solo se me ocurrió una idea luego de eso y fue encerrarme tras una de las habitaciones a los laterales para esperarlo hasta que termine. Me di cuenta del error cometido apenas cerré la puerta detrás de mí.

Estaba en un baño. Su baño.

—Por las tetas de Ara... ¿Qué sirios haces tú aquí?

Sonreí sin voltearme al escuchar su voz, podía verlo a la perfección a través del espejo que abarcaba la mitad superior de la pared justo por encima del mesón lleno de esencias, jabones y tónicos para el cabello. Podía admirar su reflejo mientras se secaba el sudor del cuello con una toalla y cómo, con una mano sobre su hombro, se masajeaba para aminorar el dolor muscular. Y su cabello... Su cabello era uno de esos desastres naturales que por mucho que sabes que no deberías mirar, no eres capaz de despegar tus ojos mientras lo arrasa todo.

—Orión...

Mis ojos brillaron en el espejo y se conectaron con los suyos, los cuales de inmediato se apartaron sin resistir el contacto. Le dio la espalda a mi reflejo y me miró de frente para evitar encontrarse con mi vista. Me daba una imagen ideal de las cicatrices gemelas de su espalda en el cristal.

—No me has ido a ver, Orión. Tenía que venir.

—Has pasado por mucho, no quería abrumarte con mi presencia.

—¿De qué hablas? La sangre de ese día... es el recuerdo más feliz que tengo. Estoy bien, mejor que nunca. Pero tú me estás evitando.

—Preciosa, yo... —Se llevó las manos a la cabeza y enredó sus dedos en su cabello—. No puedo. Ya no.

La cara me ardía de la rabia.

—Dijiste que no necesitaba protección, Orión. No puedes contradecirme, tú no... Dijiste que... Espera... ¿No es por protegerme, verdad? ¿Lo haces por ti? Si es por ti, pudiste hablarlo conmi...

—No...

Sus manos se cerraron sobre mis brazos. Estaban ardiendo. De repente, ni él mismo se pudo contener y me pegó a su cuerpo. Me estrechó en un abrazo demasiado intenso que me dejó sin aire, sin habla, y me arrancó las lágrimas que se asomaban por mis ojos. Al cabo de un par de segundos, me alejó de él con cuidado y me secó las mejillas con el dorso de su mano.

—No es por mí.

—Entonces intentas protegerme.

Fui tan brusca como la ira que sentía.

—Lo... Lo siento.

—Es injusto, Orión. Esperaba que todo el mundo me alejara de ti, menos tú mismo.

—Perdóname, por favor. Yo creí que podía dejarte decidir lo que querías hasta que vi de lo que él es capaz. Lo subestimé. Es mi hermano, no lo creí capaz de ser... la bestia que es. No creí que... Me niego a ponerte otra vez en una situación así.

—¡No! ¿No has entendido nada de mí? Puedo vivir una vida larga mientras reprimo lo que deseo, siendo infeliz, siendo lo que ellos quieren que sea. O puedo jugarlo todo a vivir al máximo el tiempo que pueda. Yo necesito, de verdad necesito, poder decidir mientras antepongo lo que yo quiero a lo que se me permite hacer. Y tú, Orión Enif, eres el único hombre que quiero en este miserable reino. No puedes... No puedes hacerme esto.

—De verdad, Aquíá... Perdóname. —Se volteó para no mirarme, sus ojos en la pared para que tampoco viera su reflejo—. Antes era distinto. Eras una vendida, estabas en lo más profundo de la escala del poder y los derechos humanos, solo por encima de las prostitutas. Lo que hacíamos te daba la libertad que te había sido negada, yo amaba darte eso. Verte elegirme fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero ahora tienes opciones, y yo no puedo ser el maldito que te ponga una soga en el cuello cuando te acabas de librar de un destino peor que la horca.

—¿Esto es todo? ¿Me proteges? Porque siento que tú me estás atando la soga en la garganta. —Las palabras me estrangulaban una a una mientras salían—. Después de lo que pasó en el juicio, creí que jamás te perdería.

—Es justamente por eso que he tomado esta decisión. Porque ese día en el juicio estaba seguro de que iba a perderte para siempre.

Me sequé con ira las lágrimas de la cara.

—Bien. ¿Ni siquiera puedes olvidar esa estupidez solo por hoy?

—¿Qué dices, Aquíá? ¿Vale la pena para ti saber que mañana seremos desconocidos?

—Vale la pena porque nunca serás un desconocido para mí, Orión. Y te puedes mentir, jugar a que eres mi héroe, pero yo jamás voy a salir de tu cabeza y lo sabes. Ni yo, ni las promesas que nos hicimos en silencio en el juicio.

—Lo sé, pero tendremos que aprender a vivir con eso porque, que vivas, es lo único que importa. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quieres hacer?

Empecé a deshacer los nudos de mi vestido con las manos a mi espalda.

—¿Qué... haces?

Dejé caer todo ese montón de tela al piso. Mi reflejo se veía desgarrador y

provocativo, tanto como para atraer y repeler al mismo tiempo. Mi ropa interior de encaje negro hacía que mi palidez resaltara. Mis senos estaban hinchados por la proximidad de mi periodo, parecían a punto de hacer explotar mi sostén que en situaciones normales me quedaba perfecto. Mi larga trenza de cabello estaba colocada en el espacio entre mis clavículas que resaltaban tanto como los huesos de mis caderas, pero mis ojos tenían una provocación iracunda.

—Aquí... no es momento.

—¿Perdona? Estamos en un baño, yo no estoy haciendo nada fuera de lugar. Se supone que las personas en los baños... se desnudan.

Orión se mordió los labios sin poder contener una sonrisa.

—Me vas a llevar a la demencia, ¿lo sabes, no?

Me encogí de hombros y caminé hasta el amplio recuadro lleno de agua en el suelo. Sin quitarme los tacones, me senté en el borde, metí un pie y luego el otro hasta quedar cubierta por el agua tibia hasta el borde del sostén. Miré a Orión, la sonrisa era más amplia que su rostro. Podía oír el escándalo de su batalla mental. Notaba cómo tragaba en seco, cómo se atragantaba con su propia respiración mientras decidía si en ese preciso momento quería ser el sereno pegaso protector, o si prefería ser Orión, el cazador, y lanzarse detrás del águila que lo tentaba.

Para alentarlo un poco más, me quité la parte de abajo de mi ropa interior, y confié en que el agua turbia perpetuara el misterio de aquella zona. Luego, la puse con inocencia fingida en el borde de la bañera.

—Aquí, no quiero que pienses mal de mí si me ves asesinar a cualquiera que entre. Lo siento, pero no puedo permitir que nadie más viva con esta imagen de ti en su cabeza.

Me reí.

—Nunca pensé en usted como alguien celoso, caballero.

—Es porque nunca ha sido mía, mi *lady*. Pero créame, la idea de que sea de alguien más me mortifica muchísimo.

Crucé mis brazos sobre el borde de la bañera y descansé mi rostro encima de ellos.

—¿Y qué esperas? ¿O es que tu obsesión con el orden te impide acercarte a mí porque sabes que tengo una parte de mi ropa interior puesta y la otra no? Porque eso se puede arreglar.

Orión rio.

—A decir verdad, me sorprendió que combinaras bien las dos piezas.

—Ah, sirios. Tenías que arruinarlo.

—Oh, ¿lo arruiné? Me temo que me tocará enmendarlo.

Orión se deshizo de sus pantalones y quedó solo con su ropa interior negra, esa que cubría aquella parte de él, dura e intimidante, que amenazaba con desgarrar la tela para escapar de ella.

Se metió en el agua por el otro extremo de la tina. Se sumergió por completo unos segundos y salió mientras hacía ondear el agua hasta mí. Peinó con sus dedos su cabello hacia atrás, y abrió la boca con pasión para llenar sus pulmones de una sola bocanada. De su pecho corrían hilos de agua que moría por tocar. La distancia entre nosotros me quemaba, su piel me llamaba a gritos. Necesitaba acercarme, pero él me hizo el favor en unas cuentas brazadas.

—No quieres esto —me dijo en un susurro, muy cerca de mi rostro.

—Perdóname, Orión, pero estás loco.

Como si mis palabras hubiesen sido un permiso para él, metió sus manos por detrás de mis muslos y me levantó para acercarme a su cuerpo. Rodeé con mis piernas su torso, y sentí el contraste del frío del agua y el fuego de su piel contra mi entrepierna.

Por las alas de Aquila, juro que nunca había deseado nada con la fuerza con que la que lo deseaba a él en ese momento.

Sus labios buscaron mi clavícula y de ahí subieron por mi cuello hasta que sus dientes presionaron sobre él. Me arrancaron un aullido de sorpresa y deseo, por lo que mis uñas se clavaron en su espalda húmeda y revivieron sus cicatrices con el fuego de mi necesidad. Su reacción fue inmediata. Un gruñido escapó de sus labios, sus manos se cerraron con fuerza sobre mi trasero, disfrutando de su forma y de su desnudez, y me pegaron más a él.

Me sentó en el borde de piedra de la tina, se quitó su ropa interior sin salir del agua, dejando todavía en incógnito aquella parte de él que ya había tenido en la boca. Luego, me volvió a sumergir, esta vez de espalda a él, con la vista en el espejo enorme del frente.

Sentí esa parte suya que hervía presionada en mi trasero. Todo en Orión era firme, fuerte y enorme; no me decidía entre temer o desear más.

Atrapé sus glúteos entre mis diminutas manos y lo pegué más hacia mí para sentirlo por completo. Su dureza era impresionante y mi gesto lo enloqueció tanto que llevó una de sus manos al interior del agua. Subió por mis piernas y hurgó hasta encontrar ese mágico punto que me hizo vibrar de placer aquella noche. Sus dedos jugaron ahí tal y como me encantaba, mi

respiración multiplicó su ritmo hasta volverse música a máximo volumen. Él siguió el compás con el que yo le pedía más y más.

Busqué su entrepierna y la manipulé desde la base hasta la punta con una ligera presión ascendente. Como premio, su mano libre se cerró en mi cuello y sus labios hicieron un desastre en los nervios de mi espalda.

Yo veía lo que ocurría desde mi posición privilegiada frente al espejo: cómo mis ojos pedían más hasta casi llorar de placer, lujuria y un insaciable deseo. Su mano firme y bronceada rodeaba mi cuello pálido. Mis pechos que temblaban con mi respiración, mi boca se abría y apretaba con cada aullido y gemido.

Él volteó mi rostro lo suficiente como para que nuestros labios se encontraran y, mientras su lengua revivía toda la pasión dentro de mi boca marchita por los malos recuerdos, sus manos apretaron mis pechos sobre el armazón del sostén.

Cuanto más de él recibía, más necesitaba.

—Te amo, diosa mía —susurró con su respiración agitada mientras nuestras bocas se devoraban—, y no necesito que me digas lo mismo, ni siquiera que lo sientas. —Mordió mi labio inferior y me arrancó un gemido intenso y pasional—. Aunque me necesites y nada más, te amo. Eres mi única religión y siempre lo serás.

—Orión...

—No, espera... —Su lengua se deslizó por mi cuello, mis manos se desplazaron por su espalda hasta aferrar su cabello y mis piernas volvieron a su torso—. Esto que siento por ti... —Mis labios interrumpieron por un segundo sus siguientes palabras—. Esto... es la razón por la que no puedo hacerte daño.

Por algún motivo que no me venía a la cabeza, me bajó de encima de él y dio unos pasos hacia atrás en el agua.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté sin aliento, cargada de un repentino horror.

—Sé lo que quieres, Aquía. Sé lo que quieres, y que es tu decisión. Pero esta vez la mía es igual de válida. Me niego hacerte daño. *Cualquier* tipo de daño. No puedo ser el hombre al que le diste tu primera vez en una despedida.

—Orión, ni se te ocurra...

—De verdad, lo siento.

No dijo ni una sola palabra más. Recogió su ropa interior, se vistió y salió

del baño mientras me dejaba sola con el deseo que sentía por él, y el ardor de no poder tenerlo.

CAPÍTULO 33

Presas y cazador

Ser dueña de tu vida implica que no necesitas un hombre para continuar con ella.

Si bien la rabia y el dolor escalaban por mi estómago al recordar a Orión —y a pesar de que sufrí de una pérdida de apetito preocupante—, su ausencia no congeló mi vida. Y no porque no me doliera, sino porque decidí pasarle por encima a ese malestar.

Desmantelé la torre. Arranqué el papel que decoraba las paredes, los cobertores de los muebles, de las camas y de los sillones. Saqué toda la ropa de lord Cerdinus, su calzado, sus pertenencias, e hice mi primer viaje en mi carruaje nuevo para conseguir un sitio donde hacer una hoguera con esa basura.

Cuando no quedó ni un retazo de tela, ni un fragmento de cuero o de papel de lo que fue su existencia, volví y delegué a míster Ferguson la remodelación mobiliaria. Hizo de la torre mi hogar, mi reino. Las paredes fueron reforzadas con nuevos tableros decorativos de madera de la mitad para abajo, y en la mitad superior un diseño negro con decorado de estrellas y constelaciones que imitaba el cielo de Ara.

En la habitación que le había pertenecido a la mano ya no había rastro de su reflejo. La madera pasó a ser blanca, los decorados de seda dorada y cachemir salmón. Su viejo colchón inmundo lo reemplazaba una inmensa cama acolchada con almohadas nuevas a juego. Aquila estaba tallada en el suelo, rellena de escarcha en cada punto que constituía una estrella.

Tenía mi propio tocador equipado, un guardarropa nuevo que comenzaba a estructurar con mis prendas personales, y un baúl con armas nuevas que conseguí en los barrios de Ara. A algunas, como una hermosa daga de empuñadura roja, mandé a grabarles mi constelación en el mango.

Dueña de mi vida y de mi hogar.



—Quiero volver a entrenar, Ares. Estoy cansada de estar todo el día encerrada, sin hacer nada.

Había invitado a Ares a comer en el bar donde trabajaba su hermano. Estábamos sentados y esperábamos que nos sirvieran la comida. Él con un vaso de ron seco, yo con un cóctel dulce alto en alcohol que me tenía riéndome de más. Sin miedo a exagerar, diría que me carcajeé durante cinco minutos enteros porque escuché a Ares decir «sirios» de una manera que en mi cabeza sonó graciosa.

Afuera nos esperaba el carruaje con mi cochero para llevarnos de vuelta a la torre, así que no había problema por la hora, además de que llevábamos los cristales para el frío de la noche de Ara.

—Bueno —dijo mi amigo y dio un trago más a su ron. Se le chorreó un poco por las comisuras, así que se llevó sus dedos tatuados a los labios y limpió toda la humedad—. Si el rey no quiere dejarte entrenar con nosotros, tal vez debas hacerlo por tu cuenta. Yo estaría encantado de ayudarte, y sé que Leo podría sacar algún tiempo libre para darte unas lecciones particulares.

—¿Tú crees...?

Mis palabras quedaron en el olvido por la aproximación de Leo. Sus brazos estaban más gruesos que nunca, como si estuviera engordando y el entrenamiento le diera forma a su gordura. Se veía muy bien, más atemorizante ahora, y mucho más fácil de diferenciar de su hermano además de su distintivo corte al ras de su cabeza comparado a los rizos de Ares.

Aunque si debo ser honesta, era imposible confundirlos por una sencilla razón: sus expresiones. Ares siempre estaba sonriendo, sus ojos verdes chispeaban con cada palabra que decía y sus labios siempre daban protagonismo a su dentadura con sus amplias sonrisas. Leo era serio, inexpresivo. Sus ojos verdes casi se oscurecían por la rudeza con la que miraba todo.

En nuestro reencuentro, mientras servía los platos, incluso tuve que tragar en seco porque que había perdido la costumbre a su hostilidad.

—Está feliz de verte —susurró Ares al inclinarse a mi oído.

«Por supuesto, su cara lo hace evidente», pensé con ironía.

—Hola, Leo —saludé.

Hizo unas señas que Ares tradujo como «Buen provecho», y se marchó.

Incluso con sus señas, Leo era un hombre de pocas palabras. Sin embargo, yo había aprendido que en medio de su silencio él me apreciaba. No se entrena gratis a alguien que detestas, y menos le clavabas un cuchillo a tu padre en la mano por esa persona.

Con el reencuentro, me vino de nuevo a la cabeza el árbol incendiado cuyas llamas en las hojas creaban la imagen de un león: el tatuaje que Leo tenía en la espalda, al igual que Ares tenía un león en su antebrazo. Pensar en eso, me recordó el pasaje de las escrituras de Ara que hablaba del águila. «... la puerta al león que vendría después».

¿Qué león? ¿Quién había sido el águila? ¿Qué sirios haría el león y por qué el águila sería su puerta?

—Ares, ¿el tatuaje que tiene tu hermano en la espalda es por su constelación?

—Oh, sí. A Leo le encanta la mitología astrológica. Le encanta la historia de su constelación y la mía, y todas. Pero más la suya.

—¿Tú la sabes? ¿Cuál es?

—Es solo un cuento, Aquía.

—Pues cuéntamelo.

Ares rodó los ojos.

—Ara libre hombre que tenga que pasar su vida contigo.

—Eres mi hijastro, técnicamente tienes que pasar tu vida conmigo a menos que te cases.

—Lo cual no haré así que... —Levantó su vaso y se bebió su contenido de un trago—. Ara me libre.

—Que así sea, ahora, *dimeee* —pedí mientras arrastraba la última sílaba.

—Es la leyenda de un guerrero que vendrá a traer sangre y fuego a sus opresores, el alma de hierro en forma de león que liberará a los suyos.

—¿Y Leo... cree que es él?

—¡¿Qué?! Solo es mitología. Además, Leo de quien quería liberarse, ya se libró. Podemos concluir que no es un guerrero sediento de sangre y justicia justo ahora.

—Tal vez luego.

—Tal vez estás loca. Y, bueno, ya tengo que irme. Se me hace tarde para un compromiso. ¿Puedes llegar sola a la torre?

—Técnicamente, no iré sola, pero sí. ¿A dónde vas? ¿Cortejas a una chica

especial, lord Ares?

—Asco, princesa, no me llames lord, no tú. Y, no, no cortejo a nadie. Tal vez me interesaran más las mujeres sin ese protocolo que hay que seguir para salir con una, para pedir bendiciones, permisos, manos.

»Las cosas que son concretadas como negocios pierden su encanto. ¿Dónde está la diversión ahí? Yo quisiera poder salir a beber y conseguirme una mujer hermosa, hacerla reír, hablar toda la noche, acompañarla a su casa y besarla apasionadamente en la entrada hasta escabullirnos en el patio a dar rienda suelta a nuestros instintos. Quisiera pasar la noche entera pensando en ella, pensando en mi siguiente paso para tenerla cerca, en las cosas que le voy a obsequiar, en las canciones que le voy a dedicar, y en el recuerdo de sus manos sobre mí. No quiero esperar a que mi tutor decida cuál de las doncellas vírgenes y casaderas de la ciudad beneficia más a mi estatus, concrete mi matrimonio con su padre y se reciba una dote para que yo viva un matrimonio insípido con cinco vendidas que pagué, pero no me desean. Aff, no, gracias, princesa. Prefiero el suicidio.

—El alcohol te hace hablar de más, ¿eh? —comenté entre risas.

—Tal vez demasiado. Ya debo irme, princesa. No destruyas nuestro hogar mientras no estoy.

Me dio un beso en la mejilla para despedirse y se marchó del bar.



Esa noche, al llegar a la torre, ya sabía que algo estaba fuera de lugar. Podía sentirlo. Podía sentirlo a él.

Subí corriendo las escaleras a mi habitación y lo que me encontré dentro me secó la garganta.

Había velas esparcidas alrededor de la habitación y un par de sogas colgaban de puntos de anclajes en un extremo y el otro del techo. Junto a la cama, había una mesita con dos copas y una botella de un licor tan rojo como la sangre.

Y sobre la cama, Orión.

Su torso desnudo, sus pies descalzos y su mano cerrada alrededor de una copa medio vacía.

Me senté a su lado, me pasó una copa. No tenía idea de lo que estaba pasando.

La luz atenuada y penumbrosa por las velas le confería un aspecto serio e inquietante. ¿Qué demonios atravesaba por su cabeza en ese momento como para que sus ojos me taladraran con tal intensidad?

Su mano buscó la mía y la llevó a sus labios helados por la bebida.

Se acercó a mí, su mentón rozó mi hombro, sus labios muy cerca de la delicada piel de mi cuello, una zona que él sabía manipular hasta hacerme perder el control. Bajó el volumen de sus palabras hasta que su voz adquirió un cariz ronco, profundo, y entonces me dijo con un susurro:

—Hay más de una razón por la que no he querido... hacerlo. —Su nariz me rozó. Di un respingo en consecuencia—. No tienes que perdonarme, estoy aquí solo para que lo sepas.

Con mis uñas tracé el contorno de sus brazos moldeados por su trabajada musculatura, marcado por el filo de otras espadas y erizados por la sensación de mi roce.

—Estás en mi habitación... —mis dedos llegaron hasta su clavícula—... sin camisa, sin calzado... y te encuentras bebiendo...

Me acerqué al espacio en el que su hombro y su cuello se unían, y aspiré su aroma. Un jabón cítrico, una capa de sudor de algún esfuerzo físico del que no estaba enterada, pero me hacía una idea, y el inconfundible roce de la noche de Ara.

—Dudo que hayas venido a darme nada más que un comunicado.

Orión sonrió, divertido y descubierto.

—En realidad, sí he venido a eso, solo que algunos mensajes necesitan de una demostración.

—¿Qué quieres mostrarme, Orión Enif?

—¿Sabes cómo llegué hasta aquí?

—Volando —contesté porque sabía que no había otra explicación.

—Sí, preciosa. Hay muchas cosas que no sabes de los cosmos.

—Aprendo rápido, caballero. ¿Qué necesito saber?

Orión se levantó de la cama y dejó una mezcla de temor y vacío en mí al sentir que se alejaba. Fue a mi tocador, donde su espada, Cassio, aguardaba por su regreso. Acarició la hoja filosa de arriba abajo. Desde mi posición, pude ver un destello en sus ojos a pesar de las sombras que envolvían su reflejo en el cristal. No sé en qué estaba pensando, pero tampoco iba a detenerlo.

La hoja de la espada comenzó a refulgir con un brillo que no podía producir ni la lámpara más lujosa. Aquel era un resplandor que solo podía

emitir una estrella. La luz se intensificó hasta casi solidificarse y el aura escarchada que la bordeaba empezó a escalar por las extremidades de Orión hasta su espalda. Sus cicatrices gemelas comenzaron a arder con un brillo rojizo que incrementó hasta parecer el fuego que cubre el hierro al ser forjado. Los puños de Orión se cerraron sobre la madera de mi tocador mientras reprimía gruñidos y erraba sus respiraciones, hasta que su fuerza partió la madera bajo sus dedos, y sus piernas cedieron.

Cayó de rodillas junto a los escombros de la porción destrozada del tocador.

Sus heridas comenzaron a abrirse ante mis ojos, como si un cuchillo invisible las rasgara nuevamente sin piedad. Los gemidos ahogados de Orión cada vez eran más preocupantes. Quería correr hacia él y ayudarlo, pero estaba embelesada con la magnificencia del prodigio que estaba presenciando. No era natural, era el poder de otra alma que destroza la humanidad de un cuerpo mortal.

De las heridas comenzó a salir un aura escarchada que dio forma a lo que poco a poco se materializó frente a mí. Cartílago fuerte como roca, hebras finas de un hilo indestructible que formaban el plumaje perlado: una belleza superficial con la fuerza suficiente para levantar en vuelo el peso de Orión. Alas. Sus alas.

El cazador volvió hacia mí con sus nuevas amigas detrás, y me dijo:

—Estoy aquí porque luego de conocerte ya no puedo pasar un día sin que estés ahí, merodeando por mi cabeza. Y quisiera decirte que soy fuerte, capaz de dejarte sola y libre, pero no nos vamos a engañar: la única en esta habitación con una fuerza de voluntad así de impresionante eres tú.

—¿Y tú? ¿Tú qué eres?

—Débil. Y más en tu presencia.

—Rompiste el aparador con tus manos, Orión, no me pareces débil.

—Y... esa es la otra razón por la que no he querido ser tu primera vez. No has tenido experiencias previas, está destinado a ser doloroso en situaciones normales. Con un cosmo... no sé cómo esto podría terminar.

—¿Por qué te transformas entonces?

—Ya hay secuelas de Pegaso en mí que podrían lastimarte, pero si tenemos que hacerlo, prefiero transformarme y darte... la experiencia completa.

—Basta, me estás... —«excitando», *pensé*—... enloqueciendo —dije—. No puedo. Me niego a volver a intentar algo contigo que vayas a dejar a la

mitad.

Me paré y caminé rápidamente hacia la puerta para que él no viera las lágrimas de furia y resentimiento que se me escapaban. Puede que lo deseara, lo hacía, pero en ese momento mayor era el desprecio a sus múltiples negativas. Él había tenido razón, lo hacía por buenos motivos, pero la parte más caprichosa de mi humanidad persistía en ignorar aquello.

El aire se revolucionó a mi alrededor y un fuerte sonido de aleteo me envolvió. De lo siguiente que fui consciente fue de que los dedos de Orión se cerraron sobre mi muñeca. Tiró de mí para que me girara, pero su fuerza ahora era superior. Mi cuerpo fue atraído por el suyo y mis manos chocaron con su pecho. Su aliento rozaba mi frente.

—Espera —pidió.

—Jódete —concluí a pesar de que mi ser gritaba «bésalo».

Y, esa vez, lo empujé para irme lejos sin ver atrás.

Volvió a alcanzarme, pero entonces ya no me dejaría escapar. Rodeó mi cintura y con la autoridad de sus poderosas alas me alzó hasta que nuestras cabezas casi rozaron el alto techo de la torre. Pegada a la pared, con los pies en el aire y su cuerpo contra el mío, perdí el control de mí misma y de los motivos que tenía para querer alejarme de él.

Era impresionante su poder, la facilidad con la que su brazo sostenía mi peso y su cuerpo me mantenía firme contra la pared mientras sus alas se batían apenas lo suficiente para sostenernos a esa altura.

«¿Qué eres? ¿Qué somos? ¿De qué es capaz un cosmo, Orión? Dímelo», pensé.

Mis muñecas entrelazadas sobre mi cabeza estaban presas bajo su mano libre, y mi cuello permanecía acechado por el rostro de Orión, quien me olfateaba con deseo contenido.

—Pídeme que te deje y lo haré —prometió mirándome a los ojos.

Sus caderas se pegaron más a las mías para apresarme. La mano que rodeaba mi cintura me soltó y tuve que afirmar mis pies sobre los de Orión para que el vértigo no me atravesara como cuchillos de hielo. Me soltó porque tenía otros planes para su mano: la misma escaló por el costado de mi vestido, pasó por el escote en mis hombros hasta rodear mi cuello. Su pulgar me acarició, midió mi pulso. Eso y su mirada de cazador enamorado que acechaba la mía eran como un detector de engaños.

—Lo prometo, preciosa. Si me pides que te deje y que me vaya, eso haré.

En mi vida se me hubiera ocurrido pedirle semejante cosa. No cuando su

piel emanaba un calor que hacía vibrar la mía, no cuando sus ojos conseguían desnudarme antes que sus manos, no cuando sabía de lo que eran capaces sus dedos, y menos al recordar esa parte de él que había tenido en las manos y en la boca, y que tanto anhelaba que usara dentro de mí.

Así que pegué mi boca a la suya y dejé que nuestras respiraciones se mezclaran mientras esparcía más brasas a los nervios de nuestros cuerpos incendiados por deseo. Su lengua caló más profundo en mí, mis labios pidieron más. Con sus manos en mi rostro, yo tenía plena libertad de las mías. Me abracé a él para no caerme, a pesar de que sus pies eran tan firmes como el suelo; con mi otra mano me aferré a su cabello para pegarlo más a mí y pedir más de su boca.

Mientras hacía gala de su nueva fuerza y de la intensidad de su hambre hacia mí, sus brazos se metieron en el escote de mi vestido para tirar de un extremo distinto, hasta rasgarlo por la mitad con un ruido liberador y placentero. La tela cayó al suelo y dejó de ser un impedimento para nosotros, revelando el encaje rojo y negro de mi ropa interior.

Los besos de Orión se intensificaron y mi respiración se descontroló. Sus labios me devoraban y su lengua me acariciaba las heridas. Se nos notaba la lujuria en los ojos. Sin importar la dama y el caballero que pudiéramos ser en público, esa noche cuerpo a cuerpo no éramos más que el cazador y su presa que moría por ser devorada.

Su mano se introdujo en mi cabello con firmeza y su boca se despegó de la mía para hacerme volver a la realidad con una sonora respiración. Orión nos arrastró a la pared del otro lado con un único y violento batir de sus alas y, con su mano todavía en mi cabeza, comenzó a morder mi cuello.

Mis labios estaban hinchados y húmedos, mi piel sedienta de él gritaba por completo cada vez que su lengua se deslizaba como si él ya no fuese el cazador, sino la fiera.

Entonces me soltó. Un grito de vértigo desgarró mi garganta durante la caída antes de que aterrizara en la cama. Pronto, el miedo pasó y se transformó en algo distinto: deliciosa adrenalina. Él descendió, tocó el suelo con sus pies y se subió en cuclillas a la cama hasta atrapar mis tobillos y tirar de mi cuerpo para tenerlo por completo extendido para él.

Lo vi meterse un trago de la copa a sus labios enrojecidos y, al volver a mí, traspasó ese licor frío a mi boca con un beso. Tragué y, mientras lo hacía, lo sentí descender hasta mis piernas. Mi espalda se arqueó como nunca había sucedido cuando sentí sus labios, con un trozo de fruta helada

entre ellos, besar la tímida piel de mis muslos.

Puso su mano en mi cadera y me dejó aferrarme a su cabello mientras subía, y subía, y subía.

El frío despertaba sensaciones en mí para las que no me preparó Mujercitas ni sus clases. Era fuego y corriente a la vez por donde tocaba lo helado de la fruta, atenuado por sus labios: ahí quería más y más. Era hambre. Jamás me había sentido así. Nadie nunca me dijo que podría llegar a sentirme así.

Me senté y lo tomé. Mientras lo besaba, tiré del elástico de su ropa interior que sobresalía de su pantalón para dejarle en claro que aquello sobraba.

Me complació sin miramientos y liberó aquella pieza dura y atemorizante que tanto me gustaba.

—Quiero esto, Orión. Ya.

Orión comenzó a besarme, pero me separé de él con la poca fuerza de voluntad que me quedaba.

—Por favor —rogué.

—Como ordene, mi diosa. Pero... necesito que hagas algo por mí.

Se levantó. Tomó uno de los extremos de la soga que había anclado al techo y se amarró una muñeca con un nudo complicado que dejaría sin circulación a cualquier mortal. Repitió el proceso en sus tobillos con una soga en el suelo que antes no había visto, y me hizo señas para que tomara la última cuerda, la que pendía del otro extremo del techo.

—Necesito que me amarres.

—¿Por qué?!

—Hazme caso. Puede que mis alas sean blancas, pero mis instintos no son... puros.

Aquello fue suficiente para mí, tenía que confiar en él, por lo que amarré la mano que le quedaba libre.

—No, preciosa. Aprieta más.

—¡Te haré daño!

Su mano acarició mi rostro con la poca ternura que le quedaba.

—Esta noche el lastimado no voy a ser yo.

En obediencia a su petición, y sabiendo que él se conocía mejor que nadie, rehíce el nudo lo más fuerte que pude.

Aproveché que lo tenía así, limitado. Puse mi mejor cara de inocencia demoníaca y me arrodillé ante él hasta que mi cara quedó justo donde

quería.

—¿Qué vas a...?

Recordé mis clases en Mujercitas y las olvidé a la vez, sabía lo que tenía que hacer para volver a un hombre loco, pero me quise dejar llevar por lo que yo quería hacerle a él.

Con la punta de mi lengua subí por la cara interior de su muslo hasta su entrepierna; dejé mi parte favorita para el final. Llegué a las partes contiguas a su miembro, unos puntos que me habían aconsejado ignorar, pero yo las comencé a besar, a jugar con mi lengua como me provocó, a introducir las y sacarlas de mi boca a mi antojo.

Orión hizo el intento de tomar mi cabeza con sus manos, como si hubiese olvidado sus ataduras, y algunos tablones y escombros se despegaron del techo tras hacer un escándalo en el suelo por el ímpetu de su intento. Entonces entendí por qué se había amarrado. Si esa era su fuerza y esa era la naturaleza de sus instintos, él podría partirme en dos en cualquier movimiento.

Las paredes temblaron con los estremecimientos de Orión cuando empecé a deslizar todo su miembro dentro de mi boca. Moldeaba mis labios a su tamaño, hacía que mi lengua jugara en círculos con lo que ya tenía dentro, lo volvía loco con la suave humedad que escondía mi interior.

Sé lo que él quería. Sus manos no paraban de luchar por alcanzar mi rostro. Él ansiaba el control, mover mi cabeza a su antojo, manipularla tan profundo como fuese posible. Pero yo no quería hacer las cosas así. Me gustaba desesperarlo, ver cómo sus piernas temblaban y cómo sus ojos se volteaban de placer mientras mi lengua lamía el líquido dulce que le salía de la punta.

Y, mientras más lo veía saltar ante mis roces sorprendidos y los besos húmedos que le daba en partes inesperadas, más lo recompensé. Empecé a subir la velocidad con la que mi boca lo estimulaba de arriba hacia abajo, y sentí un poder inusual al notarlo a mi merced, total y completamente enloquecido con lo que yo le hacía, temblando por más.

No me cabía todo en la boca y jamás me preocupé por los ejercicios que las preparadoras enseñaban para «expandir» nuestras gargantas, así que lo que mis labios no alcanzaban a hacer, lo compensé con mi mano y con apasionadas hazañas de mi lengua.

—Aquí...

—¿Hum? —pregunté sin sacarlo de mi boca.

—Ven a mis labios.

—¿Paro? —pregunté de rodillas ante él. Mis ojos juguetearon con una fingida inocencia que lo hizo morderse los labios.

—No es ese mi deseo, pero yo quiero darte más, y si sigues por ahí, no voy a rendir mucho.

Sonreí y me quité la parte de abajo de mi ropa interior antes de rodear su cuello con mis brazos y besarlo con la rudeza de las ganas que le tenía. Halé su cabello, mordí su cuello, rasguñé su espalda y grité cuando sus dientes jugaron con el lóbulo de mi oreja.

—Suéltame —me rogó casi en un gruñido mientras le mordía el pecho, arañaba su espalda y pasaba mi lengua desde su ingle hasta su cuello—. Suéltame, Aquí. Necesito tomarte.

—¿Puedo salir lastimada?

—No si le robas la fuerza a Aquila.

—¿Qué? —me detuve un momento.

Su mano derecha arrasó con lo que quedaba del anclaje al techo de su cuerda. Fue una acción autoritaria y premeditada, no impulsos instintivos como los de antes.

Con su mano libre, me atrajo hacia él y me dio la vuelta. Mi espalda quedó pegada a su piel desnuda y caliente, su mano acariciaba mis senos mientras sus labios rozaban mi oreja.

—Tienes que hacerlo. No es seguro que *proceda* si no lo haces.

Tragué en seco. Mis piernas estaban cada vez más débiles ante su presencia, su entrepierna dura contra mi trasero hacía palpar más y más mi centro con hondas de calor desesperadas. Sus dedos jugaron por mi vientre, por el interior de mis muslos, pero todavía no tocaban ese punto anhelante en mí.

—¿Recuerdas esa corriente que sentiste cuando nuestras manos se rozaron en la boda?

Mi respiración se cortó y un gemido robó protagonismo en mi boca mientras la lengua de él me tocaba en puntos de mi cuello y espalda demasiado placenteros para ser reales.

—Sí, lo recuerdo —contesté con la voz entrecortada y me mordí los labios.

—Bien... —Podía adivinar la sonrisa en su voz, me provocaba voltearme y arrancarle los labios a besos, pero no moví ni un dedo porque los suyos me tenían a su merced, jugando en la parte baja de mi cuerpo,

desesperándome—. Pues ahora imagina lo que podrías sentir si esa misma corriente te tocara justo... ahí.

Parte del brillo de sus alas desapareció, deslizándose por su extremidad hasta iluminar su mano. Una luminiscencia escarchada brotaba de su piel y un zumbido de estática lo envolvía.

Cuando me tocó ahí, donde yo quería, grité. Me doblé de placer y me retorcí mientras sus dedos jugaban en mi entrepierna, moviéndose con la agilidad que yo necesitaba. Vibraban con ese nuevo poder en ellos, era una deliciosa velocidad que ningún ser humano podría generar, era como tener corriente directa pegada a mí, como si mi centro fuera un botón de placer y Orión lo presionara hasta más de veinte veces por segundo.

Entonces su mano se apartó y me dejó jadeante, desesperada por más, en la versión más primitiva y ansiosa de mí misma. Mi cuerpo sudaba lujuria, mi piel exhumaba placer.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de las torres, preciosa? —preguntó él, sus labios en mi oído—. Que puedes gritar todo lo que quieras.

Todo mi cuerpo tembló cuando su mano volvió a mi entrepierna y se movió en los puntos que yo quería. Se detuvo de nuevo. Quedé jadeando como si hubiese corrido un maratón, intenté recuperar el aliento cuando sentí que Orión arrancó su otro brazo del anclaje del techo. Libre al fin, lo usó para llevar la punta de su entrepierna a mi cavidad húmeda y palpitante.

Me rozó con ella mientras sus dedos mágicos me tentaban y acariciaban mis muslos por delante, pero sin tocarme donde lo necesitaba. Me desesperaba que no avanzara a donde quería, traté de empujarme hacia atrás, pero él me mantuvo a distancia con su mano. Intenté tirar de su cuerpo hacia mí, mas él permanecía firme. Solo me rozaba, disfrutaba de la humedad que había en la entrada a mi interior.

—¿Cuándo, Orión?

—Sabes lo que tienes que hacer.

Y sí, lo sabía.

Aquila siempre había estado ahí, me llamaba; mi único esfuerzo había sido ignorarla. Pero ya no más. Desde la ventana le eché un último vistazo y la llamé, dejé que su alma se vertiera en la mía. Su fuerza me poseyó con ese brillo dorado que experimenté la primera vez y, aunque no era consciente de lo débil que era en mi versión humana, de pronto me sentí de hierro, resistente incluso al temblor de mi cuerpo.

Fue todo lo que necesitó Orión.

Lo clavó completo en una sola embestida. Grité con tanta fuerza que sentí que el eco de mi voz desarmaba las paredes de la torre. Mis dientes se clavaron en la tierna piel de mis labios sin piedad y dejaron un hilo de sangre corriendo por mi cuello, el cual Orión lamió con placer tras aumentar el nivel de mis jadeos.

Me arrancó el sostén como había hecho con mi vestido y apretó mis senos mientras yo gemía y gritaba bajo el dominio de sus labios en mi cuello.

No quedaba nada de nuestras delicadas versiones humanas. Éramos dos masas de deseo que se devoraban, dos almas poderosas que se habían deseado demasiado tiempo como para no destruirse al entregarse el uno al otro.

Orión me empujó sin ninguna especie de tacto, y me hizo caer sobre mis rodillas con su entrepierna todavía dentro de mí.

Acuclillado a mi espalda, él comenzó a mover sus caderas con sus manos apoyadas en mi trasero, deleitado con el placer de mi cavidad húmeda, la cual rodeaba su miembro duro y palpitante. Orión gruñía de placer con cada impacto, lo enterraba completo y lo sacaba a su antojo sin que yo pudiera hacer nada más que gritar, jadear y tocarme a mí misma mientras pedía a gritos que no se detuviera.

Mi espalda arqueada, mi cabello en sus manos, su miembro entraba y salía por completo de mí con una fuerza arrolladora que me hubiese destrozado en otras circunstancias.

Su nombre se escapaba de mis labios con cada nueva embestida. Pedía por más, rogaba que no parara, agradecía a deidades que no adoraba por el placer que me estaban permitiendo.

Lo escuché murmurar mi nombre una y otra vez conforme más rápido se movía, como si estuviera a punto de explotar dentro de mí.

Pero se detuvo. Bajó la velocidad para contenerse y me tomó por el cuello para pegar mi espalda a él con mis rodillas todavía en el piso y su miembro clavado en la profundidad en mi entrepierna.

Sin soltarme, me comenzó a besar y jugó con su mano donde antes me tocaba yo misma. Me había tomado con tanta fuerza que estaba segura de que sus dedos quedarían grabados en mi cuello, sus dientes en mi piel y que mi palidez al día siguiente estaría chispeada por los chupones que dejaban sus labios.

Mi respiración subió a un volumen al que jamás había alcanzado conforme la vibración de su mano me fue llevando al punto más extremo de

placer que jamás había sentido. Yo iba a explotar, y él no solo lo sabía, lo deseaba.

«No», me dije. «No antes que él».

Y reprimí como pude las ganas de rendirme ante el placer que sentía y me puse otra vez en la posición anterior, moviendo yo misma mis caderas para pegarme contra las suyas. Mi vaivén, mi contoneo, la manera en que me movía incluso al estar de espaldas y sobre mis rodillas, lo enloqueció. No iba a contenerse mucho tiempo más, no cuando jadeaba como un animal, no cuando sus manos apretaban mi cintura como si quisiera fracturarla.

Cuando supo que había perdido, que no podría aguantar más, llevó una mano a mi entrepierna y me concedió la tregua de que termináramos los dos a la vez.

Mis gritos podían oírse en el cielo.

Sus embestidas eran cada vez más apremiantes.

Su nombre escapó de mi boca cuando mis piernas comenzaron a temblar y todo mi cuerpo se contorsionó de placer.

Sus alas golpearon la pared con tanto ímpetu que hicieron temblar la habitación mientras él me daba más y más fuerte, más rápido, simplemente más. Gruñí, gemí, me hizo gritar como nunca antes lo había hecho.

Exhaló mi nombre una última vez y yo volví a sentir el vértigo placentero que erizaba mi piel desde la punta de los dedos de mis pies hasta mi cuello. Terminamos juntos y, en medio de aquel desastre de satisfacción y placer, nos emulsionamos en una misma alma.

Orión me cargó, débil como estaba, borracha de placer, y me recostó con él en la cama bajo su brazo.

Dejamos que unos minutos de silencio corrieran como corría el líquido de Orión por mi entrepierna, y luego él me miró como si sus ojos por primera vez tuvieran la bendición de la vista.

—Eres mi diosa, Aquía. Nunca me entregaré a nadie como estoy de entregado a ti.

Sonreí y dejé ir a Aquila para que mi cuerpo reviviera las sensaciones de lo ya hecho. Sus brazos, sus mordiscos, sus labios, su lengua. Mi piel no guardaba secretos, palpitaba en cada lugar en el que él estuvo.

—Nunca he deseado a nadie como a ti, Orión. Nos acabamos de acostar y ya quiero sentarme encima de ti.

Orión se mordió los labios, mis dedos jugaron en los vellos de su pecho, y sentí como este subía y bajaba todavía sin acompañarse.

—Lo que daría por tenerte así justo ahora. Esto es incluso mejor que desvelarme leyendo *Nerd*⁴.

—¿Eso qué es?

—La novela gráfica de la que te hablé antes.

Contuve las ganas de torcer los ojos mientras una sonrisa divertida afloraba en mis labios.

—Eres tan... Orión.

Buscó con una mano mi trasero y lo apretó mientras sonreía como aquel caballero arrogante de nuestro primer encuentro, el mismo que le dijo a la mano «No es necesario que abras el saco de monedas», porque él se disponía a comprarme a pesar de la voluntad de su hermano.

—¿Necesitas hierbas o ya tomas de las tuyas? —me preguntó.

—Dejé de tomarlas cuando dejé de ser una vendida —admití—. ¿Por qué?

—Porque te... bueno, te eché todo adentro. Podrías quedar embarazada.

—Sí, sí, comprendo. Conseguiré más y me haré el té.

Orión me acarició el rostro.

—¿Has pensado en tener hijos alguna vez? Me da curiosidad ahora que ya... puedes. No *debes*, pero puedes.

—Es cierto. —No había pensado en eso—. Tengo una amiga que no quiere hijos, y yo siempre creí que los querría, pero después de escucharla... ahora no sé si los quiero porque no podía tenerlos, o porque de verdad quiero ser madre algún día.

—Entiendo. —Me besó los dedos de la mano. Era increíble la delicadeza a la que podía recurrir luego de la maldad con la que me había tomado—. Ahora tienes toda una vida por delante para pensar en eso.

—Hay algo que no comprendo... La primera vez que dejé que el poder de Aquila me poseyera, casi me desmayo del dolor y mi tacto fue letal para los sirios, ¿por qué está vez fue diferente?

—Bueno, preciosa, los cosmos son almas, y las almas están ligadas a los nervios, a la voluntad del cerebro, a todo lo que te hace funcionar como humano. La adrenalina, la excitación y el miedo esparcen sustancias distintas por nuestro cuerpo, y el alma que poseemos reacciona de acuerdo con ellas. Si estás en peligro, Aquila te protegerá, sino... te dará fuerzas.

» Por cierto, no esperes más. Esta misma noche guarda el poder de Aquila en un lugar donde puedas acceder a él sin importar dónde estés, ¿de acuerdo?

Asentí. Luego de su demostración me quedaba claro que su escondite era

Cassio, su espada. Yo tendría toda la noche para pensar en el mío, por ahora lo quería a él y nada más que a él.

—¿Te gustó? —me preguntó a pesar de que mis gritos, mis gemidos y la manera en que pronunciaba su nombre eran bastante ilustrativos al respecto.

—Orión, te estoy diciendo que acabamos de terminar y ya quiero empezar de nuevo, ¿tú qué crees?

—Que eres insaciable, ¿tal vez?

Reí.

—Pero ahora, temo que desaparezcas.

Su mano sobre mi mejilla se me hizo demasiado tierna, pero luego vino un beso en la frente que lo perfeccionó.

—No esta vez. Cuando te dije que eras mi diosa, no mentía. Y si tengo que cumplir tu voluntad a pesar de la mía, lo haré. Quiero protegerte, pero si tú lo que quieres es que nos paremos mañana frente al trono del rey y nos besemos con la intensidad del hambre que nos tenemos, así lo haré.

—Orión... —Mi voz sonó más urgida de lo que pretendía—. ¿Me estás hablando en serio?

Tomó mis manos entre las suyas y posó sus labios sobre ellas.

—Claro que sí. Siempre he sido tuyo, creo que es momento de que puedas hacer conmigo lo que quieras.

—¿Y los demás?

—No olvides que yo no soy más que un asesino con un título bonito. No dejaré vivo a nadie que se atreva a volver a amenazarte.

—Bien... —Era momento de decirle lo que más me preocupaba, aquello en lo que ni siquiera había querido pensar—. Hoy recibí una carta con el sello real. El rey Lesath me dijo que esperara una respuesta a algo que le había pedido, y me parece que es esto. La carta dice: «Mi niña, mañana haré un baile. Públicamente te daré lo que has estado pidiendo. Sobra decir que tu asistencia es obligatoria. Disfruta tu libertad».

—Eso es...

—Una amenaza muy poco sutil, Orión. Lo sé. Pero necesito que, sin importar lo que él diga o haga mañana, no te culpes ni te alejes ni trates de protegerme de tu particular manera.

—Aquí, esto es serio, las cosas se pueden poner muy feas...

—Lesath no tiene pruebas contra mí, lo más que puede hacer para lastimarme es negarme el entrenamiento para calificar como asesina. Supongo que eso hará, darme un no público para ponerme como ejemplo.

Orión suspiró.

—Sea lo que sea, estaré ahí contigo para afrontarlo.

—¿A qué te refieres?

Orión tomó mis manos y me miró con una amplia sonrisa de devoción.

—Aquí, diosa mía, ¿me concederías el honor de ser mi pareja en el baile de mañana?

Como si mis palabras sobrarían, me arrojé a su cuerpo e invadí su rostro con una oleada de besitos.



FANART

@marespinosa09

CAPÍTULO 34

Sah

Mi sombra me hablaba.

Esa madrugada que pasé acurrucada al pecho de Orión —al comprobar que dormía cómodo, a profundidad y con una sonrisa de satisfacción grabada en sus labios—, le di un beso en la frente tras levantarme a atender mis propios asuntos.

Salí a mi pequeño balcón en la torre para confesarle mis sentimientos e inquietudes a Aquila. El hombre que más había deseado descansaba en mi cama luego de que nuestros cuerpos se habían devorado. Ese mismo hombre me adoraba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí.

Pensar en el roce de sus labios sobre mi piel me erizaba. Recordar el tacto de sus manos al poseerme me hacía querer repetir de inmediato lo que habíamos hecho. Mis paredes de vez en cuando repetían el eco de mis gemidos, lo que me dibujaba una sonrisa tímida en los labios.

Orión me hacía feliz. Orión me daba algo que el reino, sus leyes y todos sus gobernantes me prohibían: placer, libertad, opciones. Él era el pecado escogido por mí. Mi crimen.

Pero todo crimen tiene un precio, y como no estaba dispuesta a pagar el mío con mi libertad ni con mi vida, no me permitía soñar en un futuro con Orión hasta que tuviera algo resuelto: un levantamiento. Yo le quitaría a Áragog su poder sobre mí, y a cambio les daría a otras mujeres la convicción de que ellas podían hacer lo mismo. El plan que nació aquel día cuando leí las Sagradas Escrituras de Ara, comenzaba a germinar.

Solo tenía que ponerme a pulir los puntos flojos, descifrar las profecías de las Escrituras de Ara, y apropiarme de la figura del águila aunque al final no tratara de mí.

Porque solo una cosa tenía importancia real y no era la identidad del águila, sino quién querría serlo.

«El águila que daría paso al león».

Para apropiarme de algo como eso primero, debía descubrir quién era ese

león o qué. Deduje que tal vez el león no era alguien, sino algo.

«¿Qué representas, León? ¿Y cómo puedo invocarte?».

El rey de las bestias, que paraliza sus enemigos con un rugido y con sus zarpas defiende su manada. Un animal que desde que nace es consciente de que, llegada su hora, tendrá que enfrentarse a muerte por ser coronado.

Tal vez el León eran las mujeres, y tal vez yo tendría que despertar el hambre de cada una de ellas para que al fin salieran a cazar.

Como fuese, empecé por hacerle caso a Orión y tomar el poder de Aquila.

El problema era, ¿dónde guardar algo tan delicado? No había ninguna prenda que yo llevara el tiempo suficiente como para tener ese poder siempre a mi disposición, por lo que en última instancia acabé por escoger lo único que no podría arrancarme ni el rey a golpes: la sombra.



No pude estar en mi habitación durante el día ya que arriba alguien reparaba el área dañada del techo, por lo que pasé la mañana en la sala mientras comía con los pies encima del sofá. Ares llegó al mediodía, sudado. Iba directo a su habitación, pero a medio camino cambió de parecer y se detuvo a mirarme.

—Una cosa te pedí. ¡Una! «No destroces la casa». Y amanece el techo en pedazos.

Me mordí los labios para no dar rienda suelta a mi sonrisa.

—«*Mira el lado bueno*» —dijo el silbido de mi sombra la cual vibró sobre la superficie de mi piel. Di un respingo al sentir las pulsaciones de su voz; todavía no me acostumbraba a ella—. «*Pudiste sacar a Orión de aquí sin que su compulsión por el orden lo hiciera ofrecerse a reparar el techo con sus propias manos*».

Entonces ya no pude y me terminé por reír con libertad. Ares, que no tenía idea de los comentarios de mi sombra parlanchina, se ensanchó de orgullo al creer que su chiste fue lo que provocó mi carcajada.

—Bueno, al menos eres tú la que paga eso. ¿Me dirás quién te ayudó a destrozarse la casa?

Negué con la cabeza. Ares se encogió de hombros.

—Algo puedo deducir, al menos.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Que era un cosmo. Eso o de verdad tienes ese lujurioso romance con el sirio que me dijiste.

Me volví a reír con soltura. Mi humor estaba por las nubes.

Ares desapareció tras la puerta de su habitación, yo me quedé justo donde estaba y terminé el contenido de mi plato. Al cabo de un rato sentada, satisfecha por mi almuerzo y sin hacer nada, acabé por dormirme.

No sé cuánto tiempo después desperté, y tampoco es como si lo hubiese hecho por mi cuenta. Inma, una de mis vendidas de más avanzada edad, me despertó para entregarme mi bebida caliente predilecta que ella siempre preparaba para mis nervios, que en las últimas fechas me habían atacado con fuerza.

Inma era una mujer que, pese a estar en sus cuarenta, la mano seguramente había conservado por el desmesurado volumen de su pecho y sus caderas. Eso, sus ojos color miel y sus labios carnosos, la hacían un objeto codiciado por muchos hombres. Ahora se dedicaba a atender mi cocina, y debo agregar que era de todas las que menos expresaba afinidad conmigo, como si yo fuera una intrusa, una entrometida en el curso planificado de su vida.

Acepté la taza con una sonrisa de gratitud, y ella se marchó sin corresponderme el gesto.

Mientras me levantaba y me limpiaba los ojos con somnolencia, escuché una voz inesperada al otro lado de la sala.

—Hola, vendida.

Dejé caer mi bebida caliente del susto que me dio. Sargas, en su indeseada forma de carne y hueso, permanecía recostado de la pared de mi sala junto a la puerta con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y el mentón levantado hacia mí. Ahora que pasaba más tiempo en la luz había recuperado un poco de sanidad en el tono de su piel, sus ojeras eran menos profundas y se lo veía hasta más robusto, aunque mantenía su contextura original y el hundimiento en sus mejillas que le definía el rostro.

—Hola, bastardo —contesté una vez recuperada del susto.

Él sonrió con gracia, como si aquello fuese un chiste interno, y apoyó su pie en la pared detrás de él para colocar su brazo sobre su rodilla levantada. Para ser honesta, su aspecto era digno de inmortalizar en un cuadro. Un príncipe digno de retratar. Lástima que en un cuadro no pudiera reflejar con tanta precisión la naturaleza de sus intenciones, la turbulencia de su alma.

—Parece que ya somos amigos, ¿no? Hasta nos ponemos apodos el uno al

otro.

—¿Eso quieres, Sargas? ¿Una amistad? Bien, somos amigos. Ahora, largo de mi torre.

—¿Por qué te alteras? No he entrado sin permiso, tus vendidas me dejaron pasar.

—¿Le dirían que no al heredero del castillo en el que viven? Lo dudo.

—Heredero del reino, pero... —se encogió de hombros— da igual.

—«*Tiene el ego del tamaño de la espada que disfrutaste anoche, ¿eh?*» —murmuró mi sombra.

—¡Cállate! —grité.

—Todo te ofende, ¿eh? —Sargas inhaló profundo y torció sus ojos con fastidio—. Mujeres.

Mi primer impulso fue explicarle que no lo había mandado a callar a él, sin tener que revelar la existencia de mi sombra parlanchina, pero luego añadió su comentario desagradable y preferí dejarlo así. No iba a acariciar su orgullo.

—Sargas, hoy tengo cosas que hacer. Muchas. Por favor, vete por donde viniste.

—Pero si vine a ayudar.

—Lo dudo. Largo.

—«*Tengo curiosidad, estúpida. Deja que te diga a qué vino*» —insistió.

—«*¿Puedo arrancarme la sombra? Porque te lo estás ganando*» —le contesté en mi mente.

—«*Estamos irritables hoy, ¿eh? Parece que no fue muy buen polvo el de anoche*» —continuó.

—¡Basta!

Sargas frunció el ceño visiblemente preocupado por el estado de mi salud mental. Lo cual era irónico, si tenía en cuenta que «saludable» no sería ni por asomo el adjetivo que escogería para definir el estado de su cerebro.

—Solo vine a invitarte a cenar.

—No tengo hambre.

—«*Qué sorpresaaaa*» —expresó con ironía mi sombra. Intenté pisarla, pero no parecía que eso le afectara en nada—. «*¿Quién podría deducir algo así, si has tragado durante todo el día? Me extraña que no hayas tenido que rodar a la sala*».

—Pero la tendrás —añadió Sargas. Nunca lo había visto de un ánimo parecido. Estaba casi... entusiasmado—. Con los gastos innecesarios llevas

por remodelar la torre y al pagarle a tus vendidas, pasarás hambre pronto. Por eso vine a ayudarte, a invitarte a comer.

—¿Estás monitoreando mis gastos?

Sargas rio con cinismo.

—Mi padre está al tanto de cada paso que das, de cada corona que gastas, de cada anillo que sale de tu pensión. No creí que fueses tan estúpida para creer lo contrario.

—Y yo no creí que fueses tan enfermo como para investigar mis finanzas solo para acercarte a mí.

—¿Por qué siempre estás alterada? ¿El ciclo sangriento te dura el mes entero o algo así?

Apreté mi mandíbula mientras tragaba a duras penas lo que quería responderle.

—No vine aquí a molestarte, Aquía. —Empezó a avanzar con lentitud hacia mí—. Comprendí que no te gusta que te fuercen a nada, las mujeres como tú valoran el sabor de la libertad, el gesto de un caballero que invita y que no fuerza. Estuve hablando con algunos consejeros, espero que así entiendas lo que... lo que tú significas para mí.

Un reto.

Eso me había quedado claro. Y él iba a gastar hasta la última de las estrategias existentes para ganarme. ¿Cuántas veces habría ensayado esas palabras?

—Así que te invito a comer esta noche, sin segundas intenciones. Tú y yo.

—¿Quieres que seamos amigos?

—No, quiero darte la oportunidad de que me conozcas, porque sé que una vez que lo hagas... —dejó el resto de la frase en el aire y sonrió con suficiencia.

—«*Definitivamente tienes razón*» —dije dentro de mi cabeza al poder oculto en mi sombra—. «*No he conocido nada tan grande como su ego*».

—Sargas, quedemos en tregua. Dejemos esto así —pedí en voz alta—. Pero, por favor, deja de intentar que sea de tu propiedad. Si me vas a forzar, hazlo, pero no me insistas, porque voluntariamente nunca seré tuya.

—No quiero forzarte, Aquía.

—Pero lo que quieres, yo no te lo puedo dar. ¿Por qué no te concentras en ganarte el cariño de tu prometida?

—Será mi esposa, su deber es amarme.

Resoplé con enojo, por Lyra, por lo que estaba condenada a vivir.

—Cómo se nota que sigues sin saber nada sobre una mujer.

—Solo sal conmigo esta noche.

Su petición estaba desdibujada entre la línea de la amabilidad y una orden explícita. La sombra de sus ojos volvía y opacaba su luz. Cuanto más me negaba, más crecía el monstruo de su verdadera identidad.

—Mañana, ¿está bien? —dije para zanjar la discusión y no llegar a peores circunstancias—. Pero solo a comer y a hablar.

—¿Por qué no «esta» noche? —su irritación era cada vez más evidente.

—Es el baile, estoy obligada a asistir.

—Pues, ve conmigo.

—¡Deja de ser tan pesado! ¡No iré contigo, por todos los sirios de Áragog, deja de insistir!

Sargas se despegó de la pared y avanzó hasta quedar a escasos centímetros de mí. No me inmuté, me mantuve firme y lo miré a los ojos con el mentón erguido.

—Tienes pareja, ¿no?

—Sí. De hecho, salgo con alguien. No tienes nada que...

La distancia que nos separaba desapareció y su mano se cerró sobre mi garganta. Al otro extremo de la sala, una de mis vendidas, Inma, estaba de pie con una bandeja de aperitivos, la cual dejó caer, haciendo un desastre de comida, líquidos y fragmentos de porcelana en el suelo. Ella no se movió para recogerlo, estaba paralizada por el impacto de la situación.

Lo más curioso de todo es que, a pesar de que Sargas me estaba lastimando, yo no tenía ni una pizca de miedo. ¿Ira? Muchísima. Pero miedo, nunca más.

—Te gusta molestarme, y estoy cansado de tragarme mis impulsos por ti, promiscua. Le perteneces a la mano de mi padre y te revuelcas con otro.

Cada palabra que salía de su boca iba intensificada por el odio con el que me miraba directo a los ojos.

—Pertenerle a la mano, no te impide desearme, bastardo.

—«Mátalo, Aquíá» —instó ese poder oscuro y palpitante detrás de mí—. «Este bastardo ya no me parece gracioso».

—No me provoques —amenazó Sargas—. Dime, ¿es Orión ese con el que sales?

No podía hacer eso, no podía volver a ponerlo en peligro. Así que me reí, a pesar de que los dedos de Sargas en mi garganta me dificultaban esa acción.

—¿Orión? ¿No dijiste que soy una promiscua? Él me aburrió, demasiado correcto para mí. —Me costaba hablar, pero tenía que convencerlo—. Tú lo conoces, es demasiado altruista para mi gusto. Salgo con alguien más, alguien que me da la adrenalina que yo necesito.

—Yo puedo darte eso, y más.

Me rodeó de la cintura y me pegó a su cuerpo sin soltar mi cuello.

—No respiro, Sargas —dije con dificultad.

—Dime que subiremos a ese cuarto y entonces te soltaré.

—«Mátalo, Aquí, o lo mato yo».

—«¡No!» —intervine—. «No más muertes. Tengo paz, no puedo seguir en la mira del rey».

—No iremos a ningún cuarto juntos, Sargas Scorp. Suéltame o las cosas se pondrán feas.

—¿Esto es una venganza, verdad? Quieres matarme. —Sus dedos se cerraron con más fuerza a mi alrededor, la cabeza me daba vueltas por la falta de oxígeno y el pulso me palpitaba en las sienes—. Así eres tú, una asesina, una promiscua, una mujer vengativa. Necesitas hacer daño a todos los hombres para sentirte bien. No me sorprendería que te estés revolcando con la inmundicia de mi hermana solo por molestarme. No me sorprendería que estés planeando hacerme lo mismo que a lord Zeta. No me sorprende nada de ti, zorra.

—«Lo voy a matar» —sonó como su última advertencia, y en esa ocasión no solo hablaba, me llamaba. Su poder seducía la superficie de mi piel, moría por tomarlo, por darle rienda suelta, por acabar con el bastardo que me escupía en la cara.

Pero aquello no era parte de mis planes, el odio y mis impulsos más primitivos no debían interferir en mi enfoque. En mi mente empezaba a dibujarse un camino, y matar a Sargas no estaba en medio de él.

—Bésame a la fuerza, he probado labios peores. Golpéame, hombres más fuertes me han herido y me he vuelto a levantar para responderles. Hazme sangrar, criaturas más peligrosas que tú lo han hecho. O condéname, tu padre ya lo ha intentado. Pero no me tendrás, Sargas. Nunca. Y no necesito vengarme de ti, ¿sabes? Mi única venganza para ti es que yo sea feliz. Has tratado de hundirme, y sigo sonriendo a pesar de ti.

Un cuchillo zumbó demasiado cerca de la cabeza de Sargas y de la mía para clavarse en la pared que estaba detrás de mí. Él me soltó y miró en dirección a la puerta. Yo llevé mis manos a mi cuello y dejé que el aire

accediera a mí entre bocanadas desesperadas y tos.

—Oh, lo siento, alteza —dijo Ares, quien venía entrando—. El cuchillo ha salido disparado de mi bolsillo, solo. Qué curioso, ¿no? Bueno, supongo que usted, de todos modos, ya se iba.

Sargas me miró a mí, que todavía luchaba por respirar, y a Ares repetidas veces. Luego dijo:

—¿Tu hijastro, Aquía? ¿De verdad? Sí que te gusta la adrenalina. — Caminó a la salida, pero una vez en la puerta se volvió hacia mí de nuevo —. Nos vemos en el baile, por cierto.

CAPÍTULO 35

Madame

Maquillada a hasta el último recoveco de mi rostro, ataviada con el vestido que escogí para portar en la noche del baile, dejé a mi vendida, Úrsula, trenzar mi cabellera con su destreza que combinaba intrincados cruces de cabello con tejidos florales, mientras yo veía el proceso y mi expresión en el espejo.

Inma apareció dentro de la habitación con mi infusión de hierbas para los nervios en una bandeja.

—«*Te estás volviendo adicta a esa cosa*».

—«*Eres la sombra más fastidiosa de Áragog, ¿lo sabías?*» —contesté.

Sin embargo, las palabras que salieron de mi boca fueron otras:

—Muy bueno el té, Inma. Muchas gracias.

Para mi sorpresa, ella no me respondió nada. Al contrario, me torció los ojos como nunca ninguna mujer se había atrevido a hacerlo en mi cara.

El primer impulso que cruzó por mi cabeza fue de lo más grotesco. Me sorprendió lo fácil que podía herirse mi ego. Quise agarrarla por el brazo, voltearla y decirle a la cara que quien le daba de comer era yo, que gracias a mí había pasado de ser una esclava sexual a una mujer con sueldo. Que le fuese a torcer los ojos al desgraciado del rey, si era así de valiente.

Me contuve ante aquellos deseos impulsivos. Ella era mi empleada, no mi propiedad. Tras cuidar que mi tono no fuese demasiado agresivo, dije:

—¿Tienes algún problema conmigo, Inma?

—No, señora. ¿Me puedo ir?

—No me llames señora —espeté. Fue lo primero que les había pedí, mi deseo de ser llamada *madame*, como mi mentora, y no señora como si lord Zeta, desde la tumba, todavía ejerciera poder sobre mí—. Y habla, jamás les he prohibido expresarse. ¿Cuál es tu problema conmigo?

Inma dejó la bandeja en el mesón y me encaró sin disimular su desprecio.

—Usted es una inconforme, una egoísta, una estúpida y una malagradecida.

—«*Para ser honesta, me esperaba menos sinceridad de su parte*». —Si mi sombra pudiera reír, se estaría carcajeando—. «*Bien hecho, eso te ganas por lo permisiva que eres con la gente a la que le pagas*».

—«*Cállate*».

—«*Me callo, pero ahí tienes el fruto de tu sororidad*».

—«*Sororidad no significa que todas las mujeres tengamos que llevarnos bien, que todas tengamos que ser amigas. Implica que entendemos que estamos juntas en esta lucha, que no tenemos que ser enemigas, que este sistema nos afecta a todas, y que juntas somos más fuertes*».

—«*Bla, bla, bla. A ver cómo se lo explicas a ella*».

Inhalé a profundidad a punto de soltar lo que tenía dentro sin filtro. Se me estaba complicando la tarea de mantener la compostura ante la brutalidad de las palabras de mi vendida, mujer a la que, según como yo lo veía, me debía gratitud como mínimo por todos los privilegios que le daba.

—Creo que hasta tú, Inma, podrías explicarte mejor, ¿no? ¿Por qué dices esas cosas de mí?

—No se haga la estúpida. El hombre vino arrepentido, pero usted puso su maldito ego por encima de los sentimientos de un príncipe que ha vivido en la oscuridad y que, aun así, está dispuesto a acercarse a la luz por usted.

—«*Esta conversación se está tornando más interesante de lo que creí posible*».

—«*Cállate, sarna*».

—«*Aww, hasta me pusiste nombre*».

Era bastante complicado para mí seguir el hilo de dos conversaciones simultáneas, una que ocurría frente a mí, y otra que no podía escucharse con el oído externo, sino que se sentía en la piel y se contestaba con mi mente. Por ello, mientras procesaba ambas voces, me mantuve en silencio e Inma lo tomó como la oportunidad perfecta para proseguir.

—El heredero de los Scorps nunca había salido a la luz, al ojo público, hasta que la compró a usted. Usted fue el caos que hizo despertar su vida. ¡Él cambió, enfrentó sus miedos por usted! ¿Y cómo le pagó? Se metió con su caballero. ¡Mi amo nos lo contó! Usted le hizo daño, se rehusó a acostarse con él y mantuvo esa humillación incluso en medio del juicio... ¡al declararse culpable! ¡¿Cómo sirios se atreve?!

»Entonces él aparece, cambia por usted. Está radiante como nunca se lo ha visto, y le ofrece una cena... ¡Una cena a una vendida, asesina y viuda negra! Le habló con toda la decencia del mundo; pero usted se puso a la

defensiva y le escupió en la cara que prefiere follarse a otros.

—Úrsula —llamé a la mujer que trenzaba mi cabello con los labios apretados por la rabia.

—¿*Madame*?

—Déjanos solas. Y prepárame otro té de estos, por favor. Lo necesitaré.

—Como ordene.

Me levanté de la silla donde Úrsula me estaba peinando y di un par de pasos hasta quedar cara a cara con Inma. Levanté el mentón y con autoridad le dije:

—Escucha, Inma, no soy tu dueña, pero soy quien paga tu sueldo. La próxima vez que te dirijas a mí, será con respeto. Esta será la primera y última vez que te permita que me insultes o que uses la palabra «maldito» para describir cualquier cosa que me involucre o cualquier aspecto de mi personalidad. ¿Queda claro?

—Sí, señora.

—Vuelve a llamarme así y te quedas sin trabajo.

—¿Ve a lo que me refiero? Usted es volátil, siempre alerta para quemar aquello que le desagrada.

—Soy volátil porque vivo bajo un sistema que pretende hundirme y, si no es con fuego mi respuesta, lo conseguirán.

—Excusas. Yo vivo en el mismo reino que usted y sé respetar la autoridad.

Una risa irónica salió de mis labios y mi sombra completó mis pensamientos comentando un sarcástico «se nota».

—No sabes respetar la autoridad —acoté—, estás entrenada para quedarte callada ante los hombres, pero a la primera mujer que conoces que está en un puesto de poder encima de ti no te importa insultarla. Pero sí, te concedo que tú vives en el mismo reino que yo y has podido vivir en sumisión ante tus opresores sin alzar la voz. ¿Me dices de qué te ha servido? Porque lo único bueno que te ha pasado en tu vida es gracias a una mujer, y no a tu rey.

—En fin, usted solo cambia de tema para no asumir que fue cruel con el príncipe sin razón.

—¿Cruel? ¿Yo? ¿Viste cómo me ahorcaba?

—Él es el príncipe heredero, nadie le ha dicho que no puede hacer esas cosas. Es el dueño del mundo, el hombre con más autoridad después de su padre; no espere que tolere las ofensas con aplausos. Además... usted se lo

buscó.

—¿Yo me lo busqué? —Me llevé las manos a la cabeza, atónita—. ¡¿Por negarme a ser suya?!

—¡No te puedes negar a él!

—¡Despierta, mujer, sí se puede! ¡Te puedes negar a quien te dé la maldita gana!

—Él la invitó con cariño, usted fue la que hizo mal.

—Me pudo haber invitado de rodillas y le habría dicho lo mismo. Yo no quiero que me invite de una mejor manera, quiero que respete mi decisión. Le he dicho que no en cada idioma que conozco. Sus innumerables intentos no son románticos, son molestos: es acoso.

—¡Le dio la oportunidad de elegir! ¡¿No lo entiende?! Le dio algo que ninguna otra ha tenido.

—Oh, qué considerado de su parte darme la opción de escogerlo.

—Ya, por favor. Despídame. No quiero trabajar para usted, es un insulto a Ara y a todo lo que es sagrado en esta vida.

—«*Déjala ir, Aquí. No puedes salvarlas a todas*».

—Ve a vender tu cuerpo —le dije con un gesto desdeñoso con mi mano—. Me verás en la cima y entenderás que la vida no tiene que ser como te han obligado a vivirla.

—La verá colgada, y me reiré de usted.

Le mostré el dedo medio. La rabia que sentía hacia ella no era normal. La impotencia me hacía temblar. De un hombre me esperaba esas palabras y muchas más, pero viniendo de una mujer me llenaba de indignación, me llevaba al límite de querer romper lo que se encontrara a mi alrededor. Vivíamos la misma opresión, pero ella estaba cómoda en la injusticia, y yo era una perra por querer combatirla.

—Sabes dónde está la puerta.

Cuando salió, golpeé con ambas manos el aparador e hice temblar el espejo, ocasionando que mis accesorios y cosméticos chocaran y cayeran. Vi a los ojos a mi reflejo, la impotencia reflejada en mis puños apretados y en el pulso que latía en mi cuello y mi frente. Una cosa era resistirme a los hombres, pero otra muy distinta era tener que explicarles a las mujeres por qué esto estaba bien.

—Jódete, Áragog.



—Hiciste mal en dejarla ir —me dijo Lyra camino al baile, después de que le contara lo ocurrido con mi exvendida, Inma—. Has atravesado muchas etapas a lo largo de tu vida, Aquía, justo ahora es momento de que aprendas a ser líder. El liderazgo es difícil, debes aprender a tratar con distintos tipos de personas sin matarlos a todos; pero siempre debes comprender que la última palabra es tuya. Tú decides qué es lo mejor para tu equipo, tú eres la que sabe qué será lo mejor para tu equipo sin importar lo que ellos mismos crean. Un líder escucha, pero al final la decisión, y el poder de tomarla, es suya. Y a ti te va a seguir mucha gente, Aquía, y no los puedes dejar ir como hiciste con ella.

—Ella no quería estar conmigo, no podía obligarla.

Lyra se detuvo por un segundo y me miró a los ojos con una pequeña sonrisa de complicidad en sus labios.

—Sí puedes, y debes. El respeto no se consigue sin firmeza. Tampoco con violencia, pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—No quiero que me teman.

—El temor y la admiración no son enemigos. Necesitas que quienes estén a tu lado vivan con un poco de las dos hacia ti.

—Hablas como si quisieras convertirme en reina.

Lyra sonrió con libertad y siguió caminando.

—Lo mismo le dije a *madame* Delphini cuando me dio esta charla antes de que me entregaran al castillo.

—¿Habló contigo?

—*Lady* Cygnus, *madame* Circinus —saludaron un par de caballeros al alcanzarnos, obligándonos a cambiar el tema de nuestra discusión.

A partir de ahí, nuestra conversación cesó. Éramos conscientes de que aquellos hombres nos seguían de cerca y de que los cuatro íbamos al mismo sitio.

Este no iba a ser un baile abierto al reino, era una ceremonia especial y exclusiva para miembros del castillo en sus diferentes alas, niveles y torres.

Lyra iba ataviada con un vestido amarillo de falda amplia como la radiante princesa que era. Adornos de hojas doradas decoraban su falda y un cinturón de oro le marcaba una diminuta cintura. Yo, en cambio, tenía un vestido con largas mangas de malla transparente con un estampado de hilo

rojo que formaba espirales en mis brazos; mis senos eran la única parte cubierta de mi torso por algo más que esta malla estampada. Al llegar a mis caderas, nacía una falda de corte sirena con una cascada de tela roja a mis pies, la cual acababa en una cola semilarga. Por supuesto, llevaba mi trenza, decorada con flores color vino, magenta y púrpura, a un lado de mi rostro

—Un baile es un lugar ideal para enterarse de los rumores que rondan por el castillo —expresó alguien entre un grupo de damas que acababa de alcanzarnos—. Emocionante, ¿no?

—Por supuesto, muy emocionante.

—¿Por qué el príncipe no la acompaña, *lady* Cygnus? —preguntaron al unísono un par de doncellas casaderas que se unieron al pasillo.

—Su alteza tiene cosas más urgentes que atender que el recorrido de su prometida.

—¿Y vienen sin seguridad?

—Traigo toda la seguridad que necesito aquí a mi lado —explicó Lyra al tomarme del brazo. No pude evitar sonreír de orgullo.

—Oh, cierto. Se rumorea por ahí que la señora Circinus...

—*Madame* —corregí.

—Sí, bueno. Hay rumores de que usted es de los asesinos encubiertos del reino.

—Falsos rumores, por supuesto. Solo estuve en entrenamiento.

—¿Una mujer, en serio? —preguntó una de las damas.

—No es cualquier mujer —murmuró otra.

—Exacto. ¿No has escuchado lo que dicen? Es la asesina de su esposo.

De pronto había tanta gente aglomerada a nuestro alrededor, tantas voces que pronunciaban rumores, que era imposible identificar quién decía qué y quién callaba. Me sentí abrumada al momento. Ojalá alguien me hubiese tranquilizado al adelantarme que antes de que acabara esa noche el tema de conversación dejaría de ser yo.

—¿Y qué pasó con eso?

—¿Perdone? —pregunté a una doncella que tuvo la decencia de hablarme a la cara y no cotillear con las demás.

—¿Por qué dejó los entrenamientos? ¿Comprobó que eran demasiado para usted?

—Nada es demasiado, no cuando de verdad te comprometes con lo que deseas. Jamás habría dejado los entrenamientos por voluntad propia, el rey consideró que así sería por el momento. No es algo definitivo.

—¿Y cree que volverá a entrenar?

—Lo espero, pero no lo sé.

—¿No le da miedo, *madame*? —preguntó otra mujer al abrirse paso hasta mí.

—No, le tengo más miedo a lo que podría suceder si no aprendo a defenderme.

Empecé a buscar a Lyra con la mirada, pero ella había desaparecido de mi campo visual, las personas a mi alrededor se multiplicaron y el flujo en el pasillo se congestionó, lo que hizo mucho más trabajoso el poder llegar a la puerta del salón del baile.

Una vez allá, me sentí un poco perdida. Las luces blancas enceguecedoras, los colores de los distintos trajes y vestidos, las parejas que danzaban, la música animada, los nobles sentados mientras comían y cotilleaban, la familia real al fondo en sus pedestales, y mi completa soledad y desorientación.

Shaula estaba sentada a la izquierda del asiento vacío de Antares. Era la primera vez que no la veía fingir delante del reino, de su familia, de ser el angelito manso, puro y devoto que querían que fuera. Descubrí fuego en su mirada. Tal vez no un incendio, pero sí una chispa peligrosa que sostenía los bordes de su trono como si quisiera hacerlo escombros con sus manos. Estoy segura de que si me hubiera acercado más, hubiera podido notar la falta de sangre en sus nudillos, las venas de su rostro, la violencia en su respiración.

Y todo eso lo podía expresar solo con el lenguaje de su mirada, ya que su boca y cabello iban ocultos en la tela bahamita, como era costumbre.

Seguí el trayecto de su mirada para descubrir qué la tenía al borde de cometer un crimen, y quedé helada con lo que mis ojos vislumbraron.

Lyra.

De haberla visto mantener una conversación amable, con decencia y una sonrisa no muy exagerada, pero lo suficientemente visible para no parecer hostil, habría pasado lo que veían mis ojos como simple cortesía. Pero aquello iba más allá.

No hacía contacto visual con el hombre a su lado, ambos veían al frente, recostados contra la pared como si observaran el espectáculo sin querer ser parte de él, cada uno por su lado. Incluso, él bebía. Ella se limitaba a probar bocados de los aperitivos que le acercaban, pero él vaciaba una copa tras otra, como si fuese su único motivo para estar en esta función. Nada fuera

de lo común, al parecer.

Pero sus labios se movían. Primero los de ella mientras él escuchaba. Luego ella callaba, y los labios de él se movían. A veces veían a otros lados para disimular, o saludaban a otras personas como si no estuvieran interrumpiendo nada. Pero era pura farsa, no quedaba duda de que intercambiaban palabras. El secretismo de la situación y el cuidado que ponían para que no los vincularan era en extremo enigmático y atractivo. Por supuesto que me estaba muriendo de ganas por saber qué secretos compartía Lyra con aquel hombre atractivo de largo cabello de plata y ojos dorados, quien además era el hermano de la chica que evidentemente la deseaba.

«Ay, Antares. Hasta me había olvidado de ti», pensé.

—«*La rubia cazó a tremendo papucho*» —comentó mi sombra—. «*Quién fuera el hilo que tejió la sábana del lecho en el que su madre y su padre crearon a reverenda belleza*».

—Te equivocas —dije y me olvidé de contestar en mi cabeza—. La rubia no caza. Ahí pasa algo más.

—«*¿Cómo que no caza? ¿Eres tú la única con derecho a un buen polvo mágico, hadita?*».

—Ella tiene de sobra a quien la agarre y la deje como muñeca de trapo. Quien, por cierto, los está mirando como si los quisiera asesinar.

—«*Tal vez es que a la rubia le gustan las espadas y no la funda*».

—Cállate, ¿sí? Son mis amigas, las conozco.

—«*¿Sabes qué me alimento de tus emociones, no? La oleada de sorpresa que te envolvió en cuanto los viste fue tan grande que no pude tragarla del todo, eso me dice que tal vez no la conozcas tanto como parece*».

Mi sombra era una puta, pero tenía razón. ¿Qué sirios estaba pasando frente a mis ojos y por qué me sentía incapaz de descifrarlo?

CAPÍTULO 36

Infame

Me dolía que mis ojos pudieran ver a Orión, pero que ataduras invisibles me impidieran tocarlo, besarlo, gritar en público las confidencias de mi corazón hacia él y lo malditamente feliz que él me hacía sentir.

Le había mandado a avisar, con una de mis vendidas, que no pasara a buscarme; era demasiado peligroso luego de la escena que Sargas montó en mi casa, más si tenía en cuenta que sus últimas palabras parecían un aviso, una pernicioso promesa, más que un hecho dicho a la ligera.

«Nos vemos en el baile».

Por supuesto que nos íbamos a ver, pero no le daría motivos para vincularme con Orión, para alimentar sus celos y poner a trabajar su fracturado cerebro en busca de una nueva manera de lastimarnos.

Orión se veía radiante luego de la última noche. No hacíamos contacto visual, pero aproveché que lo tenía de perfil para espiarlo un poco. No era de los que iban a un baile en traje, era el único con uniforme de entrenamiento además de los guardias con sus armaduras. El negro resaltaba el bronceado de su piel, su cabello recogido me daba una visión privilegiada de su sonrisa enorme mientras hacía bromas con los de su equipo y bebían una copa tras otra. Quería que me estrechara contra su fuerte pecho, que me robara y nos pusiéramos a bailar en medio de la pista a pesar de todo, pero me contuve por el bien de ambos.

No se me olvidaba el final de mi mensaje:

«Dile que no me venga a buscar, que finja que no existo en esa ceremonia, pero que ni se le ocurra hacer planes después de ella porque esta noche se queda conmigo».

Contaba los segundos para que aquella fiesta acabara y pudiera ir a mi torre con él.

Sin embargo, todavía me quedaba algo que enfrentar: el rey.

Me atreví a mirarlo desde mi distancia a su trono, y vislumbré el deleite con el que levantaba su copa hacia mí —como si brindara en mi honor—;

bebía sin perder el brillo de satisfacción en su rostro. Algo muy malo estaba sucediendo a mis espaldas o, como mínimo, estaba a punto de pasar.

Pasaron los segundos en un aburrimiento alargado. No tenía con quién hablar y no quería bailar con nadie que no fuese Orión. Al cabo de un rato, sobrepasada por el fastidio, decidí ir a la mesa de cócteles y servirme un trago que me ayudara a pasar la noche. No alcancé a hacerlo puesto que la voz del mismísimo Lesath Scorp me alcanzó antes de que mi mano a la primera copa.

Me di la vuelta para mirarlo de frente. Estaba más radiante que nunca, con una sonrisa de oreja a oreja y su copa ya medio vacía.

—¿Cómo se encuentra mi viuda favorita?

—Ansiosa por su anuncio, majestad. Créame que no puedo esperar.

Un brillo malicioso invadió sus ojos de oro fundido y pronunció las arrugas que se evidenciaban con sus expresiones.

—Tal vez si puedes. —Le dio un sorbo más a su bebida y la alzó hacia mí—. En realidad, si yo fuera tú, disfrutaría al máximo antes de escucharlo.

—¿No me dará ni siquiera una pista?

El rey me sonrió y se alejó. De regreso a su trono, le habló a su copero y el chico se acercó a mitad del nivel donde estaban los puestos de la familia real. Desde allí, vociferó para captar la atención de la audiencia y anunció que a continuación la princesa Shaula daría unas palabras a su pueblo.

Shaula se posicionó al borde de la plataforma, justo en el centro para dirigirse a todo el reino. Habló con voz fuerte y firme, pero sin llegar a ser autoritaria; estaba justo en medio, en ese tono adecuado para una princesa que no incordiaba ni daba pie a que ningún hombre se sintiera castrado ante su mensaje. Su acento de Baham era exquisito de escuchar, su dicción era perfecta al punto en que sus palabras eran distinguibles para todos, se notaba que era algo que le enseñaron, cómo dirigirse a una multitud sin salirse del molde de lo que Áragog considera como una mujer correcta.

—Pueblo de Áragog, habitantes honoríficos del castillo de mi familia y todo mi linaje, incluidos los antepasados, ustedes ya saben por qué estamos aquí. Se ha corrido el rumor desde hace largos días de que cierta princesa casadera al fin ha encontrado lo que algunos llaman «el amor».

Su padre sonreía orgulloso desde atrás, y Sargas estaba demasiado inmerso en lo que sea que hubiera en sus uñas como para prestarle atención al discurso de su hermana, el cual sin duda había sido ensayado docenas de veces antes de ser aprobado.

—Su princesa al fin tendrá un hombre que complete su vida, es lo que han estado oyendo. Porque estoy incompleta, ¿no es así?

El rey rodó los ojos y se llevó los dedos al entrecejo, como si esperara que su hija se saliera un poco del protocolo y, a pesar del estrés que esto generara, no quisiera interferir ya que el fin seguiría siendo el mismo.

—Desde que nací, he aprendido todo lo que puede saberse de historia, política, economía y leyes. Hablo dos lenguas y comprendo perfectamente su gramática. Nadie me ha hecho falta para desarrollar mi voz, mi música, mi arte. Nunca he necesitado nadie que me defienda a la hora de andar sola y desprotegida por un castillo lleno de hombres que viven bajo la creencia de que una mujer sin dueño no se puede tomar sin recibir consecuencias. Nunca he necesitado que nadie me ayude a destacar entre dos hermanos varones con el ego más largo que sus pollas. —Todo el salón contuvo la respiración, el rey estaba al borde de su trono como si se debatiera entre saltarle encima a su hija o dejarla correr y que se estrelle—. Y, en especial, he pasado más años que ninguna otra princesa sin casarme luego de la mayoría de edad. Y no es por el mito de que «nadie es suficiente para mí», es porque simplemente no «necesito» a nadie en mi vida.

Su padre se dejó caer contra el respaldo de su trono, resignado. Él comprendía algo que Shaula parecía ignorar: ella podía declarar todo el inconformismo que deseara, mas su destino sería el mismo. Solo estaría dejando en evidencia delante de todo el reino que su voluntad fue doblegada, y que al final fue la de Ara la que venció.

—Ahora, a mi edad, se ha decidido que necesito un hombre para continuar con mi vida. No lo conozco, y el romance que les han inventado nunca sucedió. En definitiva: mi vida no está incompleta sin él. Sin embargo, a ustedes les valdrá entre nada y una puta mierda lo que acabo de declarar. Voy a casarme con él al igual que ustedes asistirán a mi boda y me felicitarán mientras se hacen los ciegos ante mi infelicidad confesa. Así que, no crean que acabo de gastar mis palabras para convencerlos de nada. Solo quería que tuvieran el contexto de lo que están por ver.

Pasó tan rápido que ninguno pudo reaccionar a tiempo. Fue como un meteorito, abrasador y destructivo: nadie puede hacer nada a pesar de verlo venir porque su velocidad, y la promesa de su letalidad, no puede combatirse.

Los tejidos de las telas que cubrían el cuerpo de Shaula siempre me parecieron demasiado complejos, entresijos imposibles de deshacer, pero

ella con solo tirar de un nudo específico en su vestimenta hizo caer hasta la última pieza de tela que cubría su cuerpo, exceptuando solo la parte que cubría su entrepierna.

Lo primero que saltó a la vista era tan insólito, improbable e inesperado que tuve que pasar muchos segundos más de lo prudente con mis ojos fijos en esa zona; traté de darle forma a lo que veía. Sus senos: erectos por el frío, piel canela por completo desnuda, con los pezones contraídos y sin nada que los oculte de la multitud.

Sentí la mano de Lyra apretar la mía. No sé en qué momento llegó a mi lado, pero ella lo comprendió antes que yo, entendía el caos de la situación, olfateó la sangre que estaba por derramarse, sintió las lágrimas que pronto correrían.

Una vez superado el *shock* de mirar los senos de otra mujer expuestos ante cientos de ojos, ya era posible fijarse en lo que había un poquito más arriba, justo debajo de su clavícula. Un tatuaje en tinta dorada y blanca, un rasgo característico del arte de Baham, el único lugar de Áragog que consigue la complicada mezcla de elementos necesarios que forman esa tinta poderosa de tonalidades claras, misma que puede impregnarse en la piel por medio de agujas sin necesidad de ser solo negra, como lo es en Ara. Y, si bien una mujer no debería ir tatuada, y mucho menos una princesa, eso pasó a segundo plano cuando la luz sobre Shaula iluminó la figura del tatuaje: la serpiente alada de la rebelión.

El exhibicionismo, el simbolismo de su tatuaje y lo indecoroso de llevar uno en sí mismo ya eran suficientes razones para condenarla, pero no era todo. Su larga melena lisa que rozaba sus caderas, símbolo de su pureza como doncella que algún día sería entregada a merced de un hombre... ya no estaba. Lo que para algunas era la posesión más preciada, ella lo arrancó de sí misma. Solo quedaban unos mechones de largo disparate que no le llegaban a la mitad del cuello. Se lo había cortado. Era la manera en que gritaba: «no soy ni pura, ni doncella».

Y luego, esas palabras salieron de su boca. La declaración de guerra. Su condena.

—*Athara vità salveh kha.*

En su lengua, aquello quería decir «Mi diosa salve a la reina». Y eso, en sí mismo, era como poner en duda el derecho, la legitimidad del reinado de su padre. Decir «la reina» era igual a «tú no eres mi rey». Y, desde cierto enfoque, aquello era absurdo. Lesath no era el mejor rey, y sus leyes eran

una sarna, pero nadie podía negar su derecho al trono ya que era sin duda el primogénito de los Scorps de la generación pasada. Sin embargo, si buscabas otra interpretación... ¿Sería posible que Shaula se refiriera a su propio hermano que, además de bastardo, había sido el segundo en nacer después de ella? Tal vez, Shaula con eso quería decir «me robaron la corona, ahora, que Ara salve al rey ilegítimo de mí».

Todo aquello sucedió en apenas un par de segundos de conmoción, aunque pareciera una eternidad. Apenas las palabras salieron de la boca de la princesa escorpión, media docena de guardias la interceptaron y pegaron contra el suelo mientras la amordazaban, ataban sus manos y sus piernas.

—¡Crucifíquena! —gritó una mujer entre la multitud mientras le tapaba los ojos a su hijo, el cual lloraba aterrado, probablemente más por la reacción de su madre que por haber visto los senos de Shaula.

—¡Sí, a la horca, esa mujer no nos representa! —gritó otra.

—¡Bruja!

—¡Demonio de promiscuidad! —gritó una anciana—. ¡Que la maten o podría reproducir sus genes marcados por Canis!

—¡Canis está en ella, quémela!

—¡A la hoguera!

—¡Sí, sí, que arda!

—¡Fuego a la bruja!

—¡Fuego a la bruja!

Cuatro hombres ya arrastraban a la princesa por el pasillo hacia la salida, pero la multitud aglomerada, enfurecida y gritando les obstaculizaba el camino. Shaula no gritó, no forcejeó. Ni siquiera abrió los ojos. Asumía su destino en paz, como si lo hubiese estado esperando.

—¡Malditas zorras, cállense!

De pronto, la atención pasó de estar enfocada en Shaula a verterse en cascadas sobre el estrado de los tronos. Lesath Scorp estaba de pie, su cara tan encendida que al contrastar con sus cabellos de plata le daba una apariencia de tomate. Respiraba con fuerza, el grito sin duda había salido de sus labios. Pero lo más extraordinario no era eso, sino la corona que estaba a un lado de su calzado.

Todo indicaba que la había arrojado, gesto que era considerado uno de los símbolos de desacato más alarmante. Un par de generaciones atrás, el rey Scorpius VII había arrojado su corona a los pies de su hermano menor para renunciar al trono, cambiando la línea de descendencia. Un poco antes, el

rey Upsilon Scorp había sido enjuiciado por arrojar su corona el día de la boda de su hijo, Shau, en medio de una rabieta porque su heredero se negaba a contraer matrimonio con quien Upsilon había escogido; el rey mandó a sus guardias a destrozarse la ceremonia y a un par de amigos mercenarios a raptar a la prometida. Upsilon perdió el trono, y su hijo el apellido. Como Upsilon no tenía hermanos, la corona pasó a su tío, Rho Scorp, cambiando nuevamente la línea de sucesión.

—¡Mi hija tiene derecho a un juicio tanto como cualquiera de ustedes, brujas! Son unos parásitos, solo esperan que aparezca un nuevo chisme para devorarlo.

Lesath bajó del estrado de los tronos y dejó su corona detrás, como si recién recordara el propósito de aquel espectáculo que él mismo había organizado. Se volteó una última vez, regresó por su corona y se dirigió hacia sus hijos, los cuales seguían sentados en sus tronos.

—Antares, termina esto por mí. No tengo ánimos de dar ningún anuncio hoy.

—Como ordene, padre.

Lesath desapareció detrás de los hombres que arrastraban a Shaula como un animal.

—La monarquía no deja de ser un conjunto de seres humanos obligados a actuar como dioses. —La voz de Antares, fuerte, clara y reconfortante, como la que daría un rey a su ejército momentos antes de marchar a la batalla, envolvió el lugar como un manto en medio de una tormenta.

Poco a poco, las personas se fueron girando hacia él.

—Flaqueamos, dudamos. Nuestra fe, nuestros ideales, a veces se debilitan. Pero cuando uno cojea, está el otro ahí, firme para levantarlo. Por eso la Corona no es la cabeza que la porta, sino cada pieza que la conforma, cada elemento en su núcleo, cada joya que la adorna. Así es la familia real.

Ese era un hombre muy distinto al que recordaba acosando a su hermana para poder acostarse con ella, esa versión de Antares era la que había sido preparada durante toda su vida para ser rey. Sargas jamás podría hablarle así a su pueblo, no había podido comportarse ni en mi juicio. Su hermano, sin duda, estaba más capacitado para llevar un reino o, al menos, sabía cómo dirigirse a su población.

Ese día, conocí la cara más hastiada de Shaula. Una mujer que tragaba una injusticia tras otra desde el día de su nacimiento, acostumbrada a la desigualdad, a ser inferior, a ser menos que ser nada. A que le roben lo que

le pertenece, a que la invaliden, a ser reprimida y silenciada. Y, peor, acostumbrada a que le dijeran que las cosas eran así, siempre han sido así y así tenían que funcionar.

Todo hombre siempre dirá eso.

«Es tu naturaleza».

«Son las leyes».

«No puedes cambiar lo que así es. Si funciona, ¿no crees que será por algo?».

«Te estás haciendo la víctima».

«Este sistema también te beneficia».

«Creo que las mujeres que se quejan porque quieren evadir sus responsabilidades».

Para ellos es fácil porque no los jode, los beneficia. ¿Quién va a querer el cambio de un sistema que se inclina por completo a tu favor? Pero cuando te jode a ti, cuando lleva toda la maldita vida jodiéndote, y solo porque sí, solo porque naciste diferente físicamente, entonces dices: «basta, no me van a seguir jodiendo sin que yo los joda a ustedes también».

Shaula estaba cansada de ser mujer en Áragog. Shaula estaba cansada de ser princesa en un reino donde ella no era nada. Shaula estaba cansada de que le jodieran la vida solo porque entre las piernas tenía algo distinto a los privilegiados. Y ese fue su momento de responder, de decir: «No soy parte de este maldito sistema. No encajo en sus estándares de mujer perfecta porque esa mierda no existe».

Ese día, vi la otra cara del hermano menor que pasa desapercibido, que casi se olvida, pero que entre las sombras trabaja para fortalecer sus posibilidades, su futuro. Puede que Antares no fuese el heredero ante el ojo público, pero él sabía que esa corona era más suya que de Sargas. En cada oportunidad que tenía, hacía que Ara lo supiera e incluso lo deseara.

Ese día, conocí la cara más insólita entre las tantas que podría tener Lesath: la de un padre. Su hija era mujer, y acababa de vomitar sobre todo lo que era sagrado en su reino. Él pudo haber actuado con la frialdad que se esperaba, echar al fuego la piel del producto de su propia carne, sentarse a contemplar y no sentir nada más que la humillación y la vergüenza. Pero estalló en humanidad, sin importar que su hija fuera un objeto bajo los estatutos del reino, pues las leyes de su corazón dictaban que aquel era un ser humano que él amaba. Yo ya había visto destellos de esa humanidad en Lesath: dejar a su hija pasar la mayoría de edad sin prometerla a nadie,

perdonarme cosas que otros reyes no habrían tolerado, confesarme su manera de vernos, decir ciertos comentarios sobre su esposa. Sí, había destellos de humanidad en Lesath. Era el rey de una monarquía opresora, pero dentro de todo eso no era un tirano, solo un hombre devoto a su fe.

¿Sería su esposa el disparador de esa desviación en él? Luego de conocer a Shaula, una mujer de Baham, me quedaba claro que de aquellas tierras debían salir mujeres de fuego. Su madre era bahamita. Incluso Lesath me confesó que su esposa pensaba como yo. Esas cosas no pasan desapercibidas, la existencia del rey no podía seguir igual luego de conocer una mujer como aquella. La duda estaba sembrada.

¿Era un hombre injusto? En demasía, pero ese día solo era un padre preocupado por su hija, dispuesto a lanzar su corona a los sirios por ella.

—Así que, cuando nos vean caer, no ríen —prosiguió Antares. Sargas, con las piernas abiertas y casi acostado en su trono, rodaba los ojos ante el discurso de su hermano—. Entiendan que somos como ustedes. Con miedos, como mi hermana, que ahora debe enfrentar un destino que le aterra: la voluntad de Ara. Con debilidades, como mi padre, cuyo amor por sus hijos sobrepasa cualquier ley. —Sargas bufó y prosiguió a reírse en silencio. Antares hacía un trabajo extraordinario por ignorarlo—. No nos juzguen por nuestros arranques de humanidad, sino por la fuerza que empleamos día a día para seguir actuando como sus dioses. Juzguen esta Corona por la paz que hemos mantenido, por el hambre que terminamos, por la fluidez de nuestro sistema, por no contaminarnos con lo que hay fuera de las aguas que rodean Áragog. Juzguen por lo que hemos hecho bien, y no por los cinco minutos en los que alguno de nosotros se detuvo a cojear.

Todos en el baile aplaudieron y llenaron el lugar de vítores y gritos de júbilo. Sin embargo, el alto sacerdote de la iglesia de Ara, en la esquina confinada a los santificados, no parecía contento en lo absoluto. Aquello no se iba a quedar así. Habíamos tenido paz por demasiados años, pero las tensiones contenidas siempre crecen. Allí empecé a presentir que una grieta enorme se extendía en aquella tranquilidad: Áragog estaba bajo amenaza de fractura.

—Dejando este desafortunado inconveniente de lado, ustedes vinieron aquí para escuchar no uno, sino dos anuncios. Ya conocen el primero: el matrimonio de mi hermanita. Pero el segundo tal vez los sorprenda.

Antares me miró.

—Aquí Circinus hizo una petición a nuestro rey, lo que llevó a su vez a mi padre a hacerse una pregunta: ¿una mujer puede ser una asesina consagrada? Lo que a su vez, lo llevó a hacerse otra pregunta evidente: ¿está a la altura de los grandes hombres de Áragog, estará preparada para enfrentar el peligro y la maldad que envenena el corazón de un asesino? ¿O solo ocuparía un lugar de un hombre más capaz para la tarea? Mi padre pudo haber desecho la idea de inmediato, y privado a esta mujer de su deseo idealista. Pero no se conoce a Lesath Scorp como un rey que niega solo porque sí. Él, en su infinita sabiduría, decidió probarle a ella y al pueblo de Áragog, las limitaciones de una mujer. Está completamente abierto a cualquier posibilidad y, para probarlo, ha decidido que las pruebas para asesinos empezarán de inmediato. Todos y cada uno de los que han estado en entrenamiento pasarán a la fase de prueba: solo uno podrá convertirse en el asesino oficial del futuro rey. ¿A qué se refiere mi padre con esto? Cada uno será probado de la manera más efectiva para demostrar su valía, pasarán por eliminatorias hasta que solo quede un vencedor. De esta camada de aspirantes, solo uno será consagrado. El resto, descartado para siempre. Y, en el caso particular de *madame* Circinus, mi padre tiene una condición especial a su situación. Si gana, no solo será la asesina oficial del reino, sino que se aprobará una ley para que desde en adelante cualquier mujer pueda presentarse a la instrucción para asesinos, pasando un examen preliminar.

—El murmullo de horror y de sorpresa se extendió por la multitud como un enjambre de abejas alborotadas—. Sin embargo, si ella pierde se prohibirá esta posibilidad, siendo penado por la ley siquiera presentarse a estas prácticas. Quedará patentado que una mujer no está hecha para estas tareas, que no está a la altura de combatir contra un hombre, y que su lugar es el que se le ha dado hasta ahora. Por supuesto, esto lo decidirá la misma Aquí y dependerá de su desempeño. Que Ara y el rey estén con ella; bendita sea por el honor que se le otorga.

Aplausos.

—Espera. —Sargas se levantó—. ¿Todos participarán en estas pruebas? Me refiero a... ¿todos los Circinus?

—Hablaemos luego.

—Tengo derecho a saber esto, y el pueblo de Ara también.

—Todos los que están en entrenamiento pasan a fase de prueba, esto incluye a los tres Circinus, sí.

—¿Y los que pierdan serán descartados?

—Sí.

—¿Solo descartados?

—Sí.

Sargas rio con deleite. No entendía lo que estaba pasando por su cabeza, pero ya anticipaba que no iba a gustarme.

—El ganador será el asesino oficial del reino, ¿no?

—Por supuesto.

—Y el heredero de la Corona soy yo, ¿verdad?

—Lo sabemos, Sargas. ¿Tanto lo dudas que necesitas validarlo? —lo dijo a modo de chiste, como las típicas bromas que hacía su padre al dirigirse a la gente de Ara. Todos en el baile lo correspondieron con carcajadas, sin embargo, Sargas parecía todavía más alentado a lo que sea que estuviese maquinando.

—Si soy el heredero y el ganador será el asesino del reino... eso significa que será mi asesino personal. ¿No es así?

—Eso parece.

—No quiero que ningún incapaz cuide mis espaldas y degüelle a mis enemigos. Las reglas de este juego son reivindicativas y emocionantes, pero no efectivas del todo. Quiero que mi cuchillo personal sea letal, que haya vencido el miedo más terrible solo para servir a mi lado. ¿Y a qué se le puede temer más que a la muerte?

—Sargas, hablamos en otro momen...

—¡Pueblo de Ara! Como su heredero, respeto las reglas impuestas por mi padre, pero reafirmo mi autoridad como escogido por Scorpius al añadir algunos puntos... *necesarios*. Estoy de acuerdo con la oportunidad que se le está dando a la vendida, pero quiero que este sea un desafío donde el vencedor lo gane todo, y el que pierda... pues... no le quede nada. Todos los que participen en este torneo tendrán dos opciones: ganar o morir. Al participar, y todos los que estén en entrenamiento deberán hacerlo, estarán apostar su vida. Por mí. Por Ara. Por el rey. Por la Corona.

—¡Por la Corona! —respondieron los presentes a la vez. El horror de lo que estaba ocurriendo me había congelado los huesos. La mano de Lyra se aferró con más fuerza a la mía, los ojos de Orión me buscaron con espanto en ellos, como si quisiera correr a mí y abrazarme.

—En nombre de Ara y el rey...

—¡Que así sea!

CAPÍTULO 37

Gloria

Antes de que el sol blanco de Ara saliera y las aves despertaran a anunciar el inicio de la mañana, Orión se levantó. Lo supe al sentir la calidez de su pecho despegarse de mi mejilla, cuando el brazo que rodeaba mi cuerpo desapareció y solo quedó su mano en mi cabeza, acariciando mi cabello. Mi último recuerdo de la noche eran sus labios en mi frente, en mi nariz, en mis párpados, en mi boca. Sus pequeños besos se tornaron tan hipnóticos que acabaron por adormecerme.

—¿Te vas ya? —pregunté mientras arrastraba las palabras. Al levantarse había movido la sábana, descubriendo mi cuerpo. El frío que se colaba por la ventana de la torre erizaba mi piel desnuda y contraía mis senos. Orión, al tenerme descubierta, no pudo evitar volver a acostarse a mi lado con cuidado y esparcir besos por mi pecho. Con él no existían esas inseguridades con respecto a mis senos que nacieron por las burlas de mis hermanas de Mujercitas. Nunca me hizo sentir anormal por lo inusual de mis pezones, él amaba mi cuerpo tal cual.

—Orión... —dije sonriente—. Quédate.

—Solo lo dices porque estás drogada de sueño, preciosa. Me matarías si alguien me descubriera aquí. Esas fueron tus propias palabras.

—¿Algún día podremos vivir juntos?

—Vas volando, cariño. Empecemos por dejar que nos vean en público.

—Por todos los sirios de Ara, ¿por qué todo tiene que ser complicado?

—No lo es, ¿sabes? Es complicado para ellos comprenderlo y aceptarlo, pero a mí no me cuesta nada adorarte.

Sonreí de oreja a oreja. Estaba empezando a amar a ese hombre más de la cuenta.

—Te dejo dormir, preciosa. Buscaré un modo de comunicarme contigo más tarde. No hagas planes.

—Está bien...

Ni siquiera estoy segura de haber terminado de pronunciar aquellas dos

palabras, pues la bruma del sueño me venció.



Quise abrir los ojos, pero no pude. La fatiga en mí era abrumante e inusual, mis pestañas pesaban como vigas de mármol. El entumecimiento de mi cuerpo, la lentitud con la que mi cerebro se agilizaba para analizar su situación y la sensación de que todo giraba a mi alrededor, se asemejaba a una resaca monumental.

Por suerte, el alcohol no era una parte habitual en mi mercenaria existencia, la noche anterior no había probado ni una copa a pesar del caos desatado, así que aquello no tenía explicación.

«¡Sirios, Aquí, abre los ojos!», me insté a mí misma, pero por más que intentaba no lograba hacer que mis párpados se despegaran.

Tampoco podía hablar y, mientras poco a poco iba recuperando la sensibilidad de mi cuerpo, empezaron a despertarse ciertas sensaciones inusuales. Como una presión extraña en mis brazos, un cosquilleo poco habitual, y una hinchazón en mis manos producto de una presión en mis muñecas a la que todavía no le encontraba lógica. No podía separar mis pies ni articular con ninguna extremidad.

No podía mover mis labios, cerrar mi mandíbula o pronunciar palabra alguna. Con un esfuerzo consciente, moví mi lengua y sentí lo que inmovilizaba mi boca: un trapo. Estaba amordazada. Entender este hecho generó una descarga de horror en mí que desesperó mi mente. Gritaba a mis músculos, a mis extremidades, a cada célula de mi cuerpo que me respondiera, pero parecían seguir dormidos. Comprendí que la presión que sentía en mis muñecas y tobillos debían ser otras ataduras.

La lentitud con la que procesaba y la pesadez con la que mi cuerpo respondía solo podía deberse a que había sido drogada.

Me sentía tan aturdida como podría estarlo por la marea del mar contra un bote en un naufragio, incapaz de deshacerme de ese letargo. Mi cuerpo despertó y volvió a apagarse en un parpadeo, alertándome de los puntos donde distintas manos aferraban mi cuerpo. Comprendí que me estaban trasladando, sin duda alguna por hombres; por supuesto eran varios. La pregunta era a dónde y por qué habían tenido que drogarme y raptarme de mi cama para conseguirlo.

«Por las alas de Aquila, Orión. Ojalá te hubieras quedado».

«¡Abre los ojos, maldita basura!», me regañé para ver si mi enojo cobraba fuerza y si ese impulso era suficiente para combatir la bruma que me envolvía. «¡Tu vida podría depender de que reacciones, estúpida!».

Pero la fatiga de mi ser era tal que hasta mis pensamientos me pesaban. Y, en cambio, ahí estaba la paz, cálida, silenciosa y oscura. Una cortina de penumbras que me garantizaban cobijo. Me costaba demasiado mantenerme consciente. Un esfuerzo que tal vez no valdría la pena.

Así que me rendí, abandoné mi cuerpo a su suerte porque la alternativa era más grande que yo.



Abrí los ojos, pero me había quedado ciega.

O tal vez no. Algo obstaculizaba la apertura de mis párpados. Una venda hacía presión sobre mis ojos.

Moví mis manos para llevarlas a mi cara, mas a pesar de que pude moverlas por separado, no llegaron a la altura de mi rostro. Mis muñecas sufrieron por el dolor de los grilletes que tiraban de su tierna carne hacia atrás. Un ruido metálico delató la identidad de las cadenas que me anclaban al muro que estaba a mi espalda. Pude sentir la irregularidad de las piedras que conformaban esa fortificación. Me encontraba de rodillas, con los pies juntos; ambos compartían una misma cadena.

Me tiré, moví mi trasero a un lado y estiré los pies al otro extremo tanto como pude para descansar de esa incómoda posición. Mis huesos chillaron con el movimiento, adoloridos y entumecidos, como bisagras oxidadas. Los músculos también dolían, pero solo los de las piernas. Por el momento, no había signos de tortura.

Tiré de mis ataduras y probé su alcance, su resistencia, la solidez del muro al que estaban aferradas. No conseguí más que lesiones y quejas de dolor.

—Ahora en qué mierda me metí.

Estaba inquieta, desesperada. No saber dónde estaba, por qué o cuál era mi destino me tenía al borde de una crisis.

No podía respirar, cada bocanada de aire que aspiraba se trancaba en mi pecho o me estrangulaba.

No podía ver y, sin embargo, imaginaba sombras. Saltaba con cada nuevo

personaje que proyectaba mi creativa imaginación.

Alguien estaba frente a mí y me vigilaba; comía uvas, deleitado por el espectáculo que confería mi pavor.

Había hombres a mi alrededor, los cuales me apuntaban con ballestas y esperaban a aburrirse de mi cobardía para empezar a disparar.

Pero no había nadie, por supuesto, solo mi miedo, el ruido de mis cadenas y yo.

Temía moverme demasiado y descubrir que estaba en un precipicio, que la roca pasara a ser granito frágil que cediera bajo mi peso y me arrojara al despiadado vacío.

¿Estaba en una celda? ¿Estaría alguien recostado contra la puerta, escuchando mis esfuerzos inútiles por liberarme y en espera a oírme gritar?

La paranoia iba a consumirme primero que el hambre, así que busqué la posición más cómoda para recostarme sin que mis piernas chillaran y sin tirar demasiado de los grilletes de mis manos. Terminé como un buñuelo, acurrucada en la fría piedra sin nada que me cubriera. Al cabo de una agónica eternidad, cuando mi corazón terminó de galopar como si cada latido me dijera «vamos a morir», me quedé dormida.



Desperté creyendo que todo había sido un sueño. Esperaba disfrutar del té de Úrsula y de un masaje de Nix para olvidar los demonios de mis pesadillas. Esperaba pasar el día entre risas con Ares, y en la noche destrozarse la torre con Orión. Pero no lo había soñado, seguía presa, ciega e indefensa.

En medio de mi despertar, recordé las palabras del maestro Aer en una de nuestras clases:

«A veces, un asesino no solo tiene que ir directo a la yugular. Habrá ocasiones en que el rey decida una muerte que empiece desde adentro, o que tengan que sacar información a su objetivo antes de eliminarlo. Se entiende que un asesino debe ser también un experto secuestrador. Siempre que tengan a su víctima como rehén, asegúrense de quebrantarla. Sin agua ni comida. Luego la tortura. Una víctima debilitada hasta ese punto no podrá escapar ni resistirse. Cuando la única salida sea hablar o morir, se darán cuenta de lo mucho que puede cantar una persona con hambre y

miedo».

La fatiga y el hambre ya me estaban pasando factura, no iba a darles el gusto a esos bastardos de volverme un trapo indefenso para conseguir sus fines.

—«*Supongo que vamos a hacer algo, ¿no?*».

De pronto, ya no me sentía sola, mi poder estaba conmigo. Hay quienes aseguran que la oscuridad nos arranca la sombra, pero esa tarde descubrí que solo la camufla e intensifica: la penumbra es su hábitat.

—Vamos a matarlos a todos.

—«*Al fin dices algo divertido desde que te conozco*».

Dejé que mi sombra me poseyera. La ironía de esta afirmación es que ella no estaba hecha de oscuridad, sino de luz. Sin embargo, no se sentía pura como debía sentirse una presencia angelical. Comenzó a trepar por la punta de los dedos de mis pies, me acobijaba, se vertía en mis venas, incendiaba mi piel. Me convertí en una chimenea humana que exhumaba un brillo cálido en la piel, ardía por dentro.

Pero esa no era la parte importante. Tener el alma de Aquila impregnada en la mía era como recibir una coraza de hierro en mis huesos, como sufrir un incremento en la dureza de mi piel, en la resistencia de mis músculos. Aquía era frágil, humana; Aquila era una diosa inquebrantable: juntas éramos un cosmo con un poder por descubrir.

Entonces volvió ese incesante dolor en mi espalda y me arrancó el primer grito que conferí desde mi rapto.

—«*No lo reprimas*» —sentí que me pedía cada célula de mi cuerpo. Ya no podía poner palabras, ni siquiera voz a mi sombra, a ese poder que había ocultado, pero ella no dejaba de comunicarse conmigo, podía *sentir* lo que quería que hiciera.

Me puse de rodillas, la piedra ya no resultó molesta con la naturaleza de mi nuevo cuerpo. Pero estaba ese dolor persistente y tortuoso, acaparador de mi atención. Lo dejé latir en mi espalda mientras mis puños amenazaban con fracturar mis huesos. Mordí mis labios para reprimir mis aullidos, y dejé que hilos de sangre rodaran desde mi cuello al interior de mi ropa.

Me recliné a un lugar de mi mente donde el dolor era menos desquiciante, pero el mismo me perseguía y me devolvía a rastras a la realidad. Vivía su intensidad tal cual él demandaba. Entonces empecé a sentir cómo se abría la piel de mi espalda, era como si dos navajas ardientes, clavadas hasta el mango cerca de mis omóplatos, descendieran por mi piel y la abrieran como

un cuchillo caliente sobre la mantequilla. Y, mierda, cuánto quemaba. Ya no importaba a qué me aferrara o cuánto resistiera, los gritos escapan de mi boca como demonios desobedientes se revelaban del mitológico averno.

Pero Aquila no me dejaba soltarla.

—«*Resiste. Soporta. La primera vez siempre será la peor, pero debe haber una primera*».

Le hice caso, al menos, tanto como pude y dejé que ese fuego me cegara incluso más que la mundana venda sobre mis ojos.

Cuando las heridas de mi espalda se abrieron, los dos largos surcos palpitantes y expuestos empezaron a sangrar. No veía lo que brotaba de ellos, pero estaba segura de que no era sangre. Era un líquido analgésico que no cerraba mis heridas, pero las acariciaba, enmudecía mi dolor y daba protagonismo a una nueva sensación: la de estar creando vida. De rodillas, envuelta por aquel nuevo sentimiento nunca experimentado, lloré de felicidad.

Mis alas comenzaron a crecer como crece el cabello y las uñas sin que lo notemos: en silencio.

Las imaginé materializarse de ese brillo escarchado, como sucedió con Orión en mi alcoba. Y al final, las sentí, su peso se impuso sobre mi espalda. Las moví sin ser consciente de cómo lo hacía, como se mueve un brazo o una pierna.

Me giré, pegué los pies a la pared y me sostuve con el batir de mis alas, sostuve con mis manos las cadenas y comencé a tirar y empujarme con los pies, exigiéndole a mis alas un tirón tras otro. Al principio, pareció un intento irrisorio, pero cuantas más veces tirara y empujara, más sentía la necesidad de hacerlo. Intensifiqué la fuerza de mi acción; se hacía más evidente que la roca cedería. Hasta que el muro a mis espaldas se fracturó, la piedra crujió con estruendo y la fuerza de mi tirón me impulsó hasta el otro extremo para chocar con la puerta de metal y luego desplomarme en el suelo.

Me arranqué la venda de los ojos y al fin pude ver. Reconocí el brillo de mi cuerpo y las garras de luz solidificada que tuve en mi primer enfrentamiento con los sirios, el plumaje negro de mis alas rozaba el piso junto a mis talones. Eran tan inmensas como mi impresión al verlas. Eran mías, parte de mí, de mi cuerpo. Una nueva extremidad a merced. Las levanté y volví a bajar cientos de veces, no acostumbraba a lo irreal de tenerlas, de que fuesen ciertas.

Supe que había hecho un escándalo y que pronto vendrían por mí, decidí no perder más tiempo sin importar lo extraordinario de la situación. Todavía tenía los grilletes pegados a mis muñecas y las cadenas colgaban con grandes trozos de piedra del muro adheridos a cada extremo, arrastrándose.

Agarré una de las cadenas con ambas manos y, mientras hacía gala de mi nueva fuerza repotenciada, la alcé sobre mi cabeza y lancé de forma que la roca del extremo chocara con la cadena a mis pies, convirtiéndose en pedazos. Me senté, alcé mis pies y traté de separar mis talones tras intentar que el grillete que los mantenía juntos chillara ante la presión. Se resistía, era demasiado difícil hacer ceder el metal solo con la fuerza de mis músculos y huesos, pero al final terminó por estirarse lo suficiente como para que pudiera sacar un pie y luego el otro.

Extasiada, me di la vuelta hacia la puerta.

Era un deleite lo mucho que podía hacer sin cansarme, sin sentir dolor, sin fragilidad en mi cuerpo. Me sentía mágica, poderosa e inquebrantable. Lástima que Aquila no pudiera beberse mi miedo, pues ni todo su poder impedía que me aterrara las posibilidades que había al salir de esa celda.

Tiré de nuevo de la cadena que colgaba de mi brazo derecho y esta vez apunté la roca a la cerradura de la puerta. Al chocar, fragmentos de piedra y arenilla llovieron a mi alrededor. Sin embargo, conseguí una pequeña hendidura hacia adelante en el metal. La golpeé repetidas veces y tosí por el polvo que estaba tragando —al parecer, mis pulmones seguían siendo humanos y sensibles—, hasta dejar el área de la cerradura combada con la forma de la roca, y reducir la misma piedra al tamaño de una manzana. No quería sacrificar el otro pedazo de muro que colgaba de mi cadena izquierda, no tenía armas con qué enfrentarme a lo que sea que hubiese fuera, así que probé un último método para el golpe final.

Hice que mis alas me levantaran y me eché hacia atrás para tomar impulso y regresar con toda la velocidad que pude. Mis pies impactaron con todo el peso de mi cuerpo contra la zona combada y rompieron la cerradura. La puerta se abrió al fin e impulsó con ella al hombre que la resguardaba.

Por supuesto, este acto me lanzó también a mí y rodé por el pasillo siguiente hasta chocar con un taburete que me cayó encima, haciendo añicos el adorno de vidrio que estaba sobre él.

El hombre caído comenzó a levantarse y cuatro más aparecieron al final del pasillo; bloqueaban el camino hacia lo que fuera que hubiese más allá.

—No se mueva o podría salir herida, jovencita —dijo uno de los recién

llegados.

—La herida ya está hecha, ahora les toca soportar la sangre. —Me puse en cuclillas mientras hablé—. Y, por cierto, soy *madame*, para usted.

Lancé mi cadena al aludido. El pedazo de muro le dio en el estómago y lo bombardeó contra la pared del fondo; su cabeza chocó con la misma y cayó inconsciente como un muñeco de trapo. Sus compañeros se pusieron en alerta.

Uno de ellos me lanzó una estocada con su látigo. Al prever que luego de mi ataque ellos responderían, ya me encontraba camino a esconderme detrás de otro taburete dando un par de giros por el suelo. El cuero silbó junto a mi oreja, mas no me tocó.

El hombre que resguardaba la puerta, al estar tirado detrás de mí, me tenía descubierta. Sin ningún taburete que le impidiera atacarme, se lanzó sobre mi espalda y me comenzó a estrangular mientras los otros tres hombres desenvainaban sus espadas.

No podía concentrarme en el hombre pegado a mi cuello si tenía al frente tres hojas filosas amaestradas que podían mutilarme en un solo movimiento. Desplegué mis alas y las hice llevarnos hacia atrás con una rapidez que casi me hace vomitar. No me acostumbraba al vértigo, al mareo de pasar del piso al techo en un parpadeo, a no tener los pies sobre la tierra ni nada a qué aferrarme para no caer.

Mi espalda me pegó a la pared con tal fuerza que los huesos de mi atacante, quien se aferraba a mi cuello más que nunca, crujieron como galletas secas. Me impulsé unos centímetros hacia adelante y, de nuevo, hacia atrás con todo mi peso, consiguiendo esta vez aplastar al hombre como un zancudo, cuyo agarre al fin cedió y cayó al suelo en una posición imposible, la cual delataba las múltiples fracturas de su cuerpo. Seguía vivo, pero ni Ara sería capaz de hacerlo caminar de nuevo.

Descubrí que no solo mi fuerza se había magnificado. Mis reflejos eran demasiado agudos, afilados e impresionantes, que sentí el jarrón que me arrojaron los hombres que quedaban en tierra antes de verlo. Lo esquivé, escuché cómo se agrietaba y rompía en múltiples fragmentos, mientras interceptaba uno de los trozos con mis dedos sin cortarme ni dejarlo caer.

Le devolví el ataque a mi agresor mientras dirigía el fragmento de cerámica desde mis manos a su cuello. Se clavó entero en su piel, bañando a su compañero en una lluvia carmesí. El herido se llevó las manos a la garganta con la boca abierta y los ojos desorbitados, mas no llegó a tocarse.

Cayó desplomado para terminar de desangrarse en el suelo.

Quedaban dos, armados con espadas y poco dispuestos a dejarme pasar sin pelea.

Dejé descansar mis alas y caminé hacia ellos, pero a mitad de camino caí de rodillas con un aullido de dolor.

«¡¿Qué sirios?!».

El que antes me había atacado con su látigo, repitió su acción, pero esa vez lo arrojó completo hacia mí, dejando que se enroscara desde mis tobillos hasta mis muslos como una serpiente. Cuando intenté moverme, descubrí que era una especie de hilo de metal que me abría la piel como mantequilla a cada movimiento que hacía. Tenía las piernas empapadas en sangre y un charco empezaba a formarse debajo de mí.

El otro hombre corrió hacia mí con su espada alzada y la blandió con intención de acertarme en la cabeza. Moví el poder de mi cuerpo, ese brillo cálido y escarchado, a mi mano derecha. La fuerza en mis piernas me abandonó al igual que su resistencia, y sentí cómo el hilo de metal me abría más, y más profundo. El fogonazo de dolor me hizo cerrar los ojos y gritar, pero en mis manos las garras de luz habían crecido tanto como una espada. De un zarpazo defensivo cercené el brazo de aquel que se disponía a decapitarme.

Su extremidad cayó al suelo con la mano todavía aferrada a la espada, y el hombre se tiró de rodillas a gritar mientras intentaba detener la hemorragia en su hombro.

Pero no podía soportar el dolor en mis pierdas y seguir defendiéndome, la pérdida de sangre ya nublabla mi visión. Devolví el poder de Aquila de forma equitativa por mi cuerpo e hice a mis alas negras alzarme, mientras intentaba no mover mis extremidades inferiores. Colgaban inertes, rodeadas por aquel hilo clavado en mí, chorreando sangre sobre oro de las baldosas del suelo. Era como un ángel caído luego de una batalla entre el averno y el cielo.

Supe que me quedaba poco tiempo, que a pesar de que la fuerza de Aquila me mantuviera consciente, la pérdida de sangre acabaría por matarme. Arrastré la piedra del muro con mi cadena, la hice dar vueltas a mi lado mientras miraba al último hombre en pie.

—¿Cómo me deshago de esta cosa? —pregunté como si fuera su última oportunidad para salvar su vida. El muy desgraciado sonrió y aceptó lo que venía sin miedo.

—No puedes.

Dicho esto, la piedra que pendía al extremo de mi cadena aplastó su cráneo contra la pared. Mi camino quedaba libre de obstáculos, al menos hasta entonces.

Me dejé caer al suelo.

—¿Qué hago? —pensé en voz alta.

Pero yo no tuve que hacer nada. El alma de Aquila se atenía a mi voluntad la mayoría del tiempo, pero también tenía intenciones propias. Me guiaba, me decía cómo usar su poder.

El brillo sobrenatural abandonó mi piel. Me sentí sola, desahuciada, pero pronto comprendí a dónde se había mudado su poder. El hilo metálico que me rodeaba comenzó a refulgir como el hierro en la forja. Ardía, pero su calor no me tocaba, como si yo fuese el fuego que lo consumiera. Fue desapareciendo como se deshace el papel en una fogata, volviéndose cenizas de mi propio poder.

Mi piel seguía abierta y algunos hilos de sangre descendían por mis muslos creando costras en mis talones, dejando mis dedos bañados de una especie de gelatina carmesí. Pero ya no había dolor, ni nada que atravesara mi piel ni ninguna hemorragia preocupante.

Me levanté, rompí otro de los jarrones y guardé sus pedazos en un trozo de tela que arranqué de mi ropa de dormir, improvisando un saco que a su vez até a mi cintura. Tomé una de las espadas de los caídos y corrí hacia el otro lado del pasillo, esperando encontrar más rincones de esa casa, cárcel, castillo o lo que fuese, pero descubrí que más allá del pasillo solo había un campo abierto con nada.

No más puertas. No más paredes. No más techo. Aquello era un pedazo de construcción incompleta en el medio de la nada.

—No me jodas más la vida, Lesath Scorp... ¿A dónde sirios me trajiste?!

Me llevé la mano libre a la cabeza, tensando la cadena anclada a la roca. ¿Cómo iba a regresar? ¿Cómo se suponía que sobreviviría a aquello?

Sin embargo, esas preocupaciones debían esperar puesto que media docena de bestias reptaban desde piedras lejanas para entrar a mi campo de visión. Tenían la morfología de canes, de perros gigantescos con dientes del tamaño de cuchillos, pero sus pieles grises refulgían como si se estuvieran bebiendo la fuerza de las estrellas del cielo nocturno que parpadeaba ante su presencia. Sus ojos, vacíos de toda emoción, tenían la luminosidad del sol blanco de Ara. Eran sirios, pero eso no era posible. Los sirios eran hombres

que entregaban su alma por propia voluntad. ¿Cómo habían podido transformar animales en seguidores de Canis? A menos que fuesen ciertos los rumores... que los sirios, al ingerir el alma de alguien más y dejarlo vivo, lo transformaban en uno de los suyos.

¿Ahora robaban el alma a los perros de las calles?

Mis preguntas tenían que esperar mucho por una respuesta. La primera bestia corrió hacia mí tan rápido que cuando quise reaccionar ya la tenía encima. Usé la espada para mantener sus dientes lejos de mi rostro, soportando la saliva que goteaba en mis ojos y labios. Eran fuertes, no como una mascota ni como un humano: como una bestia sin alma que recibía poder de las estrellas.

Pero yo tampoco era humana, así que pude empujarla y echarla a un extremo, pero en lo que esta tardó en recuperarse ya tenía a uno de sus hermanos saltando sobre mí. Mientras aterrizaba sobre mí, clavé la espada en su pecho y atravesé sus huesos como si estuviera en una carnicería. Su aullido me aturdió y no pude recuperar el arma una vez que la enterré, pero al menos tenía uno menos del cual preocuparme.

Sabía que no podía darles más oportunidad para que me saltaran encima, hice que mis alas me levantaran y probé por primera vez una altura más libre. Sin embargo, sentí un latigazo de dolor absoluto que ni toda mi coraza de poder pudo minimizar. Fue como si centenares de agujas, navajas y cuchillos se clavaran en una de mis piernas. Entonces, lo vi. Uno de esos sirios tenía mi pie entero en sus fauces y, si todavía no me lo había arrancado era por mis huesos reforzados de cosmo. Sus garras, a su vez, se clavaban en mi pantorrilla y me rasgaban en cada intento de la bestia para escalar por ella.

Mi vuelo flaqueó un poco y me hizo descender hasta que la piedra anclada a mi cadena tocó el suelo. Un par de nuevos sirios intentó usar sus eslabones para escalar y llegar hasta mí. La piel de mi tobillo, tras las mordidas del sirio, ya se veía como una masa destrozada, bañada de rojo, con huecos y amasijos de quién sabe qué. Era un horror mirar hacia abajo, sin mencionar el dolor que traspasaba la muralla de mi poder.

Mientras creía que no había salvación para mi pierna y temía por mi vida, saqué un trozo de vidrio del saco improvisado en mi cintura y lo recubrí con parte del brillo que abrazaba mis manos, luego lo lancé al ojo de la bestia, la cual lo recibió como el impacto de una estrella en llamas sobre una superficie terrestre.

Sus dientes me dejaron y el sirio cayó sin emitir ningún tipo de lamento. No habría podido, mi proyectil explotó la mitad de su rostro y parte de su hombro. No quedaba nada en su cuerpo capaz de emitir sonido.

Los dos sirios que escalaban por la cadena ya iban a mitad de camino. Me apresuré a sacar más cristales y a recubrirlos con el poder de Aquila para lanzárselos a cada uno. Ambos explotaron, al igual que el primero, y se desplomaron sin vida contra el suelo como una estrella que ha dejado de brillar.

Impresionada por este nuevo descubrimiento, volví al cadáver del primer sirio que maté y, mientras usaba las alas como apoyo para caminar sin usar mi pie destrozado, volví a intentar arrancar la espada de su cuerpo. Invertí más fuerza y lo conseguí. Al tener la hoja libre y el mango bien aferrado en mi mano, hice que parte del poder de Aquila llenara aquella arma con su brillo escarchado.

Cuando el siguiente sirio corrió hacia mí, solo tuve que blandir el arma y esta cortó por la mitad a la bestia, no en un corte limpio de hoja afilada, sino con el crepitar del fuego que descompone la carne a una velocidad irreal, hasta separar ambas partes y dejarlas echando humo en el suelo. Los nervios del animal hacían que sus extremidades convulsionaran a pesar de que la vida ya las había abandonado.

Con el último animal fue igual: lo atravesé, sobre mi cabeza, a mitad de un salto impresionante.

Solo quedábamos mi constelación, la cual brillaba en el cielo, y yo. Y entonces... escuché una voz. No podría decir de dónde provenía, era emitida por medio de altavoces ocultos en distintos puntos de aquel campo vacío, más que por los cadáveres que había dejado.

—Felicidades a *madame* Circinus, la cuarta aspirante en pasar la primera prueba.

CAPÍTULO 38

Salvaje

A la semana de mi recuperación recibí mi primera visita.

Me habían suturado ambas piernas con cientos de puntadas consecutivas que subían en espirales desde mis tobillos a mis muslos. Ambas heridas se mantenían cubiertas por vendajes para que no contrajeran infecciones. Me quedarían unas cicatrices largas y horrendas, pero lo importante era que no iba a perder las piernas. Lástima que no pudiera ser demasiado optimista con mi pie izquierdo. Requirió casi una reconstrucción quirúrgica y lo mantenían inmovilizado con yeso y cabestrillo hasta que llegara la hora de la verdad: probar si mis huesos y mis nervios seguirían intactos y funcionales.

En el mejor de los casos, tendría un pie deforme con el tamaño de los dedos distorsionados.

Ningún médico o cirujano me explicó la situación. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo era que habían empezado las pruebas? ¿Dónde estaba el rey? ¿Cuál era mi destino?

Solo tenía lo que vi al momento. Una tropa de hombres había llegado desde distintos carruajes reales a mi posición en medio de la nada para llevarme de nuevo al castillo por orden del rey.

Recuerdo lo que sentí entonces, esa euforia de haber vencido lo imposible, de haber bailado con la muerte y de ser yo quien la apuñalara, de haber ido al averno a sentarme en el trono de su rey, ese éxtasis de sentir que atravesé el cielo y puse al mismísimo Canis de rodillas. Cuando aquellos hombres se me acercaron en nombre del rey, me reí. Quise matarlos a todos. Pude matarlos a todos. Pero ¿de qué me habría servido? Lyra, Shaula, Ares y Orión ya eran parte de mi vida. Había dejado de ser solo una vendida, era un ser humano con amigos, amores y metas. Iba a ganar ese maldito juego de Sargas y después lo mataría a él.

Así que me dejé trasladar por mis rescatistas y dejé que sus doctores me auxiliaran cuando llegamos a ese espacio de emergencia donde me

asistieron e internaron sin responder ninguna de las quinientas preguntas que les hice.

Cuando Lyra me visitó esa mañana, pensé que sería para felicitar me por haber sobrevivido o, como mínimo, que demostraría preocupación por mi estado físico y mental luego de las atrocidades a las que me arrojaron sin aviso ni preparación. Pero no fue así, solo se sentó en el borde de mi camilla de espaldas a mí durante al menos veinte minutos. Cuando se giró, y vi sus ojos enrojecidos y las mejillas sonrosadas comprendí que había estado llorando.

—¿Qué sucedió?

—No me dejaron asistir al juicio de Shaula. No dejaron asistir a nadie.

—¿Qué? ¿Ya fue juzgada? ¿Y qué pasó?

Lyra tomó una profunda inhalación, sorbió por la nariz y prosiguió.

—Imagino que el rey no quería a nadie cerca que evidenciara el curso del juicio para él poder escoger el veredicto de su preferencia. Por lo que se escucha en el castillo, alegó ante la Sagrada Iglesia de Ara, que su hija había sido drogada. Es coherente, ya que últimamente hay una epidemia de alucinógenos, los jóvenes los ponen en las tazas de sus cortejos para no tener que esperar a la boda. Pero al alto sacerdote no se le engaña tan fácil. No hizo más grande el drama ni alargó el evento, pero pidió al rey que despojara a Shaula de su apellido y de su título.

—¿Y lo hizo?

—Peor. La dejó conservar ambas cosas a cambio de irse a Baham a realizar trabajo forzado, como castigo. Hay posibilidad de que regrese, pero luego de cumplida la condena de tres años y solo si entonces demuestra verdadero arrepentimiento y una mejora en su actitud. —Lyra jugueteaba con sus manos, nerviosa y desamparada. Jamás la había visto así—. No va a volver, ¿sabes? Shaula debe estar sintiendo muchas cosas en este momento, menos arrepentimiento. Se la llevaron ayer y ni siquiera se molestó en fingir que sentía lo que había hecho. Al contrario, sacó una bandera por la ventana de su carruaje que decía «*darangelus sha'ha me*», es una expresión bahamita que se traduce como: «mira lo que me hiciste hacer».

—Es lo que suele decir un hombre después de pegarle a su mujer.

Lyra asintió.

—Tal cual. Shaula no solo está jugando con fuego, se metió la antorcha en la boca. No quiero ser pesimista, pero debo aceptar la realidad. Ella no volverá, no viva.

Por desgracia, no tenía palabras de consuelo para ella. No había nada que pudiera decir para tranquilizarla, ya que yo también estaba convencida de que así serían las cosas. Shaula no desató un infierno para pedir disculpas por sus llamas, lo encendió para arder en él.

Es lamentable, pero a veces es esa la única manera de ser escuchados.

Sin poder procesar mis propios sentimientos, sin tiempo para decir cómo me sentía con respecto al destierro de Shaula, permití a mi hermana de Mujercitas acostarse a mi lado, y la acuné entre mis brazos para dejarla llorar hasta que ambas nos quedamos dormidas.



Mientras me trasladaban del centro de recuperación al castillo, Áragog vivió la primera repercusión por los actos de Shaula.

El carruaje fue interceptado por un atasco. En Ara jamás sucedían esas cosas, el tránsito era bastante bajo debido a los costos elevados de los viajes y de lo exclusivo que eran como vehículos particulares. Quedar inmovilizados detrás de otra docena fue una total novedad, ninguno podía pasar debido a una muralla humana que interrumpía el camino al castillo.

Cuando me asomé para ver qué sucedía, quedé anonadada por la naturaleza de las personas que bloqueaban el paso. No eran «humanos» en general, eran mujeres.

Todas iban con el torso desnudo, sin camisa ni sujetador, y exponían sus senos al ojo público, sin cubrir ni siquiera sus pezones. Gritaban «*Athara vità salveh kha*» una y otra vez, como un ejército alistado para la batalla. Eran las palabras de Shaula durante el baile: mi diosa salve a la reina.

Todas llevaban pedazos de tela como banderas improvisadas, cada una con una inscripción bordada o hecha con pintura. «*Darangelus sha'ha me*», se leía en todas.

«Mira lo que me hiciste hacer».

—¿Qué hacemos? ¿Las detenemos? —preguntó el cochero a uno de los lores congregados en el atasco mientras bajábamos del carruaje.

—Yo... no tengo idea, nunca he visto algo así.

Las personas que andaban cerca corrían gritando con sus hijos en brazos para refugiarlos del horror que representaban aquellos irreverentes demonios.

—Creen que así pueden conseguir algo; lo que hacen es que nos avergoncemos de nuestro género —expresó una dama a mi lado que se abanicaba con indignación. Bajaba del carruaje contiguo camino al castillo, así que debía pertenecer a la nobleza o ser una vendedora muy importante—. No quiero que me vinculen con mujeres así.

—Definitivamente. Ellas no nos representan —concedió una mujer más joven que bajaba del carruaje con vestimenta similar.

—Dijo: «creen que así van a conseguir algo» —opiné, como era común en mí, sin que nadie me invitara a hablar—. ¿Cómo, según usted, se consiguen las cosas?

—No así. Con diálogo, supongo. —La mujer se encogió de hombros con un porte envidiable. Lo único, cabe destacar, que podía envidiarle a una persona que pensaba como ella—. Como todo buen político.

—Oh, cómo no se nos ocurrió antes. —Me llevé las manos a la cabeza y dramaticé mis palabras—. Voy ya mismo a tocarle la puerta al rey, a decirle que sus leyes son injustas y que, por favor, las cambie. Seguro volveré en diez minutos con resultados alentadores, espérenme aquí.

—No es posible que seas tan impertinente.

—Ni que ustedes sean tan ciegas.

—Entonces eres como ellas, ¿no? Una salvaje.

—Soy como ustedes: un objeto, solo que yo ya me cansé de ser usada.

Entonces se escuchó el primer grito de verdad, el primero capaz de desgarrar porque era el único que nacía del verdadero dolor.

Uno de los hombres que observaba a las rebeldes gritar y elevar sus banderas lanzó un peñasco, el cual le abrió la cabeza a una de ellas y le pintó la mitad del cuerpo de rojo. El grito no fue de la mujer herida; ella se desplomó inconsciente al instante, quien gritó fue su hermana cuando su cuerpo inerte y ensangrentado cayó entre sus brazos.

Entonces ellas comenzaron a defenderse. No llevaban armas, ni siquiera un calzado que pudiera considerarse peligroso, pero se lanzaron con uñas y dientes contra los hombres que tenían más cerca. Aullidos de dolor, promesas a voz de grito y vociferaciones de guerra se mezclaron en medio de aquel ataque donde golpes, cuchilladas y chorros de sangres eran los únicos que alcanzaban a verse. En menos de diez minutos, los cadáveres de las rebeldes alfombraban el camino porque sus rivales sí estaban armados y no dudaron en usar todo contra ellas.

Los carruajes pasaron por encima de sus cuerpos, el día seguía como si

nada. Pude ver por la ventana a las mujeres en el carruaje contiguo. No se miraban. Ni una palabra salía de su boca. Porque lo sabían, sabían que no había necesidad de matarlas, sabían podrían haber sido ellas.

Más tarde la noticia se esparciría, pero no se contaría igual: ellas serían las que empezaron el ataque, ellas serían las armadas, y cientos de otros detalles que las condenaban sin que ninguna tuviese oportunidad de defenderse.

Pudo haber sido Shaula.

Pudo haber sido yo.



Llegué a la torre con un soporte de madera debajo de la axila izquierda; debía usarlo como anclaje al caminar para no tener que apoyarme en mi pie hasta que me quitaran el yeso. Unos pasos antes de alcanzar la entrada, me encontré con un grupo de hombres que sacaban baúles, bolsos y maletas del interior. Creí que me estaban desalojando, así que corrí adentro para encarar a quien había dado esa orden.

Pero al cruzar el umbral, solo vi a Ares. Corrí hacia él, lo estreché entre mis brazos emocionada por verlo. Si yo había sido probada, era probable que él también. Pero estaba ahí, junto a mí, vivo y...

—Ares... —Lo separé de mí.

Sus ojos estaban achicados y húmedos por el alcohol, ni siquiera era capaz de enfocarlos, y su olor... Nadie podía oler así en una sola noche de borrachera. Ares debía llevar un mínimo de cinco días envenenando su organismo con licor, sin tomar ni una ducha, para llegar a igualar la podredumbre de un indigente alcohólico.

—¿Haz estado bebiendo?

—«*Maravillosa eres para malgastar preguntas, eh. Eso no te lo quita nadie*».

Ahí estaba de nuevo mi sombra comentarista.

—No mucho —contestó y me empujó para que dejara de abrazarlo.

Casi se lo agradecí, su olor me daba náuseas. El problema fue que al dar un par de pasos hacia atrás, comenzó a tambalearse. Chocó de espaldas contra la mesa y cayó tendido sobre dos sillas con los pies colgando.

—Te ayudo —dije y corrí hacia él. Cuando intenté agarrarlo, me apartó

con un manotazo.

—Yo puedo solo.

No arrastraba demasiado las palabras, no era chistoso, era despectivo. Era como si en un punto entre el alcohol y mi ausencia, él se hubiese perdido a sí mismo, quedando solo una versión lastimada, hastiada de la vida.

Se sentó a duras penas y se sostuvo del borde de la mesa para no volver a caer.

—¿Por qué has vuelto a tomar? Ares... ¿qué es lo que tienes? Puedes confiar en mí.

—No, no. Ya no puedo... Ni yo en ti ni tú en mí, por eso me voy.

—¿Te vas? ¿Te vas a dónde?

—Me mudo de aquí, me llevo mis cosas. Ya no podemos vivir juntos.

—¡¿Y eso a qué sirios viene?! Ares, ¿qué pasa?

—No puede ser que no hayas caído en la cuenta de que somos rivales. Tú eres un obstáculo para mí, y yo lo soy para ti.

—¿Lo dices por las pruebas?

—¿De verdad no lo has pensado? Solo uno será consagrado, los demás morirán. No puedo aferrarme a una amistad como esa.

Sí, lo había pensado. O, mejor dicho, había hecho un esfuerzo consciente al intentar no pensar en eso, pero no se lo iba a decir.

Me rompía esa situación, pero más me destrozaba que él la hubiese asumido así de rápido.

—Ares —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. No puedo creer que estés diciendo esto. Es cierto, somos un estorbo en el camino del otro, pero no tenemos por qué alejarnos si el fin igual será el mismo. Nos pueden quitar la vida, pero no nuestra amistad.

—Lo siento, Aquía. Pero tengo que ganar esta competencia.

Tragué en seco, lo cierto era que yo no pretendía perderla, y ganarla implicaba acabar con la vida de Ares.

—Lo haré por los dos.

—No necesito que ganes por mí, muchas gracias —espeté tras limpiarme las lágrimas con rabia.

—No por ti, por Leo.

«No. Mierda, no».

Mi alma dejó de caber en mí apenas esas palabras salieron de su boca, ni siquiera me explicaba cómo era posible que no hubiera considerado esa posibilidad.

—No es cierto... Leo no puede haber perdido. No conozco a nadie más capaz que él. A nadie. Es el mejor, si alguien puede ganar esta mierda es... —sorbí por la nariz—... era él.

—Lo lanzaron, drogado y encadenado, a un tanque con agua. Se ahogó antes de comprender lo que pasaba.

—No, no lo creo... ¡Eso no es una maldita prueba, eso fue una ejecución!

—Exacto. Sargas declaró que no quería que un maricón lo defendiera, y parece que quienes organizaron las pruebas se lo tomaron muy a pecho.

—No, no...

—No solo murió Leo, ¿sabes? Yo, de alguna forma, siento que estaba en el tanque con él, el agua desgarraba mis pulmones, su alma arrastraba la mía. Nacimos juntos, es justo que juntos perdamos la vida. Ya no sé quién mierda soy ni qué hago en este cuerpo, pero me debo a mi alma. Ganaré por él y por el hombre que una vez existió en mí. Lo siento, vendida. Ya no somos amigos.

CAPÍTULO 39

Nefasto

Shaula se fue y no pude despedirme. No pude infundirle aliento, abrazarla, decirle que lo que había hecho fue lo más valiente que vi a nadie hacer, que la admiraba, que incluso llegué a idolatrarla. La arrancaron de mi lado antes de asimilar que debí haberla aprovechado más.

Perdí a Leo de la forma más definitiva en que se podía perder a un amigo. Sin haberle dicho gracias, sin haberle retribuido lo que hizo por mí, sin decirle que era el hombre más valiente que conocí, porque se atrevió a enfrentar sus miedos con el arma más temible y poderosa: la verdad.

Y perdí a Ares, mi mejor amigo. Me parece una burla de la vida la manera insensible en cómo nos aleja de personas que amamos: sin avisos, sin señales, sin que podamos hacer nada para impedirselo.

—Te odio, puta —le dije a la vida.

—«¿Y ahora yo qué mierda hice?» —saltó mi sombra a la defensiva. Admito que me sacó una sonrisa.

No lo había pensado hasta entonces, pero gracias a ella nunca más estaría sola, no del todo.

—Ojalá me pudieras abrazar.



Mi insomnio se intensificó en las últimas noches. Quedarme dormida era un miedo latente, temía cerrar los ojos y, de pronto, encontrarme en un tanque de agua, encadenada e impotente.

Vencí la primera vez, pero la mera certeza de que habría una segunda era más fuerte que yo.

Mis vendidas me ofrecían infusiones para dormir.

—¿Cómo va a ganar si no está descansada? —me preguntó Úrsula con la taza del brebaje en sus manos.

Prefería estar cansada, que drogada e inútil.

—Tiene que ganar, ¿sabe? —me dijo una noche Nix, en representación de mis tres vendidas, tras despertar entre gritos y llantos al darme cuenta de que me había quedado dormida—. Tiene que ganar por usted, y por nosotras.

—No puedo —le contesté entre sollozos.

Úrsula, quien estaba sentada a un lado de mi cama, había recostado su cabeza en mi hombro y me estrechó entre sus brazos para consolarme. Jazz estaba tan sensible que se le habían salido las lágrimas antes de que a mí; se encontraba recostada en mis muslos, abrazada a ellos.

—Tiene que poder. Si usted lo logra, el año que viene nosotras lo podríamos intentar.

Me obligué a hacer fisioterapia durante la semana a pesar del dolor en mi pie. Tuve que practicar con el poder de Aquila para aminorar los gritos y que no se me rompieran los huesos. Primero lo hice con el yeso, luego me salté la recomendación de los doctores y me lo quité, dejándolo solo vendado para no tener que enfrentarme a diario a lo horrible de su aspecto.

Estar herida e inmovilizada me ponía en desventaja. La siguiente prueba podía ser en cualquier momento, ¿y si no estaba preparada para ella? ¿Cómo la vencería si ni siquiera podía caminar?

Se me prohibían las visitas a la torre, así que el día que de nuevo alguien tocó a mi puerta supuse que el momento había llegado, que me tocaba enfrentar el siguiente desafío para mis habilidades. Sin embargo, mis miedos resultaron ser infundados puesto que solo era un mensajero del rey.

El chico me explicó que, desde ese momento en adelante, se me permitiría —y obligaba— a asistir a ciertos eventos y reuniones tanto oficiales como exclusivas. Era un honor concedido a los vencedores de la primera prueba para que nos acopláramos al ritmo de la corte, suponiendo que, si perdíamos la competencia, los secretos adquiridos morirían con nosotros, y si ganábamos, ya estaríamos al tanto de los entresijos políticos.

Mandé a modificar gran parte de mi guardarropa para tener atuendos más prácticos para las actividades que se esperaba que realizara ahora que estaba en proceso de prueba para ser consagrada como la asesina del reino. Esa mañana llevaba una especie de vestido corto con efecto corsé que no llegaba a asfixiarme, pero que tallaba mi torso y levantaba mi busto. Tenía la falda abierta por delante, al punto en que parecía llevar detrás solo una cola. Tenía una pieza de tela ajustada en cada pierna como largas medias del

mismo color que el vestido, y botas flexibles para correr, con la punta de hierro para patear. Para coronar el conjunto, una chaqueta azul marino que le sumaba elegancia a mi practicidad. Muchos lo llamaban «ropa de hombre».

En esa ocasión el rey atendería las peticiones del reino en el salón real, con el resto de la monarquía sentada en sus respectivos tronos, Lyra incluida. Detrás de ellos nos posicionamos nosotros, los aspirantes a asesinos sobrevivientes a la primera prueba. Quedábamos doce. Más de la mitad de nosotros pereció en la primera prueba. Mis huesos temblaban de solo pensar que la segunda podría estar sucediendo en ese momento tanto como podría ser en diez años.

Cuando Lesath Scorp llegó, se inclinó hacia mí antes de sentarse en su trono. Dijo en voz baja y clara:

—Imagino que no tengo que recordarte que, si abres la boca, mueres.

No esperaba menos, por supuesto. Una mujer en la corte era lo que Lyra en su trono: un adorno.

—Majestad —dijo uno de los consejeros del rey congregado con el resto debajo de la plataforma de los tronos.

—¿Sí, lord Fetus?

—El señor Circinus no está aquí y me consta que se le notificó que su asistencia era obli...

—Dejemos al pobre pasar su luto en paz, ¿de acuerdo? Las personas rumoran que deberías meterte la lengua donde el sol blanco de Ara no te da. Yo no diría semejante cosa, desde luego, pues soy tu rey, pero cumplo con pasarte el dato.

El consejero enrojeció de tal manera que acabó por posicionarse detrás de uno de sus colegas para ocultar la vergüenza de su rostro.

El evento siguió como de costumbre, las personas entraban, pedían consejos o recursos al rey. Lesath lo consultaba con sus hombres y, a veces, con Antares, luego contestaba las peticiones conforme a su propia consideración, tomando en cuenta lo que le hubiesen aconsejado. Sargas se quedó dormido en su trono; Lyra permanecía firme, serena y hermosa. Los demás asesinos ni parpadeaban; eran unos cuchillos letales, alertas ante cualquier atentado contra la vida de los Scorps, dispuestos para saltar encima, captando hasta el más mínimo intercambio de palabra entre las voces de la ley.

Después de unas horas de pie, no soporté más esa posición. Me dolían las

pantorrillas, los muslos, los glúteos y los talones de tanto pasar mi peso de uno al otro. Me picaban partes del cuerpo que no me podía rascar en público y, mucho menos, sin quitarme el intrincado atuendo que tenía.

Pasados eternos monólogos de quienes hacían las peticiones, luego de acaloradas discusiones del consejo y un par de ronquidos de Sargas, al fin pasó algo de importancia, algo tan delicado que mandaron a evacuar el salón y solo dejaron al consejo, la familia real y los asesinos.

—¿Disturbios en Baham? —preguntó el rey al hombre sin aliento, sucio, tostado y famélico que venía desde las tierras del sol naranja hasta Ara para darle su mensaje al rey.

—No se sabe cómo, quiénes y por qué, pero Baham está fuera de control. Hay disturbios violentos que ameritan de resolución inmediata. Atacan los pueblos vecinos, yo fui secuestrado, masacraron a mi familia y me tuvieron cautivo hasta que me ofrecieron este trato. Si venía a contarle esto, no matarían al bebé que acaba de tener mi esposa. Es todo lo que me queda en la vida.

—¿Te tenían como rehén?

—Y no soy el único, tienen como rehenes a muchos. Tienen... No dejan que nadie la vea. Tienen prisionera a la princesa.

Por primera vez, vi a Lyra perder la compostura en público. Ahogó un grito y se levantó de un salto de su trono. Consciente de que todos la veían, se aclaró la garganta, se disculpó y volvió a sentarse. Pero se comía las uñas. ¿Cuándo en la historia de la humanidad se había visto a un Cygnus comerse las uñas?

Lesath guardó silencio un momento y consideró la situación. Me gustaría haber sido capaz de adivinar los entresijos de sus pensamientos

—Es una táctica de Jalas'tar para llamar nuestra atención.

—¿Y vas a ignorarlo? —intervino uno de los miembros del consejo—. Majestad —añadió.

—Por supuesto que no, ninguna insubordinación quedará sin castigo bajo mi reinado. Es evidente lo que sucede. El gran mercader que domina en Baham, Jalas'tar Nashira, se habrá aprovechado de que Shaula llegó a sus manos. La secuestraron, y ahora arman este alboroto para que yo envíe a mis hombres y me vea en la obligación de negociar con él. No habrá tal negociación, huelga decir. Atacaremos. Acabaré con esa población de herejes de una vez por todas, como debió haber hecho el primer Scorp al darse cuenta de cómo llevaban sus tierras.

—¡Envíame a mí, padre! —exclamó Antares al ponerse de pie.

—Ni siquiera se te ocurra pensarlo, te necesito para la política, no en el campo de batalla. Irás al norte, a Deneb. Necesito de tu discernimiento con los lores, en especial con lord Cygnus. Necesito que averigües qué tan fuerte es su devoción para con la Corona y, si tienes una mínima sospecha de que ha comenzado a flaquear, es imperativo que la incentives como sea necesario. Ahora más que nunca vamos a necesitar a nuestros aliados contentos, que nuestros lazos se fortalezcan es prioritario para evitar más delirios de grandeza como los de Jalas'tar Nashira. Y llévate a la princesa cisne.

Lyra no volteó ni flaqueó en la firmeza de su postura, pero contuvo su aliento a mitad de su garganta al ser mencionada al punto en que hasta yo pude notarlo.

—Si el viejo Cygnus le queda aunque sea una chispa de inconformidad, es importante que recuerde lo que estamos haciendo por él... y lo que podría ocurrir en caso de que deje crecer cualquier idea loca en su cabecita.

Sin duda, Lyra tragó en seco el aire contenido.

—Sargas —El rey se volvió hacia su supuesto primogénito, quien giró su rostro apenas lo justo para mirarlo sin perder la expresión venenosa en su mirada.

—¿Umm?

—¿Quién es tu mejor guerrero?

—Sin duda, Orión de la casa Enif.

El rey cesó de hablar por un segundo, sus ojos fijos en su bastardo, su rostro sereno e indescifrable. La nada en su expresión decía más que cualquier gesto.

—Enif ni siquiera es una casa, era el apellido de un joyero cualquiera. No le des mérito a nadie que no se lo merezca.

—Sí, «padre».

—Pero razón tienes en que *sir* Orión es de los mejores caballeros que tenemos. Se dice que con un buen líder basta para ganar cualquier guerra, así que él irá en representación de la casa Scorp con órdenes de calmar cualquier disturbio, rescatar a la princesa y masacrar hasta el último de los bahamitas. Le daré trescientos hombres.

Sargas se giró hacia su padre con una ceja arqueada.

—Padre, sé que se presume de mí que soy imbécil, ciego, y que mi capacidad de comprensión es limitada, pero... No creo que haga falta de un

intelecto privilegiado para notar que trescientos hombres para luchar contra una población de miles es una ridiculez.

—Baham es una población de miles, sí. De miles de mujeres. Habrá algunos niños desnutridos, pero no habrá ni cuatrocientos que se puedan llamar propiamente «hombres». Cuatrocientos hombres, que han vivido de su belleza la vida entera, no saben ni lo que es romperse una uña porque todo lo hacen sus mujeres varoniles y poco amaestradas. Contra los trescientos mejores entrenados de Ara, donde los niños nacen con una espada en la mano y un cuchillo en la otra, donde aprenden a blandir antes que hablar, donde la delgadez es un escándalo y los músculos el rostro más familiar... ¿A qué le temes? ¿Dudas de la capacitación de los guerreros de la capital?

Sargas se reclinó hacia adelante en su trono con el ceño fruncido.

—No, pero dudo de que un mercader tan inteligente como Jalas'tar Nashira, que consiguió un trato con el aguijón de Áragog por su hija mayor, quien ha amasado una fortuna y un imperio, quien está acostumbrado a tomar decisiones en segundos a la hora de negociar, haya armado tal espectáculo solo por alardear. Nadie con un poco de sentido común desafiaría al reino sin garantizarse una protección decente contra la furia de Lesath Scorp.

El rey pareció particularmente ofendido por sus últimas palabras. Sentía que me estaba perdiendo de algo importante, puesto que no entendía nada.

—Nadie con un poco de sentido común desafiaría al reino, punto. ¿O es que tienes algún otro punto de vista que quieras compartir respecto a este asunto?

—No, majestad —expresó Sargas de forma despectiva que las comillas en «majestad» no hicieron falta.

—¿O es que te importan esas mujeres?

Sargas bufó, no tuvo ni que fingir su desinterés, brotaba de él.

—Entonces, o es que te preocupa ese caballero o no comprendo tu necesidad. ¿Algo especial que quieras compartirnos sobre tu relación con él?

Sargas debía estar mordiéndose la lengua dentro de la boca. Sus ojos relampagueaban por la ira reprimida, mas sus labios prevalecieron sellados.

—«No me digas que ahora le importa su hermano después de toda la mierda que le ha hecho pasar» —comentó mi sombra.

—«No te lo voy a decir porque yo tampoco me lo creo».

—Entonces no hay nada más que discutir. Tu boda tendrá que esperar un

poco más. Antes, *lady Cygnus* tiene que hacer una visita a la era del hielo. Tú, Sargas, haz algo útil por alguna vez y prepara al caballero Enif. Que reúna él mismo a los trescientos que crea necesarios y que parta de inmediato.



Salí corriendo de aquel lugar mientras sentía que mis costillas se reducían y aprisionaban mis órganos vitales. No podía respirar, ni pensar con claridad.

La princesa escorpión estaba cautiva en una tierra lejana, Baham se había levantado en disturbios que llamaron la atención de la capital, y Orión, mi caballero alado, estaba condenado a ir a aquel lugar en una misión suicida. No podían quitármelo a él también, no tan rápido.

Un par de guardias me alcanzaron.

—No puede vagar por el castillo —dijeron—. Debemos escoltarla directo a su torre, los aspirantes a asesinos no pueden salir del castillo ni de la mira del rey.

—Jódanse —Les mostré mi hermoso dedo medio y seguí apresurada en dirección contraria a la torre.

Ni siquiera sabía hacia dónde tenía que ir, pero mi intención no era quedarme sentada a esperar que fuese demasiado tarde.

Al parecer, Orión tuvo la misma epifanía, pues pasados largos minutos recorriendo el castillo, nuestros cuerpos se interceptaron. Estallamos en lágrimas y en un doloroso abrazo de despedida.

—Ya te dijeron —señalé entre sus labios mientras él me daba un beso tras otro, cada uno más desesperado que el anterior.

—Sí, ya lo sé.

No paraba de acariciarme el rostro, el cabello, de estrecharme entre sus brazos, de alejarme para memorizar mi rostro, de limpiarme las lágrimas de la cara.

—No me dejes, por favor.

—Tengo que ir, lo sabes.

—Podemos escaparnos.

Orión me tomó el rostro con ambas manos y me obligó a hacer contacto visual. No se sentía bien, se sentía como si estuviera a punto de confesar

algo doloroso, y no me quedaban fuerzas para afrontar más dolor.

—Aquí, yo quiero ir.

—No es posible, ¿por qué querrías ir a esa masacre?

—Entrené para esto. Toda mi vida. Tú deberías entenderlo. Tú tienes objetivos, sueños, aspiraciones; darías tu vida por alcanzar todo eso. Yo... no soy diferente a ti. —Hizo una pausa para besar mi frente y aspirar el aroma de mi piel. No sé por qué motivo no podía dejar de llorar—. No me hice caballero porque me gustara la armadura, lo hice por esto. Y... me sorprende que Sargas recuerde nuestra promesa.

—¿Qué promesa?

—No creo que quieras escuchar esta historia justo ahora, es muy larga y aburrida.

—Por favor, dímela, solo no dejes de hablarme, por favor...

Me abracé con más fuerza a él sin poder detener el torrente que escapaba de mis ojos.

—De acuerdo, preciosa, pero... No sé por dónde empezar —suspiro—. Antes, cuando éramos amigos, en los días que me estuvo ayudando a entrenar, Sargas me preguntó si quería gloria.

»Yo le respondí que todos queremos un poco de ella, ¿o no? Pero lo que en realidad quería, le dije, era la sensación durante la batalla. El miedo. El éxtasis. Tener mi instinto de supervivencia a flor de piel. El imperioso poder que confiere un grito a mitad de una batalla. La anticipación de la victoria. Estar al frente. Pensar que quienes caen, lo hacen por mí, y quienes vencen, también. Quiero ser quien dé la voz de mando, quien levante al final la cabeza enemiga. Quiero que el rey me reciba y se sienta jodidamente orgulloso de tenerme entre sus hombres. Le dije a Sargas que no me quiero morir sin haber vivido eso. Creo que es mi único miedo en la vida.

»Años más tarde, cuando superé el entrenamiento y vencí a los cien, cuando me hice leyenda por quedar entre los doce caballeros a mi edad, Sargas fue a verme y me dijo: «¿Recuerdas lo que me dijiste aquella vez en el bosque, cuando te pregunté si querías gloria? Quiero darte eso. Cuando sea rey, ese será mi primer regalo para ti».

—¡Pero si te mandó a morir!

—No lo creo, creo que... creo que todavía queda una parte de él que sigue siendo mi hermano, porque incluso si me hubiese mandado a morir, él sabe que prefiero morir en el campo que de viejo en una cama.

—Pero... ¿por qué? No lo entiendo, te ha hecho tanto daño.

—Lo sé, pero no hablemos de eso. Él no me importa justo ahora, me preocupas tú. ¿Estás bien? ¿Estás herida? No me dejaron visitarte, no supe cómo saliste de la primera prueba, ni si te falta un brazo o... ¿Fue traumático? ¿Te sientes bien?

—Estoy perfectamente, Orión, pero... No me dejes.

—Tengo que ir. Lo que más amo de estar contigo es que estar juntos no implica que tengamos que renunciar a nosotros mismos. Es esa certeza de que mañana, si tuvieras que dejarme por perseguir tu sueño, lo harías y yo me quedaría aquí, para adorarte, pero feliz por ti. Me gusta que seamos individuos que se quieren y no... «uno solo». No sé si me entiendes.

—Que se aman.

—¿Perdón?

—No te lo había dicho, creí que si lo decía, perdería... esa imagen de fortaleza que tienes de mí. Pero la verdad es que te amo, Orión, y no me importa si amarte me hace parecer más débil.

Orión me apretó con tal fuerza que incluso ahora pienso que lo hacía para que no descubriera sus lágrimas. Me besó repetidas veces la coronilla de la cabeza, sin soltarme, como si quisiera que nuestras temperaturas se fundieran para llevarse la mía consigo.

Se separó de mí y besó mis labios una última vez.

—Yo más. Te amo mucho más de lo que crees que puedes amarme a mí. Y quisiera volver, y que fueras mi novia, pero tampoco quiero hacerte promesas sobre cosas que no controlo, y lastimarte.

—¿No hay nada que pueda hacer para que te quedes?

—Me gustaría que te sintieras feliz por mí, que me esperaras y creas que puedo lograrlo, que me recibas con esos abrazos tuyos que hacen que el resto del mundo se desdibuje a mi alrededor. Y que sobrevivas, en especial. Tú también lo tendrás bastante jodido.

Me sequé las lágrimas de los ojos. Él tenía razón. Se iba a perseguir sus sueños a un lugar donde iba a necesitar toda la fuerza posible, lo menos que podía darle era mi confianza.

—Te he visto pelear contra los sirios, no dudo que si alguien puede viajar a Baham, vencer y volver con la princesa en sus brazos, ese eres tú.

Me sorprendí de la confianza que manaba de mis palabras, casi pude creérmelas.

Orión dibujó con sus dedos los puntos de mi constelación en su pecho. Cuando traté de dibujar la suya sobre el mío, lloraba tanto que el temblor no

me dejó ser precisa con los puntos que marcaba. Acabé por caer de rodillas entre sollozos. Los guardias, a los que había perdido de vista, me alcanzaron y comenzaron a arrastrarme a mi torre.

CAPÍTULO 40

Perverso

¿Por qué hacía tanto frío?

Mis articulaciones chillaban como roedores, me pedían que las dejara en paz, que no insistiera en moverlas. No sentía los dedos, mi piel estaba erizada y sensible a un punto crítico, temblaba tanto que parecía que convulsionaba.

Las bajas temperaturas en Ara son comunes por la falta de calor del sol blanco. Estar expuesto y desprotegido al frío nocturno es letal y, en minutos, puede debilitar un cuerpo, apuñalar sus nervios, adormecer sus músculos hasta volverlos inútiles, y congelar el flujo de aire a los pulmones hasta matarlo de frío o por la falta de oxígeno en el cerebro, lo que ocurra primero. El punto es que nadie resiste una noche en la capital de Áragog sin protección o los cristales especiales. Es la razón por la que comprendí que no podía estar afuera: estaría muerta.

Pero es que el frío era bestial y despiadado, no podía relacionarlo con la frescura máxima que podía colarse por la ventana en mi torre, aquello iba más allá, perturbadoramente mucho más lejos.

Luego de asumir la conmoción del frío, pude comprender que mi entorno no era mi cómodo lecho personal.

Estaba durmiendo en el suelo desnudo. No era ni piedra ni mármol ni cerámica ni cualquier otro material racional y común. Dormía sobre una fina superficie lustrada y reflectante. Las paredes y el techo de aquel extraño sitio eran iguales.

Estaba encerrada sin indicios de una salida en un cuarto cuadrado, minúsculo y rodeado de espejos.

—«Sombra, este es un buen momento para que aparezcas».

—«No me llames “sombra”, suena muy impersonal» —me contestó casi adormilada.

—«¿Impersonal? Te llevo pegada a los pies, ¿qué más íntimo que eso?».

No quería hablar en voz alta, no fuese que me estuvieran espiando.

Aquello debía ser parte de la siguiente prueba y, si bien Lesath ya debía estar al tanto de que era un cosmo por la primera prueba, no iba a revelarle la procedencia de mi poder al hablar con mi sombra. Tal vez conseguiría la forma de arrancármela.

—«Bueno, ese es un nombre horrible. Si me llamas así no contestaré» —prosiguió mi sombra.

—«¡Pero si estabas dispuesta a que te llamara “sarna”!» —repliqué.

—«Ese sí que es un nombre interesante».

—«¿Podemos discutir luego lo de tu nombre? Por si no lo has notado, estoy encerradísima. Y tengo frío. Mucho frío. ¿Crees que esto sea una ejecución? Dudo que ponerme a romper los espejos sirva para algo. Lo puedo intentar, pero temo perder el poco calor que me genera esta posición. ¿Será eso? ¿Me trajeron aquí para morir congelada?».

—«Si tuviera que apostar diría que definitivamente no» —contestó mi sombra—. «No es del estilo del rey eso de las ejecuciones, parece más cosa de tu ex».

—«Aff, no llames así al maldito. Conseguiré una forma de leerme la mente, te escuchará y le crecerá el ego».

—«Bueno, a lo que quiero ir es que el príncipe está obsesionado contigo, mucho, muchísimo, y sabemos que está dispuesto a todo con tal de tenerte» —continuó mi sombra—. «Muerta no le sirves de nada, claro, pero si tuviera la oportunidad, él te pondría al borde de la muerte hasta que decidas que prefieres darle la oportunidad de enamorarte o destruirte, lo que pase primero».

Mi sombra paró un momento, como si procesara los datos a nuestra disposición, y luego prosiguió.

—«Sin embargo, no veo ningún botón de “me rindo, soy tuya”, así que creo que podríamos descartar esa opción».

—«Ajá, lo mismo veo. Pero... ¿por qué dudas de que este sea el estilo del rey?» —inquirí mientras humedecía mis labios que ya empezaban a researse por el frío, aquello no era normal. Me sentía dentro de las cavas llenas de cristales de baja temperatura que refrigeraban los alimentos en Áragog y formaban los cubos de hielo comerciales.

—«Porque no lo es. Si te hubiese querido ejecutar, lo habría hecho hace tiempo. Y, sí, es cierto que este juego es mitad excusa para que mueras, pero recuerda que ese no era el plan original del rey. Él solo te quería humillar e invalidar, demostrar que no tienes lo que hace falta para este

puesto y que, por consiguiente, ninguna mujer lo tenga nunca. Pero no había ánimos de ejecución como tal».

La escuché con atención. Tras una pequeña pausa, ella continuó hablando: —«El rey y tú han atravesado mucho. Se retan desde hace meses eternos, ponen a prueba sus límites. Si él te ha dejado seguir jugando es porque, tal vez, de manera inconsciente, se encaprichó con el juego. Le gusta. ¿Le indigna? Muchísimo, pero le gusta también. Para haberte dejado llegar hasta aquí, le debe gustar que pises como una diosa el camino de mierda que te pone por delante. Suena horrible y retorcido, pero, créeme, he observado lo suficiente como para saber que así funciona la naturaleza humana. Los sentimientos más fuertes están cargados de contradicciones. Por ejemplo: una mujer que cree que solo tiene una bonita amistad con otra porque sus leyes, su fe, todo lo que le han enseñado, le dice que no puede amar a otra mujer, que solo es válido enamorarse de un hombre. ¿Te suena? Pues aquí pasa algo similar. Si bien el rey cree que te odia y, de cierta forma, ese odio no deja de ser real, eres lo más cercano a un colega: su eterno rival.

Dudé. ¿Ella tendría razón?

—«¡Te admira! Le has cerrado la boca, llegaste hasta aquí con tus habilidades inferiores y con tu posición no privilegiada de mujer, ¿qué más puede hacer, sino admirarte en silencio? Así que sería impropio de su naturaleza, de todo lo que ha demostrado hasta ahora, que de pronto te pusiera una prueba imposible, una ejecución. Porque él te quiere ganar, claro que sí, pero en el fondo quiere hacerlo de manera justa: te da las herramientas para ganar y solo así, si perdieras, él podría decir “mierda, sí, gané”».

—«¿Cómo sabes esas cosas?» —interrumpí—. «Observas desde hace poco tiempo mi entorno».

—«Tengo acceso a tus recuerdos, pendeja. A lo que fluía de ti en cada uno de ellos, a tu temperatura corporal en los abrazos más emotivos que has dado, a la humedad de cada una de tus lágrimas. Tengo acceso a tu piel y a su memoria, a tu alma y a sus confidencias. Al ver como una espectadora y no dejarme envenenar por tus propios pensamientos, soy un poco más objetiva a la hora de analizar a los demás.

—«¿Tienes acceso a todos mis recuerdos? ¿A todos, todos?»

—«Incluso a los que no tienes alcance ya, como al rostro de tu madre.

Tragué en seco, aunque es posible que no tragara nada, mi saliva ya no se

sentía.

—«¿Sabes su nombre?» —quise saber.

—«Sí. Ella no te lo dijo, claro, pero sí a Agatha, la vendedora que fue a buscarte a Cetus. ¿Quieres saber su nombre?».

Si hubiese tenido lágrimas, habrían empezado a inundar mis ojos.

—«Soy de Cetus» —declaré, más para mí misma.

—«Sí. Y mira hasta donde ha llegado la vendita del pueblo más decadente de Ara».

—«A morir a un norte privado de cuatro paredes...» —acoté con impotencia.

—«A veces eres insoportablemente lamentable».

—«Si me muero, quiero que sepas que me caes bien».

—«Sé que te caigo bien. Lo “siento”, ¿recuerdas?».

—«Y que te agradezco. Por todo» —añadí—. «¿Eres Aquila?».

—«No. Yo diría más bien que soy su poder».

—«¿Quién es ella? ¿La has visto? ¿Sabes cuál es su propósito con...?».

Mi sombra interrumpió mis pensamientos:

—«No tengo ni puta idea. No guardo recuerdos de mi existencia fuera de ti, solo consciencia de qué soy y qué debo hacer. Estoy aquí para protegerte, tú me llamaste por eso mismo y, aunque no fue hace mucho para ti, el tiempo no transcurre igual para mí. Yo siento que te conozco desde siempre, y que no hay yo sin ti ni tú sin mí. Sé que te jodo mucho la paciencia; pero créeme cuando te digo que no has conocido amor más grande, puro, total y honesto que el que yo siento por ti. Técnicamente estoy hecha por completo de ese sentimiento y definitivamente daría mi vida por ti. La doy a diario».

—«¿Cómo se llamaba mi madre? ¿Me amaba?».

—«Cass. Imagino que por Cassiopeia. No te conoció el tiempo suficiente, pero hizo lo imposible por venderte a la mejor casa de vendidas posible. Lloró tu nacimiento, porque sabía lo que te esperaba. Si eso no es amor...».

—«Gracias. De ahora en adelante, eres mi mejor amiga. Te llamaré Sah. Es una palabra de Baham para llamar al alma, porque sé que eso eres. Mi alma.

Entonces se abrió una compuerta en el suelo. Era un pequeño cuadrado, como esos que hay en los grandes teatros para cuando necesitan meter a un actor de sorpresa a mitad de una función. Así me sentía, en medio de una obra, en una escena de la que nadie me ha pasado el guion.

En la minúscula plataforma que subió, me di cuenta de que había algo encima parecidas a un montón de mantas acumuladas. No fue hasta que vi la ropa moverse que me di cuenta de que no eran mantas, sino una personita acurrucada como un caracol para mantenerse en calor.

—Es una niña.

—«*Qué observadora eres. Ruega porque este no sea un desafío de adivinanzas, porque si no, estamos jodidas con tu intelecto.*

—¿Qué haces aquí? —pregunté a la pequeña e ignoré a Sah.

La niña se sentó, temblaba de frío y de miedo, sus ojos estaban hinchados y húmedos, y su nariz moqueaba. Corrí hacia ella a abrazarla y la estreché entre mis brazos para darle calor. Sus lágrimas mojaban la parte superior de mi pecho.

—¿Qué pasa, pequeña?

Pese a la manera en que le hablaba, tenerla en ese espacio cerrado a sabiendas de que debía ser una de las pruebas del reino, me aterraba. No la sentía como a ese pequeño adorable que te consigues en la calle y te provoca comértelo a besos, sino como a los niños siniestros de las historias de terror. Ella me atemorizaba y no por su aspecto, sino por el simple hecho de que estuviera ahí.

Mi abrazo y las caricias que le di para tranquilizarla eran el acto más falso que había hecho en mi vida.

—No quiero morir —dijo entre sollozos, sus labios muy cerca de mi oído y sus manitas alrededor de mi cuello.

—No vas a morir, ¿quién dijo eso?

—Los de allá afuera.

—Tienes que explicarme mejor qué pasó y qué haces aquí. ¿Dónde están tus padres?

—No te-tengo. Yo... vivo en Mujercitas y ellos me sacaron. Me trajeron aquí y me dijeron que entrara y que te dijera unas cosas.

—¿Qué cosas? Dime.

—Los espejos no son espejos. Por allá afuera, ellos ven todo. Hay mucha gente allá, y no hace frío. Están sentados en bancos, ven lo que haces y te escuchan.

—¿Qué más querían que me dijeras?

—Que la *tempetadura*... la *tempe*... la *tempe*... El frío, el frío seguirá hasta que nos mate a las dos.

—¿Eso es todo? ¿No hay manera de salir de aquí?

—Esa es la otra cosa. Podemos salir, pero una sola. Y la otra tiene que morir... —Empezó a temblar de nuevo, los sollozos hacían que sus palabras fueran difíciles de entender—. Te abrirán la puerta cuando me mates, o cuando digas que me saquen, pero te dejarán morir de frío. Solo tienes que hacerles señas.

Bajé a la niña de mi regazo y me pegué al espejo detrás de mí en un estado de conmoción indescriptible.

Mis opciones eran matar a una niña pequeña con mis propias manos, o dejarla ir y suicidarme, perdiendo lo que había logrado hasta entonces, incluyendo mi vida. Mi esfuerzo, mi lucha, mis progresos: todo perdido en cuestión de una decisión.

Además, y si tengo que ser por completo honesta, me aterraba morir. La impotencia, la letalidad e inevitabilidad de la muerte, soportar las brasas del frío sin poder huir de él; gritar, llorar y temblar mientras mi cuerpo se iba quedando sin aliento, sin movilidad, sin vida. Era un temor inconfeso, pero latente. No quería morir, y mucho menos quería ser quien dictara mi propia sentencia.

Pero robarle la vida a una niña, ensuciar mis manos con su sangre y mi alma con un crimen tan atroz... Lesath jugó sus piezas como los dioses, observó con paciencia mis movimientos sobre el tablero y me atacó con un jaque del que podía salir con el rey en pie, pero definitivamente sin reina.

Una niña. Mujer. Aquellas a quienes se supone yo defendía y representaba. Pequeña, con una vida por delante y con un mundo de posibilidades. Con sueños, miedo, monstruos y hadas en su cabeza. Un ser que no había tenido tiempo ni intenciones para herir, para conocer la maldad que plagaba el mundo. De cabello negro trenzado, sacada de Mujercitas, destinada a ser vendida: era mi reflejo, y yo tenía que destruirlo. Por eso los espejos. Lesath quería que, sin importar hacia dónde mirara, no pudiera escapar de sus ojos suplicantes, de los míos aterrorizados, del diluvio en sus lagrimales, de la sequía en los míos. No podía escapar de sus dientes que castañeteaban, de sus manos que se retorcían, de su voz al decirme «no siento mis deditos» o «ayúdame, por favor».

Ella era mi cárcel, lo que había jurado proteger había venido ante mí para ser destruido por mis propias manos.

Si perdía, perdería todo; pero si ganaba, sacrificaba el sentido y la honestidad de mi objetivo. Sería una hipócrita, una tirana, una egoísta.

—Seremos iguales —creí escuchar que la voz de Lesath me susurraba,

aunque es probable que el frío me produjera alucinaciones.

—«*Te estás muriendo, Aquía*» —me advirtió Sah. Ella me conocía mejor que yo, sabía leer mis signos vitales. Si ella decía que moría era porque estaba muriendo.

—«*No puedo hacerlo*» —admití—. «*Bajo ningún concepto voy a ser capaz de algo así*».

—Por favor... —suplicó la niña—, no respiro. Me duele el pecho... mis labios... mi cara.

—«*No lo haré*» —rectifiqué.

—«*Yo puedo hacerlo por ti*».

—«*¿Cómo?*».

—«*Puedo poseerte, no tendrías que ver nada, y puedo borrar ese recuerdo*».

—«*¿Cómo podrías hacerle algo así a esta niña?*».

—«*Yo no conozco de moral, Aquía. Mi único principio es protegerte. Donde tú observas una niña, yo veo una amenaza. Da igual si tiene ocho como si tuviera cincuenta, si su vida pone en peligro la tuya, inmediatamente siento... la necesidad de eliminarlo. No lo comprenderías, pero puedes asemejarlo al odio que sienten los humanos. Es algo fuerte, pesado y latente que me lastima si no hago nada al respecto. Yo puedo hacerlo, en serio. Tú no tendrías que hacer nada*».

—«*Pero la decisión sería mía*».

—«*Sí*» —admitió Sah.

—«*No puedo, no puedo vivir con eso en la consciencia*».

—«*Puedes darme tu autorización y luego modificaría eso, te haría creer que te poseí en contra de tu voluntad y...*».

—«*No*» —la interrumpí—. «*No quiero pensar que no puedo confiar en ti. Definitivamente, no*».

—«*Déjame hacerlo, por las dos. Por Orión. Por Lyra. Lyra ya perdió a Shaula, no puedes hacerle esto. Por Inma, tienes que demostrarle hasta dónde puede llegar una mujer. Por tus vendidas, ellas creen que tú eres su esperanza. Por todas, Aquía. Por todas*».

—«*No puedo incluirlas a todas si le hago daño a esta niña. Hay gente afuera que me ve. Nadie me seguirá luego de... de lo que pienso hacerle*».

—«*Pues convéncelos de que es lo correcto. Habla con la niña*».

—¿Puedes hablar? —me dirigí a la niña.

—No sé —respondió entre temblores. Tenía los labios morados y la tez

azul. Se moría.

—¿Quieres ser vendida?

—Ehhh... Tal vez.

—¿Por qué?

—Si es un lindo príncipe, como pasó contigo, entonces sí.

—Créeme, no quieres un comprador como ese.

—Es mejor que un carnicero con las ma-manos llenas de-de sangre y la boca grasienta.

—Y si no fuera nadie, ¿te gustaría no ser vendida?

—¡No, qué horrible que nadie te compre!

—Pero... ¿y si no estuvieras en venta? ¿Y si fueras libre?

—No pertenezco a la nobleza.

—No hace falta. Si gano este... esta pelea... el rey dejará que las niñas se inscriban en cosas que antes eran solo para chicos. Si una vendida entrenara en el servicio del reino, no necesitaría que nadie la compre, ni siquiera que la desposen. Tendría un propósito, una utilidad más allá de... de lo que esperan que hagas tú al crecer.

—Tengo frío.

Tuve que recordarme que no decía esas palabras para convencerla a ella, sino a los que escuchaban desde afuera.

—Sueño con un mundo donde no nos encierren a en una casa de huérfanas para aprender dónde le gusta a un hombre que lo toquen, qué volumen está bien para excitarlos y cuál es demasiado fingido... Eso no es infancia. Ni siquiera sabes leer, ¿verdad?

—Soy bo-bonita, no me van a vender a un *bibliotecario*, no necesito saber leer.

—Pronto, incluso olvidarás tu nombre de tanto que tu dueño te llamará «vendida». Si gano esto, estaremos un paso más cerca para lograr que eso cambie.

La niña pareció comprender lo que trataba de decirle y comenzó a llorar con intensidad, chillaba como en una masacre, roja por primera vez desde que la vi.

—Me vas a matar.

—Hay cosas...

—No eres mi héroe, los héroes no matan niñas pequeñas.

—Todos los guerreros, héroes y dioses de cada mitología han derramado sangre: joven, vieja, inocente y pervertida. Pero la derraman. De verdad, lo

siento.

Mi voz ni siquiera se escuchaba entre los gritos de la pequeña, sentí las grietas de mi corazón extenderse de forma peligrosa: me lastimaban. De pronto, yo también estaba llorando sin consuelo, lamentaba lo que estaba a punto de hacer a sabiendas de que nunca me perdonaría.

—Sah, haz lo tuyo —dije en voz alta y luego busqué hacer contacto visual con la niña—. Perdóname, perdóname de verdad.

Sah tomó el control de mí misma y me nubló como si de un golpe me hubieran noqueado. Lo penúltimo que escuché fue el eco de un grito desgarrador de la niña.

«Piedad», rogaba.

Si lo hubiese gritado un segundo antes, habría detenido a mi sombra, habría dado mi vida por ella, por no tener que llevarme su voz a mis pesadillas. Pero ya era tarde.

Lo último que escuché fue el impacto de su voz extender las grietas de mi corazón, ocasionando al fin esa temida fractura.

CAPÍTULO 41

Lujuria

Ganar la segunda prueba me había pervertido. No me sentía como una vencedora, sino como una farsante con el alma turbia.

El rey no me recibió ni siquiera me dio la cara. Un grupo de señores, partícipes en la organización del desafío, me sacó del cubo de espejos. Me felicitaron y anunciaron, ante el grupo de espectadores, que era la tercera campeona que pasaba al reto final, a la forja que decidiría qué cuchillos tenían el filo, el temple y la resistencia necesaria para ser letal.

Resultó ser que en esa segunda función habían repartido entradas a miembros privilegiados de la nobleza para que nos vieran competir.

Algunos hombres me pidieron autógrafos, otros me ofrecieron cosas más desagradables y obscenas que no quiero repetir; pero las mujeres... Ellas no me veían a los ojos. Yo era mala. Ninguna mujer en la historia de Áragog había sido más perversa, insensible y cruel que yo.

Quería salvarlas y solo había conseguido avergonzarlas.

Lyra ya no estaba. Antares la había llevado al norte para asegurar la cooperación de sus padres. No había noticia de ellos y tampoco se sabía si el diálogo estaba dando frutos o si habían llegado a salvo. Los días se transformaron en semanas y seguía sin oírse nada de ellos.

Ares pasó la segunda prueba y fue galardonado con el premio al mejor desempeño. No esperaba menos de él. No porque fuese el mejor, sino porque tenía un incentivo más fuerte que cualquiera: Leo.

Perder un amigo duele; perder un hermano destruye. Perder un gemelo arrasa con todo: es perderte a ti mismo.

Ares ya no tenía nada que lo anclara a su humanidad; si tenía que asesinar a una fila de recién nacidos para vengar a su hermano, lo haría. La prueba habría sido un chiste para él.

Me dolía el curso que tomaban mis pensamientos, pero empezaba a preocuparme como competidor.

Según los rumores que se oían en el castillo, la tercera prueba sería un

espectáculo, se especulaba que tendría un mínimo de mil espectadores. También se decía que ya se estaban vendiendo entradas a cualquier habitante de Áragog que pudiera pagarlas. Familias enteras viajaban desde todas partes del reino, incluso desde Antlia, la costa al otro extremo, para ver los resultados de ese momento histórico.

A pesar de que muchos supondrían que los hombres serían más rudos, fríos e insensibles, y que esto implicaría que el segundo desafío no sería un reto para ellos, apenas seis avanzamos a la final. La otra mitad no se atrevió a manchar su alma con la maldad a la que yo di cabida dentro de ese cubo.

Yo, quien debía haber sido la heroína, me convertí en verdugo.

Y no tenía a nadie que me confortara. Shaula desterrada, Orión tras su rastro, Ares enajenado en el luto, y Lyra desaparecida.

Estaba malditamente sola.



Sargas era la última persona que quería ver en mi vida, pero esa noche en mi torre comprendí que también era la primera a la que tendría que enfrentar.

Así que lo hice llamar, y esperé el tiempo necesario hasta que apareció con sus guardias en mi vivienda. Con él no aplicaba eso de «no visitas». Con él parecía que no aplicaba nada.

Se sentó, pidió a sus guardias que nos dieran privacidad, y dejó pasar largos minutos en silencio y tensión, hasta que por fin dijo:

—Me sorprendió mucho que me invitaras a cenar esta noche —dijo mientras se tomaba su copa de vino con despreocupación, como si su consciencia no lo atormentara, como si no comprendiera que sus comentarios de odio le quitaron la vida a un hombre inocente y sus celos amenazaban a media docena más—. Casi me había cansado de esperar por ti. Todo tiene un límite.

—¿Necesita algo más, alteza? —preguntó Nix mientras depositaba los platos cocinados por Úrsula en nuestra mesa.

Sargas levantó la mano para hacerla callar.

—No hables sin que se te ordene, vendida. Si quisiera algo más, te lo habría pedido.

—Se llama Nix, y solo recibe órdenes de mí, así que puede hablar tanto

como se le dé la maldita gana.

Sargas se echó hacia atrás y rio carcajadas como si nunca hubiese escuchado un chiste similar.

Luego de la segunda prueba, decidí leer el periódico para estar enterada de lo que pasaba más allá de las paredes del castillo, más allá del alcance de mi torre. Quería estar enterada de lo que vivía Áragog mientras yo jugaba al tiro al blanco con sus monarcas. Había una sección diaria dedicada a la belleza del príncipe heredero: a pesar de su aspecto impecable, su apariencia era de despreocupación, como si todo le diera igual, como si amaneciera así de «perfecto» cada mañana y lo supiera muy bien. Según aquella columna, eso lo volvía muy *sexy*. Idolatraban la oscuridad que manaba, dedicaban largos artículos a hablar de cómo se quedaba dormido en reuniones importantes y cómo eso solo lo hacía más rebelde e interesante.

Al tenerlo ahí, riéndose de mí y de las mujeres a mi cargo, sintiendo el poder de su ego y conociendo las consecuencias de su falta de empatía, solo podía sentir lástima por esas personas que creían que ser físicamente atractivo era un atributo admirable cuando existe en el fondo un alma llena por el contenido de una cloaca.

—Me trajiste aquí por una tregua y no esperas ni tres segundos de diálogo para ponerte a la defensiva.

—«¿Cómo sabe que está aquí por una tregua? Parece que ha estado haciendo ejercicios cerebrales el principito, ¿eh?» —Sah siempre acertaba en las cosas que decía.

—No puedo tratarte de otra manera si no pones de tu parte, Sargas.

—He hecho de todo por ti, y ya me cansé. No tengo por qué «poner de mi parte». Soy el maldito heredero de Áragog, y tú pronto serás mi asesina o estarás muerta. Estoy cansado de buscarte. Sabía que terminarías viniendo a mí, aunque no sea a rogar lo que sabes que quiero darte.

—Si te cansaste, entonces deja de lastimar a las personas que me importan.

Sargas se reclinó hacia atrás en su silla, cruzó ambas manos detrás de su nuca y me miró con esa turbia mirada que solo él podría evocar.

—A la única persona a la que quiero hacerle daño es... a ti. Por lo que has hecho conmigo, por lo que le has hecho a mi familia, porque me has rebajado a nada y yo sigo arrastrándome detrás de ti, mendigando un poco de lo que le regalas cada hombre que se te cruza. Me odio a mí por desearte.

Sé que está mal, pero... no puedo evitarlo. No puedo. Termina de hablar, que pierdo la paciencia. ¿Qué quieres?

—Quiero que dejes a Ares fuera de esto.

—No entiendo lo que pides —dijo y sumó a su desagradable posición el subir sus zapatos lustrados a mi mesa

—Empezaste esta locura por celos, porque creíste que Ares y yo teníamos algo. No es así, nunca he tenido nada con Ares, ni un beso ni una caricia fuera de lugar.

—No te creo nada, eres una mentirosa experta.

—¡Sargas! —golpeé la mesa con mis manos y me levanté—. No podría estar con Ares ni aunque quisiera porque pienso en alguien más. ¡A la única persona que siempre he deseado es a ti, idiota!

—«Mierda, Aquíá, creo que has estado fumando al revés estos días».

Sargas se echó a reír.

—¿A mí? Te he perseguido más que a nadie en el mundo, y siempre me has rechazado. ¿Ahora me vas a decir que me deseas?

—El deseo y el amor son cosas distintas, y ese ha sido mi problema desde que te conocí, esa maldita contradicción en mi cabeza. Te deseo, quiero que me hagas tuya, pero no podría amarte nunca porque vas en contra de mi libertad, de lo que me hace quien soy. Por eso te he rechazado y ni siquiera podía explicar por qué.

»Ustedes, los hombres, pueden tener una esposa a quien amar y vendidas a las que desear; no mezclan sus sentimientos. Las mujeres no somos así, somos débiles. Necesitamos sentir algo más para no creer que... que está mal, que estamos pecando, que vamos en contra de la voluntad de Ara. Necesitaba amarte para justificar las ganas que te tengo, pero ya me cansé de luchar contra eso, Sargas Scorp. Soy una pecadora, y tú también, y lo sabes. Sabes que quererme está mal y no te importa. Así que me cansé de fingir. Si quieres que te ame, lo siento, busca a otra; pero si quieres que pasemos el resto de nuestras vidas devorando las ganas que nos tenemos, entonces soy perfecta para ti.

Sargas se relamió los labios y se pasó la mano por la cara, contrariado. Se aproximó hacia mí, sus manos se cerraron alrededor de mi cintura y sus labios se acercaron a la comisura de los míos, por lo que el aroma del vino navegó hacia mis fosas nasales.

—¿Me deseas, Aquíá?

—No. —Hice que mis manos rodearan su cuello y acerqué mis labios a su

oído para susurrarle mis próximas palabras—: Te necesito.

—Di que eres mía, entonces —dijo al pegarme más a su cuerpo. Podía sentir las ganas que me tenía solidificadas en su entrepierna.

—No te voy a decir eso, no antes de que me «hagas» tuya.

Sargas tomó mi rostro, lo acercó al suyo y tocó mi labio inferior con su pulgar para recorrerlo de extremo a extremo.

—¿Y qué estamos esperando?

—«*Si se van a poner a coger, yo me voy; no quiero ver esto*».

—¿Crees que puedas hacerme feliz, Sargas?

—Puedo hacerte lo que tú quieras —contestó mientras pasaba sus dedos por la piel de mis senos que se asomaba por mi escote.

—Libera a Ares entonces, ya sabes que no tienes nada qué temer de él. Yo solo te quiero a ti.

—Ya no puedo hacer eso.

—No quiero matarlo, Sargas.

—No me importa, solo me importas tú.

—Sargas, tú puedes hacer lo que sea, eres el heredero.

—No puedo, en serio. Hay muchas expectativas sobre este torneo, hay demasiado dinero invertido en la final y Ares es una de las apuestas más sólidas.

—Pero ¿puedes salvarme a mí, no? ¿Puedes sacarme de esto?

—Eso es todavía más imposible. Una de las razones por las que este evento está teniendo renombre es porque hay una mujer en él. Le has traído muchísima publicidad, la gente muere por verte en la arena.

Lo solté, sentí como si me hubiesen lanzado un balde de agua helada encima.

—¿Entonces no puedes hacer nada?

—Puedo cogerte todos los días antes de que llegue el evento.

Jamás había abofeteado a un hombre —a nadie, en realidad—, pero el día que mi mano se estrelló contra el rostro de Sargas descubrí uno de los placeres más inconfesados de la vida. Él quedó estupefacto por el golpe, y yo más extasiada que nunca.

Le costó muchísimo asimilar que había sido golpeado, e imagino que le costó mucho más asumir que ese golpe se lo había dado la mujer que había sido su vendida.

Cuando alzó el rostro y me miró, supe que hasta ahí había llegado su obsesión por tenerme. Desde ese instante nunca desearía nada tanto como

verme de rodillas mientras le pedía perdón.

—Me pegaste.

Tengo la impresión de que lo decía más para sí mismo.

—Me debías una, bastardo. O mil.

Sargas rio y me sacó el dedo medio.

—Hija de Canis.

—Podría ser peor, podría ser hija tuya.

—Tú y Ares deberían apartar los huecos donde quieren que los entierren.

Y, dicho eso, salió de la torre.

CAPÍTULO 42

La serpiente que sobrevivió a los grandes soles de fuego

El periódico de esa mañana al fin tenía algo de importancia para decirme. Después de una trabajosa y humillante pelea legal, el reino concedió a Ares el cuerpo de su gemelo para que le diera una sepultura digna con la condición de que no permitiera al «amigo» de Leo, y anterior arrendador, asistir a despedirse incluso pasadas las fechas de su entierro.

El artículo decía:

Las palabras del joven Circinus fueron: «Cada vez estoy más decepcionado de haber nacido en este reino. ¿Será que ya me pueden entregar a mi hermano?».

No tenía más detalles al respecto, si Ares ya había enterrado a Leo, no estuve entre sus posibles invitados.

Esa mañana me encontraba desayunando en el bar donde trabajaba Leo con cuatro guardias distribuidos a mi alrededor para que no escapara. Mientras me tomaba el último jugo que me habían servido, lloraba. Ni siquiera puedo decir por qué, imagino que por todo.

En mis noches, soñaba en negro. Ni una sombra ni un destello. Solo una voz, un grito, que se repetía como en un disco dañado, una y otra vez: «Piedad».

—«Sigues escuchando su voz en sueños» —escuché decir a Sah.

—«Sí, creo que empiezo a necesitar la bebida como un anestésico. No quiero más noches así».

—«No es necesario» —me explicó—. «Yo puedo llevarme tus sueños. Necesitas descansar. Necesitas paz».

—«Tal vez no la merezco. Tal vez debo seguir escuchándola hasta que enloquezca. Es lo justo. Yo me robé su vida, ella se llevará mi cordura».

—«Tú tomaste una decisión desesperada, pero no la mataste. Quien la mató fue la persona que la secuestró y la encerró para ser ejecutada. Te quitaré esos sueños, y no te estoy preguntando si quieres».

Ese día comprendí lo que había sido Shaula, de lo que siempre fue capaz, sin que yo misma lo supiera. Ella cayó, pero no cayó sola. Era un dominó demasiado astuto: uno a uno, posicionó a todos detrás de ella sin llamar la atención, para que en el momento de su caída no pararan las repercusiones. Una tras otra, una tras otra.

En el bar, empezaron a salir aglomerados para ver la próxima. Al asomarme junto al resto, descubrí un ejército de personas que marchaba hacia el palacio.

Mujeres.

Algunas llevaban estandartes con inscripciones bordadas donde se leía «*darangelus sha'ha me*». Otras tenían las manos levantadas y sostenían parte de una larga bandera donde se veía la forma de una serpiente alada con una corona de espinas y rosas; un símbolo de aspecto tan imponente como un dragón.

Todas tenían la piel morena o muy tostada, el cabello mal cortado o largo y suelto. Sus ropajes eran del tipo que siempre llevaba Shaula, los entresijos de telas coloridas y vaporosas, pero sin los lujos de las joyas y los bordados de la realeza. Algunas llevaban el pecho descubierto, y otras solo el abdomen. Llevaban provisiones y bolsos, lo que señalaba el largo viaje que habían hecho y que pretendían continuar.

Y serpientes. Una mujer al frente llevaba una larga, de color verde con manchas marrones y *beige*, de cuerpo fino, la cual se arrastraba junto a sus sandalias. De vez en cuando se enroscaba en su pierna como una tobillera. En el centro había una mujer con piel del color del chocolate derretido, con dos trenzas en su cabello, y en sus hombros, semienrollada en su cuello, llevaba una gruesa serpiente de un brillante blanco con pálidas manchas amarillas.

Pero lo más desconcertante era el armamento. No había una sola de ellas que no tuviera un cuchillo, una lanza, un arco o al menos una piedra en la mano.

—Vienen desde la entrada de la capital, no son de Ara. Dejaron sus carros en la entrada —explicó un niño descalzo que bajó del techo para unirse a la multitud que observaba.

—¿Qué es lo que llevan en los palos? —preguntó uno de los tipos que

estaba desayunando en el bar.

No había prestado atención a ese detalle hasta que él lo mencionó. Algunas mujeres marchaban llevando palos de los cuales colgaban...

—¿Son animales?

—Son hombres —declaré y tragué en seco al comprender mis propias palabras.

—¡Ara! —vociferó la mujer de las trenzas y la serpiente en el cuello—. ¡Aquí está lo que queda de tus trescientos hombres!

Todas las mujeres del grupo empezaron a vitorear y a aplaudir como leonas hambrientas, con una fuerza renovada imposible de creer de personas que venían marchando desde tan lejos.

—¡Ara! —repitió la mujer—. Dile a tu rey: ¡*darangelus sha'ha me!* ¡Dile a tu rey que nos mire, que mire lo que nos hizo hacer, que baje de su trono y... *Athara vità salveh kha!* ¡PORQUE SOLO CONOCEREMOS UNA REINA, Y SOLO ANTE ELLA NOS POSTRAREMOS!

El rugido de aprobación de ese ejército fue tal, que Lesath habría podido sentirlo desde su letrina.

Nadie se movió a detenerlas. No hubo hombre, mujer o niño que escapara del encanto de lo que estaban presenciando nuestros ojos: mujeres. Mujeres guerreras con hombres ensangrentados e impotentes en sus manos. Mujeres que desafiaban al rey. Mujeres que desafiaban al rey y alegaban haber reducido su ejército de trescientos a diez. Nadie habría podido parpadear aunque quisiera.

—¡Y dile al rey...! —volvió a gritar la mujer, un grito que manaba de sus entrañas, que debía desgarrar sus cuerdas vocales. Su rostro estaba rojo, sus hermanas lloraban de la emoción—. DILE QUE ESTO... ESTO ES POR LA ALFOMBRA DE MUJERES QUE DEJÓ EN LA ENTRADA DE SU PALACIO. DILE QUE NOS PUEDE MATAR, PERO NO SILENCIARNOS. —No sé cuándo o por qué, pero de pronto yo también estaba llorando—. ¡Dile que puede enviar mil hombres más, y que en Baham los esperaremos! ¡Y DILE QUE TIEMBLE, PORQUE SOMOS MÁS FUERTES QUE NUNCA, PORQUE LA SERPIENTE HA DESPERTADO!

—¡*Athara vità salveh kha!* —respondieron todas las mujeres a voz en grito.

«Shaula no está jugando con fuego, se metió la antorcha a la boca», había dicho Lyra al contarme del juicio y condena de la princesa escorpión.

—No, Lyra. Nos equivocamos —susurré tras limpiarme las lágrimas de las mejillas por la emoción del momento histórico que presenciaba—. Shaula no jugaba con fuego, Shaula es la llama.

Las bahamitas tiraron los cuerpos de los diez hombres al suelo y marcharon hacia atrás, de vuelta a la tierra del sol naranja.

Estuve tan embelesada con ellas, con su rugido, con su fuerza, que no sentí el miedo que debía hasta que me fijé mejor en lo que habían dejado a sus pies.

Orión.

Lo recogí con ayuda de otros hombres y lo arrastré hasta el interior del bar. Estaba herido. Costras de sangre arropaban su cuerpo. Tenía un par de vendajes en cada muñeca, cada uno con un círculo de sangre que se asomaba desde la cara interior. Su piel estaba ardiendo, llena de ampollas y pústulas por el sol. Sus labios estaban resecos y su cabello tan lleno de tierra que caía como nieve cada vez que se movía.

No podía ni mantenerse en pie.

—Por favor, traiga agua y algo de comer —dije a una de las personas a mi alcance que corrió de inmediato a hablar con el encargado del bar.

Entonces, como revitalizado por el sonido de mi voz, Orión abrió los ojos y comenzó a buscarme con sus manos.

—Aquí...

—Shhh. —Me incliné sobre él y le besé el rostro repetidas veces sin importarme la suciedad o el calor de su piel, sin poder creer que estuviera ahí, vivo y combatiendo la idea de que podía perderlo—. No digas ni una palabra hasta que hayas comido y bebido.



—Cuéntame qué pasó —le dije esa noche en mi cama después de que se estabilizara, aseara y recostara conmigo con el torso descubierto. Olía delicioso, su piel estaba fresca y su cabello limpio, pero seguía teniendo las muñecas vendadas, entonces con retazos de tela negra para no tener que verse las profundas cicatrices que casi acaban con su vida.

—Primero háblame tú. ¿Cómo te fue en la prueba? ¿Estás bien?

—Estoy excelente, Orión. Me preocupas tú. ¿Qué fue eso? Necesito saber qué pasó y qué...

La mano de Orión se deslizó hasta mi mejilla y volteó mi rostro para tener acceso a mis labios. Depositó en ellos un beso corto y profundo que me robó el aliento.

—Sé que quieres respuestas —susurró contra mis labios—, pero yo lo que quiero justo ahora, y luego de casi perderte, es besarte.

—Orión, por favor... —Sonreí y le besé una mejilla, luego la otra.

Tenía días sin una probada de felicidad, tenerlo ahí fue como regresar a un punto de mi vida en el que no existieran Sargas, las leyes y las injusticias. Luego recordé que ese punto nunca había existido. Ese punto era Orión. Con él nunca había sido propiedad de nadie. Con él nunca fui vendida. Nunca fui viuda. Nunca fui una mujer en Áragog, con todo lo que eso implicaba. Con él era Aquía; es la razón de que él sea mi lugar favorito.

—Levántate un momento —le pedí.

Él obedeció sin comprender lo que ocurría, las cosas que me pasaban por la mente.

—En este capítulo de mi vida estoy viva y estamos juntos. Sé que parece que esto es lo último en que deberíamos pensar ahora, por cómo están las cosas, pero... —Me puse de rodillas ante él, mis manos cruzadas a mi espalda, mis labios besando su ingle—. Pienso que, por cómo están las cosas, esto es lo que nos merecemos.

Orión llevó su mano a la parte posterior de mi cabeza e introdujo sus dedos por los mechones de mi cabello, alzó mi rostro con su firme agarre para que hiciéramos contacto visual. Vi el deseo en sus ojos, y sé que él notaba lo mismo en los míos, ansias que no fui capaz de fingir por Sargas brotaban de mí con solo tener cerca a Orión.

—¿Segura, mi *lady*?

—Llámame *madame*, por lo demás tú puedes hacer lo que quieras conmigo.

Orión sonrió con malicia y sin previo aviso me alzó hasta llevarme cargada sobre sus hombros. Me hizo bajar las escaleras con mi cuerpo colgando de su espalda y sus manos en mi trasero.

—¿A dónde me lleva, caballero? Esto cuenta como secuestro.

—Calma, preciosa, solo te llevo a comer.

—¿A comer o a comerme?

Me bajó cuando llegamos a sala de estar y me hizo sentarme en la mesa a su lado.

—Úrsula —le habló a mi vendida—. ¿Será que nos puedes preparar una

taza de chocolate caliente?

Ella asintió y se marchó a la cocina.

—¿Qué haces, Orión?

—Tú espera —me dijo.

—Solo te digo que mientras el chocolate se calienta, yo me enfrío.

Entonces Orión me miró. No había rastro de la ternura con la que me besaba en la cama, solo hambre. Nos habíamos deseado por demasiado tiempo y, cuando al fin nos tuvimos, nos vimos obligados a separarnos y a casi perdernos el uno al otro para siempre. Orión me encanta porque, con él, yo no tenía que usar las técnicas memorizadas en Mujercitas para que me deseara: él ya lo hacía. Con él, el sexo no es solo preocupación por si cumplo con mi deber; con él, yo importo. Importa mi placer, mi deseo. Él aviva y satisface mi lujuria sin hacerme sentir condenada.

Llevó su rostro muy cerca de mi oído, con lentitud agónica. Erizó la piel de mis hombros, hizo que sintiera la necesidad de esconder mi cuello de su acecho, pero a la vez deseaba que me tocara.

Y no lo hizo, al menos no en esa área. Ni siquiera habló. Solo me miró, intimidándome, como si estudiara la curva de mi cuello, como si memorizara cada surco de mi piel. Su respiración demasiado cerca de mí tenía a la mía entrecortada.

Una de sus manos tocó la mía y la llevó debajo de su lado de la mesa, sobre su regazo. La posó sobre su pantalón y presionó solo un poco para que sintiera su dureza. Me tomé el atrevimiento de cerrar mi mano y apretarla. Arranqué de él una exhalación de placer que chocó con mi cuello y me hizo apretar las piernas para contener la llama que empezaba a encenderse entre ellas.

Entonces, con mi mano todavía en su pantalón, me agarró del cuello y susurró a mi oído:

—Eso... es solo para que veas lo mucho que me va a costar enfriarme.

Besó mi oreja, pasó su lengua por mi lóbulo y mantuvo firme su agarre sobre mi cuello para que no pudiera apartarme de él.

Se me escapó un suspiro de placer de mis labios, y enseguida cubrí mi boca al recordar en qué situación estábamos. En pleno comedor, con mis vendidas cerca y prontas a aparecer.

Adiviné que Orión estaba disfrutando el momento por el temblor en las comisuras de sus labios que anticipaba su sonrisa.

—¿Le excita el exhibicionismo, caballero?

Orión terminó de sonreír con libertad, se acercó a mi boca y apresó mi labio inferior entre sus dientes, lo acaricio con su lengua y lo soltó.

—Me lo debe, *madame*... —Metió su mano bajo la mesa y la posó sobre mi pierna, la apretó y precedió a levantar la fina seda de mi ropa de cama—. ¿O lo ha olvidado ya? Lo que hizo cuando... —Sus dedos recorrieron mi muslo desnudo, ascendiendo poco a poco hacia mi centro. Contuve por completo mi respiración—... cuando iba a entregarla a Sargas y solo nos separaba una pared... ¿Ha olvidado lo que hizo ese día, *madame*?

Tragué en seco, sus dedos estaban apartando mi ropa interior.

—Quiero dártelo todo, Aquía. —Sus labios depositaron cálidos besos por todo mi cuello, incliné más la cabeza para que tuviera mejor accesibilidad—. Todo. Una y otra vez... —Había logrado acceder. Sus dedos contra el área más caliente en todo mi cuerpo, apenas un roce, de arriba hacia abajo, sin apuros, pero para mí era un vértice de placer. Delicioso, placentero y desesperante—. Una y otra vez...

Aferró su mano a mi cuello y comenzó a lamerme detrás de la oreja. Sentí que iba a desmayarme de satisfacción; me sentí deseosa, cargada de un hambre voraz, ardiente y libre de ser tal como era en sus brazos. Él me daba placer con cada roce, lamida y respiración cercana a mi piel. Él me satisfacía sin preguntarme cómo me atrevía a desear algo tan impuro y primitivo, algo que se suponía estaba mal, pero que en definitiva se sentía muy bien.

Me gustaba que no se moviera de mi punto favorito, que no bajara más, como si supiera justo dónde podía complacerme. También, agradecía que usara sus dedos solo para jugar por fuera, lo único que deseaba que introdujese en mí estaba preso en su pantalón.

—Por eso quiero que no te reprimas, Aquía —continuó. Mi respiración estaba muy agitada a pesar de que él no había subido la velocidad con la que me acariciaba abajo. Estaba haciendo un esfuerzo inmenso por no hacer ruidos—. Y que, cuando tengas que terminar, termines. No te preocupes por mí.

—No, por favor —rogué. Mi voz sonó más quebrada de lo que pretendía. Casi no podía hablar sin tener que gemir.

—Shhh...

Entonces apareció Úrsula con dos tazas de chocolate caliente, Orión seguía con su mano debajo de la mesa y sus labios pegados a mi cuello, solo que entonces disimuló al darme besos más inocentes, Luego volvió a

sentarse con la vista al frente.

Todo en orden.

Le agradeció a Úrsula, recibió las tazas de chocolate y le preguntó por su día mientras ella, muy complacida y consternada por su interés, le contestó con amabilidad. Solo había un pequeño detalle fuera de lugar... y es que Orión no había sacado su mano de debajo de mi falda y sus dedos jamás pararon de rozarme.

Me costaba mucho mantener mi respiración en calma. Lo que él hacía me gustaba tanto que llegué a morderme los labios para no hacer ningún tipo de sonido delator.

Su sonrisa satisfecha me embriagaba, él estaba disfrutando muchísimo con su tortura mientras mantenía una máscara de inocencia al referirse a mi vendida.

Llegó un punto en el que la desesperación era tal, las ganas de que terminaran de estallar los nervios que él alborotaba con sus caricias en mi entrepierna, que llevé una mano a su muñeca y lo detuve con firmeza.

Su rostro no tuvo ningún cambio ni su conversación se vio interrumpida a excepción de que su sonrisa de pronto estuvo más radiante. De verdad, lo estaba disfrutando muchísimo.

—Úrsula —la llamé.

—¿Sí, *madame*?

—Tú, Jazz y Nix salgan de la casa. Tienen el día libre, yo me encargo de la cena.

Luego de que se hubiesen marchado, Orión y yo quedamos con la vista al frente, sin mirarnos. Yo esperaba a que el pulso en mi cuello se calmara, y él no dejaba esa sonrisa diabólica que lo poseía.

—Estás acelerada, preciosa —me dijo.

Tragué en seco. Sus dedos habían quedado en pausa: yo todavía aferraba su muñeca. Usé mi mano para guiar la suya, y la acerqué lo suficiente para que con sus dedos descubriera lo húmeda que estaba gracias a lo que me había hecho.

La expresión de su rostro cambió a una más seria, más determinaba. Se levantó y se puso detrás del respaldo de mi silla. Contuve mi respiración por largos segundos a la expectativa de lo que iba a pasar, y lo sentí pegarse a mí. Una mano suya rodeó mi cintura; la otra comenzó a rozarme con sus dedos desde la sien y pasó, con una lentitud que me erizaba, sobre la piel de mi pómulo hasta detenerse un rato en mis labios entreabiertos.

Recorrió mi boca con la yema de su índice. Primero, se deslizó por toda la piel seca sin rastro de lápiz labial y luego introdujo más su dedo hasta encontrarse con la parte más tierna y húmeda de mis labios.

Asomé mi lengua y rocé su dedo con la punta. Luego cerré mis labios alrededor de su índice y dejé que él lo introdujera más para chuparlo y lamerlo como sabía que le gustaba que hiciera en otra parte de su cuerpo. Incluso le regalé una pequeña mordida y una lamida final mientras lo sacaba, mojando mis labios con el rastro de mi propia saliva.

Lo miré. Era una mirada que no sabía fingir, que me salía sola. Lo invitaba a tomarme, le confesaba mi más primitivo deseo hacia él; le ofrecía el pecado como un manjar del que nadie debería privarse.

Entonces su mano tomó un lado de mi rostro, me volteó y me dirigió a su boca con tal hosquedad que no estoy segura de que si al final mi gemido fue de dolor, de sorpresa o de anhelo.

Me besó, pero cuando intenté prolongarlo, él me apartó y me dejó con la respiración agitada.

—Por favor —supliqué, mis pechos subían y bajaban con mi respiración y sus ojos se dirigieron a ellos.

La mano que rodeaba mi cintura subió hasta mi escote. La mano en mi rostro me obligó a volver mi vista al frente y luego bajó a unirse al juego en mi pecho. Se introdujeron en mi sostén y comenzaron a apretar mis senos mientras los labios de Orión, quien seguía a mi espalda, besaban mi clavícula, mi cuello, mi mandíbula.

Una mano bajó a mi entrepierna. Esta vez me bajó la ropa interior a las rodillas para tener más libertad. Usó mi propia humedad para lubricar mi punto favorito y empezó a tocarme con una deliciosa lentitud que hacía estallar mi ser, pasando su mano de arriba hacia abajo, ahora con más presión; ya no era solo un roce.

De repente, fue subiendo la velocidad, lo hacía al ritmo de las ganas que yo le tenía, y me arrancaba jadeos y gemidos similares al llanto mientras me mordía el cuello y su otra mano jugaba con mis senos, haciéndome que lo necesitara cada vez más.

Mis manos alborotaban su cabello, arañaban sus hombros, pero me sentía impotente al no poder voltearme, besarlo y permitir que me tomara.

Era inaudito que, a pesar de lo tierno que podía ser Orión día a día, pudiera disfrutar tanto de torturarme una vez llegaba el momento de consumir nuestras pasiones.

—¿Paro, preciosa?

Negué con la cabeza. Mis gemidos subieron su volumen conforme su mano aumentó la velocidad. Yo era su prioridad, mi placer era el suyo. Lo escuchaba suspirarme al oído extasiado con cada nueva manifestación audible mía.

Alcancé a tocar su erección y eché mi mano hacia atrás. Él la restregó contra mí para que no me quedaran dudas de lo duro y de lo palpitante que estaba, que me deseaba tanto como yo a él, pero que primero iba a mostrarme el cielo antes de bajarme las estrellas.

Apenas estuve segura de que su juego en mi entrepierna me haría llegar al punto de no retorno, él se detuvo.

Me levantó de la silla y se sentó en mi lugar. Él mismo bajó hasta sus rodillas toda la tela que impedía mi camino a su entrepierna. En efecto, estaba erecto y anhelante. Tenerlo así, saber que eso implicaba que él me necesitaba, que yo era la materialización de su deseo, me excitaba cada vez más.

Se palmeó las piernas para indicarme que me sentara encima de él, pero antes me arrodillé y comencé a lamer la cara interior de sus muslos.

—Preciosa, no debes jugar ahí.

—Me parece, caballero... —lamí mi mano y la cerré alrededor de su longitud para manipularla de arriba abajo con una ligera presión—, que todavía no entiende lo poco que me importa lo que se supone que no «debo» hacer.

—Me vas a llevar al infierno, ¿sabías?

Metió su mano detrás de mi cabello y me obligó a mirarlo. Pasé la punta de mi lengua alrededor de mis labios para anticiparle lo que venía, y me deleité mientras él mordía los suyos, ansioso.

—Nos iremos juntos, caballero.

Él no esperó por mí, acercó mi cara a su entrepierna y, con mi mano todavía alrededor de ella, la dirigí hacia mis labios. Acerqué apenas la punta para rozarla con mi lengua.

—¿Vas a aguantar? —le pregunté con inocencia; me refería a si sería capaz de contener las ganas de metérmela en la boca.

—No, ¿y tú? —Entonces empujé mi cara y la metió hasta la mitad de una vez.

Lo dejé que me manipulara a su antojo, que me penetrara la boca con cada movimiento de su muñeca y de sus caderas. Cada vez me daba más fuerte y

me hacía llegar más abajo. A pesar de que no llegaba a la base y más de una vez sentí que me asfixiaba, lo compensaba sentir que sus piernas temblaban, al comprender lo mucho que me necesitaba, lo mucho que le encantaba el interior de mi boca y el juego de mi lengua.

Hizo varias pausas para contenerse y, a pesar de que quise seguir en esos intervalos, él me mantenía bien aferrada por el cabello.

Luego siguió. Hizo que me lo tragara tanto como mi boca lo permitió, cada vez con más fuerza, cada vez más abajo.

—Mierda —musitó y me detuvo. Si hubiésemos seguido así, habría quedado fuera de juego.

Me separé de él y recuperé la respiración. Pasé mi pulgar por mis labios para limpiarme su jugo y mi saliva con mis ojos fijos en los suyos.

—Eres malditamente hermosa, Aquía.

Sonreí y me subí a su regazo con las piernas colgando a ambos lados y mi pecho de frente al suyo.

—Y me vas a amar más luego de esto —prometí.

Me alzó tras tomarme por los hombros para que no quedara sentada, sino apoyando los pies el piso, y comprendí a qué se había referido aquella vez con eso de tener «secuelas» de su versión cosmo. Su agarre fue demasiado fuerte; me lastimó y posteriormente me dejaría morado de cada lado. Al momento, no me importó, solo avivó las ganas que le tenía, pero más tarde me ayudó a comprender por qué había tardado tanto en decidir ese paso. Sin nuestros poderes, no podíamos igualar nuestras fuerzas y él estaba propenso a hacerme daño.

Al alzarme, su intención fue dejar el espacio suficiente para jugar con su miembro en mi entrada.

Suspiró y todo su cuerpo tembló cuando rozó su punta con la humedad que salía de mí.

—Mierda...

Sonreí y rodeé su cuello con mis brazos. Con lentitud me acerqué a su oreja y me aseguré de que mis labios lo rozaran al decirle:

—Parece que no podrá contenerse mucho, caballero.

—En efecto, *madame*.

Me hizo sentarme sobre él de golpe y lo clavó entero. Lo sentí más arriba del vientre, pero seguía queriendo más.

Comencé a moverme con movimientos lentos y casi en círculos, aferrándome a sus hombros. Me estremecía de placer. No sabía lo bien que

podía sentirse. Yo estaba demasiado húmeda, y esa posición estimulaba justo mi punto de placer. A la vez, él, dentro de mí, me hacía sentir cosas que me llevaban hasta el punto de querer decir cualquier clase de obscenidades.

Pero lo mejor era verlo. Me encantaba cómo se retorció mientras mis caderas se movían adelante y hacia atrás sobre su entrepierna, manipulándola a mi antojo.

Aceleré el movimiento, jadeé y disfruté de sus manos sobre mis glúteos que me obligaban a moverme con más fuerza y rapidez. Esa vez no pude contenerme, no con el torrente de deliciosas sensaciones que me embargaban mientras le saltaba encima de la entrepierna que salía y entraba completa en mí. Acabé gritando «más, más» y entonces me desplomé sobre él, jadeando como si hubiese ido corriendo a Baham.

Pero no se detuvo ahí. Me bajó, me puso de espaldas con el pecho pegado a la mesa y me subió la falda para tener mi trasero libre.

Se introdujo en mí de nuevo. Estaba tan necesitado que sus caderas crearon un ritmo precipitado y ascendente, se aferraba a mis glúteos y gruñía con cada gemido que me arrancaban sus embestidas.

Agradecida con Ara porque ya no había nadie en la torre, aunque pobres de los guardias que vigilaban mi puerta.

Con contenidas convulsiones de placer, Orión vació su jugo dentro de mí y se desplomó hacia adelante, pegándose más a la mesa. Al salir de dentro de mí, sentí que su líquido chorreaba por mis piernas.

No me preguntó por las hierbas esa vez; no sé si porque ya no le importaban o porque confiaba en que había empezado a tomarlas desde la primera noche.

Lo besé, todavía tratando de recuperar la respiración y de sacarme la versión obscena de mí misma de la cabeza.

—Después de esta cogida, tendré que ir al templo de Ara a diario si quiero tener posibilidades de salvar mi alma —expresó Orión con un suspiro.

Solté una de las carcajadas más honestas de mi vida y le besé los labios a pesar de que se veía sin aliento.

—Te amo.

No me respondió al momento, se limitó a mirarme como si me venerara. Me veía como si no pudiera creer que acaba de acostarse conmigo y que de mi boca saliera un «te amo», honesto y espontáneo. Me dieron ganas de decirle: «Sí, Orión, te deseo. Sí, soy real. Sí, definitivamente soy tuya y

porque quiero, no porque tu dinero me compra».

Pero en cambio solo sonreí con las mejillas acaloradas por el rubor que me recorría la cara.

—Eres preciosa.

—No me subas más el ego, Orión.

Él sonrió, se quitó la cola que ataba su cabello y buscó mi mano izquierda. Primero besó su dorso, luego navegó en los pensamientos dentro de su cabeza y que yo no podía alcanzar mientras me acariciaba. Al final dio la impresión de que tomaba una decisión y entonces enrolló la liga en mi dedo anular.

Reí con ternura.

—¿Qué haces?

—No tiene que ser hoy, tampoco mañana ni en diez meses...

—Por todos los sirios de Ara... —Me enderecé en la mesa y dejé que mi bata volviera a caer sobre mis piernas y cubriera mi desnudez—. Estás jodiendo, ¿no?

Orión recuperó su ropa interior y se la puso, posterior a eso se arrodilló frente a mí, tomó mi mano en donde todavía tenía la liga de su cabello.

—Te compraré un anillo, lo juro, con la piedra más hermosa que pueda pagar. Pero la vida es demasiado malditamente imprevista, y no quiero que pase más tiempo sin hacerte esta pregunta.

—Ni se te ocurra —advertí y negué con la cabeza y la boca abierta. Estaba anonadada.

—Tengo que intentarlo, puedes rechazarme si quieres.

—Orión, no. —Seguí negando con la cabeza, las lágrimas amenazaban mis ojos. Eso estaba fuera de mis planes. No podía ser una guerrera si me comprometía con él. Ese detalle no encajaba en mi futuro, en lo que tenía pensado hacer.

—Mi diosa ya eres, Aquía, pero quisiera que fueras mi esposa. Algún día.

Cuando lo escuché, supe que todo lo demás no valía nada. No importaba si los demás me invalidaban porque había decidido enamorarme en lugar de ser una guerrera solitaria sin corazón. No importaba que, eventualmente, tendría que morir. No importaban Áragog ni todas sus malditas leyes. Porque, al menos, el tiempo que me quedaba, quería vivirlo con la libertad y el placer que me confería Orión Enif.

No tuve que decir acepto, solo dibujé los puntos de su constelación en mi pecho.

CAPÍTULO 43

Na'ts yah

Narración de Orión a Aquía

Llegué a Baham. Un desierto extenso. Montañas de arena, viviendas de construcción lamentable, puestos al aire libre, hombres abanicados por mujeres, mujeres cargando peso, niños correteando y jugando.

Nada parecía fuera de lo normal, salvo que nunca había estado ahí, debajo de la fuerza imperiosa del sol anaranjado. Por un lado mis ojos estaban poco asombrados y maravillados, como cuando ves una hilera de cuadros perfectamente alineados en una pared, o que tu pareja de baile combinó a la perfección el maquillaje, la ropa y los accesorios. Ya ves, todo un placer visual porque es algo que no estás acostumbrado a mirar. A veces, aunque las cosas puedan ser dolorosas, al momento de mirarlas por primera vez... te maravillan.

Así me pasó con el sol naranja. Luego, mi piel, acostumbrada a la caricia del frío de Ara, creo que..., no sé, se doblegó bajo su poder. Tuve que cubrirme con más ropa de la que parecía necesaria, y sentí que me sofocaba por esa misma razón.

Me sorprendió la cantidad de jovencitas con el abdomen descubierto, los niños descalzos, como si sus pies fuesen inmunes a las brasas del suelo. Las mujeres con ropas vaporosas, los hombres con el pecho expuesto.

Recuerdo que pensé que tenían la piel de hierro, pero ahora que lo vuelvo a pensar entiendo que hasta el hierro se calienta bajo el poder del sol. Los bahamitas están hechos de otra cosa, algo más fuerte.

No había ni rastros de los disturbios de los que habló el mensajero ese de mierda. Nada, ni una sombra fuera de lugar. Pero sí tuvo que haber algo porque unas noches antes de llegar a Baham encontramos poblaciones enteras que habían sido saqueadas e incineradas. Sus habitantes o bien habían sido masacrados o bien escaparon a otro lugar.

Así que traté de buscar algún indicio en Baham, lo que fuera, de que

tuvieran rehenes y cadáveres que se cocinaran al sol; pero nada.

Me dirigí a Jalast'ar Nashira, el mercader que domina los negocios de Baham, prácticamente su gobernante. El hombre estaba tirado con las piernas abiertas en una silla de mimbre tejido mientras doce doncellas con poca ropa lo abanicaban y le daban de comer en la boca.

Le pedí a mis hombres que me cubrieran la espalda, y les aclaré que no tenían permiso de atacar hasta que yo diera la orden, lo cual dudé. Jalast'ar parecía más interesado en enfriarse las bolas que de librarse de nosotros. Debí haber previsto lo que sucedía solo con eso.

—¿A qué has venido? —me preguntó con una sonrisa que chorreaba el jugo de las moras que se devoraba—. Tú y tu manada de salvajes.

Saqué a Cassio de su vaina, clavé su punta en el suelo y recosté mi brazo en su empuñadura, mirando al mercader entonces más despreocupado. Conocía a los tipos de su clase, los protocolos se los pasan por el forro del ano, no valía la pena ponerme a defender el honor de la guardia delante de él.

—Nos llama salvajes el rey de la manada de monos desnutridos. En fin, la hipocresía. —Me sentí tan cómodo que incluso robé unas moras de su cuenco—. No he venido aquí por ti, ni a causar ningún tipo de daño a los tuyos, solo quiero a la princesa.

—A mi nieta, querrás decir.

—Es la princesa de Áragog.

—En Baham no lo es.

—Baham es «parte» del territorio de Áragog.

Jalast'ar sonrió, se reclinó en su asiento hasta quedar sentado y me miró directo a los ojos como la serpiente que es.

—*Na'ts yah, khas.*

No hablo su lengua, sé muy poco de sus costumbres, solo conocía la definición de «khas» porque, como caballero, es lógico que sepa cómo nos llaman en otros idiomas. Pero no necesité un traductor para que me explicara que acababa de decirme «Hoy no, caballero»

Mi instinto me llevó a girarme hacia mis hombres. Lo hice a tiempo para ver lo que les sucedía, mas no para detenerlo.

De uno de los médanos de arena, se dispararon ráfagas de flechas encendidas. La mitad de mis hombres cayó gritando por las llamas, o en silencio por el golpe letal. Los demás se pusieron en guardia sin saber hacia dónde atacar, por lo que decidieron irse contra los bahamitas a su alrededor.

Ninguno esperaba que de las carpas comenzaran a salir mujeres armadas.

Lanzas volaban de un extremo a otro, acertando a los hombres al frente y de la retaguardia. Crearon lluvias de sangre que hacían distinguir las armaduras con un llamativo carmesí. Los que quedaban en pie se debatían a espadas contra los cuchillitos de las mujeres. Pero ellos caían, no ellas. ¡No podía entenderlo!

Una mujer de cabello corto y un tapabocas negro se lanzó contra mí con dos dagas largas en sus manos. Recuerdo que desenvainé a Cassio y pensé: «Mierda, no. Esto es demasiado injusto, no quiero matarla».

Pero ella esquivó cada una de mis estocadas, incluso las más letales y las más fuertes. No se defendía, solo esquivaba, pero su agilidad y movilidad eran sorprendentes. Casi... casi podría compararla con una serpiente. Ahora que lo pienso... ¡era una serpiente! Todo en ella podría compararse con una. Su mirada de víbora, sus movimientos, su manera de desplazarse. De repente estaba frente a mí y blandía sus cuchillos, y al otro instante rodaba entre mis piernas, aparecía por detrás y me hacía un corte en las zonas desprotegidas de mi espalda. Solo por alardear, como si dijera: «Puedo matarte, pero no quiero».

Cassio me pedía que lo usara. No la espada, el poder en ella, pero yo pensaba: «No te necesito para salir ileso de esto».

Con determinación, me dispuse a acabar con ella. No podíamos seguir bailando mientras mis hombres caían por decenas.

No sabes la impotencia que sentí, las ganas, la sed. Jamás me había sentido así de frustrado. En cada parpadeo ella desaparecía y se movía con una energía voraz. Por cada movimiento mío, ella ejecutaba tres. El peso de mi armadura, la espada y la cota de malla también jugaban en mi contra. Estaba pesado, sofocado por el calor, me hundía en la arena, mientras ella se desplazaba con la misma facilidad que la tela fina que conformaba su ropaje ondeaba en el viento.

Poco a poco, y cuanto más me cansaba, me fui deshaciendo de las corazas que me cubrían para aligerar mi peso. Seguía ignorando el poder de Cassio para no herir mi orgullo. No quería tener que ganarle así.

En una oportunidad, como si me hubiese cansado de jugar con ella, y más ligero ahora que mi armadura descansaba en el suelo, alcé a Cassio para decapitar a mi oponente en un solo movimiento.

Ella pareció adivinarlo, leyó mis intenciones, así que en tres movimientos más rápidos que un parpadeo, se coló entre mis brazos mientras levantaba

mi espada para la ejecución y blandió sus dagas. Hizo dos profundos cortes en mis muñecas.

La sangre me caía a chorros, como cascadas. Empecé a ver puntos oscuros, mi visión se borró y... estaba tan mareado que me desplomé de espalda, pero dos mujeres me atraparon. Las mismas se encargaron de parar la hemorragia y vendarme. Me dieron de beber una infusión que mantuvo el sangrado al mínimo mientras me suturaban.

La mujer que me venció se quitó el tapabocas y se inclinó sobre mí. La reconocí a pesar del cambio en su cabello.

La princesa escorpión.

—¿Sorprendido? —preguntó.

—Mareado, debo admitir.

—No te voy a matar.

—Ya me di cuenta, muchas gracias.

—Por Aquí. Y por Sargas. Porque al final de cuentas eres su hermano, y el muy bastardo es el mío.

Le regalé una sonrisa teatral, imagino que me salió convaleciente, apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Eres un solecito, princesa —murmuré con las gotas de mi sentido del humor que todavía no se evaporaban de mi cuerpo. ¿Qué te puedo decir? Estaba por perder toda mi sangre, mas no mi encanto.

—En realidad, soy reina —me corrigió ella. En ese momento no podía decidir si había escuchado bien o estaba alucinando—. O lo seré. Mi coronación será pronto.

—¿Sargas te obsequiarán su corona? ¡Qué caritativo es nuestro hermano!

La princesa Shaula siempre fue una de esas mujeres que admiré en secreto, lo que algunos llaman un amor platónico. Siempre quedaba bombardeado por la intensidad de sus ojos, cómo ella no necesitaba nada más que su mirada para ser tan cautivante. Sin embargo, recuerdo lo mucho que me inquietó la sonrisa que se formó en sus labios ante mis palabras.

—Solo quiero que sepas que podría no dejar vivo a ninguno de tus hombres, pero dejaré vivir a diez.

—De nuevo, quedo sorprendido por su dadivosidad, alteza.

—Los dejo vivir porque necesito que vayan a Ara por mí y que le den a mi padre un mensaje. Dile que se quede su corona. Dile: «*Athara vità salveh kha*». Dile que Baham es libre, y que no volverá a inclinarse ante él. Dile que no le estoy pidiendo permiso, y que si quiere hacer las cosas por

las malas, que se atenga a iniciar la primera guerra que Áragog va a conocer.

»Ah, y dile que su hija es Shaula Nashira, reina de Baham, la tierra libre: el demonio que sobrevivió a los grandes soles de fuego.



FANART

@tylerevelynrood

CAPÍTULO 44

El cisne tomó su canal

Meses más tarde

Cuando empezó esta historia, solo había tenido un arma entre mis manos: el lápiz labial. Ahora, en su final, he aprendido a defenderme con casi cualquier cosa y, sin embargo, sigo volviendo a él.

Me gusta que mi vida no haya sido exclusiva de espadas y cuchillos, sino haber podido disfrutar también de vestidos y de maquillaje. El reino me hizo vendida, las circunstancias me llevaron a volverme asesina, pero hubo pequeños momentos en los que fui solo Aquía, una mujer feliz que satisfacía sus gustos.

Como la tarde que bebí con Shaula y Lyra, la primera vez que escuché cantar a la princesa escorpión que pronto reinará en Baham.

Al conocer a Ares y a Leo y empezar nuestro entrenamiento, el cual pronto daría paso a una amistad. Los gemelos demasiado distintos que no pude sino amarlos a cada uno como individuo.

En mis discusiones con Orión por el orden y mi gusto al combinarme, cuando todavía se debatía entre ser un caballero honrado y respetar la propiedad de su hermano, o dar rienda suelta a la atracción que crecía entre nosotros y conocerme. O la primera vez que vi su torso desnudo al entrenar solos en el salón de asesinos, cuando lord Zeta lo descubrió encima de mí.

Todavía me pregunto qué habría sucedido si esa interrupción jamás hubiera existido.

Pero la vida de una mujer en Áragog está llena de interrupciones, por eso debemos aprovechar cada oportunidad, por mínima que sea, de burlarnos de sus leyes.

Mis labios mataron a un hombre. Mi cabello lo ahorcó mientras vivía. Mis muñecas hicieron añicos un muro y arrastraron sus pedazos mientras colgaban de ellas. Vencí sirios —humanos y animales—, y me enfrenté a hombres que me doblaban en número y tamaño.

Me recuerdo eso mientras mis vendidas me alistan porque necesito convencerme de que, sin importar lo que haya allá afuera, podré vencerlo.

Uso uno de mis trajes con pernera, el cual le da mayor movilidad a mi cuerpo, con tela que se adhiere y estira, y una media falda detrás que da la impresión de que tengo puesta una capa.

Tengo dagas ocultas hasta en el escote, algunas amarradas con correas a mis antebrazos y muñeca, camufladas en el gris azulado de mi atuendo. Llevo mis gladios gemelos envainados en mi cinturón, anillos de púas, hojas afiladas sueltas en mis bolsillos, rodilleras, protectores de codo y otros en el interior de mi sujetador, todos hechos de láminas de acero. Y, por supuesto, mis botas flexibles con punta de hierro.

Anoche anunciaron la última prueba y nos encerraron a esperarla. Me dieron la oportunidad de mandar a mis vendidas a buscar lo que me llevaría al evento: ropa, armamento y equipos de defensa.

Pedí lo que me parecía más indispensable y que podía llevar encima sin tener que andar con un bolso a la espalda o una armadura que me reste movilidad. Dudo mucho que si alguien se acerca a matarme en medio de la prueba, tenga tiempo para decir: «Espera, deja saco mi escudo del bolso y seguimos».

Nadie sabe lo que nos espera allá afuera, qué o quién, y bajo qué reglas nos enfrentaremos a ello. Estamos a ciegas, pero esta vez nos dieron un tiempo para escoger qué llevarnos a la oscuridad. Es de esperarse que, con esta ventaja, si perdemos, la culpa será en su totalidad nuestra.

Pero de vez en cuando se escucha el rugido de la multitud, su impaciencia, cómo nos aclaman. Ha sido así durante toda la madrugada y, cuanto más pasa el tiempo, más fuerte se hace, como si estuviera llegando más gente conforme avanzan las horas. Esto me revela que, donde sea que se encuentre la cueva en la que nos encerraron, está «dentro» del lugar de la última prueba.

—Ganarás —dice Nix a mi espalda mientras trenza mi cabello. Mis tres vendidas hoy llevan el cabello trenzado en mi honor y un tatuaje con mi constelación en sus brazos. Por eso están usando mangas largas, cuidan de que nadie se los vea.

—Debo ganar —respondo. En el espejo de la cueva alcanzo a leer en mis ojos lo que no digo: «debo, pero no quiero». No si eso implica que Ares morirá.

Escucho pasos resonar por la piedra del pasillo exterior a la cueva, y luego

escucho las cadenas liberar la puerta que me mantiene encerrada.

Me tenso mientras espero lo peor, pero acabo por relajarme cuando alcanzo a identificar a Lesath Scorp en el espejo.

—Bonito anillo —me dice.

En un impulso de miedo ante sus palabras y las implicaciones que podría haber en estas, oculto mi mano con la otra. Porque sé que no se refiere a ninguno de los anillos que tengo para defenderme.

—Le agradezco, majestad. ¿Qué lo trae por aquí?

—No había pasado a darte mis felicitaciones.

—No las necesito, pero muchas gracias. —Le regalo una sonrisa fingida.

—Lo que no necesitas es suerte, pero creo que te debo honestidad.

Me río, aunque sospecho que el chiste apenas comienza.

—Me debe más que eso, majestad. Me debe una vida, me debe mi libertad. Me debe a mis amigos. A veces quisiera saber... qué se siente. ¿Qué se siente nacer hombre y saber que, sin importar nada, puedes ser, hablar y sentir lo que te dé la gana?

—No lo sé. —Aquello me sonó demasiado honesto que no le encontré lógica—. Se te olvida que, además de hombre, nací rey. No puedo decir lo que quiero, ni dar libertad a mis sentimientos, no a los que me importan. Todos mis movimientos son vigilados, y mis decisiones pasadas por lupa. Lo que digo es sobreanalizado, lo que pienso está en riesgo de ser adivinado. Cada palabra que sale de mi boca debo pensarla mil veces, y consultarla con muchas personas más. Y, al final, sin importar lo que haga o diga, siempre se me juzgará por lo que haya hecho «menos bien».

—Lamento decirle esto, pero no siento lástima por usted.

—Ni yo por ti. En eso somos idénticos, ¿no?

—Ruego a Ara porque nuestras similitudes terminen ahí.

El rey da unos pasos más cerca de mí, con una sonrisa difícil de descifrar en sus labios. ¿Es pena eso que se asomó por sus comisuras? ¿O es tristeza lo que se traduce en sus ojos?

—Perderé la corona. Imagino que lo sabes.

—Se equivoca. Sí he oído rumores sobre su juicio, pero usted conseguirá la forma de...

—¿Eludirlo? ¿Voltearlo a mi favor? No, en lo absoluto. Me quitarán el poder, sin duda. Y no por haber tirado la corona, esa es una simple excusa, cuya llegada la Iglesia ha estado esperando con paciencia. Me quitarán la corona porque Áragog empieza a sospechar lo que yo mismo me he estado

negando por años.

Alzo una ceja. No puedo negar que mi confusión y curiosidad son gemelas en este momento.

—Ilústreme.

—La Iglesia y la ley están dispuestas a ir a la guerra por la preservación de sus costumbres. Yo no. Yo le sirvo a la paz, me debo a ella, y es lo que he intentado conservar en estos años de reinado. Pero hemos estado construyendo nuestra paz sobre el estómago de un tigre en coma. ¿Y qué pasará cuando despierte? Tarde o temprano, se levantará, rugirá, con hambre, y no solo nos derrumbará, sino que va a devorarnos. Ese es mi secreto. Trato de mantener un método en el que ya no sé si creo, y eso me hace un pésimo rey para Áragog.

»Por eso me van a destituir. La Iglesia, el consejo, los lores, los sabios... Todos me juzgan por lo que hizo mi hija como si lo hubiese hecho yo mismo, por no verlo venir, por no someterla. «¿Cómo gobernará un reino si no puede ni someter a su propia hija?». Y como prueba de mi devoción, de lo que estoy dispuesto a hacer por la Corona, quieren que marche contra ella. Tuve fe en Antares, creí que él me sacaría de esta. El hijo ejemplar, y ahora él también se voltea.

El rey suspira y se pasa un pañuelo por la frente para secarse el sudor. Exceptuando la explosión que tuvo cuando la nobleza se volvió contra Shaula, no había visto al rey así de... accesible, vulnerable... *humano*.

—Sentiré alivio cuando esto acabe y me quiten la corona. Me sentiré libre de cometer errores. No tienes idea de lo mucho que uno puede extrañar cagarla con libertad cuando se es rey.

—Espere... no entiendo una cosa. Dice que Antares también le falló. ¿A qué se refiere? ¿No lo había mandado a...?

—Supuse que preguntarías eso, así que te dejo esto aquí para que lo leas ya que... Tengo entendido que ella era tu amiga. —El rey se levantó y dejó un sobre encima de mi regazo—. Bien, creo que he dicho suficiente, solo me queda agregar una cosita: si tuviera que apostar, apostaría por ti, pero si ganas... no puedo alegrarme por ti, no cuando sé lo que te espera. En fin, espero que el sabor de la victoria te dure lo suficiente para ignorar lo que vendrá después.

Me da la espalda, sin explicarse, sin esperar mis preguntas, sin darle contexto al montón de confesiones sueltas que no vienen al caso.

Quedo seca, en blanco, vacía de opiniones propias o de un punto de

partida para darle lógica a las del rey. Porque se me hace trivial concentrarme en que Áragog está a punto de sufrir un cambio enorme en su monarquía. O en que su regente, el hombre de supuesto poder absoluto que hasta ahora me ha llevado al límite de mi resistencia por atreverme a desafiar sus leyes, su familia y sus creencias, acabe de confesar su admiración por mí, la decadencia de su fe y las fracturas en su reinado y núcleo familiar. Todo eso me parece banal e irrisorio cuando estoy a la puerta de una masacre por la que muchos, por el mero placer de presenciarla, pagaron una fortuna.

Pero me doy tiempo a abrir la carta en mi regazo, porque sé que podría ser mi última oportunidad para ello, y porque quien me la dio insinuó que tiene algo que ver con una de las personas que amo.

Está escrito en tinta negra sobre un papel color crema de excelente calidad. La ortografía es limpia, mas la caligrafía deja mucho que desear, no es como la pulcra, fina, corrida y ornamentada que reconozco de las cartas del rey. Antares escribe con mayúsculas demasiado grandes, sobre todo las «O», y no mantiene los márgenes y las líneas; sus palabras van ascendiendo hasta dejar frases casi en diagonal sobre el papel.

Me fijo en el enunciado el mensaje y me paralizó al ver que está escrito en la lengua de Baham.

«*Alianzha's taha*».

Esa expresión bahamita se podría traducir en: «Todos deberíamos ser aliados».

Antares. El protegido del linaje Scorp, el amado del reino, la apuesta de Lesath... ¿por qué escribe en la lengua de su hermana, la traidora? ¿Qué quiere decir con esas palabras?

¿Qué buscas, príncipe dorado?

Empiezo a leer:

Padre, siempre has querido dos cosas: paz, y que tu hijo legítimo sea rey. Por desgracia, estas dos cosas se repelen a sí mismas, y he empezado a notar que tus promesas flaquean. No quieres que Sargas reine, pero tampoco tienes la convicción y disposición para afrontar el caos que supondría que yo gobernara en su lugar. ¿Matarlo? ¿Revelar su estatus de bastardo? Todo acabaría igual. Lo menos que necesita nuestra familia justo ahora es que la Iglesia nos persiga. Tal vez pierdas la corona, pero tienes tiempo de hacer una última

cosa bien. Mi hermano no es manipulable, es volátil. Tarde o temprano perderá su trono o la cabeza, pero tú puedes salvar una parte de Áragog, una parte del apellido.

Shaula reina o reinará en una tierra que limita con el mar que rodea Áragog. Y, si ha podido desafiar todas nuestras leyes y costumbres, es de esperarse que romperá las reglas una vez más y abrirá tratados y comercios con los reinos y civilizaciones vecinas. Así que ella puede subsistir sin tu bendición.

Pero ¿y el norte? Los lores de aquí pueden vivir de la caza y de confeccionar sus propias ropas, pero me has enseñado lo suficiente como para saber que esta tierra no sobrevivirá, no con las comodidades que conoce y atesora, sin el respaldo y abastecimiento de la capital. No a menos que descubramos un portal mágico en los bosques congelados que nos lleve a fronteras que no figuren en los mapas.

Por eso, no te propongo un estado de enemistad ni de guerra, esto va más allá. Los Cygnus me dieron la bendición de casarme con su hija, lady Lyra, para que un Scorp gobierne sobre sus tierras, pero esta vez es el Scorp correcto. Te pido que no me quites tu bendición, y que Áragog y el norte sigan siendo vecinos amistosos.

Sargas sería rey, y yo también. Solo tienes que hacer un último decreto como rey: que Deneb es un reino libre e independiente del territorio de Áragog, y que lo aceptas al establecer un acuerdo de paz y de comercio entre nosotros. El linaje Scorp prevalecerá, reinará por los siglos de los siglos, solo que en otro sitio.

Te enorgulleceré, padre. Lo juro. Solo necesito tu bendición.

Porque tus dos sueños se cumplan: la paz y mi corona. En nombre de Ara y del rey.

Piénsalo, padre. Tal vez Shaula se fue no porque estuviera loca, sino porque tú nunca abriste los ojos a que tal vez muchas cosas no son como nos han enseñado.

Tal vez, todos deberíamos ser aliados.

CAPÍTULO 45

Darangelus sha'ha me

La única instrucción que me dan es «sobrevive».

Nadie me explica de qué trata el juego ni cuáles son sus reglas, solo acuden un par de guardias para empujarme fuera de mi cueva y me lanzan a la arena donde el público aguarda por mí.

Se trata de un laberinto de rocas. Estoy rodeada por grandes peñascos de tamaños variados, desde pequeñas rocas del tamaño de una letrina, hasta enormes como un carruaje. Todas se juntan para formar una especie de laberinto que me impide ver lo que hay más allá de estas murallas. La puerta de mi cueva ya se ha cerrado detrás de mí.

Puedo intuir que estamos en una arena circular y que cada competidor sale de su propia cueva para dar la cara a este sendero laberíntico.

Llevo mis dedos a mi anillo, el único que me importa, como si necesitara confirmar que sigue ahí y sentir que quien me lo obsequió está a mi lado.

Pero no siento cobijo, mentiría si digo que es así. Siento más ansiedad, más terror. Ese anillo solo sirve para recordarme lo que estoy a punto de perder.

Para deshacerme de esta idea, niego con mi cabeza y dibujo los puntos de la constelación de él en mi pecho.

—Puedo ganar —le dije la última noche que pasamos juntos, sin saber que el día después me secuestrarían para encerrarme en la cueva a esperar.

—Sé que puedes ganar, pero necesito que quieras hacerlo, cariño. Siento que no estás dispuesta.

Y tenía razón, pero no podía decírselo, así que me volteé hacia él y lo besé para intentar callar el resto de sus adivinanzas.

—Te amo, Aquía —susurró con su mano en mi rostro—. No vayas a dejarme nunca. Sé que no quieres hablar de esto, pero cuando estés allá... tienes que recordar... —Acarició la piedra del anillo en mi mano—. Debes recordar las razones que tienes para volver.

Niego con la cabeza. Necesito deshacerme de esos recuerdos que invocan

mis lágrimas. Necesito mis ojos secos y alertas, mis sentidos lúcidos, mis emociones de piedra.

Lo primero que se me ocurre es usar mis alas y huir de la arena para no tener que avanzar, pero al mirar hacia arriba descubro que nos encierra una cúpula de alambre de púas.

Nunca habría podido decir tan literalmente que soy como un ave enjaulada: con alas y sin poder volar.

—«¿Creíste que Lesath no tomaría medidas luego de descubrir tu naturaleza cosmo?».

—No, Sah, solo creí que esta vez la suerte y yo podríamos ser amigas.

Los alambres y las púas están tejidos entre espacios muy pequeños, como una red, pero incluso así se vislumbran las gradas ascendentes como escaleras, donde una multitud arrolladora, que podría poblar una ciudad, aguarda sentada. Aunque en realidad no «aguardan», rugen, levantan banderas que no alcanzo a leer desde mi posición, brincan y gritan cosas ininteligibles.

Soy como una hormiga ante aquellos que mueren por verme matar.

En medio de las gradas hay una plataforma única e independiente de las demás, como una alta torre en cuya cima se encuentra un trono rodeado de asientos exclusivos, pero más insignificantes. Ahí es donde supongo que está Lesath y, junto a él, el resto de las voces más influyentes de la ley y de la religión de Ara.

Doy un paso hacia el interior del laberinto. La tierra parece sentir mi presencia porque enseguida se cierran, alrededor de mis tobillos, unas enredaderas verdes con la contextura y la resistencia de las sogas de las horcas.

El jalón me tumba de espalda. El terreno es demasiado pedregoso, por lo que me abro la cabeza con la caída. Siento cómo mi cabello se llena de sangre que se acumula en mi nuca mientras las enredaderas me arrastran a ciegas, rotando y golpeándome con las rocas en los costados de mi cuerpo y en el rostro.

No sé hasta dónde me quiere llevar, pero no tengo mucho interés en descubrirlo. Saco uno de los gladios de mi cinto y corto con dos tajos las enredaderas poseídas.

Al levantarme, me siento magullada, adolorida y muy desorientada, pero alcanzo a escuchar algo cerca. No importa qué es lo que oigo, cuando estás en una arena con el público que aclama tu sangre, cualquier indicio que no

provenza de ti mismo es una amenaza.

Me agacho y pego la espalda a una de las piedras bajas que tengo cerca, no me oculto detrás de las más grandes porque eso sería lo obvio.

Espero, espero.

Siento el corazón en la boca, creo que estoy a punto de vomitarlo. Mi alimentación durante los últimos días no fue muy buena como para ahora mantenerme en pie, alerta, y con la energía suficiente para enfrentar cualquier amenaza.

Necesito mi poder.

—«No me uses tan rápido o perderás la ventaja» —me aconseja Sah.

Vuelvo a escuchar algo. No son pasos, no son gritos... Parece una respiración y sé que está muy cerca de mí, tal vez pegado a la piedra que me resguarda. Pero no, no es una respiración, este sonido cuenta con más vibraciones. Parece un...

Ronroneo.

—Lo siento, prefiero perder la ventaja que la vida.

Invoco a Sah, aunque ella se resiste, y tengo que combatir el dolor en mi espalda y su negativa mientras corro lo más lejos posible de aquel ruido animal.

¿Y si me salta encima y no estoy lista para luchar?

Caigo un par de veces, pero sigo avanzando mientras mis alas se materializan a mi espalda y dejo de oír la voz de Sah para empezar a «sentirla» en mi piel.

Solo me detengo cuando he llegado al propio centro de la arena, y no soy la única.

Somos ocho participantes en juego, aunque solo alcanzo a ver cuatro justo ahora en medio de la arena. Diría que me preocupan, pero mis ojos no se apartan de un hecho todavía más alarmante que dos pares de asesinos letales y sin empatía que necesitan hacer rodar mi cabeza para conservar las propias: dieciséis sirios caninos.

Mientras las bestias se mantengan en pie y nos doblen en número, incluso si estuviéramos en batalla, las criaturas significan una amenaza y nosotros deberíamos pasar a formar un equipo.

Y veo que no soy la única que piensa así.

Me escondo detrás de una roca alta y puntiaguda de dos cuerpos de ancho. Tengo que tolerar quedar apretujada cuando un pelirrojo, que parece tener músculos en los músculos de sus músculos, y un flacucho experto en

venenos al que le falta una oreja desde la primera prueba, se unen a mi escondite.

—La vendida sigue viva —comenta el pelirrojo.

—Sirios, supérenlo. —Suspiro de frustración—. ¿Algún plan?

—Que no nos coman —contesta el de los venenos.

—Créeme, ya se me había ocurrido —repongo.

Entonces se escucha al hombretón de los músculos profanar el nombre de todos los santos de las Sagradas Escrituras de Ara a voz en grito, un sonido de pavor que va apagándose conforme su cuerpo es arrastrado al centro de la arena.

Me asomo.

Su pie está atrapado hasta la pantorrilla entre las fauces de un sirio rabioso, sus manos se arrastran por la tierra pedregosa. La piel de sus dedos y palmas dejan un rastro de sangre por la presión con la que se aferran a las piedras. como si así pudiese detener lo inevitable.

Corro a él mientras le salta una segunda criatura a comerse sus costillas, no porque quisiera ayudarlo en realidad —sería hipócrita cuando sé que, segundos más tarde, no titubearía a la hora de asesinarlo—, sino porque sé que será más sencillo eliminar ambas bestias mientras se estén dando un banquete con su musculatura.

Grita con un nivel de agonía y dolor que no se puede fingir, que solo puede invocar la verdadera tortura, pero a pesar de ello no se rinde, sus brazos rodean la garganta de uno de los sirios mientras el otro mastica y mutila cada vez más arriba en su pierna.

El sirio entre sus brazos resiste sin desmayar, pero sus movimientos ahora se concentran en deshacerse del gancho del asesino que le roba el oxígeno. Aprovecho esa distracción y me lanzo sobre el cuerpo del segundo que está todavía inmerso en su festín.

Sobre su lomo, rodeo su cuello con un brazo y con la otra mano libero una de las dagas atadas a mis muñecas. La clavo siete veces en uno de sus ojos, y nos baño en sangre negra y putrefacta, cubriendo al cuerpo del otro asesino y a mí. Cuando la mandíbula del sirio se abre por completo, aprovecho para meter mi mano y apuñalar su paladar.

Lo aparto y veo cómo cae inerte, el cuerpo del otro sirio, por estrangulación. El pelirrojo lo consiguió. Logró asfixiar con sus brazos a una bestia sobrenatural. Lástima que ese será el último logro en su vida.

Le lanzo la daga, todavía sucia con la sustancia pegajosa y oscura que

brotó del sirio al ser apuñalado. Mi arma se clava en la tráquea del asesino y ni siquiera tiene oportunidad de maldecirme, pues sus cuerdas vocales se llenan de sangre que termina por escupir con un sucio gorgoteo antes de morir.

—Era ahora o nunca. Tú habrías hecho lo mismo —explico, aunque sé que ya no sirve de nada.

Escucho los rugidos a mi alrededor y trato de correr a ocultarme de nuevo, pero una bestia se me sube a la espalda y me pega de golpe al suelo. Sus garras se clavan a través de mi ropa como los dientes de una trampa de caza en la carne de una fiera.

Al caer, pego la boca del terreno y me parto los labios. Escupo mi sangre ligada con la tierra y me doy cuenta de que acabo de perder la mitad de un diente. La boca se me hincha demasiado y muy rápido que no la puedo mover sin que me duela.

Sucede demasiado rápido.

Estoy en el suelo, mientras sangro sin poder levantarme por el peso de la criatura que está encima de mí. En un segundo entiendo que podría ser mi fin, lo sé, porque con solo un mordisco en el cuello, podría tocar alguna arteria. Me apagaría.

Pero no sucede nada de eso, salvo que el animal se desploma a un lado de mí, entre aullidos de dolor en medio de convulsiones. Me levanto de un salto y veo el cuchillo de caza clavado en su costado.

En un vistazo rápido con mis reflejos aumentados, capto la silueta del responsable mientras se oculta detrás de uno de los grandes peñascos.

—Lamento decepcionarte, Ares, pero ya te vi. Y, descuida, jamás revelaré a nadie que en el fondo seguimos siendo amigos.

Con una sonrisa, huyo de aquel punto de mira donde otros competidores se debaten contra los sirios que los atacan.

Estoy agitada por la adrenalina y por el miedo, pero también deleitada por el sabor del éxtasis.

Nadie te lo dice nunca, pero matar, cuando tu vida depende de ello, es afrodisíaco.

Mis alas aparecen tras abrir ranuras en la tela de mi traje al igual que se abre mi piel cada vez que necesitan salir de mí. Confieso que las amo. Cada pieza de su plumaje y cada cartílago que las sostiene ya es parte de mí.

Me muestro al público como el águila que soy y descubro que con mi visión mejorada puedo ver incluso el rostro de Lesath Scorp si me

concentro solo en eso.

Corro para no dejar de moverme ni ser un blanco fácil. Con la ayuda de mis sentidos renovados, capto el silbido de una flecha antes de que impacte contra mi nuca.

Me giro y la tomo con una mano de la varilla de madera. Mi acción me recuerda a Leo. Repito en mi cabeza la primera vez que lo vi demostrarme sus habilidades al atrapar el cuchillo que le lanzó su hermano.

¿Estará Ares pensando en él justo ahora, mientras ejecuta sirios y humanos, uno tras otro, sin siquiera inmutarse o tomar aliento?

Giro y me tiro al suelo para evitar un nuevo ataque del arquero anónimo, y busco con la vista la persona que atentó contra mí.

Solo hay dos piedras juntas con un minúsculo espacio entre ellas por donde debió asomarse la persona que me atacó.

Espero, porque sé que es lo que tengo que hacer, hasta que se asoma.

Ni siquiera me doy tiempo a reconocerlo, solo alcanzo a ver parte de su frente, su perfil, unos mechones de cabello y su ojo.

Él necesitó un arco para atentar contra mí, a mí me basta con tomar impulso con mi brazo y arrojar la flecha en su dirección para acertar. Le atravieso ambas mejillas de lado y lo escucho gritar.

A pesar de que Aquila intensifica mis sentidos, no los hace infalibles. Concentrarme en el hombre de la flecha resulta ser un descuido, puesto que alguien rueda contra mis pies, y me hace caer de espalda sobre mis alas.

Se me lanza encima y siento que su navaja apuñala mi vientre. Es tan repentino y doloroso que me hace gritar el nombre de una deidad a la que no soy devota.

Un sirio se me engancha a la pierna y comienza a masticar mi carne, mis huesos, mis tendones, mis nervios. Quiero enviar el poder de Aquila a aminorar el impacto de la puñalada que podría ser mortal, pero por instinto, por culpa de lo atroz del dolor que ahora siento, la dejo adormecer mi pierna con eficacia, dejando desnuda la herida del asesino y los huesos de mi pie fortalecidos.

—Putá.

Mi atacante me escupe un gargajo en la cara, y solo así lo reconozco. Es uno de los hombres que me humilló, agredió y manoseó en contra de mi voluntad el día que empecé a entrenar. Nunca soportó la idea de que una mujer entrenara para ser asesina, y menos iba a soportar que yo le ganara. Por eso se concentra en mí, a pesar de que todavía quedan sirios por

eliminar.

Retuerce el arma e introduce sus dedos en el hoyo sangriento que él mismo abrió para enfatizar mi dolor y mis chillidos. No estoy llorando, lo juro. Las lágrimas se me escapan de los ojos porque mi cuerpo no comprende cómo reaccionar a tanto dolor.

Bato mis alas con fuerza para que sean ellas quienes me levanten, pero por desgracia este infeliz está decidido a matarme o a morir conmigo porque no me suelta. Ni él ni el sirio que ya se tragó la punta de hierro de mi bota y ahora mastica mi pie. Si no fuera por mis huesos reforzados, tal vez ya no tendría piernas.

—Nunca debiste empezar esto —dice el asesino mientras clava más la navaja y expande los bordes de mi herida con sus dedos—. Esto nunca fue para ti, puta.

Por alguna razón, me comienzo a carcajear. Me duele, me duele más que nada que haya sentido antes, y mi cerebro se pasma sin saber cómo digerir tantas emociones y cómo manifestarlas. Así que empiezo a reír, a llorar, y a gemir a la vez mientras él me tortura y me cuenta sus fabulosos chistes.

Trato de que mis alas nos agiten lo suficiente para que me suelten el sirio y el asesino, pero no lo consigo, ambos están muy bien aferrados. Pienso en llevar el poder a mis manos para quemarlo con mi tacto, y no solo hacer intentos inútiles de que me suelte, pero recuerdo que si aparto la anestesia de mi pie entonces ese dolor despertará y algo en mi cordura se fracturará por su magnitud. Podría quedar inerte o convulsionaría hasta morir.

—Te voy a matar y luego me cogeré tu cadáver. Puta.

Me vuelve a escupir, y parte de su saliva y sus mocos me caen en la boca.

Me cansé de sus mocos. Me cansé de su ventaja, de su poder sobre mí, del daño que me hace sin remordimientos, con deleite. Me cansé de su opinión. No voy a darle un discurso para que se la trague, se la voy a clavar en la garganta con hierro.

Le doy un cabezazo con toda la fuerza de la que soy capaz. Su cabeza se echa hacia atrás, su cuello cruje y, cuando regresa, la atrapó con ambas manos. Sujeto fuerte sus orejas para que no se me escape, y le clavo mis dientes en la nariz. Abarco tanto como puedo al punto en que parte de sus pómulos quedan dentro de mi boca. Y mastico, uso mis muelas, mis colmillos, mis incisivos. Le arranco un tajo de piel tras otro mientras intento no ahogarme con su sangre. Muevo la cabeza para fracturarle el tabique. Nunca paro de morder.

Lo escucho gritar y me incentivo más con esa melodía. Le escupo su propia sangre y piel en la boca. Se lleva las manos a la cara y, al soltarse, vuelvo a sacudirnos con un batir de mis alas. Entonces sí cae desplomado al suelo.

Me toca concentrarme en el sirio, y se me ocurre una idea.

Mientras el poder de Aquila me protege el pie tanto como puede, la incito a que sea letal como lo fue con el hilo metálico que me aprisionó las piernas en la primera prueba.

Al escuchar los aullidos, confirmo que está funcionando. La boca del sirio se empieza a cocinar por dentro por el contacto con el resplandor de mi piel. Humo negro empieza a salir de sus fosas nasales con un tufo a carne podrida a la parrilla. Pero el muy maldito nunca me suelta. Los pedazos de su rostro se rostizan y desprenden en porciones hasta que solo quedan sus huesos que me puedo sacudir con facilidad.

Desciendo, pero no con mucha gracia. Estoy abolida. Goteo sangre que fluye de heridas abiertas y me cuelgan pedazos de piel. Aterrizo en un pie y luego me desplomo contra el suelo. Distribuyo el poder de Aquila para que adormezca también mi abdomen, e incluso considero la idea de quedarme a jadear en el suelo hasta recuperar el aliento. Pero entonces, él vuelve.

La caída no fue muy alta, pero creí que había sido suficiente para dejarlo inconsciente o muerto, ya que no se movía. Ahora comprendo que solo estuvo actuando. Espero el momento de mi caída para él contraatacar.

Sus manos se cierran sobre mi garganta y hacen tal presión que siento que no moriré por falta de oxígeno, sino por un hueso roto que perforará una arteria.

Veo en sus ojos saltones la necesidad que tiene de escuchar mi cuello crujir, de ver la vida huir de mi rostro, pero no pienso darle el gusto. Sigo cansada de él, ahora más que nunca.

Extiendo una mano, tanteo el terreno y consigo una piedra de un tamaño considerable. La hago impactar con fuerza contra su sien.

La sangre salta, pero con solo verla sé que no es suficiente. Lo empujo, ruedo hasta quedar encima de él y repito la hazaña mientras golpeo varias veces su cráneo. Su sangre salpica y empapa los alrededores, sus cuencas se vacían, su frente se hunde y un charco vinotinto se crea en el hoyo que he dejado en lo que alguna vez fue su rostro. Pero yo no paro, no dejo de golpear hasta que ya no quedan huesos por crujir, hasta que sus sesos saltan a la vista y estoy segura de que ni un cosmo podría sobrevivir a una

mutilación como esa.

Escupo en los restos de su cráneo descuartizado y me limpio las manos con su camisa. La sangre me cubre como guantes, cada vez más pegajosa, y sé que será un obstáculo cuando quiera manipular un arma.

—¿Cuándo te volviste tan sádica?

Volteo, aunque no habría sido necesario. Haber vivido con él hace imposible no reconocer los matices de su voz.

Es Ares, el Circinus que alguna vez fue mi mejor amigo. Se encuentra en cuclillas sobre una roca de mi tamaño y me observa desde lo alto. Su camisa está hecha trizas, apenas quedan jirones de tela para cubrir sus tatuajes. Suda, transpira y tiene un zarpazo profundo en el costado: está sangrando y la piel cuelga. Hasta los codos está cubierto por la viscosidad roja, y sus dedos gotean gruesas gotas en la piedra a sus pies.

No le respondo. Hago que mis alas me eleven solo lo suficiente para no tener que pisar el suelo con mis pies. Me llevo una mano al abdomen y siento que la viscosidad está manando. En un alivio que no sea un chorro, y que no esté muerta, pero de todas formas le ordeno a mi poder que se encargue de mis heridas como un bálsamo que aminora el dolor, pero no lo desaparece. No puede sanarme, pero le encargo reforzar las zonas afectadas, parar la hemorragia y adormecer el dolor. Es más de lo que necesito para mantenerme con vida hasta que pueda verme un médico.

Todavía con la mano en el abdomen, miro en derredor para detectar cualquier amenaza. Solo alcanzo a ver cadáveres desperdigados como prendas sucias de vestir en un salón desordenado. Quiero sentir dolor por sus pérdidas y la de sus familiares, o el vacío justificado de un trauma sin asimilar, pero lo que me invade es un alivio terrible al comprender que cada cadáver es un obstáculo menos en mi supervivencia.

—Muertos.

Me sobresalto como un águila al acecho, mis alas me elevan un metro más arriba, y volteo enseguida al origen de la voz, como si lo hubiera olvidado.

Ares, por supuesto. Lo miro con una ceja alzada, y doy pie a que se explique.

—Muertos todos.

—Menos tú y yo.

—Menos tú y yo —concede.

Al cabo de un rato en silencio, prosigue.

—Eres un cosmo —señala lo obvio.

—Me extraña que no lo supieras.

—Jamás lo mencionaste.

—Creí que habría más como yo aquí, a decir verdad. O que tú serías uno.

—No, princesa. Ningún cosmo sería tan estúpido para desperdiciarse en un puesto de asesino.

—¿Me estás llamando estúpida? —resalto solo para ignorar lo mucho que me duele que me haya vuelto a llamar «princesa» el día que tenemos que matarnos.

Ares salta de la roca donde está y cae en cuclillas sin tambalearse. Aterrizo con una mano sobre el suelo, la otra libre y hacia atrás mientras exhibe los tatuajes de los cuervos y las constelaciones. Eleva su rostro para mirarme y, en el proceso, tiene que batir su cabeza para apartar los rizos llenos de sudor que se interponen en su campo visual.

—No —dice al fin a la vez que se pone de pie—. Tú no. Imagino que solo desconoces tus opciones.

—¿Cuáles son mis opciones, Circinus?

—Justo ahora, las mismas que las mías: matar o morir. La diferencia es que yo sí tengo una oportunidad de sobrevivir a lo que venga después.

Me río, aunque mi gesto no expresa nada de diversión. Me mantengo en un solo pie con mis alas levantándome lo suficiente para no tener que apoyar el otro.

—No me subesti...

—No lo hago. Estás predispuesta a pensar que cualquiera lo hace, por eso no escuchas mis palabras. No realmente. Sabes que yo nunca te he subestimado.

—¿Y qué es lo que tratas de decir?

—¿Crees que ellos te dejarán vivir cuando saben lo que eres?

—Me han dejado llegar hasta aquí, ¿no? Han dejado que el reino sepa lo que soy, a pesar de que eso implica confirmar la existencia de criaturas que antes no eran más que un mito. Voy a ganarte. Necesitan un asesino fuerte, ¿no es así? ¿Sino por qué nos harían pasar por todo esto?

Ares sonrío complacido.

—Fuerte, no invencible. Eres demasiado poderosa. Eso es suficiente para atemorizar a cualquiera, y eso incluye al rey. No te dejarán, Aquía. El reino quiere un asesino eficiente, no una amenaza. Yo he llegado hasta aquí porque soy lo suficientemente fuerte, capaz y letal para este oficio, más que cualquier otro competidor; pero tú eres demasiado poderosa para nosotros.

»Lo eres tanto que ni tú misma comprendes el alcance de tu poder. «Suficiente» es tolerable y fácil de controlar; «demasiado» es inadmisibile. Lamento ser yo quien te lo diga, princesa; pero si no mueres hoy, morirás mañana.

Trago en seco. Estoy demasiado molesta que me ciego a lo demás.

—Que sea mañana, entonces.

A pesar de mis palabras y de que pretendo que signifiquen mi victoria, estoy muy lejos de alcanzar esta. Ares y yo volteamos a la vez, y lo que vemos no nos alienta en lo absoluto.

De cada entrada del laberinto, el cual converge en el centro de la arena, se asoma un animal mutante. Todos tienen el brillo antinatural de un sirio, la tonalidad grisácea en la piel en lugar de los vivos colores que deberían tener, pero estos no son como los canes que enfrentamos hasta recién. Estas bestias han sufrido una mutación todavía más alarmante que multiplica su tamaño o los funciona con especies distintas.

Del pasillo del laberinto donde yo estuve, veo salir un tigre. La bestia que escuché ronronear hace rato.

No es un tigre y, por supuesto, yo tampoco soy humana. Estoy herida, sí, pero tantos meses de batallas y entrenamiento han afilado mis instintos al extremo. Hoy, soy como una hojilla pasada por fuego, piedra, más hojillas y, de nuevo, fuego. Mis bordes dan la sensación de que cortan con solo mirarlos: necesito demostrarle al público que no soy de cristal.

El animal se me lanza encima y, en cuanto mi espalda y mis alas levantan el polvo del suelo, con las patas del animal aún sobre mi pecho, uso mi pierna buena para patear. Tal es la intensidad y la precisión que mi cuerpo da una voltereta, ayudado por mis brazos.

Ares podría darme una mano, pero tiene sus propios problemas. Media docena de ellos emerge detrás de las rocas.

Esta vez me lanzo yo encima del mutante. Sus patas, las de un felino enorme, se retuercen bajo mi peso. Trato de someterlas, pero una de ellas, con sus cuatro garras tan duras como una daga de piedra, se clava entre mis omóplatos.

Maldigo, pero intento bloquear el dolor de mi cerebro. Aprovecho el impulso que da hacia atrás mi columna para que uno de mis brazos —el que no mantengo sometiendo con la pata libre del tigre— busque uno de mis gladios en mi cinturón. En cuanto mi cuerpo empieza a caer de nuevo sobre el mutante, lo clavo en su garganta.

No lo mato, pero sí me aseguro unos segundos de ventaja mientras el monstruo se retuerce de dolor. Desenvaino mi otro gladio y con un tirón de mis alas me elevo medio metro en el aire. Mientras el sirio comienza a incorporarse, tomo impulso hacia atrás y me lanzo en picada hacia él. Cuando estoy cerca, blando mi gladio y decapito a la bestia mientras todavía está tirada en el suelo, asimilando mi primer golpe.

Retiro el gladio de su garganta y vislumbro a Ares no muy lejos, fatigado.

Ha recogido la maza de hierro de otro competidor. Ahora se defiende aplastando cráneos con ella y lo remata con la hoja curva de su cimitarra. Ares debe estar acostumbrado al peso de cualquier arma, pero con tantos sirios mutantes, solo divididos entre un asesino y medio, el ritmo le debe quemar los brazos.

Un jaguar con serpientes en la cabeza le salta encima. Con el mango cromado de su maza mantiene al margen las garras del animal, pero la presión se torna escandalosa. Siento que en cualquier momento, él cederá al peso y será devorado apenas el sirio se dé cuenta de que se ha acabado la lucha.

La saliva del felino le cae en la cara y se le escurre entre los dientes al interior de su boca abierta por el esfuerzo. Las cabezas de las serpientes casi le rozan la nariz, si fueran un poco más largas lo morderían, el veneno no tardaría en neutralizar las órdenes de su cerebro y, acto seguido, provocaría su muerte.

Pero yo estoy en mi propio lío. Mis alas me hacen ganar altura y velocidad, lo que a la vez reduce mi desventaja contra una manada de animales sin alma, modificados genéticamente para ser monstruos letales, típicos de una pesadilla.

A medida que me muevo de un extremo a otro entre los sirios, intercambio el gladio con el que golpeó para defenderme, según lo requiera la situación. En un momento, una lagartija gigante se lanza desde una roca, directo hacia mí, pero la elimino gracias a un movimiento de bateo con mi gladio izquierdo a la velocidad suficiente para impactar en el cuello del animal. Su cabeza se desprende y litros de sangre llueven a su alrededor.

La cálida sustancia pegajosa sobre mi cuerpo, la velocidad de un salto sobre la ropa de la que acababa de catapultarse la lagartija mutante, y aterrizar sobre mi única pierna operativa sin más que un leve tambaleo, eso es adrenalina. Es para lo que he entrenado por tanto tiempo.

Busco con la mirada y alcanzo a ver que un perro de tres cabezas vuela

hacia Ares, pero él, con un codazo, lo impulsa en la dirección de donde aparece un nuevo sirio de tamaño similar para que en su choque se vayan en dirección contraria. Cuando ambos caen, le lanza un cuchillo a cada uno, lo cual los deja fuera de juego.

Los sirios no dejan de aparecer por todas partes. Debería preocuparme por no poder seguirles el ritmo, pero la emoción solo deja espacio para mi reacción inmediata y el deleite posterior.

Desciendo justo en frente de un nuevo sirio. Ya no quiero huir, quiero ganar, y esta bestia se interpone en mi objetivo.

Dejo que se lance sobre mí y estiro mi brazo, a la vez que bato mis alas de águila para impulsarme solo un poco. Le clavo hasta el mango mi gladio derecho en un ojo.

Dejo el arma en la cuenca del animal mientras este retuerce su cabeza como si de esa forma pudiera sacar la espada, mientras lanza alaridos lamentables que en otras circunstancias me habrían hecho dudar de lo que estoy a punto de hacer. Aun así, libero una daga diminuta de las correas de mis brazos, y solo me hace falta lanzarla como a un blanco en mis entrenamientos para dejar a la bestia ciega en su totalidad, con ambas cuencas cubiertas de sangre.

Empujo al monstruo y me lanzo sobre él tras estabilizarme con mis alas. Con mi cuerpo encima del suyo, destrabo el gladio de su ojo y lo decapito con el mismo.

Otro menos.

Nací vendida, pero hoy me siento invencible, con el corazón envenenado de deseo por ver más sangre, por sentir mis armas penetrar a más y más profundo, por exterminar como nadie creyó que podría ser capaz algún día.

Y creo que los demás lo notan también. Elevo mi vuelo tan alto como me es posible, hasta que el plumaje de mis alas casi roza el alambre de púas de la cúpula que nos encierra. Desde esta altura, Ares y todos los demonios que lo rodean parecen minucias insignificantes. Yo soy una constelación con alas que acaba de sobrevivir a una masacre, y el público parece deducir al mismo cuando me ve alzarme tan cerca de ellos, porque de pronto se levantan de sus gradas a ovacionarme. Gritan, aplauden y levantan carteles con mi nombre. Algunos matrimonios levantan a sus hijos para que puedan verme, alcanzo a vislumbrar a niñas disfrazadas con alas negras.

Entonces, mientras la multitud aclama mi nombre, fuegos artificiales comienzan a estallar en el cielo majestuoso de Ara. Cada punto que explota

representa un lugar determinado de mi constelación. Las bengalas están dibujando a Aquila en el cielo.

Las lágrimas se me salen sin poder medirlas. Yo logré esto.

He derrotado a hombres con el doble de mi tamaño y edad, entrenados para asesinar de formas que a un ser humano promedio ni se le cruzarían por la cabeza. Derroté bestias que hasta hace meses eran mitológicas, y cerré la boca de cientos de hombres que me pusieron por debajo de la suela de sus zapatos, que no creyeron que valía ni las diez mil coronas que Sargas pagó —a regañadientes— por mí.

Ya no soy una vendida. Hace mucho que dejé de serlo, pero ahora ellos también lo ven.

«Sí, Áragog. Soy mujer, y voy a ganar esta mierda».

Empiezo a descender sobre una roca mediana. No es justo que deguste una victoria que todavía no he conseguido. No me merezco esos aplausos, esos vítores, esas bengalas y esas banderas: ellos lo que aclaman es un vencedor y yo todavía no he finalizado el juego.

Al tocar la piedra con mi pie sano, muevo mis ojos en derredor y busco a quien una vez fue mi mejor amigo. Se lo ve fatigado, y continúa aplastando cráneos con su maza mientras cercena extremidades con la cimitarra. Cuento con que la adrenalina lo mueva con la energía necesaria para mantener ese ritmo y sobrevivir, pero por otro lado temo que así sea. Si no lo matan los sirios, tendré que hacerlo yo.

Por si empezaba a dudar de la habilidad de Lesath para imponerme retos brutales que me arriman al límite, un gorila del tamaño de un carruaje parado en dos ruedas me empuja por detrás y me pega de bruces contra el suelo.

La distancia de la roca donde está la zona donde caigo es de casi dos cuerpos de altura, por lo que no solo me encuentro tragando tierra con hormigas que intentan comerse mis labios, sino que además me siento igual de adolorida como cuando recién llegué del salón de entrenamiento en donde fui saco de golpes. Además, una piedra puntiaguda me presiona justo en la herida del abdomen, lo que emite destellos de color a mi visión.

Ahora comprendo por qué tardó tanto el reino en concretar la fecha de esta última prueba. Los meses transcurridos no fueron solo para construir las gradas, preparar la arena, cerrar la cúpula con alambre, acomodar las cuevas para cada vencedor, vender invitaciones y reunir a los espectadores. Imagino que sí, que el área y el espectáculo le dieron trabajo a un equipo

específico. Pero lo que más tiempo debió tomarles fue conseguir las bestias, robarles el alma para convertirlas en sirios, transformar su genética al punto en que pasaran de animales a bestias mutantes, para ser congregadas en este laberinto de rocas a la espera de su momento para devorar.

Este es un evento cuya trascendencia no tiene precedentes. Estoy segura de que, justo aquí, pegada en el suelo como una calcomanía debajo de un gorila de piel grisácea y refulgente, ojos de sapo y tamaño monstruoso, estoy haciendo historia.

El gorila mutante me propina una patada seca justo en las costillas, la cual me hace rodar por la magnitud de su fuerza hasta quedar boca arriba. Mientras maldigo y jadeo, la bestia me agarra por la pechera de mi traje y levanta mi cuerpo hasta ponerlo a su altura.

De cierta forma me siento aliviada de que me levante y no me obligue a apoyar ambos pies, pero por otro lado, la manera en que sus fosas nasales se ensanchan y se contraen con fiereza, me aterra y me paraliza.

El sirio parece interesado en su cuello, ya que lleva una de sus manos allí y suelta mi ropa.

Me mantiene elevada por la presión en mi garganta, me asfixia al punto en que siento a mis ojos a punto de saltar de mis cuencas y mis huesos podrían astillarse si no fuera por la resistencia que me da Aquila. No hay ningún flujo de aire en mis pulmones, nada entra y nada sale. El agarre del sirio es total e inamovible. Deseé durante tanto tiempo probarme en un enfrentamiento así, que ahora que mi oportunidad está frente a mí, siento que moriré gracias a ella.

«Solo los tontos creen que se puede alcanzar el honor sin pasar por la muerte».

No estoy segura de si esto es un pensamiento mío, un recuerdo, o ideas implantadas por Sah, pero apenas siento estas palabras entiendo que son verídicas.

A pesar de que el agarre del sirio no me fractura los huesos gracias a mi resistencia de cosmo, la falta de oxígeno está por eliminarme. Hago algo arriesgado que podría ser letal: concentro mi poder en materializar las garras luminosas que se forman en mis manos, pero con eso disminuyo el esfuerzo de Aquila en reforzar la resistencia de mi garganta.

Reacciono de inmediato. Apenas las garras aparecen en mis manos, las uso contra los brazos del sirio. Es tan macizo que no consigo cercenar sus extremidades como suele suceder cuando utilizo mis garras. Sin embargo,

abro su piel en profundos surcos lo que ocasiona que la bestia me suelte y agite sus brazos para aminorar el dolor repentino.

Doy vueltas en el aire mientras trato de estabilizarme, de recuperar el control de mis alas, tal como un insecto lastimado que intenta escapar volando.

El sirio aprovecha mi vacilación y me toma por los tobillos como a un muñeco. Estar de cabeza hace que las heridas vuelvan a sangrar y que el dolor se intensifique. Me retuerzo para acertarle un golpe con mis garras pero él tiene sumo cuidado de impedírmelo, así que me rindo, las dejo ir y permito a Aquila que proteja mis heridas y refuerce mis huesos.

Me balanceo para que la parte que cuelga de mi cuerpo alcance mi cinturón, y con un movimiento ágil me hago con mis gladios. Respiro, recuerdo cada cosa que he aprendido a lo largo de los entrenamientos con Ares y Leo, y repotenció mis conocimientos con los sentidos que gano con mi forma de cosmo: lanzo una de mis armas a la tráquea del monstruo y otra a su ojo más accesible.

Una vez que me suelta, busco en mis bolsillos las cuchillas que escondí y lanzo tantas como puedo a puntos estratégicos del cuerpo del mutante. En segundos lo veo caer vencido. Luego me acerco al cadáver con la intención de recuperar mis gladios. Los destrabo de sus heridas mortales y limpio su sangre oscura de la media falda que cuelga de mis caderas

Me permito un largo y agónico jadeo, todo lo que no había tenido oportunidad de dolerme por la descarga de adrenalina, empieza ya a gritar mientras descendo poco a poco, y poso mis pies en el piso. Luego me desplomo por completo.

Al ver los cadáveres a mi alrededor, tanto los que yo he eliminado como los que no, sospecho que ya no queda más por hacer, salvo...

Buscó a Ares con la mirada y lo encuentro. Está clavando la cimitarra en donde debería estar el corazón de un sirio mutante. Es algo que nos han enseñado a hacer para asegurarnos de que la amenaza ha acabado en absoluto. Cuando mi amigo se dispone a repetir la acción con el cadáver contigo, empieza a estremecerse y cae de rodillas a vomitar.

Hago que mis alas me arrastren sobre el lado menos herido de mi cuerpo, me llevan por el suelo profanado de tripas y trozos de carne para alcanzar a Ares. Cuanto más cerca estoy, más puedo detallar mejor que el asesino junto a mí está demasiado lleno de sangre, tanto ajena como de la suya propia.

Ares expulsa de su estómago, por medio de vómitos, trozos de carne y viseras mezcladas con pelaje.

—¿Qué...?

Él levanta la mano para callarme mientras termina de devolver todo lo que ha tragado. Al terminar, se limpia la boca con la pernera de su pantalón y se gira para mirarme.

—El jaguar me saltó encima. Pude matarlo y no terminar en su estómago, pero no pude evitar que las serpientes me mordieran también. Pero me las tragué. Dicen que si te tragas el veneno...

—No puede matarte.

—¿Crees que es verdad?

La mirada que me lanza mi amigo me produce una lástima arrolladora. Es como un cachorro al que los gusanos se están comiendo y le llora a su dueño para que no lo sacrifique.

—No lo sé —digo al fin.

No comprendo por qué mi voz se ha tornado así de fría, tal vez es el *shock* de lo ocurrido o quizá porque pienso que si no puedo matarlo con mis manos es mejor que mis palabras lo hagan por mí.

—¿En qué piensas? —le pregunto al cabo de un rato de silencio.

—En cómo no tener que matarte. Esperaba que los sirios lo hicieran por mí.

—¿En serio?

Ares se muerde los labios y lleva una mano a su costado. Él no es como yo, no tiene un poder místico que lo ayude a aminorar la carga de su dolor. Está condenado a sufrirlo en carne viva.

Al final, niega con la cabeza con los ojos cerrados.

—Más de una vez quise saltar a ayudarte —confiesa y me mira con sus ojos verdes atribulados—. Esos monstruos sí que saben lastimar, pero ningún golpe le dio tan duro a mis huesos como voltear y ver que estabas sufriendo.

Me acerco a él, me siento a su lado y veo hacia el frente. Tomo una de sus manos y recuesto mi cabeza sobre su hombro. Él apoya la suya sobre la mía y me corresponde con caricias sobre mis dedos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto.

—Podemos quedarnos aquí y morir de hambre, que no tengan ningún ganador. Perderíamos, sí, pero tú y yo seguiríamos siendo amigos, ¿no? Al menos no nos habrán quitado lo más valioso que tenemos.

—¿Nuestra amistad?

—Nuestros límites. Yo mataría a cualquiera por ganar esta mierda, menos a ti, Aquía. Menos a ti.

Su mano se aferra con más fuerza a la mía y las lágrimas se me escapan. Me sorprende que todavía sepa cómo llorar, me sorprende tener fuerza para hacerlo.

Le doy un beso a Ares en la mejilla y lo humedezco con las gotas saladas que me descienden hasta los labios. Él se voltea, noto que sus ojos también se encuentran enrojecidos, a punto del desborde. Se lanza sobre mí, me rodea con sus brazos y entonces empieza a llorar de verdad, con soltura.

Es la primera vez que no lo veo manejar su dolor con alcohol y violencia.

Le acaricio la espalda y lloro junto a él, porque sé que sin importar la opción que escojamos ambos ya hemos perdido.

No fuimos lo suficientemente fuertes.

No fuimos lo suficientemente malos.

No fuimos lo suficientemente malditos como para sobrevivir a este reino de mierda.

—Eres mi mejor amiga, me odio por cada segundo que desperdicié sin estar a tu lado.

—Ares...

—¿Mmm?

—Nunca hagas nada que te ponga en peligro después de esto, ¿sí?

—¿Qué?

—Que cuides tu vida.

Cuando leí las Sagradas Escrituras de Ara empezó este plan, pero no fue hasta la primera noche que pasé con Orión que me convencí de que debía ejecutarlo. Fue en el momento en que él dormía, cuando me apropié del poder de Aquila y lo oculté en mi sombra.

Recuerdo que pensé que él era mi crimen, y que cada crimen tiene un precio. Yo pagaría el mío con la certeza de que no podría permitirme soñar con un futuro con Orión hasta que hubiese un cambio en Áragog. Y la única manera que se me ocurrió para conseguir eso fue quitarle al reino su poder sobre mí y demostrarles a las mujeres que ellas pueden hacer lo mismo.

Y en ese entonces, mientras le daba vueltas a esa idea y analizaba las Sagradas Escrituras de Ara, supe que yo debía morir. Y no a manos de Lesath ni de sus leyes, sino por mi propia mano. No pude encontrar una mejor forma de quitarle a Áragog su poder sobre mí que esa: tener

opciones, escoger una que deje clara mi desesperación.

Solo así, pensé, podría haber un verdadero despertar en Áragog. Vencer al reino, llegar donde ninguna antes estuvo, y decidir que incluso ese no es un lugar donde quisiera existir, donde nadie debería existir sin un cambio. ¿Qué más que eso para generar un impacto que los despierte de la ensoñación y del conformismo?

Esa vez, mientras ideaba esto, me faltaba un eslabón en mi cadena ya que el torneo no se había anunciado. Necesitaba algo que me pusiera en la cima; que mi hiciera oprobiosa y admirada a la vez; cancelada, pero no silenciada; que hiciera que se alarmaran para que no pudieran quitarme los ojos de encima. Sabía que en Áragog tenía que haber más mujeres como yo, con mi inconformismo, con mis ideales, y a esas apelaría, porque ellas avivarán a las demás después de mí.

Necesitaba convertirme en su referente, en su ejemplo y motivación, porque nadie reacciona si no hay una acción lo suficientemente fuerte que lo obligue a actuar.

Pero debía morir. Porque nadie sigue a alguien vivo; lo dejan correr solo, ven hasta dónde llega. Muerto, lo citan, lo veneran y se lamentan de no haberlo conocido; pero sobre todo, siguen su legado. Así comienzan las leyendas.

Shaula consiguió más que ninguna, pero no lo hizo sola. Baham es una tierra de mujeres que conocen su valor y, sin duda, antes de Shaula vivieron muchas que le limpiaron el terreno para lo que ella consiguió. Su madre, por ejemplo. ¿Quién sabe cuánto tiempo habrían estado planificando ese levantamiento? ¿Cuánto tuvo que entrenar Shaula en secreto para vencer a tantos hombres de la talla de Orión?

Ara, la capital, es distinta. La zona más devota a su fe, con sus costumbres muy arraigadas. Necesita alguien que le limpie el camino a las que vengan después.

Porque ella no era solo águila...

El águila es mi constelación. Llevo su nombre con orgullo y sus alas en mi espalda.

Tenía el alma de la que estuvo antes...

También soy Aquila, llevo su alma en mi sombra.

Y sería la puerta al León que vendría después.

No sé quién seas, León, ni sé si estarás en este público, pero hoy yo te abro la puerta. Espero que tú termines lo que yo no fui capaz.

Lesath me ha dado la pieza que me faltaba: una oportunidad de ser grande, de ser escuchada, de poder vencer, y de renunciar a la victoria por algo mayor. Me ha dado las armas para sacrificarme, puesto que la razón ya la tenía.

Alzo la vista y miro al rey Lesath Scorp en su trono gracias a mis sentidos mejorados.

Me sonrío y no es una mueca capaz de ser tergiversada. Jamás le había visto un gesto así: demasiado honesto, demasiado radiante y amplio. Se le ve su dentadura, y hoyuelos en sus mejillas se revelan por primera vez. Es el rostro de la victoria. No queda rastro del viejo cansado y arrepentido que habló conmigo antes en la cueva.

«Si tuviera que apostar, apostaría por ti, pero si ganas... no puedo alegrarme, no cuando sé lo que te espera. En fin, espero que el sabor de la victoria te dure lo suficiente para ignorar lo que vendrá después», fueron sus palabras.

Y las entiendo. Ganar, implica unirme al sistema: servir a Sargas, asesinar a sus enemigos, incluso puede que marchar contra Shaula.

Ganar también puede implicar lo que me dijo Ares: vivir hoy, morir mañana.

Ahora lo comprendo.

Estos pensamientos y las decisiones en consecuencia a ellos fueron sembrados por el rey Lesath. Fue el motivo de esa última conversación. Sin importar cuál sea el fin de mis medios, ni las torres, alfiles y caballos que nos hemos eliminado mutuamente a lo largo de la partida, él gana.

Sonrío, y comprendo que una vez más él ha movido sus piezas como el maestro que es. Un oponente a la altura.

Hago que mis alas me levanten hasta casi tocar el alambre, y veo directo a los ojos al rey. Sé que él sabe que lo estoy mirando, a pesar de no tener mi visión, y sé que está ansioso por oírme tanto como el resto de la multitud.

—Acepto su jaque, majestad. —confieso en voz muy alta para que me escuchen él y su séquito—. Me sacrificaré, justo como usted previó que

haría. Después de tanto jugar, me ha ganado la partida, lo admito. Pero yo no soy el rey de este tablero. Las fichas quedarán dispuestas y la dama negra pronto moverá. El juego no ha terminado, majestad. Oirá el «jaque mate». Espérela.

Atravieso con mis dedos los espacios entre la res de alambre. Me aferro a ella y dejo que mis alas me sostengan mientras me fijo en el público.

«No voy a llorar, no esta vez», me digo.

Siento que el poder de Aquila vibra. Sé que si Sah pudiera hablar mientras estoy transformada me estaría diciendo: «¿Qué mierda haces, loca?!».

—¡Aquía! —grita Ares desde abajo. No volteo a verlo, sé que no podría soportarlo—. ¡Baja de ahí, maldición!

Gran parte del público murmura, un clamor elevado llega hasta mí como un enjambre de abejas perdidas. Pero muchos otros han hecho silencio y aguardan con expectación.

—¡Áragog! —grito y la voz desgarrá mi garganta.

—¡Maldita sea, Aquía, baja de ahí!

Ignoro a Ares con todo el dolor que todavía soy capaz de sentir, y prosigo. Con la frente en alto, como me enseñó Lyra. Sin miedo, como Shaula. Y creo en mi valor tal como hizo Delphini aquella vez que vendió por diez mil coronas a la vendida de Cetus.

—¡ARAGOG! —grito de nuevo—. Yo no perdí y tampoco me estoy rindiendo. He sido feliz, he sido libre. Yo ya gané. Solo les paso el turno a ustedes.

—¡NO! —Ares grita cuando arranco una daga de mis mangas y pego su filo contra mi cuello.

—«¡No, maldita sea!» —grita Sah en mi cabeza y, por primera vez desde que convivimos, toma el control de mi cuerpo en contra de mi voluntad. Lo hace justo cuando paso el filo del arma por mi piel, desviándola.

Sangre escandalosa me baña, la daga cae a la arena lejos de mi alcance, pero gracias a Sah el corte no tiene la suficiente profundidad para matarme.

—«No me dejes» —siento que me ruega.

Trago en seco.

—«Lo siento, de verdad».

—¡AQUÍA, POR FAVOR! —insiste Ares entre lágrimas.

«Esto es por todas».

Esta vez no doy cabida a ningún error. Agarro mi gladio, un arma que me ha acompañado en mis luchas y aprendizajes durante demasiado tiempo, lo

apunto en mi pecho y dibujo la constelación de Orión sobre el mismo.
Necesito que él sepa que esto no es por él, ni siquiera por mí.

Es lo que Áragog me hizo hacer.

Y le digo adiós a todo mientras me atravieso el corazón.



FANART

@fleurence_ink

EPÍLOGO

Un copo de nieve cayó sobre la mejilla de Orión.

La capital del reino de las constelaciones jamás había conocido el granizo o la nieve. A pesar del frío perpetuo de sus noches, su cielo siempre prevalecía despejado, luminoso y astral, dando una función de luces y *flashes* en el firmamento cada vez que el sol blanco se escondía.

Menos ese anocheecer.

Ni una estrella brilló en Ara. Ni un destello de su polvo cósmico fue capaz de vislumbrarse. Un manto negro, absoluto e impenetrable, lo cubría todo. Solo fue interrumpido por las pequeñas pelusas blancas heladas que se escaparon del cielo.

Fue la primera noche sin constelaciones en la historia. Los niños nacidos ese día pasaron a llamarse Nadie, debido a que el cielo no auguraba ningún nombre para ellos. Más adelante, todos los *nadies* serían perseguidos y cazados. Se decía que estaban malditos al nacer durante la noche sin estrellas, la noche que Ara lloró hielo.

La noche en que Orión dormía sobre la tumba de su amada.

Se rehusaba a pasar más noches lejos de ella. Se rehusaba a aceptar que su última conversación la habían desperdiciado hablando de temas de supervivencia que los ponían a ambos tensos e incómodos. Se negaba a asumir que esa noche se dejaron vencer por el cansancio y que no hicieron el amor una última vez. Se negaba a creer que ella ya no estaba, y no estaría jamás.

Tenía que ver el cuerpo con sus propios ojos.

Otro copo de nieve descendió, esta vez aterrizó sobre su frente. Orión llevó la mano a aquel fenómeno natural, pero el copo se derritió bajo su dedo.

Se sentó y miró el cielo. Advirtió la noche sin constelaciones e intuyó que alucinaba, que lo que sus ojos veían eran el reflejo de su alma. Vacía, como un manto de oscuridad que consumía lo que alguna vez brilló en ella.

—Qué patético te has vuelto. —Su medio hermano estaba a unos pocos metros de distancia, camuflado entre los árboles y las sombras con su largo

abrigo negro y las manos metidas en los bolsillos—. ¿Qué diría el Orión adolescente si te viera ahora? El Orión que soñaba con ser caballero, que se juraba a sí mismo que sería un héroe, que llevaría honor a su casa destruida, que se propuso que el reino reconociera que era el más grande a pesar de su procedencia, el Orión junto al que construí tantos sueños. ¿Recuerdas ese Orión? Era el mismo cuando sobrevivió tres años de aislamiento para entrenar, el mismo cuando venció a otros cien hombres por un puesto en la guardia. ¿Qué diría él si te viera llorar?

El caballero se levantó. Cassio nunca había palpitado así en su espalda, sus vibraciones emitían el mismo sentimiento que consumía cada centímetro de su piel, cada gota de su sangre, cada atisbo de su lucidez: poder. El poder, cuando está a una cercanía peligrosa del dolor, solo busca venganza.

Orión tenía los medios para hacerle daño a Sargas. Orión tenía razones para hacerlo. No tenía nada que perder. Pero todavía era humano, y parte de su humanidad implicaba que el hombre frente a él era carne de su carne y sangre de su sangre. No podía destruir, sin antes haber intentado salvar, a quien alguna vez había sido su mejor amigo.

—Te lo voy a decir una sola vez, Sargas, y esta vez te juro que hoy no tengo tiempo para tus chistes...

—Juegos —corrigió el escorpión maldito con una sonrisa.

Era un gesto que parecía practicado en el mismísimo averno. Su dentadura brillaba, pero sus ojos estaban llenos de oscuridad. Orión se fijó mejor, podía jurar que los ojos de su hermano se habían tornado de un gris casi plata, lo cual era ilógico, ambos compartían el mismo color oscuro en sus iris.

—Lo mío son juegos —prosiguió Sargas y dio unos pasos hacia adelante.

El caballero vio de refilón algo que tapaba el cuello alto del abrigo de Sargas. Eran como si los dedos negros de una mano esquelética se extendieran desde su clavícula hasta su cuello. Como raíces. Y no era tinta, se veía como si el heredero tuviera humo negro que se extendía por debajo de su piel.

Orión alzó una ceja, pero le quitó importancia a lo que veía. Le daban igual las mutaciones del bastardo cuando su propia alma se sentía en descomposición. Solo quería justicia, o tal vez venganza, seguía sin notar la diferencia entre ambas.

—Si tanto te gusta jugar, invítame a tu partida —expresó Orión con la

mandíbula apretada. Las venas de sus antebrazos saltaron por la presión en sus puños—. Eres un mimado, siempre te has creído invencible porque tienes ventaja. Intenta, un día, dar un paso sin tus malditos privilegios. Pregúntate qué pasaría si así fuera.

—Eres un llorón, Orión. Nunca aceptas las cosas como son. La justicia no existe, caballero. Yo siempre juego con mis propias reglas.

—Pues tu juego ha terminado. Muchas personas han sufrido por tus caprichos. Muchas han muerto.

—¿Personas? ¿O mujeres y maricas? —Sargas alzó una ceja y luego fingió una sonrisa de inocencia—. Además, ¿yo qué hice? El torneo lo empezó mi padre, ¿verdad?

—Sargas, no me des más putas razones para destrozarte tu maldito rostro. Y no te hagas el inocente, tú pusiste las reglas que mataron a Leo y a Aquía.

—¿Qué tiene que ver Leo? ¿Era tu novio?

—Era amigo del amor de mi vida.

Sargas se carcajeó. Sacó una mano de su abrigo para echar su cabello hacia atrás y entonces pudo ver que tenía los dedos, y gran parte del dorso de la misma, ennegrecidos, como si su piel se estuviera marchitando.

—Esa es la diferencia entre tú y yo. Tú eres débil —prosiguió Sargas—. Involucras sentimientos en la vida. Y no solo sentimientos por una persona en concreto, sino por las personas que son importantes para quien tú amas. ¿No lo ves? Le das a tus enemigos una larga lista de eslabones débiles con los que cortar tu cadena.

Una carcajada salió de los labios de Orión, algo que parecía imposible dado el estado de su corazón. Pero no era una risa de felicidad, sino de satisfacción por la pena ajena.

—Entonces es verdad. Estás maldito. Eres incapaz de empatizar. Incapaz de sentir. Qué puta lástima me das.

—Yo soy práctico. «Deseo» lo que quiero poseer y lo «deshecho» una vez que me he aburrido de usarlo. No hay debilidad en mi forma de vivir. No conozco el dolor, no como tú lo vives por ser... —lo miró de arriba abajo—... patético.

Una sonrisa cínica se formó en los labios de Enif.

—Pero a Aquía nunca la tuviste.

Sargas apareció frente a Orión y lo agarró de la camisa. Solo estaban a unos pasos de distancia, pero al caballero le pareció imposible que hubiera avanzado tan rápido.

Sin embargo, ahí estaba, transpirando con su frente pegada a la de Orión, que no borraba su sonrisa satisfecha.

—¿De qué le sirvió? ¿De qué le sirvió resistirse a mí? Mira cómo terminó.

Ese fue el límite del caballero Enif. Gracias a la rabia contenida le propinó un puñetazo a su medio hermano, quien terminó con la nariz quebrada, y la sangre saltó de inmediato.

—Libre, maldito —explicó Orión mientras sacudía la sangre de sus nudillos. Sargas estaba doblado mientras se sostenía el área herida—. Prefirió la muerte que estar contigo y ahora es libre. Mira hasta donde la hiciste llegar por escapar de ti. Pudiste haberla ayudado, pero fuiste cada maldito eslabón en la cadena que arrastró en su vida.

—¡Muérete! —vociferó Sargas mientras usaba el cuello de su abrigo para contener la hemorragia en su rostro—. De verdad, Orión, muérete de una puta vez.

—A decir verdad, esperaba poder hablar contigo —explicó Orión mientras limpiaba la mano en su pantalón—. Como te dije, solo te daré esta opción una vez. Si la rechazas, estarás escogiendo un bando e, independientemente de que seas mi hermano, tendré que ir contra ti si figuras en el lado enemigo.

—¿Y ahora qué mierda te estás fumando?

—Quiero que renuncies a la corona. Da igual tu maldita falta de empatía, estás en un mundo rodeado de humanos con sentimientos y, si quieres seguir existiendo en él, tienes que adaptarte. No puedes seguir haciendo daño de esta manera, y no estás preparado para ser rey. Lamento decírtelo, pero nunca lo estarás. Un reino gobernado con alguien sin alma está condenado a las tinieblas.

—Y después de renunciar, imagino que esperas que me case con un cocinero y adoptemos un par de vendidas para formar una familia próspera y feliz, ¿no?

En otras circunstancias, Orión le habría respondido con otra broma, pero esa noche el caballero no tenía tiempo para chistes, ni ánimos de querer escucharlos. Quería acabar con eso de una vez para poder consumirse en la sed.

—Cuando renuncies, te debes asegurar que ningún otro hombre pise ese trono —continuó—. Debes hacerlo bien. Confiesa que eres un bastardo, confiesa que has robado la corona y que le pertenece a tu hermana. Rinde Áragog ante Baham, y deja que Shaula sea nuestra reina.

Sargas apretó los labios para contener su risa.

—¿Es en serio?

Orión movió la cabeza hacia ambos lados, dubitativo.

—No mucho, pero necesito poder argumentar que te lo advertí, que te di opciones.

—¿Amenazas a tu rey?

—Mi rey es Lesath, e incluso cuando soy consciente de esto, no volveré a inclinarme ante nadie que no sea Shaula Nashira. Simplemente advierto a mi hermano del castigo que le espera si no abandona su malcriadez.

—Hermano. —Sargas bufó—. De acuerdo. Lo asumo. Y me refiero al castigo que prometes, no a renunciar a nada. Pero a decir verdad, yo venía a hacerte mi propia propuesta. No creerás que vine a este cementerio a visitar a...

—Si lo dices, te quedas sin lengua, y eso lo estoy prometiendo.

Sargas levantó las manos en señal de rendición, sin dejar de sonreír.

—En fin, vine a ofrecerte que seas mi mano. Pronto, me hará falta una. Mi pad... bueno, el viejo ese, perderá la corona. Necesito un equipo completo, y una vez te prometí la gloria. Te di tu oportunidad hace poco y la desperdiciaste cuando dejaste que un montón de lesbianas te ganaran con palos y piedras. Ahora te doy una segunda oportunidad, y es la última. Si todavía quieres esa gloria con la que una vez soñamos...

»¿La quieres, caballero?

—*Nat's Yah.*

—No me hables en la lengua de esa traidora, y contesta.

Orión sonrió.

—¿De verdad tengo que responder a eso o basta con esta elocuente señal?

—Le mostró su dedo medio.

—Sí... bueno, supuse que dirías eso. Soldados... —Sargas se llevó los dedos al entrecejo como si le doliera la cabeza—. Soldados, ya saben qué hacer.

Soldados...

Los hombres de Sargas saltaron sobre Orión. Lo más incoherente de la frase es que ellos ni siquiera eran hombres, al menos no en su totalidad. Columnas dobladas, las vértebras sobresalían de su espalda como agujas, sus pieles tenían una tonalidad grisácea que, a pesar de no haber estrellas esa noche, parecían haberles robado el brillo. Sus manos no tenían dedos, sino huesos largos unidos a la muñeca, acabados en punta y forrados de una

fina tela de piel. Parecían garras, pero eran tan largas como un antebrazo.

Cuando se lanzaron sobre Orión, este llevó las manos a su espalda en busca de Cassio, pero alguien entre el séquito del heredero lanzó a sus manos una especie de hilo metálico que rodeó su piel. Cuando Orión tiró de ambas manos para romper la atadura, como si se tratara de simple soga, se abrió las cicatrices de las muñecas nuevamente. Aquel hilo parecía hecho de cuchillas.

La sangre manó, empapando las mangas de Orión, quien maldijo mientras las garras de los sirios se acercaban a su cuerpo. Comprendió que lo mejor era no moverse cuando estaban así de cerca, podría recibir una herida mortal.

—Puedes retractarte, hermano —expresó Sargas muy inspirado en la suciedad entre sus uñas.

—Vuelve a tu cueva, Sargas. Y púdrete en ella.

El príncipe sonrió.

—Me encantan los finales felices, ¿sabes? Te di tu oportunidad, me redimí. Y me rechazas. Por una mujer, por supuesto. Siempre es por una mujer. Las vaginas te hacen daño, Orión, ¿te lo han dicho?

Las criaturas doblegaron las piernas de Orión y lo hicieron quedar de rodillas. Tras eso, hombres menos grotescos y místicos lo encadenaron.

—Quítenle a Cassio. Es la espada que tiene en la espalda —explicó Sargas—. No queremos que se vuelva a transformar de aquí a... nunca.

—Maldito —musitó Orión y recibió con sumisión cada patada, cada cadena, cada empujón. Nada le dolía, no con el vacío que tenía en su pecho.

—Yo te regalé esa espada, ¿lo recuerdas? Y ahora la pierdes, junto al poder de tu constelación, por una mujer.

Orión seguía con la cabeza en la tierra sin hacer ni un ruido.

—Repito: eres patético.

Sargas pateó el piso y levantó polvo que aterrizó sobre el cabello suelto de Orión, ensuciando los copos de nieve.

A pesar de que el efecto de los cristales debía proteger al caballero del frío de Ara durante la noche, este fue presa de un estremecimiento que le erizó la piel. Para una ciudad que no conoce la nieve, aquel clima era antinatural y hasta preocupante.

—Llévenselo a las minas —ordenó Sargas—. Asegúrense de que no haya ninguna mujer cerca, o se nos volverá loco. La espada dénmela a mí.

Orión seguía sin decir nada. Sus ojos cerrados en su totalidad, sus labios

como una tumba. Luego de perder a Aquía, cualquiera pensaría que ya nada podría lastimarlo. Pero su propio hermano acababa de quitarle a Cassio: su alma, su poder, su confidente.

—Sargas —dijo con los labios todavía llenos de tierra mientras los hombres lo levantaban para llevarlo a cumplir con su condena de esclavitud.

—¿Sí, caballero?

Orión alzó el rostro y encontró los ojos de su medio hermano por última vez. Negro y plata se desafiaron. Veneno y cazador, enfrentados. Ambos se consumían: uno en odio y el otro por sed, sed de venganza.

Compartían sangre, pero sus ideales vivían en rivalidad.

Una vez fueron amigos, ahora cada cual añoraba la destrucción del otro. Lenta, no inmediata, de una forma en que la muerte pueda parecer una bendición.

Ambos hicieron un viaje en retrospectiva con ese encuentro de miradas. A sus errores y aciertos, a lo que alguna vez amaron y a lo que siempre iban a odiar. Y escogieron un bando. Se hicieron promesas internas.

Lo único explícito era la grieta que atravesaba el parentesco entre ambos. A ninguno le quedaba duda de que el hombre que alguna vez conocieron en el otro había dejado de existir.

Entonces, el caballero dibujó la constelación de Aquila en su pecho y, con una lágrima de fuego que cayó de su mentón, pronunció las palabras que iniciaron el declive de Áragog:

—*Athara vità salveh kha.*

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Cuando me llegó la propuesta de Nova Casa Editorial para la publicación de *Vendida*, pensé que era falsa, una broma de mal gusto.

Llegué a Wattpad en 2015 y, en ese momento, comenzaba a escucharse de que algunos libros de la plataforma saltaban al papel con Nova Casa Editorial. Yo, como una niña cargada de sueños, con una pequeña historia llena de errores, pero que quería contarle al mundo y casi sin lectores, veía a la editorial como algo inalcanzable, pero que definitivamente deseaba.

A medida que fui creciendo, nunca dejé la plataforma, jamás oculté a nadie que mi pasión era escribir y que pretendía hacerlo por el resto de mi vida.

Y eso me trajo problemas.

Siempre me rodearon personas que se encargaban de recordarme a diario que los sueños no se cumplen, de autores con más éxito que se reían de mi ambición, de amigos que me llamaban rara. De otros tantos que me presionaban para que «hiciera algo productivo», «buscara un trabajo de verdad», «pusiera los pies en la tierra».

Siempre «por mi propio bien».

Pero hubo gente que me dejó volar en papel. Mi madre y mi abuela son de esas personas, incluso cuando ellas no habían leído ni una palabra de mis escritos, no necesitaron confirmar mi talento para creer en mí.

Pero nadie creyó en mí como lo hice yo misma, que me regalé la fuerza para ignorar las voces que pretendían frenarme.

Luego de al menos once borradores escritos en Wattpad, me llegó mi primera propuesta editorial. Y no cualquiera, sino de esa editorial con la que soñé al comienzo del camino.

Entre quince mil propuestas, *Vendida*. Mi creación. Mi amor más grande.

No puedo estar más agradecida de que *Vendida*, que es un libro por el que siento tanto orgullo de haberlo escrito, haya pasado a formar parte de esta casa. Mi casa.

Por ello, esto va para mi mamá, porque muchas de las lecciones de *Vendida* las aprendí gracias a ella, porque siempre me ha dejado ser, porque nunca me puso frenos.

A mi abuela. Este logro es tuyo también, porque toda la vida me has dicho «tú vas a ser famosa», y yo no quería creerte para no ilusionarme.

A mis hermanos, por siempre cuidarme, aunque ellos son menores que yo, y por presumirme a diario.

A Marlín Junior, porque me obsequió la fantasía de portada que tiene este libro. El mejor regalo que le puedes hacer a un escritor.

Al fotógrafo que me dejó soñar y se enamoró de mis sueños.

A Sofía Vela, porque siempre estuvo ahí siendo mi fan, ofreciéndose a ayudar aunque yo no la dejara.

A Eira (@eirad.hania_desing), la diseñadora de la portada, porque todavía recuerdo aquella vez cuando me dijo: «te quiero regalar la portada de *Vendida* para Wattpad, ya hablaremos de negocios cuando el libro salga en papel». Esta mujer creyó que *Vendida* sería publicada antes que yo, ¡eso no lo supero!

A las ilustradoras que colaboraron con *fanarts* de *Vendida* y accedieron a ponerlos en su versión en papel: Mar Espinosa (@marespinosa09), Tyler Evelyn Rood (@tylerevelynrood), Victoria (@weirdowithluv), Lin Maddie (@linmaddie), Fleur (@fleurence_ink) y Sara (@saranyca).

A Beatrice Lebrun (@beatrice_lebrun), por su excelente y mágico trabajo con el mapa de Aragón y por bombardearme a preguntas para que todo quedara perfecto.

A Angie Ocampo (@angiopolis) y a Alejandro Murillo (@AlejandroMurillo42), por soportarme en toda la ansiedad que ha generado este proceso, por luchar nuestras batallas juntos, por contarnos los chismes primero que a nadie, por las risas, la emoción y el estrés previo al anuncio de los tres seleccionados de Nova.

A Naiara Philpotts (@NaiiPhilpotts), por supuesto, mi amada editora. Yo te escogí, Naii, y no me arrepiento, te has fijado en cosas que ni te correspondían, te has implicado en *Vendida* hasta la médula, y confío tanto en tu criterio que te delegué el prólogo de la historia.

A Niky Moliviatis, por su apoyo con las redes de la editorial.

A Ann Rodd (@AnnRodd), Nathalia Tórtora (@uutopicaa) y Paula Velásquez (@escalofriada), porque a ellas tres corrí a preguntarles cuando me llegó la propuesta de publicación. Gracias por su apoyo, instrucciones, anécdotas y consejos.

Gracias a todos los «novacas», porque conocerlos hizo más ameno el proceso de esperar al anuncio.

A mis lectores, mis Axers, porque ellos hicieron posible esto, fueron ellos los que pidieron *Vendida* hasta el cansancio, los que me hicieron relevante entre las quince mil propuestas que recibió Nova Casa en la recepción de manuscritos. Gracias por creer en *Vendida*. Gracias por amarla.

Gracias a mis admins, por todo el apoyo en redes y en los grupos de WhatsApp. Son mi ejército.

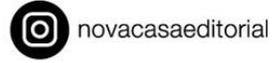
A Wattpad y a Booknet, porque me abrieron sus puertas, por toda la felicidad que me han traído.

A Nelson, Jesús, mi Alfredo y Carlos, por estar ahí cuando me tocó firmar mi primer contrato, por grabarme, reírse, por todo el desastre con los lapiceros y el ron.

Y a todas las demás personas implicadas en el proceso de publicación de este libro, porque son un montón, desde mi coordinadora, las personas de la distribución, *marketing*, maquetación, hasta quien me envió la propuesta de publicación y el primero en recibirme en los correos de Nova. Gracias a todos.

Por último, no quiero dar gracias a los sucesos que moldearon mi mentalidad hasta empujarme a la necesidad de escribir esta historia, pero sí a mí, por sobrevivir a ellos, por transformarlos en el amor que hoy profeso a este libro y a sus personajes.

Te mereces esto, Axa.



Nova Casa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova

